C.A. Bangadof

DIARIO DE UNA SEDUCIDA

LITERATURA RANDOM HOUSE

DE UNA

C.A. Bangadof

DIARIO
DE UNA
SEDUCIDA

C.A. Bangadof

Título: D*iario de una seducida*
Primera edición en Penguin Random House Grupo Editorial
Febrero 2023
© 2023, C.A. Bangadof
© 2023, de la presente edición en castellano para todo el mundo
Penguin Random House Grupo Editorial S. A. S.
Carrera 7 No. 75-51, piso 7, Bogotá, D. C., Colombia
PBX (57-1) 7430700
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. El contenido de esta publicación es responsabilidad del autor.
ISBN: 978-628-95480-4-4
Corrección de estilo: Elkin Rivera
Fotografía de portada: Pasaje - Autor: Paula Arenas Canal
Diseño y diagramación: Haidy García Rojas
Impreso por

A Mauricio Vásquez

Lucía, no te sorprendas por esta carta ni tampoco porque la haya escrito para ti. A mi edad, el presente es más corto que el pasado. Eso, lejos de atormentarme, me da cierta ventaja sobre los otros. Una de esas ventajas es que ya no me importa mostrarme como soy, sin esa impostura que pesa como una deuda adquirida con el mundo, incluso con los más próximos. La poca gente que ahora conozco me suena falsa; muchas mujeres se me han acercado, pero tú has sido la única digna de ser mi amiga. Nuestra intimidad, que no necesitó ningún vínculo carnal para expresarse, me hizo sentir siempre más ligada a ti que a cualquiera de mis amantes. Tu amistad ha sido más valiosa que el amor.

Quienes hemos llevado pesadas cargas a lo largo de la vida estamos tentadas a creer que el sentido de lo que hacemos se valora por el peso que cargamos. No es cierto. Aunque he llegado a la edad en que ya no se puede elegir, habría querido que ciertas porciones de mi pasado fueran menos penosas de contar. Si ahora pudiera elegir mi vida de nuevo, habría elegido la de un hombre. Sin embargo, no te engañes por esto; en la vida de cada mujer llega un momento en que uno ya no pelea contra su condición, solo la abraza, pues no hay otra manera de soportar la vida, y esto procede para todas las circunstancias. Se aprende, a partir de luchar con uno mismo, a no exigirse más de lo que es.

Quisiera prevenirte de muchas cosas, pero sé que a tu edad ya sabrás lo suficiente sobre la vergüenza, el odio o la impotencia, que a veces nos tocan desde temprano y se quedan impregnados como una mancha. Ante todo, no te mientas, Lucía; jamás te mientas ni justifiques con tus mentiras a otros: de ahí vienen nuestros peores males; en cuestiones de afecto, un par de semanas junto a alguien bastan para saber lo que nos espera el resto de la vida.

No desconozco que otras mujeres hayan sido felices, pero a menudo desconfío de esa felicidad; la encuentro demasiado artificial, envuelta en los ropajes de la hipocresía y de los prejuicios, que en toda época han sido casi los mismos y más intolerantes con nosotras, como si la dignidad de una mujer solo dependiera de la hendidura oculta de su cuerpo. No me quejo, pues pese a que no he podido vivir como habría querido, he intentado sobrevivir a mí misma; lo he intentado hasta

hoy, día en que escribo esta carta que es la confesión de una derrota.

Vivimos en un mundo diverso pero cerrado, donde las opiniones y las costumbres que se aprueban en unos lugares y en unas épocas están prohibidas en otras. Muchas cosas, consideradas antes como crímenes, han salido hoy de su clandestinidad y ya no escandalizan a nadie, pero el acto de matar a un hijo sigue siendo inconfesable e imperdonable. No pretendo justificarme. He visto hasta qué punto soy capaz de juzgarme.

He pensado que tal vez esta muerte sea solo un descanso. Ayer cumplí cincuenta y dos años, pero parezco mucho más vieja. Hace más de la mitad de mi vida que ocurrió aquello. Por las noches no puedo dormir, porque escucho una voz que no se cansa de repetir lo mismo: "Es impertinente vivir en vano, sin ningún propósito". Ya no espero nada, ni bueno ni malo, ni echo de menos nada; no acuso a nadie, ni a Dios ni a los hombres. He aceptado lo que ha pasado, he aceptado lo que hice. Al final, las palabras no sirven de nada, se revelan vacías ante la inutilidad y lo absurdo de la vida, y únicamente nos queda la realidad, algo que para mí son esta cárcel, el cansancio, la soledad, este vacío que se expande como un desierto. Lo he aceptado todo; lo único que me entristece es que la vida no me haya dado, al final, otra cosa que estas ganas de morir; aun cuando, a estas alturas, la muerte representa un alivio.

Así como he elegido mi muerte, he elegido también mi pasado; no en sus circunstancias, sino en la forma en que lo he escrito. La historia personal de alguien no existe sino en función del relato que cada uno hace de ella; el resto queda en la sombra. ¿Para qué la escribí? No lo sé. Todo se revela inútil y, además, tú estás muerta; te has adelantado, como dicen algunos. Si pudieras leer estas páginas, encontrarías muchas mentiras; solo yo sé lo que se revela en ellas y lo que queda oculto en lo más íntimo. Al releerlas, muchas me parecen obsoletas, monótonas… Lo que hasta hace algunos años me resultaba convincente, hoy no es más que un puñado de apuntes polvorientos, meros relatos llenos de palabras y explicaciones; otras, en cambio, me llevan de vuelta al pasado, no como un recuerdo, sino como algo tremendamente vívido, que me hace olvidar dónde estoy ahora.

Quisiera cambiar, corregir muchas cosas, pero ya no tengo ánimos de escribir. Solo pienso en la pequeña cuchilla y en el momento de enfrentarme a ella; lo demás no importa. Las palabras engañan, todo es inútil.

Sonia T, 13 de mayo de 20__

1

Mi madre murió cuando yo tenía poco más de tres años, junto al segundo hijo de un matrimonio que apenas duró cuatro. A una matriz en exceso débil, se sumó la negligencia de una enfermera que, a falta de médico, se había encargado del parto, y cuyos errores sumieron en cuestión de minutos la habitación en un completo silencio. De aquellos amasijos de carne, uno más pesado que el otro, entregados a la asfixia de una caja cubierta de tierra, hoy no quedará ni la dureza de los huesos que el tiempo habrá convertido en ceniza. Por lo demás, el olvido al que todos estamos abocados no fue problema para una niña que todavía no había amado, lo que la libró de buscar recordar para parecerse a su madre. Los pocos años que pasé junto a ella son un gran vacío en mi vida. No recuerdo nada de ellos. No fue así con mi padre; desde el momento en que empecé a formarme una idea de aquel hombre, siempre estuvo el miedo de parecérmele. Él fue la persona en torno a la cual giró mi vida. Muchas cosas de mi infancia se pierden en la oscuridad de la memoria, atenuadas por una lámpara con voz masculina que lleva su nombre.

Es innegable hasta dónde nos puede arrastrar la presencia de un adulto cuando somos niños. Aún no entendía que la vida está hecha de presencias, ausencias y olvidos que, vistos de cerca, son como caminos que no llevan a ninguna parte, pero que desde la distancia nos ayudan a encontrar nuestras huellas perdidas. Pronto aprendí a delimitar mi lugar, reducido a una buhardilla debajo de las gradas, en la que me guardaba todas las tardes como una muñeca rota. Allí esperaba la llegada de mi padre, cuyas salidas nocturnas se prolongaban en ocasiones hasta la madrugada. Para una niña de cinco años, que se asustaba con la ausencia del ser del que dependía su vida, el simple ruido de las llaves sobre la puerta era suficiente para devolverle la calma y retornarle el sueño.

En su juventud, Manuel había sido un muchacho resuelto, aunque pobre. Había elegido vivir en una ciudad pequeña, en la que la consideración social dependía todavía de los apellidos y las buenas alianzas, y había conseguido insertarse en ese medio gracias a que trabajaba a las órdenes de un viejo rico que mezclaba su gusto por la música con una considerable cuenta en dólares en el extranjero.

Como muchas personas de su edad, don Rafael Franco tenía el vicio de acumular dinero por la seguridad que provee y el respeto que produce. Manuel era su secretario privado, gracias a la recomendación de una antigua empleada que lo hizo pasar por sobrino suyo. Don Rafael se había casado con una italianita piadosa, de contextura débil, que había conocido en uno de sus paseos a Europa y con quien compartía el gusto por comprar antigüedades. Laura, como se llamaba la susodicha, no era inteligente, ni siquiera bonita, pero sí tranquila, con esa calma que consiste en aceptar pacientemente las cosas y que muchas veces basta para elegir a alguien como compañera de vida.

Una mañana de noviembre pasada por agua, doña Laura se mojó al salir demasiado temprano a la calle; regresó poco después, con tos y dolor de cabeza. Acostumbrada como estaba a enfermarse, no le prestó mucha importancia al mal que terminó por llevarla a la tumba en menos de cinco meses. De aquel matrimonio había resultado una hija, Marie, una de las mujeres que más influencia tuvieron en mi infancia, y cuya procreación, acaso y solo fue una muestra más de la falsedad inherente a las relaciones humanas. Para cuando Manuel llegó a la casa, Marie ya contaba diecinueve años. Muchos se figuraron que el ingreso de Manuel como ayudante estaba relacionado con los planes de matrimonio que tenía don Rafael para su hija, pero nada más alejado de la realidad, sobre todo en una época y en un medio donde los vínculos entre personas se basaban, aún más que hoy, en la posesión de las cosas.

Estaba, además, otro hecho que movía a don Rafael a conservar la presencia de Marie. En un torpe accidente ocurrido años atrás mientras se bajaba de un auto, se había lesionado uno de los nervios de la muñeca derecha, lo que le impidió mover la mano de ahí en adelante. El viejo se hundía a menudo en la desesperación de un músico que no podía tocar. El silencio de una vida sin música se hizo cada vez más pesado, hasta que decidió enseñarle a su hija. Todo adquirió para él una cálida libertad que le volvió a dar un sentido y un centro a su existencia. Además de interpretar los acordes, Marie escribía al dictado las notas que don Rafael componía y pasaba en limpio otras tantas del pasado. La muchacha parecía contenta, pero él observaba a través de sus ojos un trasfondo de tristeza; necesitaba estar con otras jóvenes de su misma edad. Para liberarla de sus obligaciones decidió contratar a un ayudante, pero sin decirle nada a ella. Ya no tenía intenciones de enseñarle nada a nadie, últimamente callaba sus pensamientos más importantes y le irritaba que otros usaran su garganta en todo momento para hablar, como si fuera una obligación estar hablando; prefería el resguardo de la música y la compañía de un ayudante reservado que no lo distrajera de su trabajo. Fue así como Manuel llegó a su casa y a su vida.

Las pocas conversaciones entre estos dos hombres se desarrollaban como si estuvieran hablando un señor y su paje. Don Rafael solo soportaba trabajadores dóciles. Junto a él, Manuel no era sino el “muchacho” que había llegado de no importa dónde, sin apellido ni familia, que no tenía el derecho ni la experiencia para dirigirse a él como a un igual. De nada le valieron a Manuel sus aptitudes de calígrafo, puesto que aquel hombre parecía despreciarlo por su procedencia. A la hora de sentarse en una esquina a escribir los dictados del señor, Manuel se irritaba en silencio; ante todo, le molestaban el tono y la arrogancia con que don Rafael le hablaba, además de la idea de superioridad que este hombre tenía de sí mismo.

No debe ser fácil para alguien que se cree genial y superior soportar la humillación de ser rechazado solo por no tener dinero. En todo caso, me figuro que, a sus veinte años, Manuel ya tenía el corazón lleno de heridas, producto, entre otras cosas, de una vida material hecha de riesgos y colmada de deudas.

A menudo pensaba en marcharse sin que llegara a concretar su propósito. Cuando estaba junto a don Rafael, en esa casa lujosa, tapizada de cuadros y volúmenes de libros, escuchando las conversaciones sobre compositores y música clásica entre el señor y sus amigos, Manuel sentía que se liberaba de las servidumbres obligadas del trato con personas ordinarias y groseras, y de las privaciones de su pasado. Veía el trabajo con el septuagenario señor como el primer peldaño ganado en esa escala de ascenso espiritual y social que había proyectado para su vida,

y estaba seguro de que pronto don Rafael se convencería de su singular inteligencia. Sin embargo, con el paso de las semanas nada cambiaba y a Manuel lo asaltó la duda; poco a poco fue notando que, pese a todos sus intentos, era un hombre sin talento, y entonces empezó a llenarse de rabia y a sentir envidia del anciano.

—A veces no dejo de preguntarme cómo el arte de expresión más arbitrario es el que le habla con más intensidad a nuestra alma —le había dicho una vez queriendo impresionarlo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó el viejo con antipatía.

—Que no deja de sorprenderme cómo algo tan efímero como la música, que solo aparece durante los breves momentos en que es ejecutada, nos sirve para expresar tantos sentimientos del alma.

—¿Quién te dijo eso? ¡La música no expresa nada, bobo!

—Me refiero a… que la música es un lenguaje que podemos usar y entender —balbuceó el muchacho, intentando acomodar su discurso.

—La música no es, solo tiene lugar. En estos papeles no hay música —le dijo, mientras le mostraba las partituras que le acababa de dictar.

—Pero…

—Te pago para que escribas, no para que hables. Si yo pudiera valerme de mis manos, tú no estarías aquí.

Marie, advertida por el tono, entró al despacho llevando una taza de café con la solicitud de una sirvienta, dispuesta a calmar los ánimos de su padre.

—¿Ya se acabó la leche de malta? —le preguntó el viejo.

—Todavía queda un poco.

—¿Alcanza hasta el domingo?

—No creo —contestó ella.

—Manda a este a que la compre —le dijo sin mirar al joven, como si se refiriera a un perro. Manuel se marchó ofendido.

Don Rafael no se dio cuenta de que Manuel se fue de mala gana, sin recibir las monedas para el encargo. No contaba con que volviera. Otro día, después de regresar de una excursión en una mañana de verano, el viejo se encerró en su estudio; había decidido tomar el sol para reponerse de los efectos de un largo resfriado, pero el trayecto había terminado sofocándolo. Marie juzgó necesario llamar el médico.

—Esta mañana salí a caminar —comenzó a decir mientras el médico lo examinaba—. Estaba contento. Este me acompañó —le dijo señalando a Manuel, pero se detuvo, como si pensara en algo distinto.

—Verdaderamente, cuando Dios lo quiere castigar a uno empieza por impacientarle el corazón. Fuimos hasta la estación de P. De regreso, nos topamos con un tipo que tocaba violín en la calle. Nos detuvimos para oírlo. Estaba erguido, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, un poco abstraído. Vi a muchos ramplones por las esquinas ejecutar instrumentos, pero este era distinto, tenía alma de músico. Al escucharlo, uno sentía como si algo en el corazón comenzara a latir con más fuerza. Los demás no parecían notarlo, pero él sí lo sabía; él y yo sabíamos que desataba una fuerza especial con su música. ¡Esa fuerza tiene el poder de destruirlo todo! Ese hombre se parecía a mí cuando yo tenía veinte años.

—Aquel mendigo debió de parecerle más afortunado que usted —dijo el médico.

—Y lo era —respondió don Rafael—. La música, en el mejor de los casos, nos libera y nos empuja a la rebeldía; pero hay que nacer con vena de músico, pues si no se tiene esa vena, se puede tocar u oír mil veces algo y no servirá de nada, no te cambiará ni te impactará.

Su boca entreabierta adquirió de pronto el aspecto de una máscara trágica.

—No he hecho más que cumplir mi propia ley, la tarea que se me encomendó. Pero…

De repente, el viejo palideció y los labios empezaron a temblarle.

—A veces quiero tocar, pero se me paralizan las manos —dijo.

—Seguro hay otras cosas que también sabe hacer usted muy bien —afirmó el médico con vehemencia.

—Sí… sí. Podría hacer bien cualquier cosa que me propusiera, pero yo prefiero dedicarlo todo a la música —respondió.

El médico le puso un termómetro en la boca y le hizo volverse hacia un lado de la cama; comenzó a auscultarlo y a darle golpecitos en la espalda. El viejo soltó un quejido profundo, pues había contenido el aliento mientras el doctor lo revisaba.

—¿Siente dolor aquí? —le preguntó el doctor.

—Sí, doctor.

—¿El dolor le empezó hoy o ya lo tenía desde antes?

—Hoy.

—¿Y acá le duele?

—No.

—Bueno, no se preocupe; el dolor se le pasará antes de que anochezca.

—Gracias, doctor —dijo don Rafael, después de lanzar un suspiro—; tomaré lo que usted me diga.

El médico le sacó el termómetro de la boca. El mercurio no daba signos de alerta. Don Rafael volvió a cambiar de posición y volteó a mirar al visitante:

—En este mundo tan confuso, intento seguir siendo claro conmigo mismo —dijo el viejo—. Mi vida es la música, aunque haya llegado a un punto en que ya no pueda defenderla.

—¿Defenderla? ¿De qué?

—De las tendencias modernas, por ejemplo.

—¿Le asusta lo nuevo?

—¡Qué me va a asustar! Pero esto que hoy llaman música y las nuevas tendencias no hacen sino corroer las artes que nos sirvieron de cimientos espirituales en el pasado. Son tiempos flojos, en los que todo se acepta y se tolera; por eso la gente se ha acostumbrado al mal gusto. Cada vez que escucho por la calle la música que suena hoy en día, me convenzo más de que ese ruido intenta hacer audibles unos acordes discordantes.

—Nuestra época vuelve a ser primitiva en muchos aspectos —replicó el doctor—; la música, por ejemplo, está hecha hoy de estridencias y gritos, como en nuestro más lejano pasado.

—Usted no entiende, doctor. Yo hablo de otra cosa. Se trata de la ruina de los valores. La ruina de los valores de nuestro mundo se expresa en el mal gusto por la música, que ha afectado incluso a quienes se hacen llamar los grandes compositores de nuestro tiempo; ahora todo lo que componen suena a falso, solo responde a lo que quieren oír las masas. Lo mismo pasa con la literatura.

—Hemos entrado en un nuevo orden, como dicen algunos —opinó el doctor.

—El nuevo orden ha impuesto el desorden como forma de vida —interrumpió el viejo—. Hoy ya no se intenta decir algo, se apuesta por las cosas inconclusas. Lo más deplorable es que los jóvenes ven en esa forma en que nada alcanza a madurar un signo innovador y revolucionario, cuando no es más que una falta de rigor admitida por esa cobarde complacencia que les impide pensar y hacer las cosas cada día con un poco más de claridad que el anterior.

Hizo una pausa, se apoyó en los codos como para levantar el cuerpo y tomar aire. El médico permaneció en silencio.

—Hasta Von Shupthler, el estilo de la época estaba definido por un valor vital que le daba orden al mundo. La música aún servía para ayudar a conocer el
corazón de los hombres, pero hoy, puesta en manos de una multitud desenfrenada por el embrutecimiento tecnológico, ha vuelto a ser exuberante, un estimulante para borrachos que ya no soportan estar sobrios.

El médico permaneció callado. Escuchaba a su paciente con un silencio cargado de apuro, como si de pronto recapacitara en que el principal propósito de su profesión era curar, no consolar a nadie.

—No me mire así —dijo con sequedad el anciano, mientras arrugaba la sábana con que se cubría las piernas—. Sé lo que está pensando.

—No estoy pensando nada —se defendió el médico, notando la mirada impaciente del otro.

—¿Cree que se trata de la nostalgia de un viejo? —le preguntó con una maligna y zumbona sonrisa—. Yo soy músico, usted no es más que médico. No se ofenda por lo que le digo, pero usted sabe que los dos somos diferentes.

—Lo somos —dijo con tranquilidad el doctor, y añadió—: ya terminamos. Le daré la receta a su hija.

—Le agradezco mucho —dijo don Rafael, y estrechó con fuerza la mano del galeno.

De pronto reparó en Manuel, como si en todo ese tiempo se hubiera olvidado de que él permanecía allí y ahora sintiera vergüenza de mostrar sus flaquezas frente al muchacho.

—¿Qué haces ahí sentado? Cierra esa ventana para que no entre el ruido de la calle.

Manuel se levantó sin decir nada, movido sin duda por la misma impresión que debieron causarle al médico las palabras del viejo. Al final, Marie entró con un brebaje de hierbas que acababa de preparar y que su padre tomó sin chistar. Por la noche, ambos se encerraron con llave en uno de los salones de la casa a tocar una música que por más de quince años solo ellos dos conocían.

Te preguntarás por qué escribo esto de mi padre, por qué comienzo mi historia con él. Tal vez porque todos venimos de alguna parte y, además, porque ahora estoy mucho más cerca de ese hombre de lo que estuve a los cinco años. A pesar de la persona en la que luego se convirtió, la imagen que me formé de él cuando era niña me quedó tan impresa en la memoria que por muchos años no pude verlo de otra manera. Por lo demás, el pasado es una elección; por eso yo he elegido comenzar el mío con él, y aunque sé que nadie recuerda toda su vida y que al escribir estas páginas solo retengo una ínfima parte de la historia de mi padre, esa parte me basta para situarme mejor en el punto en el que estoy ahora.

La mayor fortuna para don Rafael consistía en una composición musical en la que había trabajado por casi medio siglo. Se trataba de una adaptación de los famosos *Cantos negros* de Von Shupthler, escritos a finales del siglo XIX en Europa. Una vez al año, el 14 de agosto, el viejo se encerraba en su despacho para interpretar en el piano esas notas que solo él conocía y que consideraba la plomada de su alma. Se decía que la pieza era inmensamente rica, con un ritmo y una melodía nuevos, y que cuando saliera a la luz, haría una contribución a la música clásica. Después del accidente, don Rafael ya no pudo tocar más; con el paso de los meses, le permitió a su hija interpretar algunos fragmentos en un par de ocasiones.

Manuel, que hasta entonces no había tenido ningún interés real por la música, impulsado tal vez por la curiosidad, o por el orgullo que se manifiesta como una forma de envidia, soñaba con adueñarse de esa composición. No sé si fue esa pasión encubierta de deseo lo que lo llevó a tocar la puerta de aquella casa, o si se enteró de la existencia de esa joya mientras trabajaba para el viejo. Prefiero pensar lo segundo, aun cuando eso no cambie mucho las cosas.

Una noche, Manuel entró a escondidas al ostentoso salón con piso de madera y altas ventanas donde don Rafael guardaba las partituras; al verlas, se dio cuenta de que lo que atesoraba su patrón no eran más que unos simples papeles, inferiores en calidad incluso a otros que él había tenido. Los dejó ahí, decepcionado, y regresó a su habitación, pero no pudo dormir. Al día siguiente volvió, pero el cuarto ya estaba con llave. Había regresado con la intención de robar lo que no tenía ningún valor para él, solo por dañar al otro, por el deseo de vengarse.

Manuel decidió entonces enamorar a Marie y valerse de ella para lograr su propósito. Aquellos dos extraños se entregaron sin reproches a la viveza de la carne, jadeando a veces en la misma cama, sin hacer mucho ruido, por miedo a que los escucharan. Él se desvelaba esperando que ella

le hiciera alguna confidencia junto a la almohada,pero la muchacha, que pasaba ante sus ojos por ser un poco simple, no le había permitido cruzar la frontera hacia los dominios de su padre. Manuel le había propuesto que escaparan juntos y se llevaran las partituras. Marie se había negado. Entonces tuvo que echar mano de la hija de la cocinera. No describiré la posible desilusión que debió de sentir Marie, ni mucho menos la amargura de la humillación moral. Solo diré que los etéreos sentimientos de los que daba muestras su amante, y con los que ella lucharía por largos periodos de su vida, le habían enseñado muy temprano que los encuentros fáciles, que ella confundía románticamente con amor, no bastaban para retener a alguien a su lado.

Carmen había sido más fácil de persuadir. Aquella muchacha despierta y fisgona, de pelo crespo y ojos negros, que sospechaba de las relaciones de Manuel con Marie, presumía de tener acceso al lugar donde don Rafael guardaba las partituras. Al principio se había cuidado de no decir nada, pero luego empezó a hacerle confesiones a menudo confusas o mediocres, en las que logró instalar a Manuel como si se tratara de un juego. Pero las confesiones que él pagaba con caricias se postergaban, por lo que Manuel pronto comenzó a asquearse de la rutina y de los encuentros fútiles en el granero. Tras aquellas visitas, tuvo la impresión de haberse ensuciado las manos.

—Solo me quieres para eso —le dijo una vez ella, cuando él la tomaba del brazo para llevarla a un escondite oscuro.

Pero Manuel, que se ofendía ante cualquier reproche, se había confundido además con la pregunta, pues creyó que ella le hablaba de sexo y no le había respondido nada.

Al finalizar el verano, Manuel le anunció a don Rafael que en dos semanas se marcharía; tenía intenciones de entrar a la universidad y estudiar matemáticas. El viejo no le dio importancia, se mantuvo callado y siguió componiendo una serie de estudios para violín, que más tarde Manuel debía de pasar en limpio. Carmen, que estaba presente, sintió que algo dentro de ella temblaba de repente. Lo único que comprendió en aquel momento fue que aquel hombre se había cansado de ella y la iba a dejar. Una hora más tarde, lo buscó por las habitaciones de la casa, con las mejillas sonrosadas y los ojos llenos de lágrimas, y al verlo se abalanzó sobre él con una solicitud sincera. Manuel notó que ella se había pintado un poco más los labios, pero no le dijo nada, orgulloso por sentirse codiciado. A cambio de ir ella misma a robar el tesoro, Carmen le pidió que la llevara con él, tal vez con la intención de exhibir su superioridad de hembra ante la hija del señor de la casa. Un tibio beso selló el mudo pacto entre ambos. Cuando llegó la noche, ella salió a toda prisa a buscar la caja donde don Rafael guardaba las partituras.

Lo inevitable había empezado ya. Manuel esperaba solo, encerrado en su habitación, conmovido por la fidelidad de la muchacha. Sabía muy bien que si decidía irse con alguien no sería con ella, como también sabía que si le había hablado a don Rafael de dejar la casa había sido porque ella estaba presente. Del otro lado del pasillo, Carmen se movía con timidez por esa sala a la que únicamente su madre y la hija del señor tenían acceso. El piso, los muros y la bóveda sobresalían por la luz de la Luna que entraba a través de las altas ventanas.

De repente, chocó contra un espejo y estuvo a punto de gritar al verse descubierta por esa extraña que no era otra más que su reflejo. Se acercó a la escribanía y con mano temblorosa levantó la tapa de la caja dentro de la cual se encontraba escondido el tesoro. Muchas veces, sobre todo de niña, había tropezado con esa caja, cuando su madre la llevaba a limpiar, sin percatarse de su valor. Solo recordaba que el señor entraba al menos diez veces para asegurarse de su presencia. Al salir, dejó la puerta sin cerrar para no hacer ruido y luego corrió hasta la habitación de Manuel. Al entregarle los manuscritos, él se quitó del cuello una cadenita de oro que tenía un

crucifijo que le había regalado Marie, y la puso como una limosna en la mano de la muchacha, que él mismo cerró para que ella no la viera. Acordaron encontrarse a la madrugada, detrás de la verja del jardín. El canto de un azulejo que él simularía sería la señal para que ella lo reconociera.

Pasados unos minutos, preso de una excitación de la cual después se avergonzaría, Manuel fue a buscar a Marie. Sentía la boca sinuosa y amarga. No se creía con fuerzas para decirle nada. Ella lo recibió con una callada serenidad; se había prometido deshacerse de reproches inútiles cuando lo viera, pero la sorprendió la expresión de sus ojos. No alcanzó a ver que el miedo a la soledad crecía en él, como si desde que tuviera aquellas hojas la soledad se hubiera hecho casi ineludible.

—Ven conmigo —le dijo Manuel.

—No —respondió ella, y eso fue todo.

Marie no hizo nada por atenuar la catástrofe que veía venir, no intentó disuadir a Manuel de su propósito ni tampoco quiso delatarlo con su padre. Más enojado que triste, Manuel le señaló a la muchacha una lámina de la Virgen María rodeada por ángeles que colgaba encima de la cama. “Quédate haciendo lo que saben hacer las mujeres”, pensó decirle. Pero ella no era una mujer débil, de esas que rezan para que no sucedan las cosas. Solo se asustó cuando Manuel le dijo que estaba dispuesto a todo, incluso a matar a don Rafael. Ella le prometió no decir nada, incluso le ofreció algunas monedas para el viaje, mas él las rechazó.

Carmen, que no había podido dormir, quizás demasiado ansiosa, creyó oír el canto del azulejo; encendió una pequeña lámpara y miró el reloj: apenas era medianoche. Todo permanecía en silencio en el interior de la casa; se levantó sin hacer ruido y sacó de debajo de la cama los pocos atados que llevaría para el viaje.

De pronto escuchó un ruido extraño, como el que produce el hielo al resquebrajarse. Manuel no estaba en el jardín. Al volver por el pasillo, notó que estaba encendida la luz en el cuarto de la hija del señor. Al acercarse, escuchó a Manuel pidiéndole a Marie que se fuera con él; el arrebato de confianza de hacía unas horas fue seguido por un arrebato más torpe de celos y de rabia. Al saberse engañada, corrió hasta la habitación de don Rafael y acusó entre gritos a Manuel de haberla violado y haber robado las partituras. Dejando a un lado a Carmen y sus chillidos, el viejo se dirigió de inmediato al despacho y se tropezó con el delincuente saliendo de la habitación de Marie. Intento imaginar su reacción, sobre todo el hecho abrumador de ver amenazado de repente algo querido, que lo había ayudado a caminar por la vida. Tal vez, y don Rafael miró a Manuel a los ojos, y si fue así, aquella mirada debió removerle algo turbio en el corazón.

—¿Qué haces, muchacho? —le preguntó el viejo con la voz quebrada.

Los odios guardados de Manuel se le subieron a la boca como una hiel amarga. Lo acusó por su riqueza, por su gordura, incluso por su *gusto asqueroso*. Para mayor ofensa, le gritó a todo pulmón que había estado con su hija. Eso enardeció al viejo, que pese a su edad se lanzó como un toro sobre el muchacho, pero este logró escapar hasta la sala, donde el fuego de turba, oculto bajo las cenizas de la estufa, parecía atizarse solo. Marie, que había escuchado todo desde su cuarto, los siguió hasta la sala. Al entrar, le dio un sobresalto: el rostro de ambos hombres estaba transformado, cierto brillo vidrioso en sus miradas revelaba una especie de locura en la que se mezclaban el despecho, la desesperación y la rabia.

Don Rafael miraba aquellos papeles ambarinos, que tanto conocía, como si se estuviera despidiendo de ellos. Lo más sencillo habría sido que Manuel se los arrojara en la cara; podía haberlo hecho y luego marcharse, pero odiaba al viejo, en quien creyó tener un rival. Para ser

franca, aquel intenso odio solo enmascaraba la impotencia que sentía por su pobreza. La madre de Carmen y su hija entraron en la sala, y también se sorprendieron al ver así a don Rafael. El señor que hasta hacía unos segundos se mostrara tan firme y violento, se entregaba ahora a una desesperación infantil, en un intento desesperado por convencer a su joven verdugo de no reducir a cenizas la parte tangible de su espíritu. Marie permaneció concentrada en Manuel; le parecía que estaba más bello que nunca, aun cuando tenía la expresión de un borracho. Las pisadas de varios hombres se acercaron por el pasillo. Sin saber muy bien si acudían para auxiliarlo o para ponerse en su contra, Manuel corrió hacia la estufa. No, nadie llegaría a ayudarlo. Cuando se vio perdido, prefirió
arrojar las partituras al fuego antes que devolverlas. Las hojas se consumieron en cuestión de segundos; intentar salvarlas era tan inútil como pretender agarrar con un par de pinzas el fuego que las extinguía. Un quejido inadvertido brotó del fondo de aquellas insignificantes llamas, en las que ya no se distinguían las notas.

Carmen terminó delatándose delante de todos con su llanto; se tiró sobre un sillón y luego se levantó, presa de una inquietud enfermiza. Solo Marie continuaba imperturbable, como una estatua de cera. Y cuando Manuel salió de la casa, perseguido por las amenazas de muerte que escupía el viejo, ella fue tras él a ofrecerle unas cuantas monedas para el viaje. “¡Hay que ser arrogante en la desgracia!”, se dijo Manuel, y despreció su ayuda. Ese sería su lema, me lo repitió un par de veces de niña, como si un niño conociera de qué está hecha la arrogancia. Después del escándalo, Manuel dejó la ciudad. La última noche, sin embargo, se encontró con Marie. La advertencia que ella le hizo, y a la que él no le dio importancia, definiría el curso de la vida de un ser que todavía no sabía su nombre, ni siquiera que iba a nacer.

—Jamás aceptes nada de mi padre, Manuel. Rechaza cualquier ofrecimiento suyo.

Al final, ella le tendió la mano y él la estrechó con desidia. Cuando Manuel se alejó por la calle, ella lo siguió con la mirada y luego, cuando su imagen se difuminó entre los paseantes, lo siguió con el pensamiento. Aquellas dos personas, que ya no se sentían jóvenes y no tenían nada que decirse después de haber entrecruzado las piernas bajo unas sábanas manchadas de sangre, creían que no volverían a verse.

2

Don Rafael había empezado a extinguirse después de esa pérdida que luego aceptó como un duro sacrificio. Se abandonaba, se oponía a salir de su cuarto, permanecía acostado todo el día en la cama durante el verano; a veces, incluso, se negaba a comer y a cambiarse de ropa. El recuerdo inconcluso y fragmentado de las notas se imponía por todas partes. Pese a todo, logró sobrevivir a sus melancolías de viejo aumentadas por la enfermedad, la fe en su talento como músico —que, según él, resurgiría algún día con la misma fuerza que en Handel—, logró mantenerlo vivo. Marie también cargaba con su parte. Sobre la muchachita parecía haber caído una sombra. Por una oscura suerte, ella logró recordar con exactitud parte de la música; el terrible eco de esas notas se había quedado en su interior. Los acordes se corrigen y se acumulan año con año, como una emoción intensa y simple, a veces incluso obscena, que late por momentos igual que la sangre en las arterias. Pese a todo, ella jamás aceptó ante su padre que esa música resonaba entera y no como los fragmentos de un cristal roto.

Me gustaría haber imaginado que el robo que le hizo Manuel a don Rafael fue el de Marie, pero el viejo era demasiado ambicioso para haber considerado a su hija algo más que una simple compañía, incómoda a veces. No fue así para la cocinera; los hijos son, por lo general, el orgullo y la esperanza de los pobres. Manuel volvería a pensar en ella, pero después de estar casado. Una

tarde, mientras paseaba de la mano con Emma por una calle ofrecida al comercio, ella se embelesó con un par de zapatitos para el niño de ocho semanas que esperaba. La tienda que los exhibía era un establecimiento elegante, donde el lujo y la comodidad se vendían. Al entrar, Manuel reparó en una mujer alta, con el pelo rubio recogido. No tardó en reconocerla. Marie estaba más delgada, vestía a la moda con un sombrero gris y un abrigo color rosa que le recordaba a una estrella de Hollywood. Se movía ligera, con su paso vivo, de la mano de un hombre elegante, entrado en años, del que también esperaba un hijo. Su belleza, realzada por un maquillaje casi invisible, la hacía ver más joven. Ella, por su parte, también lo había reconocido; aunque se aproximó, no le extendió la mano que años antes él tomó con apatía. Sentía que tenía al frente a un desconocido a quien creía conocer bien. El pasado sale a la superficie como los restos de un naufragio. Ambos se saludaron con un respeto hecho más que todo de forzada cortesía. Manuel habría querido saludarla amistosamente, pero sintió una morbosa cobardía frente al marido y se contuvo; terminó diciendo unas cuantas palabras como de mala gana.

—¿Y su padre? ¿Aún vive?

Manuel casi había olvidado a don Rafael, y de pronto, al preguntar por él, le pareció recordarlo y se le representó claramente en la imaginación la escena de la última noche en la casa del viejo. En ese momento, sintió algo parecido a la vergüenza. Entretanto, Emma le pidió al encargado de la tienda que le enseñara los zapatitos del mostrador; se trataba de un par de zuecos importados de Estados Unidos. Cuando los tuvo en las manos se fijó en que eran demasiado caros. La elegante señora que había saludado a su esposo se ofreció a pagarlos. Agradecida, Emma le sonrió, atraída por esa parte del pasado de Manuel de la que desconocía casi todo. Ambas parejas se despidieron con cortesía, pero en los hombres esta adquirió un modo áspero.

—Espero volver a verla —le dijo Manuel.

Marie asintió con una ligera sonrisa, ocupada en conservar el sosiego en medio de la emoción que le provocó el encuentro. Manuel sintió como si una vieja llaga reviviera de repente; se fue de la tienda sintiéndose humillado. Marie lo notó. De ella fue mi primer regalo. Todas estas cosas no las supe hasta mucho después, cuando yo ya tenía un hijo y mi padre se había enfermado de cáncer.

Afuera, el frío de diciembre había aumentado. Manuel caminaba rápido, envuelto en su saco de paño. Pensaba en lo bella que se había puesto Marie, en que regresaría al día siguiente para buscarla, convencido de que ella estaría ahí, como si se hubiera pactado una cita secreta entre ambos. Emma lo siguió sin decir nada. Por la noche, Manuel cambió de parecer.

La modesta casa de ladrillos, de dos plantas, ubicada en una esquina del puente, servía de morada para la pareja. Por fuera permanecía apagada, como si nadie viviera en ella. En su interior, un par de focos eléctricos entibiaban y amarilleaban el aire. Por ahorro, no habían encendido las demás luces. Ambicioso, pero demasiado débil, Manuel se había echado a la carga a una mujer que le aseguraba un futuro más o menos holgado, pero a la que no amaba. La había conocido en un pequeño pueblo, mientras estudiaba su licenciatura y trabajaba por la tarde como encuadernador en una imprenta.

Emma no era bonita. Tenía el aspecto de una adolescente precoz; a sus facciones redondas se añadía la simpleza de sus ojos caídos, que le imprimían al rostro un toque de melancolía. A pesar de sus veintitrés años, su carácter no estaba formado del todo, pues era de las que todavía se emocionaban con la visita de un extranjero. Al principio, él la había ignorado, pero con el paso de los días, los débiles brotes de cariño que ella le insinuaba consiguieron florecer. Se casaron seis meses después, un 28 de diciembre, fiesta de la Sagrada Familia.

Manuel jamás le decía que la amaba, solo que la quería, como si al omitir la palabra *amor* buscara sentirse libre de algún compromiso con ella. Emma, por su parte, no se confesaba del todo que al atractivo de aquel hombre esbelto e inteligente se sumaba cierta indecisión, de la que creía aprovecharse, ofreciéndole un terreno seguro al que él no podía sino volver. Pero Manuel era de los que amaban la vida y por eso no le gustaba lo que había hecho con ella. Sus constantes intentos por cambiar se estrellaban contra la conformidad de su mujer, como si se tratara de un muro de piedra. A menudo, durante las noches, sentía deseos de comenzar de nuevo, ideaba planes que parecían fáciles de realizar, pero que a la mañana siguiente no tenían una consistencia más firme que la de los sueños.

Desde muy joven, Emma había querido casarse, formar un hogar y tener una casa. Un alma como ella solo necesitaba ser útil y estar al lado de alguien con quien compartir las preocupaciones diarias de un hogar. Con el paso de los meses, sin embargo, ella sintió que él no había sabido agradecerle su abnegación, se percató de pronto de la inutilidad de ser útil, incluso con los que se cree amar. Al darse cuenta de que la vida no era como ella pensaba, solo se conformó. Sin duda, ella también formó parte de esos compromisos e imposturas sin los cuales ninguna sociedad se mantendría en pie; era él quien no había podido resignarse. De haber sobrevivido a la complicación que la llevó a la tumba, es probable que ella se hubiera divorciado, que después de algunos años él hubiera vuelto, para separarse otra vez luego de unos meses.

Aquella muerte debió significar para Manuel una suerte de liberación. Además, la desaparición de Emma le permitió rescatar a su hija, un ser ajeno para él, sobre todo porque la madre la había educado de un modo distinto de como él creía. Lo que hasta entonces había sido incapaz de prever aquel hombre que necesitaba estar solo algunas horas para no caer en la desesperación, era la invasión en su vida que suponía haberse quedado solo con una niña.

La muerte de mi madre, como casi todas las muertes que ocurren un tanto por descuido y otro por indiferencia, estuvo precedida por un oscuro silencio y un halo de confusión que obstaculizó su comprensión. Como una vaca rumbo al matadero, Emma no parecía haber sido consciente de su propia muerte ni la de su hijo. Lo cierto es que esa nueva vida, que aparentaba sustraerse a la aniquilación, se resistió al final a dejar esa intimidad caliente y untuosa del vientre, y prefirió ir con ella a la tumba. Ese suceso violento del que solo Manuel y tal vez la enfermera que asistió el parto guardaran memoria, se extendía al comienzo como un cierzo opresivo que le impedía ver el presente. Pero los muertos no tienen la misma fuerza de los vivos para determinar nuestro camino, y Manuel no era de los que se dejaban arrastrar por algún tipo de frenesí sombrío por los que ya no están. No guardó luto ni tampoco vistió a su hija de negro, lo que no significó en modo alguno que no quisiera a Emma, o por lo menos que no hubiera sentido afecto por ella.

Aquí es donde vuelvo a aparecer. Apartándome de los lugares comunes que se tienen hoy sobre la infancia, de la exagerada importancia con que se la reviste, tan falsa como la imagen aceptada de ser una época blanda e ingenua, no cuento más que con las mismas dos o tres imágenes que habitualmente siguen perviviendo en mí, como alumbradas por una llama vacilante que no alcanza a llegar a esos lugares de sombra en los que pocas veces he pensado. Es cierto que en ocasiones dependemos de los recuerdos de otros para formar los nuestros, sobre todo nuestros recuerdos de infancia. Los pocos que conservo permanecen como impresiones muy fuertes, exageradas en la memoria; otros se hallan más próximos a la imaginación que al recuerdo. Si hoy regresara a T, de seguro todo sería más pequeño.

Lo mismo pasa con las fechas: más presentes en mi memoria por los acontecimientos que por el tiempo, fluctúan sobre un paisaje tan pronto lleno como vacío. De todas esas imágenes, la

mayoría tiene que ver directamente con Manuel. A la memoria me viene sobre todo su cara demacrada por los trasnochos, asomándose en las mañanas a mi habitación para ver si estaba en mi cama, y los prolongados instantes en los que yo esperaba inmóvil y a oscuras su llegada. Me veo sentada, con las piernas recogidas, al pie del vestíbulo, mirando a la puerta. Me asustaba la idea de que él no fuera a regresar. Había momentos en que me pegaba a la ventana que daba a la calle, sin atreverme a moverme ni a girar la vista hacia el interior de la casa; me daba miedo, no sé de qué, y aunque sabía que allí no había nada ni nadie, esa certeza no hacía sino aumentar mi temor. En el fondo, lo que no quería era estar sola. Si él llegaba de madrugada y me encontraba dormida junto a la puerta, se enojaba. Ahora que lo veo desde la distancia, supongo que nunca deseó asumir el papel del hombre a quien una mujer espera; la comprensión de que su hija solo tenía cinco años le llegaba por la mañana, cuando se asomaba a mi habitación. Además, debió pensar que ya era bastante tener que sacrificar su necesidad de libertad por las rutinas diarias que demandaba la niña, como para quedarse o demorarse menos por las noches.

Cuando él estaba en casa, todo era distinto; me sentía segura con él, y a pesar de su carácter, yo buscaba su cercanía. Como cualquier otra niña de mi edad ante su padre, había temido su presencia y padecido su ausencia. Una noche que armé un berrinche para evitar que él saliera, me sacudió y gritó hasta que mi llanto se convirtió en silencio y mi cuerpo se quedó sin fuerzas. Pronto supe con exactitud cómo provocar su irritación: lo único que tenía que hacer era no contestarle y gritar, gritar muy fuerte. En algunas ocasiones, él respondía a mis gritos con los suyos, y en otras me rechazaba con su silencio, cosa que desataba mi ira o mi llanto. Manuel lograba percibir a veces, a través de esos arrebatos de llanto y de rabia, algo de la vulnerabilidad de ambos. Para mí, aquellos episodios forman parte de esos recuerdos que se han quedado en las profundidades sin hacer sufrir.

Generalmente, Manuel se mostraba tranquilo durante el día y solo se dedicaba a su trabajo, pero al caer la tarde se ponía áspero y ansioso, dejaba de trabajar y daba vueltas por su habitación, consumido por la impaciencia, como si un demonio se apoderara de él. Era entonces cuando salía. Después de unas horas, convencido de la inutilidad de tratar de amar a la compañera ocasional de una noche, se despedía de ella con menos aprecio que a la llegada, satisfecho de que el encuentro no durara más tiempo. En una ocasión, sin embargo, Manuel no salió, sino que recibió una visita. Tanto él como la joven señora que se sentó en la sala daban la impresión de hallarse sorprendidos. Manuel hablaba y reía muy alto, lo que no era habitual en él; ella hablaba la mayor parte del tiempo, a media voz,
y de pronto enmudecía. Marie era dueña de una gracia que a veces se asemejaba a la belleza, realzada por un toque de discreción. Ambos sentían curiosidad por el otro, habían vuelto a encontrarse y habían acordado una cita sin exponerse a la publicidad de un café o de la calle. La conversación se desarrollaba en un tono simple; él le preguntaba por su esposo, por la educación de sus hijos, pero omitía cualquier alusión a su padre. En un momento, sin embargo, las palabras adquirieron un carácter más íntimo.

—¿Por qué viniste?

—Porque quería volver a verte —respondió ella.

—¿Y él?

—Él…

—Sí, él, tu marido. ¿Lo quieres?

—¿A quién? —le devolvió ella, perpleja, la pregunta.

—Tú sabes a quién.

Ella no sabía qué responder. También se había hecho esa pregunta. En algunas oportunidades llegaba a creer que en verdad amaba a aquel hombre con quien se despertaba todos los días, pero a veces no sabía si era amor o solo… Para el caso, ahora viene siendo lo mismo. Por lo menos sabía que no amaba a Manuel, que no había dejado su casa y sus hijos por un amante, aunque en el fondo subsistiera la duda. Había ido a responderse esa pregunta.

A hurtadillas, ella observaba aquel rostro anguloso que parecía haber envejecido décadas en siete años. Notaba, además, que los caprichos de antaño de aquel hombre se habían convertido en manías, y que había perdido su toque impulsivo y violento. Quizás era eso lo que ella más lamentaba. No, no lo amaba, lo sabía. Había tomado un taxi hasta esa casa en busca de una imagen de él creada por su imaginación de antaño, con la que no solo había soñado, sino que también se había conformado. Pero el hombre que tenía al frente ya no correspondía a esa imagen.

La visita no había sido del todo infructuosa. Marie, a quien le agradaban los niños, reparó en la pequeña Sonia, que se asomaba detrás de la puerta, la sentó sobre las piernas y la abrazó. La conversación, que había durado a lo sumo un cuarto de hora, terminó. A Manuel le pareció que Marie se había dedicado a la niña solo para ocultarle sus fantasmas, y dominado por la soberbia, insistió en cuestionarla, seguro de que ella, tarde o temprano, empezaría a quejarse de la vida que llevaba:

—¿Estás contenta de volver a tu casa? Sé bien que no era eso lo que esperabas de la vida… No solo para ti ha sido un tormento, para muchos de nosotros también ha sido difícil.

¡Nosotros! Ella calló. Era él quien había terminado por delatar la infelicidad propia que ella no sentía. Hay quienes se tornan torpes cuando sus sentimientos son sinceros, y Manuel era uno de ellos. Despechado, terminó por volverse sarcástico solo para herirla, lo que acabó de desvirtuar la imagen que ella tenía de él. Finalmente, Marie se levantó. Él la acompañó hasta la puerta, donde se dieron un fuerte abrazo, pero en realidad lo que estaban abrazando era su pasado.

Con los años, a menudo interpelé a mi padre sobre ella. El silencio sobre este tema me confirmaba que la amaba, aunque, como dije antes, torpe y ciegamente. No sé si fue este amor, o su determinación de no imponerse compromisos, lo que me libró de tener una madrastra. Hubo otros encuentros menos agradables en los que volví a participar. Por unos meses, Manuel se entusiasmó con una jovencita morena que había entrado al círculo de conocidos que frecuentaba, y que no tardó en llamar la atención de todos por su sentido del humor y su salvaje belleza. En una ocasión, al menos, llegué a sentir aprecio por esa mujer que intentaba ganarse el cariño de un hombre varios años mayor que ella, llenando de regalos a su hija. Por lo demás, Marie se había ganado mi afecto y respeto. A comienzos de agosto, mi padre decidió mandarme una temporada con ella. Cuando Marie le dijo a su esposo que la hija de un amigo suyo iría con ellos a la casa de verano por unas semanas, él no ocultó su alegría, pues había querido una niña después de la llegada del segundo varón; para Marie, dos hijos eran ya suficientes. Me instalaron junto a ellos en una de las habitaciones del ático, a donde acudía Marie antes de dormir. Todo era nuevo para mí: las oraciones de la noche al ángel de la guarda, los juegos a la ronda con Alejandro y Matías —que eran casi de mi misma edad— o las expediciones por el campo.

El siguiente episodio fue mucho más afortunado. Una tarde, mientras Alejandro y Matías se fueron con su padre a la ciudad, Marie me llevó a conocer el mar. Las desiertas playas de M estaban a poco más de dos horas de la casa de la pareja de esposos. A veces una concha abandonada o una estrella de mar surgían ante la mirada de ambas, arrastradas por el embate del agua. Marie estaba radiante, y de pronto fue detrás de sus gafas, que había tirado el viento. Esta

mujer, que se había alejado por unas horas de la cotidianidad de su casa, se convirtió por momentos en una joven risueña que corría y brincaba cuando la alcanzaba una ola. Cuando el sol comenzó a descender y la dorada luz se filtró entre los canales de olas, nos alejamos de la playa y nos sentamos sobre un tronco a contemplar el ocaso. La marea empezaba a bajar y los remotos límites de tierra se convirtieron en diáfanas sombras azules; de repente, una mujer de cabello oscuro pasó sin ser vista a través de Marie, se perdió como un reflejo ahogado entre la violenta agitación de las olas. Inconsciente de la inmensidad que tenía al frente, regresé hasta la playa y me entretuve con la arena mojada; Marie me ayudó a hacer mi primer castillo, al que rodeamos con las conchas que habíamos recogido.

—¿Lo podemos buscar cuando volvamos? —le pregunté, segura de que el sol endurecería la arena hasta convertirla en roca.

—Cuando vengamos, harás otro; a este lo arrastrará mañana el mar. El mar es más fuerte que nosotras —me contestó.

Una vez que Marie dijo esto, me paré junto a la pequeña fortaleza y la derribé antes de que la dañaran las olas. Ella sonrió, mientras se limpiaba la arena que le había quedado entre los dedos de los pies. A lo lejos, un carro se acercó; el feliz paseo llegaba a su fin. Desde la ventana, prometí volver.

En la residencia de campo, comí glotonamente antes de ir a la cama. Alejandro y Matías ya dormían. Estaba dichosa, con esa dicha transformada pronto en anhelo que nos queda de los lugares donde por primera vez hemos sido felices y nace nuestro afecto. Marie no había sido una madre, fue la primera mujer a la que quise.

Marie era dulce, pero sin llegar a la cursilería; ante todo, eran de admirar en ella la franqueza y la libertad con que trataba a los demás. No era el tipo de mujer ni de madre que estaba encima de su esposo o de sus hijos diciéndoles a cada momento lo que debían o no debían hacer, pues sabía que aquella conducta terminaba por malograr el corazón de las personas.

Cuando escarbo en los restos de mi pasado —aunque pocas veces lo hago—, intento casi siempre volver a aquellas tardes soleadas en ese jardín que parecía rodeado de murallas, o a esa playa vacía. Allí me di cuenta por primera vez de que no era como los demás niños de mi edad, y creo que también fue allí donde supe que no sería como las demás mujeres. No sabía con certeza qué iba a ser, solo sabía que era distinta y que Marie lo había notado.

La visita, propuesta para un mes, apenas duró nueve días. Tras una conversación telefónica con Marie, Manuel cambió de parecer y antes de la una de la tarde un coche apareció para llevarme de regreso. No paré de llorar durante el resto del día. Aquellos breves momentos pasados junto a ella ocuparán un lugar privilegiado en mi existencia.

Para que no estuviera sola, Manuel contrató a una muchacha del campo. Cecilia me gustaba por su amor a las plantas y a las gallinas, a las que, por lo demás, no tenía reparo en torcerles el cuello para preparar una sopa. Yo la miraba a veces perpleja, sintiéndome tan libre y amenazada como lo está una gallina que corre y cacarea por el corral de la huerta.

Una noche, Manuel llegó borracho, lo que nunca hacía; subió las escaleras casi a gatas hasta el estrecho cuarto donde dormía Cecilia. El ronquido de su voz, que se escuchaba a través de la puerta, agitó la calma. Al principio la llamó suavemente para que le abriera, luego golpeó la madera y gritó. Los gritos se repitieron solo un par de veces, hasta que finalmente se perdieron en la oscuridad, atenuados por las pisadas que se alejaban sofocantes. Cecilia, a quien el forcejeo del señor no había logrado ensuciarle la mente, escuchaba mis sollozos y se pasaba a mi habitación, me levantaba de la cama y me apretaba contra su pecho. Retornada la tranquilidad, se

acostaba junto a mí. Mientras se desvestía, destapaba con cuidado la sábana que nos separaba. Una tibieza húmeda brotaba de aquel cuerpo que por momentos parecía pelear contra el mío. El temor a una sensación desconocida, aunque deseada, hacía palpitar mi corazón, que no sabía cómo responder a esa fraternización que le descubría las numerosas posibilidades que tenía la carne. ¿Iluminación de los sentidos? ¿Despertar de la sensualidad? No lo sé. Una semana después, recibimos la visita de una familiar suya que vivía en la ciudad. La muchacha seguramente calló el suceso de la puerta, que tampoco había dañado la buena opinión que tenía de su patrón, pero acaso la vieja se percató por sí misma del riesgo de dejarla sola con una niña y un hombre que tenía más madera de amante que de padre. Al otro día, muy de mañana, Cecilia abandonó la casa. Desde aquel momento, estuve sola; en esa soledad fue naciendo un temperamento que era consciente de las responsabilidades que tenía conmigo misma en el porvenir, en medio del mundo y de las circunstancias que me habían tocado en suerte. Lo que aún no sabía eran sus riesgos. Mucho tiempo después, me daría cuenta de que quien tiene una niñez solitaria lleva una vida y una vejez también solitarias.

3

A finales del año, Manuel decidió que era momento de empezar de lleno la educación de su hija, de la que hasta entonces se había encargado esporádicamente. Me sacó de la escuela del barrio y me matriculó en un instituto privado. Aquel hombre, que tanto criticaba la burguesía valiéndose de un marxismo hecho más que nada de frases, quería educar a su hija pobre como una señorita rica. Esa misma actitud la he visto repetidas veces en muchas familias de clases baja y media durante toda mi vida. A los seis meses, Manuel no pudo costear más la mensualidad del instituto; su sueldo de maestro oficial no le alcanzaba para tanto, por lo que decidió educarme por su cuenta. Sin ningún melindre, me enseñaba a leer y a escribir. Pero sus largas lecciones sobre la mesa, o su voz a menudo demasiado dura para lograr captar la atención de la niña que yo era, pretendían ir mucho más allá del simple acto de proporcionar una serie de citas, textos y autores, cuando no de ecuaciones y fórmulas, a los que con mayor frecuencia se reduce la educación hoy en día. Ante todo, me salvó de la educación puritana que habría recibido de mi madre. De no ser por él, me habrían educado como a cualquier mujer, para tener una disposición a verme y sentirme como una criatura frágil e inferior.

—Hoy educan a los jóvenes para quejarse de sus males —me dijo.

Me prohibió hablar de los demás, ni mal ni bien. Lo mejor —decía— era no hablar de nadie.

Pero todas esas palabras, algunas tan claras como advertencias, no regresarían sino hasta mucho tiempo después. Mientras tanto, la niña solo escuchaba y
desarrollaba los ejercicios, llorando a lágrima viva o callada, casi fea, arrugando los labios con un mohín de indiferencia que dejaba entrever un trasfondo de angustia, ocupada de problemas que para un adulto parecían vanos, haciendo y rehaciendo con los dedos las complicadas sumas. Aquella ceremonia que se produjo con regularidad, día tras día, durante años, se mezclaba con los cuidados domésticos de los que poco a poco me fui ocupando.

Obstinado por evitar las distracciones de su hija, Manuel pretendió remplazarlas por una disciplina musical que él mismo no había tenido. Como la televisión le parecía una forma de pereza, la más sutil y la más pérfida de todas, aquel invento moderno estuvo ausente de la casa. Cuando llegó Navidad, me compró un violín que recibí con frialdad. Yo disimulaba mi rechazo por el instrumento ocupándome de limpiar sus piezas, pero veía cómo fruncía el ceño al constatar que su entusiasmo no se me comunicaba. De nada sirvieron las hermosas encuadernaciones o los bellos manuscritos que me enseñaba, pues yo no sentía un interés real por la música ni tampoco por los libros. Pronto me di cuenta de que lo que había en ellos no era para mí. Frente a esas páginas, demasiado cargadas de palabras, me sentía hueca por dentro. Cuando más tarde me ocupé de escribir, lo hice para escapar de las horas demasiado vacías.

Al comprender que yo no pasaría del dominio de la técnica, mi padre olvidó sus instrucciones. Tampoco se lamentó, ya que no era de los que se quejaban de sí mismos; su debilidad se expresaba de otra manera. Por entonces, gastaba las horas en traducir algunas obras de Hildegarda de Bingen, sentía especial interés por una carta en defensa de la música que la santa había escrito en 1170 y que había enviado a la curia de Maguncia. Dicha reflexión sobre la música y el humanismo era el preludio de una composición que él preparaba en secreto, pero con el paso de los días, aquellos largos tratados sobre el alma, la trinidad y la medicina, que al comienzo le parecían un arte de pensar, terminaron por resultarle insípidos. Antes de acabar la traducción, arrojó las hojas a la basura, junto con las obras de la santa. Aquel acto de dejarlo todo a medias o inconcluso sería una condición de su personalidad que yo vería repetirse una y otra vez a lo largo de su vida. Esa inercia tomó después el matiz de una dañina indiferencia.

Con los años, aquel hombre de quien no sabía mucho iba dejando de ser un misterio. Desde el punto de vista del ideal, más profundo que la realidad, Manuel seguía siendo para la adolescente que crecía a su lado una suerte de punto fijo que pesaba como una parte invariable en su destino. Pero a menudo pasaba con él lo que con esas personas que ponemos en altos sitiales, y que vistas de cerca pierden todo su brillo. A medida que fui creciendo, comencé a notar que Manuel no era lo que yo creía, lo cual no le restaba superioridad. Era solo que empezaba a reconocer sus faltas. Ese hombre que se entregaba por entero a sus amantes durante las noches era incapaz de conceder algunas horas a las insignificancias del trabajo. Cuando perdió el empleo de profesor de escuela y despilfarró todo lo que tenía, se dedicó a dar clases particulares de matemáticas a muchachos de buena posición. Como al principio no llegaba ninguno, Marie le enviaba algunos. Los pocos que aparecían no duraban más de un par de semanas. Aquel humilde profesor se ofendía con facilidad ante el más leve desdén que adivinaba por debajo del interés de sus estudiantes. Una vez estuvo a punto de irse a los golpes con uno.

—Te crees mejor que yo solo porque me pagas. Pero yo soy un hombre inteligente, mientras que tú no eres más que un tonto de vida fácil.

Manuel recordó de pronto a don Rafael y ese recuerdo le produjo rabia.

—Todos los malditos ricos son iguales. Pretenden tratarlo a uno como les da la gana.

El muchacho también había dicho lo suyo. Se le abalanzó con los puños cerrados, pero sin llegar a alcanzarlo. Esta vez no hubo, como antaño, una Marie que entrara y los detuviera. Al marcharse, el muchacho pateó la puerta. Después de unos minutos, Manuel se levantó del asiento en silencio, recogió unos libros que habían caído sobre el suelo y salió. Afuera, la vida nocturna se ponía en marcha. A eso de las nueve, el joven rubio volvió a aparecer en la esquina de la casa, protegido por varios amigos. Pasadas unas horas, se cansaron de esperar a su presa. Manuel regresó en la mañana después de no sabemos qué encuentro; jamás supo de esa espera.

En cuanto a mí, era una muchacha tímida y nerviosa, poco despierta. La mujer aún no avivaba del todo en la niña de once años, pero algo en la mirada, en el pliegue de los labios, ya develaba un brote de turbia sensualidad. Por ese tiempo, me nació el deseo apasionado de ser grande, quería volverme mayor para poder contestarle a Manuel, para obligarlo a que no se marchara, para salir a la calle y no tener que quedarme sola. Después de haber cumplido los doce, comenzó la lucha entre lo femenino y lo infantil. Aquella entrada a la pubertad se convirtió en un problema que tuve que enfrentar sola y a mi manera. Mi constitución delgada se fortalecía, las caderas se anchaban y los pechos emergían blandos como un par de almohadas. Al principio me avergonzaba de ellos, como me había avergonzado antes de mi delgadez. Una pelusilla negra se regaba por debajo de mi vientre; una de las cosas que más lamenté fue que mi cabello se fuera oscureciendo, como si una mancha destiñera por dentro. La niña iba dejando paso a una joven con rasgos de sibila, para quien el porvenir aún se hallaba libre de sombras.

Una tarde, cuando tenía dieciséis años, regresaba de una clase de inglés que Manuel había pagado ese trimestre. De pronto, algo tibio y pegajoso se me regó en medio de las piernas. El miedo a una sensación desconocida se apoderó de mí. Al tocarme, me di cuenta de que era sangre. Me quedé inmóvil, de pie. A pesar de los cuidados de Manuel, jamás me había hablado sobre la naturaleza femenina, ni tampoco las mujeres que visitaron la casa, y las pocas palabras que había escuchado a muchachas de mi edad, en la calle, eran cuchicheos, frases dichas a medias o entre risas, como a menudo se hacía sobre esos temas en una época en que las mujeres parecían poner su empeño en no saber muchas cosas de su cuerpo. Por un momento, todo se puso a dar vueltas en torno a mí. Al terror se sumó la vergüenza, me sentía avergonzada con mi padre,

como si hubiera hecho algo malo. Me percaté de que esa vergüenza siempre estaría ahí. La intensidad de ese sentimiento solo era comparable al miedo que había sentido de niña cuando estaba sola. Llegué a la casa, presa de una agitación espantosa. Al verme, Manuel me preguntó:

—*¿Qué te pasó*?

Tuve ganas de abrazarlo y contárselo todo, pero ni siquiera me atreví a mirarlo. Sabía que no podía decírselo, fue como si desde ese momento algo nos separara. No le dije nada y pasé de largo, me encerré en el baño y me lavé con más cuidado que de costumbre; luego fui hasta mi cuarto y me metí temprano en la cama. Todavía hoy me siguen inquietando esos rasgos que asemejan mi cuerpo al de las demás mujeres: el olor, el aliento, los hábitos especiales de limpieza y los cuidados que demanda. Con el tiempo, aprendí que el cuerpo nos va formando poco a poco. Antes de saberlo, había creído poder escapar de sus estrechos límites. No todo era malo. A pesar de mis pudores, noté que poseía el encanto inquietante de la primera juventud. La niñita flacuchenta y algo insípida de la infancia se había convertido en una muchacha de rasgos marcados y cuerpo definido.

El mundo era joven a los diecisiete años y seguiría siéndolo por un buen tiempo.

1

Lucía, las páginas que siguen son un montaje, no porque se correspondan poco con la realidad, sino porque, al escribirlas, me doy cuenta de lo extraño que me resulta evocar, casi tres décadas después, esa época entre los dieciocho y los veintidós años de mi vida. Escribo de esa muchacha como si se tratara de otra, sintiéndome más una testigo que la protagonista. No solo es que hoy me halle muy lejos de la veinteañera que fui antes, también tiene que ver con que escribir esta historia me ha enseñado a observarme como si fuera otra. En todo caso, en ciertos aspectos, me reconozco más en la niña y en la mujer madura que en la joven. Tampoco he podido hacer más; me esfuerzo, pero, a menudo, mientras escribo, choco con el hastío o la indolencia. Es verdad que no todas las personas se devuelven a buscar su pasado, y entre quienes lo hacen, algunas no lo encuentran. Cuando vuelvo sobre el mío, en especial sobre mi juventud, veo fragmentos disímiles, hilos que se hacen y deshacen, y que yo junto e intento cruzar, esforzándome muchas veces por dar sentido a lo que no tiene. Pero entiendo que esta es la vida, lo que escribo, nada más.

Cuando al finalizar el verano, mi padre me llamó para decirme que se iría solo, varios meses, a estudiar una maestría en otra ciudad para mejorar su escalafón como profesor, me sentí sorprendida, pues muchas veces lo había escuchado referirse con desdén sobre las universidades del país. Ahora supongo que la idea de estar sin su hija y entrar en contacto con otras personas menores que él, especialmente mujeres, en un ambiente distinto al del trabajo, lo animaba. Pero para aquel entonces, su estado de ánimo era tan variable que solo con pensar en las clases se sentía agotado e irritado. Sus cavilaciones sobre qué iba a hacer conmigo lo ofuscaban casi lo mismo.

Los días siguientes estuve apartada de Manuel. Yo era una muchacha orgullosa y me sentía avergonzada cada vez que mi padre me ofrecía como niñera o cuidadora interna a alguno de sus conocidos; era como si me echara en los brazos de cualquiera para poder marcharse. Bastante resentida estaba ya al ver su actitud distante para tener que imaginarme en otra casa, recibiendo órdenes de desconocidos. Por suerte, nadie aceptó. Unas semanas antes de tener que irse, Manuel recordó a una tía de su difunta mujer que vivía con su marido en el campo, cerca de un pueblo de V; hasta ahora, él no se había interesado ni relacionado con ella, pero la vieja era la única pariente que conocía. Después de pensarlo un poco y averiguar su dirección, le escribió una

carta. No sé lo que le dijo, pero el caso es que a principios de octubre me hallaba alojada en su casa.

Felice se había instalado desde el verano anterior en V con su esposo. Habían logrado adquirir una pequeña granja a muy bajo precio, en la que pretendían pasar sus últimos años. No tenían más propiedades que aquella casa y eran pobres, además, en dinero. A pesar de venir de la ciudad, poco a poco se acostumbraban a la complicada y dura vida del campo. Colindando con la granja se había construido una sinagoga, muy visitada por esos días. Aun cuando era común ver pasar una afluencia de fieles los sábados y los días de fiesta desde el pequeño balcón de la torrecilla del segundo piso, ni ella ni Alberto habían asomado jamás las narices por esos predios. Hacía mucho habían dejado la manía de creer en la infinidad de religiones que pululaban a su alrededor imponiéndose como una moda, y el catolicismo, común en su familia, les parecía una devoción compuesta de cirios encendidos y de imágenes en altares. Contribuía a esto el recuerdo de su única hija, quien había muerto muy joven de un extraño mal parecido a la epilepsia. Tal como la recordaba su madre, todas las tardes Inés se retraía para hablarle a un Cristo de yeso, al que adornaba con flores arrancadas del jardín y al que no podía alumbrar porque tenía prohibido encender fuego dentro de la casa. Imaginé que tal vez habría congeniado con aquella muchachita robusta y simplona a quien le habría enternecido que yo fuera huérfana, y que seguramente me habría obligado a rezar junto a ella por mi hermano muerto, olvidando que no se puede querer lo que no se ha visto nunca.

Felice soportaba aquella pérdida de manera humana; algunas veces se resignaba y en otras oportunidades se lamentaba, mas este dolor iba pasando, igual que todo. Al cabo de unas semanas, ya estaba harta de aquella existencia junto a esa pareja de ancianos que se comportaban a veces como enemigos. Las tardes en que no discutían las pasaban sin hablarse. Alberto era amable y jovial con los extraños, pero brusco y algunas veces violento —sin llegar a los golpes — con su mujer; Felice era impaciente y poco comprensiva, hasta con ella misma. Ambos compartían, por así decirlo, el mismo infierno, y una austeridad hecha a la fuerza que parecía herirla más a ella.

Mi estancia coincidió con el regreso del hermano de Alberto. Felice escasamente quería hablar sobre ese cuñado al que poco toleraba, y del que tenía la misma impresión que su marido. Lo poco que supe es que Adrián —ese era su nombre— había abandonado años atrás la aviación para dedicarse a despilfarrar la escasa fortuna que le había dejado su madre por ser el menor, dando vueltas de aquí para allá. Ahora no aspiraba a otra cosa que a escribir novelas y darse a conocer como escritor. Cerca ya de la Navidad, se produjo su llegada. Contrario a como lo suponía, se trataba de un hombre tímido y distante, de mirada triste, con quien al comienzo no conseguí establecer ninguna relación ni cercanía. En la casa no se organizó nada para darle la bienvenida al ya no tan joven pariente, como se hizo la primera vez que los visitó, cinco años antes. Sus continuas idas y venidas, así como el ambiente tenso que se vivía en sus estadías, hacían que su llegada no fuera motivo de festejo sino una carga. Además, tanto Felice como Alberto sabían que su enfermedad lo trastornaba a veces fuertemente, que cuando no sufría de insomnio despertaba a todos con sus pesadillas.

Adrián tenía algo más de cuarenta años; era alto y robusto. De vez en cuando, mientras hablaba, soltaba una extraña sonrisa o hacía un gesto arrogante que le devolvían a su rostro una expresión de juventud, pero generalmente no hablaba, y cuando lo hacía evitaba encontrarse con la mirada del otro. Él siempre trataba a todos de usted. Cuando la casa comenzaba a romperse por los gritos de Felice y de Alberto, parecía no interesarle. En esos momentos yo me quedaba en

un rincón sin decir nada, hasta que la tormenta pasaba. No te voy a negar que su presencia me distrajo de los problemas de la familia, pero al principio él no me interesaba, por lo menos no hasta el punto de atraerme ni de estimular mi deseo. Solo que yo pasaba los días encerrada entre dos viejos resabiados, sintiendo que estaba de más, y de pronto llegó ese hombre y se instaló allí, tan cercano y tan lejano, en apariencia tan tranquilo, como si habitara un mundo propio.

No creas que no vacilo al contarte esto. Sobre todo, no quiero cansarte con una historia de amor de adolescente. Lo que sucedió al comienzo no lo tengo muy claro. Lo que sé es que con el paso de los días empecé a fijarme más en él. Simple desde la distancia, era perturbador y laberíntico de cerca. Yo imaginaba que alguien así no podía llevar una vida como los demás, y, sin embargo, parecía ser la única persona a quien su presencia inquietaba. Las tardes en que no estaba con Felice me sentaba junto a la ventana y me entretenía pensando en lo que él estaría haciendo. Numerosas imágenes me revoloteaban en la cabeza; imaginaba conversaciones en las que hablábamos acaloradamente; a solas con él, no habría sabido qué decir. ¿Cómo acercarme? Cualquier cosa servía de pretexto: imaginaba situaciones en las que yo lo salvaba o lo defendía, pero también escenas más simples, como un tropiezo en la escalera o una taza de café derramada en su camisa. Durante semanas, observé con curiosidad todo lo que él hacía. Era muy disciplinado. Desde muy temprano se ponía frente a la mesa, escribía, borraba, leía, fumaba. Al terminar, besaba las hojas, como si esos papeles ennegrecidos de tinta fueran lo único que tuviera. Dejaba la habitación a las once, almorzaba sin prestar atención a los demás y por las noches salía de paseo con Remo, el weimaraner café de Alberto. De resto, llevaba una vida desligada de cualquier vínculo que otros tendrían por inevitable.

Aun sin que cruzáramos palabra, su presencia comenzó a resultarme más imprescindible que la de Felice y Alberto. Era de esos a quienes se puede aborrecer o adorar, pero jamás ignorar. Al fin, una mañana, mientras Felice encerraba los marranos que habían escapado de la porqueriza, lo vi acercarse del otro lado del muro que separaba el patio de los cobertizos. Adrián no podía vernos, pero sí escucharnos. En la vida real, raras veces el deseo de llamar la atención no va seguido de una frase majadera o estúpida. Felice me contaba de un hombre y su hijo de siete años, que habían sido encontrados esa mañana muertos, afuera, en la puerta del cementerio. El cementerio de V era una de las pocas cosas bonitas que tenía el pueblo. A mí me parecía un lugar asombroso con su antigua iglesia en hierro y vidrio, y sus jardines con flores raras traídas del extranjero. Había ido un par de veces; allí adentro, todo me parecía encantador y espantoso, incluso el olor a flores, ese olor que solo tienen los cementerios.

—El padre había comprado dos vasos de yogur y una papeleta de veneno —dijo Felice—. Los encontraron abrazados, tumbados junto a la reja. Eran pobres, parece que al hombre lo dejó su mujer.

—¿Cuándo fue eso? —le pregunté.

—Esta mañana. Me lo contó la vecina cuando vino por la leche.

Felice continuó hablando. Yo solo le entendía a medias, pero sabía a qué se refería: a lo siniestro de esas muertes, a que el niño no tenía la culpa de nada, a que era una gran falta que una madre abandonara a un hijo para irse seguramente con un amante.

—Está bien que se separe del esposo, pero no hay excusa para dejar al niño. ¡Esas mujeres de hoy no valen mucho! —continuó la vieja.

Me giré para ver a Adrián. Tenía la cabeza apoyada en el muro, los ojos cerrados, como si estuviera dormido. De pronto, él también se giró, levantó la vista por encima del muro y se quedó mirándome detrás del humo de su cigarrillo. Fingí no darme cuenta.

—Eso es muy común —dije con indiferencia, volviéndome hacia Felice.

—Hum… —dijo la vieja con una mueca muy propia de ella—. Se le oscureció el alma y no vio ninguna salida. Hay momentos en los que nos volvemos malos, casi sin darnos cuenta.

—¿Y la mujer? —le pregunté con resolución, para que Adrián me escuchara.

—Esa quién sabe dónde estará.

—Yo la buscaría y le tiraría el par de muertos enfrente para que viera lo que hizo.

—A esa perra no se le daría nada.

Felice se distrajo en algo y luego cambió de tema. Refunfuñó por lo descuidadas que estaban las porquerizas, por lo poco que hacía Alberto por arreglarlas. Yo me acerqué al muro para ver si Adrián seguía allí. Él me miró con atención, aspiró un último soplo, arrojó la colilla y se marchó. Enseguida me percaté de que no había hecho más que decir estupideces. Yo era como aire para él, como el humo que acababa de soltar. Probablemente, no se sorprendió; con las mujeres jóvenes, siempre cabe esperar algunas bocanadas de tonterías.

¿Ya te dije que a Adrián no le gustaba salir de su habitación durante el día? Pues no salía mucho. Tampoco se lo veía mucho con su hermano. En cambio, prefería caminar con el perro hasta el pueblo, bien entrada la noche. Le gustaban la soledad de las calles, el olor a tierra mojada, la fría transparencia de los astros, cuando los había. También le gustaba la oscuridad del camino, pues le resultaba grato moverse entre las sombras por esa carretera que cada vez conocía mejor y que lo reconfortaba cuando estaba triste o sentía rabia. En algunas ocasiones, un perturbador impulso lo llevaba a errar más allá del pequeño caserío, por atajos todavía más oscuros y profundos, entre los que lo sorprendía la mañana.

Adrián no pretendía instalarse en la casa de su hermano, ya que para él era un lugar transitorio; aunque su anterior visita había durado más de un año, tenía la intención de partir en febrero y regresar a la ciudad. Me propuse, de un modo insensato, puede que hasta forzado, acercarlo a mí, pero su falta de habilidad con las mujeres o su desinterés pesaban como un muro entre los dos. Ese deseo de acercar a Adrián es uno de los sentimientos más firmes que recuerdo de aquellos años.

Una noche, Felice se lastimó un pie mientras empujaba un bulto por las escaleras; yo ayudé a la pobre vieja como pude porque estábamos solas, y una vez abajo ella se arrastró entre quejidos hasta un sofá de la sala. Acostumbrada como estaba a no dejar de moverse, se afanaba por levantarse. De pronto noté que sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no gemía por el pie, sino como si algo más hondo, guardado por años, saliera de repente, so pretexto del accidente.

—Hay que llamar a un médico —me apuré a decirle.

—¿Y con qué lo vamos a pagar? ¿Tienes plata?

—Tengo como cincuenta mil, pero Alberto…

—¡Alberto!… Él ha de estar feliz jugando parqués con los vecinos. A ese qué le va a importar lo que a mí me pase, más se preocupa un perro.

—No diga eso.

—Lo digo porque es así. A ese animal no le importa ni siente nada.

Aquellas palabras estaban cargadas de amargura. Cuando logró sobreponerse, salí en busca de un médico, pese a la renuencia de Felice. Regresé una hora después. Adrián había conseguido entablillarle el pie con ayuda de Alberto, pero no había podido evitar que la anciana lanzara unos cuantos gritos al momento de apretar con las vendas. Por desgracia, el golpe había sido grave y Felice quedó con los huesos demasiado estropeados. El médico le recetó pastillas para el dolor. Salimos con Adrián hasta el patio para despedirlo, y una vez allí sacó de su bolsillo una

cigarrera.

—¿Me acompaña mientras fumo? —me preguntó.

—Si no le molesta —le dije.

Adrián frunció el ceño.

—¿Por qué me iba a molestar?

—Como usted es tan raro.

—¡Raro! ¿Por qué le parezco tan raro?

—Está encerrado casi todo el día y cuando sale ni siquiera habla con su hermano.

—Es solo mi medio hermano. Mi padre no era el suyo.

Involuntariamente, comenzamos a caminar; poco a poco, nos fuimos alejando de la casa. Nunca se me olvidará la emoción que sentía, esa mezcla entre ansiedad e inhibición desatada por la novedad del encuentro. Estaba tan nerviosa que me temblaban las piernas, incluso la voz; por fortuna, él no se percató de eso y tampoco hubo nadie que pudiera advertirle. Sacó de nuevo la cigarrera, que emanaba un olor a tabaco intenso; yo le pregunté qué cigarrillos prefería y él dijo el nombre de una marca popular que alguna vez llegué a verle a mi padre. Aclaró que solo fumaba cigarrillos sin filtro y que detestaba los mentolados, sobre todo los que venían de Estados Unidos. Le pregunté si se sentía cómodo en la casa de su hermano.

—Me siento como en cualquier otra parte. A ellos no los considero mi familia, y seguro ellos a mí tampoco —dijo mientras botaba el humo despacio—. Me gusta hablar francamente. No me gusta la cortesía por la simple amabilidad. Si vamos a seguir hablando, tendrá que acostumbrarse a eso —puntualizó.

Yo quería decir algo, pero no me atrevía porque me preocupaba no estar al nivel de sus palabras o mostrarme demasiado impresionada. Él también parecía esforzarse por no parecer muy serio. Continuamos un tramo en silencio; por fin, él hizo una broma y luego, con la vista puesta en el suelo, dijo:

—El trato con las personas es provechoso únicamente cuando se tiene afecto por ellas, ¿no le parece? No me gusta malgastar el tiempo con cualquiera solo por mover los músculos de la garganta —manifestó—. No vaya a creer que soy un ogro; por el contrario, soy una persona muy débil. Pero eso sí, me gusta escoger a las personas con las que trato, y si no encuentro a nadie de mi gusto, prefiero pasarla solo.

—Yo también me cuido de no entablar relaciones con cualquiera. Las muchachas de mi edad generalmente…

—Ya no vivo de la estimación de los demás ni le temo a la opinión ajena —me interrumpió de repente, como si hablara consigo mismo o no les diera suficiente crédito a mis palabras—. Debe ser porque en el fondo he aprendido a soportarme, a estar solo.

—¿No tiene amigos?

—Claro, tengo algunos, pero todos están lejos. De vez en cuando hablamos por teléfono. No se puede vivir completamente solo, pero a veces es difícil lidiar con personas por las cuales uno no siente afecto.

—¿Se refiere a su hermano y a su mujer?

—A todos.

Yo lo observaba de reojo, dejando que él hablara. En lo único que pensaba era en que al fin nos habíamos acercado.

—Cuando estoy muy cansado, me distraigo imaginándomelos como si fueran animales extraños. Felice, por ejemplo, se parece a un paujil.

—¿Y yo qué vengo siendo?

—¿Usted? Ja, ja, ja. No sé, no me ha dado tiempo para hacer la semejanza.

—La sobrina del paujil —le dije.

Empezamos a caminar de regreso entre risas, seguidas de silencios, impregnados de una suave fatiga, seguros de que había sido suficiente por esa noche, de que no era necesario prolongar aquel primer encuentro. Una vez a solas, en la habitación, volví emocionada sobre la conversación, la continué en la imaginación, hablé de cosas que solo entonces se me ocurrían.

—¿Dónde aprendió a entablillar?

—Lo aprendí en la escuela de aviación.

—¿En la escuela de aviación?

—Sí, soy piloto. Me gradué cuando era muy joven.

Al otro día comenzaría por allí, por esa pregunta. También pensé en hacerle un pequeño regalo, un libro de segunda o un encendedor de cigarrillos; algo que pudiera conservar. Imaginé su rostro al abrir el regalo, su sonrisa, el abrazo que me daba en agradecimiento. A la mañana siguiente me levanté temprano, antes de las seis, movida por esa necesidad de reafirmación que esperamos de quienes unas horas antes han franqueado su lejanía y se han revelado ante nosotros. Pero el destino no se deja gobernar por nuestra imaginación. La indiferencia con que Adrián me trató durante el desayuno me dejó desconcertada, hasta el punto de que tuve que hacer un gran esfuerzo para que no se me saltaran las lágrimas. Estuve inquieta e insegura el resto del día. Yo era una chiquilla tonta, pero esa mañana comencé a hacerme una idea de quién era aquel hombre.

Al caer la noche, lo esperé en la porqueriza. Adrián apareció con Remo, que saltaba y ladraba, refregando el hocico negro contra su rodilla. Al verlo, tuve la impresión de estar a punto de caer a un abismo.

—¿Qué tal estuvo su día? —me preguntó.

—Muy bien. ¿Y el suyo? —le pregunté mientras observaba su rostro tranquilo y pálido, algo triste.

—Normal, como todos —respondió y caminó unos pasos hasta donde la luz de las lámparas era menos intensa. Desde donde estaba, su imagen proyectaba dureza. Soltó a Remo y encendió un cigarrillo. El perro echó a correr por el camino; ambos lo seguimos bajo una fría cortina gris. A medida que avanzábamos, el ánimo de Adrián se transformaba, se ponía más vivaz, incluso jovial, como si el silencio y la oscuridad de la noche lo convirtieran en otro, liberado de las dudas y las incertidumbres con las que luchaba durante el día.

—¿En qué piensa? —le pregunté.

—En nada.

Pude distinguir una sonrisa en sus labios. A los lados del camino el pequeño bosque se alzaba con una espesura casi mágica, que acrecentaba la cerrazón de la noche. Unos doscientos pasos más adelante, un pequeño puente servía de pista para avistar las primeras luces del pueblo.

—A veces me levanto convencido de que no hay que pedirle a la vida más de lo que uno tiene, que hay que aceptar las cosas como vengan. Pero luego ya no puedo —me dijo—. La otra vez en T me examinó un médico chino —continuó en tono jovial—; lo visité porque me dolía una rodilla y era más barato. Me dijo que yo caminaba con los pies abiertos y que tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda. Según él, era la manifestación de una contradicción que me atormentaba entre lo que pensaba y lo que hacía.

Se detuvo para encender un nuevo cigarrillo y empezó a fumar.

—Ya no sé muchas cosas, no me interesa tener respuestas para todo porque al final no sirven para nada. Es mejor callarse. Tal vez usted sea muy joven para que me entienda.

—Claro que lo entiendo.

—Nos hemos transformado en hombres de frases —continuó—, repetimos lecciones como profesores de escuela. De lo único que estoy convencido es de que se paga muy caro el no atender las propias necesidades. Cuando estuve en la escuela de aviación sentía unas ganas tremendas de echar para cualquier parte, no quería seguir allí, sentía que me estaba consumiendo. Deseaba irme a Europa, quedarme a vivir allá, pues no soy de los que predican que morirán donde nacieron. Al final no pude, no tenía dinero.

—¿Por qué Europa?

—No sé. Hay cosas que solo gustan cuando están convertidas en ruinas. Ese es el encanto de Europa. A usted también le gustaría.

—¿Y la crisis?

—No me importa la crisis. Acá se exageran mucho las cosas. Tal vez el próximo año vaya, cuando publique lo que estoy escribiendo. Eso sí, después de que pase el invierno. Los inviernos son muy fríos, dicen que cuesta trabajo acostumbrarse, que al principio uno siente como si se le fueran a quebrar los dedos de las manos. Una vez, en París, una amiga tuvo que detenerse, quitarse los zapatos y frotarse los pies para seguir caminando.

—¿Ha estado en muchos lugares?

—¿Yo? No. Lo más lejos que he ido ha sido a Buenos Aires, pero siempre he querido salir, aunque en todos lados sea igual.

—¿Qué…? ¿Qué es igual?

—La vida, la vida siempre es igual.

Su voz se perdía en la oscuridad, atenuada por el canto de un ave nocturna o por el chasquido de una hoja.

—¿Y Remo? —le pregunté.

—Olvídese de Remo; cuando estemos a punto de regresar, aparecerá.

Fue durante aquella hora y cuarto cuando por primera vez en mi vida alguien me habló en serio, como a una igual. Cuesta mucho entender el significado de ese tipo de situaciones; es más, puede que hasta esté diciendo tonterías, pero ahora, al escribir de esto, vuelvo a sentir una pequeña llama que me incendia unos segundos por dentro. Algo dentro de mí alumbró en esa noche.

Aquellas excursiones se volvieron casi diarias. Adrián tocaba a tientas en mi puerta con las precauciones de un niño; yo lo esperaba despierta, con el corazón palpitante; a veces fingía que estaba dormida y despertaba. Salíamos a la calle con la libertad de los pájaros. Felice y Alberto no se daban cuenta o simulaban no hacerlo. Mientras caminábamos, era él quien más hablaba, mientras yo lo oía y observaba, esforzándome por mimetizarme en el ambiente para no ofender su soledad. De pronto llegábamos al pueblo, formado por una sola calle larga con casas a los lados, más allá de las cuales serpenteaban algunos árboles siguiendo la carretera que llevaba a la ciudad.

El pueblo y su pequeña taberna se hallaban situados a corta distancia. Nos gustaba caminar por las calles vacías, en las que de vez en cuando tropezábamos con uno que otro vagabundo que nos hostigaba a cambio de una moneda. Regresábamos cansados, pero alegres, con una suerte de temblor en el corazón. Los paseos se volvieron cada vez más largos. Cambiábamos la ruta, pero llegábamos casi siempre a una taberna que abría hasta el amanecer, adornada por fuera con un

letrero de bombillos amarillos. Al llegar, Adrián pedía café o una cerveza.

—¿Cómo sigue Felice? —me preguntó una vez.

—¿De su pie? Ya está mejor. ¿Por qué no se lo pregunta usted?

—No, gracias.

Habían traído el café y Adrián se llevó la taza a la boca.

—No me interesa hablar con Felice, me da igual lo que pase con ella.

Aquella soberbia no hacía más que confirmar un rasgo característico de su carácter: su antipatía moral, la total indiferencia con todo aquello que no formaba parte de sus metas. Tres borrachos salieron haciendo ruido por la puerta baja de la taberna; vociferaban de política, de lo mal que estaba el país, de la desmedida corrupción. Afuera, unas nubes blancas cruzaban el cielo como olas. Desde la ventana podían distinguirse los tres hombres como relieves más oscuros que se destacaban en la noche.

—Ellos no entienden… —me dijo Adrián.

Pensé que iba a hablarme de política.

—¿Quiénes? —le pregunté, dirigiendo la mirada hacia los tres que estaban afuera.

—Todos… Alberto y su mujer, por ejemplo. No entienden que no soy como ellos.

Lo miré, pero él me evadió la mirada y fijó los ojos en la mesa.

—No entienden o se lo figuran de un modo simple. Yo he querido hacer de mi vida algo distinto, algo grande. Hace siete años que dejé la aviación porque me sentía estancado, pese a que pagaban muy bien y había que hacer poco. Habría podido acostumbrarme a esa vida, porque la gente termina acostumbrándose a cualquier cosa. Mire a Alberto y a su mujer: después de veintitrés años viviendo juntos se han acostumbrado a verse la cara todos los días, a la comida insípida que ella le prepara, a la vida de perros que llevan.

—Sí, la gente termina acostumbrándose a cualquier cosa —repetí.

—El problema de eso es que ya no se dan cuenta de la vida que llevan, o terminan por volverla una queja continua. Por eso me fui. Aunque en ciertas oportunidades no sirve de nada, pues a donde voy siempre está el mismo sentimiento.

—¿Cuál sentimiento?

—De sentirme estancado, que no estoy haciendo nada con mi vida. Desde que dejé la aviación siento que ya no sé qué hago en el mundo, pero tampoco quería seguir allí; por eso me salí. Ese sentimiento ha perdurado, aunque ahora es más grande.

—¿No quiere conocer Europa?

—Sí, quiero viajar dentro de poco, aunque ya no sé qué voy a hacer allá.

Uno de los tres que habían salido volvió en compañía de otro nuevo, un muchacho de ojos salientes y mirada inmóvil. El más viejo se acercó hasta nosotros, mientras se tropezaba con las mesas:

—¿Tiene candela, señor? —preguntó.

Adrián sacó el encendedor del bolsillo y le acercó la llama hasta el cigarrillo. El viejo lo prendió y sonrió satisfecho. Su sonrisa era una mueca áspera, altanera, desafiante. Se dio vuelta y fue a buscar entre gritos a su compañero.

—El diablo me libre de quejarme —dijo Adrián—, pero a veces parece imposible no hacerlo, sobre todo cuando uno se toma las cosas tan en serio. No es fácil tomarse la vida tranquilamente. Hay días que puedo, pero en otros…

—¿Piensa mucho las cosas?

—Sí, lo pienso todo. No puedo dejar de pensar.

Se detuvo como turbado súbitamente por algo y luego sonrió.

—La otra vez fui donde un médico chino. ¿Ya se lo conté?

—Sí, me lo contó la otra noche.

—Me dijo que mis pensamientos iban por un lado y mis acciones por otro. Lo tomé en broma, pero sabía que era cierto. A mí me atormenta no poder realizar lo que digo, lo que tengo tan claro en la cabeza. Las palabras son una trampa, nos hacen sentir seguros cuando las pronunciamos, pero al momento de actuar andamos a ciegas. A veces no aguanto, llega un momento, sobre todo cuando empieza a caer la noche, en que tengo que salir de la habitación y caminar, caminar me distrae, me pone tranquilo.

—No hay que tomarse la vida tan en serio.

—Cuando las personas se exigen poco, la vida les parece fácil —me dijo un poco molesto —.Por eso se acostumbran a la vida que llevan. Yo no puedo acostumbrarme, yo… Mejor volvamos a la casa.

De regreso se tornaba taciturno. Siempre sentía que había hablado de más, y aquello lo hacía sufrir. Se daba cuenta de que él también se había conformado con la vida que llevaba sin llegar a entristecerse. Atravesábamos la larga calle en silencio; los postes encendidos veían pasar a esa pareja indolente el uno con el otro; Adrián tenía que aminorar el paso, pero la mayor parte de las veces yo iba detrás, como una sombra pequeña.

2

A finales de invierno, el gris de los días era remplazado por un azul pálido en el cielo. Yo sentía que me estaba sucediendo algo. Al principio no lo comprendí, pero tenía que ver con Adrián. Con el paso de los días, caí en cuenta de que hasta ese momento no me había ocupado de ningún hombre que no fuera mi padre. Por muchos años había vivido concentrada en un mundo infantil, al amparo de alguien, y ahora sentía como si hasta ahora abriera los ojos, como si lo que había dejado atrás ya no fuera auténtico. Por supuesto que todo aquello no pasó tan deprisa como lo escribo.

Yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Adrián, me había obstinado por adueñarme de la parte más profunda de su ser, sin importar el costo. Su vida era la única que me importaba. Un tema señalado casualmente por él sobre la mesa y apenas escuchado por los otros, un deseo expresado a medias durante nuestros paseos, cualquier cosa se convertía en una oportunidad para sorprenderlo. Quería complacerlo para ganarme su apego. Me gustaba contemplarlo desde un resquicio de la ventana mientras él dormía, y durante el día me entretenía observando sus hechos más triviales, como el número de cucharadas de azúcar que dejaba caer sobre la taza de café o las orgullosas sonrisas con que respondía a las historias picantes que le contaba Alberto.

Cierta noche, nos detuvimos a mitad de camino. Mi blusa se agitaba al vaivén del viento, del que Adrián intentaba protegerme extendiendo el brazo para cubrirme con la chaqueta. Nos sentamos en el borde de unas gradas musgosas, desde donde se divisaban las márgenes negras de un río. De pronto, Adrián sacó un par de fotografías que me puso en las manos y encendió una cerilla para que pudiera verlas.

Hay algo de fantástico en toda imagen fija extraída del pasado. Un niño robusto, vestido con traje oscuro y camisa blanca, probablemente Adrián a los cinco años, miraba con una seriedad casi grave al frente, sentado sobre una silla de madera en forma de caballo, como si hubiera estado allí desde siempre. Sus labios rosados, sin embargo, parecían querer esbozar una tímida sonrisa que no llegaba a darse del todo. La otra se trataba de una fotografía de viaje. En ella, un joven de veinte años, algo enclenque y delicado, estaba parado con rigidez militar enfrente de un

monumento histórico que parecía el Louvre, o la fachada de algún palacio parisino. Extraordinaria a primera vista, esta imagen no escapaba de un detestable cliché que aún hoy se mantiene. Entre la imagen del niño y la del joven de veinte años muchas cosas habían cambiado. Encontraba más similitudes entre el joven parado a mitad de la calle y el Adrián del momento; su rostro de rasgos marcados no había cambiado mucho, solo sus ojos habían envejecido. El niño sentado sobre el caballo de madera miraba a la distancia con displicente indiferencia, como si nada tuviera que ver con él esa agitación convulsa de la que el Adrián de hoy no saldría nunca.

—Este era yo de niño. Fue el día de la primera comunión de Martha, la hermana de Alberto… El ayudante del fotógrafo estaba detrás del telón sosteniendo el caballo para que yo no me cayera. ¿Alcanza a ver la mano?

En efecto, una mano casi invisible salía de atrás, como cortando la entumecida cortina en la que se representaba un paisaje florido.

—Acá tengo veintitrés años.

—No ha cambiado mucho —le dije.

—¿Quién?

—Usted.

—Aquí estoy más flaco —dijo, señalando la foto de joven—. Ya estaba en la escuela de aviación. ¿Ve la chaqueta? Tiene el logo del ejército.

Hizo una broma sobre la forma en que le colgaba la ropa. Ambos reímos un rato.

—¿Dónde es esto?

—En Santiago —dijo con aflicción.

—Parece una plaza europea. ¿Cuál es el edificio que está detrás?

Volvió a encender una cerilla para ver la imagen.

—No recuerdo mucho, pero creo que es un antiguo banco en la plaza Martina.

—¿Tiene muchas fotografías? —le pregunté.

—No acostumbro a guardar fotografías. Estas las encontré por casualidad y se me ocurrió traérselas. No sabía que las tenía.

—Yo tampoco tengo muchas fotografías. Me habría gustado conservar algunas de mi niñez —le dije.

—¿Su madre no le tomó ninguna?

—Mi madre murió cuando yo era niña y a mi padre tampoco le gusta conservar retratos; dice que es como guardar fantasmas. Habría querido saber cómo era yo a los ocho o a los diez años, porque no tengo una imagen muy clara en la cabeza. Es más fácil recordar a otros que a uno mismo.

—Es mejor esforzarse por no recordar nada, termina uno sobrevalorando y exagerando el pasado —dijo con una expresión de hastío, como si de repente se hartara de aquella conversación que él mismo inició. Inclinó la cabeza y me miró de lado.

—No soy de los que atesoran su pasado.

Adrián se levantó, se limpió las manos manchadas con el barro de la balaustrada y se alejó por el camino que conducía al pueblo. No me atreví a llamarlo ni a ir tras él, me quedé sentada con las fotografías en las manos sin musitar palabra. Regresé sola a la casa, envuelta por un vapor humeante con olor a tierra que subía del suelo. Aquel primer desaire me trajo sentimientos encontrados, amargos. Quería sentirme ofendida, pero lo que siguió a la conversación tras llegar a la casa fue un sentimiento de confusión que me tuvo devanándome los sesos el resto de la noche.

Al otro día lo esperé con esfuerzo y desesperación. Adrián ayudaba a Alberto a arreglar los muros de las porquerizas, revolvía la mezcla con la que el otro soldaba las grietas. Aquellas cajas de ladrillo y cemento, que eran al mismo tiempo un pajar, estaban alejadas de la casa para que el olor de los animales no se comunicara con el de los humanos. Adrián y yo parecíamos haber olvidado el incidente de la noche anterior, y acordamos encontrarnos como de costumbre, a la misma hora. Cuando llegó la noche, hice todo lo posible por disimular mis nervios; Adrián fumaba en silencio un cigarrillo tras otro y observaba las piedras del camino. Había tanto vacío en su mirada que me olvidé de mis propios pensamientos y dudas.

—¿Le pasa algo? —le pregunté—. Está muy callado.

—No acostumbro a hablar mucho… solo con usted —contestó, mirando distraídamente al suelo, y se sentó en el borde de unas gradas. Se quedó callado, a la espera de que yo dijera algo, pero como tampoco decía nada, continuó en tono sosegado.

—No debería hablar tanto. Las palabras terminan por castigarlo a uno.

Le acarició las orejas a Remo, que apareció de repente, desde atrás de unos arbustos, sujetando un palo que Adrián le había lanzado.

—No quisiera ser de esos que se quedan solo en palabras.

Lo miré sin moverme, tratando de distinguir su rostro en la penumbra. Sentía que esa misma conversación se había repetido antes.

—La gente y sus ideas son, la mayoría de las veces, dos cosas muy diferentes. En varias oportunidades me he preguntado de qué sirven las ideas, por más superiores que sean, si no se concretan en hechos. ¿Qué diferencia mi vida de la de Alberto o de la su mujer, por ejemplo? Me creo superior a ellos y hasta me dan de comer. Alberto no me tolera… y yo tampoco a él. Desde que cumplí diecisiete años me pareció un tipo mediocre, que nunca quiso ser más de lo necesario. Y, sin embargo, yo no he logrado ir más lejos que él, no he logrado ir más lejos que todos, ni siquiera he podido conseguir un sitio propio para vivir. Él me lo echa en cara a todas horas; cuando me ve, parece decirme “Aquí estás, viviendo en mi casa, comiendo de mi pensión; tú, que te creías mejor que yo”.

Levantó la cabeza, miró la oscuridad y sonrió.

—Mis circunstancias no me han ayudado mucho. Vine aquí para tratar de cambiar, de dejar viejos lugares, de empezar de nuevo, pero todo sigue igual. ¿Para qué tener ideas más elevadas que el resto si vivo igual a ellos, igual de solo, igual de infeliz a veces?

—Usted no es como los demás, no es como su hermano ni como Felice; es distinto a todos los que conozco. Usted es más inteligente que todos.

—No me diga cosas que no son verdad solo para consolarme.

—Le digo lo que veo —le respondí y bajé la mirada. Desde donde estaba, su rostro se tornaba más bello, más impenetrable.

—Tal vez estoy tratando de convencerla de eso para convencerme a mí mismo —me dijo y sonrió.

—Pensé que yo no le importaba —le dije.

—¿Que no me importaba quién? ¿Usted? ¿De dónde saca eso? ¿Acaso creyó que podría serme indiferente? No. Sepa, amiga mía, que mi cuenta con usted es muy larga, y ya no puedo prescindir de su compañía. No se ría que es cierto. Yo me he ido haciendo a una idea suya desde mi rincón. ¿Se acuerda de la vez que nos encontramos en el patio y usted hablaba con Felice?

—Debí de parecerle una tonta… Dije eso solo porque usted estaba allí, para que me oyera.

—No lo habría imaginado… —dijo sonriente.

Me sentí más unida a él desde esa noche. “Ya no puedo prescindir de su compañía”. Aquellas palabras tuvieron mucho eco en mi imaginación, las sentí palpitar por dentro con un pulso más enérgico que el de mis venas. “¿Qué pasa conmigo?”, pensé. Una hora antes de verlo había estado a punto de enloquecer, y después todo volvía a ser claro y sencillo. Me di cuenta de que aquel hombre ejercía sobre mí un poder misterioso; desde que lo comprendí, ya no tuve calma.

Al día siguiente volvimos a encontrarnos los dos solos, lejos de todo y de todos, de nuestros recuerdos, de mi padre, de Felice, de Alberto. Caminamos juntos hasta la taberna. Ambos sentíamos curiosidad por el otro; en mí, esa curiosidad excedía el simple interés que se puede tener por un amigo. Quería estar junto a él, a su lado tenía la impresión de que todo lo demás me sobraba. Esa noche, su rostro estaba particularmente espléndido. Adrián pidió un termo lleno de café y se sirvió una taza.

—He estado pensando… Bueno, aunque pensar quizás no sea la palabra —comentó.

Levantó la taza de café como para tomar un sorbo, pero no alcanzó a llevarla a los labios.

—Hay que creer lo que se dice, hay que creer en las ideas y en las cosas que nos son valiosas, hay que estar convencido de ellas y pronunciarlas con firmeza. Me he dado cuenta de que el foco central está ahí, en la fe, pues sin fe hasta el pensamiento más sublime carece de fuerza.

De pronto, Adrián se detuvo.

—¿Por qué se calla? —le pregunté.

—Es que los pensamientos se hacen menos sólidos en cuanto los comunicamos a otros. Ahora que me oigo decir esto, ya no estoy tan convencido. Tal vez haya que callarlos para que sigan siendo lo que eran. No importa, de todos modos quería compartirlo con usted.

—No sé mucho de eso, pero en lo poco que he leído he podido ver que los hombres que han llegado lejos han creído mucho en sus ideas, han creído en ellos mismos.

Quise decir algo más, pero él me detuvo.

—No es fácil llegar a eso. Los años no sirven de garantía. Yo soy parte de una generación hundida en el fracaso, una generación que entendió el valor de muchas cosas, pero no pudo realizarlas. Tal vez nos faltó fe. Nacimos sin ella. Ahora no recuerdo en qué libro leí que las personas de hoy son incapaces de amar porque no tienen fe. A la gente sin fe le falta la fuerza necesaria para amar. Creo que eso lo leí en un libro de Mishima. ¿Ha leído a Mishima?

—No, no sé quién es.

—Voy a buscar el pasaje para que lo leamos juntos. Tal vez todo esté en la fe, amiga mía. Yo quiero tener fe, quiero creer, estar convencido de lo que digo. No me mire así. Usted dirá que un hombre racional hablando de fe fabula, pero yo no estoy seguro de ser un “hombre racional”, y además pienso que es todo lo contrario, que soy muy sentimental, muy sensible, muy débil; sí, soy muy débil. Por eso necesito la fe. Sin fe, caemos en una retórica muerta que nos aparta de la realidad. Creo, aunque ahora no lo tenga muy claro, que la fe es nuestro principal vínculo con la realidad… No sé cómo decírselo, es casi un presentimiento, es como si el conocimiento más fiel que pudiéramos tener de las cosas… No, el conocimiento no, es como si cuando carecemos de fe nuestra vida no tuviera la realidad suficiente.

Los labios detenían la palabra palpitante. Yo lo miré con impaciencia.

—Solo la fe me puede salvar —dijo. Fue un susurro casi imperceptible—. Es que ahora entiendo cosas que antes no entendía… Sí, que antes no entendía.

Bajó la cabeza, se miró la punta de los zapatos y después se tapó la cara con las manos; pensé que lloraba, pero no. Después de unos segundos, señaló:

—Debo de resultarle ridículo. Perdóneme. Digo cosas que usted no entiende.

—Usted jamás podría parecerme ridículo —le dije.

—De todas formas, usted no tiene de qué preocuparse; es todavía muy joven, tiene todas las puertas abiertas, todos los caminos por recorrer. A mí, en cambio, ya me toca decidirme por uno.

—También hay cosas que me atormentan —le dije.

—¿Qué cosas? ¿Que no la amen?

Guardé silencio.

—Las mujeres no pueden vivir sin ser amadas, siempre tienen que estar mostrándole sus sentimientos a alguien.

Lo miré con extrañeza. Busqué una réplica para tal afirmación, pero no encontré otra más que una sonrisa pálida y el ceño fruncido. Él se levantó y encendió un cigarrillo.

—No puede quejarse —dijo esbozando una sonrisa nerviosa—. Usted ya tiene alguien que la quiere.

Regresamos en silencio, cogidos de la mano. Cerca de la casa, los ladridos de Remo ahuyentaron a unos caballos que pastaban al lado del cerco. Sus sombras proyectadas a lo lejos parecían charcos negros, profundos y huidizos. Me acosté como borracha, sintiendo que había triunfado sobre él, que había conquistado el corazón de un hombre.

Era muy temprano todavía cuando unos gritos levantaron la casa. Felice y Alberto discutían. Ella se quejaba de lo cansada que estaba, del pie que ya no le servía; le reclamaba por Adrián, le molestaba tener que cocinar y limpiar para él. Después de gritar, se interrumpía y se ponía a llorar, o tosía y se ahogaba. Alberto aguardaba a que le pasara el ataque de tos para reprocharle en su lenguaje crudo que las heridas financieras por las que él tenía que salir a trabajar se debían también a ella. De pronto se hacían evidentes los silencios prolongados, los odios callados, los reclamos entrecortados o dichos a medias. Felice no tardaba en responderle. Claro que él tenía que lidiar todos los días con campesinos para aumentar la escasa pensión que desde hacía varios años recibía y de la cual vivían, pero eso no era nada comparado con el trabajo y los ocultos sacrificios que ella había hecho durante toda su vida.

—Por qué no le dices a Sonia que te ayude.

—Ella solo va a estar aquí un par de días y además no tiene por qué lavar tu ropa ni la de tu hermano. ¿No me dices que estás harto de que esté aquí? ¡Por qué no vas y se lo dices! ¿Te da miedo?

—¡Cállate, mujer! —gritó Alberto, dando un golpe seco sobre la puerta. Salió molesto, seguro de que cualquier extraño con quien se tropezara por la calle lo comprendería mejor que la mujer con la que había pasado los últimos treinta años. Yo había imaginado que incluso dos seres que no se aman podrían llegar a hacerlo, unidos por las preocupaciones cotidianas de la vida que ambos compartían. Ahora entendía un poco más a ese fantasma que era mi madre. Aquel incidente me servía para darme cuenta de la difícil vida que llevaba esa pareja de ancianos, y que seguramente no habría sido muy distinta de la de Emma y Manuel si ella no hubiera muerto.

—¿Por qué no se va? ¿Por qué no se va? —gritaba Felice.

—¡Tranquilícese! —le dije acercándome a ella—. ¿Quiere que le traiga agua? —le pregunté para que se calmara y Adrián no la escuchara, lo cual era casi imposible.

—¿Qué? ¿Tú también vienes a callarme? ¡Desconsiderada! ¿Acaso crees que no me he dado cuenta cómo lo miras? ¿O a donde salen todas las noches?

En otras circunstancias me habría marchado de inmediato y para siempre, pero no quería separarme de Adrián. Las ofensas se soportan menos fácilmente cuando van dirigidas hacia quien queremos, que cuando recaen sobre uno mismo. No quería que él se sintiera humillado.

Tuve que llamar a mi padre e inventar una excusa para que me enviara dinero. Como estaba previsto, Adrián no se presentó en el comedor durante todo el día. En la tarde, cuando Alberto lo fue a buscar, bramó desde dentro de su habitación que le dolía la cabeza. Le llevé la comida a su cuarto. La pequeña habitación, todavía en desorden, permanecía en penumbra. Todo allí dentro me pareció maravilloso, el escritorio junto a la ventana, los libros apilados hasta en el suelo, incluso el olor a cigarrillo. Ese olor le pertenecía a Adrián tanto como el negro de sus cejas. Cuando entré, lo hallé desplomado sobre un sillón de cuero verde, mirando hacia el techo con el brazo derecho puesto sobre la frente. Cuando me vio entrar, sus pálidas mejillas se llenaron de sangre, como si sintiera vergüenza de que lo encontrara allí. Dejé los platos sobre el escritorio y me ocupé de recoger algunas camisas que estaban regadas por el suelo.

—Llévese eso y déjeme solo —me dijo. Lo observé con timidez, él no volvió a pronunciar palabra, se quedó estático, sin mover un músculo, hasta que salí.

De pronto me daba cuenta de que una parte de la indiferencia que él sentía por su familia era un engaño, una forma que tenía para defenderse y mantenerse alejado de la miseria y el egoísmo de los suyos. No me incomodó su rechazo. Como toda alma orgullosa y solitaria, Adrián no se atrevía a mostrar la humillación que sentía. Debió intuir que yo aguantaba quedarme allí solo por él; sin embargo, esa noche, él todavía no esperaba nada excepcional de mí, aunque no sé si alguna vez lo esperó. Lo dejé y fui hasta el patio para darle de comer a Remo. El corazón me latía con fuerza, pero a la vez sentía una calma inusual, sentía una extraña superioridad sobre Adrián.

Al otro día, más o menos a las seis me levanté y bajé a la cocina. Felice había hecho el desayuno que ayudé a poner sobre la mesa. Para apaciguar los ánimos quedé de acompañarla al pueblo a mirar un vestido. Lloviznó toda la mañana, hasta la una. Después del almuerzo me encontré con Adrián; aquel encuentro había estado precedido de mi parte por una tensa espera, de alguna forma me había preparado para su rechazo. Él estaba de pie, afuera de la puerta de su habitación; tenía la cabeza inclinada hacia atrás, como mirando algo en el techo. Cuando me vio se acercó y me indicó que nos sentáramos sobre el andén. Noté que quería hablarme.

—Voy a ir con Felice al pueblo; ¿por qué no nos acompaña? —le pregunté.

—¿Con Felice? —sonrió, dándose por ofendido—. No, vaya usted.

Encendió un cigarrillo.

—¿Y es ahora? —preguntó.

—No, en veinte minutos.

—Entonces podemos hablar un rato.

Pareció titubear. Se quedó inmóvil, con los ojos entornados y los brazos cruzados, apoyados sobre las rodillas.

—Ya no quiero estar triste—me dijo y me miró. Caí en la cuenta de que era la primera vez que se había atrevido a mirarme a los ojos desde que nos conocíamos.

—¿Está triste por lo que pasó ayer entre Felice y su hermano? —le pregunté sin apartar de él la mirada.

—Se trata de muchas cosas. Uno siempre se equivoca cuando habla de la tristeza, la esconde con las palabras. Pero ya no me interesa mentirme a mí mismo ni intentar aparentar lo que no soy.

Se llevó el cigarrillo a la boca y aspiró hondo.

—A pesar de mi debilidad, soy capaz de soportar y de superar muchas cosas, pero no quiero estar triste. Intento soportar esta tristeza sin derrumbarme.

Hablaba con franqueza, en un tono que no tenía nada de lastimero. Yo bajé la mirada, me sentí cohibida, como si me diera vergüenza seguirlo mirando a la cara.

—Estoy leyendo a Proust, hay un fragmento muy interesante que habla sobre el olvido. Debería leerlo —le dije.

—Sí, gracias.

—Yo sé que no lo sacará de la tristeza, pero de algo puede servirle. Es un muy bello…sobre todo porque…

Me miró distraído. Sin duda había escuchado muchas veces esas previsibles palabras de consuelo a las que se ven casi obligadas las personas para desembarazarse de una situación como esa.

—Cuando tenga tiempo me lo entrega, lo leeré —me dijo.

—Tiene que intentar estar tranquilo. Mi padre dice que la tranquilidad es a veces una lucha con uno mismo.

—Sí, puede que tenga razón su padre. Es solo que cuando la lucha es de todos los días uno se cansa o termina por vencerse.

—¿Y por qué está triste?

—Ya se lo dije, son muchas cosas, cosas que no viene al caso que se las diga ahora.

Levanté por un momento los ojos y vi su cara franca, triste, orgullosa.

—No me mire así que comprendo en qué situación la pongo. Yo sé que usted me tiene afecto y que quisiera hacer muchas cosas por mí, pero su sola presencia me basta. No se preocupe que se me pasará. Para mí es suficiente con saber que usted está en algún sitio para no perderle el gusto a la vida.

Felice me llamó desde adentro.

—¿Tiene que regresar? —me preguntó, esbozando un movimiento hacia la puerta.

—Sí, pero si quiere, lo busco cuando llegue y seguimos hablando.

—De seguro se demorará; además, quiero caminar un rato solo.

—No quisiera dejarlo.

—Todavía alcanzo a fumarme este cigarrillo junto a usted.

Hacía frío, un relente helado bajaba de la montaña.

—Una cosa más: no le cuente lo que acabo de decirle a nadie. Lo que le he dicho que quede entre los dos —me dijo, incorporándose.

—No se preocupe.

Me resultaba insoportable dejarlo. Durante el paseo con Felice estuve abstraída, solo pensaba en volver con Adrián y reanudar la conversación. El lugar a donde fuimos era una calle larga que terminaba en el parque, con tiendas a ambos lados, donde ofrecían ropa pintoresca y baratijas de decoración. Después de hurgar mucho, Felice se probó por encima, sin quitarlo del gancho, un vestido de boleros.

A pesar de que le gustaba, el vestido excedía el monto que había destinado y por una suerte de pudor no se atrevió a regatear. Para no irse con las manos vacías, Felice deslizó cuidadosamente una pequeña pinza de cabello dentro de su cartera;

al advertir la mirada indiscreta de un niño por encima del estante, levantó apenas su rollizo rostro y salió de la tienda temiendo alertar a algún empleado, no sin antes dar las gracias. Desde el fondo, alguien se despidió de forma amable pero corta, como se hace siempre con esas gentes que se ve de continuo pero que nunca compran nada. Entonces comprendí que no había sido un juego. Me puse nerviosa, solté lo que tenía en la mano y fui tras ella. Cuando me vio, sus ojos

proyectaron la sombra de una sonrisa. Sacó la pequeña pinza cubierta con una imitación de carey, y me sujetó el cabello.

—Te queda muy bien —me dijo—. Es para ti.

Aquel suceso no significaba nada para esa vieja acostumbrada a una vida material hecha de riesgos.

Por la noche esperé la llamada de Adrián. El cielo se había despejado y la claridad de la luna iluminaba lo suficiente el patio y la puerta de su habitación para que no hubiera necesidad de encender la luz. Lo esperé sin dormir, acostada en la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando supe que ya no iría, no me sorprendí, intuía que estaba enfermo y que por esa suerte de vergüenza que él sentía por su enfermedad, no se atrevería a salir hasta estar restablecido. Su encierro duró esta vez ocho días. Por fin una mañana de martes lo encontré en el comedor. Adrián parecía haber cicatrizado sus heridas, estaba sentado en la mesa, junto a Felice y Alberto, como si nada. Al servirle el café me saludó formal y distante. Era como si el hombre del último encuentro fuera distinto de este, y el de hoy estuviera más próximo al de los primeros días de haberlo conocido. Descubrí que se había producido un cambio en él, como si a partir de ese momento hubiera considerado prudente evitarme. Lo paradójico residía en que su capacidad de rechazo lo convertía en objeto de mi atracción. Yo seguía viendo en sus dudas una forma de inteligencia, incluso de resolución frente al mundo.

—He planeado salir unos días de viaje. Iré a visitar a un amigo —dijo en tono amistoso y paciente, con la cabeza ligeramente torcida hacia Alberto.

—¿Irás otra vez a T? —preguntó Alberto con cansancio, casi con reproche, seguro de que tendría que darle una vez más el dinero para esta nueva tentativa sin esperanzas de que se lo devolviera.

—No hago nada aquí encerrado, aparte de volverme viejo —dijo Adrián en tono enérgico.

—¿Y se quedará mucho tiempo? —le pregunté con indiscreción.

—Todavía no lo sé —respondió sin siquiera verme.

Hice todo lo que pude para disimular la tortura que me producía su desplante.

—¿Llegas donde Alexander? —preguntó Alberto.

—Sí, ayer hablé con él.

¿Y cuándo saldrás?

—Mañana temprano… a las ocho. Quedamos de encontrarnos en T al medio día.

Se produjo un silencio largo. Yo lo veía como a través de una neblina, de pronto me fijé en sus manos huesudas, en sus dedos largos y hábiles, que contrastaban con el rostro ancho, donde no había señales de sufrimiento. Tampoco él parecía entusiasmado con el viaje, la persona con la que se encontraría y a donde llegaría no era en realidad un amigo sino un conocido. Adrián no tenía amigos ni relaciones, su único respaldo era su medio hermano, en cuya casa se sentía igual de solo y desamparado. Alberto no se atrevió a contradecirlo ni intentó hacerlo cambiar de opinión, tampoco su mujer; la partida de ese malhumorado y haragán pariente era una forma de descanso para ellos, quienes desde hacía mucho temían, sin llegar a decírselo el uno al otro, que aquella deficiencia nerviosa de Adrián estallara como otras veces en un ataque de ira. Mi voz no contaba. Cuando Adrián se levantó de la mesa, yo estaba al borde de las lágrimas, me esforcé en comer, pero me atraganté, tomé agua y bajé la cabeza para no delatar mi conmoción. Después de que salió, me arrimé hasta donde estaba Alberto y le dije:

—¿Va a dejarlo ir? Ha estado enfermo.

—Ya no sé qué hacer con él. Si tampoco puede estar bien aquí que se vaya a otra parte.

—¿Y si le pasa algo?

—¡Qué le va a pasar! Volverá como otras veces, cuando se le acabe la plata. ¿A dónde más va a ir? En otras partes lo pueden recibir una semana o dos, pero nadie se lo va a aguantar toda la vida. Se dará un paseo como hace siempre y en menos de un mes estará de regreso.

—No debería irse.

—Todos, incluso él, necesitamos un mínimo de seguridad en la incertidumbre. Estará mejor cuando regrese.

Se apoderó de mí una inquietud terrible, una mezcla entre rabia e impotencia como nunca antes las había experimentado. Las pasiones, Lucía, más que los afectos, nos modifican continuamente. Cuanto más reflexionaba acerca de ese inesperado viaje, más me convencía de que en esa brusca e impulsiva decisión estaban en juego su orgullo y sus nervios. Aquella conducta, que yo vería repetirse una y otra vez en él, ya fuera como un acto necesario o como una forma inevitable de resistirse a su inercia, se iría convirtiendo en un rasgo de su temperamento, y muchos años después, cuando yo pasara a la edad que él tenía entonces, también del mío.

Por la tarde, mientras extendía la ropa aprovechando el sol, vi a Adrián en el patio y me acerqué a él, nos detuvimos en el pasillo sin decir nada. Adrián sacó una caja de cigarrillos. Sus ojos miraban distraídos sin detenerse en ninguna parte.

—Me fumo este cigarrillo y me voy —me dijo—. Debo madrugar mañana.

No lo hizo con soberbia, sino con ese tono solitario y profundo que a veces me estremecía. De nada habría servido inventar cualquier pretexto para retenerlo por más tiempo. Yo languidecía frente a él a falta de descomponerme en reproches. Nada me resultaba más insoportable que demostrarle mi debilidad. A lo lejos mugió una vaca, seguramente apartada de su pequeña cría para ser ordeñada en la mañana. Ese grave quejido duró un minuto largo, el mismo que tardó en extinguirse el cigarrillo. Nos despedimos como nos habíamos encontrado, con una mezcla de impaciencia y desengaño. La mujer de veinte años que yo era entonces no le interesaba a este hombre de temperamento áspero que tenía otras preocupaciones más importantes que el amor. Para mí el amor lo era todo. Pronto me di cuenta de que tendría que luchar contra ese sentimiento.

3

Adrián partió al otro día más temprano de lo que había dicho. Volver a la ciudad debía de producir en su ánimo la impresión de comenzar a vivir otra vez. Nada comprendía yo de la angustia que debía sentir ese corazón enfermo al momento de partir. Ya otras veces había salido y recorrido el mismo camino sin resultado, y el hecho de volver a intentarlo, pero sobre todo la posibilidad de tener que regresar con el paso de los días, lo sumía en una profunda depresión. Solo años más tarde yo lograría ver con claridad el abandono de aquel hombre, y más de una vez, el encuentro con algún muchacho nervioso por la calle me devolvió su imagen.

Con su ausencia me di cuenta de que él era más que un antojo o un capricho para mi vida. Por supuesto que en ese sentimiento se involucraban unas ilusiones viejas, que venían de lejos, de los rincones de la infancia, pero también había un enorme derroche de emociones y de afectos nuevos. Experimentaba la misma confusión que había soportado de niña, cuando mi padre tardaba en regresar por las noches; el mismo temor, el miedo de que no volviera. Me paseaba por la casa de Felice y la sentía extraña, de repente me daba cuenta de que era demasiado grande, y estaba amoblada de una forma desordenada y ridícula que no me gustaba; había empezado una insatisfacción que buscaba las formas menos comunes para expresarse. Yo comenzaba a saber lo que era amar o detestar a un hombre, y también las complicadas trampas en las que esos sentimientos se transforman para la conciencia. No podía dejar de pensar en Adrián; sin su presencia, sin su voz, sin las largas caminatas por las noches me sentía extraviada, perdida.

Con los días, la vida continuó con su porcentaje habitual de trabajo, disgustos y pequeñas alegrías. Recibí noticias de mi padre. Había abandonado los estudios. Al cabo de tres meses, Manuel ya estaba harto de aquella vida de estudiante, pero había decidido quedarse el resto del semestre en B. Me sentí desilusionada, no porque dejara su carrera sino porque no habría vuelto por mí. Sentí algo más en ese momento, pensé en Adrián y sentí que él representaba no solo el amor sino también la esperanza. Si antes lo perseguía, ahora lo esperaba con una pasión llena de celo.

Bajé de peso. Un par de semanas después de hablar con Manuel me llegó un sobre con dinero, que entregué sin abrir a Felice. La expresión de su semblante se transformó como el de una niña, llegando incluso a lo cómico, me besó las manos agradecida, y guardó el dinero dentro de una bolsa.

—Gracias. No le digas nada a Alberto porque me lo quita.

Aquel comentario era comprensible tratándose de dinero en quien pocas veces lo tenía. Esa misma tarde, después del almuerzo, Felice hizo lo que con frecuencia hacían, por entonces, muchas señoras. Se arregló y pidió un taxi que la llevó hasta el pueblo. Regresó al paso de unas horas ataviada con el vestido que habíamos visto días antes en la tienda, al que había sumado un chal y unos zapatos de tacón bajo que pretendían imitar la moda de la ciudad. También trajo dos grandes paquetes con carnes, vino y queso de cabra, que era uno de los lujos del lugar. Esa noche arregló todo como para un pequeño banquete, al que además de nosotros, había invitado a una familia de vecinos, compuesta por un viudo y su hija. El padre era un anciano pulcro, con el rostro abotagado y amarillento, que pocas veces salía de su casa; su hija era una mujer flaca, de finura un poco rústica, ojos claros y semblante inexpresivo. Existía otro hijo, seguramente bastardo, al que tampoco se veía mucho en la calle por su condición *especial*, que se pasaba los días abstraído y risueño, sentado sobre un columpio, sin pedirle más a la vida. La mesa, dispuesta con platos de porcelana y comida abundante, nada tenía que envidiarle a una casa de ricos. Cuando puso la última bandeja de carnes frías sobre la mesa, Felice parecía inflamada de anhelo,

segura de que cautivaba a todos por su elegancia y sus modales de anfitriona. Nadie le hizo notar que algo en esa simple ostentación rayaba en el mal gusto, lo mismo que su vestido verde, que le daba el aspecto de una campesina endomingada.

Como no podía gozar del hecho de estar junto a otros sin decir nada, Felice comenzó por hablar de los negocios de su marido, señaló la compra del lote
contiguo a la propiedad, los planes de instalar allí una pequeña fábrica de lácteos, y las ventajas de ese negocio sobre los otros, en una época donde la plata ya no servía y nadie quería comprar nada. Al llegar a este punto, Alberto interrumpió a su mujer.

—Solo es un proyecto, todavía no hay nada concreto.

—También estamos pensando en remodelar la casa—continuó Felice—. Queremos arreglar la planta baja y separar las habitaciones que están junto al patio del resto de la casa, así tendríamos un apartamento independiente para las visitas o para alquilar. Alberto recibe gente importante y es bueno tener un lugar donde alojarlos. Cuando llegan tenemos que acomodarlos en nuestra habitación y a nosotros nos toca dormir abajo, en la habitación que ahora ocupa Sonia. Estamos esperando concretar un negocio para iniciar los arreglos, construir se ha vuelto muy costoso en estos días y los obreros quieren salir de pobres a costa de uno. Es un dolor de cabeza, hay que estar encima de esa gente para que trabaje y no se lleven nada. La otra vez ya nos pasó con uno que vino a arreglar los estantes de la cocina.

—Conozco a un buen maestro de obra por si está necesitando a alguien
—dijo el viejo dirigiéndose a Alberto, como si considerara que una mujer no tenía por qué ocuparse de los negocios. Este gesto no ofendió a Felice, quien volvió a tomar la palabra, pero el viejo la interrumpió para hablarle otra vez a Alberto.

—Yo, por mi parte, ya estoy tranquilo en ese aspecto, llevo siete años sin trabajar.

Felice sonrió irónicamente, pero sus ojos brincaron de impaciencia, como diciendo: “A mi esposo no le gusta mucho que le hablen, pero a mí sí, me gusta muchísimo, me gusta ser el centro de atención. ¿Por qué no me ve?”.

—Hace treinta años todo era más tranquilo, no había tanta inseguridad. Hoy ya no se puede tener nada, la gente está pendiente de todo. Hace poco desvalijaron una casa por completo y la semana pasada le robaron un par de vacas a don Sergio —dijo el viejo.

—¿Robaron una casa por aquí cerca? —preguntó Alberto, como si el tema le interesase.

—Sí, una que está junto a la mía.

—Yo les he dicho a todos en esta casa que hay que tener cuidado con las puertas, pero no me hacen caso, siempre las tienen abiertas.

—Es un peligro con dos mujeres solas —dijo el viejo.

—Yo se lo he dicho—afirmó Alberto—pero no me hacen caso.

—Cuando yo llegué aquí había pocas familias —continuó el viudo con tono mohíno —. Estaban los Duque, los Velásquez, los Zambrano, una familia que venía de…, ya no recuerdo. Era rarísimo oír hablar de robos o de asaltos, solo una vez alguien se metió a una propiedad, pero lo cogimos antes de que pudiera llevarse algo. Se trataba de un muchacho de unos catorce años, lo golpeamos hasta quebrarle las manos. Para su mala suerte, esa tarde, yo estaba con don Esteban…

—¿Ya estaba don Esteban en esa época? ¿De qué época estamos hablando? —preguntó Alberto.

—No, don Esteban no, con…

El viejo se perdía a pesar de los grandes esfuerzos que hacía por suplir los fallos de la

memoria; confundía las fechas y los nombres de las personas. Felice permanecía muda en una esquina, al margen de la conversación; pero esa noche, ella no iba a contentarse con un papel secundario. Ninguno sobre la mesa —a excepción de la hija del viudo y de mí— estaban dispuestos a ceder, eran demasiado viejos para ser simples. La conversación pronto se desvió al tema religioso. Padre e hija eran fervientes católicos. El viejo mencionó algo sobre la llegada de un nuevo sacerdote al pueblo.

—Es un predicador excelente, da gusto escucharlo —dijo—. ¿No lo ha oído alguna vez?

—Hace tiempo que no vamos a la iglesia —señaló Alberto.

—Pero debería de volver. Don Óscar es un hombre excepcional, que además tiene la virtud de hacerse querer de forma espontánea. No es un cura de esos que solo predican el otro mundo y la salvación por el sufrimiento, sino que exhorta a buscar la felicidad en esta tierra y bendecir la vida. Solo así cumplimos la ley divina.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó Alberto en voz baja.

—¿Por qué habría de ir a la iglesia? —inquirió el viejo.

—No, ¿por qué tendríamos que bendecir la vida?

—Porque quien bendice la vida bendice a Dios y a su obra.

—¿Con asaltantes y ladrones incluidos? Los curas siempre saben lo que necesitan oír los demás, lo que no pueden es resolver sus propios asuntos. Persuaden con convicción a sus feligreses de cosas que nunca harían ellos mismos, como casarse.

—Eso no es cierto —dijo el anciano, que comenzaba a mosquearse.

—Son iguales a nosotros —observó Alberto con la objetividad de un no creyente.

—Usted habla así porque no sabe.

—A mi edad sé muchas cosas —señaló a su interlocutor en tono categórico.

El viudo lo miró, tenía el cuerpo encorvado, sus ojos estaban secos. Alberto asintió con la cabeza; como todos los demás callábamos y nadie respondía, Felice se levantó de la mesa y se acercó al gramófono en el que puso a girar una pasta con boleros. Esa tonadilla que pretendía alegrar el ambiente acabó de irritar el ánimo de su marido, quien se servía del plato un poco molesto, como si estimara que había algo indebido en gastar tanto dinero en una comida.

—¿Te gustan los boleros? —preguntó Felice, tratando de agradar a la muchacha que masticaba con indiferencia, como si estuviera aburrida, en una esquina de la mesa—.

—Tiene buen sonido su equipo —le respondió.

—Este me lo trajo una prima de Alemania.

—Lo compré yo en una feria del pueblo —aclaró Alberto.

Felice, en lugar de protestar, se echó a reír; aquella falta no pareció decepcionarla, pero fue visible desde ese momento la resolución que puso en tratar al compañero de mesa como a un adversario. De pronto, el viejo tropezó su mano huesuda y transparente con la botella de vino que se derramó sobre el mantel.

—¡Te dije que la pusieras a un lado! —le gritó Felice a Alberto—. Y luego, tomando una servilleta, se inclinó hacia el visitante que parecía aturullado.

—Perdone usted. Le advertí a mi marido que no pusiera allí la botella, pero es muy terco.

—Seguramente has de haber traído otras —alegó Alberto.

—¿Por qué sufres si no ha sido con tu dinero?

—Entonces lo habrás robado.

Aquellas palabras fueron tan directas como si la hubiera silenciado de una bofetada.

—Perdone usted, señor —interrumpió el viejo—. Hace varios minutos que estamos oyéndolos

discutir a usted y a su señora de asuntos privados. Excluyo de esto a la señorita. Confieso que no esperaba tal cosa.

Padre e hija se levantaron y se marcharon sin haber terminado la cena. Esta última chilló algo con su voz un poco ronca desde la puerta.

—Ya estarás contento —le reclamó Felice a Alberto.

—No, si la contenta eres tú que derrochas la plata como si hubiera para botar.

—Uno debe comer y vestirse.

—Invita a todos los vecinos si quieres.

—¡Toma, cerdo! —Le dijo y le arrojó un pantalón que le había comprado, tratando de contentarlo. Y prosiguió con un tono más serio: —A ver si dejas de ponerte lo mismo.

—Yo tengo suficiente ropa, no necesito más.

—Pero este es para que te lo pongas, no para que lo guardes. ¡Qué hombre tan terco! Tiene la mejor ropa en los cajones y siempre anda con los mismos trapos viejos, no le importa salir así a la calle.

—Uno no necesita ponerse ropa nueva para trabajar en el campo.

—Claro que uno no necesita nada —chilló Felice—. Yo podría vivir con este mismo vestido durante años si no tuviera que salir de esta casa, pero uno se viste solo por la gente, digan lo que digan, en este mundo la consideración social depende de lo que se lleva puesto. Si lo ven a uno siempre con la misma blusa rota pierde uno el respeto, ya no es digno. ¡Si no conociera yo el mundo!

—A ti te importa más lo que digan en la calle que lo que piense tu marido.

La discusión siguió con las habituales palabras y advertencias cargadas de sobreentendidos, de uno y otro lado, que se tenían por definitivas, y a las cuales estaban seguramente acostumbrados. Alberto amenazó con irse de la casa, ella volvió a echarle en cara lo del accidente, lo mala que estaba del pie y el mucho trabajo que tenía. Dejaron de hablarse durante días.

No es por gusto a escribir que te cuento esto. Me esfuerzo por extraer de la memoria unos hechos que a simple vista parecen banales, pero que muestran, o a mí me mostraron, hasta qué punto la escasez y la estupidez estaban detrás de la indiferencia que esa pareja de viejos sentía ante los males del otro. Ahora que hago cuentas con el pasado, veo que no hay que pasar tan de prisa delante de la indecencia de la propia familia y de la de uno.

Para apaciguar los ánimos, Alberto contrató a una lugareña para que le ayudara a su mujer en las labores de la casa. Catalina era una joven bien proporcionada y ancha de hombros, hija de un granjero con quien Alberto hacía tratos; había servido en otras casas sin durar mucho por la dignidad altanera que se daba en su trato con los patrones. Simpaticé de inmediato con ella porque me recordaba a Cecilia. Pronto se convirtió en mi único refugio en ausencia de Adrián. La acomodaron en una de las habitaciones de abajo, que en pocos días estuvo abarrotada de objetos, la mayoría adornos baratos rescatados de otras casas o de la basura: frascos vacíos de perfume, flores artificiales, recortes de revistas y almanaques, algunos ya descoloridos, pegados en las paredes, con temas tan diversos, que iban desde actores de cine y láminas de gatos hasta cuadros de santos y de la Virgen. Era muy buena preparando platos y se esmeraba en el modo de presentarlos, como si sirviera en una gran casa, lo que exaltaba el orgullo de Felice. Servía agua y fruta antes del almuerzo —o vino si había—, y algún manjar al final. Esta buena cocinera vivía obsesionada con historias de brujería que a cada rato me contaba en su jerga campesina, y que al principio no tenían más valor para mí que una chanza o un chisme de vecindario. Otras veces lograba impresionarme con las imágenes cargadas de intriga y de violencia que aparecían a

menudo en sus relatos y de las que aseguraba que había sido testigo ella misma o le había contado su padre.

—¿Quiere que vuelva? —me preguntó una vez mientras cortaba cebollas en la cocina.

—¿Quién? —dije con gravedad.

—El muchacho en el que siempre está pensando.

—¿Cómo sabes que estoy pensando en un hombre?

—Usted lo llamó la otra noche dormida. Adrián, dijo.

—¿Quién más estaba allí?

—Doña Felice, pero no la oyó.

Me quedé en silencio, no me atrevía a preguntar qué más cosas había dicho en mis delirios.

—Yo le enseño cómo hacer para que vuelva y no se vaya. Aunque hay que tener cuidado —dijo con expresión grave—, esas cosas hay que hacerlas bien hechas.

Me negué con remilgo en los labios, ella me miró con malicia como si no me creyera. Sobre mis sentimientos no le había dicho ni una sola palabra, pero ella intuía, o mejor, reconocía en mis escalofríos una suerte de combate, de enamoramiento. A mí me costaba creer en esas extrañas operaciones que no escapaban a ciertos juegos de teatro, y que chocaban a menudo con la realidad que las desmentía, pero en la desesperación ningún camino es demasiado descabellado, y la magia era una posibilidad no solo de conjurar el regreso de Adrián, sino también de alivianar la abstinencia que me afiebraba por dentro. Le pregunté a Catalina si en aquello intervenían los muertos. Aunque se podía, me dijo, era pecado utilizarlos para eso, porque corría uno el riesgo de condenarse. Dudo mucho de que aquella campesina supersticiosa que mezclaba sus hechizos con la fe católica hubiera tenido tiempo para ir a la iglesia o supiera leer la biblia.

Una mañana, al volver del pueblo con Felice, me percaté de que había tomado un par de prendas de la habitación de Adrián y había hecho un nudo con ellas. Las había dejado sobre mi cama, junto a la almohada.

—Debe de tenerlas ahí hasta que él regrese —me dijo.

Esa misma tarde, sin decirle nada, volví a llevarlas al clóset de Adrián. Al día siguiente nos encontramos después del desayuno. Catalina me obligó a entregarle una fotografía de Adrián, luego fue hasta su cuarto y volvió con un ramito de lazos negros y rojos que yo escondí debajo del pecho. Aquel ramito preparaba a modo de protección a la persona que iba a practicar el hechizo. Me explicó que todo tenía que hacerse de madrugada, muy temprano, antes de que fuera de día. Yo debía triturar el corazón de un animal grande en el que antes había tenido que grabar el nombre de Adrián y arrojar los restos en un río, luego tenía que fijar la mirada en el agua hasta que apareciera su imagen. Accedí a aquellos juegos sin estar convencida, por infantil complacencia, sin pensar que se volverían una trampa al cabo de los días.

El poder del conjuro se situaba para ella en el terreno de lo fisiológico, había que hacer que el cuerpo de Adrián tomara por sí mismo la decisión que su voluntad no se atrevía, pero la idea de una presencia sin voluntad no me atraía. A pesar de mi resistencia, el día señalado consentí de mala gana en ir, con la certeza del fracaso. Estábamos de pie frente a la casa, casi a oscuras. Catalina miraba fijamente las nubes y rezaba; a esa hora el cielo parecía cargado de heridas. Ella me mostró el camino que debía tomar y me sugirió qué hacer en caso de que las cosas salieran mal.

—No puedes perder el lazo —me dijo.

Me despidió con una sonrisa distraída. Al cruzar la puerta del patio sentí su mirada como la hoja fría de un cuchillo sobre mi espalda. Caminé despacio, sin inquietarme, como quien no sabe

para dónde va. Cuando me supe lo suficientemente lejos de la casa tiré el corazón por un barranco boscoso; el ruido que hizo al rodar me asustó. Yo iba vestida de blanco y caminaba hacia el río como una novia al altar; cuando llegué me sumergí hasta un poco más arriba de la cintura; hice como si buscara en el fondo de la corriente, cerré los ojos, e igual que las pitonisas de feria, intenté proyectar el rostro de Adrián en el espejo del agua. De pronto me distraje, dejé de pensar en Adrián, surgieron en mi cabeza otras imágenes, casi absurdas, que aparecían y desaparecían a la velocidad de un tren sin relación entre ellas. Ni sorprendida ni desilusionada abandoné el intento. La sangre circulaba por mi cuerpo con normalidad, ningún extraño poder se había revelado con la fuerza decisiva de modificar el presente. Era de día cuando regresé a la casa.

—¿Vio algo? —me preguntó Catalina, que me esperaba agitada en la entrada.

—Volverá —le dije.

—Yo sabía que usted podía hacerlo, no todas pueden.

—Si no es para mí no será para nadie —añadí para presumir.

—¡Ha sido jodida la niña! —me dijo mostrando sus dientes en una sonrisa amplia.

Luego me arrepentiría de esa mentira, lo mismo que uno se reprocha por haber consentido dormir en una cama ajena de sabanas sucias.

Pronto comencé a sentirme irritada por la presencia de Catalina que me perseguía como una sombra a todas partes. Cuando nos encontrábamos me miraba con una sonrisa idiota, como suponiendo la intimidad de un secreto bien guardado entre ambas. Entretanto, seguí padeciendo todas las angustias de una muchacha enamorada, no exentas de recriminaciones y de rabias contra mí misma. No me cansaba de hacer movimientos en vano, sin advertir que todo lo que buscamos desesperadamente se nos escapa.

Mis conversaciones con Felice estaban cortadas desde hacía varios días. En realidad, yo la había evitado prudentemente, lo cual no era fácil viviendo en la misma casa. Mi tiempo junto a ellos había pasado el límite convenido. Pero a veces pensaba que sería capaz de quedarme allí esperando a Adrián para siempre, ya fuera porque no veía otra razón para existir, o porque una especie de desidia me impedía moverme.

Esa mañana me había puesto un vestido que me quedaba corto. Estaba sentada en una de las esquinas del comedor cuando Felice entró. Sonrió conmovida al fijarse en lo flacas que estaban mis piernas.

—Creo que ya es momento de que vuelvas con tu padre —me dijo mientras pasaba sus dedos por mi cabello—. No te estoy echando, pero sé por qué te quedas. No pierdas tu tiempo, él es de esos a quienes se hace mal en esperar.

No volvió a mencionar nada del asunto. Yo permanecí sentada, sin levantar los ojos que se me llenaron de lágrimas.

4

Una tarde pasada por agua, el domingo once de enero, vi la figura de Adrián aproximarse por el camino con una maleta bajo el brazo. Tenía el cabello un poco más largo y su cara estaba bronceada. Al entrar en el patio, Remo estalló en ladridos y saltos que Adrián intentó contener con palabras y gestos como si temiera molestar a los dueños de la casa, para quienes su regreso no guardaba ninguna sorpresa. Luego de saludar a su hermano y a Felice fue directamente a su cuarto en el que una lámpara se encendió de repente, entibiando la atmósfera. Catalina corrió a llevarle una taza de café y prepararle la cama con sábanas limpias y un par de buenas cobijas. En la noche Adrián se reunió con Alberto para contarle las impresiones de su viaje, que se reducían

a un par de visitas a casa de conocidos. Omitió hablar sobre su gusto de sentarse por horas en los parques o en las terminales de buses vacías. Estaba alegre. Aquellos días por fuera habían disipado su apariencia nerviosa, pero sus ojos aún conservaban ese trasfondo de amargura. Yo estaba sorprendida, casi desde el momento en que llegó me mostró un fervor poco contenido, incluso delante de todos. Se reanudaron los paseos nocturnos, las charlas, las sonrisas a lo largo del oscuro camino. Me trajo una libreta francesa con la figura del Principito en la carátula, tenía impresas en la margen superior de las hojas la imagen del niño príncipe.

Estuvimos mucho tiempo hablando esa noche, y también callando.

—¿No ha ido a la capital? —me preguntó. —Me acordé mucho de usted mientras estuve allá. Sería maravilloso que fuéramos algún día los dos juntos.
Le mostraría todo. ¡Como la pasaría usted de bien! Y yo, por supuesto, a su lado, siendo su guía.

—¿Cuánto se necesita para ir?

—Unos 500, o hasta menos, con 350 alcanzaría. Hay un salón donde todos los días una orquesta toca música clásica, y los domingos la acompaña un coro de niños. También hay una docena de tabernas en el centro donde podríamos ir por las noches y bailar, y montones de librerías y el museo nacional.

Yo sonreía y repetía admirada, afirmando con la cabeza. Anduvimos paseando por la orilla del camino hasta que alcanzamos las primeras casas del pueblo cerca de la media noche. El leve chirrido de una puerta que se cierra o de una ventana que se abre tras el ladrido de un perro, se oía de cuando en cuando detrás de nosotros y luego quedaba amortiguado por el viento que soplaba suavemente trayendo el olor a hierba de las montañas. Nos sentamos sobre la acera de una casa, y nos quedamos un rato en silencio, escuchando el ruido del mundo.

—Ahora que he estado en la ciudad he vuelto a confirmar algo que ya sabía, pero que había olvidado —me dijo. —La gente, sobre todo los jóvenes, ya no encuentran su sitio. La gente ya no encuentra ni busca un sentido a la vida, viven solo por vivir, sin interesarles lo que pase con ellos ni con el mundo, o solo interesándoles vagamente, sin llegar a comprometerse. Las nuevas generaciones están golpeadas por una indiferencia que las hace contentarse con negarlo todo sin proponer nada nuevo. Darme cuenta de eso me ha devuelto la seguridad, el entusiasmo, me ha hecho ver que no estoy tan perdido como creía, que tengo un rumbo… que solamente tengo que continuar sin dejarme vencer. El problema seguramente es el abandono en el que han caído y del que no se dan cuenta. Ese montón de personas que cada domingo salen para perderse en la multitud de los centros comerciales o de las discotecas no están menos solas que yo o que un lagarto en el desierto. Pero yo soy consciente de mi soledad, y también sé para qué vivo. Levantarme con el único propósito de pasar el día siempre me ha parecido una de las tareas más groseras.

Se acostó sobre el suelo, poniendo las manos cruzadas de almohada, exhausto por la jornada. Había hablado al principio a rienda suelta, con cierta dignidad, y ahora callaba.

—Perdone mi entusiasmo, le he hablado de tantas cosas, pero tenía ganas de decírselo. Usted se ha convertido en la confidente de mis raras alegrías.

Se sentía superior a esas nuevas generaciones que calificaba de flojas e inseguras, pero las expresiones y las intenciones se contradicen a menudo, y aquel hombre que tachaba de nihilistas a unos cuantos jóvenes, era también, sin saberlo, o sabiéndolo, un negador pasivo de su realidad y de su mundo.

Cerró los ojos y se quedó dormido por unos segundos, despertó con la sensación de que habían pasado horas. De regreso nos detuvimos para ver un par de corderos que chocaban al borde de

una colina como pedazos de nubes entre las sombras. A mitad de camino nos alcanzó la lluvia que se fue intensificando hasta impedirnos continuar. Las copas de los árboles se doblaban azotadas por la borrasca y el viento. Calados hasta los huesos, nos refugiamos debajo de un quiosco, medio derruido, de cemento. Yo no podía disimular lo conmocionada que estaba por su regreso, lo había esperado, olvidando sus propias vacilaciones, como una abandonada, y ahora que lo tenía a mi lado solo quería atarme a él, queriendo que fuera para siempre. No sé en qué momento nos abrazamos, pero permanecimos así, sentados al borde de una fría banca, saturados con el olor a humedad, gozando con la tibieza del otro. Las gotas de lluvia resbalaban suavemente por nuestras mejillas, el ruido sobre el techo de zinc era casi irritante. Adrián me apretó entre sus brazos y me besó en la frente; yo lo miré a los ojos, a la luz discreta de una bombilla. Aquella mirada denunciaba mi deseo, entonces él me besó en la boca. Me puse tiesa, sin que ello impidiera la cercanía de sus labios. Cuando él se apartó, me levanté de repente, sobreexcitada, con las manos temblorosas, esperando que aquel acto de voluntad apasionada se repitiera, volví para besarlo de nuevo, pero Adrián esquivó la cabeza. Me estremecí al pensar que este era el primer beso que yo había recibido de un hombre y también mi primer rechazo. Me quedé mirándolo, casi exigente. Luego abandoné mi pretensión de sacarle una propuesta o de ponerlo frente a una explicación. Regresamos en silencio. Me sentía avergonzada, como si hubiera cometido una falta en mi intento por volver a besarlo. No me atreví a mirarlo, temí que al otro día fuera a alejarse y lo hubiera echado a perder todo.

Al otro día caminamos como por inercia hasta el mismo lugar, callados, sabiendo a lo que íbamos, amortiguando la emoción con el ruido de nuestros pasos. Algunas imágenes preconcebidas pasaban por mi imaginación y luego cesaban. En cuanto llegamos al quiosco nos quitamos la ropa, yo me junté sin ningún pudor a su cuerpo, comenzó una mezcla de besos, caricias y lágrimas. Yo temblaba, supongo que también él. Aquella noche conocí no solo la realización del deseo sino también la profundidad y el calor de los cuerpos. Inseguros de amarnos, era el deseo quien había hablado y respondido por ambos. Una vez finalizado el encuentro, nos separamos. El prefirió que yo me adelantara sola hasta la casa. Ahora sabía lo que era apoyar la cabeza en el pecho desnudo de un hombre. Pero la sensualidad algo turbia y curiosa de una mujer joven no se contentaba con ese primer encuentro. Yo ardía siempre en deseo y los rechazos de Adrián eran como mutilaciones. A pesar de eso, intentaba salir bien librada de aquella carnicería que también involucraba los sentimientos.

Las semanas continuaron con esa calma inusual que precede a las tormentas; el viaje parecía haberle devuelto a Adrián el coraje necesario para tolerar la vida y seguir adelante. Pero algo más había sucedido durante su estancia en la capital, su corazón exaltado había recibido una dosis alta de padecimiento de la que solo fue consciente con el paso de los días. Una mañana de mucho calor, después de volver con Alberto de saludar una pariente que se había detenido en la terminal del pueblo entre un bus y otro, Adrián se acercó a mi habitación y me leyó algunos apartes de la novela que estaba escribiendo. Salimos a dar un paseo en la camioneta de Alberto, rompiendo la costumbre de caminar por la noche.

—¡No sabía que le gustaba manejar!

—Tuve mi primer carro antes de los diecisiete años.

El vehículo ascendía ruidoso a través de una carretera bordeada de árboles. Dos campesinos le hicieron señas a Adrián y le pidieron que los acercara hasta una granja que estaba más adelante. Al bajarse le dieron las gracias sin percatarse de su cara. Una hora más tarde Adrián se detuvo para preguntarle a un niño por el camino que conducía hasta la cascada; el muchacho se contentó

con señalarle un sendero que descendía por las faldas de una colina. La tarde era todavía joven, no había nada sombrío. Abandonamos el auto para continuar la travesía a pie. Ninguno de los dos sabía nadar, pero junto a la cascada había un arroyo poco profundo. Al salir, Adrián se tendió en el suelo, sin camisa, sobre las hierbas temblorosas. De regreso subimos a un pequeño mirador, donde había un café al aire libre, para contemplar el atardecer. El cielo se había puesto naranja; más lejos, al oriente, unas nubes grises amenazaban con lluvia. De cuando en cuando el viento soplaba suavemente y producía un ruido extraño al chocar contra los árboles de abajo. Adrián se sentía contento, a nuestro alrededor estaban el cielo, el valle, las montañas, la claridad… eso bastaba. Era bueno estar así, abrazados el uno al otro, sin pensar en las pequeñas indecisiones ni en los problemas en los que se van los días.

—Nos preocupamos por tantas cosas —me dijo. —En momentos como estos me doy cuenta de que no necesitamos mucho para vivir, para estar contentos. No hay que pensar mucho, ni tener muchas cosas, todo es más sencillo. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Sí, lo sé.

—Me gustaría sentirme siempre como hoy.

—Podemos venir aquí todas las veces que quiera —le dije.

—A veces, cuando estoy junto a un precipicio me dan deseos de lanzarme con los brazos abiertos y volar, volar como en los sueños, como en el poema de Apollinaire. Uno se siente libre cuando vuela.

Sonrió satisfecho.

—Desde aquí todo se ve tan pequeño, el lugar del que venimos no es más que una pequeña mancha. Me gustaría sentirme siempre como hoy. Me acabo de acordar de una excursión que hice junto a dos compañeros de colegio cuando tenía 16 años. Fue una tarde de agosto; subimos hasta las minas de azufre que están cerca del volcán, el cielo estaba excepcionalmente despejado. Nos sentamos sobre la roca, entre esas flores sin perfume que crecen en los páramos. Allá arriba, tan alto, uno pierde el miedo a la soledad. De regreso nos equivocamos de camino y nos perdimos, pero ninguno se asustó. No nos importaba nada, si no hubiéramos encontrado la ruta y en la noche hubiéramos muerto de frío, no nos habría importado.

El entusiasmo inicial no duró mucho. Su alegría era más el producto de la evocación nostálgica de un día pasado que de un auténtico disfrute del presente. De vuelta, mientras conducía de regreso a la casa, se detuvo de repente.

—Siga usted sola, yo iré luego.

—¿Por qué?

—No quiero amargarla con mis cosas.

—¿Qué le pasa?

—Que ya estoy viejo, eso pasa. ¡Ya no tengo 16 años!

No entendí. Adrián estuvo un largo rato callado, fumaba un cigarrillo tras otro. Después hizo un esfuerzo por hablar.

—Entonces era un hombre libre que veía infinitas posibilidades por delante, un muchacho para quien morir no era un fracaso. Ahora, en cambio, me siento atrapado en una vida absurda, sin sentido. A veces creo que me la paso intentando volver a esa libertad que creía tener de joven, y digo creo porque ahora que lo veo, esa libertad ha sido más soñada, más anhelada que real. ¡Nunca he sido libre!

Sonrió con amargura. Sacó de su bolsillo un cigarrillo y empezó a fumar, no con auténticas ganas sino como por inercia.

—Aún tiene tiempo para hacer lo que quiere.

—Es largo el camino que lleva de lo que yo soy a lo que creía ser. Ya no sé si tengo la fuerza suficiente, o el ánimo para seguir ese camino. Me falta la fuerza. Últimamente, desde antes de irme a la capital me vengo sintiendo cansado, ¿sabe? Este cansancio es casi una enfermedad, es como una pereza que no me deja hacer nada.

Volvió a encender la camioneta y seguimos. Cuando llegamos, en la casa reinaba el silencio, no había luz en ninguna habitación. La tristeza de Adrián había puesto un muro entre ambos. Nos separamos con cierto rechazo, como a pesar de nosotros mismos.

Tuvimos otros dos paseos semejantes, aunque sin las fosforescencias ni los destellos del sol al atardecer. A menos de un mes de haber llegado de su viaje Adrián estaba otra vez harto, se sentía aburrido en la casa. Muy temprano, antes de las cuatro, ya estaba despierto, pero no se levantaba de la cama o de su sillón, donde remoloneaba hasta medio día. Posiblemente el café o los cigarrillos tenían la culpa de estos insomnios y de las pesadillas que eventualmente lo perturbaban con fantasmas y monstruos en la madrugada. Los encuentros sobre la mesa a la hora del almuerzo terminaban casi siempre atropellados por algún reclamo, por alguna queja suya. Había comenzado a renegar de su encierro, de la necesidad que tenía de salir y distraerse. Felice lo miraba de soslayo y se apartaba sin decir nada. Alberto, que ya no se tomaba las palabras de Adrián tan en serio, terminaba cansándose y lo dejaba solo. Adrián, rojo de cólera al ver que sus parientes no se interesaban por él, se encerraba en su cuarto; pasaba las horas enfrascado en sus libros y escritos, consentía únicamente la cercanía de Catalina y la mía, con los demás mantenía una convulsa actitud de defensa. Una tarde, después de salir de bañarse, desnudo de la cintura para arriba, se sentó junto a Remo en el patio. Catalina, dispuesta a aprovechar sus atributos de mujer, se acercó con una toalla y lo siguió hasta su cuarto, él la despachó con un desdén arrogante y deslizó el cerrojo de la puerta. Vencida por los celos, corrí hasta la cocina, agarré a la sirvienta del brazo y le di un golpe en la cara. Ella me miró con una sonrisa idiota y luego estalló en una retahíla de palabras obscenas y de amenazas.

—Le voy a contar al señor lo que hiciste para que regresara.

Aquellos chillidos no llegaban a inquietarme. Con todo, busqué a Felice y le pedí que la despidiera, no soportaba más a esa especie de testigo que había pasado de ser cómplice a convertirse en mi rival y enemiga.

—Mañana hablaré con Alberto —dijo, mostrando mayor interés del que en verdad sentía. No me atreví a mencionarle el incidente de la cocina.

Cerca de semana santa se produjo un incidente. Estaba anocheciendo cuando llegó un mensaje para Alberto; había logrado conseguirle un trabajo a Adrián como ayudante de un joven abogado, sobrino de un amigo suyo. Felice, que conocía a Adrián mejor que su esposo, sabía que esa proposición lo sacaría de casillas. Por desgracia, ese era el comienzo de una de esas discusiones que volvían a abrir las heridas en el corazón de ambos hombres. Alberto le habló en el tono que empleaba cuando trataba de negocios con señores de menos edad que la suya. Algo en ese tono exasperó secretamente a Adrián, quien tenía la impresión de ensuciarse las manos con aquella oferta como si lo estuvieran llamando para cometer un robo.

—Debes presentarte mañana a las ocho en el salón que queda junto a la comisaría. Dices que vas de parte de don Mauricio V., allí ya saben quién eres.

Adrián se negó desde el comienzo con esa orgullosa obstinación por la que se dejaría quemar en una hoguera.

—¡Andas por todos lados mostrando lástima! ¡Buscándome trabajo! No necesito que me

busques nada, yo puedo hacerlo solo. No me interesa trabajarle a nadie de aquí.

—¿Por qué te pones así? No creo que sea un delito querer ayudarte.

—Si no fuera por esta enfermedad yo habría podido hacer muchas cosas. Estaría en otra parte. ¡Pero solo yo sé lo que he hecho y lo que me ha costado mantenerme en pie! No morirme. Los demás siempre han sido injustos conmigo, nunca les ha importado lo que me pasa.

—¡Tanto drama solo porque te digo que puedes trabajar!

—¡Drama! ¡Drama!… —exclamo Adrián en tono casi colérico.

—Hasta te serviría de distracción. ¿No te la pasas quejándote del encierro? ¿Quién te entiende? Ni siquiera te dije que fueras, solo te pregunté si querías.

—No sé qué estoy pagando en esta vida. Para mí no es fácil ser una carga para gente indiferente y…

—¿Y qué? No te muerdas la lengua que bastante sé cómo nos desprecias.

La conversación se acaloraba. Estaban el uno frente al otro, pero tenían que gritar para oírse.

—Si no fuera por esta enfermedad y en lo que he quedado, no me estarías mandando a limpiarle el asiento a un tinterillo cualquiera. Yo no nací para eso. ¡Qué desgracia tener que caer tan bajo! Tener que adular a cualquier idiota, inferior a uno, por un peso. ¡Pero la gente no ha sido buena! ¡Ha sido injusta conmigo!

—¿En que hemos sido injustos contigo? —le reclamó Felice, inmiscuyéndose de repente—. ¿Por servirte? ¿Por alimentarte? Un desagradecido, eso es lo que eres. Tomas de pretexto la enfermedad para tus frustraciones.

—¿Acaso yo decidí ser un estorbo? —gritó Adrián.

—Nadie ha dicho que lo seas —señaló Alberto.

—¡Como ninguno de ustedes ha estado enfermo!

—¿Y por qué me lo echas en cara a mí? ¿Es que yo tengo la culpa de tu enfermedad? —preguntó con desesperación Alberto, mirando tercamente a Adrián, y respiró profundamente.

—¡Toda una vida frustrada! —exclamó Adrián, soltando a llorar a gritos.

—Deja de gritar que te van a oír los vecinos —dijo Felice.

—¡Que me oigan!, ¡qué me importa! ¿Por qué debería callarme?

—Déjalo que grite todo lo que quiera —interrumpió Alberto.

Transcurrió un instante.

—Qué vergüenza ese escándalo de este hombre —balbuceó Felice con indignación. —Por qué no empaca sus cosas y se va de aquí con sus aspiraciones de hombre extraordinario.

—¡Basta, mujer! —exclamó Alberto.

—¡Pero si alguien tiene que decírselo! Cuando no es su enfermedad es su edad. Se justifica en ambas para no hacer nada.

—¿Acaso no he buscado trabajo? ¿A qué creen que fui a la capital? ¿A pasearme? —gritó Adrián, fuera de sí. —No necesito que nadie busque nada por mí. En todas partes es lo mismo, quieren gente joven, después de los cuarenta ya uno no sirve para nada, les vale una mierda. La vida no ha sido justa conmigo, ¡solo Dios sabe!

—No metas a Dios en estas cosas —dijo Alberto.

—¿Que la vida no ha sido buena contigo? —estalló Felice, que no podía contener la lengua—. Cuántas personas están por la calle con el estómago vacío, aguantando frío, o inválidas en una cama, y un tipo joven, quejándose a toda hora. Yo no creo en nada, pero comportarse de ese modo ha de ser un auténtico pecado. ¡Quejarse a toda hora de la vida y coger la enfermedad de pretexto, echándole la culpa a los otros de sus frustraciones!

—¿Por qué me habla? ¿Qué sabe usted de mí? ¿De lo que yo siento o pienso, de lo que soy… de mi enfermedad?

Tales gritos salían de sus labios como espuma epiléptica. Cuando cayó en la cuenta de mi presencia, me miró por unos segundos con una expresión indescriptible, luego se detuvo como avergonzado, volvió hacia Alberto una sonrisa ausente y se precipitó a una orilla del salón a llorar. Permaneció acurrucado, casi inanimado, igual a un objeto. Parecía otro, muy distinto del que yo conocía. Experimenté una suerte de aflicción y sorpresa, no imaginaba verlo derrumbarse de esa manera frente a su cuñada y su hermano. Dejé la habitación y salí a llorar yo también.

Después de un rato, Adrián fue hasta su cuarto y no salió más. Esa noche tuvo un ataque. Yo me había acercado a su habitación con una infusión de hierbas, adentro todo estaba apagado, entré a tientas, alertada por un ruido extraño, parecido al ahogo de una bestia. Encendí la lámpara y me horroricé, era la primera vez que lo veía morderse en convulsiones sobre el suelo. Salí desesperada a pedir ayuda. Al volver estaba pálido, con la frente sudorosa y la boca amoratada como un cadáver. Después del alboroto, Catalina, cuya presencia me inquietaba, se acercó con una botella de agua caliente para ponerle en los pies al enfermo, lo cubrió con varias cobijas y una manta. Durante los días que Adrián permaneció convaleciente no me aparté de su lado. Lo malo de ese hombre abandonado a su suerte era que nadie podía ayudarlo, ni siquiera yo. Eso lo sé ahora, en esa época no lo sabía. Yo había decidido entregarme a él y dedicarle mi vida, jugar a ser su salvadora. Me propuse obligarlo a amarme y a compartir sus desdichas conmigo. Claro que sabía que él no buscaba, como yo pretendía, una mujer que disolviera la soledad de su alma, pero eso a mí no me importaba, yo estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio por él.

Poca consideración le valieron sus ataques en el seno de una familia que veía en ellos una carga y un motivo más de preocupación. Cuando Adrián se recuperó, me pidió que le leyera un pasaje de Schopenhauer y luego que colocara una vieja cantinela en el pasacintas. Hablaba bajo y poco. Nuestra amistad no sufrió ningún menoscabo tras el incidente del ataque del que seguramente se avergonzaba.

—No son mis circunstancias lo que me ofende —me dijo—. No es el lugar donde nacemos ni las personas que nos engendraron lo importante, sino a donde llegamos. Lo demás es un acto circunstancial.

—Yo creo en usted, sé que llegará lejos.

—¿Por qué pone tanta fe en mí?

—¿Cómo se siente? —le pregunté tomándole de la mano.

—Contento. Junto a usted me olvido de mis amarguras. La presencia es todo lo que los demás pueden hacer por uno. Gracias por estar aquí.

Me besó la mano. Al otro día estaba más animado. Se levantó y salió de su habitación. Por la noche me llamó para que diéramos un paseo, le dije que me esperara mientras iba por un abrigo. Nos aventuramos a ir hasta el pueblo pese al mal tiempo. Un sonido de fiesta nos condujo hasta la taberna. Dos mujeres y un hombre borracho obligaban a un chiquillo a cantar encima de una mesa a cambio de algunas monedas.

—Ha sido usted quien ha hecho que yo me conozca, ¡ser tan distinto de lo que creía! Usted ha sacado de mí algo que creía muerto.

—Yo tampoco soy la misma que era antes de conocerlo —le dije.

—Qué bueno, que bueno que nuestra amistad sea provechosa para los dos.

Afuera la brisa acabó convirtiéndose en lluvia. Ambos entendíamos la amistad de una forma distinta. Cuando llegué a la casa me fui a la cama molesta. En apariencia todo había resultado

bien, habíamos caminado durante horas y él me había hablado como siempre, y sin embargo percibía una sensación desagradable, como si hubiera dejado un asunto inconcluso, como si algo hubiera acabado mal. Yo me daba cuenta del riesgo de abrirle mi corazón a aquel hombre indeciso, pero me empeñaba en alojarlo en él a como diera lugar. Luego comprendí que Adrián era solo una excusa, un pretexto, en el que estaba comprometida mi vanidad. Igual habría dado que fuera cualquier otro, yo solo quería enamorarme, sin importar de quien.

Al día siguiente, acompañé a Felice al mercado a comprar hígado para la cena. En el camino se encontró con una modista con quien repitió los habituales rumores que oía de Alberto y en el vecindario. El débil olor a ácido láctico de las carnicerías terminó por asquearme. Me marché sola, con cuidado de no mojarme las suelas con la sangre aguada empozada en el suelo. Al cruzar una esquina del parque, advertí un hombre alto, envuelto en un abrigo usado, que miraba distraído jugar a unos gatos. Era Adrián, estaba sentado sobre una banca. Antes de salir de la casa, Felice me había cortado y tinturado el pelo a la moda; cuando me acerqué hasta donde él estaba, no me miró con más detenimiento que otras veces, Adrián parecía incapaz de entender esas cosas.

—Estaba pensando en usted con mucha ansiedad, como diciendo "por qué no me la encuentro"…. Y mire —dijo entusiasmado.

—Nos llamamos con el pensamiento —le dije— porque yo también quería verlo.

—¿Qué estaba haciendo? —me preguntó levantando su frente.

—Acompañaba a Felice al mercado, estaba comprando algo para la cena.

—Yo vine para hablar por teléfono con un profesor que conocí hace años en la universidad y que está ahora en París. Le he escrito y me ha contestado. Quisiera ir a visitarlo. Me ha dicho que hay muchas posibilidades de viajar y de estudiar, que ya no está tan complicado como antes. Quiero buscar una beca de estudios, aparte de la colegiatura te dan un monto de dinero para vivir, y si tienes pareja o hijos los puedes llevar. De hecho, si usted quiere, podríamos ir juntos —se apresuró a decir en su entusiasmo.

—Sería maravilloso —le respondí exaltada—. Podemos ir primero a la capital y después viajar al exterior. Me gustaría conocer París y luego Praga, yo puedo buscar un trabajo este año y ahorrar para el viaje —le dije.

—Tenemos que ir a Bruselas ¿Ha visto usted a la Madonna de Brujas? Es una escultura de la Virgen y el niño, de Miguel Ángel.

—No, no la he visto. Si fuera por mí me iría ahora mismo.

—Yo también —respondió.

A él le parecí aún más encantadora con mi sencillo pantalón de dril, decidida a marcharme a su lado, lejos de todos los problemas. Pero ese era para él un sacrificio de mi parte que no estaría dispuesto o no quería aceptar. Aquel viaje nunca llegaría a concretarse, aun así, continuamos imaginando y haciendo planes. Él se admiraba y conmovía por esas palabras simples, no exentas de mentira, con las que yo tejía mis ilusiones.

Ahora era él quien se iba a la cama insatisfecho. Aquella conversación en el parque había llenado su alma de dudas. No se trataba solo de las ilusiones que despertaba en el corazón de una muchacha, sino y, sobre todo, la resolución de ella, la prontitud a entregársele, lo que lo inquietaba y lo impresionaba más. Ya no estaba seguro de necesitar a alguien a su lado, y la idea de una mujer que se ofreciera a estar junto a él, sin esperar nada, no lo tentaba. No se puede creer que una mujer de veinte años no espere nada. Además, estaban las dudas sobre el futuro. Esa previsión del porvenir que lo entusiasmara en la mañana le parecía ahora un gesto ingenuo y

vacío, una suerte de retórica para convencernos de que no estamos a la deriva. Al otro día estaba de nuevo distante conmigo, como antes de su viaje a la capital. No disimulaba nada, simplemente me veía y se levantaba del lugar donde estuviera y se marchaba. En vista de este comportamiento, Felice nos creía amantes. Por la noche, mientras apuraba unos huevos fritos sentado sobre la mesa, lo confronté. Él me miró con extrañeza, como si no hubiera esperado tal resolución de mi parte.

—¿Por qué me busca? —me preguntó.

—Quiero saber qué le hice.

—Usted no me ha hecho nada —contestó a media voz—. Solo que hay días que quiero estar solo. ¡Por favor, entiéndame!

Tomé impulso para regresar, cuando Adrián apartó el plato y se sentó en otro asiento, al lado de la mesa, con las manos cruzadas sobre las rodillas, como si cumpliera una obligación.

—La vida se enreda cuando uno se toma en serio la misma cosa durante mucho tiempo —me dijo.

—Creí que ya no le importaba eso.

—¿No importarme? —sonrió con triste ironía—. Nos enfrascamos en una sola cosa y después ya no vemos la salida, todo nuestro mundo se reduce a eso. Váyase de aquí, usted es todavía joven. El mundo es mucho más grande que esta granja, que su padre, que Felice, que Alberto… que yo. Usted merece salir, conocer. Cuando permanezco demasiado tiempo en el mismo lugar llega un momento en que la gente que me rodea me hace sentir atado y sin esperanza. A veces es mejor estar solo… para mí es mejor.

Quise preguntarle si yo también era la causa de ese sentimiento, pero me mordí los labios con impaciencia. Me molestaba que fuera tan desprendido conmigo.

—Usted es joven. Si yo tuviera su edad no estaría aquí, ¡cuántas cosas haría! Pero se me fue la vida intentando… me volví viejo queriendo salir, queriendo conocer otros lugares, soñando con ser otro hombre, con llevar otra vida mejor que esta.

—No se desanime. Aún puede hacer muchas cosas. Está su novela… ¿Qué pasó con lo del viaje a Francia?

—Para mí ya no hay nada —me dijo con desilusión. Estaba a punto de llorar, se puso callado y serio como antes. Estuvo así por un minuto.

—Debería aprovechar que todavía está joven… —agregó—. El tiempo pasa muy rápido.

—Pensé que íbamos a irnos juntos —le dije con la garganta hinchada, intentando reprimir un sollozo.

Se quedó quieto, mirando al frente, tratando de poner un poco de orden a sus pensamientos.

—Usted espera demasiado de mí, y no quiero defraudarla —dijo con tal resolución que no me quedaron dudas de sus sentimientos.

—Estoy segura de que no lo hará —le dije conmovida hasta las lágrimas.

—No espere de mí nada, nada. Usted espera de mí algo grande, algo superior. Pero no espere nada, yo me limito a hacer lo que puedo. La confundo porque hablo mucho, de ahí le vienen sus esperanzas, de oírme, pero ya le he dicho que no puedo realizar todo lo que digo. No espere de mí nada, nada.

—No espero de usted nada, no se inquiete —le dije, frunciendo el ceño.

—Nada, no espere nada, no podría responderle. Me atormenta sentirme en deuda con usted.

—No tiene por qué hacerlo.

—Lo sé, pero igual sigue estando ese sentimiento. Es que es usted tan buena, me siento tan

tranquilo a su lado, pero no puedo quedarme con usted, lo entiende, ¿verdad? Es mejor liberarnos de las personas mientras podemos.

Sentía mi corazón como el cuerpo de una perdiz abatido en pleno vuelo por un cazador.

—Sí lo entiendo —le dije, pero no lo entendía, temblaba convulsivamente, esperando explicaciones.

—Usted no es como las demás mujeres, usted… No quiero lastimarla, perdóneme. Si lo considera necesario, no volveremos a vernos. He estado tratando de hacer eso para no lastimarla.

—Ya le dije que no pasa nada —le respondí, con tono de no querer seguir la conversación.

Luego advertí que de todas las respuestas que habría podido darle, la que elegí fue la peor. A pesar de eso no me daba por vencida, me propuse seguir conquistándolo. Al comienzo no era amor lo que me impulsaba a entregarme a él, sino deseo, egoísmo. Incitada por mi obstinación, que a veces se confundía con una ridícula necesidad de afirmación, estaba convencida de ser el remedio para todas sus desgracias; además, era demasiado orgullosa para aceptar que él pudiera preferir estar solo a quedarse conmigo. La única resolución posible ante mis ojos era que Adrián comenzara una vida nueva junto a mí. Es posible que, como toda mujer, hubiera sentido temor al comienzo frente a alguna proposición de su parte, pero en el fondo deseaba que él la hiciera, llegué a estar segura de que lo haría. Al fin de cuentas ni él ni yo nos sentíamos los mismos que habíamos sido antes de conocernos. Me engañaba. La mujer que yo era entonces no le interesaba a ese hombre de temperamento áspero que se iba convirtiendo en una suerte de condenado. Aquello no pasaría en él, si es que lo hubo, de un pálido idilio.

Con el paso de los días, el hombre tranquilo e inteligente del comienzo se transformó en un ser atado e inseguro. Para entonces, yo ya me había hecho una idea más fija de él: era un hombre inseguro, sobre todo le faltaba la fe en sí mismo, en sus propias capacidades. Se ofendía con facilidad, vivía ofendido, culpando a otros de su pasado, le hería la soledad, la falta de reconocimiento de los demás. Había otro rasgo de su carácter que yo compartiría luego con él. Esto que te voy a decir nunca se lo he dicho a nadie. Adrián —igual que yo, muchos años después—, se temía a sí mismo; sí, tenía miedo de su propio resentimiento, del rencor que sentía contra quienes le eran más próximos. No te voy a hacer languidecer con un relato interminable de mi relación con él. Parece que todo sigue el mismo ritmo: primero viene la curiosidad, luego el deseo, luego la saciedad y por último el cansancio y la apatía. Si, así también fue lo nuestro. Después de su regreso de la capital habíamos llegado rápidamente a ese punto en que dos personas siguen juntas, pero ya no se soportan.

Los paseos nocturnos al pueblo se volvieron cada vez más monótonos y Adrián ya no hablaba. Sus dudas me atormentaban. Una tarde entró penosamente en la sala donde yo estaba, se arrodilló a mi lado y fijó sus ojos llenos de desesperación en los míos.

—Quisiera… quisiera estar con usted, pero no puedo —me dijo, aferrándose torpemente a mis manos.

—¿Está comprometido con alguien? —le pregunté.

—No, no es eso, es solo que no puedo. Conmigo usted sería infeliz.

Quise retenerlo, pero vi cómo su rostro se crispaba en un acceso de nerviosismo. Al otro día estaba huraño, como triste. No le arranqué ni una sola palabra, fumaba ya no con la avidez del sentenciado a muerte, sino con la calma de un muerto. Nos aislábamos cada día más del mundo, nuestra relación era cada vez más profunda, más tensa, tomaba todos los matices, incluso, por momentos, se acercaba al odio y la indiferencia. A su lado, dudaba de si había hecho algo que lo molestara sin atreverme a preguntárselo. Tan pronto nos encontrábamos los dos solos, yo

también enmudecía. Al separarnos me iba a mi habitación ofendida y con rabia, pero no podía estar sola, quería volver a su lado. Por las noches, en la taberna, el café se enfriaba en las tazas, el sonido chirriante de un gramófono ahogaba las horas muertas. Los largos monólogos del comienzo se iban transformando poco a poco en silencios igual de prolongados que nos llenaban de desasosiego. Adrián se aturdía.

—La aburro, mejor sería que se quedara en la casa y no saliera con un hombre como yo.

—No estoy aburrida.

—Lo está, porque no me dice nada, mira para todos lados como queriendo irse.

—Usted supone cosas. Si no quisiera estar con usted ya me habría ido.

Intenté acariciarle la mano, pero él la retiró de la mesa.

—En presencia de otras personas, usted se pone sonriente y habladora. Esta tarde la he visto hablando con la hija del repartidor de periódicos, la veía alegre, segura, interesada. Pero cuando se encuentra conmigo se ensombrece, se queda muda mientras yo digo estupideces o me callo. Sé que sufre. ¡No te mereces esto!

Al salir, Adrián escupió sobre la mesa y se fue sin pagar. Afuera se peleó con el dueño de la taberna, quien terminó arrastrándolo delante de un par de borrachos que reían entre bromas, como si de un espectáculo se tratara. Adrián tomó una piedra y golpeó frenéticamente una y otra vez la frente del hombre barbudo, por donde comenzó a escurrir un río de sangre. El paseo había terminado. El invierno, también. Al final, Adrián se marchó solo, como borracho, gritando y pateando el suelo, enfrentándose con los perros que lo perseguían.

La alegre despreocupación que había creído ver en él al comienzo y que me había atraído era solo una apariencia. El Adrián que ahora conocía se impacientaba enseguida y se ofendía fácilmente. Un soñador de poca fe, y lo sabía, que huía de los compromisos porque creía que cualquier mujer que estuviera a su lado lo apartaría de su meta, que era escribir.

—Si no puedo alcanzarlo todo no quiero nada —me dijo una vez—. O conquisto el mundo o me dejo morir. No quiero una vida vulgar y a medias.

—Eso está bien ¿Cuál es el problema? —le pregunté.

—Usted no lo entiende. Para ir a donde yo quiero, tengo que ir solo. Esa soledad me pesa a veces, pero no puedo renunciar a mi meta, sin ella no tengo nada, la vida no vale nada. Por eso bien vale todo sacrificio.

Me quedé callada.

Hacía ya varios meses que Adrián había terminado y enviado su novela, su gran obra, a decenas de editores y amigos, pero ninguno respondía, a nadie le interesaba. Los días se llenaban de soledad y espera angustiosa. Finalmente, su última esperanza se disolvió. A los 42 años sentía que su vida para nada servía. Envejecía sin que cambiara nada; el día de su grandeza no llegaba. Cansado de esperar una señal de salvación que corriera la piedra, decidió sepultarse en su tumba. Desde entonces se hizo huraño y ensimismado.

—Me hice viejo —se reprochaba— no he hecho más que dar vueltas o esperar en vano.

Yo anhelaba alcanzar lo imposible, en mis impulsos de juventud pretendía salvar esa alma rota, seguía convencida de poder hacerlo. En la madrugada tuve una pesadilla. Soñé que estaba en un bosque, en medio de un festejo de diablos, que Adrián estaba ahí, corría y bailaba con ellos, entre risas estridentes. Los diablos se movían de un lado para otro, gimiendo, jadeando, bordeando una hoguera; Adrián los seguía con ojos extraviados. Me escondí detrás de un árbol para ver a dos que se revolcaban copulando en el suelo. Espié con una atención casi grotesca la escena. De pronto, uno de ellos notó mi presencia y el baile se detuvo. Una especie de sacudida magnética

los recorrió a todos, enfureciéndolos. Los más groseros y rabiosos se lanzaron a mi cacería. Eché a correr pidiendo ayuda, llamé a Adrián, pero él permaneció de pie, como un espectador impasible, que estalló en un ataque de risa junto a los otros. Desperté sobresaltada y llena de miedo, como si uno de esos demonios hubiera escapado del sueño y estuviera oculto debajo de la cama o detrás de la puerta.

Al clarear el día salí a buscar a Adrián. Lo encontré en el patio, fumando en el borde de las gradas que conectaban la casa con el estrecho jardín. Estaba desencajado, como si hubiera pasado la noche ahí sentado. Era una mañana fría. Se quedó mirándome detrás del humo de su cigarrillo. La impresión del sueño todavía estaba viva; por momentos me parecía que el Adrián que bailaba convulsivamente con los diablos era más vivo, más real que este que tenía al lado, cubierto de una fastidiosa irrealidad.

—¿Qué hace levantada tan temprano? —me preguntó.

—No podía dormir. Tuve una pesadilla. Soñé que caminaba junto a mi padre y una fiera lo atacaba y que yo no podía hacer nada, solo correr…

—Hubiera querido evitarle esa pesadilla o haber estado ahí en el momento en que despertó para que no se sintiera tan asustada ni sola —me dijo con calma.

—Quizá por eso he venido a buscarlo —le dije temblando.

—No es posible ayudar a alguien, no hay nada más difícil en el mundo.

—¿Qué me dice?

—Que no podemos hacer nada por los otros. Ves que alguien a quien quieres se aproxima al abismo y tú corres, te gustaría convencerlo de que no salte, y de pronto te das cuenta en ese último instante, cuando el otro tiene un pie en el aire, de que no es posible —dijo muy serio. Luego añadió con indiferencia, casi con desdén:

—Yo ya tengo ese pie en el aire, no puedo volver atrás.

No le di importancia a lo que creí que era una exageración suya. Adrián lo había dicho todo. Pero a veces no oímos u oímos a medias, oímos solo la parte que a nuestro orgullo le interesa. Igual nos pasa con lo que vemos. Aquel hombre que yo sentía más irreal que el de los sueños ya no podía estar cuerdo.

—Cuando la esperanza se aparta del corazón de un hombre solo le queda el pensamiento de la muerte—me dijo—. Ya no creo en nada, tal vez nunca haya creído realmente en alguien o en algo. Últimamente ya no sé lo que hago, porque ya no sé lo que quiero. Siento a cada momento que dejo las cosas a medias.

—¿Por qué no escribe?

—A veces, cuando estoy escribiendo se me paralizan las manos, luego ya no sé lo que hago, tiro el lápiz y me voy a la cama insatisfecho, sin poder dormir, pero tampoco puedo levantarme ni volver a escribir. Además, ya no tengo ánimo para escribir, no sé para qué hacerlo.

Sus labios temblaron.

—No me sentiría satisfecho con mi vida ni siquiera publicando mis novelas, siendo reconocido, triunfando… lo sé.

—No se deje vencer por su demonio —le dije, sin saber por qué.

Me miró como si no comprendiera lo que le había dicho, se levantó y apagó su cigarrillo. “El pensamiento de la muerte”, hacia allá marchaba, sin que nada ni nadie pudiera detenerlo, terriblemente solo, abandonado a su destino.

A la mañana siguiente ocurrió un penoso incidente que terminó de encender las alarmas sobre la salud de Adrián. A partir de su distanciamiento, Adrián se había apegado cada vez más a

Remo, que no se apartaba de su lado; su solitaria afición por las caminatas nocturnas las había remplazado por estadías en sitios cercanos, donde se sentaba junto al perro. Luego regresaba a la casa, acariciando el lomo del animal con ternura, de vez en cuando le lanzaba un tronco para que se lo trajera. Esa noche Remo estaba más inquieto que de costumbre, se había acercado a la puerta de Adrián, y con el hocico pegado al suelo, había comenzado a gimotear y escarbar hasta conseguir que saliera; en el patio brincó y ladró a cada paso de su amigo. Estaba oscuro, y aunque no era muy tarde, todos en la casa estaban acostados. La bulla se prolongó por varias horas. Para variar, Felice había vuelto a estropearse el tobillo; la vieja, a quien el dolor ya de por sí no la dejaba dormir, se incorporó de la cama como una ciega y gritó por la ventana:

—¡Calla a ese maldito perro!

Adrián frunció el ceño y siguió jugando con Remo. Al otro día Felice se levantó temprano, amarró y castigó con un lazo al perro, que ladró y chilló tratando de defenderse. Adrián no soportó ver que algo por lo que todavía sentía afecto fuera maltratado, y menos de una forma tan sórdida. La rabia y la brutalidad se impusieron sobre su cabeza demasiado turbia; entró a su habitación en busca de un hacha y descargó tres golpes sobre el perro, luego agarró el cuerpo sin vida del animal, entró en la casa y lo tiró encima de la mesa donde Felice desayunaba. Sus manos temblaban convulsivamente, manchadas de sangre.

—¡Mira lo que me hiciste hacer, maldita! ¡Asesina! Ahora ya no lo puedes lastimar —le gritaba furioso entre sollozos.

Felice, que no alcanzaba a entender lo que pasaba, se defendió, negando haberlo matado.

—¡Yo solo le di unos cuantos correazos!

—¡Si fue él mismo quien lo mató! —exclamó la criada desde una esquina —le dio con un hacha.

—Te has vuelto loco —arremetió Alberto, que también estaba en la mesa—. Si estás loco, ¡lárgate de aquí y no vuelvas!

—Así me tendrán, como a este perro, porque eso es lo que quieren —sentenció Adrián con amargura y salió por la puerta, sin cerrarla tras de sí.

—Ese hombre se ha vuelto loco —resopló Felice, que no podía guardar la calma—. ¡Algo lo ha enloquecido!…

Catalina clavó sus ojos en mí. Su mirada era más fuerte que un reproche, parecía decirme “Tú lo hiciste”. De pronto, Alberto se levantó de la mesa, agarró con esfuerzo el cadáver del perro y le ordenó a Catalina que limpiara, como para indicar que el espectáculo había terminado. Escuché los pasos de Adrián descender por las escaleras, peldaño a peldaño y luego lo vi alejarse, sin mirar atrás, como sin darse cuenta, por el oscuro y peligroso sendero que no se había cansado de buscar e incitar.

Aquella muerte me trastornó, fue la primera vez que le temí a Adrián. A los pocos días ocurrió otro episodio parecido. Encontré a Adrián con un cuchillo, dando vueltas por el patio. Recuerdo que movía los labios, enteramente descoloridos, como si hablara para sí mismo; pero lo que más me sorprendió fue la expresión de su cara, era una expresión tranquila y desconfiada, incluso fría, que chocaba con los gestos bruscos y repentinos que hacía con el cuchillo. Estaba tan lúcido que habría podido clavárselo o clavármelo. Cuando me vio, me miró fijamente, sin ninguna sorpresa, como diciendo: “Mírame bien, soy así”. Me asusté, se me puso la piel de gallina, pero me quedé; me excitaba ese riesgo, ya no podía pensar en Adrián sin sentir el deseo de atarme y arrojarme con él hasta la muerte, por lo menos así me lo hacía sentir mi orgullosa obstinación. Esa noche, después del incidente del cuchillo, volví a buscarlo, lo llamé a la puerta de su

habitación, él salió y permaneció en el umbral, donde encendió un cigarrillo. Vestía su chaqueta y botas para salir, y se había puesto sobre la cabeza un gorro negro de lana, lleno de motas. Me trató con cortesía, ajustó la puerta y avanzó hasta el andén donde nos sentamos. Lo miré detenidamente, sin turbación, sin disimular mi curiosidad. Él también me miró abiertamente y sin cobardía.

—¿Quiere que vayamos a caminar? —le pregunté.

—No —respondió en tono seco.

—¿Quiere dormir? Descanse. Mañana pensará mejor las cosas, estará más despejado.

—¿Pensar?

—Usted es un hombre de ideas, de pensamiento.

—¿Y de qué me ha servido eso? Los pensamientos son como muros, los levantamos para resguardarnos y terminan por convertirse en una prisión.

—Entonces ocupe la cabeza en otras cosas.

—¿No me estaba mandando a pensar hace unos segundos? —dijo. En sus labios se dibujó una sonrisa irónica. Lo miré sin saber que decir.

—El problema no es pensar, sino el tipo de pensamientos que tenemos. ¿Nunca se ha preguntado por qué pensamos lo que pensamos o por qué llegamos a las ideas que llegamos? La mayoría de nuestras ideas están llenas de reproches, de quejas, de culpas contra nosotros mismos y contra los demás. Hay una contradicción, buscamos reconciliarnos con el presente escarbando lo peor del pasado, exagerándolo muchas veces. Y a pesar de eso no logramos sacar ninguna respuesta. Conozco a muchos que cargan con secretos vergonzosos o que están llenos de frustraciones igual que yo, pero no a todos los ponen enfermos. ¿Me entiende? Ya no sé dónde buscar el origen de mi mal.

—No se estropeé la cabeza buscando causas, ocúpese mejor de curarse.

—¿Qué cree usted que llevo haciendo todo este tiempo?

—Su hermano me dijo la otra noche que había enfermos que en lugar de pedir remedios solo buscaban explicaciones para su mal, que creían que todo dependía de ellos y de sus ideas. “Así es Adrián” —me dijo—. “Nada lo hará cambiar de parecer. Lo mejor es que no te mortifiques por eso”.

—¡Alberto dijo eso! Debería ser sensata y hacerle caso. No sé qué sigue haciendo a mi lado.

—Yo creo en usted, sé que es un hombre grande, diferente de los demás. Usted mismo me lo ha dicho, que es distinto, que vuela más alto…

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Por favor, no… no repita eso. No quiero oírlo. A veces decimos mentiras para engañarnos a nosotros mismos, intentamos convencer a los demás de cosas de las que no estamos seguros y esperamos su afirmación para convencernos a nosotros. Pero es una trampa. Ahora solo sé que, como todos los demás, tampoco yo voy a ninguna parte, pero no soporto vivir con ese sentimiento. El problema es que ya no me lo puedo quitar de la cabeza. Sé que es así, que no es una simple idea que pueda aparecer y desaparecer o cambiar. Es como si hubiera abierto los ojos… como si…

Se silenció. Quedó por un minuto ensimismado.

—Llega un momento en que tenemos que decidir si volvemos a lo que hemos dejado atrás o nos aniquilamos. Yo ya no puedo volver atrás, se lo dije la otra mañana.

—No se dé por vencido. Tal vez tenga la salida a su lado.

—¿La salida? ¿Cuál es mi salida? ¿Usted?

Me estremecí sin atreverme a contestarle.

—Yo voy a estar con usted siempre, no lo voy a dejar solo —le dije.

—¡Pero yo no quiero que usted esté a mi lado! Es su espera, su acoso los que me hacen sentir menos libre —me dijo.

Me quedé paralizada, con las manos apretadas contra mi vestido.

—No le quiero deber nada a nadie —dijo al fin.

—Nunca le he pedido ni le pediré nada a cambio.

—Usted me pedirá que viva…. Yo ya no puedo vivir —dijo—. Su tono había cambiado. Estaba a punto de llorar.

En ese momento comprendí que yo también había entrado a ser parte de su pasado. Nos quedamos en silencio, un silencio prolongado. De pronto se fue llenando de una fatiga desconocida.

—Ya le he dicho que no quiero que se aburra estando junto a mí.

—Usted no me aburre, estoy aquí porque quiero —le dije.

—Pero usted sí me aburre con esa cara de reproche con que se asoma todo el tiempo. Lárguese y no vuelva a acercárseme. ¡No ando buscando salvadoras! ¡No vuelva! —me gritó.

—¿Qué le sucede?

—¿No se da cuenta de que usted me asfixia todavía más con su espera, con su acoso?

—¡Yo solo me preocupo por usted!

—Usted es una cobarde, es peor que yo. No se atreve a enfrentar su propia vida y por eso quiere hacerse cargo de la mía. Pero yo no necesito, no quiero eso. ¡Lárguese de mi lado! —gritó —. La próxima vez no seré tan amable.

La violencia que puso en aquella advertencia lo dejó sin fuerza. Corrí a mi habitación y le pasé seguro a la puerta. Sentí que algo dentro de mí se arrancaba a la altura del vientre, como un hilo del alma. No era la idea que me había hecho de él, sino la que me había hecho de mi futuro y de mi vida lo que se rompió de repente. Sentí que estaba parada en el vacío, al darme cuenta tuve pánico y caí súbitamente. Cuando abrí los ojos era ya de mañana. Estaba mareada, las palabras de Adrián me daban vueltas en la cabeza. Traté de recordar la conversación que habíamos tenido en la noche; algunos fragmentos dispersos salieron bruscamente del olvido. Me obligué a recordarla completa. Para no caer en la desesperación o el llanto, dejé la habitación. Más valía ocupar la cabeza en cualquier cosa, así fuera en los altercados de Felice. La encontré en la cocina. Sacaba del horno unos pasteles que hacía los jueves para vender, con la masa que dejaba preparada desde el día anterior. Al verme, pálida como estaba, corrió hacia mí con las manos todavía calientes.

—¿Te ha hecho algo ese hombre? No lo vayas a esconder.

—Quiero volver a mi casa —le dije y solté a llorar.

—¿Qué ha pasado? ¡Cuéntame! —dijo en tono de amonestación.

—No es nada, una tontería sin importancia.

En ese momento entró Catalina con una tinaja de leche. Felice la miró de reojo y me dijo: “Ahora me cuentas”, como si se cuidara de no hablar de más en presencia de una criada. El fuego crepitó en el horno, aquel ruido distrajo a ambas mujeres. De pronto Adrián pasó frente a la puerta, se detuvo un par de segundos, me hizo señas para que saliera y siguió de largo. Sentí un rasguño a la altura del tórax, como los que uno siente cuando cree haber visto pasar un fantasma por el lado. Salí sin explicar a donde iba. Era una mañana extrañamente fría, de esas que hacen pensar en camas abrigadas. Adrián atravesó el estrecho salón que hacía las veces de recibidor y

se detuvo cerca de la puerta.

—Siéntese, por favor —me dijo, señalándome una pequeña silla. Me senté en silencio, su mirada hundida se posó sobre mí con una solicitud que no era fingida.

—La he estado buscando, desde anoche mismo quería verla…

Se interrumpió, parecía que le costaba trabajo encontrar las palabras.

—¡Perdóneme! —dijo— y se arrodilló abrazado a mis piernas, con la frente humedecida.

—Perdóneme por haberla tratado así, usted no se merecía eso, usted no se lo merece.

Aquel vehemente cambio me asustó.

—¡Cálmese! —le dije.

—No, dígame que me perdona. Soy un ruin que le hace daño a lo único que lo aprecia sinceramente.

—¡Calle, por favor!

—¡No merezco su cariño!

Yo estaba incómodamente sentada al borde de la silla. Quería levantarme y salir de allí, el aire era pesado y me faltaba. Pero Adrián permanecía atado al suelo como una roca.

—Déjese guiar por mí —le dije—. Yo seré su salvación, juntos… a mi lado, usted podrá comenzar una vida nueva, yo lo ayudaré, yo estaré con usted.

—Sería maravilloso poder comenzar de nuevo… pero mi enfermedad…

—¿Su enfermedad? Esa enfermedad puede que no sea más que un pretexto, puede que ni siquiera exista realmente.

—Es posible, es muy posible. ¡Todo es posible! También yo había pensado en eso. He pensado mucho en mi enfermedad, sé que si me ato a ella es probable que muera. Yo podría liberarme de este terrible aburrimiento, de la vida que llevo, podría liberarme de todo… ¡Pero ahora no quiero! Ahora quiero vivir y para eso la necesito a usted, Sonia.

—Yo estaré a su lado.

—Y si me vuelven esas explosiones de locura, ¡Muchas veces ya no sé lo que hago! Usted lo sabe.

—Contra ambos no podrán.

Adrián me miró fijamente al oírme decir aquello.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—No lo sé, pero lo estoy —balbuceé, mirándolo, temerosa de que mi respuesta no fuera de su agrado.

Él se quedó callado, con la vista fija en el suelo, como si reflexionara; después me dijo que no me moviera de allí, salió del vestíbulo y fue hasta su habitación. Mientras lo esperaba el corazón me comenzó a temblar, me paré inquieta y me volví a sentar, cambié de silla varias veces. Adrián regresó después de unos minutos; al entrar estaba pálido y respiraba con dificultad como si hubiera corrido, quiso decir algo, pero se detuvo y recapacitó. Fijé en él la mirada, había algo especial en su semblante, cierto entusiasmo, cierta alegría que no podía contener. De pronto se acercó con ternura y se sentó a mi lado.

—Cásese conmigo, casémonos mañana mismo —me dijo.

Yo me estremecí. Transcurrió un instante.

—¿Casarnos? —le pregunté.

—Usted… ¿Aceptaría casarse con un hombre como yo?… ¿Se casaría conmigo?

—Sí, claro que sí —le dije sin poder dominarme—. He estado esperando hace mucho que me lo pida. Yo estaré a tu lado, siempre.

—Pero no me responda tan pronto, piénselo bien, tenga en cuenta lo que acabo de decirle.

—No tengo nada que pensar.

Adrián hizo un esfuerzo por sonreír, pero un abatimiento apagó su sonrisa. Bajó la cabeza y se golpeó con los puños cerrados las rodillas.

—Estaba convencido de que…

—¿Qué? Por favor, no se detenga.

—Que después de lo de ayer… yo pensé que usted no me iba a aceptar.

—No entiendo…

—¡No entiende o no quiere entender! —Exclamó con rabia y se levantó de la silla.

—¿Por qué con usted todo es tan difícil? —balbució y guardó silencio.

Lo miré con inquietud, el corazón me palpitaba y me daba vuelcos.

—Yo pensé que usted no me iba a aceptar, no sé por qué me ha dicho que sí sin dudarlo.

—Espere, espere un momento… Usted me está diciendo que si no hubiera estado seguro de mi rechazo no habría venido —le dije, esforzándome por adivinar su juego.

—Sí, eso le estoy diciendo.

—¿Entonces a qué vino? —inquirí desesperada.

—A que me rechazara, a que me echara lejos, solo así podría sentirme libre de usted. ¿No lo entiende?

—No, no lo comprendo, claro que no lo comprendo. ¡Maldito loco! —le dije en un grito reprimido para no alertar a los otros—. ¡No juegue conmigo!

—Y ahora tengo que cargar con usted, con ese sí que acaba de pronunciar.

Me quedé muda, rígida, sin saber qué hacer. Sus ojos centellearon con violencia, sentí que él empezaba casi a delirar.

—Pienso mucho en usted, pero cuando lo hago, la pienso como si estuviera muy lejos y no pudiera regresar. Eso me basta, esa sola esperanza. Y ahora, ahora que usted acaba de pronunciar ese sí… su presencia la convierte para mí en una extraña, en alguien con quien yo jamás cruzaría una palabra.

Al decirme esto sus labios temblaron. Yo dejé escapar un penoso sollozo. Pese a todo, sus palabras no me sorprendían, tal vez incluso las esperaba.

—¿Intenta provocarme? ¿Está dándome razones para que me niegue y desista? No habrá nada que usted me diga que me haga cambiar de parecer —le dije con odio, como desafiándolo—. Él guardó silencio y se quedó pensativo, irritado por mi ataque; después de un rato dijo:

—Tal vez no debí dejar esa decisión solo en sus manos —y volvió a callar. Después sonrió irónica y rápidamente.

—Debo arreglar algunas cosas —dijo y se secó las manos mojadas de sudor en el pantalón—. Mañana hablaré con Alberto para que se comunique con su padre, y si a ellos no les parece, nos vamos usted y yo juntos lejos de aquí. Olvídese de todo lo que le dije antes. Mañana o pasado mañana nos casaremos. Creo que usted sabe a lo que se atiene —balbució al final con voz apenas perceptible.

Nos miramos el uno al otro. Por la frente de Adrián aparecieron unas manchas rojas que se fueron extendiendo por el resto de la cara. Un minuto después salió. Desde una pequeña ventana lo vi entrar a su habitación y cerrar la puerta. Ya no había vuelto allí para ponerse a llorar como lo hacía antes. Aquella puerta cerrada era el anuncio del cierre de todo. Me di cuenta de que él no volvería; aquel impulsivo sí que yo acababa de pronunciar sellando nuestro pacto marcó el fin entre ambos. Esa noche Adrián se reunió con Alberto. Existía demasiada tensión en su corazón,

demasiada inquietud para estar tranquilo. Al entrar en el comedor, medio a oscuras, le extendió la mano con cortesía a su hermano, le dijo que se marcharía y que no regresaría.

—¿A dónde vas a ir a estas horas? —preguntó Alberto—. ¿Vas a la capital?, ¿te tienes que reunir con algún editor mañana?

—No, ya no tengo nada que publicar. Lo he quemado todo.

—¡Lo has quemado! ¿Por qué?

Adrián encendió un cigarrillo; las manos estaban firmes, pero la voz temblaba.

—¿Para qué? —dijo.

Aquella respuesta despertó el miedo de Alberto.

—¿Cómo que para qué?

—Sí, ¿para qué? Quien busca refugio en las palabras siempre teme algo, teme que su vida no haya sido lo suficientemente viva, lo suficientemente grande… Intenta ocultarse, disimular.

—Tú y tu filosofía.

—Todas nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, se vuelven solo palabras con las que intentamos convencernos de seguir viviendo, promesas que se postergan cada vez más.

—Aún hay muchas cosas por hacer —dijo Alberto.

—Sí, todo está por hacer, yo siento lo mismo, pero lo que está por hacer no depende ya de nosotros, ni de ti ni de mí. Les corresponde a otros más jóvenes y talentosos hacerlo. Y al final, seguramente, después de hacer lo que tuvieron que hacer, también ellos sentirán lo mismo.

—¿Qué sentirán? —preguntó Alberto

—Que la vida es un fracaso —dijo en voz muy baja.

—No es necesario atormentarse de esa manera.

—¿Acaso no lo has sentido tú?

Se estuvieron mirando, sin decir nada, con los ojos muy fijos, en un instante largo.

—De nada sirve atormentarse a estas alturas. La vida ha sido como ha sido y punto. No se necesitan más explicaciones.

—Yo las necesito —dijo Adrián y se levantó de la mesa.

—Si de joven hubieras seguido en el ejército o hubieras terminado la carrera… —añadió Alberto.

—Para qué llenarnos la cabeza con conjeturas de lo que habría podido ser —dijo Adrián desde la puerta— La vida ha sido como ha sido y punto… ¿no?

Sonrió con amargura como para sí mismo y regresó a su habitación. Al otro día se fue; había quemado sus escritos, sus libros y su ropa. Creí que había viajado a la capital y luego a Europa; Felice no me dijo nada, se lo contó a mi padre en una carta mucho después. Adrián se había internado en un asilo para enfermos mentales.

Catalina, seguramente enterada del estado de Adrián, se presentó muy agitada en la habitación de Felice y de Alberto y me acusó de haberlo enloquecido con brujería. Para dar más credibilidad confesó haber sido ella misma quien me introdujo en secreto en aquel arte siniestro, en el que poco a poco adquirí un dominio prodigioso que había logrado demostrarle varias veces. Relató con todo detalle lo del corazón del animal triturado en el río. Algunas partes tuvo que inventarlas, llevó como pruebas una camisa de Adrián manchada de sangre y la fotografía que yo le había entregado, quemada en los bordes.

—¡Ella lo enloqueció!… Ella, el señor estaba bueno y ella lo enfermó porque no la quería.

Aquellos comentarios malintencionados se cernían sobre mí como moscas. Pese a todo no lograron captar el interés de ninguno, salvo de un par de chiquillos, venidos quien sabe de dónde,

que se apretujaban asomando sus cabezas detrás de la ventana. Felice la mandó a callar a lo que se negó con total vehemencia; Alberto la despidió en ese mismo momento; hubo que sacarla, desde la calle insultó a los señores, los acusó de cómplices y patrocinadores de la arpía. Finalmente se cansó y se fue, no sin antes jurar volver y vengarse.

—No le hagas caso, es solo una campesina supersticiosa y celosa que no pasará del escándalo —dijo Felice—. Mañana Alberto hablará con su padre.

Pasé la noche en vela pensando en Adrián y en Catalina, las promesas de él y las acusaciones de ella resonaban en mi interior con un eco siniestro. Aunque nadie tomó en serio las palabras de Catalina, en aquel desvarío había algo de cierto, yo había contribuido a cerrar la última puerta que le quedaba a Adrián, no del modo ni por los medios que se lo figuraba aquella campesina, sino con una simple palabra, con un simple sí. Al otro día caí enferma. Ante las advertencias del médico, Felice se vio obligada a llamar a mi padre, que no tardó en llegar. Todo el resentimiento que sentía contra Adrián lo volqué contra él. Manuel no se lo tomó muy en serio, acostumbrado como estaba a calificar cualquier rechazo de simple sensibilidad femenina, siempre que no fuera él quien lo sintiera. Tomó mi fiebre como la respuesta algo ridícula de un capricho. Tal vez fue Felice quien le advirtió que no era seguro juzgarla tan a la ligera. Cuando la fiebre bajó, después de cuatro días, regresamos a la casa. En el camión que nos conducía a C, me eché a llorar. No era fácil entender por qué alguien de quien hasta hacía seis meses no sabía nada, ocupara ahora mis pensamientos y mi corazón. Tampoco era fácil entender por qué no había sido correspondida.

Al instalarme otra vez junto a mi padre lo culpé de todo, incluso de las dudas de Adrián. Aquel absurdo y callado reproche me hacía sufrir, no solo porque me cargaba de odio contra él, sino porque sabía que ese odio era infundado. Había días en que pensaba que me desquitaba con él solo porque era a quien más cerca tenía, pero otros me parecía que Manuel me había hecho lo mismo que Adrián, ambos tenían la misma alma orgullosa y soberbia.

Me despertaba a la madrugada con la sensación de que me asfixiaba. Durante el día me sentía incompleta, como si me faltara una parte del cuerpo, y aburrida; aún no había aprendido a convivir con el aburrimiento, sobre todo de los domingos. Lo peor era cuando Manuel salía y me quedaba sola. Experimentaba esa desagradable sensación de impotencia que venía acompañada casi siempre del deseo de huir de mí misma. En presencia de Manuel casi siempre estaba huraña, él no lograba descifrar los efectos de un mudo conflicto por debajo de aquella indiferencia. Al final yo estallaba en cólera. La repetición de aquellos ataques de ira terminó por inquietar a Manuel. Le escribió a Felice para pedirle explicaciones sobre lo sucedido; la anciana no le respondió, salvo para comunicarle la decisión de Adrián de internarse en un asilo para enfermos mentales.

No exagero al decir que yo no tenía ni un instante de tranquilidad. ¿Se puede recuperar a alguien que se ha ido? ¿Se puede recuperar a alguien que ni siquiera ha estado? Me obsesionaba con esas preguntas. Intentaba olvidar, pero no se puede olvidar tan deprisa, y el no saber nada de Adrián aumentaba su influencia como si de un campo magnético se tratara. Con el paso de los días su voz y su imagen, su olor a tabaco, se me presentaban con una consistencia más palpable que la de los recuerdos o la de los fantasmas. Manuel no me decía nada, no me regañaba ni se enojaba, pero a veces tenía la impresión de que me trataba como a una niña que nada sabía de la vida o del mundo. Una tarde en que se alistaba para salir, seguramente cansado de que mi hostilidad hacia él no cambiara, se volvió desde el umbral de la puerta para verme.

—¿Vas a permanecer así toda la vida? —me dijo.

Fue hasta su habitación y regresó con un papel que me arrojó a la cara. Tiró la puerta al salir.

Se trataba de la nota breve y por lo demás cordial escrita por Felice, en la que al final ponía la dirección del asilo. Yo era demasiado impaciente para poder mirar tranquila por un momento la realidad. Busqué dinero en un cajón del cuarto de Manuel y viajé esa misma tarde para B, donde estaba el asilo. Por precaución también llevé la única joya que tenía, un anillo de oro que había pertenecido a mi madre y que Manuel me había entregado cuando cumplí los dieciséis años. Esto te sonará raro, pero yo no iba buscando el amor de Adrián o sus súplicas de perdón, sino su rechazo. Mis ansias solo podían satisfacerse con su rechazo. Al llegar a B, pasé la noche en un hotel pequeño que ofrecía habitaciones a bajo precio. Con su aspecto nocturno, el lugar era sombrío. Antes de acostarme desocupé la valija que había llevado y ordené algunas cosas. No conseguí dormir, di vueltas de un lado para otro, hasta que alguien golpeó la pared de la habitación contigua. Muy temprano salí para el asilo que quedaba a menos de cinco kilómetros a pie. Al llegar supe que tenía que esperar hasta el domingo, que era el único día de visitas. Aquella primera ida no había sido del todo en vano; uno de los enfermeros le comunicó a Adrián mi deseo de verlo, al contrario de lo que pensaba, él había aceptado recibirme.

El domingo me desperté con el ruido de unas voces y el trasiego de unos hombres en la calle que descargaban sacos de una camioneta. Me asomé por la ventana: prometía ser un día soleado a pesar de la lluvia fina y nada fría que cubría a esa hora las calles vacías. De camino al asilo me detuve en una tienda de cigarrillos, en donde además vendían dulces y galletas. La tienda estaba oscura. Adentro, un muchacho grueso y pecoso se entretenía detrás del mostrador con algunas revistas. Compré un paquete de cigarrillos para Adrián. Al llegar al asilo me hice anunciar con un hombrecillo pequeño y gordo que me condujo hasta una pequeña sala, casi desocupada, iluminada por entero con la luz que se filtraba a través de unas inmensas ventanas sin cortinas, y que contrastaba con el lóbrego pasillo que llevaba a las habitaciones. El lugar estaba en silencio, de cuando en cuando alguien tosía en una estancia cercana, pero no se percibía el ruido ni los desórdenes habituales en una casa para locos. Las crisis violentas eran escasas, no era necesario ser un aturdido mental para permanecer allí. Adrián, por su parte, era un hombre tranquilo, un poco menos propenso a estar solo, según decían los médicos. Ahora prefería pasar el tiempo junto a otros internos con quienes hablaba, jugaba ajedrez o incluso cantaba por las tardes. Mientras lo esperaba me fijé en que me había salpicado la falda de lodo, algo de esa sopa negra se había introducido por debajo de las botas. Sentí asco. De pronto escuché unas pisadas que se acercaban por el pasillo. Era Adrián, lo vi como en esos instantes de sombra en que ya no se distingue si quien se aproxima a lo lejos es un amigo o un desconocido. Estaba igual, no había cambiado, solo sus ojos parecían no tener color ni brillo, como si hubieran envejecido. Se sentó y posó su mano huesuda y transparente sobre la mesa, se fijó en mí como si me viera por primera vez. Me sentí en presencia de un extraño.

—No me diga que se sorprende de verme aquí. No le creería —me dijo—.
La vida nunca dejará de ser extraña, nada ocurre como lo esperamos y sin embargo nada de lo que pasa es realmente sorprendente, salvo la muerte. Morir, ¡esa sí que es una sorpresa!

Tomó un impulso de aire.

—Tal vez le resulte difícil de aceptar. Pero, fíjese, la mañana que me despedí de usted en casa de mi hermano ni yo mismo sabía que al otro día iba a estar aquí. Lo que sí sabía es que no me iba a casar ni a quedar con usted, eso sí lo sabía; usted también debió de saberlo, ¿o no? Dígame, ¿qué cree usted?

—Creo que usted es un egoísta que solo piensa en sí mismo sin importarle el sufrimiento de los demás.

—¿De quiénes?

—De los que sufren a causa suya.

—No se mienta, nada tiene importancia para una mujer salvo ella misma —me dijo.

Sentí que algo se rompía entre ambos. Me sentí atacada por sus palabras y quise defenderme mostrándome inaccesible, pero, finalmente, no pude callarme.

—No lo dije por mí, sino por su hermano…

—¿Por mi hermano? ¿Lo ha visto usted últimamente? No creo que haya sufrido demasiado y si llegó a hacerlo ya se le debió de haber pasado. A todo se acostumbra la gente, incluso a lo más aberrante. Más de una vez se lo dije. Al principio lloran o les conmueve, pero luego se acostumbran, la vida sigue. ¿Puede creer que hasta Felice vino aquí a traerme flores y un pastel de carne preparado por ella? Cuando alguien les pregunte dirán que soy un hombre que vio en el encierro un remedio para su insatisfacción, que vivo mejor aquí, y con eso terminará todo, se sentirán tranquilos.

No era ningún enajenado quien estaba hablando, sus palabras tenían una amarga lucidez.

—¿Y usted está tranquilo? —le pregunté, intentando disimular la rabia.

—Lo estoy más que usted.

—¿Qué le hace pensar que yo no estoy tranquila?

—Si lo estuviera no habría venido hasta aquí.

Adrián sacó una cajetilla de cigarrillos y me miró a los ojos.

—No le molesta que fume, ¿verdad?

—No —le dije y recordé los cigarrillos que le llevaba y que preferí no darle. Me irritaba el tono de su voz, la fría cordialidad con que me trataba.

—¿Quién le dijo en dónde estaba? —me preguntó.

—Mi padre, Felice se lo contó en una carta.

Tamborileó con sus dedos sobre la mesa. Nos miramos con impaciencia.

—¿Sabe?… Aquí hay un hombre que se enloqueció después de ir a la guerra. Estuvo en Irak y otras partes. Hemos estado hablando mucho durante estas últimas semanas. De pronto ahora se lo encuentra, cuando usted salga; suele permanecer sentado afuera. Le faltan un par de dedos en la mano izquierda. Cuando los soldados van a la guerra y logran sobrevivir, los que regresan a sus casas lo hacen buscando un sitio donde sentirse seguros de nuevo. Tardan meses, incluso años para comprobar que aún pertenecen a algún lugar. Algunos no lo logran. Es lo que muchos llaman una condición de desarraigo. Yo ya lo había leído en algunos libros, pero es distinto cuando te lo cuenta alguien que lo ha vivido.

—Tal vez lo han dejado solo. Si alguien….

—No podemos ayudar a nadie. Eso también ya se lo dije. No le voy a decir nada nuevo. No puedo ayudarla.

—¿Qué? —le pregunté, tensa, en un esfuerzo por comprender.

—Que yo no puedo ayudarla—pronunció clara y firmemente.

Había pensado que se refería a él.

—No he venido a pedirle nada, no quiero que haga nada por mí —le dije desconcertada.

—Es usted como muchas mujeres que están a disposición de un hombre sin esperar de él más que palabras —me dijo y rio a carcajadas, su risa me recordó el sueño de los demonios.

Me levanté del asiento sobresaltada. Él también se puso de pie.

—Tranquila —me dijo sin mirar hacia atrás mientras se alejaba por el pasillo—, no se exalte.

Me miró un rato más, hasta que se fue a pasos lentos, y yo me quedé sola.

Los pocos días previstos se convirtieron en semanas. Decidí quedarme cerca de Adrián. Para subsistir vendí el anillo de oro en una casa de empeño. Casi todos los días iba al asilo para ver a Adrián de lejos. Durante ese tiempo me di cuenta de que sería de las que exigen siempre, por voluntad, el camino más estrecho y más difícil. Por las tardes regresaba y me encerraba en el cuarto del hotel; había horas que eran como salas vacías. En una ocasión me asomé al balcón durante la noche: en el patio celebraban una fiesta por el casamiento del hijo del dueño, un muchacho joven, de fisonomía tierna y aspecto humilde; la novia, una morenita flaca de pelo crespo, no paraba de sonreír y de bailar con su vestido de tricot rosado. Se oían gritos y animación por todos lados. De pronto la juerga se interrumpió para escuchar a un hombre que se dirigió en voz alta con frases convencionales a la pareja, luego cantó acompañado por una guitarra que él mismo tocaba. Por instantes su voz era tan ronca que no parecía humana, era como si un animal salvaje al que desgarraran gritara con toda el alma. La mujer que estaba junto a él, apoyando la cabeza sobre su hombro, levantaba de vez en cuando la vista hacia el cielo: no había ni una sola nube, estaba lleno de estrellas.

Al día siguiente volví como de costumbre al pabellón. Compré en el camino unos panes de canela para Adrián que dejé en la recepción. Esa mañana, sin embargo, uno de los enfermeros me hizo señas y me dijo que Adrián quería verme. Me turbé cuando lo vi acercarse. Estaba vestido como la última vez que habíamos hablado, venía con una taza de café que dejó sobre la mesa. Pensé que iba a soltarse en una de esas largas conversaciones, casi monólogos, a las que al principio nos habíamos acostumbrado, pero no fue así, me había llamado para decirme una mentira en la que de momento no creía ni él mismo, pero que con el tiempo se haría verdad.

—Estoy enfermo y no sanaré —me dijo.

Con ello selló su rechazo, que yo acepté como una agonía consciente. Pero todo desprecio consentido es un acto de crueldad con uno mismo, que al final no se soporta. Advertí la inutilidad de las cosas, la amarga resignación de querer estar el resto de la vida junto a un hombre al que no le interesaba mi compañía ni sabía agradecer mi abnegación.

Así pasé un mes y diez días. Yo me sentía muy sola en ese pueblo tan pequeño; sola y desorientada. Durante esos días mi padre no se pronunció ni fue a buscarme. En vano esperé algunas noches, sobre todo en las últimas semanas, con la vista puesta en el teléfono, alguna señal suya. “Si viene a buscarme me iré con él enseguida” me decía. Pronto sentí que estaba abandonada a mi suerte y que en adelante tendría que seguir arreglándomelas sola. Pensé en marcharme lejos, donde no me conociera nadie. Una mañana desperté, me incorporé de la cama, me duché, me vestí y regresé a casa de Manuel. El cuerpo se encarga a veces de tomar las decisiones de una manera más sencilla que nosotros. Al llegar me enteré que Marie había muerto en un accidente, la habían cremado una semana antes. Habían pasado más de seis años desde la última vez que la vi. A sus cuarenta años, se había dedicado a ser enfermera. Manuel me enseñó una foto, impresa en un recordatorio del sepelio. La comida del hospital o tal vez la enfermedad la habían engordado. Manuel también acababa de saberlo, estaba golpeado, aunque lo disimulara con una fuerza sobrehumana.

La juventud es impulsiva y nada oculta. A todos, exceptuando a Manuel, quería contarles mis tristezas y penas. Cierta noche, aproximadamente un mes después de regresar de B, Felice pasó por nuestra casa. Más que una visita era un saludo, la vieja había tenido que hacerse un examen médico y retrasó el viaje de vuelta por unas horas con la intención de verme. Habituada a no salir mucho, aquel trajín le había alborotado la neuralgia. Su frente estaba endurecida. Habló poco, me preguntó por mi ánimo, por los estudios, por Manuel. De pronto, como si se pusiera nerviosa sin

una razón aparente me preguntó:

—¿Lo has visto?

Me desaté en llanto, se lo conté todo.

—Debes perdonarlo —me dijo—, no está bien de la cabeza.

Luego intentó distraerme enseñándome la gran cantidad de objetos curiosos, pero en su mayoría inútiles que había comprado. Al final se marchó dejándome una pulsera, imitación de plata, de la que colgaban pequeñas mariposas. Su presencia sirvió para cortar por unos minutos mi diálogo ininterrumpido con el fantasma de Adrián. Después no soporté volver a estar sola. Manuel había salido como de costumbre para encontrarse con alguna amiga de turno, me aventuré a ir a buscarlo. Era una de esas noches de luna llena en que el cielo se levanta como una sombrilla azul. Casi corría por las calles, ¿qué había en el fondo de esa prisa? Encontrar a Manuel ¿Y luego? Otra vez estaría la prisa sin sentido. Entré en una taberna donde Manuel solía pasar hasta la madrugada; disimulado detrás de una pantalla, él hablaba acaloradamente entre tragos con un grupo de hombres y una mujer que era a la vez fina y robusta. Desde su mesa, su rostro me hizo señas de que me acercara. La mujer que estaba con él se dejó caer en el diván completamente borracha, lo que provocó la risa del resto. No me pudo convencer de que regresara a la casa, arrugó la frente con una particular indiferencia y salimos juntos de la taberna. Al pasar por un puente me susurró que su compañera era solo una desconocida, en nada parecida a Marie.

—¿Qué quieres? —me preguntó—. Debes aprender a estar sola. Ya no eres una niña. Cuando uno crece debe aprender a estar solo —me dijo en tono de reproche.

—¿Qué hago? —le pregunté.

—¿Cómo?

—¿Qué hago?

—Aguántate. Hay que aguantar la vida. Todos tenemos que hacerlo si queremos continuar.

Sonreí con amargura. Adrián también había dicho lo mismo.

—Y al final todo pasa —le dije con despechada ironía.

Manuel descubrió el reloj y miró la hora.

—Tengo que volver, debo llevar a Irma. Nos vemos más tarde.

Sacó un billete de su bolsillo y lo puso en mis manos.

—Devuélvete en un taxi —dijo, y se marchó. Su figura se diluyó en la penumbra.

Y sí, la vida continuó, aunque no del todo limpia de sobresaltos y dudas. ¿Por qué había tenido que dar con Adrián entre el montón de hombres que existen en el mundo? No valía la pena preguntarse eso. ¿Y el engaño? Él nunca prometió nada, siempre había manejado la palabra amiga o compañera cuando hablaba conmigo. Era yo quien había utilizado la palabra amor para vengarme de él cuando el rencor remplazó la adoración. Ahora, después de tanto tiempo, me pregunto si amaba como creía a ese hombre por el que había llorado tanto, o qué sentimiento era ese. No lo sé.

Se acercaba junio. Por ese entonces yo no hacía otra cosa que pensar en encontrar un hombre a quien entregarme, no importaba cual fuera el paso en falso que tuviera que dar para realizar esa sucia esperanza. No sé si detrás de ella se escondía una suerte de obsesión sexual, pero no realizarla me hacía sentir más sola y desamparada. La obsesión del amor, para una mujer joven, es casi siempre análoga a la de la belleza. Al principio había imaginado que los encuentros con los hombres serían fáciles y espontáneos, pero las semanas y los meses pasaban y en la vida real seguía sola. Pronto me di cuenta de que Adrián había sido una excepción.

Mi padre me veía actuar con la misma desesperación de una prisionera, pero no podía ayudarme. Yo vivía en una soledad forzada, en la casa me sentía perdida y atrapada, no quería estar allí, pero tampoco encontraba ninguna razón para salir, ni alguien con quién estar a gusto en la calle. Por entonces advertí que se me dificultaba pasar mucho tiempo con la gente. Cuando te das cuenta de eso te vas alejando inconscientemente. Yo no compartía los gustos ni las emociones de las muchachas de mi edad, tampoco me agradaban los hombres jóvenes que corrían en sus motos y se divertían en todas las fiestas, con quienes, por lo demás, jamás tuve éxito. En las reuniones entre amigos me sentía sola, como en un lugar ajeno, sin ningún tipo de parentesco ni afinidad con los otros. Las palabras justas para describir aquello quizá no las tengo. Ahora creo que en ese tiempo yo huía. ¿De qué?, ¿de quién? De mí misma, de mi insatisfacción. No era que me sintiera diferente de los demás, en el fondo lo que quería era ser diferente de quien era. Por eso me aislé, por eso decidí encerrarme, no pude hacer otra cosa. Ahora que miro hacia atrás me doy cuenta de que había algo de infantil en aquel encierro. No te rías, lo que aquí te cuento no es la simple frustración de una joven despechada e inexperta. Mi historia es más engorrosa y amarga, y si me detengo en esos años es porque ahí está el germen de mi carácter, incluso tal vez de mi secreta intranquilidad.

La juventud se enoja con la fealdad como si fuera una ofensa. Yo no era fea, pero no llamaba la atención de nadie a primera vista. La hija de la vecina sí que era bella. Quizá por eso parecía que estaba siempre contenta. Había otras cosas que también me ofendían, la pobreza disimulada en que vivía con mi padre, por ejemplo; a veces me sentía impotente cuando veía cómo el mundo al que él quería pertenecer le tiraba las puertas por ser pobre. Manuel no parecía ofenderse, pero esas cosas maltrataban mi orgullo; otras, como los lujos que podían permitirse las niñas ricas, me llenaban de envidia. Yo culpaba a Manuel casi de todo, de mis carencias, de mi insatisfacción, de mi impotencia; a veces volvía a aparecer Adrián; creía que lo había olvidado, pero había horas que empezaba a recordarlo de improviso.

Llegó un momento en que aprendí a soportarme, no pasó de un día para otro, pero llegó. ¿Cómo? No lo sé, a fuerza de llanto, de estar sola. Había que seguir viviendo del modo en que podía, como decía mi padre. A ratos sentía un enorme vacío a mi alrededor, no era tristeza, era algo más indeterminado y complejo. Recuerdo que lloraba mucho por las noches escuchando una canción de Susan Perry que se llama *Beautiful*. La repetía una y otra vez en la grabadora. Luego fui aceptando mi situación, acepté el padre y el lugar donde vivía, acepté que no era ni sería una de esas muchachas a las que todo el mundo quiere y sonríe, una de esas muchachas que lo tienen todo… acepté mi poca gracia y mi infelicidad en una edad en la que todos se muestran felices. No lo digo con pena, creo que conformarnos con lo que somos, aprender a soportar nuestro carácter y que el mundo y las personas no siempre sean como nos gustaría, es una de las pocas proezas que podemos hacer mientras estamos vivos. Un día, mientras me veía en el espejo, sonreí. De golpe comprendí que la familia perfecta no existe, que la mujer perfecta no existe, no en este planeta. Comprendí que no era la única muchacha de clase media baja que vivía con un padre soltero, la única vanidosa, la única egoísta que no estaba conforme con su cara ovalada, con su nariz redonda, con su cuerpo… con lo que era. Hoy me parece tonto, pero en ese entonces fue todo un descubrimiento.

No quiero que me imagines más solitaria de lo que era. Tuve un par de amigas, si es que ese sentimiento puede darse entre mujeres, y también algunas relaciones esporádicas. El problema con los pocos muchachos que se me acercaban era que me entusiasmaban al comienzo, pero luego ya no soportaba sus tonterías, y al final los aborrecía. Es curioso, pero yo no anhelaba tener

amigos, ni codiciaba una familia grande llena de tíos, esposas y primos, yo solo quería encontrar a alguien que estuviera a mi lado, un hombre hecho y derecho al que no le importara aislarse del resto hasta quedarse solo conmigo. No entendía por qué todo era tan difícil, por qué para conocer a alguien había que pasar por esa agitación inútil de salidas, reuniones y fiestas. En ese entonces no existía ninguna aplicación tecnológica, como la hay hoy en día, para buscar pareja, no sé si sean de ayuda, pero creo que al menos libran a esa búsqueda desesperada del tumulto del que huyen las personas como yo.

Quizá no me lo creas, pero el brillo mundano me desilusionó bastante rápido. Tenía pocos conocidos y aunque a veces conseguía que me invitaran a fiestas o a alguna discoteca, casi siempre terminaba sentada, al cabo de unas horas salía desencantada y cansada. A lo sumo hacía amistad por un cuarto de hora con desconocidos que iban y venían, sin la posibilidad de formar lazos duraderos. De nada servía arreglarse cada fin de semana para tratar de parecer más bonita, o buscar con la mirada a los hombres de moda que llegaban en grupos, decididos a no hablar sino entre ellos mismos. A veces notaba con cierto rechazo que incluso las menos agraciadas tenían pareja. Por supuesto, no todos fueron desengaños. Una noche, mientras esperaba un taxi a la salida de una tienda, se me acercó un hombre, todavía joven, con apariencia de obrero; no era apuesto, pero tenía el encanto de la gente rústica y sencilla. Intercambiamos algunas frases; él señaló lo fría que estaba la noche, ambos miramos, sin saber por qué, al cielo; las sonrisas brotaron espontáneamente y bruscamente nos fuimos acercando. Apasionada como era, acabé por ceder al fogoso impulso de sentirme conquistada. Aquellos arrojos, sin embargo, no pasaron de un beso y tal vez de una caricia. El joven obrero estaba seguramente casado o solo pretendía convencerse una vez más de su poder de atracción. Regresé a casa contrariada. Aquel encuentro fue lo más cercano que tuve a los que había imaginado por anticipado.

“El mundo es muy grande. En algún lugar tiene que haber alguien para mí”, me decía a mí misma. Pero esa posibilidad solo multiplicaba mis dudas. ¿Y si el hombre justo nació en un pueblo de Rumania que jamás conoceré? ¿Y si habla otra lengua? ¿Y si…?, ¿Y si…? ¿Y si…? ¿Será que no habrá nadie para mí? Me desvelaba pensando en los desconocidos que podrían amarme del modo que yo quería, pero a los que nunca conocería entre los cientos de millones de habitantes del planeta.

Ya dije que decidí encerrarme un largo periodo y así lo hice. Un día sentí que ya no podía salir más, que no soportaría un nuevo rechazo ni quería estar por mi propia voluntad en un lugar donde me sintiera incómoda o menos que nadie. El mundo con su atracción artificial dejó de provocarme, la camaradería bullosa hecha de alcohol y de risas, los brillos mediocres, donde la ridiculez pasaba por gracia y la extravagancia por belleza, habían tomado el cariz de una alegría barata y sin encanto. Aquel poco de cordura me ahorró nuevas desilusiones, y me dio tiempo de confrontarme conmigo misma. También me permitió reconciliarme: fue la primera vez que sentí que me pertenecía a mí misma. Aquella fidelidad no excluía el amor. Me hice a la idea de que, al volver a salir, regresaría al mundo con más fuerza, con más determinación, y que gracias a ellas iba a encontrar al hombre que anhelaba, una persona mayor, alguien constante en sus sentimientos, que no vacilara ni tuviera dudas, que quisiera estar para siempre conmigo. No sé por qué estaba tan segura de que pasaría.

En ese entonces ya no pensaba mucho en Adrián. Un año disipa muchos cambios y olvidos, y la llaga infligida por él a mi orgullo se fue cerrando. Al final todo termina por caer, por pasar, aunque algunas grietas permanecen abiertas y dejan que el polvo se filtre hasta la parte más oscura de la conciencia. Tal vez haya que decir una cosa más: cuando el cuerpo olvida, olvida

nuestra alma. Sin embargo, yo sabía que en esa relación estaba el germen de la intranquilidad que me había llevado a esconderme del mundo. Quien a los veintidós años ha vivido una profunda soledad, ha conocido la obsesión y el rechazo de una pasión, ha sentido que ya no tiene nada seguro; quien a tan corta edad ya quiere paz, difícilmente puede contentarse con las emociones de los demás jóvenes. Es como si esas sensaciones, como si esa experiencia no se correspondiera todavía a esa edad. Fue durante ese tiempo cuando adquirí el hábito de leer y desarrollé el gusto por la música; me dediqué al estudio del piano, lo que me dio cierta reputación ante mi padre de ser una mujer con talento, cosa que nunca tuve.

A mitad del siguiente año, Manuel tomó la decisión algo apresurada de volver a P, la ciudad donde había vivido de joven, e instalarse allí conmigo. Se había reservado la posibilidad de regresar algún día, sin sopesar el peligro de volver sobre los pasos andados. Aunque los motivos por los que lo hizo nunca me fueron claros, supongo que tendría que ver con la añoranza de un pasado que subsistía en el presente sin hacerlo sufrir. A la luz gris del alba dejamos la casa en la que crecí y que había comprado el papá de Emma para su hija y sus nietos. El viaje se hizo rápido, sin prevenir a nadie. Contrario a lo que suponía, aquel nuevo lugar me gustó, con sus calles estrechas y sus tiendas con los postigos medio cerrados, como si estuvieran a punto de cerrar. Seguramente Manuel se sorprendió por recordar sin esfuerzo las calles y las rutas de esa ciudad por donde no había vuelto a caminar desde hacía muchos años. Su rostro bien afeitado, sin embargo, ya no recordaba al muchacho de barba, casi adolescente, que antaño trabajara en la casa de don Rafael, como para que alguien pudiera reconocerlo. Todo estaba igual, los edificios, las calles, los almacenes, los buses, los puentes, solo él había cambiado, había envejecido, se había endurecido con la experiencia vital. Si en aquel momento alguien me hubiera dicho que a los cincuenta años yo haría lo mismo, no lo habría creído.

"¡La vida es un fracaso!", había dicho Adrián. Manuel nunca lo dijo, pero debió aceptar que así era cuando decidió volver a esa ciudad. La vida es corta —diría—. "Veinte años pasan muy rápido". Después del nacimiento de su hija, que soy yo, de la muerte de Emma, de la última visita de Marie, el tiempo ha pasado muy rápido. Ambos se me parecen, Adrián y Manuel, incluso físicamente son por momentos iguales. Luego Manuel enfermaría de un cáncer de garganta que ya no lo dejaría hablar y del que moriría. Por el momento, había logrado conseguir una buena casa a bajo precio, con un jardín interno, poblado de árboles descuidados, rodeados de maleza. Tenía tres habitaciones amplias, una de las cuales sirvió de estudio y de lugar para las clases de literatura con las que Manuel pretendía ganarse la vida. Desde el primer momento no tuvo reparo en hacerse llamar por su nombre.

Una tarde, mientras ponía un anuncio en el periódico ofreciendo sus servicios como profesor, chocó en la calle con una mujer rolliza, de pelo crespo y ojos negros. Era Carmen, la hija de la cocinera de quien antaño se había valido para robar la partitura de don Rafael. Aquel encuentro no guardó ninguna sorpresa para él. A pesar de eso y de que ella lo reconoció, por una estúpida razón fingió ser otra persona. Abordó con amabilidad a Carmen y le preguntó si no era la viuda de un amigo suyo que vivía en la capital; ella se esforzó por adivinar el juego de aquel hombre que una noche desapareció y al que no había vuelto a ver hasta ahora. Sus falsos ademanes, sin embargo, terminaron por cansarla, cogió su bolsa y se fue sin decir nada. Manuel la siguió de lejos, con cierto recelo, hasta que la vio entrar en la casa de su antiguo patrón, donde todavía servía. ¿Estará vivo? Se preguntó. ¡Qué me importa eso! —pensó para sus adentros y se marchó furioso con él mismo, sin darse cuenta de la amargura que sentía. Aquel interrogante se le convirtió en un problema mayor. Durante los días siguientes continuó haciendo sus cosas como

de costumbre, pero no estaba tranquilo, las deudas de su pasado emergían de su abismo como los restos de un naufragio. Tal vez habría ganado calma si una tarde se hubiera presentado en casa de don Rafael, pero le faltaba valor. Dominado por la insatisfacción que no se atrevía a expresar a otros, temeroso de despertar sospechas, decidió una mañana enviarme a preguntar por su antiguo patrón. Aquel encargo suscitó en mí una auténtica inquietud. Yo intuía levemente que algo había sucedido entre ambos hombres en el pasado. Manuel no me advirtió del odio que él suponía se había acumulado en el alma del viejo durante todos esos años, tampoco me dijo que se trataba del padre de Marie.

—¿Qué le digo cuando lo vea? —le pregunté.

—Dile que quiero saber cómo se encuentra… que si se acuerda de mí.

Afuera hacía una mañana calurosa; en menos de diez minutos una buseta me llevó hasta el centro de P. Más arriba de la plaza central asomaban los silenciosos barrios antiguos, donde los nombres de las calles estrechas recordaban los apellidos de sus antiguos moradores. La casa de don Rafael era una residencia de salas abovedadas y paredes gruesas, construida hacía más de dos siglos. En frente de aquella fachada con ventanas y puertas altas de hierro que daban a un pequeño parque, era imposible presentir algún peligro.

Una voz ronca pero agradable de mujer contestó a mi llamado del otro lado de la puerta; me dijo que el señor ya no recibía visitas. Un grito que venía del fondo la interrumpió de repente.

—¿Quién me busca?

—Una señorita…

Me hizo seguir hasta un salón con apariencia de museo. Las paredes estaban tapizadas con un papel rojo y llenas de retratos y grabados con marcos dorados; también había un escritorio vacío, y en una esquina, un abultado diván, donde el anciano de pelo canoso y semblante acartonado permanecía recostado en una postura rígida.

—¿Quién es usted? ¿Para qué me busca? —me preguntó, observándome con un gesto frío y soberbio.

—Me mandó mi padre.

—¿Quién es su padre? —dijo, sosteniendo la mirada, como si intentara adivinar en mi cara algún rasgo conocido.

—Se llama Manuel. Él trabajó hace años para usted —le dije, como si repitiera una lección aprendida de memoria.

El viejo señor se quedó en silencio por unos instantes, observó la luz a través de la ventana, como si hubiera estado seguro de que había palidecido de golpe e intentara disimularlo, pero luego se persuadió de que estaba exagerando.

—¿Está aquí? ¿Ha venido con usted?

—No, vine yo sola. Él se quedó esperándome en casa.

Mientras le hablaba, él creía ver en mi rostro rasgos idénticos a los de mi padre; la voz, en cambio, le resultaba desconocida. De pronto lo asaltó una alegría exagerada y nerviosa.

—¡Manuel! ¡Claro! —exclamó con entusiasmo y estalló en una carcajada sin poder contenerse. Yo me asusté, tenía la impresión de que el viejo se transformaba con cada palabra que yo le decía. Él tenía otros motivos que yo desconocía para su nerviosa exaltación; no es usual que después de haber enterrado a una persona, esta regrese y mande a alguien con un mensaje desde la tumba.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Veintidós.

—¿Tienes hermanos?
—No.
—¿Y tu madre?
—Murió cuando era niña.
—¿Cómo se llamaba tu madre?
—Emma.
—Emma…

La conversación había virado hacia una especie de interrogatorio. Don Rafael dejó de sonreír, su semblante era de nuevo serio, como al inicio, pero aún no había terminado. Una pregunta tácita zumbaba en sus labios.

—¿Para qué te ha mandado tu padre? —dijo y tragó saliva involuntariamente.

—Quería saber cómo estaba usted, si todavía se acordaba de él.

Permaneció por un momento con la mirada inmóvil; sus ojos salientes de pronto se cerraron y volvieron a abrirse, y otra vez rio.

—Claro que me acuerdo de él —dijo y se apoyó en los codos con esfuerzo para sentarse. Luego inclinó el torso hacia delante, con un movimiento ágil, buscando una postura más cómoda.

—Dile a tu padre que no tiene por qué sentirse mal. Díselo así. Eso sí, adviértele que no quiero verlo por mi casa —dijo con voz ronca, pero tranquila.

Asentí con la cabeza y me di vuelta, como regañada, buscando la salida.

—Espera…—me detuvo—. ¿A qué se dedica tu padre ahora?

—Da clases de literatura, corrige trabajos de escritura en la casa.

—Clases de literatura, correcciones…bien…tal vez pueda mandarle algunos clientes. Ahora, vete.

El sol se había velado por unas nubes cobrizas; en la lejanía del paisaje aparecía una cúpula revestida con azulejos verdes, rematada por una estatuilla blanca. No me detuve en ninguna estación y seguí a pie. Cosa extraña, tardé más de una hora en cruzar los pocos kilómetros que me separaban de la casa. En su estudio, Manuel me aguardaba con impaciencia. La noticia de que don Rafael estaba vivo lo sorprendió; aunque lo negara, él siempre conservó algo de admiración por aquel hombre y también un poco de miedo. Tal vez no supo explicarse bien sus sentimientos, pero su cara adquirió una expresión forzada, como si de repente volviera a sentirse amenazado por un peligro del que creía haber estado a salvo hacía mucho tiempo.

Su primer impulso fue marcharse. Con el paso de los días aquella resolución se evaporó. En un acto de defensa, Manuel quiso recuperar en P la vida que había llevado en S. Se dio a la tarea de buscar viejos conocidos, pero el tiempo los había dispersado; tampoco tuvo éxito con las mujeres. Una parte de su pasado se había roto irremediablemente, como otra más remota había salido a flote.

Ahora que él ha muerto, mientras escribo esto, me pregunto si tuvo en algún momento la certidumbre de que cada acto que realizamos, aún el más pueril e insignificante, nos abre o nos cierra un camino. ¿Habría vuelto en otras circunstancias a ese pueblo? Podría nunca haber pasado por allí. Y si a los diecisiete años él hubiera ido a otra ciudad, ¿qué habría sido de él?, ¿qué sería de mí? ¿existiría yo? Cómo saberlo.

De vez en cuando alguien aparecía solicitando los servicios de un profesor. En menos de un mes fue posible reunir a un grupo de estudiantes. Manuel trataba de mostrarse entusiasmado al comienzo, pero no llevaba con ellos ni dos semanas cuando tuvo la impresión de que hacía

mucho más tiempo, y aquel trajín le pareció una carga. Decidió encargarme la tarea a mí, lo que desató los comentarios del grupo. Antes de que alguno pudiera replicarle en su presencia, los despachó a todos. Había un hecho de más, Manuel ya no soportaba hablar en voz alta demasiado rato, un dolor insoportable lo cortaba, era un dolor agudo que le venía de la garganta, como si al hablar se arañara, hasta sentir en la boca un sabor a sangre.

Después de un tiempo decidió iniciar de nuevo las clases con un solo estudiante. Consintió en aceptar como alumno a un extranjero interesado en aprender gramática. Manuel se sintió halagado de que un joven que hablaba tan bien el francés y el inglés, y se vestía tan elegante, confiara en sus lecciones. El joven Casares, sin embargo, llegaba siempre con retraso, y hasta que no aparecía, Manuel no podía dejar de dar vueltas por el estudio. Al principio lo recibía furioso, incluso llegó a mascullar alguno que otro reclamo, luego fue él quien empezó a faltar. La misma historia se repitió con otros dos, hasta que decidió no volver a recibir estudiantes y dedicarse, por indicación de un amigo suyo, a la venta de joyas traídas de Brasil, negocio que en pocas semanas lo llevó a la quiebra.

En aquella época trabó conocimiento con una mujer mayor y pretenciosa, de un gusto mediocre. Se llamaba Blanca. Manuel la conocía de vista, por algunos días él había frecuentado una tienda de tabaco que ella administraba. Al enterarse de que él era profesor, las clases particulares le sirvieron a ella de pretexto para acercarse. Manuel la citó al día siguiente en la casa. Llegó ataviada, dispuesta a probar suerte con ese veterano soltero que daba la impresión de haber ahorrado parte de sus rentas y vivir holgadamente. Al cabo de unos minutos salió defraudada, no de sus cálculos sino de la conducta de aquel tipo. Evidentemente no consiguió de él ninguna muestra de simpatía, lo cual tampoco la hizo darse por vencida. Tenía una hija llamada Hilda, a la que quería sin hacerse muchas ilusiones. Hilda era muda, tenía 26 años y el cabello largo; desde pequeña había sentido inclinación por la música. Así pues, un buen día, Manuel decidió darle clases de piano. Al principio estaba harto y solo abrigaba el deseo de conseguir dinero. Poco a poco Hilda fue adquiriendo una destreza aceptable en el manejo de las teclas, y él se alegraba enormemente de aquella reservada presencia que le había vuelto a permitir el acceso a ese lugar casi inaccesible que era la música. Se casaron un año y medio después; durante ese tiempo poco le faltó a ella para alcanzar la pericia de su maestro, que por lo demás, tampoco era mucha. Para entonces yo ya no vivía con él.

Pero no vamos tan deprisa. Al comienzo, Hilda asistía dos horas, tres veces por semana a tomar sus lecciones. A Manuel le disgustaba sobremanera tener que aguantar la presencia de su madre, como una sombra encima de ellos. Yo aprovechaba ese tiempo para salir de la casa, no me gustaba el chasquido que producían los dedos de Hilda sobre el piano. Era verdad que detrás de esa molestia había un rechazo hacia ambas mujeres, sobre todo a la madre, a quien tenía por un ejemplo de cinismo. Una tarde en que Manuel no estaba, Hilda llegó con la intención de ensayar las notas de una partitura nueva. La hice pasar al estudio; al principio ella miró indecisa a su alrededor, luego se entretuvo con unas fotografías que vio en un extremo de la sala, yo apagué las luces y la deje encerrada, sabía que le temía a la oscuridad y al encierro. Fue la primera vez que descubrí que podía ser despiadada. Al cabo de una hora quité el rastrillo y abrí la puerta. Hilda permanecía quieta, en una esquina del cuarto, a punto de llorar. Su semblante me trajo a la memoria esos sueños en los que uno se asfixia de no poder gritar. Creí que no volvería. Regresó a la semana siguiente con la mano derecha vendada. No me delató; cuando esporádicamente nos encontrábamos bajaba la mirada y seguía de largo.

Pasaron los meses. Cada vez que comenzaban las clases yo salía a caminar. Estaba terminando

el verano. Era un once de septiembre, conservo un recuerdo imborrable de aquella fecha. Era una noche tibia, el cielo estaba despejado, pero había pocas estrellas. Eran más de las ocho, el centro de la ciudad estaba alborotado, había luces, música, puestos de comida y gente por todas partes. De pronto reparé en un hombre que estaba solo, sentado junto a una fuente; lo observé detenidamente por varios minutos, sin atreverme a acercármele. Rondaba los treinta años, era más bien delgado, de facciones agudas. No sé con exactitud qué traje llevaba, aunque estaba bien vestido; tampoco sé si su cabello era castaño o marrón oscuro, solo supe que ese hombre tenía algo que ver conmigo. A juzgar por la expresión de su aspecto, daba la impresión de no tener a nadie y estar solo, abandonado a sí mismo en el mundo. Me detuve para ver si esperaba a alguien. Un río de transeúntes iba y venía por la calle sin detenerse a su lado. Pensé que un hombre así era lo que estaba buscando. De pronto él levantó la cabeza, se giró y nuestras miradas se encontraron, sonrió tímidamente, sus ojos brillaron, yo sentí una violenta conmoción, entonces él hizo un gesto con la mano, yo lo observé un par de segundos más y seguí de largo. Imaginé que había ido detrás de mí y me estaba buscando, caminé un par de cuadras largas, al llegar a la esquina del puente ** me detuve y entré a una droguería sin ningún motivo, pregunté algo y volví a la calle decidida a abordarlo, pero ya no estaba. En vano di vueltas y lo busqué por varias horas, entonces sentí que había perdido algo irremediablemente.

Al otro día regresé a la misma hora, pero no había nadie, aún permanecí de pie unos minutos más, desorientada. Me sentí una tonta por haber vacilado tanto la noche anterior, por haber dilapidado la oportunidad de conocerlo, de hablar con él, de… me fui a la casa llena de rabia, sintiendo un hueco en el pecho. Es cierto que no existía una razón suficiente para tal desazón como no fuera el anhelo estropeado, pero yo había creído ver en aquel desconocido al amante soñado que en algún momento todas hemos esperado que llegue.

Mi siguiente aventura amorosa no guardó nada de extraordinario. Yo había conseguido un trabajo como asistente en un hospital, a regañadientes de Manuel. Mi labor consistía en hacer las camas, ayudar a limpiar a los enfermos y darles de comer. Cuando no había mucho que hacer me gustaba subir hasta la terraza y mirar a la gente que transitaba por la calle; disfrutaba contemplarla en todo su ajetreo; a veces era más afortunada y lograba ver a través de la ventana de un extraño. Aparte de un par de enfermeras, apenas si hablaba con alguien; pronto me familiaricé con la cocinera del restaurante, una pelirroja gorda que proveía de buenas raciones a los empleados; a veces, antes de regresar a casa me quedaba para oírle sus historias de hospital. Una noche un enfermero practicante pidió permiso para sentarse con nosotras; yo supe tan bien que le gustaba que ni siquiera necesitó decírmelo.

La honda impresión que le causé al comienzo se desvaneció rápido. En cuestiones amorosas yo lo quería todo y enseguida, no podía esperar. Aquel muchacho que no creía en el amor, o por lo menos no en el amor eterno, no imaginaba que la joven con quien había tenido un par de citas se revelaría hablando de planes para el futuro, de matrimonio y de envejecer juntos, en el momento en que él pensaba invitarla a su cuarto. Me miró con sorpresa y algo de lástima. A él solo le interesaba una parte de mí, yo no podía entregarme más que por entero y exigía lo mismo. Nos despedimos ligeramente serios. Después lo llamé insistentemente por teléfono; su silencio fue la única manera en que pudo decirme que ya no le interesaba. Dejé el trabajo para no encontrármelo de nuevo, intenté odiarlo, pero no pude, mi admiración por él no había llegado a ser tanta.

Apenas dejé el trabajo volví a internarme en la casa. Manuel siempre me prevenía de la manía que tienen las mujeres de exagerarlo todo. “Como si la vida se les agotara en un instante”, decía.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —me preguntó una tarde, exigiendo de entrada una inteligencia de las emociones que yo no tenía —. ¡Te comportas como todas!

Lo miré confusa. Sentí que me había hablado como a una de sus amantes y no me gustó.

Sí, hay un gran riesgo en exagerar la vida, pero no podemos evadir todos los peligros. Preferí volver a alejarme y estar sola, me propuse tratar con indiferencia a los hombres, comencé a hacerme a la idea de que tenía que aprender a subsistir sin amor. Poco a poco el amor se fue dibujando con menos precisión en los proyectos que hacía para el futuro.

El recuerdo de Adrián me seguía atormentando a veces en sueños, su voz se confundía con la imagen del muchacho sentado junto a la fuente. Transcurrió un buen tiempo hasta que Adrián ocupó en mi memoria el sitio de una impresión fija del pasado.

Por entonces ya tenía yo 23 años. Te sorprenderías si te digo que a esa edad ya me sentía vieja, sin grandes esperanzas ni proyectos para el futuro. No se trataba de pereza, puede que ni siquiera la indolencia tuviera algo que ver en ese sentimiento, era más bien una suerte de miedo ante la incertidumbre, de rechazo al futuro. Llegué a desear despertarme un día como una anciana y vivir solo de recuerdos. Ese deseo no había nacido al dejar las puertas del sanatorio donde se recluyó Adrián, ni de las desilusiones que vinieron luego; tenía un pasado más hondo, venía de más lejos, lo sentía a los trece, a los catorce años. Por supuesto que había buscado refugio y seguridad en Adrián como en los demás hombres, pero quien busca refugio en la seguridad teme algo, teme al futuro. De niña no me gustaba la noche, creía que podía morirme estando dormida, sin darme cuenta. Entonces luchaba incansablemente para no dormirme. No sé cuánto tiempo duró aquello, pero un buen día pasó. Tampoco sé por qué lo recuerdo, debe ser que hay cosas que se guardan sin saber por qué. Ahora, en cambio, me gustaba la noche, me pasaba despierta hasta muy tarde, ya no por miedo sino por complacencia.

Lo mismo que el anterior enero, estaba sola. Durante esa época Manuel ya demostraba una admiración ligeramente efusiva hacia Hilda. Él apenas si lograba subsistir con las clases que daba. Por todos lados pedía dinero en préstamo a cambio de pagarés o de hipotecas, se presentaba casi a diario en casas de prestamistas que después de mostrarse desconfiados y de hacerse rogar accedían a entregarle el dinero, no mucho, el suficiente

para una o dos semanas, o para abonar a los intereses de una deuda adquirida con otro usurero que lo amenazara la víspera. Una tarde, mientras salíamos de un supermercado, un tipo alto y desgarbado lo acusó a gritos de ladrón desde el otro andén. Manuel no dijo nada, continuó caminando y pasó de largo como si no fuese con él, pero después de unos pasos, se tambaleó. Yo sentí su vergüenza y su cólera perseguidas por los reclamos y las advertencias. El aspecto que tenía cuando llegamos a la casa me dio miedo, un sudor frío le resbalaba por el rostro descolorido; lo cogí del brazo y lo llevé hasta la cama, donde se dejó caer. En la noche Hilda le preparó una infusión que lo reavivó. ¡Hilda!… A medida que pasaba el tiempo yo la iba tolerando, me acostumbraba a su callada presencia de la misma manera como uno se acostumbra a los objetos.

Cuando Manuel se sintió ahogado por sus obligaciones económicas se dio a la tarea de buscar trabajo. Pero P, a pesar del tiempo que llevaba en ella, seguía siendo para él una ciudad cerrada, donde tampoco lo conocía mucha gente. Pocos sabían que aquel hombre en apariencia hosco y pedante, se sentía en su fuero interno mancillado por la pobreza. Precisamente por eso, por orgullo, se opuso desde el comienzo a que yo volviera a trabajar, en cambio se obstinó en que ingresara en una academia para señoritas que no había forma de pagar. Recurrió a sus relaciones de V, le escribió una carta a una de sus antiguas amantes convertida ahora en una señora respetable, pidiéndole una suma considerable que no tardó en llegar, sin exigir de él más que su silencio. A Manuel le pareció que la mujer había confundido el favor con un chantaje y le devolvió el dinero con una nota de rechazo.

Por otra parte, en P no había muchos lugares en donde ocuparse; a las afueras de la ciudad aún quedaba la antigua fábrica de zapatos, pero aquel negocio no representaba más que una empresa caduca, a punto de desaparecer por la competencia de importaciones que inundaban el mercado desde China. También estaba la universidad con su facultad de ingenierías, pero obtener una cátedra allí era más difícil que alcanzar un puesto en el gobierno. El tío de Hilda le aconsejó que dirigiera una carta al decano. Manuel pasó todo el día escribiéndola, corrigiéndola, pasándola en limpio. Al llegar la noche arrojó las hojas a la basura.

Se acostó inquieto. No era solo porque le alarmara el que no hubiera conseguido trabajo, todavía podía vender la casa, pagar algunas deudas y largarse lejos con el dinero que le sobrara junto a su hija; era otra cosa lo que empezaba a punzarle el corazón, una idea descabellada que al comienzo se resistía a formular y que una vez en la cabeza parecía la única salida.

—¡Dios me libre de eso! —se dijo para sus adentros.

Pero no pudo desviar la vista de este pensamiento, un sucio cinismo lo impulsaba a presentarse donde su antiguo patrón, mirarlo a los ojos y pedirle trabajo. Al otro día estuvo tenso toda la mañana, cargado de emociones incontrolables; imaginaba el rechazo, se envenenaba, a veces levantaba los puños como si amenazara o se defendiera de un fantasma. No quiso almorzar, canceló la entrevista con Hilda y se alistó para salir. Era una tarde de mayo; el cielo estaba cubierto por unas nubes grises, sucias, cargadas de lluvia. De pronto comenzó el chaparrón, Manuel daba vueltas por el estudio como una fiera encerrada, su rostro parecía querer preguntar algo o dar una respuesta.

—Estoy bien —se dijo sin convencimiento.

El ruido de la campanilla de la puerta lo sustrajo de sus cavilaciones. Me asomé por la ventana. Afuera, mojándose, se encontraba un hombre envuelto en una capucha que le ocultaba su cara.

—¿Qué necesita? —le pregunté.

—Busco al profesor Eduardo —me respondió con afán, inclinándose hacia delante para no mojarse la cara.

Lo miré, era de mediana estatura, quizá un palmo más alto que Manuel. Al notar que no le contestaba, agregó.

—Estoy interesado en tomar unas clases.

—Aquí no se dan clases —le dije.

Pareció titubear, como perplejo.

—Me envió don Rafael —dijo con brevedad, lanzando las palabras al aire, con el cuerpo encorvado, tratando de ver hacia dentro por la ventana.

—No… —le dije—, se ha equivocado.

El visitante dio las gracias y se fue; Manuel se estremeció, sintió como un grito dentro de su alma y salió corriendo detrás del visitante. Lo detuvo en la esquina. La lluvia chorreaba por los techos, caía ruidosamente por los canales.

—¡Espera! ¿Quién te ha mandado? —Le preguntó sin creer lo que había oído, y al mismo tiempo como si estuviera cuidándose de un intruso, pero de inmediato se rectificó. El otro le ofreció la mano. Ese gesto tranquilizó a Manuel, que no respondió al saludo.

—¿Para qué me buscas? —le preguntó ahora en tono cortés, casi sumiso.

—¿El profesor Eduardo?

—Manuel, mi nombre es Manuel —dijo este, aliviado ante una posible equivocación.

—Sí, disculpe —dijo el muchacho con una voz limpia, en tono casi infantil—. Confundí su nombre. Necesito un profesor que me ayude a corregir mi tesis. Voy a ser abogado.

—¿Cómo ha sabido de mí? —le preguntó con vehemencia Manuel.

El otro se quedó por un momento pensativo, como ante un interrogante absurdo bajo la lluvia.

—Por don Rafael Franco —le respondió finalmente.

—¿Qué te ha dicho de mí? —le preguntó intrigado Manuel.

—Dijo que era un amigo, que lo conocía a usted, que son amigos.

—¿Amigos? ¿Estás seguro de que dijo eso? —preguntó Manuel con amarga sonrisa.

—Sí…

—¿Cuál es tu relación con él?

—Es amigo de mi madre…

El otro se puso nervioso, Manuel recobró la calma.

—Venga mañana, a esta hora.

—¿Qué?

—Que vengas mañana a esta hora —le dijo.

—¿Cuánto me va a cobrar?…

—Mañana a las tres —repitió Manuel y se dio vuelta, pero después de haber llegado a la puerta no pudo contenerse, volvió otra vez y le gritó al otro, que seguía parado en la esquina.

—¿Lo verás hoy?

—¿A quién?

—Al hombre que me ha recomendado.

—No sé, no lo visito mucho.

Manuel entró en la casa, tenía una expresión indeterminada y limpia a la vez, la lluvia lo había despabilado, un par de botones se habían desatado de su camisa sin que se diera cuenta. No sabía cómo explicarse lo sucedido, salvo que el azar había tomado forma otra vez, de manera extraña, como es el azar, atando con un lazo más fuerte que el día anterior la relación entre él y su antiguo patrón. No había tenido que ir hasta donde el viejo, sintió un gran alivio, y casi se entusiasmó al pensar que don Rafael había ido hasta él, no en persona, sino a través de otro. Ya en el estudio se paró delante de sus libros, comenzó a reordenarlos en los estantes con movimientos minuciosos y pausados. Le gustaban sus libros, le gustaba la manera en que se veían juntos, igual que le gustaba su estudio. Se sentía satisfecho, pero al sentarse frente al escritorio y quedarse quieto, comenzó a pensar de nuevo y estuvo otra vez intranquilo. Los sonidos del piano no pudieron distraerle. “El viejo quiere saber de mí, ha mandado a averiguar si yo tampoco he podido estar en paz”, pensó para sí mismo, intuyendo que jamás está tranquilo quien debe algo y no sabe cómo pagarlo.

—¡Sí! —dijo después de unos segundos, como si hubiera dado con una gran verdad—. Por eso ha enviado al muchacho, pero no le voy a dar ese gusto.

Exageraba la hipocresía del otro, al llamarlo amigo, como también exageraba su propia importancia. Entonces sintió curiosidad por el joven; de pronto se percató que no le había preguntado el nombre. “¿Y si no regresa?”, dijo y sintió miedo, como si escrutara en un rincón oscuro. Se abrochó los botones de la camisa y salió a la calle. Afuera hacía una noche fría y quieta, aunque ya no llovía. Regresó borracho a la madrugada.

Cuando despertó al otro día, bien entrada la mañana, se arregló y se encerró en el estudio. El vaivén de pisadas empezó de nuevo, del piano a la puerta, de la puerta a la ventana, en lo que parecía el paseo de un prisionero. A las tres el hombre de la víspera tocó la campanilla. Llevaba

una camisa blanca remangada y pantalones azules ceñidos a las piernas. La misma conversación de la tarde anterior se reprodujo con muy pocas variaciones. Manuel le preguntó a su interlocutor, sin hacerlo sentar, quién lo había enviado, cómo había llegado, qué le habían dicho sobre él. Mientras hablaba examinaba fríamente al muchacho, haciéndole saber su papel de anfitrión. El joven de 27 años se expresaba con seguridad, con la dignidad de una persona mayor. Había nacido en una familia acomodada. Era esbelto, fino, tenía el rostro orgulloso de alguien distinguido, la frente ancha y despejada, los ojos negros y la boca abultada, sobresaliendo como un objeto extraño y seductor debajo de la afilada nariz. Se llamaba Alonso. Cuando se sintió más en confianza, le contó a Manuel que había ido por sugerencia de Rafael y de su madre, sobre todo de ella, quien, inquieta por su futuro, quería que sentara cabeza y dejara la vida atolondrada que llevaba con sus amigos. Parecía querer provocar el entusiasmo de Manuel, pero a él no había nada que pudiera interesarle a excepción de las pocas alusiones que el otro hacía sobre el viejo.

No conozco tantos detalles sobre esa primera conversación, salvo los que años después me referiría mi padre, en medio de una discusión. Puedo inferir que las palabras de don Rafael que llegaron a Manuel a través del joven visitante siguieron siendo para él objeto de un desprecio generalizado; en todo caso, el modo —casi a gritos— en que después me lo dijo, tampoco prueba gran cosa. Mas dejemos aquí que sean ellos quienes hablen.

—Él todavía está bien, aunque hace ya mucho que no se levanta de la cama ni sale a la calle— dijo Alonso, refiriéndose al viejo.

—Me sorprende que todavía se acuerde de mí —dijo Manuel, adoptando un aire digno.

—Lo debe de apreciar porque me dijo que era un conocido a quien había que ayudar.

—¡Ayudar!… —exclamó Manuel, poco menos que colérico—. Ayer dijiste que había dicho amigo.

—Sí, dijo que era amigo suyo. Él se ofreció a pagar por su servicio. Yo me negué, puedo pagarlo por mi cuenta.

Manuel no le creyó lo último. Ambos guardaron silencio por un minuto.

¿Qué pretendía aquel señor con ese gesto? ¿Humillarlo? No se lo permitiría, se dijo Manuel para sus adentros. ¿Pero él mismo no había pensado el día anterior en presentarse a su casa y pedirle trabajo? ¿En que cambiaba la presencia del muchacho las cosas? ¡Qué extraño es el corazón de los hombres! —reflexionó y sonrió con amargura— en qué trampas complicadas nos sumerge.

Por fin pasaron al asunto de las clases. Alonso le extendió unas cuartillas sin empastar.

—Me titularé de abogado —dijo Alonso—. Estoy interesado en el uso correcto del lenguaje en el Derecho. Para mí una escritura confusa tiene innumerables consecuencias de derecho que generalmente no son tenidas en cuenta. En la tesis intento demostrar eso, cómo la falta de claridad en la forma de la norma la hace susceptible de varias interpretaciones que recaen en la potestad de los jueces, y cuando no hay un juez que determine cuál es la interpretación políticamente válida, la norma simplemente se vuelve inaplicable, pasa al terreno de lo simbólico.

Se detuvo y miró a Manuel, que parecía sorbérselo con los ojos, sin pestañear.

—El problema de la norma —continuó— no está solo en que nadie la cumpla o en que no haya nadie que la haga cumplir, sino también en la claridad con que ha sido escrita para que pueda ser aplicada. Piense usted, por ejemplo, en un robo.

—¡Un robo! —exclamó Manuel con cierta sequedad.

—Sí, un robo.

—¿Por qué un robo?

—Es lo de menos, puede ser cualquier otro delito que sirva de ejemplo.

—Pero usted dijo robo. ¿Por qué un robo? —inquirió, contrayéndose como atravesado por una convulsión.

Aquel comportamiento desconcertó al muchacho, que de repente comenzó a examinar al hombre que tenía en frente: el rostro algo enjuto de rasgos marcados estaba salpicado de sudor, su mirada era insistente, aunque retraída, y se notaba que respiraba penosamente debajo de su traje de lino. Daba la impresión de ser un hombre al que las circunstancias habían envejecido prematuramente. Alonso se movió hasta el borde del escritorio y aguardó, sin quitarle el ojo de encima. Manuel, convencido de que el asunto de la disertación no era más que una trampa, se asomó hacia la calle por el hueco de una ventana y escupió sin decir nada. Alonso continuó:

—Hace poco arrestaron a un campesino por llevarse unas botas usadas del jardín de una casa. Un juez lo condenó a diez años de prisión. Esa misma semana se falló el caso de una conocida actriz que tenía a su nombre una cantidad de millones en el banco, pertenecientes a un programa de subsidios del Estado para atención a menores que su esposo administraba. El tribunal la indultó por considerar que había obrado bajo la premisa del error, eximente de responsabilidad. Nadie se sorprendió, aunque muchos medios publicaron el hecho. Yo la conozco de pasada por algunos amigos y sé que no es tan ingenua. En todo caso, quien la absolvió está seguro de que hizo lo correcto y tiene las leyes por escudo.

—Es un poco confuso este asunto, aunque por lo demás todo el mundo sabe lo que hacen los magistrados y los políticos en este país —recalcó Manuel, como si estuviera enfadado.

—Sí, lo sabe, pero nadie se ha planteado seriamente la raíz del problema… algunos tal vez lo hayan hecho, aunque sin ir al fondo. Se lo voy a explicar mejor. Lo que pretendo demostrar es que una mala escritura en derecho no es un error accidental sino una estrategia viciada de quienes hacen la norma para conseguir que el poder recaiga enteramente en sus manos y aplicarla a su antojo.

—¿Y cómo puedo ayudarlo con eso? Yo soy matemático, no lingüista —dijo Manuel un tanto molesto, seguro de que todo era una mentira.

—Pensé que sabía de escritura, de libros. Además, tengo como base para mi estudio a C. Kömives.

—¿Y quién es ese? —le preguntó Manuel con brusquedad, después de levantar la cuartilla y hacer el ademan de mirar las hojas.

En realidad, sabía quién era por haberlo leído de joven, y recordó oírlo citar algunas veces. El muchacho, de carácter sensible, guardó silencio, ofendido con el aire de un hombre desencantado, que ha perdido su tiempo.

—¿Por qué lo ha escogido? —le preguntó Manuel rectificándose.

—¿A Kömives?… porque es un buen escritor, ha puesto de relevancia la necesidad de ser sobrio y conciso en la escritura. Además, parte de la premisa de que solo las palabras que pertenecen al idioma oral son las que tienen eficacia, lo cual es de suma importancia para el Derecho.

Manuel permaneció en silencio, escuchaba con una expresión de hastío y desagrado, como si estuviera harto de toda esa pantomima.

—¿Es eso lo que ha escrito en estas hojas? ¿Lo que me ha dicho? —le preguntó finalmente.

—Sí, poco más o menos es eso —respondió Alonso.

—Entonces no hay necesidad de que las lea —dijo Manuel y arrojó la cuartilla sobre el

escritorio.

El gesto irritó a Alonso: no estaba bien que un profesor cualquiera se atreviera a tratarlo con tanta frialdad y altanería. Tomó las hojas y lo miró, como esperando a que su interlocutor diera por terminada la conversación. Como no lo hizo, le preguntó:

—Dígame de una vez si puede ayudarme o debo buscar a otro.

—Mejor dígame usted a que ha venido realmente —preguntó Manuel echando chispas por los ojos—. De pronto chocó con la mirada desconcertada del muchacho.

—No deseaba molestarlo —dijo Alonso sin ninguna entonación especial y se dirigió a la puerta.

—Discúlpeme —se rectificó Manuel con humildad, una humildad que desconcertó a Alonso.

—No entiendo del todo muy bien cómo puedo ayudarlo, pero de seguro podemos revisar el documento juntos, la redacción, la gramática. Quiero decir que acepto, pero con una condición —añadió subrayando con énfasis cada silaba de su última frase.

—Por sus honorarios no se preocupe.

—Ya me dijo usted que no había problema —dijo Manuel con una mueca—. Me refería a otra cosa.

Sacó del bolsillo una cigarrera y un encendedor y los colocó en el borde del piano.

—Necesito resolver un caso —le dijo después de un tiempo y miró tímidamente a los lados, como para percatarse de que nadie más los oyera—. Se trata de un robo que ocurrió hace varios años.

—¿Un robo? —preguntó Alonso con vivo interés.

—Sí, un robo precisamente. ¡No se sorprenda! Fue usted quien puso hace un momento el ejemplo.

—No me sorprende. Somos una sociedad de ladrones. Cada quien está mirando qué le puede sacar a otro. Les roban hasta el cabello a las mujeres. Hoy a las nueve han sindicado a uno de matar a un tipo para robarle los órganos y venderlos.

—Mi asunto es más complejo —dijo Manuel.

—Explíqueme.

—Lo que me robaron no se puede recuperar, quien lo hurtó lo destruyó cuando se vio perdido.

—¿Qué era?

—No puedo decírselo ahora. El caso es que jamás denuncié el robo ni busqué un castigo para el ladrón. Hay cosas que no se pueden castigar, porque ningún castigo puede compensar lo que se ha perdido.

—Todo tiene un castigo. Si nos valiéramos de su lógica no se podrían castigar los asesinatos.

—Digamos que ese robo fue una suerte de asesinato, sí, después de que perdí aquello mi vida ya no fue la misma… ya no tuvo sentido.

—¿Se trataba del amor de una mujer? —preguntó Alonso.

—No, no tiene nada que ver con eso —respondió Manuel y sonrió. Bajó la cabeza y reflexionó un rato.

—Llegué a pensar que no ganaba nada con castigar al ladrón si lo que perdí ya no había forma de recuperarlo —dijo pausadamente, quería estar seguro de lo que decía—. Ni la cárcel, ni la muerte del ladrón me lo podían devolver. No quise que lo castigaran porque con el castigo se sentiría moralmente libre de su deuda, de su culpa, en el caso de que la sintiera. Sabe usted que la palabra pena viene del latín *poena*, que significa castigo, tormento físico, pero también significa sufrimiento. Yo lo que quería era que esa rata sufriera, que jamás estuviera en paz con ella

misma por lo que hizo. Pero ahora, después de tantos años, ya no sé si he hecho bien, me asalta una amarga duda. De pronto creo que aquel bribón es un cínico, que jamás se ha puesto a pensar en lo que hizo. Hace poco volví a verlo en la calle, tuvo la osadía de mirarme a los ojos desde el otro andén y seguir de largo, como si nada. No se veía ninguna huella de sufrimiento en su semblante, ni siquiera estaba demasiado cambiado. Desde esa tarde he estado esperándolo, he estado esperando que venga, pero no lo ha hecho. Hará de eso ya dos meses. Entonces he pensado en averiguar su dirección y presentarme en su casa, pero no puedo…no, no puedo. ¡Pero podría mandar a alguien! Sí, a otro.

Hizo una pausa, se enjugó las gotas de sudor de la frente y se sentó en su silla, detrás del escritorio, pero a los pocos segundos volvió a levantarse.

—¿No le parece esta historia conocida? —le preguntó con malicia al muchacho mientras volvía junto a la ventana.

—No, pero siga, que me interesa su caso.

—Creo que se lo he resumido casi todo. ¿Qué cree que debo hacer?

—No sé qué decirle, ni siquiera me parece un asunto de Derecho. Es algo más del orden de la moral.

—¿No es moral el Derecho?

—Sí, claro que lo es, pero…

—Quiero preguntarle algo —lo interrumpió Manuel—. ¿Iría usted a casa de aquel hombre si se lo pidiera? Se presentaría allí por mí a cambio de que le corrigiera su tesis.

—Sí —se apresuró a responder Alonso, sin meditar bien la respuesta.

—¿Sí?

—Sí, si no es alguien peligroso. Pero tendría que decirme cuál sería el sentido de mi visita.

—Ya se lo dije, quiero saber si el ladrón ha sufrido igual que yo desde esa noche, si ha llegado a desear un castigo impartido por otro que no sea yo, en nombre de la justicia, que lo haga sentirse libre de su culpa. Porque eso es lo que quiero, corroborar que no ha podido ser libre.

Se detuvo como sorprendido de lo que acababa de decir en presencia del otro. Alonso lo miró inmóvil, desde su sitio, sin demostrar la extrañeza que le producía.

—Sé que si nos encontráramos lo resolveríamos todo, pero ni él va a venir ni yo voy a ir a buscarlo, —dijo Manuel y volvió a asomarse por la ventana. La calle estaba vacía, había comenzado a oscurecer.

—Ese es el asunto —balbució para sí mismo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Alonso, que había alcanzado a escuchar algo.

—Nada, que he cambiado de parecer, tal vez no sea buena idea mandarte donde ese tipo.

—Puedo ir sin ningún problema…

—No, pero puedes hacer otra cosa por mí, quiero que consultes mi caso y le pidas consejo a alguien sobre lo que yo debería hacer, —dijo Manuel apartándose de la ventana y encarando al muchacho—. Pídeselo a don Rafael, cuéntaselo todo, invéntate un nombre para mi historia. Yo ya no le tengo a él la misma confianza de antes como para ir hasta su casa y pedírselo, pero estoy seguro de que él sabrá cómo debo proceder en este caso.

—Conozco a un profesor que estaría muy interesado y podría ayudar.

—No…

—Es un excelente profesor…

—¡No! —exclamo cortante Manuel, poniéndose colorado de impaciencia, pero de golpe se dominó—. No… por favor, quiero que se lo preguntes a don Rafael, yo confío en él, en su juicio.

Cuéntaselo todo, igual como te lo he dicho, con las mismas palabras si es posible, no omitas ninguna frase, ningún detalle.

—Bien, si usted quiere lo haré —dijo el muchacho algo desconcertado.

—Sí—contestó Manuel y sonrió con amargura. Intuía por el comportamiento del otro que quizá no estaba enterado de lo sucedido en el pasado, aunque estaba implicado. Se tornó serio, pero su seriedad duró solo un instante.

—Ya hemos cerrado un trato —dijo y le extendió la mano a Alonso con una sonrisa zumbona. Su voz empero sonó apagada, parecía agotado.

Alonso asintió con la cabeza sin decir nada, se sentía incómodo con esa obligación, a fin de cuentas no había ido para eso, pero volvió a decir mecánicamente que sí y se marchó. Eran algo más de las seis. Cuando Manuel salió del estudio para desentumecerse y preparar la visita de Hilda, sintió un fuerte agarrotamiento en la nuca que no le permitió girar la cabeza. Estaba tenso y las manos acaloradas le temblaban con violencia. Al día siguiente, el primer miércoles que el visitante estaba en la casa, Manuel no pudo recibirlo, se sentía indispuesto, como en una borrachera seca. Tendido en la cama, con las puertas de la habitación cerradas, quería entregarse a un sueño profundo que lo hiciera olvidar de las tensiones de la tarde. Pero no pudo dejar de pensar en Alonso, volvió a repasar por su memoria la conversación, recordó el tono vehemente, desprovisto de ironía con que el muchacho había dicho las cosas. “Tal vez el viejo no le contó nada, solo lo mandó tanteando para que yo hablara y hablé”, pensó. Ahora solo quedaba esperar a que el muchacho volviera.

Alonso regresó una semana después. Encontró a Manuel con Hilda en el estudio, sentados junto al piano. La joven, vestida con mucha sencillez, toda de negro, escuchaba inmóvil las observaciones de su maestro con expresión de admiración y respeto. Alonso sintió hacia ella una suerte de ternura contenida, que se confundió después con lástima, cuando supo que era muda. Desde la puerta la escuchó tocar algunas notas, ayudándose de escalas, probablemente de Czerny. Cuando terminó, Manuel le hizo un gesto a Alonso para que entrara y se sentara, encendió un cigarrillo y fijó la mirada en él. Durante esos días se había sentido irritado y susceptible, la espera le había provocado jaquecas. Alonso le explicó que no había conseguido hablar con don Rafael porque estaba enfermo y solo consentía la presencia de sus nietos. Manuel lo tomó como una treta del viejo para descontrolarlo, se enfureció y echó a Alonso con la advertencia de que no regresara si no tenía una respuesta. El muchacho no dijo nada y salió ofuscado, yo corrí detrás de él con la solicitud de una sirvienta. Pretendía disculparme por mi padre, pero cuando lo tuve en frente me puse nerviosa sin razón.

—No sé qué le pasa, él no es así —le dije—. No deje de volver, necesitamos ese dinero…

—No se preocupe —me respondió— regresaré.

Manuel hablaba de forma incoherente, Hilda se acercaba a él y le agarraba la mano con fuerza, como si fuera ella quien hubiera caído en un estado febril. Con el apretón, Manuel volvió en sí, miró a Hilda que seguía agarrada de su mano y la condujo hasta una silla.

—No pasa nada, tranquila —le dijo.

La muchacha estaba pálida.

Las horas se sucedían y Manuel pasaba de la duda a los reproches. Yo no ignoraba aquellas vacilaciones que lo consumían, intentaba acercarme, pero su ceño fruncido nos separaba más que un grito y el cansancio no servía siempre de excusa. Hubiera sido más prudente admitir que estaba enfermo. Harto de su situación, decidió no esperar ninguna respuesta e ir a casa de don Rafael. Lo único que lo detuvo fue saber que el viejo estaba enfermo; aun así, se dio las mañas

para enterarse del estado de salud en que se encontraba.

La visita se llevó a cabo tres días después, sin anunciar, un jueves en la noche. Los hijos de Marie habían regresado a la capital esa misma mañana. Una empleada vieja a quien Manuel no conocía le abrió la puerta. Como era de esperar, le negó la entrada arguyendo que el señor ya no recibía visitas. Manuel insistió con terquedad, se quedó parado ahí mismo, dijo que venía de lejos, que era un antiguo amigo, que el señor lo había mandado a llamar. Al verse perdido exigió ver a Carmen y amenazó con no irse hasta hablar con ella. La presencia de Manuel contrarió a Carmen, quien despachó a la vieja y lo escuchó con la boca fruncida. Cuando su madre le preguntó desde adentro quién era, ella respondió con aparente desidia que era un desconocido que llamaba a la puerta.

—Necesito hablar con él —le dijo Manuel, arrogante, aunque con voz algo temblona.

—No puedo hacer nada —exclamó ella con tajante acento, e hizo el ademán de entrarse. Manuel la detuvo.

—Por favor, dile que estoy aquí…

—No puedo.

—No me obligues a hacer otra cosa —se le escapó de pronto a Manuel y amenazó a Carmen con cierta risa nerviosa—. Ella no le contestó, se alejó hacia el interior de la casa, pero dejó la puerta abierta, Manuel la siguió y al llegar al final del pasillo esperó de pie, a media luz, en el recibidor. El reloj estaba dando las siete y media. De repente se sintió cansado, le pareció inútil y envilecedor estar ahí.

—¡Créame que he tenido que dejarlo entrar! —escuchó disculparse a la empleada.

—¿Pero es él?

—Sí, señor, es Manuel.

Las voces cada vez más bajas, casi inaudibles, parecían haber sido remplazadas por un intercambio de gestos y miradas.

Carmen regresó y llevó a Manuel hasta la habitación donde se había instalado el señor desde hacía varios años. El ancho gabinete, acondicionado como cuarto, estaba atestado de manuscritos y pinturas. Al ver a su antiguo señor, Manuel no pudo moverse, se sintió como herido en el corazón. Sorprendentemente, a pesar de su cara flaca y demacrada, de un amarillo antinatural, lo encontró lúcido y animado, con ese vigor que les asalta a los enfermos horas antes de su muerte. Mucho lo recordó luego. Hablaron poco y con cautela.

—Uno de mis nietos está por casarse. Es el hijo mayor de Marie —comenzó diciendo el viejo, como si hablara con un amigo—. Ella me contó que había vuelto a verte, me dijo que hablaron un par de veces. También me habló de tu hija, de los días que pasó en su casa.

Manuel se sorprendió de que ella le hubiera hablado de él a su padre. Miró indeciso sin decir nada. El silencio embarazoso animó a don Rafael a continuar, dando un giro inesperado a sus palabras.

—Ya no recuerdo quién fue el que dijo que la guerra volvía estúpido al vencedor y rencoroso al vencido. ¿Tal vez tú lo recuerdes? Mi mente ya no da para eso. En nuestra guerra los dos fuimos vencidos.

“¡Pobre tonto! Eso no ha significado nada”, pensó Manuel para sus adentros, mientras soportaba al otro con un silencio cargado de odio. El viejo pareció adivinar su pensamiento.

—Tal vez creas que no te ha importado. Al fin y al cabo, has podido vivir todo este tiempo sin acordarte de nada. Pero aquí estás, pese a la advertencia que te hice saber con tu hija de que jamás pisaras mi casa.

La gravedad con que hablaba, libre de reprensiones o lágrimas ordenaba respeto.

—No he venido para dar ninguna explicación —dijo Manuel, pero su rostro se ensombreció. El viejo lo miró como esperando una frase, cualquiera que fuera, pero Manuel no dijo nada, se aproximó a una repisa y jugueteó distraídamente con una figurilla que encontró encima.

—¡No toques ni muevas nada! Me gusta conservar todo en su sitio —lo amonestó el viejo como si hubiera cometido una falta enorme.

Manuel soltó lo que tenía en la mano y permaneció callado.

—¿No te atreves a hablar de lo que te ha traído aquí? —interrogó el señor en tono severo.

—Ya le dije que no he venido a explicarle nada. No estoy obligado.

—Entonces habrás venido por una respuesta —dijo don Rafael y ladeó la cabeza, como no queriendo cohibir más con la mirada al visitante.

—Hay gente que no puede vivir sin una respuesta y tampoco morir. Yo creo en la muerte, por eso para mí las respuestas no sirven de nada. Lo que se hizo en este mundo aquí se quedará. No podemos llevarnos nada después, ni siquiera la música. La muerte comenzará por hacernos sordos.

—He venido porque usted me ha llamado —contestó Manuel en tono provocador.

—Jamás te llamé, hasta te advertí que no pisaras mi casa.

—¡Ha sido usted quien ha pisado la mía!

—Ni siquiera sé en dónde vives.

—Pero ha mandado a alguien.

—¡Mandar a alguien! —exclamó el viejo con sorpresa.

Por los ojos de ambos se traslució un relámpago de oculto rencor hacia el otro.

—¡Ah! ¡El muchacho! Ni siquiera sabía que había ido hasta ayer, que estuvo aquí para que le ayudara a resolver tu pregunta. Entonces entendí que no estabas tranquilo y que lo habías comprendido todo, aunque solo a medias.

—¿Qué es lo que he comprendido? Que detrás de su silencio solo se esconde el odio que usted siente por mí, por quemar unos papeles viejos a los que su ego sobrecargaba de valor e importancia; que nunca me denunció porque pensaba que de ese modo yo me seguiría sintiendo culpable. ¿Cuál es el sentido del castigar cuando ni el encierro ni la muerte del culpable pueden devolverle a uno lo que perdió? Los delincuentes olvidan su falta después de haber pagado su pena, pero normalmente el otro, el ofendido, no la olvida.

—No eres tan tonto para creer eso que dices —dijo don Rafael—. Que no eras un alma sencilla, eso lo supe esa noche cuando arrojaste los papeles al fuego.

Manuel levantó la vista para mirarlo. Recordó ese tono de voz, el tono de alguien enseñado a mandar, un tono que exigía obediencia.

—Tú y yo sabemos que eso que acabas de decir es una tontería. Ya no estamos en pañales para pretender que la gente se rehabilita o se libera de su culpa con el castigo o en una cárcel. No fue por eso que no te denuncié ni fui detrás de ti como se va detrás de una cucaracha que corre por una habitación vacía. Además, ni siquiera estaba seguro de que te sintieras culpable o en deuda conmigo.

—No me gusta esa palabra —dijo con brusquedad Manuel.

—¿Cuál? ¿Culpa? Entonces digamos “responsable”. Tampoco estaba seguro de que te sintieras responsable por lo que hiciste. Pero que de vez en cuando te asaltaba algo de impaciencia, de eso no tenía duda. Por supuesto, no siempre fue así, al comienzo no podía estar en paz dejándote en paz a ti. Tampoco es que lo haya olvidado, pero ahora veo las cosas de manera distinta, ahora sé

que con nuestras acciones desatamos fuerzas que van más allá de nosotros y que por muchas generaciones no podrán detenerse. Todo acto es irreversible y nos trasciende, esa es una condición de lo humano. Lo sabes.

Manuel miró a su alrededor con cierto nerviosismo, sin saber qué decir. Se sentía realmente cansado.

—¿Lo sabes? —preguntó enérgico el viejo.

—No entiendo de qué me habla —dijo Manuel irritado y se arrepintió de estar ahí.

De pronto su mirada se detuvo en el señor y sus ojos volvieron a encontrarse.

—Disculpe, no sé a qué he venido —dijo Manuel frunciendo horriblemente el ceño—. Don Rafael no se inmutó, por unos minutos permaneció así, como si se hubiera dormido con los ojos medio abiertos. Manuel pensó que había muerto y sintió miedo, un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Que para qué nos hemos encontrado esta noche después de tanto tiempo? Eso tenías que haberlo tenido claro tú antes de venir hasta aquí. Pero te voy a ayudar —dijo el viejo reviviendo —. Nos encontramos porque pese a todos los rechazos y las advertencias que nos hicimos mutuamente, nos teníamos que encontrar. Y punto. No para resolverlo todo en una conversación final, así no es la vida. Lo que pasó hace años no lo resolveremos ni tu ni yo, ni se resolverá con mi muerte, ni siquiera con la tuya, eso trascenderá tu muerte y la mía.

Manuel no comprendió estas palabras. Estaba muy tenso y lo invadió una pesada somnolencia. Quiso secarse el sudor frío de la frente con disimulo, pero no se atrevió a hacerlo delante del viejo. Al final, hizo un esfuerzo por mostrarse fuerte.

—Solo he venido a decirle que no quiero que vuelva a aparecerse por mi casa —dijo Manuel, como si hubiera hilado varios pensamientos dispares y confusos.

—Es mejor que te vayas. Ya no será necesario que vuelvas, tampoco habrá tiempo —dijo el viejo.

Manuel respiró profunda y lentamente buscando sentirse mejor, luego se fue. En la calle se dio cuenta de que los transeúntes lo miraban, incluso una niña se lo señalaba a su padre con el dedo. Bajó la vista y apresuró el paso hasta su casa.

Al llegar parecía cansado, agobiado. Cuando con el tiempo intentaba volver
sobre aquella conversación, sentía que había un momento en que se estancaba y ya no podía recordarla de forma precisa, como si de un momento para otro las palabras se hubieran tornado irracionales, sin sentido. La recordaba muy claro hasta cuando el viejo le preguntó para qué había ido, pero de ahí en adelante se volvía confusa y su cabeza solo retenía imágenes y gestos.

1

Alonso estaba en último año de derecho y solo tenía pendiente entregar la tesis para graduarse. La visita de mi padre a casa de don Rafael no modificó sus relaciones con él. Los encuentros para revisar los adelantos que Alonso habían hecho comenzaron en junio, tenían lugar no en el estudio de música sino en un saloncito que daba al patio, junto a la cocina, un tanto extraño, semejante a los que se utilizaban en el pasado en las casas principales para dormitorio de los sirvientes. Al principio, Alonso iba muy poco, luego comenzó a asistir regularmente durante los días de semana. Manuel lo trataba con paciencia, aunque con cierto recelo, mostrándole en cada momento su superioridad por más viejo; de un modo casi inconsciente, Alonso le recordaba a él mismo en sus años juveniles, cuando se afanaba por demostrarle sus conocimientos a don Rafael.

Un martes, Alonso llamó por teléfono para avisar que no podía asistir porque don Rafael había muerto. Aquella muerte no guardaba nada de extraordinario: desde hacía días había padecido dolores de pecho, además de entumecimiento en los brazos. El domingo, mientras esperaba la

visita de uno de sus nietos, sintió una mejoría. El lunes los dolores aparecieron de nuevo, repentinamente y con más fuerza. Murió a la madrugada del otro día, acompañado de Carmen y de la otra cocinera. Debió acudir bastante gente al entierro. Alejandro y su hermano menor, Matías, con quienes yo había jugado y peleado de niña en un bosque, tuvieron tiempo para hacer el viaje desde la capital hasta P. También habían tenido la precaución en su anterior visita de llevarse las cosas de valor para que las empleadas no se robaran nada.

El sosiego de los muertos no calma el desasosiego de los que siguen vivos y Manuel siguió pensando en don Rafael, aunque no volvió a inquietarse por la presencia de Alonso. Poco a poco se fue despertando una tranquila camaradería entre ambos. Aquella cercanía cambió mis sentimientos hacia el más joven. Alonso, por su parte, comenzó a tenerme simpatía y a buscarme después de las clases como un amigo celoso. Al comienzo tuve la impresión de que era uno de esos hombres que no se callan nada, después no me importó, a su lado me sentía segura porque no lo amaba ni él pretendía nada conmigo. Su cortesía no tenía la intención de llevarme a la cama. Yo me burlaba de su susceptibilidad siempre despierta que descubría ofensas donde no existían y que luego olvidaba con la rapidez de un niño.

Pero creo que es necesario hacer una descripción más justa de él. A simple vista, su carácter parecía no estar formado del todo, se mostraba como un muchacho caprichoso, abatido por insignificancias. Al verlo con más detenimiento revelaba un temperamento visiblemente fogoso, marcado por una enorme vanidad y una generosidad auténtica. Le gustaban el lujo y las comodidades.

Mentiría si dijera que desde que lo vi comencé a fantasear con él, o que su presencia me despertó una pasión que me quitara el hambre o el sueño. Era cierto que yo deseaba unos brazos acogedores donde refugiarme, pero tenía a otro tipo de hombre en la cabeza y, además, tampoco quería pasar por la muchacha ingenua atraída por el recién llegado. Era otro el sentimiento, una suerte de inquietud, la que me impulsaba a querer saber más de él, a conocerlo mejor. Me desconcertaba su forma de actuar; Alonso se comportaba de una manera diferente con mi padre que conmigo: a mi lado era de un carácter tierno y sensible, demasiado sentimental, en presencia de Manuel se mostraba más maduro, más prudente, más inteligente, como si su cercanía le demandara reserva, y a veces también era altivo hasta la insolencia.

Al comienzo yo no pretendía demostrarle demasiada atención, fue él quien supo darse el modo de hacerme su confidente. Me contaba sus aventuras con las mujeres, como si quisiera que yo hiciera el papel de amiga desinteresada. Recuerdo que me hablaba sobre todo de una que lo traía loco, a la que su madre no toleraba; se llamaba Amanda. Muchas noches él se escapaba de su casa o de la almohada de otra jovencita para irse con ella. Lo que más le atraía era su absoluta despreocupación y la desenvoltura con que lo trataba. Generalmente, salían solos de juerga después de las once hasta la madrugada; a veces ella bebía de más y entonces él se la echaba al hombro y la llevaba hasta su pequeño apartamento, junto a la avenida *Roosevelt.* A ella le gustaba anotar y aprenderse de memoria frases célebres que luego sacaba a relucir a propósito de cualquier tema en las reuniones entre amigos. Solo existía una pequeña complicación entre tanta delicia: Alonso sentía fastidio por una amiga de Amanda a quien él creía su amante, y por quien ella lo había dejado tirado un par de veces. Cuando él le preguntaba por la chica bajita de pelo corto y aspecto masculino, ella se llenaba de un silencio hosco.

A mí me agradaba la forma en que él se refería y hablaba de ella, la quería. Llegué a envidiarla. Ahora no sé si esa mujer existió, si se trató de una verdad disfrazada y contada a medias o simplemente de una mentira. Estoy más cerca de pensar lo segundo. Tampoco sé en qué

momento fueron dejando de estar claros mis sentimientos. Siempre es abrumador para quien está detrás del amor estar en presencia de un enamorado.

Al comienzo, cuando él me narraba sus encuentros con Amanda, yo los imaginaba sin dificultad; sobre todo a ella, la veía recostada en shorts sobre un diván, contemplando con deleite el cigarrillo que fumaba o evocando entre risas los personajes y la algarabía de la noche anterior. Incluso su voz tenía un tono, una intensidad, un timbre particular en mi mente. De vez en cuando, aquella aficionada a la poesía, antes de hacer planes para la noche, le leía algunos versos propios que a él no le gustaban, después le contaba una de sus muchas historias, con las que lograba entretener a todo el mundo.

—Cuando tenía catorce años un profesor de física se enamoró de mí —comenzó Amanda, mientras acariaiaba el cuello de Alonso —. ¡Estaba loco! Al principio era antipático conmigo, me trataba con indiferencia. Yo, inocente de las ganas que me tenía, me quedaba después de las clases. Vamos, ríete, claro que era inocente. Ja, ja. Solo te lo estoy contando para entretenerte un rato y para que sonrías, te ves más lindo cuando sonríes.

¿Te dije que me daba clases de física?, bueno, eso no importa mucho. Yo lo observaba con admiración y me maravillaba de todo lo que sabía. Él ponía una profunda ternura en sus palabras, imposible de ver de ordinario, cuando nos quedábamos solos. Por fin un día me preguntó si podía darme un beso. Yo me quedé tiesa, se me puso la piel de gallina. Cuando nos besamos, creo que él tembló más que yo. Durante tres semanas dejé de ir a las clases, para hacerlo sufrir; además, ya no quería verlo, digamos que el encanto se desvaneció. Pero como aquí, vayas donde vayas, te terminas encontrando a todo el mundo, una tarde nos topamos de frente en la calle. Le dije que se apartara de mi camino, que no quería ni verlo, pero él me dijo que me amaba, que no podía vivir sin mí. Aquello casi termina en un drama.

Veo que te sigues riendo. Verás, yo por entonces tenía una amiga a quien él le gustaba. Se llamaba Mónica, era un año mayor que yo. Un día le pedí que me acompañara a las clases. Igual que a mí, antes de su declaración, aquel hombre inteligente la puso como boba. Hicimos una apuesta de quién lo conquistaba primero sin que ella supiera que él ya se me había declarado. Pues resultó no solo que ella ganó la apuesta, sino que además terminó embarazada y como le daba miedo decírselo a él, me tocó hacerlo a mí. Tranquilo, ríete. Esa tarde me quedé después de clase. Él seguro pensó que yo me sentía celosa. Recuerdo que me senté en un pupitre, frente a él y me quedé mirándolo guardar sus libros en la maleta. “Está en embarazo” le dije, “tu novia”. Al principio pensó que se trataba de una broma, pero no se rio, luego gritó un par de palabras y se marchó. ¿Y mi amiga? Tuve que acompañarla hasta un hospital donde practicaban abortos clandestinamente. ¡Y no sabes a quién me encontré! Mi padre estaba sentado afuera esperando turno para una consulta con una mujer que no era mi madre.

—¿Y qué pasó? —preguntó emocionado Alonso.

—Yo no me atreví a decir nada. Él hizo como si no me conociera y se marchó. En casa, a escondidas, me trató de descarada y después de un par de estrujones pensó que íbamos a quedar en paz, pero no, al final cedió. Fue como un trato.

Él siguió conservando su imagen de marido intachable al lado de su feliz esposa, y yo pude irme de la casa, elegir la universidad y vivir sola, todo a costa suya, por supuesto. No me creyó que estaba acompañando a una amiga, pero yo tampoco le creí que la mujer con la que estaba era una prima lejana que le había pedido ayuda. Aunque tal vez haya sido verdad. Ya sabes que no hay mayor mentira que una verdad mal entendida. Cuando me acuerdo de eso se me ocurre que la vida es muy extraña. Pero aquello no es nada. Te voy a contar otra cosa. Yo estaba en primer año

de universidad cuando…

Alonso, en cambio apenas si contaba algo. Prefería que fuera Amanda la que hablara. Sus recuerdos de niñez o de adolescencia resultaban incoloros u opacos al lado de los de ella y de sus encuentros con otras mujeres se cuidaba de no dar muchas pistas. Su intimidad se iba tejiendo así, entre confidencias que no llegaban a ser profundas y momentos nocturnos de libertad salvaje, aderezados de cierto peligro.

Una tarde, Alonso llegó más temprano a su reunión con mi padre. Al terminar tenía que ir por un anillo que había encargado para Amanda. Esa noche él le pediría que fuera su novia. Al revés de lo planeado, antes de las ocho estuvo de vuelta en nuestra casa. Cuando le pregunté qué había pasado, hizo una mueca extraña, como si una corriente eléctrica le pasara, sacudiéndole el cuerpo.

—Necesitaba hablar con alguien —me dijo—. Pero no quiero ver a su padre.

Se sentó a mi lado y me tomó la mano con una de las suyas. Estuvo así, sin decir nada, durante varios minutos. Se me encogió el corazón de verlo así.

—A mi madre le ha dado por casarme con la hija de una amiga suya. Averiguó la dirección de Amanda y ha ido esta tarde donde ella y le ha dicho que yo estoy comprometido y quién sabe cuántas cosas más.

Me soltó la mano y se tapó con las suyas los ojos. Yo le acaricié afectuosamente la cabeza, aunque sin mimos; conocía su propensión a las lágrimas.

—No sé qué pretende esa mujer… mi madre.

—No se preocupe, todo se va a solucionar —le dije.

—Me da miedo que Amanda me rechace o vaya a dejarme. Ella todavía no me ama. Mi madre la ha esperado afuera de su edificio y le ha pedido que me deje. Amanda se ha echado a reír.

—Es él quien me busca —le ha respondido—. Yo jamás lo he llamado.

Se ha portado un poco cínica, tal vez para defenderse. Cuando llegué a su casa no me dejó pasar.

—Tu mamá ha venido esta tarde y me ha acusado de meterme con un hombre comprometido.

Yo me estremecí al oírla y hasta di un brinco de enojo.

—Lo mejor es que te vayas, no quiero problemas por andar con niños.

—¡No soy un niño, soy un hombre! —le grité—, un hombre que no va a aguantar tus desprecios.

Se lo dije en un tono medio teatral. Ya sabes que el amor siempre tiene un toque dramático.

—Pues hoy no quiero verte —me ha dicho.

—¿Y mañana?

—No sé.

—Yo le extendí el estuche con el anillo por fuera de la reja, pero no me lo recibió, subió los escalones hasta la entrada del edificio y cerró la puerta. Me sentí solo ahí, parado como un bobo y decidí venir para acá. Ella seguramente se estará riendo de todo, y yo terminaré siendo el protagonista de otra más de sus anécdotas.

—¿Y su madre? —le pregunté.

—mi mamá no entiende nada, dice puras estupideces de anciana. Si supieras con quién se le metió en la cabeza casarme, con una vieja insípida, hija de una pareja de abogados; no es fea, pero cuando la veo siento desprecio por ella.

—Entonces no la vea más.

—Eso es lo que voy a hacer.

—¿Y ya habló con su madre?

—La llamé por teléfono hace un momento. Le reclamé lo que hizo. “Esa mujer no merece que la quieras, ustedes no son iguales”, me dijo. “Visítala si quieres, pero no hagas planes con ella”.

La dejé que hablara y luego le colgué.

—Y entonces ¿Qué va a hacer?

—Con mi madre nada, quien me importa es Amanda. Voy a demostrarle que soy un hombre, que no estaría con ningún otro mejor que con conmigo. Si me acepta le pienso proponer que nos vayamos lejos, a la costa, a ella le gusta mucho el mar, a mí no tanto, preferiría ir a la capital, pero por ella haría cualquier cosa. Yo tengo dinero guardado y conozco algunos amigos que no me van a dejar solo. Ahora mismo volveré donde Amanda y le diré esto que acabo de decirle a usted.

Se irguió de un salto. Estaba agitado, como ignorante de su propio encantamiento.

—Gracias, gracias por escucharme —me dijo, y después de abrazarme se marchó.

Lo seguí con la mirada, él se volvió una vez para mirarme, yo sentí un temblor en el corazón. Al otro día llamó por teléfono para avisar que estaría unas semanas ausente. Las semanas se extendieron a dos meses. De continuo pensaba en él, lo imaginaba sin esfuerzo haciendo por esa compañera indolente más cosas de las que cualquier hombre haría por una mujer. Pero la imaginación llega a deslumbrar y a veces nos atrapa en su trampa. Aun así, no lograba hacerme una idea clara del amor entre ellos, más allá de sus uniones físicas, quizá porque creía que el reconocimiento de la carne era lo que distinguía la amistad del amor.

Cuando regresó intenté ocultarle mi conmoción. Para entonces era evidente, incluso frente a mi padre, que Alonso solo visitaba la casa por mí. El asunto de las clases había pasado a un segundo plano y Manuel ya no recibía ningún pago por su tiempo. Esa tarde estuvimos hablando hasta que oscureció. Aquellas horas bastaron para restablecer la intimidad entre nosotros. Me contó que Amanda y él se habían ido a vivir juntos.

—Tengo que contarle muchas cosas. He pensado mucho en usted —dijo y me alargó una cajita. Adentro había un dije de plata en forma de flor engarzado en una cinta rosa.

Miré sonriendo su cara serena, orgullosa. Extendí la mano y tomé la cinta con el dije. Mi emoción se expresaba en silencio.

—Nos hemos mudado a un apartamento cerca de la estación de **. Es muy espacioso, aunque está casi vacío, todavía no tenemos muebles, solo la cama y un par de sillas. Amanda no ha querido que compremos nada y sus cosas quedan perdidas en un lugar tan grande. Yo solo he llevado mi ropa. Detrás hay un restaurante de *sushi* donde almorzamos todos los días. A ella le gusta mucho, a mí no tanto. A veces ella se harta de mi presencia y se pone hosca, como hoy, pero casi todos los días son felices. Ayer le regalé un perrito para que le sirva de compañero, es un cavalier. Todavía no le hemos puesto nombre.

—Póngale Remo.

—¡Remo! Se oye bien. Je, je. No quiero que Amanda se vaya a poner triste cuando salgo. Pero lo mejor es que mi madre ha cambiado de parecer. Cuando ha visto que no he vacilado y me he ido de la casa, se ha puesto otra vez de buenas conmigo, hasta me ha dicho que vayamos un día a almorzar los tres juntos. Amanda no quiere, con toda razón.

—Me alegro mucho por lo que me cuenta.

—¿Y usted cómo está? Yo siempre hablo y hablo de mí y no la dejo decir nada. Dígame ¿cómo ha estado?

—Yo, sola —le dije.

—¿Cómo puede estar sola?

—Puedo. Ya lo ve. No es un problema —le respondí y me levanté.

—Yo no debería ser tan egoísta y venir aquí a contarle mis cosas, mi felicidad.

—No se preocupe, no es un problema para mí.

—Siempre necesito de alguien que me escuche y junto a usted puedo hablar tranquila y francamente.

—Me alegra que me visite y me hable de sus cosas. Es usted mi único amigo.

—Gracias.

—La amistad no se agradece —le dije.

—Seguramente… no lo sé. ¿Le gustó el dije?

—Sí, gracias. Me lo estrenaré en estos días.

La puerta de la calle se abrió y en el umbral apareció mi padre.

—¿Tú todavía por aquí? —le preguntó a Alonso y sonrió.

—Estábamos charlando un poco —respondió mientras se levantaba.

—Si quieres pasa mañana y me comentas cómo va la tesis.

—Claro que sí. ¿Está bien a las cuatro…?

—Sí —respondió Manuel y siguió de largo hasta el estudio.

—Ya se ha puesto de noche —añadió Alonso con un gesto de satisfacción—. Es hora de irme. Amanda ya ha de estar en la casa.

Ambos miramos al cielo. La noche estaba cuajada de estrellas. Yo tenía los pies helados, pero no quería moverme de allí. Deseé encontrar un hombre que me amara de la manera en que él la amaba a ella. Luego deseé que ese hombre fuera él. Alonso creaba con sus fantasías una imagen suya con la que yo me conformaba y a la que me aferraba. Era eso lo que él buscaba sin que yo me diera cuenta. Esa imagen perviviría en mí por mucho tiempo.

2

El juego continuó por varios meses. Alonso me visitaba casi a diario para hablarme de Amanda. Yo me lo tomaba muy en serio, recordaba cada palabra suya, en mi cabeza todo era importante. Él me describía esa relación plagada de mentiras, con la exactitud de un experto; se afanaba por hacerme conocer a la perfección a esa mujer inventada por él, y yo creía conocerla, no solo su persona, sino también sus costumbres, incluso sus gestos; creía saber mucho más de ella que él mismo. Poco a poco la mujer que él me describía fue pareciéndose a mí. Yo me reconocía en ella cada vez más. Con el paso de las semanas, Amanda había ido dejándole ver las marcas de un dolor oculto. Sufría porque nadie había sido capaz de amarla sencillamente con el corazón y no estaba segura de los sentimientos de su compañero. En el pasado se había aferrado a un tipo solitario, mayor que ella, que se marchó de viaje cuando ella le dijo que lo amaba. Prefirió estar sola que ceder a la provocación, casi obligada en las mujeres, con la que se intenta atraer la atención de los hombres, o cuando menos lograr una caricia. Hasta el día que los presentaron, Alonso no había conocido a ninguna mujer así. De inmediato valoró no ver en ella esa continua actitud de ofrecimiento, de aprendido coqueteo con que otras mujeres habían pretendido acercársele. Ahora ponía todo su empeño en demostrarle no solo que la amaba, sino que el amor existía. Pero ella casi siempre levantaba una barrera que lo hacía dudar de lo que él mismo sentía. Alonso temblaba y la culpaba por sus propias vacilaciones.

—La cuestión ya no es si la amo, sino más bien si vale la pena seguir estando con ella. Hay momentos en que siento deseos de hacer la maleta e irme —me dijo Alonso una vez—. Después de unas horas estaba de nuevo, dichoso, a su lado.

¡Cuánto sufrí a causa de ese temperamento inconstante! Un día Alonso aborrecía a Amanda y yo me llenaba de ilusiones, y al otro ya no podía vivir sin ella. A veces tenía la impresión de que cuanto más me acercaba yo a él, más se aferraba él a ella. ¿Por qué? ¿Que tenía Amanda que no tuviera yo? ¿Qué, si en esa muchacha de la cual hablaba Alonso con tanto ardor y fascinación, al punto de trastornarlo, me reconocía a mí misma, mis mayores fortalezas y mis peores defectos? Comenzó mi pelea contra un fantasma que se fue haciendo más real conforme yo intentaba parecerme o distinguirme de ella. Durante un año entero Amanda se convirtió en la única preocupación de mi vida. Me obsesionaba por demostrarle a Alonso que yo era mejor mujer que ella. Aquella competencia llegó a ser terrible, luchaba a solas con su juventud, con su audacia, con sus intenciones, con sus deseos y los míos.

El solo oírle pronunciar su nombre me trastornaba y, sin embargo, nunca intenté verla ni le pedí que me la presentara. No me devanaba los sesos preguntándome si ella era más bella o más lista que yo, porque desde el comienzo supuse que así era y me quedé con esa idea. Un día Alonso me enseñó una fotografía de ella que llevaba en la cartera. Era una fotografía pequeña, como de documento; la mujer que aparecía allí era bonita, aunque no más que muchas otras. Tenía la apariencia descomplicada de una estudiante rica de antropología; era delgada y de cabello negro, de ojos grandes y cejas finas. Todo en sus rasgos era más simple de como lo había imaginado, pero había algo que la diferenciaba del resto: sabía sonreír muy bien. Nunca he sabido sonreír espontáneamente y menos para una foto. Creo que es algo muy difícil. Cuando recordaba esa imagen me daba tanta rabia y envidia que me entraban ganas de tenerla en mis manos y hacerla trizas mientras le preguntaba: ¿de qué te ríes tanto? ¡Tonta!

Una noche Alonso me invitó a cenar. Fuimos a un pequeño restaurante de las afueras, desde donde se veía el parpadeo rutilante de las luces de la ciudad, y donde él estaba seguro de no encontrarse a ningún conocido. Me había llamado una hora antes para decirme que Amanda estaba de mal genio y que lo había echado de la casa. Distinto de como pensé encontrarlo, él estaba radiante, alegre, con su sonrisa casi luminosa, no desprovista de sensualidad. Iba vestido con elegancia, llevaba una camisa a cuadros y un saco azul oscuro. Era guapo, y esa noche se veía más apuesto, más bello.

En el lugar todo era cómodo y moderno, la luz de las lámparas era discreta. Al verme, Alonso se levantó de la mesa, me besó en la mejilla y me llevó hasta una amplia terraza.

—Adentro la música está muy alta. Pedí que nos pusieran una mesa afuera, no sé por qué no lo hacen, fíjese en la vista que tenemos.

A menudo, mientras hablábamos, pasábamos del usted al tú, como hacen las personas que todavía no se tienen confianza. Después de sentarnos permanecimos un rato callados observando la ciudad, hasta que un par de camareros acondicionaron la mesa. Estaba tensa, nunca me había sentido segura en compañía de hombres, y esa noche en particular estaba llena de emociones incontrolables. Hasta que sirvieron la comida él no dijo nada de Amanda; habló de P, de la diferencia entre vivir en una ciudad pequeña de la capital, de lo diminutas y costosas que eran allí las viviendas. Tomó un bocado y bebió una copita de brandy.

—Creo que Amanda tiene un amante —dijo de pronto, como si hubiera enlazado varios pensamientos confusos.

Lo miré. Su rostro estaba despejado, tranquilo.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Sí —me dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. No me voy a moler los sesos tratando de adivinar el juego que tiene ella con un cuarentón. Yo ya gané.

—¿Ganaste?

—Sí, ya fue mía, hasta dejó su apartamento para irse a vivir conmigo. El resto ya no importa. ¿Por qué me miras así? No hay motivos para acusar a nadie, sencillamente nos hemos dado cuenta de que no congeniamos y ella se ha encantado con otro.

En aquel momento, uno de los meseros entró con una bandeja a recoger los platos. Alonso sonrió silencioso y cortés. Miramos a través del cristal hacia el gran salón; adentro había mayor animación, se oían voces y pasos. Yo sabía lo que significaba la palabra ganar referida a una mujer en boca de un hombre, pero no esperaba oírsela a él. Por un instante creí que aquellas confidencias no eran más que una mentira. Él me miró pensativo.

—¿Pasa algo? Te has quedado muda y muy seria. ¿Es por lo que acabo de decir? ¿Qué hay de malo en eso? Hay que aprender a vivir a partir de las victorias y no de las derrotas. Nos han enseñado a quejarnos.

Parecía como si estuviera hablando con otro distinto al que conocía.

—Del dolor también se aprende —le dije.

—Del dolor no se aprende nada, querida amiga. Acaso vuelve a la gente insensible.

Se sirvió un poco más de licor y bebió hasta la mitad de la copa.

—No creo que tú seas de esas que andan repitiendo que el dolor las hace fuertes. Aquello no es más que una tontería, igual a la de que solo se ama una vez en la vida.

—Tal vez tengas razón —le dije— aunque creo que todavía no he vivido lo peor. Pero si pude soportar tanto en el pasado, seguro podré resistir cualquier cosa que la vida me traiga. Y espero que la vida sea generosa conmigo.

—Hablas como si hubieras vivido mucho —observó él.

—He vivido muchas cosas para mi edad. Eso me da cierta ventaja sobre los otros —le dije con voz enérgica. Él se sacudió unas migas del saco y sonrío con la cabeza agachada.

—Parece como si te estuvieras preparando para lo peor, como si fuera lo único que te esperara —dijo y me miró—. ¿Por qué no esperar la felicidad?

—¿La felicidad? ¿Eso existe? ¿Dónde está? —le dije atropelladamente.

—No lo sé, seguro habrá que buscarla si uno la quiere, no muy lejos, entre las cosas que hacemos, en el amor.

—No creo en el amor —exclamé sin entusiasmo.

—Ya te he escuchado lo mismo antes. No sabes lo que dices. Nada es más grande que el amor.

—Eso suena a frase de cajón. Yo no creo en el amor ni quiero enamorarme —le dije.

—No hay que avergonzarse de nuestros sentimientos —dijo él mirándome a los ojos, como si tratara de leer en ellos mi pensamiento—.

—No lo digo por vergüenza. Jamás volveré a enamorarme.

—Dices eso porque eres muy joven. Ya te veré en unos años, enamorada, casada y con hijos —exclamó jovialmente—.

—¡Jamás! No quiero casarme ni tener hijos —le dije con firmeza.

—¿Por qué estás tan convencida?

—Estoy segura —le respondí frunciendo el ceño y bajé la cabeza.

Él se echó a reír, luego permanecimos por más de un minuto quietos, en silencio.

—Óyeme esto que te voy a decir —dijo Alonso en tono confidencial, mirando en derredor, antes de volver a poner sus ojos en mí—. Voy a hacer que creas en el amor, voy a hacer que te

enamores de mí.

Al oírlo me estremecí, su mirada era franca y directa. Aquello no era el amor, pero al menos sí el presagio de este. Sus palabras iban más allá de la tierna solicitud que se puede tener por una amiga. Bajé la mirada. Se produjo un nuevo silencio. En aquel instante todo lo demás no significaba nada. Yo ya había pensado tanto como soñado en ese momento. En un arranque de emoción quise decirle que ya lo amaba, pero me abstuve. Luego caí en la cuenta de que hasta esa noche él no se había atrevido a acercárseme.

Adentro los clientes se habían dispersado. Solo un par de señoras permanecían sentadas en una mesa junto a la puerta. Los empleados comenzaban a quitar los platos sucios y los manteles. Salimos y tomamos un taxi hasta la primera estación de buses. Allí nos despedimos.

—¿Seguro quieres regresar sola? —me preguntó.

—Sí, desde aquí puedo volver sin problema. ¿A dónde vas ahora?

—A casa. Amanda me debe estar esperando.

Lo vi subir a un taxi y darle una dirección al taxista, que arrancó de inmediato.

—No olvides lo que te dije —exclamó asomándose por la ventana mientras el auto se marchaba.

—Claro que no —le respondí.

Aquel discreto diálogo del restaurante me marcó para siempre. Desde esa noche la vida volvió a ser bella. Yo estaba harta de sufrir porque el amor no había llegado a mi vida y había decidido no resignarme a vivir una soledad forzada. ¿Y Amanda? Alonso no volvió a hablarme de ella, la mencionaba esporádicamente como si se tratara de una amiga a la que veía accidentalmente. Pero yo ya había caído en el juego y para mí, el que Alonso no me hablara de ella, confirmaba que Amanda seguía ocupando una parte importante en su vida.

La espera es por momentos muy dura de llevar. Jamás habría imaginado que podía esperar de ese modo. Esperaba la libertad de Alonso con certeza, a veces con desesperación. Llegué a temer que esa relación vacilante entre él y Amanda no tuviera salida.

Los días siguientes Alonso volvió para visitar a mi padre. Se encerraban en el estudio por horas como al comienzo. A medida que Manuel iba enfermando, fue encontrando un triste placer en conversar con Alonso. Ya no hablaban de gramática ni de leyes, sino de los pequeños escándalos que corrían por la ciudad, o de la ola de violencia que estaba volviendo a azotar el campo. Manuel le aconsejó que buscara a un profesor de escasos recursos para que le hiciera la tesis. Miraron en los periódicos: señalaron por lo menos diez clasificados donde se ofrecía este servicio. A veces la salida de Alonso coincidía con la llegada de Hilda, y él se quedaba unos minutos para oírla tocar. Luego se escabullía para buscarme y estar un rato conmigo. Alonso me prevenía sobre la salud de mi padre, cuyo estado no me parecía por entonces tan grave. Al final terminábamos hablando de cosas más alegres. De pronto se tornaba impaciente, la conversación se interrumpía, había quedado de estar a las nueve con Amanda para salir a un bar. Yo soportaba sus desplantes, convencida de que todo cariño necesitaba tiempo, necesitaba madurar lentamente.

En aquella época había vuelto a ser todo, menos yo misma. Estaba por cumplir los 25 años. En presencia de Alonso me sentía siempre obligada a mostrarme más alegre, más impulsiva, más libre. Intentaba ser mejor que Amanda y para eso tenía que dejar de ser quien era. Si él se quejaba de los celos de Amanda yo aparentaba una seguridad que no tenía, si ella era demasiado impaciente yo era imperturbable. La menor queja o alusión a ella bastaban para que de inmediato yo hiciera lo contrario. Él no parecía advertir aquel trato aprendido. Comenzó el monstruoso e inútil combate que continuó en los días, meses y años siguientes, de obligarme a mostrarme

diferente de quien era solo por estar junto a alguien.

—¿No tienes que irte? —le decía, cuando demoraba demasiado tiempo conmigo.

—No me despidas tan pronto.

—Si no regresas ella va a pensar que te aburres a su lado.

—Tú no tienes la culpa de que yo me aburra con ella. Amanda ha cambiado mucho. No le gusta que yo salga ni quiere que me demore, pero yo no puedo estar todo el tiempo a su lado. siento que nos hemos ido aislando el uno del otro hasta quedarnos solos. Es muy aburrido, ya no soporto seguir en esta situación, pero no soy capaz de dejarla, me siento responsable de su suerte… a decir verdad, siento pena si la dejo.

Por esos días me creía inteligente llevando a cabo este juego. Pero aquel fantasma que Alonso había creado y que mi juventud magnificó, dejó de existir para él cuando había cumplido su propósito. Un día Alonso me dijo que Amanda se había marchado. Recuerdo que estábamos en un bar del centro donde a ambos nos gustaba ir.

—No te preocupes por ella, está bien —me dijo—. Quiero decir que se ha marchado. Se encuentra mejor donde está ahora.

—¿Ya no viven juntos?, ¿y sus cosas…?

—Ha terminado todo. Ella se ha ido a vivir a otra ciudad.

Lo miré estupefacta, creyendo que bromeaba. Él estaba muy serio, se notaba que había llorado.

—Me cogió desprevenido. Es eso lo único que me duele —clamó con amargura Alonso.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Quedarme un tiempo solo, bueno, contigo, no quiero compromisos ni promesas con nadie.

Yo experimenté una alegría y una satisfacción inmensas. Cuando salimos del bar lo acompañé hasta la casa de un amigo suyo, llamado Orlando, donde se estaba quedando. En el trayecto él no habló mucho y a mí no se me ocurrió importunarlo con preguntas. Al llegar sacó de la billetera la fotografía que guardaba de Amanda y me la entregó.

—Rompe eso —me dijo y se despidió en la puerta.

Conservé la fotografía. Existía entre esa mujer de facciones agudas y yo la intimidad de un secreto.

El que Amanda ya no estuviera me dio cierta tranquilidad, pero despertó una nueva zozobra. Tenía que cuidar a Alonso, estar atenta de que nadie se le acercara lo suficiente, no quería que ninguna mujer volviera a situar a aquel hombre fuera de mi alcance. Acostumbrado como estaba él al lujo y la tranquilidad que se compran, temí que considerara la sugerencia de su amigo de irse por un tiempo de viaje. La vez que lo intentó perdió el primer avión de la mañana que iba a Barcelona y no quiso acomodarse en un vuelo de segunda clase; se imaginó incómodamente sentado, con las piernas anquilosadas, sin poder dormir durante horas. Además, tampoco había motivos suficientes para ir allí.

Su permanencia en P. y nuestros encuentros constantes consiguieron acercarnos más. Sin embargo, su estado de ánimo era tan variable que a veces desaparecía durante días sin dar algún aviso o señal. Luego volvía como si nada, seguro de que su ausencia había logrado añadir un toque de inquietud a su encanto. Aquel inocente seductor sabía desde hacía ya tiempo lo que se agitaba dentro de esa muchacha a la que visitaba por las tardes, igual que yo sabía la lucha que sostenía mi voluntad a causa suya.

A finales de junio, una tarde, Alonso me presentó a su amigo Orlando. Se trataba de un tipo varonil, de ánimo reflexivo. Era de una formalidad excesiva. Él y Alonso se conocían desde la secundaría y luego habían ido juntos a la universidad. Después de titularse como abogado,

Orlando había conseguido unas horas como profesor. Desde el principio se mostró cariñoso y amable conmigo.

—Este no es solo mi amigo, es el testigo de mi vida —me dijo Alonso—.
Él puede decirte lo buen hombre que soy.

Orlando movió la cabeza entre risas. Ambos se abrazaron efusivamente. Aquel gesto me dio confianza. Esa noche Alonso estaba particularmente alegre y cariñoso, había planeado que saliéramos los tres de fiesta, pero yo quería quedarme a solas con él, me resultaba insoportable la presencia de un tercero. En la discoteca no tuve más remedio que bailar con Orlando y aguantarme su detallada descripción sobre el caso de una herencia que estaba llevando. De sus sentimientos y sus planes jamás dijo nada, tampoco mencionó nada de los de su amigo, salvo, y como por casualidad, que le estaba escribiendo su trabajo de tesis. Pensé preguntarle por Amanda, pero me sentí cohibida.

Entretanto, Alonso había sacado a bailar a una muchacha y daban vueltas por la pista. A veces notaba su mirada, sabía que me observaba con cierta provocación, como esperando algo. Pasada la media noche, Orlando se marchó. Yo me sentía presa de una ansiedad y una euforia infantil, casi ridículas, sabía que esa noche iba a pasar algo entre nosotros, tenía la intuición del encuentro sexual. Cuando Alonso regresó a la mesa bebimos un par de copas más, él se enjugó la frente salpicada de sudor y me miró, sus ojos relampaguearon por un momento y se apagaron enseguida, yo le alargué un vaso con agua que él rechazó.

—¿No has pensado en volver a enamorarte? —le pregunté.

—No ¿Para qué?

—No sé, para amar.

—La gente quiere amar, pero no está dispuesta a dar nada, solo exigen sin entregar nada a cambio —dijo, ufanándose.

—¿Y que deberían entregar?

—¿No lo sabes?

—No.

—Deberían entregar su propia persona. Uno no puede pretender amar a alguien y seguir siendo uno mismo, seguir perteneciéndose. Además, la tengo a usted, no necesito más.

—Sí, me tiene a mí. Yo no exijo nada, estoy dispuesta a darlo… a darte todo.

—Lo sé —me dijo suave y dulcemente, sin ningún asombro—. Mi madre ha vuelto a encapricharse en que me case con Julia o Helena. Ya no sé cómo se llama.

—No lo haga ¡Quédese conmigo!

Aquello valía por una declaración de mi parte.

—Ya estoy contigo desde hace mucho —me dijo. Entonces, sin saber, él se acercó y me besó.

—Por qué no nos vamos de aquí —susurró, sin apartarse del todo de mis labios.

—Sí…vámonos —le respondí emocionada.

Aún quedaba la mitad de la botella sobre la mesa. Alonso la guardó dentro del saco y nos levantamos. En el salón se habían formado pequeños grupos que bailaban, afuera la noche estaba transparente y luminosa, hacía un poco de calor. Me sentía embriagada, con una embriaguez especial, entre sobria y exaltada. Tomamos un carro hasta un pequeño hotel que ofrecía habitaciones con vista a la ciudad. Yo sentía una oleada de sangre caliente por todo el cuerpo que me subía hasta la cabeza. En esa hora no me preguntaba si él me amaba, bastaba con que estuviera a mi lado y dejara que yo me le entregara, estaba dispuesta a ir hasta el final y asumir todas las consecuencias. Mañana ya vería; por lo pronto, sabía que el dolor desaparece

inmediatamente con el goce.

Cerré los ojos y me recliné en una silla. Alonso continuó bebiendo hasta acabar la botella, luego, como si tomara algo que es suyo, se arrojó sobre mi cuerpo y se apretó contra él, buscando su sitio con movimientos firmes y seguros, hasta encontrar el equilibrio. Su convulsiva respiración sirvió de antesala para los minutos de desenfreno y de libertad salvaje. Alonso, transformado en algo grande y desconocido, respondía con su avidez al ardiente deseo que tenía yo de satisfacerlo. Una vez terminó nuestro encuentro no pude dormir, pasé toda la madrugada sintiendo el estupor sensual que despedía su cuerpo desnudo encima del mío. No tenía rencor hacia mí misma por haber cedido a esos minutos de intimidad arrebatadora y vulgar con un borracho; solo me reprochaba que aquel amor carnal no hubiera podido proporcionarme todo lo que yo esperaba. Aunque luego habría otros encuentros semejantes, siempre fueron escasos y Alonso estuvo ebrio. Llegué a emborracharlo intencionalmente para que pudiéramos estar juntos.

Al otro día, Alonso despertó alegre y cariñoso, me besó en la cabeza y me dijo que me quería. Yo inventaba pretextos para no irme de su lado a pesar del ambiente sofocante que se respiraba en ese pequeño cuarto saturado de calor y de olor a brandy. Las horas se fueron sucediendo entre el sueño, interrumpido por algunas idas al baño, y las demostraciones de afecto. Cuando se hubo despabilado del todo, hablamos de Orlando, de la música que sonó en la discoteca, de lo rápido que había pasado el tiempo, ninguno mencionó nada sobre lo que sucedió después. La conversación dio paso a las caricias. Podría pensarse que aquella proximidad iba a desencadenar un nuevo encuentro. No fue así. Alonso, conservando seguramente algo de esa lucidez propia de la borrachera, señaló que no le gustaba mucho el sexo, yo le dije que no importaba. A todo estaba dispuesta a ceder. Permanecimos acostados cerca de una hora. El encanto languideció de pronto y Alonso se levantó. Tres horas más tarde, cuando cada uno había regresado a su casa, él ni siquiera se preocupó por llamar para saber cómo había regresado, apareció dos días después con un ramo de alcatraces amarillos.

Desde esa noche nuestro entendimiento no requirió más reservas. A él le bastaba una mirada para descubrir mis deseos más ocultos, mis más oscuros pensamientos, yo me arrojaba a sus brazos como una botella que se lanza a las llamas sin importarle estallar. Poco a poco nuestro apego fue tomando formas evidentes. Yo sentía su confianza, su correspondencia. Salíamos a caminar tomados de la mano, nos comunicábamos por gestos, como dos personas que se conocen desde hace mucho tiempo. Alonso no paraba de llenarme de regalos, yo lo cuidaba y lo mimaba sin disimulos; me abandoné a él, a esa exaltación que a veces es tan necesaria para sentirse realmente viva. Al enterarse, Manuel Prefirió aceptar de buen grado lo que no podía impedir.

En este punto, es necesario detenerse un poco en Manuel. Un año después de conocer a Hilda, Manuel le pidió que se casaran, se había acostumbrado a ella y la toleraba, como uno se acostumbra a los muros y a las habitaciones de una casa en la que ha vivido por años. Ella, habituada a pensar en contra de sí misma, debió ver en su ofrecimiento una parte de sacrificio; en todo caso, aceptó. Se casaron a finales de agosto en una ceremonia discreta y triste. Yo fui ataviada de una manera ridícula, tenía más prisa por mostrarme a Alonso que por ver a los novios. Después de la boda me mudé a una espaciosa habitación en la calle de los escultores. Por entonces había conseguido trabajo en una librería especializada en textos para medicina que luego, por caprichos de la historia, se transformó en un café de mal gusto.

Hilda se instaló en casa de mi padre como era la costumbre. Remplazaron la luna de miel por una visita corta al campo, en la que él se esforzó por abrirse más a ella. De regreso a la ciudad, la experiencia de vivir al lado de Manuel resultó para ella mortificadora. A medida que pasaban las

semanas la enfermedad de Manuel fue empeorando, sus continuos esfuerzos mentales y un clima nocivo la habían avanzado hasta poner en peligro su vida. Un lunes quiso informarse sobre los pormenores con un médico; el diagnóstico fue cáncer. Aquella palabra debió de sonar lejana y altisonante en oídos de aquel hombre habituado a estar sano, sobre todo en una época en la que, más que hoy, se desconocen las causas de ese mal que va germinando dentro de nosotros, sin que nos demos cuenta, como un residuo de la propia salud, hasta convertirnos en sus víctimas. Desde ese momento Hilda se ocupó de Manuel. Puede que la presencia de esta mujer insignificante y buena compañera lo hiciera olvidar por momentos sus males, que se fueron acumulando hasta el día en que ya no pudo hablar. No así su madre. So pretexto de cuidar a su hija y de paso la salud de su yerno, se mudó a vivir con ellos. En pocos días impuso su tiranía, se trasladó de la habitación que yo había dejado a la habitación principal y contrató a una empleada para que se encargara de los oficios. De nada valieron los reclamos de Manuel, doña Blanca se desquitaba del tiempo perdido, adueñándose ahora de todo lo que podía. Yo me mantenía en esa neutralidad tan cercana a la indiferencia en la que caemos a veces. Compensaba mi rechazo hacia ella con el discreto agradecimiento que profesaba por Hilda. Alonso no reparaba en gastos para atender a mi padre, pero a veces se veía corto de dinero. Yo no se lo decía, pero la enfermedad de mi padre empañaba mi felicidad. Manuel tenía entonces 46 años, a los 49 moriría.

Durante ese tiempo Alonso y yo estábamos de acuerdo en casi todo. Nos habíamos vuelto cómplices, teníamos el mismo gusto por muchas cosas, pero él iba siempre más lejos. El privilegio de ser su novia me devolvió la seguridad en mí misma.

Había días en que no tenía que esforzarme por gustarle y me sentía libre de ese acto que pesa como una obligación en las mujeres; pero otros, me sentía como una impostora que no podía dejar de representar el papel que había creado para él.

El fingimiento se convierte para una mujer en la vía de acceso al cariño de un hombre, hasta que llega un momento en que una se convence de que ya no está fingiendo, de que es así, como dice que es. Dejé de fingir, no porque hubiera vuelto a ser la de antes, sino porque me convencí poco a poco de que era como esa amante que Alonso había inventado y que solo existía a la distancia.

Una noche, después de visitar a Manuel, acordamos con Alonso encontrarnos en una heladería que quedaba en la esquina de la plaza **. A mí me gustaba ir allí porque me recordaba los lugares que visitaba de niña, con su tapicería roja y sus paredes tachonadas con anuncios publicitarios de refrescos de los años cincuenta y de espejos con marcos plateados. Alonso no compartía mi apasionado gusto por los lugares viejos. Cuando entró, yo lo abracé, le llegaba un poco más arriba del hombro. Me acuerdo de que la gente nos miró desde las otras mesas. Él estaba contento, se le notaba una alegría entusiasta. Después de comer nos entretuvimos mirando desde adentro la plaza que a esa hora se estaba llenando de gente; en el centro, un anciano fotógrafo intentaba atraer a las palomas para retratar un par de niños. Un sonido de clarines llegaba desde la calle, cargado de vibración.

—¿Te has enamorado antes? —me preguntó de pronto Alonso.

—Solo de ti —le respondí y sentí que de inmediato mis mejillas se tiñeron de fuego. Bajé la mirada.

—¿Y antes? —volvió a preguntar lleno de curiosidad.

No supe que contestar.

—Salí con un hombre durante un año —dije y me moví intranquila en la butaca de cuero.

—¿Y qué paso? ¿Por qué no seguiste con él?

Me resultaba difícil explicar todo aquello. Hay cosas del pasado que no tienen un cauce ni

razón definida.

—Él se marchó —le dije—. Me amaba, pero no se quedó conmigo. ¿Por qué? No lo sé, al final se terminó yendo solo, como si a pesar de todo no hubiera sido suficiente estar a mi lado. De nada valió haber sido con él como nunca fui antes con nadie.

Esto último lo dije pensando en Alonso. Él, convencido de la fascinación que ejercía sobre mí, me dijo:

—Yo no te dejaré, me quedaré contigo para siempre.

—Lo sé —le respondí.

Los dos sentimos la falsedad de las palabras y bajamos la mirada. Estuvimos callados durante un rato. Alonso descubría sin que yo se lo contara esa parte todavía oculta de infelicidad que salía por momentos a flote como un estigma.

—Hay que proponerse amar mejor de lo que lo hemos hecho —me dijo—. Somos muy torpes en el amor y por eso terminamos tan mal. De un tiempo para acá he puesto todo mi esfuerzo por amar cada día con menos mediocridad que el anterior, porque para mí el amor es lo más importante, más que el dinero, que mi madre. Estoy convencido de que mi misión en este mundo es amar, porque yo, y te lo digo sin falsa modestia, yo sé amar, sé amar auténticamente a las personas que digo que amo.

Pronunció cada palabra con decisión. De pronto me di cuenta de que el corazón me estaba latiendo con fuerza, buscaba su mirada como si pretendiera corroborar en sus ojos lo que me decía. Entonces él me cogió ambas manos y me las apretó con fuerza. Sus manos estaban tibias, tersas.

—La otra noche te dije que iba a hacer que me amaras. Ahora no solo quiero que me ames, también quiero que aprendas a amar bien —continuó y su mirada tierna me llegó al corazón. —¡Nunca más volverás a renegar del amor! Eso no está bien en una mujer joven.

Yo seguía mirándolo ávidamente. Me sentía emocionada, en un estado de encantamiento inconsciente. Él lo había dicho todo como si me estuviera dando la fórmula de un amor afirmativo, que era necesario seguir para que lo nuestro marchara.

—Bueno, ya tendremos tiempo para hablar de eso y para hacer otras cosas —me dijo con calma e indiferencia, contemplando de nuevo la plaza a través del cristal—. Ahora vámonos de aquí.

—¿A dónde?

—No sé, lejos.

Lo observé sin saber qué responder.

—Lo siento, sé que no puedes —me dijo, con un mohín infantil que solía poner siempre, cuando quería llamar la atención.

—Sí puedo. Dime, ¿a dónde vamos?

—¿Y Manuel?

—Mi padre está con Hilda, ya no vivo con él.

—Entonces arrimemos por tu ropa y nos vamos.

Ni Manuel, ni mi empleo, nada importaba lo suficiente como estar a su lado; estaba tan enamorada de Alonso que todas las locuras se justificaban por adelantado. Había en él una fiebre juvenil que me hacía sentir por momentos libre de todo, del mundo, de mi pasado, de mis obligaciones, pero esa libertad me encadenaba a él.

Volví a tener 19 años, habían pasado casi cuatro desde lo sucedido con Adrián. El viaje no fue lejos ni se prolongó más de dos días. Pasada la media noche, partimos rumbo a una pequeña

ciudad, en las montañas. Alcofa era uno de esos pueblos donde no había ninguna razón para ir, pero al que Alonso terminaba volviendo cada vez que podía. Llegamos a la madrugada y conseguimos albergue en un hostal para mochileros. Alonso se entretuvo un buen rato con un grupo de extranjeros que hablaban animadamente en el patio. Desde la habitación reconocía su voz, más sonora que la de los demás. De pronto oí que uno, con acento argentino, le preguntó quién era yo.

—Es mi novia —contestó él, y yo sentí un fuego en mi corazón.

Más tarde entró en la habitación, cuando la luz del sol ya se colaba a través de las cortinas. Estaba bebido y cayó redondo en la cama. A eso de las once despertó. Sus ojos soñolientos se iluminaron cuando se giró y me vio.

—¿Has estado ahí todo este tiempo? Ven, hazte aquí, conmigo.

Como permanecí quieta, él se incorporó y fue hacia mí.

En la tarde me llevó a conocer el pueblo. Un ruidoso vaivén de personas se extendía a lo largo de la avenida principal, abarrotada de tiendas y restaurantes. Decidimos caminar por una calle menos concurrida, en busca de algún café con terraza desde donde pudiéramos ver los balcones y las cúpulas de la iglesia. Encontramos uno adecuado en el segundo piso de una vivienda rústica. Abajo, en un patio abandonado que adoptaba aires de jardín, un trío de gatos jugaba, para nuestro deleite, aprovechando el sol, dando saltos y bufidos. Aquellas horas fueron particularmente gratas. Alonso estaba contento, se le notaba una alegría infantil, casi ridícula, si no fuera porque yo también reía, hechizada por sus tonterías.

Recordamos entre bromas, como suelen recordar las parejas, el momento en que nos conocimos, como si se tratara de un gran acontecimiento.

—¿Te acuerdas? Yo llegué mojado y tú no me abriste. Me echaste de tu casa. Tu papá salió y me llamó. Si no hubiera sido por él, pues…

—Yo ni siquiera te vi debajo de esa capucha que llevabas puesta…

—Parecías un animalito enjaulado, toda arisca, allá adentro.

—¡Te estas riendo de mí! —le dije, fingiendo estar ofendida, hasta que su risa me produjo placer y me contagió.

—No sé qué sería ahora de mí si esa tarde Manuel no te hubiera retenido —le dije.

—Todo ha salido bien.

—Gracias por llegar a mi vida

—¿Por qué me agradeces tanto? No hay nada que agradecer, tontita.

—Hay mucho que agradecer ¡Tú no sabes lo que has hecho por mí! Algún día te lo diré. Ojalá algún día lo entiendas.

—¿Por qué no me lo explicas?

—No.

—¿Por qué?

—No, luego… después te lo cuento, no es nada importante, es solo que desde que estás a mi lado he dejado de acosar, de buscar, de esperar. Tu presencia me ha salvado de los demás, me ha salvado de mí misma.

—Estás enamorada de mí —me dijo.

—¿Lo sabes? —le pregunté.

—Sí —me respondió.

Sonrió con complacencia y levantó la mirada para ver el cielo.

Yo estaba feliz, me sentía completa. Tal vez esa sea la mejor manera de describir la felicidad.

No me faltaba nada, junto a él lo tenía todo. ¿Que seguía después? Nada, yo solo quería que esa tarde se repitiera eternamente. La vida siguió su curso, al otro día volvimos temprano a P. Durante el trayecto planeamos viajar a la capital. Alonso se acercó a la ventana y corrió la rejilla. Había llovido durante la noche, la carretera estaba mojada y una corriente fresca salpicaba los árboles. Alonso se durmió mirando el paisaje. Observé su rostro, en ese momento supe que lo amaba, no que estaba enamorada, sino que lo amaba. ¿Qué era lo que sentía? Que no me importaba qué elección tuviera que hacer entre él y mi vida, él estaría siempre por encima. Sin ese sentimiento no hay amor. Pero sería ese mismo sentimiento, esa misma intensidad, las que me llevarían más tarde a la locura. De momento, no pensaba más que en él, en planear nuestro próximo viaje y en la vida que llevaríamos juntos.

Al regresar nos despedimos en la puerta de mi casa. Generalmente, después de despedirnos, no fijábamos el próximo encuentro, ambos íbamos al otro cuando queríamos. Yo siempre quería estar a su lado. Por la noche estuve en la casa de mi padre. La madre de Hilda había mandado a cambiar el mobiliario del piso que le parecía pasado de moda. Manuel ya no se sentía con fuerzas para prohibirle nada, e Hilda no pasaba de arrugar los labios. Encontré a Manuel en el patio, sentado en un sillón de mimbre, con los pies dentro de un platón con agua que había calentado Hilda para que descansara. Su rostro despejado se veía como el de un muchacho que a la luz del crepúsculo parece viejo.

—Qué bueno que viene a visitarme mi hija —dijo sin ningún reproche.

—Solo han sido unos días, Manuel.

—Seguramente. ¿Has estado con Alonso?

—Sí, hemos ido a un pueblo cercano.

—¿Y cómo ha estado todo? —me preguntó mirándome a los ojos y enseguida desvió la vista, como si se hubiera enterado de algo.

—Muy bien, queremos ir a la capital dentro de poco.

—A la capital. Qué rico sería poder ir. Allá tengo unos amigos de juventud. No sé por qué nunca te llevé.

—Cuando te mejores, vamos.

—Sí, el otro año, tal vez —dijo y cerró los ojos. Yo dejé de verlo y miré hacia un punto impreciso del fondo del patio.

—¿y Alonso? —me preguntó sin abrir los ojos.

—Creo que iba a organizar unas cosas donde su madre.

—¿Y cómo ha estado contigo?

—Conmigo bien, Alonso es muy bueno, aunque no me hago muchas ilusiones —le dije.

Manuel sonrió.

—No es posible aceptar sin ilusiones —me dijo.

Fue un sentimiento vergonzoso, como si no pudiera admitir ante mi padre que simplemente había estado feliz con un hombre. La indiferencia que mostró luego Manuel me tranquilizó, pero al mismo tiempo me llenó de rabia contra mí misma: ¿Por qué yo no podía aceptar delante de los otros mi felicidad? ¿Por qué no me atrevía a contar que estaba enamorada, que amaba a alguien? Me sentí culpable con Alonso por haber despertado la duda de mi padre, cuando él me lo había dado todo.

Dentro de la casa encendieron todas las luces. Pasamos a la cena. En el comedor hablamos poco, especialmente Manuel. Doña Blanca, quien por lo demás comía mucho, exaltó la mejoría de su yerno, aunque se mostró desconfiada con el tratamiento médico. Mencionó algo sobre una

mujer que operaba a los enfermos valiéndose de la ayuda de San Gregorio y contó distintas anécdotas de familiares suyos que se habían recuperado milagrosamente con este método, estando más graves que Manuel.

—Pero su papá es terco y no quiere probar. Debe ser porque no cree en eso y si uno no cree, pues no funciona. ¿Verdad que usted no cree en esas cosas?

Manuel le contestaba rápido, con desidia, en voz baja. De vez en cuando me miraba con una expresión conocida pero también extraña, y luego miraba a Hilda, con las manos puestas sobre la mesa, entre los cristales vacíos, contemplándolo todo con una calma digna de admiración. En vano intentaba la vieja cambiar el tema y alargar la conversación; cuando vio que nadie pretendía hablar, se levantó y se fue renegando a otra habitación.

—Parece que no hay un mudo sino tres —dijo seca y cortante.

Con Manuel reímos. Al finalizar cada uno se fue por su lado. Al otro día yo tenía que levantarme temprano para ir a trabajar. Dos semanas después tuvo lugar mi viaje con Alonso.
Era noviembre. La capital estaba a más de diez horas de P, aun así, preferimos viajar en bus para ahorrar dinero y gastarlo en otras cosas. Yo invertí todo lo que tenía y no me importó endeudarme. Salimos en la noche. La obsesión por viajar parecía la consecuencia natural del amor entre dos jóvenes. Pasada la media noche, el auto en el que íbamos hizo una parada; Alonso dormía con el rostro inclinado del otro lado de la silla. Observé distraída a través de la ventana y de pronto reconocí una de las calles que años antes había atravesado de camino al sanatorio donde estaba internado Adrián. No me moví, pero sentí una ligera convulsión en la espalda; me vino a la cabeza la imagen de la última vez que nos vimos. Recordaba muy bien aquella escena: después de comprar unos panes de canela, subí la colina encharcada de barro hasta el edificio, adentro estaba Adrián con sus ojos grises y melancólicos y una taza de café en la mano. Recitó su papel de loco lúcido con evidente placer, me dijo que estaba enfermo y que pronto moriría. Nunca más volví a visitarlo. Ese recuerdo no me provocó ninguna satisfacción, pero tampoco removió la profunda y humillante compasión que en otro tiempo sentí por él. Ahora ya no me importaba, incluso me resultaba difícil creer que hubiera tenido tanto fervor por aquel hombre, que hubiera esperado tanto de él. Miré hacia la colina, con el aliento contenido, tratando de ver el edificio: su silueta se distinguía nítidamente del cielo gris de la noche, todo lo demás estaba a oscuras. Volví la mirada hacia Alonso y lo besé en la cabeza; el auto arrancó de repente. Qué rara me pareció la vida, de cuánto temblor y de cuánta incertidumbre estaba hecha. Hasta hace unos años no paraba de llorar por un hombre, pensando que jamás me iba a reponer de su rechazo, y ahora iba de viaje con otro, convencida de amarlo y de que esta vez sí funcionaría.

¿Cuántos hombres habían ocupado mis pensamientos y mi corazón antes de que el tiempo los revelara como unos fantasmas? ¿Cuántos más vendrían? ¿Cuántos se quedarían? ¿Se quedaría Alonso? Aquellas preguntas ya me las había hecho antes. El bus avanzaba. De momento, dejaba atrás el pasado y me despreocupaba del porvenir: por unas horas, por unos días, por unas semanas, estaría al lado de Alonso y sería feliz.

Alonso despertó y miró el reloj:

—¡Faltan todavía siete horas de viaje! Duérmete —me dijo.

—No puedo dormir, hace demasiado frío.

Alonso me abrazó con un gesto varonil y volvió a quedarse dormido. Poco a poco fui quedándome dormida yo también, con un sueño tenue y poco profundo, tiritando de frío. A las cinco despertamos. El bus había ascendido por una pendiente desde donde ya se divisaba la

ciudad. Abajo, el juego de luces se iba expandiendo cada vez más, hasta parecer interminable. Curiosamente, cuanto más nos aproximábamos a esas luces, más me llenaba de una energía tensa y liberadora a la vez. Cuando el bus se detuvo, una corriente fría de aire se coló por la puerta; treinta gargantas, hasta entonces mudas, empezaron a hablar al mismo tiempo, todos se apuraron por coger sus maletas y bajar, apretándose unos contra otros por el estrecho pasillo. Alonso, como sonámbulo, se levantó del asiento y metió la mano en uno de los bolsillos, de donde sacó un papelito.

—La dirección del hostal —dijo.

Ya en la estación lanzó un corto silbido y deslizó su mirada por el paisaje. A lo lejos brillaban acerados por la luz de la mañana los altos edificios, y más lejos, casi perdidas en el horizonte, se divisaba la silueta de las montañas.

Los primeros pasos, apenas llegados, nos llevaron a una cafetería tradicional en el centro de la ciudad con nombre de ciudad estadounidense, donde tomamos chocolate caliente y cruasanes; después visitamos las iglesias y los museos. Yo no conocía la gran ciudad y para mí todo era nuevo. Con Alonso nos unía y nos guiaba el mismo deseo por la historia, y también por las cosas nuevas. Visitamos la catedral, la famosa torre blanca, y los teatros, el Colón y el Versalles, la plaza de Armas y el parque de la Independencia; luego, los recorridos por los centros comerciales y las vitrinas de moda fueron la alegría de ambos. Parece tonto dejarse impresionar por esas cosas, acogerlas con tanta emoción, pero la joven inexperta que yo era se regocijaba pasando por sitios y lugares que solo había visto por la televisión o conocido de oídas. Como la vida en la capital era tan cara, generalmente renunciábamos a las tiendas y a los restaurantes de lujo. De regreso en el pequeño hostal nos encerrábamos en la habitación con la luz apagada. Nos gustaba esa oscuridad; era grato estar allí, acostados, arropados del frío, acariciándonos y haciéndonos confesiones y promesas mutuas. Desde la pequeña ventana de la habitación alcanzaban a verse, a través de la neblina, los tejados altos de los edificios y la cúpula iluminada de un antiguo palacio de estilo barroco. Era como estar allí pero también como estar más lejos, en alguna ciudad europea que anhelábamos visitar. Aquella sensación nos llenaba de entusiasmo.

Durante esos días nuestra relación se hizo más profunda, más intensa. Parece extraño, pero entre aquella enorme multitud nos sentíamos más aislados del resto y más cerca el uno del otro. Yo me sentía feliz, como arrastrada por una borrachera que rozaba por momentos con la frivolidad y la fascinación. Todo era maravilloso, como no recordaba haberlo vivido nunca. Era el momento en que lo que había soñado se hacía realidad; sentía que flotaba, ya no sabía lo que hacía, solo quería seguir prendida del brazo de Alonso, sonreír a los desconocidos que nos encontrábamos por las calles y ser amable con todos.

El tercer día encontramos un café donde tocaban tango hasta la madrugada. Aunque era un sitio pequeño, era de veras espléndido: tenía dos galerías, espejos en las paredes, mobiliario de cuero y piso de mármol. A las tres en punto rompía a tocar la primera orquesta que se ubicaba encima de una estrecha plataforma en la primera galería, y la música se iba animando a medida que avanzaban las horas. Los asistentes escuchaban la mayoría de pie. A pesar de que a ninguno de los dos nos atraía el tango, sumergidos en aquel rincón de ambiente bohemio, el tiempo nos pasaba desapercibido. Después salíamos y caminábamos hasta el hotel. Era cómico ver a Alonso esforzándose por ponerse la chaqueta después de beber algunas copas.

A pesar de la inseguridad, nos gustaba caminar por las calles, a ambos nos atraía esa ciudad demasiado grande e intranquila, con su centro colonial y sus modernas autopistas; puede que el resto no fuera más que aglomeración, pero incluso el hormiguero de carros y de gente sumaba

más que restarle intensidad a lo vivido. Sentados en algún parque o a las puertas de un teatro, estábamos seguros de que no nos cansaríamos de vivir allí. Tal vez Alonso podría trabajar en una de las muchas oficinas de abogados, incluso ser profesor en un colegio y, si era necesario, yo podría encontrar un empleo y estudiar…

En la noche me acosté sobre la cama y esperé a Alonso desnuda a que saliera del baño. Pero el deseo sexual nos atraía de formas muy distintas. Él prefería unos gustos más ocultos que yo desconocía. Me hice a la idea de que no era un hombre apasionado, "Tal vez la unión completa de los cuerpos venga después". Por ahora me contentaba presintiendo en cada caricia, en cada esporádico beso, la sensualidad y el goce del amor. No vi en esa resistencia a entregarse una defensa de su cuerpo.

Una noche asistimos a la función de un famoso circo francés que estaba de gira por la capital. Alonso había comprado las entradas con antelación desde P; me las dio como un regalo. Era una noche no tan fría, de color sepia; el lugar, abarrotado por completo, daba por dentro la impresión de un ostentoso teatro. Nosotros habíamos conseguido una buena ubicación cerca de la orquesta. El espectáculo comenzó con un número de baile y de acrobacias, a cargo de una treintena de figuras que parecían sacadas de una parodia satírica. Colgada de unos cables, volando entre el firmamento de la carpa, un hada cantaba con notable solemnidad, narrando la escena de un mítico rapto, que los actores representaban abajo con animación. El público aplaudía y sonreía exaltado, desde las galerías. En un rincón de la puerta por donde entraban los artistas, estaba de pie un hombre joven, vestido con pantalones ajustados y zapatos con hebillas, con un sombrero llamativo de lentejuelas en la cabeza. Nadie parecía haber notado su presencia, aunque todos le habían visto entrar, nadie, excepto Alonso. Primero fijó la vista en los acróbatas, impresionado seguramente por los saltos que daban sobre una cuerda suspendida cerca de la cantante, luego volvió los ojos al muchacho, quien le devolvió la mirada. Debajo del sombrero asomaba un rostro casi femenino de ojos azules y pelo castaño. Todo lo que es hermoso es tan difícil como raro y aquel era un hombre hermoso y sensual. Estuvieron así, como fascinados por varios segundos, el uno con el otro, mirándose sopesada, mutuamente. De pronto el otro le hizo un gesto obsceno, en señal de provocación y luego una seña rápida de que saliera. Miré a Alonso, su semblante no reflejó confusión ni enojo. A mí me resultaba inaceptable que él no mostrara extrañeza y siguiera mirando al muchacho con tanta atención; era la primera vez que él se fijaba en otro hombre en mi presencia. Sin embargo, se amedrentó al darse cuenta de que el otro intentaba acercarse. Se estremeció y miró en torno. En ese momento sentí algo que solo tuve claro después; fue una sensación extraña, como si comprendiera lo que él estaba haciendo, como si hubiera sabido de antemano que eso algún día ocurriría. Me levanté de un salto y lo miré, titubeé por unos momentos como queriendo replicar algo y salí de la carpa. Alonso fue detrás, no muy satisfecho consigo mismo. Regresamos en silencio. En el patio del hostal un grupo de señores reían y hablaban con una risa cálida y ronca. Alonso se unió a ellos hasta la madrugada. Al otro día despertó después de las once, estuvo impaciente y distante. Por la tarde habíamos quedado de visitar una sala donde se exponía una muestra itinerante de Rembrandt; cuando llegamos, la fila para entrar, que excedía las dos cuadras, nos hizo desistir del intento. Decidimos caminar por las calles del centro. Durante el recorrido me esforcé por obtener de él una sonrisa de aprobación, una muestra de apego, pero su silencio desbarataba sin un solo gesto violento todo el castillo de naipes que mi deseo había creado a su lado. Cuando llegamos al hostal comenzó a dolerme un poco la cabeza.

—Descansa un poco, es la altura, se te pasará después de dormir un rato —me dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que hacer algo, no me demoro. Volveré antes de que despiertes.

Me quedé quieta, sin saber qué hacer, anticipándome a los acontecimientos. Todas mis sospechas parecían ciertas y, sin embargo, tenía todavía la esperanza de equivocarme. ¿Qué podía hacer yo? Me acusaba de esa manía de exagerar las cosas o de verlas demasiado rudimentarias que tenemos algunas mujeres. Al final, en mi falta de sentido práctico se me ocurrió volver al circo. Eran casi las cinco. Afuera adquirí una boleta por el triple del precio, me acomodé como pude en la fila asignada, y esperé a que iniciara el espectáculo, con la vista puesta en el escenario. El muchacho de la noche anterior estaba ahí, con el mismo traje y en el mismo lugar. No me quedé a que terminara la función, regresé al hotel y me tumbé en la cama con la luz encendida. Alonso no estaba con él, pero estaba con otro, lo sabía, el instinto siempre sabe más que la razón.

Lo que pasó durante esas horas yo lo sabría mucho después. Sin poder dominarse, Alonso había ido a merodear por los alrededores del circo. Allí se encontró con un muchacho algunos años más joven que él, al que había conocido la víspera, en un estacionamiento para autos, donde el otro trabajaba. Con algún gesto consiguió insinuársele y Alonso respondió movido por una inclinación más fuerte, nacida de la carne, como si su cuerpo tomara por sí mismo la decisión y el impulso que su espíritu no se atrevía. Por más de una hora trabó intimidad con un hombre que quizá no volvería a ver, pero cuyo ardor había recompensado con creces el riesgo. El encuentro, además, le sirvió para mostrarle los lugares donde los hombres se exhiben sin avergonzarse de aquel grosero deseo, como seguramente lo habría oído llamar en casa de algún instructor o de sus padres.

Regresó después de las diez. Cuando entró, debí de haber dado un grito, o revelado de otro modo mi sorpresa, porque se puso pálido y no fue capaz de musitar palabra. De pronto se arrojó hacia mí y me besó. Fue un beso como nunca recibí de nadie, un beso salvaje y desesperado, que nos dejó sin aliento. Yo temblaba, presa de una espantosa excitación. A la repulsión que sentía de imaginar que volvía de estar con otro hombre, se imponía el deseo de abandonarme por completo a él; en ese momento lo amaba y lo deseaba más que nunca. Durante meses había codiciado esa boca pronunciada que ahora palpitaba ante la mía, como si me entregara su alma. Mis manos impacientes intentaron desvestirlo.

—No —me dijo—, no hagas eso.

Nos quedamos quietos, abrazados, en silencio.

—Te amo —me dijo—. ¡Nunca me dejes! Nunca, nunca, nunca… ¡Quédate conmigo para siempre! —musitó con voz casi ahogada.

Sin poder comprender ese inesperado cambio, ahora era yo quien estaba visiblemente inquieta.

Por fortuna, amaneció. Con la claridad del día las cosas parecen menos terribles. Preferí tomar ese desplante como un episodio insignificante del viaje. Además, yo solo tenía suposiciones y también estaba lo otro, la manera en que él me había besado y pedido que me quedara a su lado. El miedo, la rabia y el asco, si es que volvían de nuevo, también se borrarían más tarde como todo lo demás. Ninguno de los dos mencionó nada sobre lo ocurrido, pero desde ese momento ya no quise seguir estando en la capital.

—Regresemos—le dije.

—Cuando tú digas.

Su respuesta me alivió. Compré apresuradamente una camisa para Manuel y una chuchería para Hilda y nos devolvimos.

El día de la partida llovía, subimos en el primer carro que encontramos para P., cargando un montón de paquetes. A pocos kilómetros de llegar, Alonso tomó una decisión, sin pensar mucho en la mujer que llevaba al lado. Una semana después nos casamos. Cuando me lo propuso no me sorprendió, ya esperaba ese anuncio. Fue una ceremonia discreta y sencilla a la que solo asistieron Manuel, Hilda y Orlando. En el momento en el que el cura pronunció la habitual bendición, lloré. Elegir a alguien para amar también significaba elegir un modo de vida.

Nos pasamos a vivir a un piso pequeño, amueblado con gusto, cerca de la casa de mi padre. En esos años estaba de moda que los matrimonios jóvenes tuvieran un perro como mascota; a Alonso le entusiasmaba la idea y yo estaba dispuesta a darle gusto en todo. Mi vida no valía sino en proporción a su dicha. Él se había convertido en el único ser —exceptuando a Manuel— a quien yo amaba y veneraba al mismo tiempo; pero, a diferencia de mi padre, Alonso me había liberado y encadenado al mismo tiempo.

Los meses que siguieron significaron un auténtico renacimiento en mi vida. Toda la zozobra que me ensombreció desde niña se disipó por completo. Nada me parecía fatal, de repente me sentía feliz, todo me resultaba fácil y las dificultades me parecían ridículas. Conseguí un empleo de medio tiempo en una tienda de químicos. Por las tardes estaba pendiente de Alonso, cuidaba cada uno de sus detalles como una verdadera compañera. A su lado nunca me aburría, nunca me sentía inquieta o impaciente; la leve incomodidad que me agobiaba cada vez que llegaba a un lugar desconocido desaparecía en cuanto advertía su presencia. Él respondía con entusiasmo a mi afecto; para él era suficiente saber que era el centro de mi vida, percibía en ello el sentido de su existencia.

Durante ese tiempo avivó lo mejor que había en él. Se dedicó de nuevo a sus estudios, en cinco meses sacó adelante su tesis. El incidente de la capital se desvaneció, pero él a veces temía, de pronto a media noche se despertaba sobresaltado. Lo contrario al amor no es el odio sino el miedo, el miedo a la soledad, al abandono.

Pasaron los meses hasta que cumplimos un año de casados. Alonso se tituló de abogado y consiguió trabajo. Nos mudamos a un apartamento mucho más grande, cerca de una de las avenidas más concurridas de P. El porvenir carecía de sombras, solo faltaba algo para conseguir la total felicidad: un hijo. Alonso soñaba con un niño, pero yo no quería compartir mi cariño con alguien más, quería ocuparme solo de él.

No me creerás si te digo que aquel entusiasmo duró poco. El corazón humano es extraño. Lo teníamos todo, pero cuando lo tenemos todo, algo pasa, algo se estanca, y la felicidad nos deja y sigue de largo. Era como una inercia que se expandía por el ambiente, una seguridad y una dicha hostigadoras que ya no me producían satisfacción. Nos encerrábamos en la rutina cada vez más; a veces, sentados a la mesa, nos quedábamos sin saber que más decir y bajábamos la mirada. La intimidad y la familiaridad resultaban a veces aterradoras. Entonces recurríamos a los amigos, a los suyos porque yo no conocía casi a nadie. Extrañamente no hacíamos buena pareja en público, mientras que solos nos esforzábamos por ser cariñosos y atentos el uno con el otro; desde el momento en que aparecía un tercero, era como si se interpusiera una pared de cristal entre ambos. Hasta parecíamos sentir incomodidad de estar juntos. A mí no me gustaba la marcada importancia que se daba Alonso con los demás, su presunción con cosas tan tontas como los viajes que había hecho; pero lo que más insoportable me resultaba era el protagonismo excesivo que le daban los otros. Volvíamos de aquellas salidas casi siempre enfadados.

Pero no era solo la rutina. Comenzaba a constatar que ningún hombre reúne todas las cualidades, que esa persona única con la que una sueña no existe. Solo hay seres humanos, y en

cada uno siempre hay un poco de todo. Durante toda mi vida había estado buscando a un hombre como Alonso. Pero ¿qué seguía después de ese chispazo inicial que llamaba amor? Ya no estaba tan segura. Estar enamorada no significaba amar. Tal vez no había nacido para estar con alguien, o tal vez el amor, a pesar de lo difícil que resulta encontrarlo, no dura.

La intimidad de los cuerpos se reducía a casi nada, igual que el encanto de Alonso, que se limitaba a una gran generosidad. Algo también pasaba en él, yo notaba que Alonso quería otra cosa, sin saber muy bien qué. Pensé que era un hijo. Todo seguía siendo como un sueño, aunque ya no era un sueño feliz. Había días en que simplemente deseaba que él ya no volviera, incluso esperaba llegar un día a nuestra casa y encontrarlo con una amante, para así poder echarlo y acabar con todo. Por supuesto, no siempre era así. Había días en que aguardaba su llegada con ansia, en que nos acostábamos abrazados y hacíamos planes. Pero aun en esos momentos tenía la sensación de que algo fallaba, de que algo ya no estaba funcionando. En todo ese tiempo no dejé de atenderlo, no le hice entrever mis dudas. ¿Qué me pasaba? ¿Era nuestra primera crisis de pareja? No lo sabía, ya te he dicho que el corazón humano es extraño y hay cosas que no tienen explicación.

Una mañana, Alonso me comunicó que se quedaría unos días en la casa de su madre, que estaba enferma. Le arreglé una maleta pequeña con lo necesario. Esa tarde aproveché para ir a visitar a mi padre. Durante ese tiempo, Manuel había empeorado mucho, tenía accesos de fiebre casi diarios y fatiga. Había bajado de peso, no podía casi tragar; además dormía poco, con un sueño inestable que no le reparaba las fuerzas. El tratamiento de quimioterapia lo dejaba cansado y con náuseas. Solía enojarse con facilidad, le ofendían sus circunstancias y los tiempos que corrían. Algunos meses antes yo había pensado en llevarlo a vivir conmigo, pero él se había negado y, bueno, estaba Hilda. Había días en que se sentía triste y perdido, se la pasaba horas sentado en el patio, cual un objeto olvidado. A los 47 años él no era más que una ruina carcomida por la enfermedad.

Cuando llegué a la casa encontré a Hilda con los ojos hinchados, acurrucada en una esquina. Su madre salió para recibirme y comunicarme sus planes de recluir a mi padre en un sanatorio. Aquella buena protectora de los impedidos, temía verse obligada a gastar su dinero en la enfermedad y el funeral de un hombre que la había perjudicado, haciéndose pasar por rico para quedarse con su hija, a la que maltrataba y tenía viviendo en la miseria. La dejé hablando sola, en aquel momento yo no estaba dispuesta a escuchar todas aquellas amenazas y lamentaciones. Sentí una rabia tan grande que habría podido matarla.

Luego me enteré por Manuel de que había peleado con Hilda. A medida que se iba haciendo más viejo y su enfermedad aumentaba, Manuel toleraba menos los cambios. Poco a poco se iba pareciendo a esa figura odiosa de su pasado que aún vivía en él. Había días en que él apenas parecía notar la presencia de su compañera, pero se afligía cuando ella no estaba. Esa tarde la había echado sin motivo. En el camino yo le había comprado unas sandalias de felpa que le calcé y me senté en un sillón a su lado. El cansancio de su voz era la señal más notable de lo quebrantada que estaba su salud. Habló con dificultad. Esa fue la última conversación que tuvimos.

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué tratas así a Hilda? ¿No eres feliz con ella?

Me miró con sus grandes ojos cafés. ¿Feliz? Los momentos de felicidad junto a ella, de haberlos, habían sido relámpagos como toda felicidad. Él y yo lo sabíamos.

—¿Qué te ha dicho su madre? —me preguntó.

Como yo callaba, él añadió con calma:

—No ha pasado nada. Ya sabes cómo son las parejas.

Lo dijo con un aire de conocedor.

—Sí —dije yo con la garganta seca.

—Toda relación prolongada entre dos seres humanos es dañina —me dijo.

Bajé la cabeza.

—Además, a un viejo enfermo ya no lo impacienta la felicidad, o se la imagina en otras cosas.

Nunca lo había oído hablar así. Se quedó observándome en silencio, entre la penumbra. Yo también lo miré. En la sombra se veía diferente, su rostro parecía todavía más flaco y moreno.

—¿Quieres que encienda las lámparas? —le pregunté, intentando escapar de la situación.

—No. Quiero que me digas ¿A qué has venido?

Solté en llanto.

—A verte, papá, tú eres lo único que tengo —dije entre sollozos.

—Hubiera querido decirte que no te entregaras a él, pero… no podemos hacer otra cosa —me dijo acariciándome la cabeza.

—¡Perdóname, papá!, ¡perdóname!

—¿Por qué me pides perdón?

—Perdóname…—le dije y me enjugué las lágrimas—. Qué generoso eres, debería ser yo quien tendría que consolarte y mírame aquí.

Volví a llorar.

—No quiero que estés sola —me dijo—. Hay que aprender a ser práctico en la vida.

Manuel sabía que yo lo entendía, sabía que había ido a escuchar esa respuesta. Nos miramos con un silencio cómplice.

—Fuiste práctico con mi madre.

—Con todas las mujeres, Sonia, menos contigo. El cariño hacia una hija es distinto del que se tiene por una amante.

—Una hija —dije.

Entramos por un pasillo en dirección a su habitación hablando en voz baja. Hilda nos estaba buscando; sus lánguidas fuerzas parecían dispuestas a prolongarse desmedidamente atendiendo a ese marido cuyo sufrimiento también la había agotado. Manuel se soltó de mi brazo para prenderse del suyo. Lo llevamos hasta la cama, donde se acostó a oscuras, ya no le aficionaba tumbarse a leer a la luz de una lámpara.

Regresé a la casa muy tarde, repasando en mi cabeza las palabras de mi padre. Yo ya había evocado y renunciado al ideal de hombre, había querido enamorarme, sin importar que el objeto de mi amor fuera indigno de ese sentimiento. Ahora sabía que lo que llamamos amor se confunde con muchas cosas: el ego, el deseo sexual, la ambición, la posesión, el cariño. Tal vez Alonso y yo seguíamos juntos porque no teníamos a nadie más a nuestro lado. Yo no me sentía enteramente feliz, pero tampoco era desdichada. Lo cierto era que la presencia de Alonso había vuelto a darle un sentido y un centro a mis días. Yo necesitaba ese orden, esa seguridad, ya no podía hacerme a una idea de vivir sin ellos. ¿Y el amor? El amor importaba ya menos que…

Tal vez era el momento de tener un hijo.

1

Quedé embarazada en marzo y en diciembre nació Esteban. Cuando la enfermera lo trajo envuelto en una cobijita de algodón azul que Alonso había comprado una semana antes, me quedé mirándolo: aquel pequeño no tenía que hacer nada, no tenía que esforzarse en demostrarle nada a nadie, solo tenía que respirar. Al verlo, Alonso soltó en llanto. Le enternecía que el niño le extendiera los dedos de sus puñitos cerrados, como si a pesar de su corta edad supiera quién era él. A mí me pareció que esas lágrimas lo significaban todo.

Aquel niño volvió a unirnos y a darnos un orden a nuestras vidas, por lo menos durante los primeros meses. Yo descubrí regiones de ternura insospechadas, volví a acercarme a Alonso. Pero entonces pasó una de las cosas más extrañas e inesperadas. En ese corto tiempo se dio un cambio significativo en mi marido. Al principio imaginé que su madre pretendía separarnos como lo había hecho en otro tiempo con Amanda, luego me di cuenta de que se trataba de otra cosa. Yo veía sin decir nada los esfuerzos que él hacía por acercarse a mí y no parecer distante, por permanecer en la casa junto a su hijo. En su interior pasaba algo que yo no comprendía. De pronto empezó a salir por las noches, ya no regresaba a la hora de la cena. Lo cierto es que mientras todo marchó bien, yo apenas lo toleraba, incluso tenía que luchar para que él no advirtiera mi indiferencia. Cuando él se apartó volví a interesarme por él, volví a amarlo, auténtica y desesperadamente. Pero a él ya solo le importaba nuestro hijo. Comenzó mi tormento.

Ahora ya no me asombra lo fácil y lo rápido que se desmoronó todo. Renuncié al trabajo y me dediqué a Esteban en cada segundo de mi vida, pero al primer año ya me sentía agotada. Ese cansancio se venía acumulando desde antes de que él naciera. Por esa época mi esposo encontró trabajo en una compañía aseguradora. A menudo tenía que desplazarse a otras ciudades. Yo pasaba el tiempo esperándolo; por la noche me asomaba a la ventana o al balcón que daba a la calle. Algunas veces no llegaba, otras, lo oía detenerse en la puerta por varios segundos, en silencio, antes de buscar las llaves. Cuando entraba me preguntaba por Esteban e iba a verlo a su habitación. Ahí se quedaba por horas velando su sueño, hasta que advertía que yo me acostaba en la habitación contigua. Entonces él llegaba, cerraba las cortinas y apagaba las luces.

Por supuesto que él me quería, pero no como se quiere a una esposa. Había en su comportamiento una suerte de resignación, como si tuviese que conformarse con el hecho de que vivíamos juntos y teníamos un hijo. Si yo intentaba ser cariñosa, él me devolvía una mirada de rechazo y se marchaba, dejándome la sensación, sin poder explicármelo muy bien, de que se sentía culpable conmigo. Comencé a sospechar que había otra mujer en su vida. ¿Y si había regresado Amanda?

Esa noche no pude dormir. Traté de imaginar lo que pasaría si al día siguiente Alonso no regresara más y de pronto todo lo que habíamos creado juntos perdiera valor, y tuviera que empezar sola y desde cero. Al otro día decidí arreglarme, dejé a Esteban con Hilda y fui donde el peluquero, compré un vestido nuevo y preparé una cena. Invité a Orlando, solo por miedo a que estando a solas con mi marido nos quedáramos mudos. Llevábamos un año sin verlo. Fue una noche agradable, serví pescado y carne, bebimos champaña, hicimos bromas. Ni una sola vez se atascó la conversación, hablamos de temas familiares, de lo grande que estaba Esteban, de los acontecimientos del país. Sin embargo, ninguna de estas tentativas tuvo éxito, Alonso puso mucho cuidado en impedir cualquier tipo de intimidad excesiva conmigo. Al final, todo se enfrió, y terminamos durmiendo en habitaciones separadas. Pero a veces pasaba lo contrario. Había noches en que él regresaba sintiéndose contrariado y solo. Entonces volvía a ser mío,

volvía a ser del todo mío. Aquel trato carnal, a pesar de no satisfacerlo, lo tranquilizaba. Luego, cuando el arrebato terminaba, volvía a abrirse un abismo entre los dos. Yo quedaba desconcertada, sin saber qué actitud tomar. Lo que más me desequilibraba era ya no tener una idea fija de él; después de dos años viviendo juntos, ya no sabía quién era el hombre con el que me había casado y tenido un hijo.

Una noche, estando juntos, en la intimidad, él se apartó de repente.

—¡Perdóname! —me dijo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, pero no le pude arrancar una sola palabra. Pensé que no podía o no quería decirme nada más. Me quedé callada, escuchando sus sollozos hasta que se silenció todo. Imaginé que estaba enfermo y no se atrevía a decírmelo. Me sentí culpable por no poder descubrir lo que albergaba en el fondo de su corazón y lo hacía sufrir.

Por fin, una mañana, en una clínica, donde habíamos ido a recoger a Esteban, lo comprendí todo. Era febrero y el pequeño se había resfriado por el invierno. Enseguida caí enferma yo también: una fiebre de cuarenta grados me obligó a guardar cama. Esteban se curó una semana después. La mañana en que le dieron salida, lo recuerdo claramente, era lluviosa, yo me entretuve envolviendo al niño en una frazada mientras Alonso terminaba de fumar un cigarrillo afuera. De pronto su rostro hizo una seña casi imperceptible. Me aproximé hasta el descansillo e intenté atraer su atención, pero él estaba fascinado mirando a un joven enfermero. Igual que la noche en el circo, noté nuevamente ese extraño brillo, ese calor envolvente en su mirada. Experimenté un sobresalto, pero no dije nada. Luego salimos. Comprendí que las cosas no habían comenzado la tarde de la capital ni se resolverían al día siguiente. Esas inclinaciones que yo suponía un capricho de su libertad de hombre, no eran un accidente sino una parte inalienable de su naturaleza. ¿Qué hacer? ¿Esperar? ¿Aguantar? Débil de carácter como yo era, supe que no iba a tener un minuto de tranquilidad a su lado. En esa ocasión, sin embargo, él no fue más allá de encontrarse imaginariamente con aquel joven apuesto, de rostro impenetrable y piernas gruesas, a quien, teniendo de frente, prefería no ver a la cara, por miedo a delatarse con su mirada.

Pero Alonso ya conocía los lugares donde palpitaba la poderosa vida nocturna. Todo le parecía nuevo y, por tanto, llamativo, eran tiempos de euforia provocada por los encuentros fáciles. La juventud era la esencia de aquella aventura. Dudo mucho que él formara parte de esos caminantes furtivos que recorrían los parques bien entrada la noche, en busca de algún muchacho que aceptara seguirlos hasta un rincón oscuro, en donde pudieran saciar sus apetencias; estoy más inclinada a pensar que él frecuentaba una de esas casas para señores, donde se mezclaba la venta de alcohol con un sucio y clandestino comercio.

Alonso intentaba ser cauto, pero el mundo tiene un oído muy fino. Basta con detenerse por unos segundos en alguna calle no indicada para despertar las alarmas de algún indiscreto curioso, o de un grupo de chismosos. Por esos días supe que él visitaba la casa de un hombre rico de quien se decía tenía cierto gusto por los muchachos. Se llamaba Édgar, había vuelto a P unos meses antes, después de haberse ido por amenazas. Yo suponía que Alonso pasaba allí tantas horas que no me habría sorprendido recibir una mañana una nota suya en la que me pidiera que le mandara a esa dirección una maleta con todas sus cosas.

Una tarde se me ocurrió seguirlo. Había estado todo el día con el niño, me sentía mareada, la habitación me daba vueltas en la cabeza, pero ya no quería echarme atrás, me decía que solo iba a dar un vistazo discreto y regresaría. Estuve afuera de la oficina de Alonso a las cinco, lo vi salir y subir a su auto. El corazón me latía con fuerza, pero a la vez sentía una calma extraordinaria.

Tomé un taxi y le pedí al chofer que lo siguiera. Alonso fue directo a un elegante burdel. Cuando el taxi se detuvo, me incorporé y sin saber por qué, me fijé en el taxímetro, que el conductor había olvidado encender, pero mis pensamientos estaban en otra cosa.

—¿Sabe qué queda allí? —le pregunté señalando el sitio donde había entrado mi marido.

—Esa es una casa para maricas —me respondió en tono despectivo.

Bajé del taxi, di vueltas por la acera devanándome los sesos, preguntándome si debía llamar a esa puerta y preguntar por él. Entonces me acordé de Orlando. Sin pensarlo dos veces, abordé otro taxi y fui hasta su casa. Vivía en el centro, en el sexto piso de un edificio recién restaurado. Nunca antes había entrado; cuando me abrió, se quedó de pie en la puerta, extrañado. Luego me sonrió con ternura, como diciendo: "Pobre, sé a qué vienes, pero no te diré ni una sola palabra". Con un gesto me invitó a pasar. Miré alrededor con mucha atención, como si temiera que alguien más nos escuchara. En el centro de la sala había un comedor de ratán; me sentía débil y cansada, así que me acerqué a una de las sillas y me senté. Le hablé con desesperación y a la vez en un tono exagerado.

—¿Sabes qué le está pasando a Alonso? —le pregunté.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes… Tienes que decírmelo.

—¿Decirte qué?

—Desde cuándo mi esposo sale con otros hombres. No me digas que no sabes nada. De pronto tú seas otro marica —le dije mirándolo fijo, despectiva.

—No te equivoques conmigo, muchacha —me atajó Orlando, en tono severo.

De pronto sentí miedo, no de Orlando sino de la situación.

—Acabo de verlo entrar a uno de esos lugares… —le dije, pero me faltó la respiración y no continué.

—Yo no puedo hacer nada —me dijo en voz baja—. ¿Por qué no se lo dices tú?

—Muchas veces he querido gritárselo, pero cuando llega a la casa no soy capaz de decirle nada, finjo que todo está bien, lloro y me muerdo en silencio. Espero siempre que regrese, porque sé que si yo me porto así, si no le hago reclamos ni lo acoso, él regresará. Uno regresa siempre donde lo tratan bien, donde no le reclaman nada…

—No te dañes de esa manera —me dijo.

—¿Qué más quieres que haga? Yo solo vivo para él. No puedo hacer otra cosa.

—Tienes a tu hijo.

—No vine aquí a que me dijeras eso. Vine a que me dijeras cómo alejar a mi marido y a tu amigo de esos lugares —le dije revolviéndome impaciente en la silla.

—No lo sé, Sonia.

—¿Desde hace cuánto los frecuenta? ¿Desde antes de conocerme?

—No lo sé.

—Pero ¿crees que él pueda dejarlos?

—No puedo responder a esas preguntas. Lamento que no te pueda ayudar.

—Pero lo sabias, ¿verdad? ¿Sabías que él era así? —le pregunté, temblando de inquietud.

Orlando me miró con atención, pero no me respondió. Su silencio fue terrible. Tiré un papel que empuñaba y me puse de pie. Me quedé pensativa, sin poder moverme, como esperando algo. Él también permaneció quieto. Aquel estado de turbación mutua duró varios segundos. Me sentí incomoda.

—No sé a qué he venido aquí —le dije.

—¿Dónde dejaste a Esteban? —me preguntó.

—Está en la casa, dormido.

—Es mejor que vuelvas. Puede despertarse.

—Sí —le dije, después de recapacitar.

—¿Quieres que te lleve? ¿Crees que puedes llegar sola? Me preguntó sin dejar de mirarme, preocupado seguramente de verme tan agitada.

—No. Alonso puede llegar —le respondí sin verlo a la cara.

Salí del piso de Orlando y regresé a la casa lo más rápido que pude. Estaba tensa y el corazón me palpitaba de forma irregular. Sentía que había hecho algo mal, y no sabía si era haber ido a la casa del amigo de mi marido o haber dejado solo a mi hijo. Al entrar lo encontré despierto en plena oscuridad, quieto, sentado sobre la cuna, con la cabeza inclinada hacia delante. Al verlo recordé a mi padre, tenían la misma tristeza y desesperanza en la mirada, algo completamente inusual en un niño. Cuando Alonso regresó no le dije ni una sola palabra de lo que había pasado en la tarde.

Así siguió nuestra vida. La tensión de la noche anterior se fue disipando. Aquel caos emocional vivía bajo las apariencias del orden de la casa. No era solo que siguiéramos viviendo según las reglas, sino que tratábamos de ser una auténtica familia. La peor mentira es aquella con la que una se engaña a sí misma, lo sé. Yo sabía a dónde iba Alonso todas las noches, pero saberlo no solucionaba nada. Algunas veces inventaba excusas y me esforzaba en creerlas para estar tranquila, pero no se puede vencer el orgullo y la duda. En vano me decía que no tenía que pedirle explicaciones. Tan pronto como Alonso salía de la casa yo enloquecía de rabia y de celos, frente a él hacía como si no pasara nada.

Pensarás que estoy loca, pero yo no quería la verdad, no quería oírla de su boca, quería que él me mintiera, que me negara sus encuentros con otros hombres, eso me hacía sentir segura. Sé que se piensa que en las mujeres existe una tendencia natural a la mentira, pero para el engaño se necesita una cierta reciprocidad, sin ella, el paso siguiente no es posible. Alonso también participaba de esa mentira que se fue convirtiendo en un extraño y doloroso vínculo entre ambos. Además, sabía que en el momento en que él me lo confesara todo, yo terminaría aceptándolo y no quería eso. Una noche él no pudo más, regresó a casa más temprano que de costumbre, en lugar de ir a la habitación de Esteban se encerró en su estudio sin decir nada. Con el pretexto de entregarle unas facturas lo seguí. Había algo en su rostro, una expresión dura, su mirada contenía una pregunta silenciosa que era imposible evitar. Nunca lo vi titubear tanto como entonces. Me puse terriblemente nerviosa, yo sabía lo que seguía, él se acercó y me abrazó.

—¡Perdóname! —me dijo mientras me apretaba fuerte.

—¿Qué has hecho, Alonso?

—No quiero que sufras por mi culpa…

Creí leer en sus labios una inquietud que se asemejaba a la vergüenza.

—¿Qué está pasando, amorcito?

—No me llames así…

—¿Por qué…?

—He estado con hombres, Sonia… Sabes a lo que me refiero.

No encontré en ese momento ninguna palabra, me quedé quieta, como cohibida. Yo lo sabía, pero cuando lo dijo él, un estremecimiento pasó por mi cuerpo.

—¿Me desprecias ahora? —murmuró sollozando en voz baja.

Me quedé mirando al suelo y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Por qué tenías que decírmelo? —le grité llena de rabia.

—Ya no podía…

—Debiste haberte quedado callado. ¡Eres un maldito egoísta!

Nos miramos con odio.

—¿Desde hace cuánto? ¿Desde hace cuánto estás con otros hombres?

Él se dejó caer de rodillas y se cubrió el rostro con las manos, sin decir nada. Sentí una rabia tan grande que habría podido golpearlo, acabar con él, pero no quería dejarme vencer por el despecho.

—¡Perdóname! —le dije—. Yo también soy una egoísta, pero entiéndeme…

Nos tomamos de las manos.

—Eso se te pasará, yo te ayudaré —le dije.

Alonso me miró perplejo. Un sentimiento amargo nos oprimía el corazón a ambos.

—No quiero que sufras —me dijo con tanta resolución que me asustó el sonido de su voz.

Me quedé pensativa, paralizada.

—Juntos saldremos de esto —le dije al fin.

—¿Y si no puedo?

—Yo estaré contigo siempre —le dije, esbozando una sonrisa amarga.

—Tengo miedo, Sonia. Yo no quiero alejarme de mi hijo, no concibo imaginar mi vida sin él. Pero él no se merece un padre como yo, tú tampoco te mereces esto.

—Nosotros estaremos contigo siempre, no importa lo que hagas.

—¡Solo los tengo a ustedes! No tengo a nadie más en el mundo —me dijo en voz baja; sus labios temblaban. Luego se puso en pie de un salto y fue hasta un extremo de la habitación.

—¡Déjame solo, por favor! —dijo con frialdad, como si le costara pronunciar esas palabras.

Estaba pálido, con los ojos irritados. Era un momento terrible en su vida. Comprendí su necesidad de decirlo todo. No le hablé más nada y salí. Sentía que las piernas me temblaban de un modo extraño, tenía las manos frías y la garganta seca, pero estaba dichosa, en ese instante volví a amarlo, lo amé tanto como en ningún otro momento. ¿Por qué? Porque ese hombre que luchaba contra su demonio estaba solo, siempre había estado solo y no era feliz. Nada nos atormenta más que la felicidad del ser que amamos si esa felicidad no es a nuestro lado. Pero ahora sabía que después de sus largos recorridos y de sus encuentros fortuitos, él regresaría a la casa. En ese abandono en el que él estaba me pertenecía por completo. Pero desde ese mismo minuto todo cambió, su confesión y mis intentos por hacer que él volviera, consolidaron la ruptura entre ambos.

Puede sonar contradictorio, pero a pesar de que mi vida junto a él era desgraciada yo no era del todo infeliz. Pasaron los años y Esteban fue creciendo. Para entonces, Alonso vivía tan lejos de mí que solo se interesaba por el niño. Aquella relación pesaba en ambos como una debilidad consentida. Las palabras de amor ya no significaban nada, las despedidas terminaban casi siempre con unos besos obligados, que no eran más que una caricatura del afecto. Cuando él estaba en la casa no pasaba mucho tiempo sin que encontrara un motivo para marcharse. Sus excursiones nocturnas, que parecían al principio modestas salidas de estudiante, se volvieron más frecuentes y largas. Volvía casi siempre de madrugada, derribado por el cansancio. Él se mataba a fuerza de derroche, satisfaciendo los deseos de su cuerpo, pero yo no iba a reprochárselo. Una noche llegó borracho y me acusó por no censurarlo.

—¡Yo no te importo! Es tu culpa que yo esté así, que haya caído tan bajo —me gritó.

Me quedé sentada, en medio de la habitación del niño, con la ropita que estaba doblando en las

manos. Mi primer impulso habría sido gritarle, pero él ya había dado la vuelta y estaba en la otra habitación gimoteando. Entonces me di cuenta de lo estúpido y lo débil que era. Y me pregunté: ¿Qué hago junto a este hombre? ¿Por qué me aferro a algo tan pequeño? Él se va todas las noches con algún desconocido, con el que se emborracha antes de terminar en una cama, y luego regresa y me recrimina. Me consumía una rabia intensa contra mí misma, sentía esa oleada de sangre caliente en la cabeza. “Eres más tonta y más débil que él” —me gritaba mi voz interna—. “Te mereces lo que tienes. No podrías estar al lado de alguien mejor”. Después, cuando la rabia cesaba, sentía pena por él.

Alonso sufría porque el amor no había llegado a su vida, y a esa falta de amor se sumaba la culpa que sentía después de recorrer los sórdidos y peligrosos caminos en donde tenía que buscarlo. El mío no era suficiente, él quería el amor de un hombre. Yo lo entendía, pero me sentía incomprendida y eso me amargaba.

Además, lo quisiera o no, comenzaba a sentir temor en torno a una persona.

En ese tiempo, Alonso había logrado penetrar de lleno en el cerrado círculo de Édgar V.; se encontraba siempre a gusto allí, a pesar de tener que tratar con desconocidos que acudían a citas pagadas proporcionadas por el dueño de la casa. Ignoro si alguna vez existió en Alonso algún interés por ese hombre, más allá del que se tiene por un amigo. Mis temores giraban en torno a la influencia que el otro pudiera tener sobre él; en muchas cosas, Alonso comenzaba a imitar o perpetuar a ese viejo zorro que sentía, además, cierto desprecio por las mujeres.

Por aquel entonces comencé a frecuentar a Orlando. Él pensaba que yo iba a verlo en busca de consejos y se afanaba en dármelos, pero yo sabía que todo ese palabrerío no servía de nada y, sin embargo, la certidumbre de su presencia no me dejaba derrumbar. Pero a veces, después de que hablábamos, ya no estaba tan segura de que él fuera amigo de mi marido y mucho menos mío.

Un día ocurrió algo. Estábamos en su estudio, él me leía una noticia publicada en el periódico de la mañana con la luz apagada, casi a oscuras. De pronto soltó las hojas y se acercó hasta donde yo estaba.

—Sería capaz de hacer cualquier cosa por ti si tú me lo permitieras —me dijo y me apretó fuerte.

Me puse colorada, me sentí incómoda, me desagradaba esa euforia cargada de ofrecimientos y de promesas que nacían de la atracción del momento. Yo sabía que sus intenciones no eran infames, pero tampoco eran serias. A partir de ese episodio lo prudente habría sido evitarlo, pero no tenía con quién más hablar ni a dónde más ir. Por la casa de mi padre hacía mucho que no pasaba, no me apetecía ir, allí todo era triste.

Un miércoles por la tarde recibí una llamada telefónica de Orlando que me pedía que fuera. Me acuerdo muy bien de aquella escena. Cuando llegué a su casa me recibió con una atención espantosa; yo estaba nerviosa, más de lo habitual. No se puede estar a solas con las intenciones y los deseos de un hombre.

—Quiero hacerte una propuesta —me dijo.

Lo miré con interés. Él se estremeció y me cogió la mano, como si quisiera decirme algo, pero no dijo nada.

—¿Has bebido? —le pregunté

—Algo, pero no estoy borracho. Lo que voy a decirte no es producto del alcohol.

—Dímelo —le pedí de inmediato.

—Quédate conmigo. Quiero que seas mi mujer —me dijo.

Como yo callaba, él añadió con calma:

—Por Esteban no te preocupes, yo lo quiero como si fuera mi hijo.

Me sentí ofendida, como si fuera un chantaje y no una propuesta lo que acababa de oír. Me enderecé y busqué la salida.

—No me vuelvas a llamar —le dije.

Él no se sorprendió. Yo me había comportado según lo previsto.

—¿Por qué te empecinas en seguir con Alonso? ¿Qué vas a hacer cuando él conozca a alguien y se enamore? —me gritó.

—Él no puede amar a nadie —le respondí y me marché.

Durante semanas enteras permanecí encerrada; me sentía sola, esa soledad me asfixiaba. Los días eran como salas vacías. Poco a poco me había alejado de todos y solo me había quedado con mi hijo. Pero cuando estaba demasiado tiempo a solas con él, no lo aguantaba. Rabia, por supuesto, no es la palabra más adecuada. Sentía que ya no tenía ni un instante para mí, que dedicaba mi vida a un ser que no me importaba, mientras que el hombre que quería se alejaba de mi lado. No creas que despreciaba al pequeño, luché por quererlo, sobre todo porque veía el cariño desmedido que Alonso sentía por él.

Una tarde de desespero me acordé de Adrián. Llegué a pensar que la vida había sido más sencilla a su lado de lo que yo había creído. Se me ocurrió ir a visitarlo.

—¡Y ese milagro! —imaginaba que me decía—. No pensé que quisiera volver a verme.

—Ahora podemos vernos. Ya no estoy enamorada de ti. No te incomodes que no he venido a hacerte ningún reproche. La vida ha cambiado mucho en estos últimos años. En el pasado creí que tenía problemas contigo… ahora me parecen una niñería comparados con los que tengo. Quisiera volver a ese tiempo de ingenuo entusiasmo. Era muy joven. Ahora me siento una inútil. No soporto ese sentimiento. Me casé con un hombre que ya no quiere estar conmigo. En algún momento fuimos felices, o por lo menos yo lo fui. Pero la felicidad es también a veces una carga, y una muy pesada de llevar. Conocemos a alguien, nos enamoramos, nos vamos a vivir juntos, decidimos formar una familia y, de repente, un día uno descubre que no basta con amar. Nos asfixia ser el centro de la vida de alguien, a quien devoramos con los ojos, por quien estamos dispuestos a darlo todo. Pero cuando se aleja quien nos ama, el amor vuelve a ocupar el centro de nuestras vidas. ¿Se ama o no se ama? O, mejor, ¿nos aman o no nos aman? Contradictorio, ¿no? Pero así es la vida. Es como ganar el premio mayor de la lotería y, en la abundancia, despreciar el dinero por no saber qué hacer con tanto que se tiene, y al día siguiente perderlo todo. Tropezamos siempre con la misma piedra, o la buscamos. Todo comenzó contigo, desde ahí ha ido repitiéndose la misma historia. Te ríes, sí, sé lo que me vas a decir, tarde o temprano aparecen los reproches, pero tú estás muerto, así que ya no puedo reprocharte nada.

—¿Hace cuánto estoy muerto, Sonia?

—Hace muchos años.

No fui a visitar a ese hombre que ya no existía, en cambio tomé el camino del vecindario donde vivía mi padre. Hacía mucho que no lo veía. Sabía que la madre de Hilda se había marchado y que ella a duras penas lograba sobrevivir junto a Manuel con el poco dinero que yo les enviaba cada dos semanas. Hilda había conseguido trabajo por horas empacando bolsas en un supermercado. Manuel no podía hablar. Esa noche lo encontré en un cuarto oscuro que daba al patio, acostado en la cama, con la radio encendida; había tanta desesperanza en su mirada que su rostro había tomado la expresión de esos seres que ya no tienen aspiraciones ni ambiciones en la vida. No le conté mis problemas, estaba muy enfermo y, además, ¿qué habría podido hacer?

Cuando me vio, levantó la cabeza con un movimiento muy típico en él y me extendió las

manos. Se esforzó por decirme algo. Me acerqué a su oído.

—El castigo les llega siempre a otros —me dijo.

No comprendí esa verdad desesperada en aquel momento, me pareció la exageración de un enfermo terminal. Estuve un rato mirándolo a los ojos.

—No pienses en eso —le dije.

Me miró con tranquilidad con sus ojos nublados y brillantes. Luego miró a su alrededor, examinó la habitación con la curiosidad de un huésped. Algunas lagunas se posaban en su memoria.

—Te pondrás bien —le dije. Manuel sonrió ante la falsedad de esas palabras. Él sabía que los días plenos en los que se había sentido vivo habían quedado atrás; ahora pensaba que las horas ya no le pertenecían por completo, sabía que lo que seguía era indescifrable. Me sentí culpable por decir esa mentira con la que pretendía remediar el tiempo que lo había dejado solo.

Al salir me di cuenta de que Hilda estaba embarazada; el niño no era de mi padre. Una semana después, Manuel murió. Alonso se hizo cargo de los gastos del funeral. Hilda mostró una admirable calma y solicitud, se ocupó de la casa y de las cosas de Manuel hasta cuando llegó su madre. La mezquina señora se había enterado de la muerte de su yerno por boca de una vecina y apareció después de las exequias para hacer cuentas. Se empeñó en contarlo todo. Del muerto no quedó nada, ni siquiera una partitura que había mandado a encuadernar en terciopelo rojo. Aunque no leía, doña Blanca se llevó también los libros. El piano lo había vendido antes para pagar los gastos de una cocinera.

Después de la muerte de Manuel estuve fuera de mí. Hilda cayó enferma de cansancio. Yo me arrastraba de la casa al hospital como una loca. Así pasé un par de semanas hasta que todos temieron que también yo fuera a enfermarme. Pero esta pérdida consiguió acercarnos a Alonso y a mí, por lo menos, durante algún tiempo. Todos los días él llamaba para saber cómo estábamos el niño y yo. Las cosas mejoraron un poco. Cuando regresaba de sus viajes estaba más tiempo en casa. Yo me sentía satisfecha con esas migajas, era mejor a no tener nada. Cuando íbamos por la calle, él me tomaba la mano de una manera sencilla y natural, como se la toma a un anciano desconocido al que se ayuda a pasar la calle. Una que otra vez volvimos a estar juntos, pero aquellos nuevos episodios carnales solo sirvieron para agitar el deseo insatisfecho, y después quedábamos uno junto al otro como un par de extraños que no tenían nada que decirse. La confianza que da el placer estaba desde hacía mucho tiempo ausente entre nosotros.

Poco a poco el dolor agudo provocado por la muerte de Manuel se fue transformando. No es cierto que el sufrimiento nos golpee igual todas las veces, en ocasiones se contagia de una extraña apatía. Un día quise volver a salir, me arreglé como para una fiesta, pero esta vez no preparé ninguna cena para mi marido, ni compré vino, ni invité a Orlando. Me arreglé así porque había tomado una resolución: o Alonso volvía por completo o yo me alejaba de su lado. Había intentado amar en libertad, pero confundía la libertad con la abnegación y el autoengaño. Esa noche, cuando él regresó yo estaba como una reina. Lo notó, pero no dijo nada; dejó su saco y subió a cambiarse de camisa. Dejamos a Esteban con Hilda y fuimos a un bar que acababan de abrir en el centro. Durante el camino ninguno de los dos pronunció ni una sola palabra, yo iba en la esquina del automóvil, mirando las calles, con las manos cruzadas sobre las piernas. Él tampoco me miraba, parecía distraído. Cuando llegamos, un camarero nos llevó hasta la mesa que yo había reservado, en una esquina, casi a oscuras. Ordenamos unas copas de brandi. De pronto él se levantó de la mesa con una excusa cualquiera. Se me pasó por la cabeza que había ido detrás de algún hombre. Cada vez que salíamos juntos yo tenía que ver como él me dejaba

sola, de pie, en mitad de la fiesta, expuesta a la hipocresía y a la mirada de todos. Le gente lo sabía, pero nadie quería decirlo. Cuando volvió y se sentó, le dije:

—Lo mejor es que te vayas y no vuelvas. Pero si decides quedarte quiero que seas solo mío.

En ese momento yo tiritaba como una hoja. Él no se inmutó, permaneció inalterable como si hubiera escuchado eso mismo muchas veces, como si hubiera sabido que habíamos ido para que yo le dijera eso.

—¡Como quieras! —pronunció y se levantó de la mesa—. Al otro día lo busqué para pedirle perdón. Regresó a la casa una semana después. Algo en él debió hacerle pensar que el lugar de un hombre estaba en su casa, o que las posibilidades que tenía por fuera, que al principio parecían infinitas, ya no eran tantas. Volvió porque estaba solo y porque el amor carnal que encontraba en la calle, pese a que lograba satisfacerlo, no podía proporcionarle lo que él esperaba.

Durante las semanas siguientes se limitó a su rutina del trabajo. La jornada comenzaba con una ducha de agua fría, seguía con el desayuno que él mismo se preparaba y con una visita al cuarto de Esteban antes de salir para su oficina, donde permanecía durante el día. Al llegar la tarde, disfrutaba manejar por las afueras de la ciudad. Luego venía la reunión, casi obligatoria, en casa de Édgar o en un bar, donde conversaba con algún guapo joven de ojos y sonrisa admirables. El día se cerraba con su regreso a casa, y una nueva parada en el cuarto de Esteban, donde a menudo pasaba la noche. Los ratos en que estábamos juntos, él me oía con atención, pero parecía no advertir mi presencia. Estaba extenuado, como si hubiera hecho un largo viaje. Me di cuenta de que no había vuelto por mí, sino por el niño. Pero ya no me importaba, mientras él volviera yo tenía poder sobre él. Confundimos el amor con el poder que queremos tener sobre otro.

Por duro que parezca me acostumbré a esa vida. Por momentos parecía una auténtica vida de madre y de esposa, con sus preocupaciones y sus tareas. Pero era una existencia falsa, sin sentido. Yo habría podido quedarme así hasta morir, aunque en el fondo me mantenía siempre a la espera de que algo cambiara. Mi absoluta sumisión con Alonso no servía de nada; ya nunca sabía en qué me estaba equivocando cuando le decía algo, o cuando me callaba, el caso es que nuestras conversaciones languidecían o se volvían casi siempre reproches. A él le molestaba la mirada con que yo lo recibía y lo despedía, la sentía cargada de reproche y de desconfianza. Aun así, él también parecía acostumbrarse a esa vida, rehuía el peligro o se acercaba solo hasta el borde, conformándose con algún encuentro casual, por el que no arriesgaba mucho, tal vez porque tenía la impresión de que en su círculo de conocidos las aventuras sentimentales no duraban, o porque al final se daba cuenta de que no quería tanto a sus amantes como creía al principio. Cuando llegaba a casa, siempre mentía.

Así era nuestra vida. Pero una vez pasó algo: la advertencia de Orlando se cumplió. Alonso conoció a un hombre del cual se enamoró. La casualidad de las circunstancias me hizo saberlo. Nuestro hijo estaba por cumplir cinco años. Habíamos quedado con Alonso de encontrarnos en la heladería de siempre, junto a la esquina de la plaza central. Llegué temprano y, mientras lo esperaba, me entretuve mirando desde adentro a una mujer que ofrecía un objeto pequeño a los transeúntes. Estaba vestida de forma ridícula, llevaba un abrigo blanco, imitación de piel, y botas cafés; tenía el cabello recogido con un gancho que le aumentaba un moño postizo. Me inquietaba saber qué era lo que vendía. Ella soportaba mi curiosidad con tranquilidad, mirándome de vez en cuando a través del cristal. Pasados unos minutos cambié de mesa para observar mejor, se trataba de una cadenita dorada de la que colgaba un cristo. Eran las 8:47, habían pasado tres cuartos de hora. De pronto vi que se acercaba Alonso y volví a la primera mesa; la mujer le extendió la

cadena como a todos y él se detuvo; estuve tentada a salir y disuadirlo de que no comprara algo que seguramente era robado, pero me contuve. Después de regatear, él sacó unos billetes y guardó la prenda en el bolsillo. Cuando entró lo abracé, no le mencioné nada sobre la cadena y hablamos del cumpleaños de Esteban.

Pasaron las semanas. Yo había casi olvidado el episodio de la cadena, hasta una mañana en que salí de compras. Era un día soleado, hacía un calor húmedo, pegajoso. Yo cargaba varios paquetes en la mano; lo mejor habría sido tomar un taxi hasta la casa, pero por una oscura suerte doblé la calle en dirección a la gran avenida. Adelante alcancé a ver a Alonso, que iba caminando en compañía de otro hombre. Hablaba animadamente y sujetaba a su compañero por el brazo, como si lo condujera. Se separaron a mitad de cuadra, cerca de la terminal de buses. El detalle que tuvo Alonso de limpiarle la solapa del saco, al momento de despedirse, me previno. Decidí seguir al desconocido. Como él caminaba de prisa, tuve que apretar el paso para no quedarme rezagada. En la esquina de una enorme tienda lo alcancé y me acerqué con la excusa de preguntarle por la dirección de una antigua farmacia. Él me observó con poca atención.

—¿Cómo se llama? —me preguntó.

—¿Yo?

—No, el sitio…

Clavé los ojos en la cadenita que colgaba de su cuello, con la boca abierta, como si observara un fenómeno extraño. Era la misma que Alonso había comprado afuera de la heladería. Debí haberme puesto pálida como una estatua de mármol porque él me preguntó si me sentía bien, pero yo estaba indispuesta y volví a casa. De inmediato fui a buscar la cadena entre las cosas de mi marido. No la encontré.

En adelante mis temores giraron en torno a ese hombre. Competir por el amor de mi marido, ya lo había hecho otras veces, pero ahora era distinto. En el pasado, cuando apenas conocía a Alonso, había vivido meses enteros engañada, luchando contra un fantasma con nombre de mujer que no existía. Pero ahora el enemigo tenía cara, era de carne y hueso, y aunque Alonso no hablara de él y no lo llevara a casa, vivía entre nosotros, al punto que no era difícil sentir su presencia.

—¿Quién es ese muchacho al que le regalaste la cadena? —le pregunté una vez, al terminar de cenar.

Él me miró atónito; parecía realmente sorprendido.

—¿Cuál cadena? ¿De qué me hablas?

—La cadena que compraste en la esquina del parque.

—¿Me estás siguiendo? ¿Has esculcado entre mis cosas? Ya no puedo tener nada ni en mi propia casa.

Se levantó ofuscado de la mesa. No quise hacerle más preguntas, de nada valía deshacerse en reproches.

Alonso está enamorado, por primera vez ha encontrado a alguien junto a quien todo le parece distinto, aunque no sea nuevo. No se trata de un amante ocasional o de un joven compañero de moda, que lo adentra por esos senderos, tan abiertos como cerrados, de peligro y libertad salvaje, por donde él ha transitado muchas veces. Mauricio es una excepción a la regla, comenzando por su belleza que resulta difícil de definir. Tiene treinta años, es de mediana estatura, moreno y de ojos cafés, como un andaluz. Frecuenta poco los ambientes gais porque le parecen poco seguros; vive todavía con sus padres, trabaja como odontólogo en una clínica y por las noches estudia pintura. Su presencia aviva en Alonso la antigua repugnancia por aquellos ambientes lascivos e

indiscretos, en los que todos acaban por conocerse, y de los que había intentado huir. Con el paso de los días, le parece que nunca ha disfrutado tanto en la intimidad con un hombre; ya no siente ese instante de desplome en el que el placer pasa a ser horror. Junto a Mauricio todo se vuelve limpio y cotidiano. Su cercanía lo liberó de ese fondo de culpa y de angustia que sentía. Después de unos meses alquiló un pequeño apartamento en Gracia, que le servía de lugar para sus encuentros. Al poco tiempo Mauricio se mudó a vivir allí.

En esa época yo me mantenía tensa, como envenenada, llena de emociones incontrolables. A menudo me daba cuenta, con una especie de punzante amargura, de las conversaciones telefónicas de Alonso con su amante. Él casi siempre hablaba con impaciencia. Volví a padecer todas las angustias de una enamorada celosa. Los celos no son una inquietud pasajera. Yo intentaba ser cariñosa, pero cuando no hay amor, el cariño más tierno no sirve de nada. Alonso quería que volcara mi cariño hacia Esteban, pero yo no podía. Ya te he dicho que luché por quererlo, pero sentía que todo ese cariño y esa entrega que le daba eran inútiles; yo intentaba querer a mi hijo para ganarme el cariño de Alonso, para que mi marido me quisiera, pero él no lo veía.

Comencé a llevar una vida frenética. Una inquietud vecina a la rabia me empujaba a las calles. Coqueteaba con otros hombres para darle celos a mi marido; por las noches dejaba a Esteban solo o en casa de una vecina, y salía en busca de amantes, regresaba casi siempre de madrugada sintiéndome más sola y despechada que antes. Fue una de esas noches cuando se me ocurrió por primera vez la sucia idea de vengarme de mi marido con el suicidio. Volví a casa, el niño estaba llorando en la oscuridad. Dejé un abrigo que traía y levanté a Esteban del suelo, su cuello olía a sudor y a lágrimas. Él se prendió de mí como un cucarrón y así se estuvo hasta que se quedó dormido. Lo llevé hasta mi cuarto y lo acosté en la cama, estuve viéndolo dormir durante horas. No me quité la vida, había otras formas de vengarse, y no precisamente con mi muerte. Me propuse matar a Alonso, pero no con veneno, ni con una pistola, sino acosándolo, no dejándolo respirar, chantajeándolo con nuestro hijo. Me propuse no dejarlo libre ni un solo momento, hasta cansarlo, hasta rendir sus fuerzas. Cada vez que nos encontrábamos me vengaba de él hablándole de nuestro amor, del de Esteban y el mío.

—Yo te quiero como eres, no espero nada. Estaré aquí, estaremos los dos con Esteban, esperándote siempre —le decía.

—No sé si eres la más abnegada o la peor de las mujeres —me dijo una vez.

Los días pasaban, y cuanto más me aferraba a él, más odiaba al niño. Ese odio iba creciendo a medida que Alonso me despreciaba. Una noche, Alonso llegó primero que yo a la casa y se encerró en el cuarto que hacía las veces de estudio. Afuera llovía y las suelas de sus zapatos habían trazado un camino de huellas de barro en el suelo. Seguí las huellas y entré en el estudio, avancé hasta el escritorio donde Alonso estaba sentado y me paré frente a él. Ninguno de los dos dijo nada; después de unos minutos Alonso levantó la cabeza y me miró como si acabara de darse cuenta de que yo estaba en la habitación.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó—. No, esa pregunta me la hago para mí mismo. No sé por qué sigo viniendo aquí.

—Porque esta es tu casa, yo soy tu esposa y aquí está nuestro hijo.

—Sabes que estoy saliendo con alguien —me dijo.

Mi rostro se ensombreció.

—Ya te dije que no me importa. Yo te amo. El amor es un servicio, el que ama renuncia a su libertad para ponerse al servicio de la voluntad del otro.

—Entonces déjame ir —dijo él.

—¡Qué puedo hacer si aun sabiéndolo todo, si después de haberlo comprendido todo, cada vez te amo más! ¡Por completo! —le dije de un modo ridículo y hasta torpe—. Yo sé que tú me quieres, que no deseas hacerme daño. También sé que la forma más fácil de evitar tu culpa y mi sufrimiento es que yo me aleje en silencio. ¡Pero no puedo! No digas que no te comprendo o que te culpo. ¡Pero tampoco me culpes a mí! Yo no hago más que quererte.

Él bajó la mirada, estuvo un rato así, triste y silencioso.

—Una vez te lo propuse y regresaste —le dije sin poder contenerme, con voz afanosa—. Yo fui a buscarte, sí, pero ¿por qué regresaste? Claro, no habías conocido a… No le exijo a tu corazón nada, nada que tú no quieras darme. Si tienes que ir a verte con alguien, ve, no me importa, pero no me pidas que me aleje de ti porque no puedo.

—Yo no soy el hombre del que tú te enamoraste —dijo él con amargura—. No sé si ese hombre haya existido, quiero decir, si haya sido auténtico.

—Ya no soy una niña que vive de ilusiones. Las ilusiones se desbaratan, pero uno sigue amando, y no por las virtudes que tiene el otro, sino por algo inexplicable. Eso es el amor.

—¿Qué hay del niño? —me preguntó.

—¿Qué pasa con él? —le respondí poniéndome a la defensiva.

—Por qué no le das ese amor a él, que lo necesita más que yo. Tú no eres muy cariñosa con él.

—Si tú no lo eres conmigo, yo no lo seré con él… no puedo serlo —le dije atropelladamente.

—¡Tienes que serlo porque eres su madre! Él no se merece tu desprecio.

—Yo tampoco me merezco el tuyo —le grité.

Él me miró como no dando crédito a mis palabras.

—¡Tienes que querer a Esteban! Si no lo quieres, me lo voy a llevar —dijo en tono de amenaza, luego se levantó del escritorio y se marchó.

Hundida en la desesperación de una amante a quien desprecian o no encuentra a quién amar, no soportaba estar sola. Mi hijo no era suficiente compañía. El apartamento se convirtió en la jaula de una mujer que aullaba todas las noches como una fiera por no tener adonde ni con quien irse. Una mañana Alonso fue y me llevó donde su madre. Lo seguí por la calle, cargando al niño, sin tener idea del lugar al que me llevaba, ni a quién buscaba. Por el camino no se dignó mirarme, como si no supiera que iba detrás de él. Llegamos hasta la entrada de un segundo piso. Yo subí las escaleras con un presentimiento extraño. Cuando abrieron la puerta salió una anciana a recibirnos; tenía el semblante serio, llevaba puesto un vestido sobrio, marrón oscuro, de tela lisa. Miró a Alonso con sorpresa, con sus ojos grises y acuosos, como si de ningún modo hubiera esperado tal visita. Era su madre.

—Mamá, esta es Sonia —le dijo.

La mujer me miró y luego agarró a Esteban.

—¿Por qué me has traído donde tu madre? —le pregunté sin cruzar la puerta.

—Para que sepas la verdad.

—¿Qué verdad?

—¡Entra! —me dijo con tono áspero, pero a la vez suplicante.

Después de que crucé la puerta Alonso se marchó, nos dejó solas a su madre y a mí con el niño. Yo estaba nerviosa; tenía las piernas heladas, pero las manos me sudaban a causa de la excitación.

—Tranquila —me dijo la señora—. Él también mantiene una relación fría conmigo. ¿Quieres una taza de café? Acabo de prepararlo.

Fue hasta la cocina y trajo dos tazas que puso sobre la mesa.

—Yo tampoco sé por qué él ha hecho hoy esto. Seguro sabe que sufres. El también sufre, no creas que no, lo que pasa es que las mujeres sufrimos de una manera distinta, nosotras nos sentimos tan seguras que jugamos la vida en el amor; sin él, nuestra vida se hace gris. Él también tiene mucho de eso, es orgulloso y apasionado y las almas así siempre sufren mucho.

La miré sin decir nada. Ella hizo un gesto con la boca, como dándome a entender que quería tomar parte en todas mis preocupaciones.

—Él está feliz. Soy yo la que sufre —le dije.

—No se puede amar a la fuerza.

—Tampoco se debería amar a costa de la miseria de otro.

—No lo creas tan feliz porque no lo es. A menudo exageramos la felicidad de los otros porque no la tenemos.

—¿Para qué me dice eso? —le pregunté.

—Para que puedas estar más tranquila.

Tomó la taza y me la pasó con un gesto familiar.

—Bebe un poco. ¿Te gusta con azúcar?

—Así está bien, gracias. Soy sincera si le digo que no me siento especialmente desgraciada. Hubo otro tiempo en que sí, cuando apenas éramos novios y usted pretendía casarlo con una muchacha rica. Vivía siempre atormentada, con zozobra. Ahora es distinto.

—¿Pretender casarlo? —me preguntó y sonrió con un gesto mohíno.

—¿No es verdad?

—Vamos, hija —me dijo en tono severo, de reproche—. ¿De qué te conviene saber esas cosas? Ya habrás sufrido suficientes mentiras por parte de Alonso.

Yo callaba y miraba la taza, ella se entretuvo un rato con el pequeño.

—Nuestros comienzos no son libres —me dijo después de un rato—. A mí también me costó aprender a quererlo.

—¿A quién?

—A Alonso. Cuando llegó a esta casa tenía siete años.

El tono inicial de nuestra conversación había cambiado, se había tornado más íntimo. Me di cuenta de que estaba a las puertas de una confesión que aquella señora contaba sin ninguna muestra de emoción ni disimulo.

—¿Usted no es su madre? —le pregunté.

—Desde entonces lo fui.

—Y su verdadera madre, ¿quién es?, ¿dónde está?

—No lo sé —respondió con renuencia, como si le costara pronunciar las palabras.

—Él jamás me contó nada. Una mañana llegó con Alonso y me dijo que sería nuestro hijo. No me dio más explicaciones.

—¿Que hizo usted?

—Lo mismo que seguramente tú estás haciendo ahora —dijo ella, tosiendo—. Decidí aceptar lo que no podía cambiar. Una mujer parece más racional cuando es más resignada. Acepté a su hijo, lo acepté con la certeza de que así él volvería, pero nada cambió, él se siguió yendo y yo tuve que hacerme cargo del muchacho. Ese no es el camino. Si ahora volviera con el niño no me importaría dejarlos morir de frío en la calle.

Al principio yo no lo quería, poco a poco fui encariñándome con él, hasta el momento en que

me di cuenta de sus inclinaciones. Entonces pasó una cosa extraña, sentía rabia, pero ya no podía dejar de quererlo. Él es un poco como su padre. Una mañana Marcos regresó después de casi un año de estar ausente; Alonso era un adolescente. Pensé que venía por su hijo, pero lo que estaba buscando era dinero, sabía que yo se lo daría. “No puedo quedarme”, dijo. “Para un hombre como yo el obstáculo más grande son aquellos que lo aman, porque quieren retenerlo. Tú eres lo más honesto que ha habido en mi vida”. Lo escuché con asombro —no era lo que me decía lo que me sorprendía, ya le había oído decir eso mismo muchas veces—, sino su manera de hablar, su tono de voz. Nunca más escuché a alguien hablar así. Después de ese día yo no me hice muchas ilusiones acerca de su regreso.

Ella tosió y se llevó la taza a la boca.

—¿Y no regresó más? —le pregunté.

—Se apareció hace como cinco años, poco antes de que tú y Alonso se casaran. Estaba muy envejecido y lleno de deudas. Vino a que le entregara el apartamento, este, quería que se lo pusiera a su nombre para poder venderlo. “Podrías vivir aquí mientras lo vendo”, me dijo. “El muchacho ya está grande, tiene que aprender a defenderse solo”. “¿Y yo?”, le pregunté. “Tú siempre has sido buena conmigo, no tengo a quien más pedírselo”, me respondió. “Habla con él, con tu hijo”, le dije. “Haré lo que él me diga”. Marcos intentó disuadirme, pero me mantuve firme: “Dile a él esto mismo que me has dicho a mí, yo haré lo que él me diga”. No se lo dijo, no se sintió capaz. Después de eso no consideró necesario volver.

Ella se detuvo. Había hablado sin ningún tinte de nostalgia ni de soberbia. Yo me sentí acalorada y le pedí agua.

—Este niño es también tuyo, cuídalo, él no tiene la culpa de lo que pasa entre ustedes —me dijo mientras me pasaba el cristal lleno.

—Piensa que ya ha sido mucho vivir casi un año de felicidad junto a él. La felicidad duradera no es cosa de mujeres. No te empecines en hacerle daño.

Al principio no entendí bien sus palabras.

—Hay mujeres que hacen fracasar la vida del hombre del que se enamoran —me dijo finalmente—. Cuando tenemos el corazón y el orgullo herido dañamos lo que más cerca tenemos.

Un silencio embarazoso se impuso entre ambas. Esa mujer sabía de mí misma algo que ni yo sospechaba entonces.

—Lo que Alonso siente por ti es algo distinto.

—¿Para qué me sedujo si no me quería?

—¿Es que no te has dado cuenta? —me preguntó, sacudiéndome por el brazo.

—Sí, si… lo sé —le dije, liberando el brazo y me froté las sienes, creyendo saber a qué se refería.

—Sé que él es así y que no va a cambiar sus gustos.

—Ese no es el punto. Aun cuando él no tuviera los gustos que tiene, ustedes no podrían ser felices.

Me quedé quieta, mirándola.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque no son iguales.

Lo comprendí sin que tuviera que decirme más palabras. Había en esa frase, además de una excesiva confianza, cierta agresividad. Sin embargo, no había dicho algo más cierto en toda la mañana. Miré a Esteban, el delfín de peluche con que jugaba, y me estremecí. Sentí que todo

estaba claro, que hiciera lo que hiciera, Alonso no regresaría conmigo.

—Ya no soy una niña que vive de ilusiones —le dije con terquedad y me levanté en busca de Esteban—. Gracias por él café —agregué y caminé hasta la puerta con el niño.

Ella se repuso, volvió a guardar su aire de señora.

—Espera —me dijo—. ¿Me permites que te lea algo antes de que te vayas?

Me mantuve de pie. ella fue hasta una mesita donde reposaba una imagen de la Virgen y tomó un libro que estaba al lado, buscó un pasaje subrayado entre las páginas y leyó:

—"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. O qué hombre hay entre vosotros que, si su hijo le pide pan, le dará una piedra. Mateo, 7,8".

—¿Qué debo pedir, madre? —le pregunté atormentada—. ¿No ha pedido usted también lo mismo?

—Reza un poco cuando te sientas desesperada. Rezar nos consuela.

No recordaba haber rezado nunca, salvo una jaculatoria al ángel de la guarda que repetía de niña cuando mi padre no llegaba. Al salir del piso se me hizo insoportable la idea de regresar y encerrarme en la casa, di vueltas exaltada, con el niño, todo el día por la ciudad, hasta que me atacó un cansancio infinito. Volví a la casa de noche. En el cuarto de Esteban había una luz tenue; Alonso estaba desnudo, dormido, acostado boca abajo sobre la cama. Aquel hombre, enteramente hecho de carne, ya no me pertenecía.

2

Los días siguientes no tardó en darse entre Alonso y yo una intimidad de víctima y verdugo. Él ya no disimulaba su relación con Mauricio y yo exhibía sin ningún pudor a mis amantes. Una vez intenté valerme de Orlando para darle celos; ambos sabíamos de su interés por mí. Lo invité a cenar; estábamos sentados los tres en la mesa, mi marido, su amigo y yo. En un momento Orlando estrechó mi mano por encima del mantel, Alonso tiró el cigarrillo que fumaba y se puso de pie, sonrió socarronamente y se marchó. Aquella aparente libertad que él me daba era solo desinterés. Despechada por no lograr mi objetivo, los éxitos con otros hombres no me importaban nada. Yo amaba a mi marido y lo amaba más todavía después que regresaba de sus aventuras. No decía nada, sentía que me iba haciendo incapaz de vivir de otra manera. No tenía valor. La comodidad es también una forma de cautiverio. Fue él quien no pudo más. Un día trajo una maleta, empacó sus cosas y se fue.

Yo hice de todo para olvidarme de él y no sentir su separación. Intenté pensar que otros sufrían más que yo, que el mundo estaba lleno de miseria, millones aguantaban hambre o estaban enfermos, pero ¿qué importaba el mundo y su locura frente a mi infelicidad? Mi problema no era el hambre ni la violencia del mundo, sino el abandono de mi marido. Visité a enfermos, a jóvenes desahuciados por el cáncer. Todo era inútil, no podía quitarme a Alonso de la cabeza. A menudo me reprochaba que debía estar cuidando a mi hijo en lugar de ocuparme de niños enfermos ajenos. Por las noches, cuando salía, me sentía culpable de estar en algún bar, y al mismo tiempo sentía rabia de tener que volver a casa. Ya no podía estar bien en ninguna parte. Era humillante tener que ofrecer a varios lo que habría querido darle solo a mi marido; se convierte en una carga estar con otros hombres a los que no se ama.

Algunas mujeres en esa misma circunstancia pelean por quedarse con la casa, por mantener su posición social o por sus hijos, para mí ninguna de esas cosas valía la pena si no tenía a Alonso. Por esa época Orlando estuvo muy pendiente de mí; ya no tenía las mismas pretensiones conmigo, al cabo de varios rechazos decidió buscar a otra. Yo solía llamar de vez en cuando a su

puerta para mortificarlo con mis dudas. Cierta noche, aproximadamente un mes después de la partida de Alonso, nos encontramos en la calle. Yo acababa de salir medio borracha de un bar.

—Soy mala, estoy podrida, ¡déjame! —le dije.

—Eres muy buena y por eso haces lo que haces.

—No creas que puedes solucionar algo con palabras. Las cosas entre dos personas se resuelven con hechos y tú nada tienes que ver con esto.

Me llevó hasta el apartamento y permaneció conmigo hasta que me quedé dormida. Antes de irse trajo a Esteban de su cuarto y lo acostó a mi lado. Aquella noche dormí profundamente. Cuando desperté, pasadas las once, encontré a Alonso sentado en el comedor, con unas tijeras en la mano. No me sorprendí cuando lo vi, me sentía extrañamente sobria.

—¡Tonta! ¿No ves que habría podido lastimarse? ¿Quieres que se mate con esto? —me gritó, mostrándome las tijeras y señalándome a Esteban, que se entretenía jugando con un caballito blanco que él le había comprado.

Aquel bramido me ofendió porque me confirmaba que el episodio le había servido de pretexto para justificar sus ideas de que yo no quería a mi hijo. Le respondí con un silencio cargado de odio. Él se quedó sentado y me observó sin moverse, esperando a ver si yo me agachaba para recibir el caballito que el niño me extendía con la mano.

—Pues no le traigas estas chucherías y tráele un padre que es lo que él necesita —le dije, arrojándole la figura que se estrelló contra la pared. Esteban estalló en llanto.

Alonso se levantó de la mesa, cargó a Esteban, fue por unas cosas hasta su cuarto y se lo llevó.

—No mereces tener un hijo —me dijo.

Estuve como loca sin el niño. Al día siguiente le pedí a Orlando que me acompañara hasta la casa de la madre de Alonso; no le dije que él me había dejado. Cuando llegamos al piso decidí subir sola. Llamé y me abrió la señora.

—He venido por mi hijo —le dije—. Usted no puede tenerlo.

—Aquí no han traído a nadie —respondió—, pero ya era tarde: el pequeño, que nada sabía de rencores, salió corriendo desde adentro y se agarró de mis rodillas.

—Déjalo —me dijo—. Aquí estará mejor que contigo.

—Él tiene a su madre —le respondí.

Ella sacó del bolsillo de su falda un par de billetes y me los extendió. La miré confusa.

—Para que le compres algo —me dijo ligeramente con orgullo y empujó la puerta para cerrarla.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No son para ti, son para el niño.

Se los recibí sin mirar su valor. Lo difícil del momento ya había pasado.

—La próxima vez que le pegues te lo quitará y ya no lo traerá aquí —me dijo, marcando el pliegue amargo de sus labios.

—Nunca le he hecho daño a mi hijo. ¿Por quién me toma usted?

Nos miramos con seriedad y una ligera desconfianza. El encuentro acabó con una promesa de llevarle una vez a la semana al niño, que pasaría sin cumplir. Al bajar del apartamento con el niño en brazos me despedí de Orlando y tomé un autobús en dirección a la casa. El regreso, mucho más corto que la ida, duró cerca de tres cuartos de hora. Por la tarde hice lo que con frecuencia había hecho desde que Esteban tenía pocos días de nacido: preparé una tina con agua tibia y lo bañé. Esa tarde, sin embargo, me di cuenta de que algo no estaba bien en el niño, tal vez nunca me había tomado el tiempo para verlo, pero en ese instante lo vi. ¿Qué vi? Que el niño

estaba enfermo, pero no de un modo convencional, no de gripa o de miringitis, sino de algo distinto; de pronto se iba quedando quieto, retraído, y permanecía así durante horas. Sentí un miedo y un vértigo terribles, quise llamar a Alonso y decírselo, pero Esteban siempre había sido un tema desechado y pendiente entre nosotros; además, estaba segura de que Alonso me culparía y lo apartaría de mi lado en cuanto se lo dijera. Estaba fatalmente condenada a perderlo todo, incluso lo que aborrecía.

Los días pasaban. En mi búsqueda de amantes tropecé un par de veces con hombres que conocían a mi marido sin saber que yo era su esposa. Ninguno creía que él hubiera tenido la intención de arrastrar a su mujer a la infamia, era ella quien se degradaba buscando una relación con el amante de su esposo. El ruido de aquel escándalo crecía a prisa igual que la maleza sobre un terreno abandonado. Yo trataba de sobrellevarlo lo mejor que podía, pero aquellas voces me perseguían como el insidioso relente de una llaga sucia; sentía que un peso enorme había caído sobre mí. Algunos incluso me trataban como si hubiera cometido un crimen; las mujeres eran las peores, las más duras. Cerca de la Navidad, una tarde, llamé a Orlando, le pedí que nos encontráramos en la heladería de la plaza central. Cuando llegué él ya estaba ahí.

—Alonso me ha dejado —le dije—, se ha ido a vivir con el muchacho con el que está saliendo.

—¿Te ha dejado sola? ¿Y el niño?

—Ya no le importamos, él ha hecho su vida en otro lado, está feliz —le dije con rabia y tristeza.

—No te atormentes con la felicidad que supones en Alonso, él no es feliz.

—¿Cómo puedes afirmarlo con tanta certeza?

—Por la simple razón de que nadie lo es. Baja de esa nube, Sonia, no le des tanta importancia a Alonso, ni siquiera los príncipes de Mónaco son felices con sus mansiones, sus yates, su belleza y sus relojes de diamantes.

—No se necesita todo eso para encontrar la felicidad —le dije—. Yo sé que Alonso nunca había sido feliz, pero es de esos que no se cansan, que no se resignan a dejar de buscar la felicidad. Cuando estábamos juntos salía de la casa casi todas las noches, pero regresaba, volvía huyendo del mundo, de sus pasiones, de sus aventuras, se refugiaba en mí porque es un hombre cobarde. Pero también porque la felicidad que le estaba negada conmigo tampoco la encontraba en otro lado.

—¡Cálmate!

—No, te lo tengo que decir todo. Me lo tengo que decir todo a mí misma o voy a reventarme.

Tragaba saliva deteniendo los sollozos y el ahogo.

—Él nunca había sido feliz, ni conmigo ni con otro, pero ahora ha encontrado la felicidad y eso me mata. No había sido feliz, pero ahora sí, sí. Está enamorado, lo sé, está enamorado de otro como yo de él. La última vez que nos vimos le entregué mi dinero para que pudiera salir y encontrarse con otros hombres, porque yo solo quería verlo feliz, feliz para yo poder sufrir, pero también porque sabía que la felicidad es esquiva y así como había vuelto a la casa una y otra vez, esta vez también volvería.

—¡Cómo has podido aguantar eso! —exclamó Orlando.

—Cuando se ama no hay medias tintas. Al final, decía yo, al final se quedará conmigo, regresará desilusionado o harto y yo estaré allí, yo que he buscado serle imprescindible. Porque yo era imprescindible en su vida: pagaba los recibos, servía el café, planchaba su ropa, organizaba sus expedientes, le ayudaba a resolver sus casos, soy la madre de su hijo.

—Por el amor de Dios. ¿¡Es que acaso no te respetas!?

—No me hables de respeto —grité—. ¿Qué sabes tú del amor? ¿Qué haces aquí oyéndome en lugar de estar divirtiéndote con una jovencita en la calle?… Perdóname Orlando. Ya no sé lo que digo.

Una mesera se acercó con un vaso de agua y lo puso sobre la mesa.

—Él no ha sido cobarde, lo ha arriesgado todo para poder ser lo que es, lo que quiere ser, soy yo la que no ha podido.

—¿Sabes dónde está viviendo ahora? —me preguntó.

—Yo he ido a ver a Mauricio, así se llama el muchacho con el que vive. No es un tipo cualquiera, no vale menospreciarlo.

—¿A qué has ido allí?

—He ido a buscar lo imposible.

—¿Entonces es cierto lo que por ahí dicen?

—Los malditos que murmuran nada saben del grado de desesperación al que puede llegar una mujer. Tal vez hay algo peor que querer matar al amante de mi marido y es querer enamorarlo, no por venganza, sino por envidia, porque envidio a Alonso, sí, siento envidia de él, Alonso no merece tener un hombre así a su lado.

—¡Qué dices, mujer…!

—Que siento envidia de Alonso porque su amante es mejor que él, y él no se merece a alguien así. Yo me lo merezco, no él. ¿Por qué la vida es tan injusta? ¿Por qué Alonso pudo encontrar a un hombre así, que además lo quiere, y yo no? Parece que a los canallas les va mejor. Yo sé que tarde o temprano Alonso se va a ir y lo dejará, lo hará sufrir, y Mauricio no se merece eso, él es un hombre bueno, bello, noble. Entonces me he dicho: “Solo tengo que hacer que me conozca, que él también vea lo buena que soy yo, y que se enamore de mí. Yo si sabré cuidarlo y quererlo, Alonso no se lo merece… yo podría volver a ser la mujer de antes… podríamos irnos a vivir juntos, muy lejos, los dos, sin el niño”.

—Has perdido el sentido, ese hombre que ya no es mi amigo te lo ha hecho perder.

—Fui donde Mauricio: “Tú sabes que Alonso no puede querer a nadie” —le dije—. Él me miró con desprecio, pero después me lo ha dicho: Alonso lo había dejado también a él por irse con otro. Ahora está saliendo con un hombre rico, asisten a los grandes restaurantes y a las tiendas de moda, juegan golf durante el día y van de fiesta a los casinos por las noches. Se los ve sonrientes en la calle. Y yo aquí, mordiéndome las uñas. Mauricio está tranquilo, él está tranquilo, pero yo no puedo, no puedo. He ido a hablar con él, lo he compadecido, pero él se ha jactado diciéndome que no necesitaba mi compasión. He ido a consolarlo para que se fijara en mí, para que se diera cuenta de lo buena que soy, pero me ha echado. Me sentí tan humillada, tan fracasada, tan mermada, con una vida tan ínfima, como una cucaracha. No sabes…

Solté a llorar.

—Entonces he ido luego a buscarlo, a Alonso. He averiguado algunas direcciones. Como una loca he estado por las calles mientras mi hijo estaba solo, lo dejé encerrado con llave. Vi a Alonso saliendo de un club, al principio no me reconoció, luego se sorprendió hasta asustarse. Su expresión me asustó también a mí, sentí vergüenza de que me viera así, pero la rabia era más fuerte. Me ha jurado abandonarme y abandonar a Esteban si lo sigo buscando.

—Voy a ir a buscarlo, te traeré aquí a golpes a ese degenerado —dijo Orlando, levantándose de la mesa.

—¡No le hagas daño! No te atrevas a hacerle daño, a tocarlo —le grité.

—¿Lo defiendes? ¡Cómo puedes defenderlo! —exclamó Orlando.

—No le hagas daño —repetí sin oírlo, escupiendo las palabras casi a gritos—. ¡Se lo haré yo! ¡Solo yo! ¿Lo comprendes? Nadie más tiene derecho.

—¡Cálmate, por Dios, mujer, que te vas a enloquecer! —dijo Orlando desencajado al oírme. Le devolví una mirada de rechazo.

—¡Solo yo! —dije para mí misma en voz alta, como solía hacer a veces en presencia de Orlando.

Esa noche, en la casa, él me dio un calmante y se quedó conmigo hasta que amaneció. Con el paso de los días hubo un silencio total sobre Alonso, incluso yo parecía por momentos más tranquila. Una tarde, a finales de septiembre, me llamó su madre para decirme que él estaba muy enfermo, que estaba viviendo con ella y que quería ver al niño. Sin pensarlo un instante vestí a Esteban y tomé un taxi hasta su casa. Cuando abrió la puerta, sorprendida seguramente por lo pronto de mi llegada, su madre no supo que decir, miró al niño entre sonrisas, luego a mí con cierta aprensión, y me hizo un gesto para que pasara.

Alonso se había instalado al final de un largo pasillo, en una habitación estrecha. La habitación estaba llena de un olor a comida caliente. Todas las tardes, después de las seis, su madre le subía una sopa que él aceptaba con disgusto, ofuscado de tener que estar allí. Aquellas dos personas vivían separadas desde hacía mucho por una vieja culpa que la incomodidad, más que la hipocresía, las llevaba casi siempre a disimular. Cada cucharada de esa sopa le sabía igual a una píldora amarga. Al verme entrar con Esteban, Alonso se incorporó de la cama y sonrió confuso.

—Sabía que vendrías —me dijo con una extraña humildad—. Tú eres buena.

Al principio no entendí bien sus palabras. Quizá se habría expresado mejor si en aquel momento no hubiese tenido por testigo a su madre.

—Está más delgado —dijo refiriéndose al niño.

—Lo encuentras así porque no lo ves hace mucho —le respondí secamente.

—Sí, seguro es por eso. Pero ya lo remediaremos, lo remediaremos. Mamá, por favor, dele esta sopita al niño, désela usted misma. ¿Ya ha comido? De seguro comerá más —dijo en tono amable.

La vieja se levantó y se llevó a Esteban afuera. Alonso alzó la vista y me miró con unos ojos aguados y diminutos.

—Sonia, tienes que ayudarme. Tú eres buena —me dijo, respirando con dificultad.

Lo observé con suma atención. Tenía el rostro pálido, con unas bolsas oscuras debajo de los ojos, y un leve temblor en sus labios gruesos. Estaba desesperado.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Entonces me lo contó todo, con la misma confianza del comienzo, cuando apenas nos conocimos y me hablaba de su relación con Amanda. Yo me limité a oírlo, ocultándole la tensión irracional que sentía. Después de su última aventura, Mauricio lo había dejado, se había marchado a vivir a la capital. Alonso había intentado volver a su vida de antes, visitó un par de veces la casa de Édgar, su viejo conocido, pero en ese ambiente todo le pareció innoble, envilecedor, inútil. Además, había perdido el trabajo y no tenía dinero. Al poco tiempo cayó en una gran depresión y luego se enfermó. Lo único que le importaba era volver a estar con Mauricio, sin él su vida ya no tenía sentido. Creí que se me partía el corazón, él sentía por aquel hombre lo que yo por él.

—Tengo que ir a la capital para verlo y necesito dinero, no tengo a quién más pedírselo, mi madre se ha negado a darme un solo centavo, me dijo que mi padre se lo había quitado todo —dijo Alonso, haciéndome acercar a su oído para que no nos oyera su madre.

Un frío me bajó por el pecho. Yo había sabido, desde el momento mismo en que recibí la llamada, que Alonso me había hecho ir allí no solo para ver al niño sino para pedirme algo, lo sabía, aunque hasta el final había tratado de engañarme a mí misma. Tal vez fue por eso que me sorprendió cuando me pidió el dinero.

—Se ha ido… me ha dejado —dijo temblando, parpadeando muy rápido para contener las lágrimas.

Si yo hubiera sabido en ese momento en dónde estaba aquel hombre, se lo habría llevado.

—Tú también me has dejado —le dije.

—Entre los dos no puede haber nada, Sonia, nuestro único vínculo es el niño. Eso está claro.

—¿Qué necesitas? —le pregunté.

—Dinero, dinero para el viaje —repitió con blandura, como si quisiera indicar que estaba dispuesto a suplicar si fuera necesario—. Puedes vender mis cosas y traerme lo que te den, no importa cuánto.

—Yo te lo daré, no te preocupes —le dije en voz baja, como si hablara de un asunto vergonzoso y me levanté.

Su madre se mantuvo alejada de nosotros, sentada en silencio en el comedor. Esteban jugaba con un florero de plástico en la sala. Le encargué a la señora que cuidara al niño y salí a buscar el dinero. No puedo describir lo que sentí en aquel momento; mis sentimientos eran tan confusos como los de una adolescente. En la calle empezó a dolerme un poco la cabeza, sentía un calor sofocante; a pesar de lo descabellado que resultaba todo, estaba segura de lo que hacía. Caminé de prisa, casi corriendo, en dirección a la casa de algunos prestamistas que había conocido por mi padre, para pedir dinero a interés, a cambio de un pagaré, pero de todas me despacharon con las manos vacías. Tras aquellas visitas fracasadas sentía rabia contra mí misma, rabia e impotencia; “Él está allá, acostado en una cama, pensando en su amante, y yo aquí, pasando vergüenzas” —me decía—, pero el que me hubiera llamado y que ahora su felicidad dependiera de ese dinero que yo le estaba buscando, me daba una esperanza. “No todo está perdido entre ambos” me decía. Esa esperanza me alegraba, me libraba de volverme loca. Al caer la tarde no me quedó otra opción que ir hasta donde la madre de Hilda. Entré en aquella casa donde nada me pertenecía y donde, sin embargo, muchos de los objetos que allí había, incluso una mesita para el teléfono que estaba a la entrada, me los habían quitado a mí. Tan pronto le dije lo que buscaba, aquella mujer vieja y cínica, experta en saber siempre lo que debían hacer los demás, no se hizo esperar:

—Tu padre solo dejó deudas. Antes deberías agradecerme que no he ido a pedirte nada para pagar lo que se debe. No he ido solo porque soy muy buena y sé que ahora no tienes. Pero no debes aprovecharte de eso para venir aquí y querer quitarme lo poco que tengo y que me he ganado con mi trabajo, reclamándome una plata que no existe. A quien se la tienes que pedir es a otro, a tu marido, ¿cómo puede ser que ande derrochando por la calle y tú en una condición tan deplorable, aguantando hambre? Si quieres yo te acompaño a una comisaría para que reclames lo que es tuyo.

—¿Y la casa? —le pregunté con voz insegura.

—¡La casa! ¿Cuál casa? ¿la de tu padre…? Que te he dicho que lo único que había era deudas. Además, la casa se estaba cayendo. No dieron mucho por ella. Pero tú qué ibas a saber, si en los últimos días ni visitabas a tu padre. Cuántas veces no lo oí quejarse de que su hija lo había sepultado antes de morirse, con esas mismas palabras.

Esa mujer tenía un don para sacarme de quicio. Miré a Hilda, quien desde un rincón lo

escuchaba todo, parecía confundida y triste.

—Ahora no tengo tiempo para hablar de eso ni para ver cuentas, regresa después y ven dispuesta a pagar lo que nos debes a mí hija y a mí, que hemos tenido que vender lo que teníamos para responder por las trampas que dejó haciendo tu padre.

—No me salga con eso, con que no tiene nada, porque puedo denunciarla.

—¡Denunciarme! Vamos, te acompaño, a ver a quién dejan en prisión —dijo la señora altiva y en voz recia.

—Quédese con todo, le firmo lo que sea, no me dé nada después, solo deme el dinero que ahora necesito.

La vieja encendió un cigarrillo, exhaló una bocanada de humo y me miró a través de aquella disuelta nube:

—¿Para qué necesitas ese dinero?

—Solo lo necesito.

—¿Está enfermo el muchacho?… tu hijo.

—No —le respondí con voz dura, aunque apenas me sostenía sobre las piernas.

—Ya veo. No debería darte nada, pero no puedo negarme a ayudar a la gente —dijo con una solemnidad ridícula.

—Pero no tengo todo lo que me pides, solo tengo la mitad. Tú verás si te sirve.

—Deme lo que sea —le dije—. Noté que me temblaban los labios y no podía controlarlo.

—Me debes firmar algunas letras y comprometerte a no volver a pedirnos nada.

—No se preocupe que no regresaré.

—Espera un momento…

Mientras fue por el dinero a otra habitación, me acerqué a Hilda y le prometí volver por ella al día siguiente, ella se tapó la boca con las manos, ese gesto me asustó.

—Tenía estos documentos listos porque el corazón me avisó que venías —dijo la vieja acercándose con paso lento trayendo un contrato en la mano. Firmé todo maquinalmente, sin pensarlo.

—Tienes que ser responsable con ese dinero —insistió con una voz fría y distante—. Si uno no la trabaja, la plata se acaba.

La escuché sin hacer comentarios. Ella me parecía repugnante, solo le faltó haberse frotado las manos, como un comerciante satisfecho tras sellar un buen negocio.

—¿Y cómo está el niño? —me preguntó después de darme el dinero.

—No sé —le respondí con cierta renuencia, encaminándome hacia la puerta. Me costaba pronunciar las palabras.

—Malagradecida, le hago un favor, ¡qué digo!, una obra de caridad y así es como responde. Salió igual de miserable que su padre.

Hubiera querido tomar esos billetes y llenarle con ellos la boca, pero todo lo soportaba por Alonso. Abrí la puerta y salí. De un momento para otro empezó a llover. Regresé a la casa de la madre de Alonso en la noche. Le habría entregado todo el dinero a él, de no ser porque ella me hizo guardar una parte.

—Espera —me dijo, ¿cuánto has conseguido?

Como una sonámbula saqué los billetes y los puse encima de una mesa.

—No se lo des todo, guarda algo para ti —me dijo, tomando algunos y metiéndolos en mi bolsillo.

Cuando entré de nuevo a la habitación, Alonso estaba con el niño.

—¿Has podido conseguirlo? —me preguntó con sobresalto.

Le indiqué con la cabeza que sí.

—Gracias —dijo, cambiando por completo de semblante.

—Pero mira, estás toda mojada, como yo hace años, cuando fui a buscar a tu padre para que me diera clases y tú me abriste.

—Fue mi padre quien salió detrás de ti.

—Sí, verdad, fue él… tu abuelito —dijo, dirigiéndose al niño.

Pronunció aquellas palabras con un tono de voz casi infantil. Estaba contento, como si hubiera acabado de recibir un regalo en Navidad. De pronto se ensombreció.

—¿Te arrepientes? —me preguntó mirándome.

Saqué el dinero y se lo entregué.

—Sonia… —me dijo y me agarró del brazo.

—Toma, recibe el dinero —le dije.

—Harías cualquier cosa por mí, ¿verdad? —me preguntó serio, como cayendo en la cuenta de algo—. Yo te lo devolveré, te prometo que te lo devolveré todo —añadió—. Cuando regrese y estemos los tres de nuevo juntos…

De pronto, como si fuera consciente de que había dicho algo inoportuno, se quedó en silencio, encogido de brazos, esperando alguna réplica, yo lo miré con una sonrisa dolorosa y los labios crispados.

—No importa; después me lo das —le dije.

Él contó los billetes y los guardó en el bolsillo, y en seguida se puso a hablar de otra cosa, como si lo más importante hubiera terminado. Yo lo escuché con poca atención, levanté a Esteban en los brazos y salí de la habitación sin ningún pretexto. Ya no podíamos quedarnos solos durante mucho tiempo. La madre de Alonso me acompañó hasta la puerta.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó a la salida.

Bajé la cabeza y no dije nada.

Cuando estuve en la casa con el niño mi primera reacción fue romper un espejo que mi padre me había regalado y que a mí me gustaba mucho; luego me desplomé en el suelo para llorar. Esteban no se asustó, se quedó allí, quieto, con ese extraño mutismo que a veces le daba. En el piso de al lado celebraban una fiesta, un par de mujeres cantaban con voces estridentes.

La víspera de su partida, Alonso fue a ver al niño. Aquella visita no guardó sorpresa alguna. Alonso llevó a Esteban a dar un paseo por el parque y antes de las cuatro estuvieron de vuelta.

—¿Cómo les fue? —le pregunté.

—Ha estado un poco retraído. Creo que tiene sueño.

—¿Por qué no te quedas hasta mañana? —le dije— como antes…

Él se detuvo en la puerta y me miró; pareció indeciso.

—Quédate, no te vayas—le insistí.

—¿Para qué, Sonia? Yo podría quedarme, pero ¿qué sentido tiene eso? No me hagas volver a lo de antes —dijo con pena, arrastrando la voz.

Por un instante lo comprendí, no comprendí su infelicidad sino la mía, comprendí que yo tampoco quería volver a la vida que llevaba con él. Fue como un relámpago de libertad y de lucidez.

—Que tengas suerte en tu viaje —le dije.

Él se despidió del pequeño con un beso. Igual que otras veces fingí estar tranquila, pero tan pronto él dobló la esquina quedé desbaratada. Al otro día se marchó para la capital. Los días

siguientes volví a hundirme en la desesperación de una amante a quien desprecian y no encuentra a quién amar, llegué a arrancarme los cabellos en un arrebato de rabia y de locura.

3

La niña que Hilda esperaba cuando Manuel estaba todavía vivo nunca nació; había muerto antes de tiempo dentro de ella. Cuando lo supe, recordé la suerte que tuvo mi madre conmigo, pero a la inversa. Pocos días después de haberla visto en casa de su madre la llevé a vivir conmigo; las dos sufríamos el mismo desamparo. Hilda era de una benevolencia triste, pero después de aquella muerte se volvió más sobria, más parca, como si hubiera sobrevivido a todos los dolores de la vida y ya no se ocupara del futuro con la misma ansia ni curiosidad de antes. La expectativa y la tensión que vivió esperando el nacimiento habían desaparecido con los restos de la criatura. No sería la única hija que perdería, vendría otra más que correría la misma suerte, unos años después. Al tenerla en casa pensé que se entregaría a esa inercia propia de los débiles que a veces parece arrastrarlos a su propia disolución, pero, lejos de eso, supo ocuparse de su vida y de sus quehaceres diarios sin molestar a nadie.

Durante ese tiempo yo me sentía cansada. Ese cansancio se venía acumulando desde antes de que Esteban naciera y se exteriorizaba en un rechazo por todo lo que me rodeaba, sobre todo de la casa donde vivía. Al principio no se trató más que de detalles patéticos: el color de la pintura, la distribución de los muebles, la estrechez de los baños, luego me resultó insoportable seguir viviendo allí. Tampoco me acostumbraba a esa ciudad pequeña, demasiado vieja y tranquila, con sus calles laberínticas y sus casas demasiado altas. A veces ni siquiera podía retenerlas en la memoria, siempre había una inexactitud, un detalle que faltaba, que no quedaba claro en el recuerdo y me hacía perder en alguna esquina.

Conservo un retrato mío de esa época. Estoy con Esteban; es la única fotografía que tengo de mi hijo. Me veo ligeramente demacrada, con un vestido gris de tela lisa, que raras veces usaba, sosteniendo a Esteban, quien está desnudo, sentado en una bañera, mirando de perfil a la cámara; sus rasgos no están bien definidos, pero hay algo en ellos, sobre todo en el pliegue de su boca y en el ceño, que le dan la apariencia de un adulto precoz. Su cara parece vaciada de la ingenuidad y la ilusión que tienen los niños pequeños.

Había pasado cerca de un mes de la partida de Alonso, yo no sabía nada seguro sobre su paradero; una tarde fui a la casa de su madre para preguntar por él. La devota señora no sabía nada o se negó a decírmelo por desconfianza. Dos días después Orlando me contó que Alonso lo había llamado para pedirle dinero.

—Si te llama a ti no le vayas a dar nada. Es tan descarado que no dudo de que se atreva a pedírtelo —me dijo.

Aun cuando me hubiera llamado no tenía nada que darle, yo me había gastado hasta la última moneda, hasta el último peso; cuando no me quedó nada que vender tuve que irme del piso donde vivía con Esteban e Hilda. Alquilé una habitación que se pagaba al día en una pensión barata y sucia, cerca del mercado y de los mataderos de la ciudad. Al dolor se sumaba la pobreza con todas sus heridas; me sentía más sola, más desamparada. Desde ese momento, tuve que acudir muy a menudo a la única puerta que me quedaba abierta, a Orlando. Por entonces, él salía con una señorita a la que daba clases en la universidad, la cual, a causa de unos celos injustificados, me consideraba su enemiga. A Orlando le divertía la situación y no dejó por ello de ser mi amigo y de visitarme, aunque ya no con tanta frecuencia. Por él supe el nombre del hotel donde se alojaba Alonso en la capital. Yo todavía tenía la esperanza de que él regresara con nosotros; lo imaginaba desecho y derrotado, a la espera de que alguien lo buscara y le tendiera la

mano que él no pedía por orgullo. Conseguí dinero prestado y viajé hasta la capital.

Llegué pasadas las once de la noche. Tan pronto bajé del bus, busqué la dirección del hotel, imaginando por anticipado la manera en que Alonso me recibiría. Conservo el recuerdo de una impresión imborrable: yo había tenido a Alonso por un niño grande que no sabía lo que hacía, pero en ese instante, mientras caminaba a su encuentro, por una suerte de percepción dolorosa y extraña, sabía que ya no me iba a encontrar con el jovencito indeciso, sino con un desconocido al que le tenía miedo. Cuando di con el hotel, que no era más que una casa acondicionada para alojar forasteros, le pregunté por mi marido a un sumiso recepcionista que me dejó seguir sin consultar al huésped ni anunciar mi visita. Subí las gradas y me deslicé por un estrecho pasillo hasta la habitación 202. Toqué a la puerta, Alonso abrió y quedó asombrado, como si no alcanzara a entender mi presencia. Aquel encuentro escapaba a las reglas. La menor sonrisa de su parte me hubiera lastimado, pero él se mantuvo serio, me miró con suspicacia, sin disimulos y luego me hizo pasar. Al fondo del pasillo se oían puertas que se abrían y cerraban. Entré sin decir nada, Alonso dejó la puerta entrecerrada y se dirigió hasta una pequeña mesa que le servía de comedor; lo seguí y me senté, él también se sentó. La habitación estaba casi en penumbra, iluminada por el resplandor de la pantalla de un televisor encendido con el volumen bajo, yo sentía la cara enardecida, como al final de un baile; la camisa de Alonso desprendía un perfume dulzón que me mareaba. Estuvimos así un largo rato, unidos y a la vez separados por la mesa, sin movernos, sin mirarnos, ni decirnos nada.

—¿Cómo supiste en dónde estaba? —dijo al fin con tranquilidad, como si hablara con un conocido.

—Orlando me dio tu dirección —le respondí, y noté que mi voz sonaba insegura.

—Orlando, mi viejo amigo —dijo con un dejo de ironía y jugueteó con una cuchara que había sobre la mesa.

Yo seguía sentada, con los brazos cruzados sobre el pecho; el corazón me latía con fuerza, estaba paralizada.

—Estoy esperando a alguien —dijo, como buscando una excusa, distante. Yo conocía ese tono de voz, era el tono falso que empleaba cuando quería parecer superior y que a mí tanto me molestaba.

—Tendrás que despacharlo —le dije.

Él me miró con extrañeza, como si de ningún modo hubiera esperado esa respuesta.

—No voy a hacer eso —respondió.

Lo miré a los ojos, vi que se llenaba de impaciencia.

—Ahora ya no me recibes sumiso ni humilde, como cuando no te enorgullecías de lo que eras, como la última vez que nos vimos.

—Ah, es eso —dijo, soltando la cuchara—. No debí pedirte ese dinero.

—No he venido a cobrarte nada.

—Sabes que sí, por eso viniste, a cobrarme todo lo que debo.

—Puedes quemar ese dinero si quieres.

—Lo sé, tú no viniste por unos billetes, viniste para cobrarme algo más grande. Me diste todo sin nunca pedir cuentas y ahora has venido a cobrarte. Te crees con ese derecho. La entrega incondicional es a veces la madre de la venganza y el odio.

—Tal vez —le respondí muy de prisa, confundida.

Nos quedamos callados un momento. Mi corazón había recobrado su equilibrio, ya no estaba tan nerviosa.

—Tú no eres el hombre que yo conocí —le dije.

—No, no lo soy, yo mismo te lo dije la otra noche —respondió y bajó la mirada—. De pronto lo miré bien, como si hasta ese momento no lo hubiera hecho. Había algo de triste, de falso en él, con su pelo engominado y ese conjunto ajustado, imitación de Versace, que lo hacía ver incómodo y ridículo.

—Cuando nos casamos yo sabía casi todo sobre ti, pero no sabía suficientes cosas de mí, o no es que no las supiera, no las aceptaba, que es como no saberlas, y no me refiero solo a mi homosexualidad —dijo.

—No eres homosexual.

—Sé lo que soy, Sonia. Nadie puede ir en contra de su naturaleza. Ya no puedo seguir siendo al mismo tiempo yo y mi enemigo, ya no quiero —dijo.

Noté que sus labios temblaban. Lo escuché con estupor, nunca me había hablado así, y menos estando sobrio.

—¿Por qué sigues queriendo verme como yo nunca he sido? ¿Por qué? —dijo, y el eco de ambas preguntas bastaron para conducirme al Alonso que me irritaba.

—Ya sabes cómo soy —continuó en tono enérgico—. Muchas veces los ojos extraños son más conscientes de quién es uno que uno mismo. Tú lo sabías, sabías cómo era yo, en algún momento lo supiste y no dijiste ni hiciste nada.

—Qué podía hacer, qué, si fue en ese momento cuando comprendí que te amaba —le dije atropelladamente—. Él levantó la cabeza y me miró desconcertado. Yo continué:

—Mi amor por ti solo salió a flote cuando comenzaste a alejarte, cuando ya no era seguridad lo que sentía a tu lado, cuando me di cuenta cómo eras. Luego ya no me importó ni quise saber nada más, tan solo sabía que mientras yo viviera quería tenerte a mi lado, así te fueras cada noche con un hombre diferente.

Alonso seguía mirándome confuso, sin decir nada; yo sentía que las palabras no me salían como quería, pero no podía dejar de hablar.

—Te amaba, te amo como una enferma, como una moribunda, mi amor por ti es la única razón que tengo para vivir.

—¡Enferma! ¡Moribunda! ¡Por Dios, Sonia! …—dijo y se frotó la frente con la mano como si le doliera la cabeza—. Si me quieres no me ames —dijo después de unos segundos y se levantó de repente—. No es bueno, no se debe amar así, con tanto egoísmo, a alguien. No se puede pretender que nos amen a la fuerza.

—¿A la fuerza…? —exclamé lenta y débilmente.

—Hablemos con franqueza: tal vez sea la última vez que nos veamos —me dijo.

Lo miré desconcertada.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Que viniste para decirnos la verdad, ¿o no?

—¿Qué sentido tiene? ¿Qué sentido tiene decirnos la verdad? Las más duras verdades nos las decimos en silencio. Y además, ¿cuál verdad?, ¿la tuya?

—Claro, ahora entiendo —dijo él con arrebato—. Tú viniste aquí para que yo te mintiera, para que te siguiera mintiendo, porque solo así crees seguir teniendo poder sobre mí. ¡Pero ese maldito juego se acabó! Sí, se trata de mi verdad, necesito decirte lo que soy para poder ser libre.

—¡Verdad! ¡Libertad! ¿Para qué tantas palabras? Desde que te conozco he dejado de buscar mi libertad. ¡No me importa ser libre! No te has dado cuenta de que lo único que me importa eres tú. ¿De qué me sirve mi libertad si no te tengo?

—Ya no me puedo quedar contigo, no puedo comprometerme contigo, Sonia.

—No quiero que te comprometas —le dije contrariada.

—¿Qué mujer enamorada no compromete a un hombre, así sea con su silencio, con su espera? —dijo él con brusquedad.

—Pero yo jamás te he exigido nada, tampoco lo hago ahora.

—¡Que no me exiges nada! ¿Estás segura de que no me exiges nada? —dijo Alonso elevando el tono—. Con tu silencio, con tu aceptación, me exiges más de lo que nadie me ha exigido nunca.

—Dime, ¿qué te he exigido? —le dije colérica, levantándome de la mesa para verlo de frente.

—Me has exigido lo imposible. Me has obligado a ser otro para complacerte.

—¡Cómo puedes decirme eso! —exclamé fuera de mí.

—¿Cómo puedo decírtelo? Por años he sido otro menos yo mismo, he fingido ser otro para darte gusto. Pero ahora ya no puedo, ahora quiero aceptar quien soy.

—Yo nunca te he pedido nada, jamás te he obligado a hacer algo, ni siquiera te juzgo. Lo único que he hecho es esperarte, aceptarte. He tolerado, he fingido no comprender, no ver…

—Precisamente por eso, ese amor libre, sin reproches ni ataduras, no existe. Me has soportado todo, mis desplantes, mis infidelidades, mi indiferencia, como si fueras capaz de amar sin deseos ni emociones. Pero no, Sonia, nadie puede amar de esa manera. Esa abnegación que te hace creer que eres fuerte, y que te da la fuerza para soportar la vida que llevabas conmigo, es una mentira con la que pretendes vengarte de mí.

—¡Vengarme! Por Dios, si lo único que he hecho es darte todo lo que soy y lo que tengo.

—Eso no es amor sino odio, odio camuflado de entrega y de comprensión, de sufrimiento. Yo odiaba esa bondad sin propósito y esa paciencia casi inhumana con que me recibías cada noche, cuando llegaba a la casa o nos encontrábamos en la calle; habría preferido que me recibieras con un cuchillo.

—¿Cómo puedes odiar eso que tú mismo me has arrastrado a ser? —le grité sin poder contenerme—. Has sido tú quien me ha obligado a ser otra persona, otra mujer que yo no era.

—¡Estás loca!

—A ser como Amanda, me obligaste a ser como ella —le dije gritando, desesperada.

—¿Amanda? Amanda jamás existió —dijo como atropellándose—, ella solo fue un pretexto para atraerte.

—Eres un maldito cínico —le grité—. ¡Durante tanto tiempo fingiendo ser otra, aguantándolo todo sin decir nada!

—¡Cállate! ¿No ves que vas a despertar con tus gritos de histérica a los vecinos?

—Que se despierten y que miren la clase de hombre que eres y cómo me has engañado —dije temiendo que se me saltaran las lágrimas.

Alguien cruzó el pasillo en aquel momento. Alonso corrió y ajustó la puerta.

—Eres un egoísta —le dije.

—Un egoísta… —repitió, bajando la cabeza, con esa fingida humildad que tanto me molestaba.

—Sí, un egoísta. Un hombre como tú no puede querer a nadie.

—Ahí estas de nuevo, siempre buscando hacerme sentir más culpable contigo.

—Quédate con ese hombre con el que sales, quédate con él que tarde o temprano volverás a estar solo. Ahora lo sé.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó con violencia.

—Yo le había dicho a Orlando que tú nunca habías sido feliz, pero que eras de esos que no se cansan de buscar la felicidad. Te envidiaba por eso.

—¿Por qué metes a Orlando en esto?

—Salías de la casa todas las noches, pero regresabas —continué como si no lo hubiera escuchado—. Tú jamás conociste el sobresalto de aquellas agonías devastadoras. Cuando salías yo tenía que luchar sola contra mis fantasmas y mis deseos. ¿Sabes lo que es eso? Tu indiferencia solo aumentaba mi desesperación. Al darme cuenta de que ya no te atraía intenté hacer lo que toda mujer hace, sin percatarme de que al pretender darte celos solo despertaba tu lástima. ¡Cómo iba a despertar tus celos si…! Después apareció Mauricio; sí, Mauricio, no me mires así, que sé su nombre y hasta hemos hablado. El fantasma que me atormentaba resultó ser un joven como cualquier otro, nada excepcional, pero no hay enemigo pequeño, me dije, sabía que no luchaba contra un nombre y una silueta de mujer sino contra alguien real. Los vi por casualidad una tarde cerca de la terminal, tú lo llevabas del brazo, lo seguí a él después de que se despidieron y lo abordé con algún pretexto, llevaba la cadenita que tú le habías comprado a una señora, afuera de la heladería. Al comienzo creí que se trataba de uno de esos tantos vividores que abundan en la calle buscando hombres que los mantengan, llegué a desear que fuera uno de esos, pero cuando lo conocí me di cuenta de que era un hombre auténtico, muy superior a ti, y esto no te lo diría si no supiera que tú no lo amas, porque no lo amas, él me lo dijo, que lo habías dejado también a él por otro. ¡Qué tonta fui! Pensé en buscarlo y vengarme de ti haciéndole daño, pero luego me di cuenta de que tú no lo querías, que no quieres a nadie.

—Has lo que te dé la gana —dijo con rechazo, como dispuesto de antemano a todo.

—¡Jamás serás feliz!

—¿Y quién te dijo que yo buscaba la felicidad? —gritó furioso—. He hecho algo que tú jamás harías, he cambiado mi vida por una hora y estoy satisfecho.

Ya no me importa nada más.

Entonces se detuvo, recapacitó, metió la mano en el bolsillo y sacó unas llaves engarzadas en una torrecita Eiffel que tiró sobre la mesa. Lo miré inmóvil, parecía cansado, exhausto.

—Me preguntaste a qué había venido, vine para saber si eras feliz como yo creía, y ahora sé que no lo eres —le dije.

—Está bien —dijo él, con la misma falsa humildad, casi indiferencia, que antes.

—¿Está bien? ¿Qué está bien? —le interrumpí con vehemencia.

—Lo que pasa es que tú me quieres ver derrotado porque esa es tu forma de asegurarte de que vuelva contigo. No te preocupa que de momento no me seas importante, tu táctica es estar ahí para cuando no haya nadie, para cuando el dinero me falte, para cuando la fiesta termine, para cuando yo te necesite. Pero prefiero meterme con la peor de las mujeres, prefiero morirme en la calle antes que volver contigo.

—¡Cállate! —le dije llorando.

—Eres un monstruo —dijo con desprecio.

—Entonces cuídate porque cuando uno se enfrenta con monstruos corre el riesgo de convertirse en uno.

Me miró con odio y rechazo.

—Vete de aquí, ya no tenemos nada de qué hablar —dijo yendo hacia la puerta.

—Aún no hemos hablado de Esteban —le dije, pretendiendo jugarme la última carta que me quedaba.

Sus ojos relampaguearon.

—Tú ni siquiera deberías de nombrarlo —dijo irritado, como si acabara de arañarlo.

—Yo soy su madre.

—No se puede llamar madre una mujer que no tiene el valor de cuidar y de defender a su hijo. Dejaste que otro niño lo golpeara en la escuela.

—Solo estuvo un día en la escuela.

—Tú estuviste allí y no hiciste nada, dejaste que lo golpearan mientras él te veía.

—Yo también estoy harta de ser el ideal falso de mujer y de madre —le dije.

—Nadie te impide que dejes de serlo —me gritó—. Tan pronto regrese a P iré por él y lo llevaré conmigo, y si no puedes esperar, llévalo mañana a casa de mi madre.

—Tendrás que matarme para llevártelo.

—Vete de aquí —dijo poniéndose delante de mí, amenazante.

—No me voy a ir de aquí hasta saber algo —le dije—. ¿Por qué te acercaste a mí?

—¿Por qué me acerqué? No me preguntes eso, no lo sé.

—¿Por qué te acercaste? —insistí.

—No lo sé…

—Te casaste conmigo para esconder tus gustos.

—No —dijo carraspeando, muy serio—. En ese momento no me había decidido…

—¿Qué no habías decidido?

—No fue por eso —dijo en un tono frío.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué te quedaste? ¿Por qué te casaste conmigo? Lo hiciste para vengarte. Siempre has tenido más éxito con las mujeres que con los hombres, y sin embargo no arriesgarías por una mujer…

—¿Crees que te enamoré para vengarme de los hombres que no me correspondían y que no me amaron lo suficiente? Te mientes, te mientes al querer ver en mí a alguien como tú. Es cierto que al principio no era capaz de llamar la atención de aquellos que me atraían, ni era capaz de hacerles saber mis preferencias, pero no todos han sido fracasos.

—¿Entonces? Dijiste que ibas a ser sincero, ya no me importa nada, ni que vuelvas ni que te quedes conmigo, solo dímelo.

—¿Por qué te empeñas tanto en las palabras?

—Porque para alguien como yo, que lo ha perdido todo, solo le quedan esas palabras.

—¿Qué es lo que has perdido? ¿Por qué insistes en culpar siempre a otros de lo que te pasa? En la vida nadie nos hace nada —dijo recalcando de un modo especial la última frase.

—Lo único que yo quería antes de conocerte era encontrar a un hombre y entregarme a él para siempre, porque yo no quería ser mujer de todos, quería entregarme solo a uno, a quien yo eligiera.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Nada —le dije llena de odio.

Nos quedamos callados. Hacía mucho tiempo que no hablábamos tanto.

—No eres un hombre, no eres un hombre completo —le dije.

—En eso tienes razón, pero no por lo que te figuras, sino por haber seguido contigo. ¿Quieres la verdad? Pues bien, no creo que descanses con ella.

Lo miré expectante.

—Me casé contigo por compasión.

Nunca me habría imaginado esa respuesta, sentí un corte frío a la altura del pecho, como en el alma, pero lo entendí enseguida.

—No eras la única ni la primera persona… —dijo él.

—Ya no digas nada —lo interrumpí humillada y volví a sentarme, apoyé los codos sobre la mesa.

—No, ahora tendrás que oírme. Mi naturaleza era muy dada a la compasión, a compadecerme de los otros más que de mí mismo. Eso lo vine a saber luego. Al principio me atrajo lo distante, lo reservada que parecías, siempre desprecié de las mujeres la seducción que utilizan como diversión, pero tú no eras así, parecías distinta, alguien difícil que conquistar. Tal vez esa era tu estrategia, tu forma de seducirme. Soy un hombre vanidoso, me apasiona vencer lo difícil. Tu aparente lejanía y tu indiferencia no hicieron sino atizar las llamas. Estaba seguro de que te rendirías, pero también de que después, cuando el juego terminara, te olvidarías de mí y no te importaría. No te busqué para que fueras mi confidente, me inventé lo de Amanda solo para atraerte. Cuando ya te conocí bien, el encanto se diluyó, pero ya no te pude dejar, me sentía responsable contigo. El día que te propuse que nos casáramos te iba a dejar… luego me dije que no podía hacerle eso a una mujer sola, sin amigos, al que otro ya había abandonado, con un padre pobre y enfermo. “Me quedo con ella por un tiempo, tal vez luego ella conozca a alguien… tal vez me enamore de ella”, pensé. Sé que fue un error grave, un error imperdonable. Después llegó Esteban y las circunstancias cambiaron. He querido al niño desde que nació, pero no tenía ganas de quedarme en la casa, de salir por las tardes contigo y con él los domingos, o de envejecer a tu lado; esas cosas no son para mí. Yo era muy joven, habría podido resignarme, pensé que podía, pero ahora sé que no puedo, si esa tarde que me pediste que me quedara lo habría hecho, no habría aguantado mucho. Ya no me importa dejarte, ya-no-me-im-por-tas-tú, solo me importa mi hijo.

—Eso es lo que estás haciendo, dejándome —le dije.

Bajó la cabeza y dio unos pasos por la habitación. De pronto se detuvo como si meditara en algún recuerdo.

—Yo no soñaba con la felicidad —le dije—, hay seres para los que la felicidad no importa, yo soy uno de esos, pero tampoco quería ser infeliz, tampoco quería llevar esta vida miserable. Yo lo tenía todo, en algún momento lo tuve todo, estaba tranquila, vivía una vida monótona, pero tranquila, tenía un esposo que fingía que me amaba, una casa, un hijo, una familia, estabilidad, rutina. ¿Qué más se le puede pedir a la vida? ¿Qué más podía pedirle una mujer como yo a la vida? Hubiera podido vivir así para siempre. ¿Y la felicidad? La felicidad no importaba, eso lo supe. Creo que fui feliz unos meses, unas semanas, unos días, unas horas contigo y fue suficiente. No solo he llorado por ti, he llorado por el sueño desvanecido.

—No solo tú has caído en esa trampa, también yo intenté llevar una vida cómoda y segura contigo, quería sacrificarme estando con una mujer que no amaba, fingiendo ser lo que no era, pero no pude… no puedo resignarme a esa vida, prefiero la muerte.

Se quedó quieto y luego añadió:

—Qué raras son las cosas en las que nos metemos los seres humanos, las trampas en las que caemos, parecen fáciles de salir, pero cuando lo intentamos nos damos cuenta de que estamos atrapados en ellas.

Me levanté y caminé hacia la puerta.

—No fuiste tú, Sonia, con cualquier mujer habría pasado lo mismo —me dijo. Luego volvió a caminar unos pasos y miró su reloj.

—No sé qué odio más de ti —le dije volviéndome hacia él—, si la prepotencia con la que actúas a veces o esa fingida humildad con la que intentas mostrarte superior hasta el final.

—Ya no somos capaces de entendernos —me dijo.

Era ya de madrugada. Abrí la puerta y salí de la habitación sin despedirme. Caminé un par de cuadras hasta llegar a un parque y me senté sobre una banca de hierro. Eran las dos; arriba las estrellas relucían con un brillo extraño. Estaba sola, en medio de ese doloroso silencio del amanecer, semejante al ruido de las olas en una caracola. Tenía una sensación desagradable, me sentía impotente, desconcertada, ansiosa, como si hubiera dejado algo pendiente. Una hora después volví a la habitación del hotel donde estaba Alonso. Creí que se impacientaría enseguida al verme, pero me recibió tranquilo, como si hubiera estado esperando mi regreso.

—No sé qué hacer —le dije encarándolo—. Vine aquí porque tú también eres responsable de esto que siento.

Él me miró fatigado, con sus ojos cansados y turbios.

—Ya lo dijimos todo. ¿Para qué prolongar inútilmente las cosas? —me dijo desde la puerta.

—No, no lo hemos dicho todo.

—¿Qué más quieres oír?

—¿Por qué me enamoraste? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—Ya te lo dije.

—Si con cualquier mujer habría pasado lo mismo, si ya sabías que no podías estar con ninguna mujer, ¿por qué me mentiste?, ¿por qué te metiste conmigo?

—Ya te lo expliqué todo, no sé qué más decirte, ya déjame en paz, por Dios; por Dios, déjame en paz…. Sé que me equivoqué. ¿Es eso lo que quieres oír para irte tranquila? Pues bien, me equivoqué, soy culpable, pero ya déjame, por favor.

—¿Qué hago para liberarme de ti? —le dije.

—Lo mismo me pregunto yo y no lo sé, lo único que ahora sé es que hay cosas que no se pueden arreglar entre dos personas… las palabras no sirven de nada. Vete.

Yo estaba ante él como desnuda, como un animal atormentado que ya no teme lanzarse a su jaula, ya no pensaba en nada, sentía que todo se había resuelto definitivamente, y sin embargo no me podía ir, algo me retenía en esa puerta, frente a él.

—Déjame quedarme esta noche contigo —le dije.

—¿Para qué, Sonia?

—Hagámoslo la última vez, para despedirnos.

El deseo frustrado se leía en esa súplica como bajo una sábana transparente. Sentí vergüenza. Al final me había delatado, me había entregado, él lo había comprendido. La victoria era suya.

—¿A qué regresaste? —preguntó con repulsión, como si sintiera lástima y asco a la vez.

Traté de decir algo, pero solo pude mover los labios sin mascullar ninguna palabra. Al final fue él quien habló.

—Vete y no vuelvas, la próxima vez no seré tan amable contigo —me dijo y cerró la puerta.

Los débiles lazos que todavía pudieron habernos unido quedaron rotos para siempre. Aquella segunda visita no solo acabó con esas palabras amargas, también me había traicionado a mí misma, el sucio deseo de una mujer insatisfecha lo había echado a perder todo en el último instante y ahora me iba derrotada, sintiéndome más vacía y humillada que nunca.

Desde el momento en que regresé de la capital me levantaba y me acostaba sintiendo que estaba esperando algo, como si algo fuera a suceder. Por esos días me sentía extrañamente sobria, igual que después de la muerte de mi padre. Recordaba cada palabra de la conversación con Alonso, la seguía en mi cabeza una y otra vez, pero extrañamente, aquellas frases ya no me afectaban, las sentía lejanas, como si las hubiera escuchado por casualidad a un par de desconocidos en la calle; en el fondo sabía que ya no importaban, que pronto dejarían de tener sentido.

La desesperación y la impotencia se manifiestan de muchas maneras, una de ellas, y la peor, es la necesidad de maltratar lo que tenemos más cerca. Me ensañé contra el niño, no con golpes ni con regaños, sino con mi frialdad, con toda mi indiferencia. Él tal vez lo sabía, aunque no podía hacer nada: indefenso, se quedaba allí, a mi lado, con una torpe mansedumbre que yo no podía entender ni soportar. Durante las semanas siguientes no volví a saber nada de Alonso. Aquel silencio en torno a él era terrible. Me irritaba, me hacía sufrir que él no me pidiera nada cuando estaba dispuesta a concederle todo. Yo luchaba para no derrumbarme. A veces frecuentaba algún sórdido bar, ya no le temía a exponerme en público, ni a los peligros de estar abandonada al azar, pero los encuentros fortuitos o las borracheras no significaban nada, al día siguiente ya las había olvidado. Los momentos de libertad después de haber estado con alguien eran escasos y cortos, regresaba a la casa generalmente a la madrugada, por una calle estrecha y sin asfalto. Bajo su aspecto nocturno, aquel enorme edificio de apartamentos era sombrío. La habitación en la que nos alojábamos con Esteban e Hilda casi siempre estaba en penumbras. Era una estancia amplia; en la primera planta, dividida por una cortina de tela, había dos camas, un par de sillas de mimbre, un sofá, un armario para la ropa, y un improvisado mesón de cocina. El baño quedaba afuera y era compartido. Al entrar me acostaba agotada, en el sofá, a oscuras, sin poder dormir. Hilda se quedaba casi siempre por las noches con el niño; durante el día pasaba la mañana en un supermercado donde empacaba las compras a cambio de unas monedas. Regresaba después del mediodía trayendo el almuerzo y lo poco que le daban. Vivíamos así, sin protestar, sin nunca hablar de nuestros sentimientos ni de nuestros planes, sin celebrar ninguna fiesta. Qué triste me resultaba la llegada de la Navidad.

Durante aquellos días no busqué ni pregunté por Alonso, sabía que nadie me iba a decir nada. En cambio, tomé la resolución de ocultarles a todos mis sentimientos, lo que se escondía en mi cabeza, en mi corazón, en mis nervios. Dejé de visitar a Orlando por un tiempo. Cuando más tarde nos citamos en un pequeño café, se encontró en presencia de una mujer ligera y erguida que se había renovado con un ritmo incomprensible y a la que ya no le importaba su marido. Esa tarde yo llevaba puesto un vestido rosa pálido que me hacía parecer más joven; había cuidado de llevar el cabello recogido y ponerme un poco de rubor en las mejillas. Orlando se sorprendió de mi cambio y lo aceptó como un don. Todo resulto más fácil de lo que pensaba. Hablamos con naturalidad de lo que pasaba en la ciudad, de unas marchas de los campesinos, de un estudiante detenido por golpear a un policía; charlamos de cosas cotidianas, de Esteban, de la compañía de Hilda. Desvié cualquier alusión hacia Alonso, de modo que pareciera no interesarme por él, tampoco le mencioné nada del lugar donde vivía ni de las necesidades por las que estábamos pasando. De pronto sus pupilas me miraron fijamente, como si intentara descifrar los pensamientos detrás de mi frente.

—¿De verdad ya no te importa? —me preguntó sinceramente interesado.

—No me voy a pasar el resto de la vida llorando por alguien —le dije.

—Qué bueno que sea así.

Sonreí incapaz de decir alguna palabra.

—Eso nos pasa a todos, llega un momento en que uno no comprende cómo pudo haberse atormentado tanto por alguien —me dijo.

—Sí —le dije yo—, sobre todo cuando todo es tan sencillo.

—¡Exacto! —dijo él casi emocionado, y luego añadió, sosteniéndome la mano:

—Me alegro mucho por ti… Bueno, por ambos.

Yo sentía que algo amargo me bajaba por el pecho al escuchar sus palabras. Luego acordamos que sería bueno que el niño pasara unos días con su padre, la madre de Alonso también quería verlo. Me comprometí a llevar a Esteban al día siguiente a casa de la señora. A las cuatro y treinta del miércoles estuve allí, pero sin el niño. Ella salió a mi encuentro; su mirada me envolvió con ternura, luego me cogió por el brazo y me condujo al sofá, invitándome a que me acercara. No me preguntó nada, solo me miró como si dijera: "A mí no me puedes engañar". La tormenta que se percibía en mis nervios y que se aproximaba como el estrépito de unas olas era imposible de ocultar. Me habló de las semanas que faltaban para el primer Domingo de Adviento, de la Navidad que estaba próxima. Yo no había pensado en nada de eso. Luego vino un silencio y tras el silencio unas palabras extrañas:

—Todo terminará pronto.

Las dijo para sus adentros y luego bajó sus ojos azules. Yo asentí, aturdida, y solo cuando ella se puso de pie y me tendió la mano me di cuenta de que el tiempo de la visita había terminado.

—Trae al pequeño la próxima vez.

—Así será, madre —le dije, aún sobrecogida y medio tranquila, y me acerqué hasta la puerta.

—Por qué no te vienes unos días con el niño.

—No es bueno vivir con parientes —le dije.

—Es verdad —respondió ella desde su asiento—, pero no te olvides de traerlo.

El retumbe de un trueno silenció la puerta que se cerró a mis espaldas. Afuera, las calles vacías exhalaban un vapor blanquecino que les daba una apariencia espectral. No quería llegar temprano a la casa, subí a un bus y anduve de una estación a otra. Pensé en sentarme junto a alguien y hablarle, contarle mis problemas, sabiendo de antemano que no le importaría o no me entendería. La conversación se desarrolló en mi cabeza, sin mover un solo músculo, únicamente mis ojos podían unir a los interlocutores imaginarios con los vecinos reales que respiraban dispersos por los asientos, pegados de algún periódico o de su teléfono. Cuando llegué a la casa, entré al cuarto de puntillas para no despertar al niño ni a Hilda. Como ya era costumbre me acosté muy tarde y dormí poco, con un sueño inestable del que me despertaba generalmente cansada.

Al día siguiente Hilda se levantó muy temprano, antes de las cuatro. El crujido de sus pasos sobre el suelo de madera me sacó del sueño que apenas lograba conciliar. Desde hacía algún tiempo había empezado a irritarme por cualquier cosa con ella, de un modo exagerado; sentía su presencia como un obstáculo para mis planes, ya no entendía por qué la había llevado a vivir conmigo y ahora solo quería que se fuera, pero no me atrevía a decírselo. Tampoco soportaba el feroz desorden que aumentaba cada día y que por más esfuerzos que hacía en ordenarlo, se imponía como un triunfo de la miseria. Las heridas pecuniarias no solo eran un golpe y una preocupación más para el alma, sino también un motivo de culpa. No soportaba que Hilda tuviera que salir a buscar lo necesario para llenar una despensa en la que a menudo faltaba lo esencial.

Una noche en que llegaba de la calle de buscar algún amante, escuché debajo del rincón de las escaleras el jadeo de unos cuerpos. Iba a seguir de largo rumbo a la habitación, pero de repente,

desde el peldaño de la escalinata, vislumbré a Esteban arrinconado de espaldas sobre la pared, sujetado por un par de muchachos. Tenían los pantalones abajo. El mayor, de unos doce años, se disponía a dar la vuelta, cuando se encontró con mi mirada. No era la primera ocasión en que lo sorprendía junto a mi hijo. Descompuesto, solo pensó en huir, y lo consiguió, deslizándose junto al otro por entre la reja de la escalera. Me quedé estupefacta y sin fuerzas, invadida por un sentimiento repentino de asco. Acaso no se tratara más que de algunos roces y, sin embargo, era imposible negar cuán escandaloso se nos presenta el placer, que tan desesperadamente buscamos para nosotros en un niño. Los ojos distraídos de Esteban miraban a cualquier parte, sin saber bien lo que pasaba, solo después de unos segundos soltó a llorar. Presa de una gran impresión, me hundí en un abismo de rabia. Al ser la rabia una forma de angustia, entré y me desquité con Hilda, la culpé de todo. Ella se mantuvo quieta, igual que un perro cuando su dueño lo empuja para sacarlo de la casa y después de golpearlo se apoya sobre sus patas, hasta que al final retrocede recorrido por leves vibraciones y espasmos. Hilda temblaba sin hablar, trastornada, como queriendo balbucear "¿Por qué?". A mí también me faltaba la voz, solo Esteban gritaba y saltaba alborozado, como si aquel forcejeo violento se tratara de un juego; de pronto le entró una risa loca a la que una bofetada puso fin; entonces se quedó quieto, con la mirada vacía, embotado por completo en ese raro estado en que a veces caía. Hilda intentó protegerlo, pero la arrastré por la habitación hasta sacarla y cerré la puerta. Ella se estuvo ahí, pegada unas horas y luego se fue, no volví a verla hasta muchos años después.

Me sentía culpable y en deuda con ese niño a quien no había sabido proteger, pero al mismo tiempo me llenaba de rabia contra él por despertar esa culpa. Mi alma se llenaba cada vez más de contradicciones que se iban volviendo irresolubles y que se exteriorizaban en forma de un deseo insatisfecho.

Una semana después me encontré con Orlando. Lo cité en un café del centro para evitar que supiera el lugar de mi residencia. Luego caminamos por más de una hora sin hablar mucho. Por momentos me agobiaba una necesidad imperiosa de desahogar mi angustia y contarle lo que sentía, pero era imposible. Continué fingiendo que había perdido el interés por Alonso, aunque por dentro aquella pasión insatisfecha manara sin poder desbordarla. A mitad de la tarde dimos con una pequeña iglesia donde entramos para hablar. Nos sentamos atrás, en las últimas bancas. Esa mañana había recibido un ofrecimiento para trabajar en un depósito farmacéutico en D, una ciudad cercana. Se lo conté a Orlando y le dije que había aceptado, lo cual era falso. No creo que él llegara a sospechar que le mentía, pero sí se dio cuenta de que no me sentía cómoda, sobre todo con sus ocurrencias que no dejaban lugar para las cosas serias. Nos despedimos después de que me prestara dinero. Al regreso, estando ya en la habitación, junto al pequeño, recordé esos últimos días con un desdén burlón hacia mí misma. Había momentos en que no sabía lo que pretendía engañando a los demás diciendo que Alonso ya no me importaba; esa mentira no era un remedio para mi insatisfacción.

Esteban permanecía aislado, como si a medida que pasaran los meses, distancias nuevas e inescrutables lo separaran no solo de mí, sino del mundo. Aquella suerte de autismo establecía unas reglas entre nosotros; yo comprendía que él no era totalmente dueño de su voluntad, que estaba en manos de otra cosa, de la cual debía defenderme, porque me atacaba y quería acorralarme. Pero por más que hiciera, siempre mis pensamientos volvían a Alonso con un egoísmo desenfrenado. Una semana después y gracias a Orlando, conseguí reunirme con él. Temblando de angustia me preguntaba a qué iba. Sabía que nada había en él susceptible de tranquilizarme, ni siquiera que se resolviera a volver y quedarse conmigo y con el niño. Aquello

me parecía, además de inconcebible, igual de insoportable que su desprecio y su abandono. Y sin embargo no podía ni siquiera pensar en no ir. El encuentro tuvo lugar un martes en un parque que acababan de abrir a las afueras de P. Orlando había hecho bien su trabajo, le había dicho a su amigo que yo ya no sufría por su rechazo, pero Alonso no era tonto para no sospechar que yo todavía albergaba una esperanza, lo cual se explicaba suficientemente por mi presencia.

El día era sofocante y el aire estaba quieto, saturado con un olor a hojas secas, pero debajo de los grandes árboles había rincones de sombra, por donde los rayos del sol se colaban proyectando sus reflejos amarillentos. Era poco antes del mediodía, la hora en que la gente salía de las oficinas. Yo iba con el mismo vestido rosa que me había puesto unas semanas antes para encontrarme con Orlando, con el que parecía más joven; llevaba el pelo suelto y lacio. Pero la belleza no servía de chantaje entre nosotros. A pesar de lo segura y lo tranquila que intentaba mostrarme, me sentía tensa, con una angustia y una emoción terribles. Me mantuve todo el tiempo con los tacones pegados. En mi interior volvieron a desfilar las imágenes y las palabras de la anterior conversación que habíamos tenido.

—¡Se está bien aquí! —me dijo él, sentándose sobre una banca debajo de un árbol. Sus ojos de un café profundo brillaban bajo unas cejas tupidas.

—Sí, se está bien —repetí, brusca y atropelladamente.

Él se movió unos centímetros para que yo me hiciera a su lado.

—Mañana cumples años —le dije con una voz infantil y tierna después de sentarme.

—Me alegra que te acuerdes.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunté.

—Aun no lo sé, tal vez salga con unos amigos.

—¿Con Mauricio…? —le pregunte.

Alonso miró con sus ojos distraídos el camino, sin contestar, luego suspiró pensativo y serio.

—Discúlpame… —le dije rechazando mi intromisión.

—No, discúlpame tú, es que todavía no me acostumbro…

Nos quedamos callados y luego seguimos con la mirada a un par de transeúntes que pasaron por nuestro lado.

—Orlando me contó que te ofrecieron un trabajo —dijo, cambiando a un tono más animado, como si fuera una buena noticia que sirviera para desatascar la conversación.

—Sí, es en D, solo por una temporada… comienzo en dos semanas, pero pienso viajar antes para buscarle una guardería a Esteban.

—Lo de la guardería no es necesario, yo puedo quedarme este tiempo con él. Mi madre también estará encantada de tenerlo. ¿Dónde estás viviendo?

—¿Tu madre?

—Sí, mi madre. ¿Por qué?

Iba a decirle algo, pero la respuesta se me ahogó en la garganta. El corazón me latía enloquecido, yo luchaba para no perder la compostura ni un segundo.

—Dame tu dirección, te llevaré a Esteban mañana para que lo veas. ¿Estarás? —le dije.

—Claro, siempre estaré para mi hijo. Quiero comprarle ropa y juguetes. Tengo planes para el futuro con él.

Me fastidió lo artificial que sonó.

—¿Tú necesitas algo? —me preguntó.

Yo necesitaba dinero, pero lo callé por delicadeza y por orgullo.

—Me alegro de que estés bien y que todo vaya pasando —me dijo mientras escribía en un

papelito su dirección—. No me gusta verte mal. Sabes que te aprecio.

—Llega un día en que uno abre los ojos y no comprende cómo pudo haberse atormentado tanto… y cómo pudo haber atormentado tanto a alguien. Perdóname —le dije.

—No ha sido nada —dijo él—. Ahora podemos ser buenos amigos.

—Amigos… no. Nadie puede ser un buen amigo de su expareja.

—¿Por qué?

—Ya todo está superado, pero no me gustan esas relaciones en las que dos personas se encuentran y hablan después de separarse, como si no hubiera pasado nada.

—Entiendo, aunque ahora lo estamos haciendo.

—Hoy es distinto —le dije con un tono amargo que él alcanzo a notar en la vibración de mi voz.

Ambos callamos. Él esperaba que yo finalizara el encuentro; como no lo hice, me preguntó queriendo darle un giro final a la conversación.

—¿A qué hora llevarás al niño mañana?

—A las diez. ¿Está bien?

—Sí. La casa es muy cerca de aquí, por la calle de las fuentes, la que queda…

Los minutos se sucedían y la conversación languidecía o se estancaba en largos silencios. Yo temblaba ante la idea de que él se marchara, no sabía que hacer después con mi vida. Reía por cualquier cosa, reía, pero temblaba, él también rio forzadamente, tratando de ocultar el embarazoso silencio. Yo buscaba pretextos para retenerlo unos minutos más conmigo. Finalmente, sentí que mis fuerzas cesaban.

—¿Y si te estuviera mintiendo?, ¿si hubiera vuelto humillada? —le dije.

—¿Qué? —me preguntó arqueando las cejas.

—Sí, si hubiera venido a rogarte que regresaras conmigo.

—Entonces ya no podría ofrecerte mi amistad.

—Es una broma —le dije, pero la voz risueña había acabado convirtiéndose en la voz de una mujer enardecida.

Nos quedamos de nuevo en silencio. Intenté reír, él también rio, pero en el temblor de sus labios advertí que ya no soportaba más la falsa risa ni la situación. Me miró con seriedad y desconfianza.

—Otra vez en lo mismo —me dijo haciendo un enérgico movimiento con las manos—. Vete de aquí, Sonia.

De pronto el temblor cesó y me quedé rígida, incapaz de moverme o de decir algo. Él se levantó y se marchó. Salí del parque tambaleándome. Ya en la calle me abandonaron las últimas fuerzas, tuve que sentarme y esperar, sentía agotados y extenuados mis sentidos. Nunca se está preparada como se cree para el desprecio del ser que una quiere que la ame.

Todos necesitamos un mínimo de calma en la inseguridad; sin ella, perdemos el control de nuestros actos. Yo ya no tenía calma, ya no podía defenderme de mí misma. Regresé a la casa y terminé de recoger los pocos objetos que quedaban en la habitación, los guardé en cajas que boté a la calle y me quedé solo con lo necesario: una maleta de mano con un par de mudas de ropa. Al otro día, desperté muy temprano. Amanecía un día turbio y triste. Estuve toda la mañana dando vueltas por la habitación como una reclusa, me esforcé en idear un regalo adecuado para Alonso, pero tenía la cabeza embotada y no se me ocurría nada; a eso de las diez, encargué a una chiquilla que se quedara con Esteban y salí a comprar unos chocolates, compré una caja grande, la más cara, la más bonita de todas, tenía que ser lo suficientemente admirable para ser un regalo

de despedida. La pagué con el dinero que me había dado Orlando. Luego pasé por un supermercado y con lo poco que me quedó compré veneno para ratas y unas flores sencillas. Volví a la pensión pasadas las once. En el piso de enfrente alguien había fallecido unas horas antes. “Parece que tuvo un infarto por una pelea con su hija”, dijo una voz entre la cuadrilla de curiosos que se apretujaban en la puerta. Me apresuré a entrar antes de que sacaran el cuerpo. Abrí con cuidado los chocolates y les puse veneno. Temblando de miedo, me arrojé con los brazos abiertos sobre el niño, lo estreché fuerte sobre mi pecho, lo besé y rompí a llorar. Luego lo vestí: busqué la mejor ropa que tenía, un pantalón corto de dril y una camisa blanca, escogí un corbatín azul, lo peiné de lado con un cepillo húmedo y lo mandé acompañado de la muchacha que a veces lo cuidaba, con unas flores y los chocolates a casa de su padre. Sobre los chocolates puse una nota:

“Discúlpame por lo de ayer, fue una tontería. Te prometo que no se repetirá. Sé feliz. Las flores son para Mauricio”.

Me costó escribir aquellos garabatos que revelaban las vibraciones de mis nervios. Tan pronto se fue Esteban me contaminaron la impotencia y la duda. Comencé de nuevo a ir y venir por el cuarto, carcomida por una turbia ansiedad y una fatiga que no me dejaban estar quieta ni pensar. Tenía las manos y los pies helados, y las palmas de las manos estaban mojadas a causa de los nervios. Imaginaba con el corazón palpitante la escena de Esteban entregándole la caja de chocolates a su padre y me llené de dudas. ¿Y si Alonso se quedaba con el niño? ¿Si no lo dejaba volver más? ¿Se habrá dado cuenta del veneno? ¿Y si Alonso le daba uno de los chocolates al niño? Pensé en ir por Esteban. En mi cabeza las dudas se transformaron en certezas. Seguramente Esteban ya se habría envenenado con los chocolates y a esa hora Alonso correría con él a una clínica. Me consumía la rabia y el desprecio feroz contra Alonso.

—Hasta el final tenías que dañarlo todo —me decía.

Pero cuando vi regresar a Esteban desde la ventana con las manos vacías tuve como una niebla ante los ojos, sentí un terrorífico vacío y mucho miedo, pánico de que Alonso muriera. Sin él no quedaba nada. Salí corriendo a casa de Alonso, bajé la cuesta de la vía larga hasta llegar al centro y tomé un taxi. Las rodillas me flaqueaban. El chirriante vehículo avanzó por más de un cuarto de hora hasta detenerse ante el umbral de un edificio, de construcción reciente, donde un par de albañiles pintaban la fachada. Les pregunté por Alonso, me señalaron el segundo piso, que era el único que estaba habitado. La puerta estaba abierta. Subí los escalones a grandes zancadas, medio inconsciente, y reconocí la voz de Alonso que hablaba animadamente en un salón al final del vestíbulo. Cuando llegué y lo vi me entró una risa loca, incontrolable.

—¡Los chocolates!, ¿dónde están los chocolates? —le grité en medio de la risa, desesperada.

Alonso me veía sin comprender nada.

—¿Dónde están los chocolates? ¿Dónde están? ¡No te los comas! ¡Tienen veneno! ¡Yo les puse veneno!

Él escuchó perplejo, pero luego, como si saliera de un hechizo y de pronto comprendiera cabalmente mis palabras, se volvió y me gritó:

—¡Veneno! ¿En los chocolates…? ¡Mandaste a mi propio hijo para que me matara! Te voy a denunciar, maldita perra.

—Perdóname, no habría podido….

—Voy a ir por mi hijo… ¿Cómo has podido?

Su rostro pálido estaba teñido de fuego.

De pronto reparé en la caja, intacta sobre la mesa. Alonso la miró, me miró a mí, la tomó y la

lanzó por el aire. El corazón se me encogió. Los chocolates volaron hasta golpear la lámpara de cristal que pendía del techo, y luego se desparramaron por el suelo. Yo también caí de rodillas.

—Si quieres me los como yo, pero perdóname —le dije llorando, arrastrándome hasta alcanzar un chocolate que me llevé a la boca.

Alguien corrió y me detuvo. Reconocí a Mauricio debajo de una gorra negra y una poblada barba.

—Yo no habría podido… no habría podido matarte —balbuceé llorando.

Pero Alonso ya no estaba. Los dos albañiles habían subido hasta la puerta; Mauricio les indicó con la cabeza que se marcharan. Uno de ellos hizo una broma, oí sus risas dispersarse por el vestíbulo. Eso fue todo. Me levanté y salí de allí, torturada hasta la vergüenza. Desde ese momento Alonso sería incapaz de tolerar mi proximidad, y para no verme se llevaría a Esteban. Bajé la escalera, apoyando la mano en el muro; me sentía como borracha, la cabeza me daba vueltas. En la calle me costó mucho ubicarme y saber dónde estaba, ni siquiera me daba cuenta de si me sostenía aún sobre los pies. Caminé varias cuadras, atravesé un pequeño comercio de baratijas, tuve que detenerme y tomar aire en una esquina donde unos hombres descargaban varios sacos de arroz de un camión, se los echaban al hombro y desaparecían dentro de una bodega. Apoyé la cabeza en la pared, todo me seguía dando vueltas. Un viento fresco, que soplaba desde el valle, heló mi sudor. Solo pensaba en ir donde Orlando, pedirle que fuera por Esteban y quedarme allí hasta que anocheciera, pero cuando por fin encontré su casa, decidí no tocar. Al llegar a la pensión, me fijé en que alguien esperaba de pie afuera de la habitación; era Orlando.

Una vaga, extraviada sonrisa asomó a sus labios cuando me vio. Yo estaba pálida, con el pelo desordenado y pegado por el sudor, mi rostro expresaba algo doloroso.

—¡Sonia! ¿Qué te pasa? ¿Dónde has estado? Te he estado buscando.

No le dije nada y avancé hasta la puerta, la abrí rápidamente y entré en el cuarto. Orlando permaneció todavía junto a la puerta un minuto, hasta que por fin entró. De algún sitio llegaba un ruido de música y algazara. El cuarto estaba casi vacío y no había donde sentarse, solo una cortina que lo dividía y detrás una camita donde dormía Esteban. Un doloroso sentimiento me oprimía el corazón, estaba tan cansada que no me sentía capaz de pensar ni de decir nada.

—¿Dónde está el niño? —me preguntó.

—Dormido detrás de la cortina.

Me recosté sobre la pared y me dejé caer, con las piernas estiradas en el suelo. Orlando me miró con recelo, fue un gesto involuntario, no quería dejar que yo advirtiera su desconfianza.

—¿Cómo está? —me preguntó mirando a Esteban.

—Está enfermo —le dije.

—¡Enfermo! ¿Qué tiene? ¿Desde cuándo?

—Está enfermo desde que nació.

—¿Por qué dices eso, Sonia?

—Porque es la verdad. Esteban no es un niño como los demás.

—Eso no lo hace un enfermo.

—No me alterques, que soy su madre y sé que está enfermo.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¿Lo sabe Alonso? ¿Has hablado con él?

—No… ¿Tienes algo de dinero? —le pregunté.

Orlando se sentó a mi lado, sacó unos billetes y los dejó en el suelo.

—Mañana te traeré más si lo necesitas.

—Es suficiente, gracias. No necesito mucho.

—Debes decírselo a Alonso, lo del niño.

—A Alonso ya no le interesa lo que pase con su hijo, él ya tiene otra vida junto a ese muchacho.

—¿Cuál muchacho?

—El amigo suyo. Ha vuelto con él, lo sé, los he visto —le dije con el rostro contraído.

—Pensé que ya habías superado eso.

Lo miré. El corazón me palpitaba y me faltaba el aliento.

—Contener u ocultar una pasión no significa liberarse de ella, y es falso que se odia mientras se menosprecia. Solo odiamos lo que es superior a nosotros.

—Pero ¿por qué ese odio, Sonia? —me preguntó con asombro.

—Porque el amor mal llevado se puede transformar en un gran egoísmo, y el egoísmo no correspondido estalla en odio. Alonso lo sabe, sabe que no es amor sino odio lo que yo siento por él, y que en mi odio he estado dispuesta a hacer cualquier cosa por él, incluso buscarle un amante, sí, un amante, te lo dije la otra vez. Hay personas que en su confusión sienten la necesidad de obrar en contra de su propio interés, yo soy así. Alonso es ingenuo, creía que ya se me había pasado todo, que no iba a hacer nada, pero ahora sabe…

—¿Qué sabe?… ¿qué vas a hacer?

—Uno de los tres debe morir —le dije soltándome en llanto.

—¡Morir! No digas eso. ¿Por qué debe morir alguien?

—Porque hay cosas que no se pueden arreglar entre dos personas y cuando eso ocurre solo queda la muerte. Es la única manera de resolverlo.

—Todo se puede arreglar, es cuestión de saber hablar las cosas.

—Las cosas serias no se arreglan entre dos personas con palabras. Él mismo me lo dijo.

—No le hagas caso a todo lo que él dice.

—Uno de los tres debe morir —le dije, apretando los puños.

—¿Quién debe morir, Sonia? ¿Tú?

—Alguien tiene que morir —le dije llorando.

—¿Quién? —preguntó Orlando angustiado—. ¿Tú lo sabes? Sonia: ¿quién tiene que morir? ¿Alonso?

—No, él no —le dije.

—No vayas a hacer ninguna tontería. Menos mal que he venido a verte y hemos hablado, ¡imagínate que te hubieras quedado sola!

Estuvo conmigo hasta la mañana siguiente, cuidando de que no fuera a matarme, pero la idea de vengarme de Alonso con el suicidio hacía mucho que no estaba en mi cabeza. No se percató de que yo había empacado una maleta, todo lo demás estaba vacío, solo las cosas del niño permanecían intactas dentro del armario. Ninguno durmió aquella noche. A primera hora Orlando salió para prevenir a Alonso, sin imaginar que era él a quien yo más quería con vida. Puedo casi oír las palabras que cruzaron estos dos hombres después de que se contaron todo.

—No te preocupes que ya no hará nada, no intentará volver a matarme —debió de decirle Alonso—. No podrá hacer nunca más lo que no fue capaz de hacer la primera vez.

El despecho nos puede arrastrar muy lejos y nos hace cometer tonterías, pero nada daña más al corazón humano que una humillación. La humillación nos vuelve malos. Yo sentía una especie de fiebre en la que se mezclaban el desprecio, la humillación y la rabia, en resumidas cuentas, la impotencia. Y es que nada me hacía sufrir tanto como que él no me necesitara. Había llegado a

ese estado de embrutecimiento en el que ya nada importa, y uno piensa con indiferencia que tal vez no sea tan malo destruirse o destruir a los suyos.

No acudí donde adivinos para que me dijeran lo que yo haría. Se actúa para saber lo que puede suceder. Si alguien me hubiera dicho que mataría a mi hijo, de seguro no lo habría hecho, pero siempre se está demasiado solo en esas horas cuando uno ya no espera nada de la vida. Por el contrario, todo conspiraba. Ahora sé que el destino es caprichoso y que todas nuestras decisiones dependen de las circunstancias. Durante la noche había tenido un terrible pensamiento que me hizo temblar, como un doloroso y oscuro desvarío que venía de tiempo atrás, pero en la mañana se me presentó como la única posibilidad que tenía.

Cuando Orlando regresó en la tarde no nos encontró ni al niño ni a mí. Al medio día arreglé a Esteban, empaqué los restos del veneno y salimos. Metí una nota por debajo de la puerta en la que anunciaba que me mudaba a otra ciudad, sin dar ninguna señal. Esteban me preguntó si íbamos con un nuevo regalo a casa de su padre; sentí un extraño arañazo en el corazón, entonces le dije algo que ya no recuerdo y él guardó silencio. Me temblaban las piernas, casi no podía hablar de los nervios. Me apresuré a caminar, mirando en torno a mí, buscando no sabía qué. En algún momento se me ocurrió llegar hasta la plaza del centro y sentarme. Me sentía cansada, desorientada; había avanzado unas cuantas cuadras, cuando de pronto observé delante de nosotros, a unos veinte metros, que un grupo de hinchas de un equipo de fútbol se dirigían entre gritos, con música y banderas, a celebrar a la plaza. Todo aquel alboroto me llenó de rabia, pude haber seguido derecho hasta encontrar otro lugar donde descansar, pero sin saber por qué, doblé la esquina y me subí en el primer bus que pasó y que después de unos minutos dejó la ciudad por una carretera que no conocía. Ahora, después de tanto tiempo, me pregunto por qué, en ese preciso momento, choqué con esas personas y desvié el camino. Para eso no existe respuesta. Aquellas situaciones cuya conexión con nosotros no entendemos, acaso no sean más que una reafirmación de lo incierta que es la vida, en la que nuestras circunstancias, lo mismo que nuestras acciones, se nos escapan. Lo único certero es que las cosas suceden, lo demás es un enigma. También es cierto que, si esa tarde no me hubiera cruzado esa caterva enloquecida de fanáticos, te estaría contando otra historia y no esta, pero lo mismo podría decirse con muchos de los hechos y las situaciones que aquí he descrito.

Después de más de una hora de viaje, me bajé con el niño en la última parada, cerca de una playa. A Esteban le entusiasmaba el mar, sin conocerlo. Dejamos atrás algunos chalés y un pequeño bosque y llegamos a la playa. La desoladora imagen del paisaje húmedo y nublado solo era interrumpida por un par de figuras que no se distinguían bien a la distancia. En esa época del año, el sol se eclipsaba rápido y, aunque no hacía frío, los turistas circulaban poco. Esteban se descalzó y corrió entre la arena, parecía más vivo que nunca, moldeando unas torrecitas que finalmente aplastó; luego se entretuvo recogiendo conchas que guardó en los bolsillos. Las olas, esponjosas de espuma fluían entre sus dedos y los dejaban cubiertos de arena. Yo permanecía sentada, a unos metros, sobre un tronco; desde allí lo veía todo, me reconfortaba la fluida inmensidad sin tiempo, el bailoteo de las olas. Dejaba pasar los minutos, esforzándome por olvidar el asco y la amargura, pero a medida que iba cayendo la tarde sentía como si un repentino miedo me encogiera todo lo que tenía dentro. Ya no podía esperar más, el tiempo se acababa, y aunque no me sentía con fuerzas para hacerlo, la sola idea de retroceder me enloquecía.

Sentí terror; la desolación y la brutalidad se cernían sobre mi corazón que continuaba palpitando cada vez más recio. Mi alma ya no podía defenderse de esa eterna enemiga que es a veces la vida misma. Me levanté y fui por mi hijo. Sentí que perdía la cabeza, que hacía

esfuerzos para moverme, tenía el cuerpo paralizado.

—Esteban… Entremos al mar…

Él me alargó los brazos. Lo cargué y me acerqué a la marea baja. Una gran debilidad me rendía las piernas, casi no tenía fuerzas para sostenerlo. Él callaba y me miraba, tenía los ojos inflamados. Entré con él al agua, diciéndome a cada paso que no lo haría. Las olas me llegaban al pecho, Esteban temblaba, abrazado a mi cuello.

—¿Después de bañarnos vamos donde papá? —me dijo al oído, aferrándose fuerte.

—¿A qué?

—A darle las conchas que recogí.

—Ahora vamos —le dije llorando y lo abracé. Luego miré al cielo.

—Cierra los ojos —le dije, lo desprendí de mi cuello y lo sumergí.

Sentía que yo también me asfixiaba, y que, como se prolongase más la lucha bajo el agua, algo dentro de mí estallaría y moriría.

—No se está ahogando, pronto lo sacaré del agua —me decía, pero no lo sacaba, lo empujaba con todas mis fuerzas hacia abajo, lo empujaba y lloraba.

—Pronto lo sacaré; unos segundos más, no se está ahogando, no se está ahogando…

Solo hasta el último momento supe que, a pesar de decirme que no lo estaba haciendo, había ahogado a mi hijo.

La muerte lo había hecho pesado como una piedra, lo saqué a rastras. Tenía el rostro pálido, los cabellos pegados a la frente y el pecho hinchado. A esa hora el fragor del mar era menor. Estaba agotada, todavía temblaba y las piernas me flaqueaban, pero la tensión había desaparecido de mis nervios. No estaba asombrada ni asustada por lo que había hecho, me sentía tranquila, con una tranquilidad que yo misma desconocía hasta ese momento, como si me hubiera quitado una pesada carga del corazón y ya no pensara más en Alonso ni en nada. Todo se había quedado quieto y en silencio: los chalés estaban demasiado lejos para que pudiera oírse algún ruido humano, solo las olas continuaban golpeando la arena. Aquel momento de tranquilidad sería solo un relámpago, equiparable a la vitalidad lúcida que invade a algunos enfermos antes de morir.

Recuerdo que esperé unos minutos, luego cargué a Esteban y comencé a caminar de regreso a la casa; de cerca daba la impresión de estar dormido. En la carretera, una pareja de ancianos me ofreció un puesto en la parte trasera de su auto. La ropa mojada y embarrada de arena, el rostro terroso de Esteban, su boca tumefacta, hubieran debido inquietarlos, pero ambos siguieron hablando sin prestarme atención; solo una vez, la mujer echó una tímida ojeada a los pies del niño. Me bajé en la primera estación de P. Algunas farolas ya estaban encendidas y proyectaban reflejos amarillentos sobre el asfalto. A través de la ropa y de los zapatos penetraba el frío de la noche; el agua me había dejado un sabor amargo en la boca. El ruido de los carros, la prisa de los transeúntes, los vendedores ambulantes, devolvieron al absurdo las apariencias de lo cotidiano. El mundo de afuera seguía siendo el mismo, pero ahora giraba suspendido, sin ningún propósito en el vacío.

Caminé todo el tiempo mirando el suelo, evitando los ojos de la gente, sabía que tenía un aspecto extraño y desagradable. Al llegar a la casa y entrar en la habitación llevé el cuerpo de Esteban hasta la cama, recogí la nota que había dejado, arrugué el papel y lo tiré al suelo. Sobre las escaleras que conducían a los pisos superiores se oyó el tumulto de pasos que bajaban, esperé hasta que el ruido cesó y encendí el único bombillo que quedaba fijado al fondo de una pared sucia, luego me acerqué a la cama, desnudé a Esteban y lo acomodé en la postura de un niño que va a nacer. ¡Qué lejos me sentí de todo! Cobijé el cuerpo con una manta y salí de la habitación,

quería estar afuera y ver a mucha gente. En la calle, experimenté un bienestar tan vivaz que a mí misma me sorprendió, me sentí casi alegre, sin ninguna angustia ni ansiedad, libre de preocupaciones, reproches, recuerdos y miedos; era como si con aquella muerte hubiera podido pulverizar el pasado que me unía a Alonso y volviera a ser la muchacha que era antes de conocerlo.

No sé por qué estaba segura de que antes de conocerlo había sido feliz. En todo caso, aquel sentimiento de libertad duró poco. Recuerdo que me senté en un parque y me entretuve mirando a los transeúntes, pero con el paso de los minutos, las horas se abrieron demasiado largas y me di cuenta de que estaba sola. De pronto comprendí que aquella libertad era inútil, entonces un abismo se abrió a mis pies. Sí, fue como si de repente abriera los ojos, como cuenta la biblia que le sucedió a Adán y Eva al comer del árbol del paraíso, y me enfrentara ya no a mi odio, ni a mis celos, ni a mi vida, sino a la falta de sentido de todo, incluidos mis propios actos. No hay un momento más terrible, es incluso peor que olvidarse y perderse a uno mismo amando demasiado a alguien, porque uno entonces comprende que ese olvido, que esa pérdida, no conducen a nada, no significa nada. Aquella cruda verdad, más que la muerte del niño o el odio contra Alonso, abrió una resquebrajadura, imposible de cerrar en mi vida y en mi pasado. No recuerdo haber tenido otro sentimiento al momento de regresar a la habitación y encontrarme con el cadáver de mi hijo sobre la cama. Al principio me dio miedo la penumbra, como si la oscuridad fuera lo peor de mi crimen. Después de unos minutos encendí la luz y lo miré: estaba más o menos como era, pero me pareció más pequeño, su cara había vuelto a ser lisa e inocente, pero tenía el aspecto artificial de una máscara.

Me senté sobre el suelo, a los pies de la cama y me quedé quieta, daba igual estar allí que en cualquier otra parte. Ya no importaba nada… aceptar, digerir, comprender, ver la atroz falta de sentido y enfrentarme a ella…

No sentí repulsión ni rencor hacia mí misma por lo que había hecho, sabía que no habría podido irme dejando al niño con vida. Pero eso no importaba, ya nada importaba. Me adormecí y comencé a desvariar, unas imágenes perdidas de la juventud me hacían evadir de la realidad, pero no hice nada por retenerlas porque, aún en sueños sabía que había pasado algo y que era inútil luchar. El ruido de un mueble pesado que alguien empujó en la habitación contigua me sacó del letargo. No tenía fuerzas para levantar la cabeza y abrir los párpados. El ruido se amortiguó y siguió un largo silencio, aún era de noche. Oí unos pasos acercarse y detenerse junto a la puerta, me incorporé y caminé hasta la ventana, no tuve que asomarme para saber que era Alonso, casi lo esperaba. Me quedé quieta hasta que él llamó, entonces alargué la mano y corrí el cerrojo. Alonso empujó la puerta y entró, examinó el cuarto desconfiado, pero no dijo nada.

Sentí que ya no necesitaba nada de él, ni de él ni de mí, las palabras eran igual de superfluas que los actos. Nada tenía yo que ver con el hombre que estaba parado junto a la puerta, se había convertido en un desconocido del que me separaba una fría indiferencia. La estancia estaba a oscuras, el bombillo se había apagado, tan solo el resplandor rojizo que entraba por la ventana permitía distinguir el borde de la cama. En la penumbra ninguno de los dos distinguía el rostro del otro.

—¿Dónde está Esteban? —dijo temblando y miró hacia el fondo.

—¿Dónde está Esteban? —repitió sin poder apartar la mirada de la pared, como si algo en ella lo tuviera hipnotizado.

—Ya no está —le dije.

Después de algunos balbuceos habían vuelto a salir las palabras. De pronto caía en la cuenta de

que no había hablado desde que estuve en la playa, ni siquiera en el auto. Alonso se acercó a la cama, por un momento se tambaleó, luego ya no hubo necesidad de explicaciones, tan pronto como vio los ojos secos del niño supo de qué se trataba. Se quedó quieto, como un animal asustado, instantes antes de correr; quiso decir algo, preguntarme algo, pero no se atrevió o no supo cómo empezar. Cuando se volvió hacia mí, su rostro era distinto, estaba ensombrecido, en otro momento me habría sorprendido, pero ahora no me importaba.

—¡Qué has hecho, mujer! —dijo agarrándose la cabeza.

En la contraluz de la ventana, no veía más que el perfil de su silueta.

—Quería hacerte daño. Ahora ya no queda nada, ni tú ni nada. Lo he perdido todo, un hijo es lo de menos.

Hablaba como borracha, con una fría inconciencia.

—¡Estás loca! Eres una enferma —dijo él, volviendo la cabeza en dirección a la cama. Miró fijamente a Esteban y se dejó caer de rodillas.

—Yo soy mala, más mala que todas las mujeres, estoy podrida por dentro, pero tú eres peor que yo, eres tan egoísta que me privaste del placer de ser desdichada por ti y poder culparte por eso.

Cada palabra abría todas las heridas de golpe. Me atreví a decirle que al niño solo lo había aguantado por él.

—Tú lo tenías todo planeado, se lo dijiste esta mañana a Orlando —dijo él.

—Esta mañana ni yo misma habría pensado que por la noche estarías aquí, conmigo.

Alonso inclinó el tronco, apretándose con las manos el estómago, y se quedó inmóvil, como si escuchara.

—¿No tienes miedo? —me preguntó de pronto sin mirarme, levantando la cabeza.

—¿Miedo? Mis peores pesadillas se han quedado cortas. ¿De qué voy a tener miedo?

—De lo que has hecho —me dijo.

—Cuando uno se entrega es porque lo ha perdido todo. Yo lo perdí todo hace mucho, no hoy, hace mucho, mucho, antes de conocerte y de que el niño naciera. Ahora lo sé. Era algo que venía de atrás, algo que se venía acumulando, y no era por ti, ni por él, ni por mi padre, ni mi madre, era por todo, por la vida. Tú ya no importas, mi odio ya no importa, ese niño ya no importa. No tengo nada, no me queda nada, es terrible ver lo vanos que resultan todos nuestros propósitos cuando se enfrentan con la realidad.

—¿La realidad…?

—Con la vida, la vida tal como es ahora.

Hubo dos minutos de silencio. Alonso se quedó ensimismado, con la cabeza baja y la vista fija en el suelo. Parecía enajenado, ni siquiera podía estarse quieto en la posición en que estaba, sus brazos y sus piernas le temblaban.

—¿Qué has ganado con esto? —me preguntó con la voz rota.

—No quería ganar nada, solo librarme de ti, pero ahora veo que te he condenado a ser infeliz.

—¿No tienes miedo? —me volvió a preguntar temblando de inquietud.

—¿Quieres salir y llamar a todos y decirles lo que he hecho? Hazlo, el repudio de los demás no me va a librar de mis males.

—Yo sí tengo miedo, tengo mucho miedo —me dijo.

Luego se incorporó como un sonámbulo, tomó el cuerpo de Esteban y lo cargó. Fue como si despertara y de repente fuera consciente de que no estaba solo.

—Está muerto —me dijo—. ¡Míralo!

Por un instante contempló aquella cara inexpresiva, besó su frente y me lo entregó, luego buscó un poco de saliva en su boca seca y me escupió. Yo no pude aguantar más y estallé en llanto. Gruesos lagrimones también chorreaban por las mejillas de él. Dejé caer el cuerpo de Esteban y corrí hasta la puerta, él también corrió, fue algo extraño. Los primeros resplandores del día asomaban por la ventana, la conversación había terminado. Al salir de la habitación me miró con extrañeza, como si yo no fuera una persona, sino un objeto. Yo también lo miré: aquel desconocido estaba más pálido que el muerto. Nos alejamos uno del otro, como un par de sombras que se despiden para instalarse definitivamente en el recuerdo de sus propias ruinas. Luego supe que regresó y se quedó unos minutos más junto a la puerta, hasta que de pronto empezó a gritar, llamando a la gente:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Ha matado al niño, ¡ha matado a mi hijo…!

En la calle subí al primer bus que me paró, sin saber a dónde iba. Desde esa noche, todo ocurrió como si estuviera un poco muerta. Lo horrendo no era tanto la muerte de mi hijo, como que yo siguiera viva. Pero esa también era una lección. Yo no tomé la decisión de vivir pese al sentimiento de la falta de sentido, solo seguí viva y la vida continuó, por duro que fuera continuó, y con el tiempo, me acostumbré no solo a esa vida, sino a lo que vino después.

1

No me sentí culpable por lo que había hecho, pero sí supe que con ese acto había cambiado todo en mi vida. También supe que el dolor no necesariamente está asociado a la culpa, pero que, en todo caso, el precio que pagamos después de sufrir es muy alto, sí, porque el sufrimiento no siempre nos hace más sabios o mejores como creen comúnmente los que no han alcanzado a recorrer todos los grados de angustia; en algunos casos, la cuota que pagamos es mayor, nos vuelve más fríos, más indiferentes con la vida, y también más lúcidos, en el sentido de que uno se conoce. La aceptación, en todo caso, tendría lugar mucho después.

Un bus me llevó hasta las afueras de la ciudad. Las aceras resplandecían bajo una fina llovizna que tornaba el aire húmedo y frío, y la claridad gris del alba, que asomaba por entre los oscuros nubarrones, parecía cercarlo todo. El mundo volvió a ser para mí un lugar desconocido, como lo es para una niña de tres años. Tuve miedo, no sabía qué hacer ni a quién acudir. A cada paso que daba, la luz me desgarraba en medio de una terrible incertidumbre, contenida tan solo por la convicción de que no tenía nada que perder. Estaba cansada, caminaba con la apariencia de un animal asustado, abandonado por entero a la lluvia. Cerca de un estacionamiento conseguí un asiento en el auto de una mujer que conducía sola hacia un antiguo pueblo en el sur, donde antaño había existido una mina de plata. Aquella mujer, un poco simple, me extendió un billete y unas monedas cuando llegamos, al momento de bajarme.

Estaba amaneciendo, las tiendas y negocios comenzaban a abrir sus puertas. No sabía dónde dormiría por la noche, ni cómo me ganaría la comida dentro de una semana, tampoco tenía hambre, solo me afanaba por alejarme, lo más que pudiera y para siempre de P. Ocho horas más de viaje me separaron otros 64 kilómetros hasta llegar a una ciudad fronteriza. Una mujer que vendía carne asada había acomodado su puesto en una esquina para satisfacer el hambre de los transeúntes; busqué algunas monedas y me senté en un rincón para comer a escondidas. Al cabo de un cuarto de hora, un hombre de aspecto todavía joven se sentó a mi lado, tenía un acento sureño y era desgarbado, me ofreció asilo en su casa que estaba casi vacía, en un barrio perdido al que era mejor llegar antes del anochecer. Había vivido allí con una hermana que había muerto seis meses antes. Se llamaba Sergio. Aquel hombre tímido, de ojos inexpresivos, me colmó de atenciones en su pobreza, me trató como si fuera lo más valioso que poseía.

Al día siguiente caí enferma de fiebre; fue una fiebre anormal, cuyo grado terminó por desconcertar al joven médico, a quien yo había pedido que no llamaran. Al quinto día logré recobrar la conciencia; cuando abrí los ojos, Sergio estaba a mi lado, se había pasado al pie de la cama cuidándome. Con su ayuda, logré ponerme de pie y di algunos pasos hasta el baño. De regreso me vi en un espejo: había envejecido diez años en menos de dos semanas. Volví a la cama; no era solo la fiebre, era que no tenía fuerzas ni motivos para levantarme. Sergio se afanaba en comprar y darme pastillas, como si la vida se pudiera recetar en una aspirina. Con el paso de los días debí parecerle confundida y triste, cuando pretendía hablarme yo me giraba y le daba la espalda.

—Usted no quiere vivir, ¿cierto? —me preguntó una noche.

Luego perdí la noción del tiempo, no quería hacer nada, solo descansar, hasta que una mañana, seguramente un mes después de que llegué, me sentí completamente recuperada. Antes de irse a trabajar, Sergio se acercó a mi almohada y me rogó que me quedara. Lo dijo todo sin mover un solo músculo, muy bajo, susurrando, con una abnegación casi servil. Aquellas atenciones me espantaron más que si me engañara para denunciarme o para cobrar una recompensa. Me causó desprecio esa disposición suya a conformarse con cualquiera con tal de no estar solo; ese mismo

afán por instalar en su corazón a la primera desconocida que llegara, que había sido una de las causas de mi infelicidad y de mi ruina. Sí, sentí desprecio por ese infeliz porque era como verme a mí misma unos años antes. Tan pronto la portezuela se cerró de golpe, salté de la cama y busqué por toda la casa hasta encontrar unos billetes enrollados dentro de un tarro de lata oxidado; tomé el dinero, algunos vestidos de su hermana y hui a otra ciudad. Aquello no era un robo sino una oportunidad. Debió de pasar un buen tiempo antes de que Sergio se diera cuenta del tarro vacío.

Llegué hasta C. Allí me cambié de nombre: me hice llamar Antonia, que era un nombre al que desde niña le había atribuido un aura de autoridad. Pero no se trataba solo de un cambio de nombre, sino de borrar a toda prisa un pasado, como si se tratara de un cuerpo al que se ha puesto bajo tierra. Aquella capa de tierra, sin embargo, no alcanzaba a cubrir la parte más profunda de la conciencia, solo servía de máscara para ocultar de los demás una vida que no estaba, como toda vida, desprovista de mentiras.

Los primeros días viví casi como una mendiga, de esas que por las noches se esconden como las ratas en cualquier hueco para no sentir el frío, sometida al único instinto de vivir. Estaba completamente abandonada, no tenía a donde ir ni a quién acudir. Mi padre solía decir que había que ver la vida como los estoicos, imaginarse siempre en la peor situación y ver si uno podía resistirla. A menudo lo había hecho, pero imaginar es fácil; en el fondo, uno cree que nunca llegará a caer tan bajo, ni estará tan desprotegido, ni verá tan de cerca el rostro flaco de la miseria. Tenía miedo de no librarme de ese cerco.

Algunas semanas más tarde conseguí que me dejaran quedar en una bodega a cambio de atender y vigilar la puerta. La bodega estaba en un edificio viejo y húmedo; el dueño, un veterano grueso y ordinario, no me pagaba, pero yo sabía que al primer reclamo que hiciera me echaría. El cuarto en que dormía era como un ataúd, estrecho, oscuro, frío. Jamás tuve tanto frío como en esos meses. Uno consigue para comer, pero el frío no se quita, el hambre le retuerce a uno el estómago, pero se deja engañar con un pan, en cambio el frío se mete dentro de uno, como si fuera a durar para siempre. Después pasé a una casa como empleada doméstica, y luego a una fábrica de textiles; la mano de obra escaseaba a pesar de que casi todo el trabajo lo hacían las máquinas y necesitaron nuevas operarias sin experiencia. Los cambios de trabajo traían cambios de domicilio, y en aquella época no era difícil encontrar trabajo y alojamiento en C. La rutina de la fábrica comenzaba temprano, antes de las siete; en el invierno el trabajo era más duro, lo peor era el frío, no servían de nada los sacos gruesos, las instalaciones parecían cuartos de hielo por las mañanas y las piernas se entumecían cuando una permanecía demasiado tiempo parada. Éramos alrededor de veinte en el sector donde yo estaba, la mayoría eran mujeres viejas, que pasaban los cincuenta. Aquellas desgraciadas lo aguantaban todo, las humillaciones, los gritos, el calor y el frío, lo único que no aguantaban era que les bajaran el sueldo. El administrador me despreciaba por mi pobreza y al mismo tiempo me respetaba por mi carácter.

Estuve allí algo más de un año. Durante esa época no echaba en falta nada, no deseaba nada, lo único que esperaba de la vida era que terminara cuanto antes. No estaba triste, era otra cosa, un sentimiento indeterminado y complejo lo que me embargaba porque en esa nostalgia, en esa tristeza, la imagen del niño casi nunca estuvo presente, a veces si la de Alonso, pero era una imagen inmóvil, indolora, a la que yo observaba desde otra orilla. Acepté lo que había hecho, y también acepté mis circunstancias. Al final logré sobrevivir a mí misma y me mantuve con vida.

Durante ese tiempo viví sumida en una indiferencia absoluta, hasta para comer; no tenía propósito alguno, ni ninguna meta, iba de la habitación a la fábrica y de la fábrica a la habitación

sin reparar en nadie ni en nada, pero había instantes en que quería volver a salir y hacer por lo menos un amigo. Después, aquello se convirtió en una suerte de soledad forzada, que pesaba como una cárcel involuntaria. Entre semana, el trabajo me hacía olvidar la inquietud; claro que en la cabeza seguían rumoreando miles de cosas, pero el cansancio y las largas jornadas servían de distractor. Regresaba al cuarto casi siempre de noche; a pesar del cansancio, no dormía bien, daba vueltas en la cama por horas, despierta, con la luz apagada. Cuando, finalmente, lograba dormirme, cualquier ruido me despertaba. Los domingos eran terribles, tenía que luchar más que otros días contra el aburrimiento que casi siempre venía cargado de impaciencia.

Un daño ocurrido de improviso en las máquinas hizo que recortaran el tiempo de trabajo en la fábrica. Por las tardes, después de la jornada, para no encerrarme tan temprano, me acostumbré a ir a caminar. A veces me acompañaba alguna de las operarias, pero lo más corriente era que saliera sola y me alejara por las calles, apartándome de los lugares conocidos.

Una de aquellas tardes ocurrió algo. Eran más de las cinco, el sol caía con sus últimos rayos por las aceras y avenidas, yo llevaba una gorra blanca en la cabeza y caminaba con indiferencia, sofocada por el aire pesado de la atmósfera, sin prestar mucha atención a lo que pasaba a mi lado. Franqueé la zona de los talleres y de la fábrica hasta llegar al mercado y desde allí subí al casco antiguo. Las viejas callejuelas adquirían por momentos un aspecto sórdido, lo que servía de subterfugio para evitar la desmandada excesiva de transeúntes. Me senté un par de minutos en una pequeña plaza, frente a una iglesia barroca, y ya estaba buscando con la mirada alguna ruta para ir a la estación de bus, cuando de la planta baja de la iglesia me llegó el sonido de un piano. Estuve un largo rato quieta, escuchando: el sonido tan pronto se interrumpía como comenzaba. Caminé los cincuenta metros que me separaban de la iglesia y entré. Era espaciosa y oscura, un tanto desmantelada, pero aún dejaba ver algo de ese ostentoso esplendor del pasado, que no sería suficiente para salvarla de la ruina. Una docena de bancas flotaban dentro de la inmensa nave central; más adelante, en el presbiterio, un grupo de muchachos se amontonaban alrededor de una señora que tocaba el piano. No supe lo que interpretaba, tal vez alguna antigua aria europea de esas que ya nadie conocía. A la señal de las manos firmes de la pianista, algunas de las gargantas, hasta entonces mudas, comenzaron a cantar; el sonido melancólico y extraño, casi ancestral, producido por un instrumento que no logré identificar, me hizo estremecer. Sentí que el corazón me saltaba hasta el cuello, como hacía mucho no lo vivía. Me entregué a ese sonido como una posesa.

Al volver a la casa, el resto de la noche, no hice más que pensar en esas notas amargas, como si fueran flores raras; todavía no comprendía lo que había sucedido, pero tenía la sensación de haber vivido uno de esos momentos que, de un modo inentendible, se conectan con otros de nuestro pasado y nos marcan. Al otro día regresé. Aquellas visitas se volvieron casi diarias; pasaba las horas muertas sentada en la banca de atrás. Aquella música me resultaba familiar, todas esas notas invisibles formaban un mundo en sí mismas, y en ese mundo me sentía a salvo y protegida de las demás personas; no deseaba nada, no echaba en falta nada, me sentía tranquila, como se está durante uno de esos paseos por el campo que no conducen a ninguna parte. Me di cuenta de que tocaban de lunes a jueves y el sábado. Al tercer día lloré. Fueron unas horas alegres en que volví a sentir el alma viva, como si después de estar vacía por mucho tiempo, algo volviera a entrar súbitamente dentro de mí.

En la fábrica, me afanaba a salir rápido para llegar a la iglesia. La música era como un narcótico que me elevaba por unos instantes, para luego dejarme más vacía que antes. Los días en que no tocaban, el tiempo corría lento, una hora nunca fue tan larga, un domingo nunca tan

insoportable. Sí, lo peor eran los domingos, creo que ya te lo dije. Era un aburrimiento mortal. Durante esa época comencé a pensar en Adrián, a recordar a Felice y a su marido, a mi padre, de vez en cuando a Orlando, pensaba a menudo en ellos, en lo distante que estaba todo, en lo irreversible del tiempo, en que no se puede reponer el pasado. Trascurrieron los días, iguales los unos a los otros. Al principio me azoraba el deseo de huir de mí misma, luego me refugié en la música. Por las noches repasaba las notas en mi cabeza, despertaba con ellas como si escuchara una voz; me propuse ahorrar para comprar un piano de segunda.

A la cuarta semana comencé a interesarme por la señora que tocaba en la iglesia, yo la había visto rezando y encendiendo cirios al pie de una imagen de la Virgen. A pesar de su fisonomía corriente, era de un gusto elegante para la ropa, desprovisto de adornos falsos. Antes de que comenzara el recital, me distraía intentando imaginar su vida por encima de la apariencia severa y pragmática que le daba su rol de institutriz; también pensaba en su grupo de muchachos, tan jóvenes, que tal vez no conocerían el placer más allá de la tentación, ni les habría llegado el tiempo del sufrimiento. Aquellas personas eran como amigos a quienes no conocía.

Los libros, por entonces, eran palabras muertas que me molestaban. Ya te he dicho que solo la música me salvaba momentáneamente, colmando el vacío de mi existencia desocupada. Algunas veces, cuando escuchaba el sonido del piano, acompañado por algún violín, bajo las luces frías y chispeantes de la enorme bóveda, no podía parar de llorar; aquellas notas me conmovían no solo por su belleza, sino también por la perfección que adivinaba tras cada fuga. Aquel placer lograba remover un trozo perdido de mi pasado, de mi niñez, de mi adolescencia, y lo trasfiguraba, como si de pronto me diera cuenta de que en ese momento había sido feliz, feliz, aunque entonces no lo supiera, y quisiera volver a alcanzar esa felicidad, que no era más que un anhelo, como lo son esos paraísos perdidos que desde la distancia creemos que han sido reales.

Por entonces me alojaba en una casa bastante pobre, pero no me molestaba esa pobreza. En el cuarto donde dormía solo tenía un colchón sobre el suelo y un par de sillas en las que amontonaba la ropa. Aquello lo veía como una forma de simplificar la vida. Con el paso de los meses, allí volví a sentir por breves momentos el contento de estar sola, la serenidad que da el desapego de todo. Me puse muy delgada, generalmente no me daba hambre ni ganas de cocinar para mí sola.

Una noche, en la iglesia, después de que terminó el concierto, la señora del piano, que desde hacía tiempo no había dejado de examinarme discretamente, se acercó y me preguntó:

—¿Te gusta la música?

—Sí —le respondí—. También sé tocar el piano —pero luego me callé, arrepentida de lo que acababa de decir, como si hubiera sido mentira.

—Hace varias noches que te veo…

—No tengo nada —le dije sin querer.

—No he venido a pedirte nada —me respondió sin molestarse—. Puedes venir cuando quieras, me gusta la gente que tiene sensibilidad por la música —dijo y se marchó.

Al día siguiente la busqué, le oculté mi verdadero nombre y las razones por las que había terminado en esa ciudad. Le dije, como si saliera de forma involuntaria, que había tenido un hijo que había muerto en un accidente, que su padre me había culpado por aquello. Me miró sonriente, con una sonrisa extrañamente tímida, como si sintiera vergüenza de que yo le contara esas cosas.

Su vida tampoco había sido fácil, lo fui sabiendo todo luego, de a poco. De niña, el destino la había golpeado con una infancia huraña y amargada a causa de la brutalidad de un tío que la

explotó después de quedar huérfana. Se había acostumbrado a esa vida hasta que llegó en su rescate un familiar de su madre que al morir le dejó su pequeña fortuna; pero el daño estaba ya hecho: a pesar de que quiso, Esther no pudo tener hijos, seguramente a causa de las patadas que recibió en su infancia, y salvo por un primo, que murió demasiado joven, no tuvo más pretendientes. Sin embargo, no tenía el aspecto de una mujer que no habría sentido jamás el amor, es probable que la caridad le produjera más satisfacción que la misma voluptuosidad. Se dedicó a recoger y a cuidar huérfanos y fundó en su casa una escuela de música.

De una ranura del techo caía una gotera. Nos quedamos escuchando el sonido del agua que se mezclaba con las notas que un estudiante sacaba del piano. Volvimos a encontrarnos dos días después. A partir de entonces, hablábamos casi siempre a la salida de la iglesia; hablábamos con formalidad, generalmente de música, yo fingía más interés del que en verdad sentía, pero no dejaba de verla. Aquella mujer y su música eran un refugio a donde yo escapaba de la pobreza y del ruido de la fábrica.

Poco a poco fui descubriendo en ella algunas particularidades excepcionales que ella prefería mantener ocultas del resto del mundo, quizá para librarse de la incomprensión y de la antipatía de las personas que la rodeaban. La fe, a menudo atributo de mujeres, tomaba en ella la forma de un precipicio siempre abierto, donde a veces caía para enfrentarse con visiones extrañas.

Un buen día me invitó a su casa. Era una casa amplia, sin lujos, dispuesta con lo necesario para el trabajo y la vida tranquila. Todo allí daba muestras de una lúcida disciplina, incluso la distribución de los muebles respondía a un determinado orden. Tenía dos puertas, una para ella y las maestras y otra para los estudiantes de la escuela. En total, había cinco maestras, la mayoría de edad madura, y una muy vieja, pariente de la dueña, y doce niños internos, el menor tenía seis y el mayor estaba por cumplir los catorce años. Después de los quince eran enviados a un internado de franciscanos. También estaban los hijos de algunas familias ricas que asistían a la escuela como estudiantes particulares por las tardes.

Del vestíbulo pasamos directamente a un salón de música en el piso de arriba. La señora me ofreció café caliente y me pidió que tocara algo en el piano. Hacía mucho tiempo que no tocaba. Me senté al piano, me incliné sobre el teclado, y me quedé quieta, no lograba concentrarme; las ventanas del salón daban a la esquina de la calle y alcanzaba a ver algo de la suave colina del barrio judío; mi anfitriona seguía allí, pero yo no tenía fuerzas para tocar nada; aun así, lo hice. La impresión inicial, después de unas buenas notas, fue algo decepcionante, una distancia inescrutable se había abierto entre la fría caja de teclas color marfil y yo. La señorita Esther pareció no notarlo o no importarle, me ofreció que regresara los domingos para ensayar. Sin embargo, yo había perdido el poco virtuosismo que algún día tuve, veinte años sin practicar me habían arrebatado la destreza. Ahora solo tenía una actitud sentimental ante la música que me hacía evadir por momentos de la realidad y encontrarme con las imágenes perdidas de mi pasado. De regreso a la pensión no me sentí decepcionada, estaba más bien contenta de saber que la música ya no me exigía nada, solo estar ahí para oírla y admirarla.

Por entonces mi situación económica empeoró; hubo un recorte de personal en la fábrica y me quedé sin trabajo, yo debía varias semanas de arriendo. Renuncié a pedir ayuda; opté por encerrarme y no visitar a nadie, incluso aguantaba hasta la medianoche, cuando todo quedaba en silencio y los cerrojos de las demás habitaciones estaban corridos, para salir al baño. Pasé varios días así; la dueña de la pensión me rondaba como un gato, como una espía. Al quinto día el hambre y la rabia me obligaron a salir. Una vez más me lancé a la calle, sin tener idea a donde ir ni qué hacer. Y, sin embargo, en medio de esa miseria, no me sentía tan infeliz como debería, tal

vez porque el abandono y la pobreza no constituían el sentido verdadero de aquella azarosa situación.

Cuando regresé, después de mediodía, encontré en la mesa dos billetes de 100, junto a una nota que decía:

"Para que pague lo que debe; por favor, no dé las gracias. Esther".

Seguramente la casera la puso al tanto de mi situación. Al día siguiente se apareció muy de mañana, no quiso pasar de la puerta, pero lanzó una mirada de soslayo a la habitación que estaba en desorden; me ofreció que viviera en su casa y trabajara como maestra. No fue necesario pedir tiempo para pensarlo. A finales de aquel mes de febrero me mudé a su casa. En realidad, ese lugar ordenado y tranquilo, de habitaciones austeras me aburría por anticipado. Me resultaba fastidioso sumergirme de lleno en una casa habitada por mujeres y niños, pero no tenía otra opción. Por supuesto que también estaba la música, la música que había vuelto para atraerme con una rara intimidad. Los primeros días transcurrieron en un estado de intensa agitación; las maestras y las empleadas me recibieron con confianza, las conocía a todas de vista, pero a mí no me resultaba fácil entablar conversación con ellas, seguramente porque siempre me sentí menos libre en presencia de otras mujeres. Tardé semanas en aprender sus nombres. Tampoco me importaban las rivalidades cargadas de pequeñas intrigas que se daban entre ellas. Fue un poco antes de eso cuando cometí por primera vez la imprudencia de decir mi verdadero nombre a una de las cocineras que Esther me presentó; a pesar del susto, logré rectificarme y decir Antonia. Ambas lo tomaron por un despiste sin importancia.

Durante el día la señorita Esther se consagraba al cumplimiento de sus tareas; ella era el alma del orden que había en la casa, donde todo funcionaba con la precisión de un reloj. A las seis de la mañana el personal de servicio tenía que estar de pie, el desayuno se servía a las siete y el almuerzo a la una, después de que los niños regresaban del instituto donde recibían educación pública. A las dos comenzaban las clases de música, cortadas por un breve descanso, y a las cuatro había que ir a la iglesia. Las maestras se ocupaban de las clases, mientras las demás se encargaban de la limpieza y la cocina. También había que rezar el rosario. Aquel ritual doméstico se realizaba todas las tardes a las seis. Al principio yo me sentaba junto a ellas, pero no pronunciaba ninguna palabra, solo las veía, ninguno de aquellos rostros reflejaba devoción. Después me harté y dejé de acudir a esa cita tediosa. Los domingos, después de la misa mayor, a la que tenía el deber de asistir, llevábamos a los niños a dar un paseo, y por las tardes les hacíamos aprender y recitar las lecciones que expondrían el lunes en la escuela. Todo se hacía con seriedad y ceremonia, era un orden basado en la imitación de los modales de la señorita y de la clase que ella representaba, al que se acoplaban todos, desde los estudiantes hasta el chofer y la cocinera, incluso aquellos que los reprochaban y se burlaban en secreto, con el tiempo trataban de vivir, vestirse y comportarse igual que ella.

Ahora creo que todo ese orden era una suerte de teatro con el que intentaban protegerse de la descomposición que se extendía por todas las esferas sociales y amenazaba con tumbar los cimientos de las leyes y las costumbres en las que estaba asentada esa clase que ellas pretendían representar. Pero a veces uno sentía que aquellas vidas sin ilusiones, que se refugiaban en esa casa para resguardarse de las voraces tormentas de afuera, también se enfrentaban a la fuerza de sus propios sentimientos. Cuando la señorita se ausentaba por algunos días, las cosas adquirían un ritmo más lento, más caprichoso incluso. Pero lo más común era que la señorita no estuviera fuera demasiado tiempo. En su casa solo tenía tratos personales con su vieja pariente y dos empleados. Uno de ellos era Cristóbal, un viejo enjuto que le servía como contador y

mayordomo; la otra era una mujer pelirroja y pecosa que la señorita había salvado de los dientes de un marrano, en un basurero, donde la habían botado cuando tenía diez meses de nacida. Su nombre era Bertha; era desapasionada y modesta, y se ocupaba de limpiar las salas de música. Con el resto sostenía un trato correcto y moderado, con el que establecía la distancia que la elevaba muy por encima de aquellos que dependían de su sueldo.

Por lo demás, habría que decir que aquella mujer vivía contenta con su manera de ser, sostenida por esa voluntad de ser útil que la libraba de la amargura. Era casta por repugnancia a la facilidad, como si el encuentro fácil con algún hombre supusiera un gran peligro, casi mortal, para ese cuerpo flaco. En aquel tiempo ambas compartíamos el temor a esas relaciones inmediatas y violentas. En la casa, Esther quería hacerlo todo, acumular todo en sí misma, sin confiarse de los demás. Se había puesto la obligación de ir a misa y comulgar todos los días porque la religión era necesaria para mantener su vida y el mundo en orden. Al revés de lo que pudiera creerse, nunca se dejó engañar por la chocante idea del buen pobre, era bastante realista para eso, seguramente porque conocía los trabajos que conllevaba servir a Dios en las calles. Aquella vida, sin embargo, no estaba exenta de sombras. Una vez la vi golpear brutalmente a un muchacho por una estupidez, y otra la sorprendí dándose golpes contra las paredes. A veces me parecía que detrás de su imagen elegante y reservada se ocultaba una gran desesperación, que ella intentaba disimular con una fuerza sobrehumana. A pesar de ser justa con sus empleados, algunos no la querían, la acusaban de avarienta, de utilizar la mayor parte del dinero que obtenía para los pobres en comprar trajes costosos, sin entender que no se toma por superior a quien no lo aparenta. La propia cocinera aseguraba ser testigo de indiscretas aventuras de su señora con otras mujeres. En la calle también sonaban los chismes más impredecibles en torno a ella y a su escuela de música: decían que necesitaba estar siempre rodeada de hombres jóvenes para sentirse tranquila, que la escuela era un pretexto para lograr su proximidad, otros la llamaban santa.

Durante el tiempo que viví con ella, nunca le hablé de mis sentimientos ni de mis planes; de los primeros porque la hubieran inquietado y de los segundos porque no tenía. Pero a menudo me daba la impresión de que ella adivinaba más cosas de mí de lo que dejaba ver. Cuando algún indiscreto le indagaba sobre mi pasado, Esther inventaba relatos monótonos y banales sobre mi vida que podían ser los de cualquier persona, y que no llegaban a interesar a nadie. Una tarde, mientras íbamos juntas a la iglesia, reconocí por la calle a la vendedora de una tienda de P, donde había ido un par de veces a comprar cosas para Esteban. La mujer me miró con escaso interés y siguió de largo, yo me tambaleé, toda la angustia ahogada dentro de mí subió a la superficie, sentí que las piernas me flaqueaban y me quedaba sin fuerza de la cintura para abajo. Esa desconocida era un lazo que volvía a unirme con mi pasado. Esther me sujetó del brazo y me llevó hasta un cafetín donde me dio a beber una infusión caliente.

—¿Ya estas más tranquila? Será mejor que regreses a la casa.

Atravesé aquel laberinto de callejuelas agitadas del barrio antiguo hasta llegar a la casa, que estaba cerca. Los días siguientes evité salir por prudencia, me enclaustré como un animal que se esconde entre la estrechez y la oscuridad de su madriguera, donde se siente seguro. Pero me inquietaba el silencio de Esther. Probablemente —pensé—, ella también conoce la necesidad que tenemos de escondernos a veces.

Con el paso de los meses, la vida junto a ella y las gentes que la rodeaban fue tomando todos los matices, como ocurre siempre entre las personas que pasan largos periodos de su tiempo juntas. Yo pensaba quedarme solo lo necesario hasta saber qué hacer, hasta que el mundo se olvidara definitivamente de mí y de la muerte de mi hijo. Pero en ocasiones me parecía que me

iba a quedar allí para siempre, encerrada en esa casa, junto a esas personas, ya fuera porque no tenía a donde más ir, o porque una especie de pereza me impedía moverme. Luego comprendí que no podía hacer otra cosa sino estar allí, y esperar a que el tiempo pasara. Poco a poco la cotidianidad comenzó a seguir su curso, y me fui encerrando cada vez más en la rutina de esa vida sedentaria, que iba impregnándolo todo de una calma y de un orden superficiales. Pero, a veces, los malos recuerdos volvían y se imponían como un vicio. Yo sufría al no aceptar las cosas tal como eran. Una mañana, mientras me secaba después del baño, me fijé que tenía una mancha verde, como una suerte de lunar, que había aparecido debajo del seno izquierdo. Aquello no me causó sorpresa, pero sentí algo parecido al temor.
Ya de niña había atravesado esos estados de ánimo que empezaban con miedo y terminaban en hastío.

2

La rigidez en las relaciones y en el ambiente con la gente de la casa solo se desvanecía durante los momentos de música. Pero a veces el voluptuoso encantamiento de los violines y del piano dejaban de tener efecto, y me daba cuenta, en medio de la inutilidad de todo, que me aferraba a esos sonidos como una sobreviviente a los restos de un naufragio. Todo era completo y perfecto en la música, lo único incompleto era mi vida. Con el tiempo, sucedió algo peor, la música dejó de ser mi consuelo y pasó a ser un trabajo forzoso como cualquier otro, con el que me ganaba la vida y no me sentía cómoda. Enseñarles a niños por los que jamás sentí apego ni me procuraban ninguna alegría era una experiencia amarga e incómoda. A menudo sentía una insatisfacción que aumentaba como la mancha verde de mi costado. Se apoderó de mí un deseo irresistible de partir, de alejarme de aquella vida. Yo solo esperaba el momento crítico en que el más leve de los acontecimientos lo destruyera todo, y ese momento no demoró en llegar.

Una tarde, mientras esperaba en el salón de música a que llegaran los muchachos para la clase, escuché por el pasillo los pasos de algunos que se acercaban; de pronto me entraron unas ganas locas de huir, como si aquellos muchachos fueran mis enemigos, fue una sensación que me invadió por completo. Corrí a mi habitación y empaqué lo que tenía en una vieja maleta, pero no salí, estuve encerrada toda la tarde, paseando de arriba abajo. Esther ordenó que no me molestaran, pero no le dio mucha importancia a aquel contratiempo, como si fuera algo común en las maestras; no obstante, pensó que había llegado el punto en que eran necesarias unas vacaciones. Yo no me negué. Ella lo organizó todo en la casa de una conocida suya que vivía en una ciudad cercana. Yo no esperaba nada de esas semanas, todo seguiría igual. Dos días después supe que la señora que me recibiría era muy joven. Su nombre era Lucía, vivía con su marido, un médico al que le apasionaba la fotografía, y sus dos hijos, una niña de cuatro años y un muchacho de catorce, del primer matrimonio de su marido.

Un día antes de partir, la señorita Esther me compró un par de zapatos para la marcha que dejé olvidados debajo del ropero. Esa mañana llovía. ¡Como llovía! El bus llegó hacia las diez; para entonces el bullicio y el ajetreo en la estación ya habían menguado. Yo estaba agazapada junto a una tienda de dulces, tú debiste pasear la mirada por el lugar hasta localizarme, porque de pronto me llamaste con un gesto. Fue entonces cuando te vi por primera vez ¿O ya te había visto antes? La memoria me falla; eras unos años menor que yo, pero te veías como un joven adolescente; llevabas la cabeza casi rapada, a la moda inglesa. Para ese tiempo estabas terminando tu especialización de enfermería y te preparabas para seguir otras de tus aficiones: la poesía y el amor por los animales. Desde el comienzo me sorprendió esa entrega, en especial por los gatos, que no necesitabas justificarle a nadie.

Una vez en tu casa, curiosamente, no hubo necesidad de explicaciones: de inmediato comprendí de qué se trataba, como si llevara mucho tiempo viviendo con ustedes. Desde el primer día supe que tú y tú esposo no se amaban, que él pretendía a otros hombres, pero que existía un consenso tácito entre los dos en permanecer juntos. Ambos guardaron siempre reserva sobre la naturaleza de sus relaciones, pero yo intuía que había algo más que conveniencia social en ese trato.

Lo cierto es que de inmediato sentí simpatía por ti, me sentí con el derecho para consolarte y, de paso, consolarme a mí misma. En eso cifraba el cariño que te tenía; pensaba que mi cercanía te ayudaría a superar el sufrimiento, cuando supieras que tenías junto a ti a alguien que había sido víctima de unas pasiones parecidas a las tuyas. Tu amistad fue más sincera y espontánea porque no estaba alentada por ningún sentimiento de compasión. Querías que Felipe estudiara piano y buscabas una maestra para el invierno. Aquel era un muchacho de gracia todavía infantil y contextura musculosa y blanda a quien poco le interesaba la música; no se parecía a su padre, lo cual me hizo suponer que debía tener los rasgos de su madre, que no eras tú. Me dediqué a él, cosa que sorprendió a todos cuando se enteraron en la escuela; sentía una suerte de atracción que no podía explicar por estar junto al hijo de un homosexual.

Una vez, estando tú y yo solas en la cocina, mientras preparábamos unos panes, te insinué algo sobre mi pasado, aquello bastó para que me entendieras sin necesidad de hacer preguntas incómodas. La noche de año nuevo me lo contaste todo, el alcohol te había puesto en ese grado de excitación en el que aun las personas más discretas arrancan a hablar de más. Era verdad que Alberto se iba de casa para reunirse con otros hombres, pero lo demás no era como yo lo había imaginado, tú no te derrumbabas por las acciones del hombre a quien habías conocido y aceptado desde el comienzo como era.

—Alberto es mi segundo marido, el primero se llamaba Ricardo —comenzaste de pronto, como acometida de un furor repentino—. Cuando me casé por primera vez creí estar segura, como mucha gente, de haber encontrado a alguien con quien pasar el resto de mis días. Mi esposo tenía todo lo que una mujer habría soñado: era atento, cariñoso, paciente, tenía una profesión y un trabajo reconocidos, pero le faltaba algo, algo que difícilmente sé explicar. No me despertaba ningún deseo; yo quería cuidarlo, protegerlo, atenderlo, pero no ser su amante. No se trataba de su aspecto físico, era un hombre apuesto. Yo lo quería, me hubiera interpuesto entre él y una bala, pero no lo deseaba. Al año de estar casada comencé a buscar amantes para tener encuentros casuales. Aquello se convirtió en una suerte de vicio, entregarme a todos, porque con el hombre que vivía no deseaba tener ninguna intimidad física. Con mis amantes nunca permanecí más de unas horas, después de saciar el deseo, se convertían en uno de esos objetos de los que uno quiere librarse a toda prisa.

Mi esposo nunca se dio cuenta de nada, era un hombre sensible, y yo temía hacerle daño; lo conmovía hasta las lágrimas una película, una canción de la radio, una noticia del otro lado del mundo. También era muy creyente, iba todos los domingos a misa, daba limosna y se confesaba regularmente, pero su religiosidad no era fruto de la educación, sus padres jamás le inculcaron ningún amor por los santos o por la iglesia, más allá de celebrar la Navidad o alguna otra fiesta importante. Yo nunca lo acompañaba, no me gustan las iglesias, todo en ellas me parece espantoso, incluso el olor de los cirios encendidos. Era un hombre muy inteligente, de esos que aprenden todo y son capaces de resolver ecuaciones en un minuto. Pero ¿es posible amar a un hombre por su sola inteligencia o por su bondad?

A veces creo que no, que las mujeres buscamos otras cosas en un hombre.

Por mucho tiempo me esforcé en seguir a su lado y sostener nuestra relación, pero era como si intentara mantenerme en pie, después de un terremoto, sobre una casa donde el piso y las paredes ya están resquebrajadas. La verdad, tenía miedo de dejarlo, sabía que no iba a encontrar a nadie como él, y no lo encontré. Cada vez que pienso en eso siento un hueco en el estómago.

Una vez conocí a un hombre; se llamaba Javier. Nos relacionamos a través de una de esas agencias donde las personas buscan pareja. No fue una cita a ciegas, no me gustan las sorpresas, hablamos un par de veces por teléfono antes de encontrarnos e intercambiamos algunas fotos, pero las fotos escondían aquella sensualidad algo turbia que de inmediato salía a relucir en su presencia. Cuando lo vi personalmente me puse nerviosa, era uno de esos tipos apuestos y bien plantados que dan la apariencia de ser muy cotizados y de llevar una vida social agitada, lo primero que me vino a la mente fue que él no querría tener nada conmigo, yo me veía un poco simple y seria a su lado. Como era costumbre en esas situaciones, me acerqué y me presenté con un nombre falso. Él estaba sentado, con las piernas cruzadas, en un pequeño taburete, dentro del restaurante donde habíamos quedado de encontrarnos. Después de unos minutos me percaté de que yo le resultaba interesante, exploré el papel de seductora sin sentirme ridícula ni avergonzarme por ello. Hablamos animadamente más de una hora, de su trabajo, de mis estudios, de los lugares que conocíamos, de los futuros viajes; luego salimos a caminar y entramos a una sala de cine, pero no vimos nada, ambos buscábamos con afán otra cosa. De golpe terminamos en un hotel cerca del centro. Él me gustó desde el comienzo y, además, yo carecía de la vergüenza necesaria para contenerme. Hicimos de todo, gozamos de aquellos minutos hasta sentirnos totalmente satisfechos. Acordamos volver a encontrarnos al día siguiente en el mismo restaurante, y así fue; todo salió como lo había imaginado con mi cabeza acalorada, volvimos a vernos y a repetir las hazañas en las que no habíamos dejado de pensar toda la noche. Nunca supe a qué se dedicaba en realidad. Decía que era electricista. El caso es que estaba disponible cada vez que yo lo buscaba y en cada encuentro se entregaba por completo a mí, me brindaba todo lo que podía dar un cuerpo.

Nos veíamos poco, pero vivíamos aquellas horas con intensidad. Quizá por eso me parece que fue mayor el tiempo que estuve con él. Yo adivinaba que él salía con otras mujeres, pero de momento no me importaba, no le conté que era casada, me excitaba el riesgo que aquella aventura suponía. Después de varios encuentros le propuse entre juegos que tuviéramos algo; yo hablaba en serio, estaba dispuesta a divorciarme de mi marido para casarme con él. Mi esposo sospechaba algo; no me decía nada, pero se encargaba de hacerme saber que intuía que yo lo engañaba con otro, me leía artículos que salían en el periódico sobre infidelidad o buscaba películas cuya trama era la traición.

Un día le inventé una excusa y me fui dos semanas a Cuba con mi amante. Todo el viaje lo pagué yo. Los primeros días prácticamente no salimos de la habitación del hotel. Cuando dejamos el encierro, disfrutamos de ser casi los únicos huéspedes. Llegué a creer que Javier había abierto un nuevo capítulo en mi vida, pero no fue así. Aquel desenfreno venía casi siempre cargado de hastío y de contradicción. Después de estar juntos quería dejarlo, pero cuando me alejaba volvía a pensar en él y quería estar de nuevo a su lado. No era amor, era codicia lo que sentía por él, y a veces esa codicia me hacía sufrir hasta llegar al desespero. Después de que regresamos del viaje yo vivía como si estuviera esperando algo, pero a veces tenía mis dudas. ¿Qué esperaba? Que pasara algo que definiera la situación entre mi marido, mi amante y yo. El amor de mi esposo no era más que ternura, él jamás habría imaginado que el amor también puede ser violento, una especie de odio apasionado, como el que yo sentía por mi amante. Al final

quería que Javier se enamorara de mí, que lo dejara todo por mí, aunque yo no lo amaba, pero sabía que él no era ni sería incondicional conmigo como lo era mi marido. A su lado no tenía ninguna certidumbre, sus sentimientos eran etéreos y cargados de emociones ficticias. Una vez me dijo “Te amo”, pero esa palabra sonó hueca en sus labios, como un concepto estudiado, con el que hacía sus pequeños malabarismos. Tal vez por eso en algunos momentos perdía el dominio de mí misma, junto a él me impacientaba demasiado, me volvía otra, me convertía en la mujer celosa que siempre había repudiado, me daba por hacer reclamos, por gritar, a veces hasta sentía deseos de golpearlo, de comportarme de una forma que jamás me habría comportado con mi marido. Decidí dejarlo, no verlo más, él tampoco me buscó. Nuestros cuerpos habían llegado a ese punto en que ya no encuentran nada que aprender el uno del otro.

Regresé a mi vida de casada, pero en esa vida jamás estaba tranquila, siempre dominada por el deseo insatisfecho y la conciencia de que obraba mal. Aquella obsesión se hizo cada vez más intolerable. Un día ya no pude más, sabía que me iba a doler mucho hacer sufrir a Ricardo, él no se merecía eso, pero hay actos que son necesarios por ser inevitables y ya nada podía hacerme tambalear y volver para atrás.

Cuando le dije que quería separarme de él, alzó los ojos, extrañado al principio y asustado después. Luego preguntó:

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿No me amas? Creí que me amabas.

—Daría la vida por ti, pero ya no quiero estar a tu lado.

—No entiendo.

—Yo tampoco, pero es así.

—No, ¡explícamelo!

—Ya te lo dije, daría mi vida por ti, pero ya no quiero estar más contigo.

—¿Alguien te está presionando?

—No hay nadie, es algo mío; tú no tienes nada que ver, soy yo.

—Dime qué pasa.

—Tú no me gustas.

—¿Qué? ¿No te gusto? ¿No te gusta mi manera de ser?… ¿no te gusto físicamente? —dijo casi entre lágrimas.

—No —le dije.

Agachó la cabeza y se levantó, no quiso saber más, sabía dejar a oscuras esos lugares donde no es correcto arrojar luz.

Terminamos como muchas parejas en un juzgado de familia. Ahí acabaron cuatro años de matrimonio. Entonces me di cuenta de que no basta con que alguien te quiera o te proteja para quedarte a su lado, la correspondencia en el amor depende de otras cosas, quiero decir que la carne es todavía más fuerte que los sentimientos.

—¿No te arrepentiste? —le pregunté.

—No. Cuando me separé sentí que me había quitado un peso de encima, había estado cargando con el afecto y la fidelidad del que hasta ese día fue mi marido. Después de separada me mudé a un pequeño apartamento cerca del aeropuerto, pero no soportaba estar sola, aún no lo soporto, me ensombrezco, me vuelvo triste y deprimida, necesito tener a alguien al lado. Por entonces yo solo quería encontrar un hombre que no exigiera mucho a cambio de su presencia, y pensé que me sentiría cómoda teniendo a un homosexual por compañero. Eso es todo. Ahora que estoy casada con uno, no me importa si él se va por unas horas o se encierra en su habitación con otros hombres. También yo lo hago a veces.

—¿Sigues buscando amantes?

—Curiosamente dejé de buscarlos en cuanto me casé con Alberto. De vez en cuando todavía lo hago, pero estoy más tranquila, ya no siento ningún afán por estar con alguien. Un año después de volverme a casar nació Sabrina… Alberto no es su padre biológico. Ahora vivo así, Alberto no tiene la culpa de nada, es que la vida es así, ya era así desde antes, solo que antes estaba junto a alguien que me amaba. A veces pienso en Ricardo…

—¿No quieres a Alberto?

—Le tengo cariño, sin ese cariño nuestra relación no se sostendría. Además, estoy más libre a su lado. Me he dado cuenta de que lo que sentía por mi exmarido era tanto, que ya no podía seguir con él, haciéndole lo que le hacía. Suena un poco raro, pero es así… Quizá lo más difícil sea eso, entregarnos por entero a la voluntad de otro —dijo después de una pausa, como si se le escapara un pensamiento de su diálogo interior.

Encendió un cigarrillo y botó el humo hacia arriba.

—Dos años después de que me separé de Ricardo lo secuestraron a él y a su hermano cerca de un pozo petrolero. La noticia le dio la vuelta al país. Después de su liberación volvió a casarse con una amiga suya, que siempre se encargó de comprarle la ropa. Aquella amistad jamás estuvo exenta de inquietud, más de parte de ella que de él; mientras estuvo casado conmigo, él solo tuvo ojos para mí. Hace poco lo vi mientras cruzaba el puente. Yo iba en el carro, él iba a pie con un paraguas en la mano; estaba flaco, había envejecido mucho, tenía el pelo y la barba canosas.

—¿Y dónde vive ahora? Le pregunté, invadida de repente por el deseo egoísta de conocer a aquel hombre.

—No lo sé. No volví a verlo ni a saber más de él.

Permanecimos calladas por unos segundos, como cavilando.

—Y ahora estoy con Alberto. Es alguien singular, está convencido de que todo hombre pertenece a algún lugar, y en ese lugar debe haber una mujer. Así lo criaron sus padres. Es un buen compañero, un gran conversador a veces, pero tiene el gran defecto de los homosexuales de concederse demasiada importancia a sí mismo.

—Sé bien lo que es eso —dije.

—Verdad que tú también estuviste casada con uno —dijo ella y sonrió.

El vino se había secado sobre las copas, apagamos las luces y nos fuimos a dormir.

Se te olvidó decir que aquel hombre que se paseaba entre los demás con cierto aire de superioridad, tranquilo y confiado de sí mismo, perdía su seguridad en cuanto tú no estabas. Siempre me sorprendió que fuera él quien te celara, quien más reclamara tu atención y tu presencia; a veces llegué a envidiarte por eso. Durante un tiempo sospeché que en el fondo era él quien sufría por no poder tenerte, con un sentimiento que ni siquiera él mismo se confesaba. Es probable que te amara de un modo que ni siquiera tú podías advertir. En las reuniones sociales tú eras como un imán que atraía a las personas. Te gustaba insinuarte a otras mujeres, te complacía el poder de seducción que tenías sobre ellas; yo no acababa de entenderlo, veía en eso una forma de vengarte de tu marido. Aquellas relaciones, en todo caso, estaban menos definidas.

Alberto nunca llegó a ser violento contigo, sus órdenes te las daba en un tono casi de súplica, pero advertías que con algunos de sus amantes lo era. Cierta tarde, en que discutían en voz baja, se le escapó decirte:

—No tienes por qué quejarte. A ti te trato como a mi esposa, a mis amantes los trato como a unas putas.

La frase era ofensiva y descarada, porque había roto el límite que existía entre ambos. Tú

debiste haber sentido el instintivo impulso de dejarlo solo y marcharte, en cambio solo levantaste la mirada y lo observaste apaciblemente, sin decir nada, pero una fisura se había abierto en la relación. Las huellas de esa fisura permanecerían hasta el final.

Tres veces por semana salías a alimentar gatos hambrientos, a los que acogías con la emoción de una niña. Los más estropeados los recogías y los llevabas hasta un albergue que habías construido en la granja que heredaste de tu padre. Te apasionaban esos seres que carecen de belleza espiritual, pero están poseídos de inteligencia y de fuerza. Nadie entendía cómo una gata recién parida, rescatada de algún subterráneo, pudiera ocupar tanto lugar en tu vida. Te exponías constantemente a las bromas y las burlas, pero las burlas tenían menos importancia que la incomprensión y la hostilidad de tu familia; tu madre parecía un personaje maléfico extraído de un cuento de hadas.

También habías adoptado la costumbre de visitar un asilo para ancianos. La directora estaba muy complacida de haber encontrado una ayudante gratuita. Cuando yo descansaba de las clases solía acompañarte. Una de esas tardes se arrimó a nosotros una vieja desgarbada y sucia, disfrazada de gitana, nos hostigó con leernos la mano a cambio de monedas, yo le di las que tenía por temor a que fuera a robarnos. A ti te dijo: “No veo nada”. A mí: “Veo a un hombre muerto”.

—Tengo varios muertos en mi vida —dije—. Mi padre me dejó hace unos años.

Pero aquellos fantasmas, que la mujer leía en mi mano, de serlo, no venían del pasado sino del porvenir. Seguimos y nos olvidamos muy pronto de aquel incidente, nos distrajo el espectáculo de una niña con rasgos y vestimenta indígena que cantaba y bailaba música peruana en plena calle.

Dos veces por semana iba a la casa un entrenador con el que los niños jugaban tenis. Era un muchacho joven, bronceado, de buen aspecto. Parecía de esos que todavía no conocen el amor, pero experimentan desde hace mucho el placer de la carne. Pronto descubrí que era tu amante. Las clases les servían de excusa para reunirse. A pesar de las apariencias, mantenían una intimidad cálida y afectuosa. Yo pensaba, sin saber por qué, que me daría mucha vergüenza la primera vez que los viera besándose, como si no pudiera imaginarte, de repente, a ti, entregada a los brazos de tu joven amante.

¿Te conté lo de la mancha en mi costado? Para entonces, aquella sombra verdosa había adquirido unas dimensiones tan grandes que parecía un continente vuelto al revés. El hecho de tenerla allí, desde el pecho, extendiéndose por mi costado, me resultaba siniestro, como una amenaza. A veces soñaba que al despertar me había convertido en una alimaña verde, con el rostro macilento e hinchado, y mis pensamientos eran también los de un monstruo que quiere salir a la calle y asustar a todos, en venganza por su repulsiva transformación. Cuando tú la viste consideraste conveniente visitar a un médico.

En el consultorio reinaba un gran ajetreo, tuvimos que esperar de pie porque el lugar era pequeño y no había espacio. Después de una hora pasamos hasta el fondo de una habitación, acompañadas del ayudante, que se encargaba de preparar a los pacientes para el examen. Me pidió que me desnudara de la cintura para arriba. Al poco tiempo entró un hombre mayor, bajo, de frente ancha, con indumentaria blanca.

—Podría ser algo de los pulmones. ¡Respire!… no, los pulmones están bien. Tal vez se trate de algún problema de la sangre —dijo—. Hay que hacer algunos exámenes.

Después de los exámenes, aquella mancha continuó siendo un misterio, como si su propia naturaleza se resistiera a todo intento de análisis. Me hicieron todas las pruebas, incluso las del cáncer.

—Es algo autoinmune —sentenció finalmente el médico con tono de hastío, una semana después, como si hubiera dicho eso muchas veces.

Aquella respuesta no te hizo ninguna gracia. Insististe en que había que visitar a otro médico, pero yo me negué.

—Yo sé por qué tengo está mancha —te dije en la calle, después de salir del laboratorio.

—¿Por qué?

—Es por lo que hice.

—¿Qué hiciste?

Negué con la cabeza.

—Está bien, no me lo digas, pero no le metas psicología a las cosas.

—¿Psicología?

—Tenemos la costumbre de tratar de explicarlo todo psicológicamente, como si la enfermedad o la salud dependieran de nuestros estados de ánimo o de nuestros problemas irresueltos.

Te miré a la espera de que siguieras hablando.

—No es tan sencillo —dijiste.

—¿Crees que dramatizo las cosas? —te pregunté.

—No sé, tal vez un poco.

—No dramatizo. Si supieras lo que he hecho sabrías que no soy una mujer dramática.

Estoy casi segura de que el respeto te impidió soltarte en una risa despreocupada, pero luego me miraste y te pusiste nerviosa, incómoda; quisiste arreglar tu incomodidad con una sonrisa que se quedó dibujada a medias en tus labios.

Continuamos el resto del camino en silencio. Por la tarde, después de la clase de piano, salimos a alimentar a los gatos. No volviste a insistir con lo de los médicos.

Una noche apareció una herida sobre la piel manchada. Temí que por esa herida entrara la muerte. Tú me cuidaste, no dejaste que volviera a la escuela de música hasta que la herida sanó, la limpiabas cada día para que no se infectara. Un buen día, después de tres semanas, la herida cerró.

Nuestra amistad se fue tejiendo de reciprocidad y de respeto. Tú me aceptabas sin ilusiones tal como yo era, me escuchabas como puede hacerlo una amiga; yo buscaba, sin querer aceptarlo, consuelo, y en esa necesidad que tenía, comencé a sentir la seguridad que ofrece la verdadera amistad, la certeza de que ya no estaría sola, aun cuando no viviera cerca de ti y solo pudiéramos vernos unos días al año. Experimenté por tu cariño mucho agradecimiento, como solo lo pueden sentir esas personas que se han ayudado mutuamente y han caminado un tramo de su vida juntas.

El invierno se hizo largo, las dos semanas previstas se prolongaron cuatro meses. Por algún motivo, la pesadumbre y los peores presentimientos se apoderaron de mí en los últimos días. Al regresar a V hallé un paquete de cartas tuyas. Después de eso, volví para verte en varias ocasiones, la última de ellas me contaste que ya no soportabas los celos y los reclamos de tu marido, que había mandado a seguirte, que habías decidido irte con tu amante. Pensé que era el entrenador de tenis, pero se trataba de Javier. Era finales de marzo, había pasado el invierno, pero el tiempo era sombrío de todos modos.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —te pregunté.

Con un ademán que te era familiar, contrajiste los labios.

—No creas que soy ingenua, sé que la vida junto a Javier tampoco tiene salida, pero no puedo sino irme con él, es como si solo tuviera tres meses de vida y no quisiera perder un segundo más estando aquí.

—¿Y tus hijos? —pregunté.

—Estarán mejor con Alberto.

—¿Y si sobrevives a esos tres meses?

Te pusiste de pie, con el corazón palpitante, y no dijiste nada.

—Lucía, yo sé por lo que estás pasando, pero no debes desesperarte. Alberto no merece lo que haces por él.

Seguiste en silencio, pensativa, como si no entendieras lo que te decía.

—Alberto no tiene la culpa de nada, soy yo la que cometí un error casándome con él. Por las noches me pregunto para qué sigo prolongando en vano las cosas cuando sé que ya no puede haber nada peor que ahora.

—Siempre puede haber cosas peores —dije.

—No, no para mí. Estoy harta de tantos momentos de vacilación inútiles.

No hubo manera de convencerte. Me propusiste que me fuera con ustedes. Estarían unos meses en G, luego tal vez cruzarían la frontera, tú trabajarías como voluntaria en algún hospital de provincia, de esos que siempre necesitan ayuda; él podría dedicarse a cuidar animales, vivirían de lo que te dejó tu padre, alquilarían una pequeña casita para pasar el año, luego… luego…

No tuvimos tiempo de decirnos más nada, debiste de interpretar el silencio de los días siguientes como mi negativa para el viaje. No fui por orgullo, habría preferido que te marcharas sola para poder acompañarte. Yo te quería demasiado para no sentir por alguno de tus amantes la misma amarga simpatía que sentía por tu marido. Recibí la noticia de tu muerte la mañana de un domingo en mi habitación. Una sola hora lo había cambiado todo. El auto en el que ibas con tu compañero se estrelló contra un muro, mientras intentaban esquivar un perro que se atravesó en la vía.

Muchas veces me pregunté, cuando ya ninguna de las dos existía, por qué Esther me había mandado a tu lado. Las mujeres nos damos cuenta de muchas cosas sin que nos digan nada.

Alberto resistió mal tu muerte; murió poco después, a los 39 años. De tus hijos no volví a saber nada, salvo que Felipe se vio enredado después en un problema de mafia. Al comienzo tu recuerdo se imponía por todas partes, junto a un gato que pasaba buscando comida entre la basura, o frente a la estación de buses, donde te vi por última vez y donde nos habíamos despedido sin más ceremonias que un abrazo. Luego volvió a imponerse el ritmo de la escuela, ese ritmo monótono y regular que parecía jamás haberse interrumpido. Me fui encerrando en esa rutina cada vez más, y siguió un periodo de inmovilidad que tuvo sus ventajas.

3

Con el paso de los años me transformé en una mujer de rasgos duros, la muchacha entera y seductora de la juventud fue dando paso a una mujer de cuerpo pesado, pelo corto y mirada triste. También me endurecí, ¡era tan implacable con los otros! Incluso más que conmigo misma. Aquella aspereza contrastaba con el miedo que sentía de pasar sola, por la calle, delante de algún borracho.

Ya no volví a pronunciar el nombre de Alonso ni el de Esteban. Tarde o temprano termina por llegar el olvido y al final la realidad es lo único que nos queda. Solo la presencia de Lucía continuó dentro de mí, en esas profundidades donde ya no causaba dolor, como el ruido de las olas del mar dentro de una concha. Así pasó el tiempo, ese elemento extraño que nos trasforma, y en torno a nosotros, al mundo que nos rodea. Me desperté una mañana de septiembre y tenía cuarenta años, pero parecía de cincuenta. Me quedé sentada al borde de la cama, semidesnuda, observando esa imagen poco atractiva que desde el otro lado del espejo me devolvía

insistentemente la mirada, como si intentara convencerse de que era la misma persona. Me acerqué al espejo y encontré algunas canas debajo del cabello castaño. Pero ¿qué eran unas canas comparadas con lo demás? Me miré las piernas gordas y torcidas, la barriga, la piel que colgaba de los brazos. Repasé mi vida y mis últimos años. Entonces sentí miedo; sí, miedo, un miedo terrible, como si de repente me percatara de que no había hecho más que estancarme, volverme vieja y dar vueltas en vano. Sentí algo más en aquel momento. Era una sensación que me decía que lo que no había realizado hasta ahora ya nunca se realizaría, que en adelante la vida sería un fracaso. El tiempo de la esperanza, de la ilusión, de volver a comenzar había pasado.

La vida me volvió una mujer vieja antes de tiempo, pero no quería acabarme de consumir junto a esas otras mujeres que llevaban una existencia casi claustral, dentro de las paredes de la escuela. Era como estar en un desierto: ni una sola compañera que hubiera podido llamar amiga, ningún estudiante excepcional a quien dedicarse. Estaba sola, sola igual que Esther, nada de allí me interesaba excepto ella. Le estaba agradecida, pero el agradecimiento no era suficiente para librarme del aburrimiento y de la sequedad que me producía la rutina. Ahora que miro hacia atrás, recuerdo todos esos años como una época larga y tediosa, demasiado monótona, cargada de días, en el fondo tan semejantes e inútiles. Tampoco fueron suficientes la música y los sonidos del piano. Pensé en marcharme de la ciudad. Los días siguientes continué con las clases sin acabar de decidirme a dejar la casa. Un día, igual que Lucía cuando se resolvió a abandonar a su marido, yo tampoco pude más. Aquel impulso tomó por sorpresa a Esther. No le gustó, pero aceptó que yo viviera en otro lugar y siguiera como maestra. Me mudé una semana después a un pequeño piso amueblado, en un barrio ajardinado, en la periferia de la ciudad, que estaba a unos cuarenta minutos de la escuela. Quería y necesitaba estar sola. Esther consintió en que llevaran hasta ahí un piano recién reparado, en el que yo ensayaba todas las noches.

Los viernes, después de las clases en la escuela, esperaba a que Esther regresara de la iglesia para subir hasta su salón privado y hablar con ella. Comencé a tratarla como amiga. En aquellas visitas escasas hablábamos de muchas cosas. Por aquella época ella me confió que componía una serie de estudios para piano, algunos de los cuales regaló y terminaron publicados con el nombre de su confesor, un tipo ya viejo que juzgaba todos sus actos con una cerrada dureza y siempre encontraba fallas en sus composiciones. Al final ella ya no le creía tanto, había aprendido a ver más disonancias en aquel hombre que en su propia música.

Comencé a hablarle de mi pasado, de Adrián, de Alonso, de Esteban, mezclaba en mi relato cosas del primero y del segundo, elaboraba el retrato de un solo hombre con el recuerdo que tenía de ambos. Algunas veces, cuando ya estaba sola, no podía diferenciarlos, y otras temblaba un poco ante la idea de que uno y otro eran un espejismo producto de la fantasía. También me adueñaba de episodios que había escuchado de Lucía que me gustaban y que contaba como si fueran míos, y en parte lo eran, por esos extraños lazos con que el tiempo y la casualidad nos acercan a las experiencias de otras personas que son válidas también para nosotros. En todo caso, mientras escribo esto sé que el pasado no se construye solo a partir de lo que hemos vivido, también ponemos en él nuestros anhelos, la manera en que nos hubiera gustado sufrir o amar.

—¿Cómo se llamaba tu esposo? —me preguntó Esther una noche.

—Adrián —le dije… Cuando tenía 18 años, mi padre me envió a casa de una tía de mi madre. No sé por qué recuerdo tanto el olor de las flores de sauco que había en ese lugar. Allí lo conocí. La tía Felice no lo quería. “Cuídate de los hombres trascendentales”, me decía, pero yo era terca y no le hice caso.

—¿Y cómo era?

—Ambicioso, pero demasiado débil. En eso se parecía a mi padre…

A veces, después de esas breves charlas, volvía a mi casa con la impresión de que las dos ocultábamos un secreto e intentábamos defendernos de la otra, mostrándonos inaccesibles y reservadas en algunos temas. La misma impresión debió de tenerla también ella.

Una noche, en que me sentía particularmente ansiosa, la esperé a que llegara, afuera de la escuela. Después de un cuarto de hora apareció; venía hablando con otra maestra que no me soportaba, pero que disimulaba su antipatía bajo el barniz de la hipocresía. Al verme, Esther se quedó callada de golpe, como si hubiera olvidado una cita. Me incorporé de las gradas donde estaba sentada y nos saludamos, Esther despidió a la otra y me invitó a pasar al salón de arriba. Me contó que planeaba dar un gran concierto. Había escogido la enorme iglesia de Santa María, porque allí la acústica era mejor; quería que la ciudad se volviera sensible a la música, y además, exponer el resultado de los más de cuarenta años de disciplina y sacrificio que llevaba practicando junto al piano. Quien sabe de música siempre oye el detalle, es capaz de percibir cada uno de los elementos que componen una fuga, su tonalidad, su estructura. El resto solo se limita a oír, intentando conmoverse con un lenguaje que no entiende. Ella pretendía no solo conmover, sino tocar las fibras del alma de todos con el piano. Pocas veces la había visto tan entusiasmada con algo. Me enseñó las cartas de invitación que había enviado a otros músicos, la lista de asistentes que estaba armando; el dinero recogido sería para los niños de la escuela.

—Quien no pueda pagar la entrada, no importa. Quiero que todos vayan —dijo—. Quiero que todo salga perfecto. Necesito que me ayudes con eso.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué es tan importante? —le pregunté.

—¿Qué? ¿El concierto?

—Sí —le dije.

—Lo hago por la escuela, por los niños, en el fondo también lo hago por mí, llevo mucho tiempo pensándolo y preparándome para hacerlo. Necesito un momento pleno en mi vida.

—¿Un momento pleno…?

—Sí —dijo ella—. Un momento pleno tiene la fuerza para ser más duradero que todos los años precedentes que no lo han sido.

Su rostro tranquilo, de expresión severa, se iluminó por un instante.

—Pensé que se sentía satisfecha con lo que hacía —le dije.

—Y lo estoy —dijo ella con resolución.

—¿Siempre quiso hacer esto? —le pregunté.

—¿Hacer qué? ¿Ser directora de una escuela? No —contestó con la voz apagada, casi con indiferencia—. Luego añadió: —Cuando era joven quería ir a un instituto, salir del país, vivir en el extranjero, después tuve la intención de crear una escuela para enseñarles música a personas sordas. Resultó esto. Luego terminé acostumbrándome a la vida que llevo.

—La gente se acostumbra a todo.

—No lo dije con pena, la costumbre nos salva de la incertidumbre, viene a poner un poco de fijeza y orden alrededor del caos. Yo acepto a mi Dios y mis circunstancias tal como son. Vivo bien así.

—¿Vive contenta?

—Vivo bien —me respondió.

—Alguien me dijo una vez que a todo se acostumbran las personas. Él lo decía por otras cosas.

—¿Alguno de tus enamorados?

—Sí —le contesté—. El primer novio que tuve.

—Hay gente demasiado impetuosa para aceptar que la existencia está hecha de costumbre, le cuesta detenerse en alguna parte.

—Yo no me puedo acostumbrar a las cosas. No me puedo acostumbrar aun cuando ya no espero nada de la vida —le dije.

Mi voz sufrió una especie de temblor ronco. Esther me lanzó una mirada rápida, yo sentí algo de vergüenza por lo que acababa de decirle y bajé la mirada.

—Siempre creí que te sentías a gusto aquí, entre nosotras —dijo.

—No se puede entrar siempre por la puerta de la renuncia sin dañar a otros o sin dañarse a uno mismo —le dije.

Esther se levantó de la silla donde estaba y miró desde la ventana a la calle, con ojos miopes.

—Hay que mantenerse firme más allá de la infelicidad; por lo menos intentarlo —dijo—. No hay una felicidad que sea duradera. No hemos sido hechos para eso, creo que hemos venido al mundo a otras cosas.

—¿A qué cosas?

—A servir, a aceptar, a sufrir.

—Yo no quería sufrir —le dije—. Mi padre decía que para una mujer todo está en encontrar a un hombre, en cambio para un hombre siempre habrá algo más que una mujer. Hubiera querido ser como un hombre, poder ir más allá de mis sentimientos.

—Eso no es más que una suposición —dijo ella.

—¿Usted podría decir que ha sido feliz? ¿Podría asegurarlo?

Me miró con una expresión muy seria y aguda.

—No hay que preocuparse por eso. Es una preocupación inútil —me dijo.

—Pero ¿ha sido feliz? —insistí.

Se encogió de hombros, sin dejar de observarme.

—Vivo una vida tranquila y no quiero más de lo que tengo —dijo—. Tal vez la felicidad consista en eso: en no querer ser nada distinto de lo que uno es, ni sentir que debes estar en otro lado, con otras personas, haciendo algo distinto.

—Entonces soy muy infeliz —dije y sonreí con amargura.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Quisieras estar en otro lado, con otras personas?

—Porque esta no era la vida que quería para mí y siento que ya es muy tarde para cambiarla, para empezar otra. El tiempo en que sentía que aún tenía grandes posibilidades para el porvenir pasó hace rato.

—¿Por qué te has quedado aquí?

—Porque no sé a dónde más ir, y tal vez porque tengo la confianza de que el encierro me hará más fuerte, por lo que el mundo y… me recibirían de manera distinta cuando salga.

—La dureza es el deseo de los débiles —dijo ella y volvió a su asiento.

—Sí —dije yo, esforzándome por comprender.

—A menudo —dijo acercándose a mí— pienso que…

De pronto se contuvo.

—Reza, reza y mantente ocupada —dijo—. No le dejes coger vuelo a la cabeza. Si no puedes rezar ocupa tu tiempo en trabajar, el trabajo ayuda a disolver esas dudas.

Estuve a punto de decirle que para qué trabajar, pero me abstuve.

Una noche, en que iba a ensayar la lección del día siguiente sobre el piano, pasó algo extraño. Estuve sentada casi una hora con los dedos encima de las teclas, pero las notas aparecían

difuminadas y borrosas, no las entendía, como si hubiera olvidado el lenguaje de la música. Al otro día, en clase, pasó lo mismo. Ninguno de los muchachos lo advirtió, supe disimularlo muy bien, pero fue como si algo hubiera muerto en mi interior y me separara definitivamente de todo lo que hasta entonces había hecho. Tomé la decisión de dejar la escuela y marcharme de la ciudad; lo haría después del concierto de Esther. Por esos días se habían ultimado los preparativos. Esther había conseguido traer algunos músicos prestigiosos de afuera. Aunque no lo admitiera, confiaba en los aplausos de la sala, en los elogios de los críticos. Pero el mundo es ingrato. Al concierto no asistió casi nadie, la iglesia quedó vacía y los pocos que fueron se aburrieron. Cuando todo acabó, Esther me miró con afecto, asintiendo con la cabeza. Fue una de esas desilusiones profundas que quitan las ganas de vivir. Luego de eso Esther se enfermó. Para entonces, su vieja parienta estaba ya muy achacosa para atenderla y Cristóbal había muerto hacía tiempo. Decidí aplazar mi partida hasta que Esther mejorara. Ella consideró natural que yo estuviera a su lado, ahora que había enfermado. No volví a dar clases, me dediqué a cuidar a Esther. El tiempo que no estaba con ella lo ocupaba en arreglar los salones de música y ayudar con el oficio de la casa. Al principio parecía que solo se trataba de una dolencia pasajera, un desequilibrio del sistema nervioso causado por el exceso de trabajo; una mañana se presentó en la casa su médico y habló con ella por casi una hora. Le habló con extrema franqueza, Esther asentía con la cabeza tras cada frase que escuchaba y luego sonrió con amargura, como si acabara de comprobar que su indiferencia para la comida no se debía al cansancio sino a un invisible mal que estaba regado por su organismo. Después de la visita se fue recluyendo en una vida apartada y monástica, encerrada en su alcoba. Pasaba su existencia entre lecturas y oraciones, rezaba siempre por otros, jamás por sí misma. Yo subía a su habitación en la mañana y en la tarde para saber cómo estaba y llevarle los alimentos y las medicinas. La habitación amplia y luminosa, de techo alto, era acogedora. Permanecía muy aseada. Había en ella un olor a madera recién encerada, la atravesaba un enorme ventanal forrado con gruesas cortinas, que daba a la calle. Junto a las paredes había una biblioteca, un tocador y varias sillas; en el centro estaba un piano de cola negro, en uno de los extremos la cama y junto a ella, una mesita con una lámpara. En el otro extremo había un escritorio convertido en altar, donde reposaba un cristo adornado con flores. De la pared que estaba al frente del ventanal colgaban algunos cuadros, reproducciones de obras traídas de Europa; también un pequeño óleo de la Virgen, con un marco dorado casi en ruinas que Esther había recibido como herencia.

—Es un óleo de Martha Zambrano, la única mujer que pintó en la colonia —me dijo ella.

—La cara de la Virgen está un poco gorda —le dije.

—Eran las formas de ese tiempo.

Con las semanas la convencí de que aceptara la visita de un nutricionista que le mandó una dieta ligera a base de proteínas y carbohidratos para evitar que perdiera más peso, y que yo misma me encargaba de preparar.

Tan pronto se enfermó, se dio entre los muchachos una tendencia al relajamiento y al desorden que ella desconocía o no quería ver desde su encierro. Se afligía al advertir con impotencia de que ya nadie la obedecía. Peor era la cortés indiferencia con que comenzaron a tratarla las maestras, en parte motivadas por el capellán y la nueva directora de la escuela. Para entonces la señorita Eugenia, una de las maestras, era oficialmente la nueva encargada de la casa y de la escuela. Era una mujer apagada y ácida, con quien teníamos una enemistad desde hacía años, nacida de una recíproca antipatía que se había profundizado luego de que ella había hecho público su rechazo de que yo continuara trabajando en la escuela y viviera en otra casa. Pasaba

por ser disciplinada y austera y su nueva política era que reduciría los gastos a lo esencial. Desde que era directora, su rostro servil se había convertido en altanero.

Nadie me había dicho nada, pero yo sabía que ella quería sacarme de la escuela; esas cosas no se dicen con palabras, pero uno las sabe. A la semana siguiente de su posesión, contrató una nueva maestra para cubrir las clases que yo había dejado, y por la tarde me comunicó que ya no recibiría ningún pago y que otras maestras se ocuparían de cuidar a Esther. Lo dijo con el tono de quien no está dispuesta a hacer concesiones. El confesor que había influido en su elección le había recomendado no contratar más a esa mujer, que era yo, y mantenerla lejos de los niños. ¿Por qué le habría dicho eso? ¿Por qué me lo decía ella? Me sentí impotente, pero decidida a toda costa a no dejar a Esther.

—Yo no necesito su dinero —le dije con frialdad y orgullo—. No tiene que pagarme, pero no voy a dejar de ver a Esther.

En adelante, y por el resto de tiempo que frecuenté la casa, procuré evitarla. Por los salones de música no volví a acercarme. Esther se sentía a menudo desalentada. Aquel desaliento aumentó con las semanas hasta dejarla tendida en una cama. Por recomendaciones de un amigo suyo, solía emplear unos minutos, todos los días, para imaginarse escalando una montaña. A medida que su enfermedad avanzaba nos hacíamos más amigas, se fue tejiendo esa intimidad que solo es posible a partir de la confianza que se crea entre un enfermo y la persona que lo cuida, y que en parte le evitó el dolor de sentirse abandonada.

Una mañana en que subí un poco más tarde de lo habitual, la encontré ya arreglada, con uno de sus vestidos puesto. Le habían lavado el pelo y lo tenía suelto, como un velo negro que caía sobre sus hombros. Tenía el aspecto de una abadesa prematuramente envejecida.

—Tengo la garganta seca. Dame un poco de agua —me dijo.

Le pasé el agua y me senté junto a su cama. Tras tomar unos tragos, continuó.

—Me contaron que la nueva directora te dijo que te fueras. Anoche entró aquí y estuvo esculcando, creía que yo no me daba cuenta, pero no me atreví a decirle nada; es altanera, me dio miedo de que me hiciera algo.

—¿Hacerte qué?

—No lo sé.

Con el pretexto de enseñarme un libro que tenía junto a su mesa de noche, me dio la espalda y evitó que la viera llorar. Luego me pidió que le alcanzara una caja de madera que había escondido debajo de la cama. Se trataba de un baúl pequeño, con llave, donde guardaba sus ahorros y sus joyas.

—Era esto lo que buscaba. Por favor, guárdamelo dónde vives. Este ya no es un lugar seguro —me dijo en voz baja—. Puedes sacar de allí lo que necesites para tus cosas. Aquí no lo puedo tener. Cuando estés en la calle cámbiame este billete por monedas; a veces sube a visitarme un niño y quisiera darle unos pesos para que compre chucherías. A Eugenia no le hagas caso, no creo que se atreva a más contigo, y de todos modos ésta todavía sigue siendo mi casa, de aquí no nos sacarán ni a ti ni a mí.

—¿A usted por qué iba a sacarla?

—Si fuera por ella me habría botado a la calle, solo se cohíbe por temor al juicio de la gente que sostiene la casa.

—¿Por qué no la despide usted a ella? —le pregunté.

—Ya no puedo hacer nada, no solo con ella, sino con todo. Basta con no defenderse.

—¿No le consulta ninguna decisión sobre la escuela?

—A veces viene ella o el padre Óscar, sobre todo cuando necesitan que les firme algo. Prefiero consentir sin poner problema lo que sé que no puedo impedir —dijo sonriendo con cierta amargura—. Ahora apúrate, que no te vayan a ver saliendo con la caja.

Esa conversación se desarrolló por la mañana; por la tarde quedé de llevarle unas medicinas que me había encargado. Por las noticias me enteré de que un grupo de refugiados sirios había venido a parar en el puerto de una pobre ciudad cercana creyendo que estaban en Nueva York, engañados seguramente por algún traficante que los abandonó allí, después de quitarles todo. Más de veinte familias estaban en la calle, sin poderse comunicar, sin nada ni nadie que las acogiera. Por todas partes se hablaba, hasta con mofa, de ello. Cuando vi a Esther le conté lo sucedido. Pero en ese punto de su enfermedad, ya era mucho para ella tener que lidiar con su propio sufrimiento como para ocuparse de la miseria de otros. Hizo una mueca y dijo:

—Cómo quisiera poder ayudar a esa gente, pero ya no puedo seguir llenando mi vida con un montón de obligaciones. Estoy cansada, quisiera irme pronto.

—¿Irse? ¿A dónde?

—Al lugar que me tenga Dios.

Me irritaban sus alusiones a Dios. A menudo, cuando me hablaba en esos términos, le respondía con indiferencia o con ironía.

—¡Dios! ¿El mismo que permitió que engañaran a esa gente? —le dije.

—A veces cuesta creer que la mano de Dios esté detrás de esas cosas —me dijo.

—Permite muchas otras peores —le dije mientras desempacaba y acomodaba las medicinas que le había llevado sobre el escritorio convertido en altar que había puesto frente a la cama.

—Un moribundo solo tiene su fe. Yo quiero creer en Dios.

—Querer creer no es creer. Querer que Dios exista no es que exista —me obstiné con el ánimo de aguijonearla.

—Sé que Dios existe, me lo dijo mi padre cuando moría. Yo era apenas una niña, tenía siete años. No te burles ni me tomes por una beata de iglesia, que no lo soy. Tal vez nuestra vida no vaya a ninguna parte, no tenga sentido y todo sea igual, pero aun así creo y seguiré creyendo en Dios. En lo más profundo de mí tengo la seguridad de que quienes creemos veremos su rostro y encontraremos el Paraíso.

—Para mí ninguna mujer debería creer en Dios. Dios es un sentimiento para hombres.

Esther levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—Quiero decir que Dios está hecho más para los hombres que para las mujeres. Algunos quieren desafiarlo, enfrentarse con él y vencerlo para ponerse en su lugar, y a esos, Dios los atormenta, los humilla, los hace pasar de la negación a la fe y de nuevo a la duda y al rechazo. A ninguna mujer le pasa eso, ninguna quiere luchar contra Dios ni ser como él, y mucho menos ponerse en su lugar.

—¡Se te ocurren cosas tan raras! Nunca he pensado en eso, no sé qué decir —dijo ella.

—No tienes que decir nada.

—Lo único que sé es que cuando las cosas son más grandes que nosotros solo nos queda la fe —dijo—. Se necesita fe para aguantar la vida. Tal vez si algún día llegas a pasar por una situación de esas que la gente llama extrema, sabrás que la fe es lo único que nos queda y de lo que podemos agarrarnos.

Sonreí de espaldas con rabia. Me molestaba que la gente me tomara por una jovencita que no había vivido las cosas más sencillas de la vida, como si en esa materia no supiera nada de nada.

—Ya he pasado por ahí y no me ha auxiliado ninguna fe —le dije.

Me miró con tristeza. Afuera comenzaba a oscurecer y una ventisca leve y fría mojaba las calles. Encendí la lámpara del nochero; en el resplandor frío de la luz Esther se veía demacrada, vestida elegantemente como para una fiesta, pero envuelta en cobijas, con el rostro pálido, inclinada sobre un libro.

—¿Cómo te está yendo dónde vives? —me preguntó, cambiando de tema—. Su voz tenía tono de disculpa, como si pidiese perdón por algo. Le respondí en voz baja que me sentía más a gusto que cuando vivía en la escuela.

No hablamos más de Dios por esa noche, pero a menudo volvíamos a caer en la misma conversación; yo escuchaba a Esther como si la hubiera oído decir las mismas palabras muchas veces. En algunos momentos me llenaba de hastío, en otros realmente me interesaba.

Cierto lunes, cercano a la fiesta del Corpus, me dijo:

—No creerás qué mal rato pasé ayer después de que te fuiste.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Me cogió un dolor que me quemó por dentro toda la noche, como si tuviera una barra de hierro encendida en el estómago. Esta mañana no pude recibir la comunión, vomitaba todo lo que me daban y tuve miedo de expulsar la sagrada forma.

—No creo que Dios se ofenda por eso —le dije con una sonrisa.

—Yo sé que no —me respondió—, pero ahora es cuando más cerca necesito estar de Él. Hoy desperté con la idea de que me espera algo decisivo dentro de poco, y me aterra la proximidad de ese momento.

Parecía que quería decir algo más que no acertaba a expresarlo. Su angustia no era un miedo físico sino un horror místico a despertar en medio de la nada. Yo fui hasta una silla y me senté; también sentía que algo estaba llegando a su fin, que la muerte de Esther, que se avecinaba, era solo un signo. Había amanecido cargada de impaciencia, pero no quería decírselo.

—Hoy me contó una de las maestras que el hijo del señor G. está muy grave en el hospital. Se accidentó en su carro el sábado por la noche, viniendo de una fiesta —dijo Esther, cambiando de tema—. Es un muchacho joven, de unos veinte años. Parece que su padre está muy angustiado. Mientras viva he de rogar para que se mejore. ¡Cuántas veces nos ayudó ese señor! ¿Te acuerdas de él?

—Sí, creo saber quién es —le respondí.

—Perdió a su esposa hace menos de un año, y ahora esto de su hijo —dijo conmovida y apiadada.

Yo me levanté de la silla y comencé a desempacar un remedio que le había preparado con sábila y que era la primera vez que le llevaba. Ella me observaba con paciencia, con la mirada puesta en lo que yo hacía.

—Por favor, no le vayas a contar a nadie lo que te he dicho al comienzo.

—¿A quién? No tengo a nadie a quien contarle nada —le dije en tono seco.

—Discúlpame… era que no quería hablar de eso… de mis miedos ante la muerte. Algo más te iba a contar yo… ¿qué era?… Ah, sí, ¿te acuerdas del hijo mayor de Lucía?

—¿De Felipe?

—Sí, Felipe.

—Era el hijo de su marido —le dije.

—Lo mismo da, fue ella quién lo crio. Salió por las noticias que lo detuvieron, estaba metido en algo de narcotráfico. Lo distinguí por el nombre y luego ya lo reconocí por la cara. Ese muchacho con todo el futuro por delante y meterse en eso. ¡Hay que rezar mucho por los

jóvenes!

—Yo creo que hay que hacer más que rezar —le dije. En todo caso, no me importaba.

—Seguro que sí —respondió ella—. No hay que dejarlos solos. Un muchacho solo coge malas juntas y aprende muchos vicios en la calle. Tal vez habría bastado con que alguien lo hubiera persuadido para que estudiara y siguiera una carrera. Tú lo conociste de niño, ¿era inteligente?

—Era un muchacho normal. No me acuerdo muy bien de él —le dije.

Me acerqué con el vaso lleno de remedio, ella miró lo que había dentro y ladeó la cabeza, yo me detuve delante de la cama, esperando a que se lo tomara.

—Sabe amargo— dijo acercándose el vaso a los labios—. Gracias, debe ser bueno, las cosas amargas siempre son buenas —añadió con una resignación natural—. Calló y, con la cabeza ladeada, me examinó detenidamente, con calma.

—Veo que a ti también te pasa algo.

Fruncí los labios en una mueca de rechazo.

—Hay que ver cómo te fijas en todo —le dije.

—¿Estás cansada? —me preguntó.

—No, debe ser que anoche me quedé hasta tarde leyendo y después no pude dormir —le dije.

—¿Estás preocupada por algo? —preguntó por encima de mis palabras—. Sabes que no tienes que irte de aquí después de que yo muera.

—No, no; no es nada de eso, es algo distinto, un sentimiento indeterminado —le dije, sintiendo que las palabras no me salían como yo quería.

—¿Indeterminado?

—Como si también algo me quemara por dentro. Me la paso luchando contra algo que no sé qué es, algo que no me deja estar tranquila —le dije.

—No te extenúes pensando. Solo debemos luchar si el combate sirve para algo, sino no, no tiene sentido. Tú sigues con vida y eso es todo. Hay que agradecer la vida y la salud que se tienen.

—La cuestión ya no es si uno vive, sino si vale la pena seguir vivo —le dije sin ninguna aflicción.

—¿Para qué preguntarse eso?, ¿para qué atormentarse en vano? —dijo— Yo me aferro a mi fe, aunque reconozco que hay momentos en que Dios calla y entonces navegamos a oscuras, pero también sé, porque así lo dicen los evangelios, que cuando la última luz se apaga el redentor está cerca.

—Yo siempre he estado sola, abandonada a mí misma, incluso cuando estuve casada. Ya no me siento desgraciada por eso, fue la suerte que me tocó. Hubo otro tiempo en que sí; cuando tenía veinticinco años sí que me sentía infeliz. Ahora es distinto…

—La otra noche te dije que al principio no sabía que iba a abrir esta escuela. Luego me acostumbré —continuó ella.

—La gente se acostumbra a todo, yo no me puedo acostumbrar, no puedo, aun cuando ya no espero nada de la vida. Me siento insatisfecha, siento que algo me falta. Yo acepto mi vida y mis circunstancias, pero aceptar no es reconciliarse con las cosas. No acabé con lo que tuve en el pasado para esto que tengo ahora.

—¿Y qué querías?

—No lo sé, pero no esto, ni tampoco la vida que tenía hace 20 años. Dejé mi casa, dejé a mi esposo, abandoné a mi hijo, los sacrifiqué por algo más grande que nunca llegó. Es esa la insatisfacción que me atormenta y que temo crecerá a medida que pasen los años porque nada

cambiará. Últimamente me asombro de encontrarme viva, me doy cuenta de que a pesar de que el tiempo ha pasado, sigo sin saber a dónde ir, sin tener ningún propósito, como una llama que vibra y vacila mientras se consume. Me pregunto: ¿Cuántos miles de días me esperan iguales a estos? Solo por evitar ese sentimiento habría podido intentar seguir llevando la vida que tenía con mi marido… pero no pude, no podía aguantar esa vida, no podía aguantar la vida… Sí, hay momentos en que estamos solos, en que nadie puede ayudarnos. Ahora es distinto.

—Solo Dios supo quién era y a lo que venía, a los demás nos está vedado eso. Yo no sé a qué vine a este mundo, solo sé que Dios me puso aquí y estaré hasta que él quiera —dijo señalando con su dedo hacia arriba.

En el salón contiguo a la habitación se oyeron pasos y murmullos.

—No se puede vivir solo y sin Dios. Uno cae y se entrega cuando ya no espera nada —prosiguió meditativamente Esther.

—Eso es cierto —dije.

Volvió a llevarse el vaso a la boca y después de tomar lo último que quedaba me lo pasó vacío.

—Gracias —me dijo.

Me acerqué a la cabecera de su cama para acomodarle las almohadas y secar su frente sudorosa.

—Deja eso, estoy bien así, deja, no tiene importancia —me dijo, e hizo el intento de levantarse de la cama, dominada seguramente por la inquietud y el calor. Luego se conformó con ponerse más erguida y dio unas palmadas sobre las sábanas para que yo volviera a acercarme. Yo le conocía ese gesto. Acerqué la silla junto a la cama y me senté con torpeza a su lado.

—Es imposible salvarse solo —dijo después.

—Yo no tuve esa oportunidad —le respondí.

Me miró con impaciencia.

—No entiendo qué es lo que te atormenta, ni tampoco sé qué fue lo que hiciste en el pasado, pero lo que haya sido, tienes que dejarlo atrás.

—También yo me he dicho eso muchas veces, me digo que tengo que dejar de pensar, que debo aceptar las circunstancias, reconciliarme con la incertidumbre, dejar de buscar explicaciones. Las explicaciones a menudo no me ayudan. Y, sin embargo, no dejo de sentir incertidumbre, la incertidumbre sigue allí, adentro, como la insatisfacción.

—Tal vez solo te hace falta decirlo —me dijo.

—¿Decirlo?

—Nada es tan terrible como para no poder hablar de ello.

—¿Decir qué?, ¿a quién?, ¿a un cura ante el cual tenga que justificarme por mis actos y que a cambio me mande a rezar un par de rosarios ante una imagen cada día?

—Díselo a Dios.

—¿Dónde está Dios?

—Está entre los hombres —me dijo.

Sentí un arañazo extraño en el corazón.

—No sé qué tenga que ver Dios en todo esto.

—Dios siempre tiene que ver algo con todos nosotros —me dijo.

—Pues si es así, es un padre despiadado que engendra monstruos y luego los abandona. Nos da el odio y luego nos castiga por ese odio. Nos hace sufrir.

—Dios nos da el sufrimiento para purificarnos. Necesitamos el sufrimiento para llegar a la fe.

—El sufrimiento es una duda, una negación, pero el odio es peor porque nos empuja al vicio —

le dije.

—Puede que para algunos sea así, pero nada de eso es un castigo. Simone Weil decía que el sufrimiento es la superioridad del hombre sobre Dios, por eso Dios encarnó y se hizo hombre.

—No me interesa ser superior a Dios, creo que se lo dije la otra vez.

Ella bajó la mirada y sonrió.

—No era ese el sentido de lo que decía. Hay personas que han sido malas solo por la necesidad de arrepentimiento, de que alguien los perdone.

—Yo no necesito que nadie me perdone.

—Hay que tener fe para no caer, Antonia, para no hacer el mal.

—Es la irreflexión y no la falta de fe la que está en el fondo de nuestros males.

—Cuando la fe falta durante mucho tiempo surge el embrutecimiento —dijo ella.

—No entiendes, tal vez ni siquiera yo lo entiendo… o sí, pero no lo quiero decir, no me lo quiero decir a mí misma, y pensar ya no me sirve de excusa. Ya no me puedo engañar con mis pensamientos.

—¿Qué dices?

—Que el odio es una pasión desesperada, la más desesperada de todas porque es la que más amor encubre.

—¿Todavía sigues odiando a alguien?

—No.

—Entonces, ¿por qué te atormentas?

—Precisamente por eso, porque el odio no me sirve de justificación para mis actos, porque ya no sé si mi mayor crimen lo cometí por odio. Es eso lo que me atormenta.

Esther no me escuchó. Aquella última frase pasó por mi mente como un rayo; estuve a punto de llevarme las manos a la boca, pero la mirada cansada de Esther me apaciguó.

—¿Estás cansada? —le pregunté.

—Un poco.

—Vendré por la tarde.

—Ven antes de las cinco, si puedes. Y, por favor, no olvides traerme unas flores de sauco, si las consigues.

“No sé si mi mayor crimen lo cometí por odio”, fui repitiendo esta frase durante todo el camino por temor a olvidarla. Al llegar a mi habitación la apunté sobre unas hojas de papel que había sobre la mesa. Por la tarde, cuando regresé donde Esther, la encontré rezando. Sujetaba una pequeña camándula de oro blanco entre sus dedos. Iba con la intención de persuadirla de que hiciéramos un viaje hasta un pueblo en las montañas donde vivía una yerbatera con fama de médica. Días antes se me había ocurrido la idea. Esther no aceptó ir, pero consintió en tomarse los remedios que le trajera. Al momento de despedirme, cuando iba hacia la puerta, Esther me dijo:

—¿Quieres este pequeño rosario?

—No rezo —le dije—. Hágalo usted por mí.

Al otro día salí de la ciudad muy temprano. El viaje hacia el pueblo trascurrió sin incidentes; las horas pasaron bastante pronto y llegué cuando caía la noche. Estar fuera de la ciudad me sirvió para despejarme, y ahora dudaba si no había hecho toda esa jornada más que con ese fin. Un viento frío bajaba de las montañas que se apagaban, llenándose de oscuridad; por las ventanas de las casas asomaba una luz cálida y rígida. Atravesé una modesta plaza de mercado en busca de algún hotel dónde pasar la noche; a la vuelta de la esquina encontré una casa con la

puerta abierta en la que ofrecían habitaciones. Un niño salió corriendo de adentro con una emoción visible para recibir al único huésped, de pronto su sonrisa se apagó y quedó paralizado cuando me vio; soltó un grito como si hubiera visto un monstruo. Se me erizó la piel y sin querer recordé la mancha en mi costado.

—Bruno, ¡No seas bobo! —lo reprendió la madre, una mujer gorda que venía tras él, pero el pequeño estaba invadido por tal miedo que no podía dejar de llorar y se prendió del cuello de la señora.

—Tan raro, él no es así… —añadió ella.

—Busco una habitación —le dije.

Ya sola, busqué un espejo, quería saber qué era lo que había asustado al niño; con desengaño, noté que no tenía nada excepcional. Fuera lo que fuese que hubiera visto, se hallaba por debajo de lo que el reflejo me mostraba. Después de acostarme no pude dormir, todo estaba impregnado de un profundo silencio. Sentí nostalgia y algo de miedo, me reproché el haber ido hasta allá y haber dejado sola a Esther.

Al otro día desperté tarde, pasadas las nueve. En el pueblo le pregunté a un campesino de rostro franco y redondo dónde quedaba la casa de doña Trina, la yerbatera. Me dijo que estaba a veinte minutos en carro. Cuando llegué, ya había más de diez personas en la antesala; la mayoría muy viejas y enfermas. Tuve que esperar varias horas para que me atendiera y toda la tarde por los remedios que una de sus ayudantes preparaba. En el hotel me ofrecieron que me quedara hasta el otro día, pero no quise. Regresé a la ciudad por la noche, en el último bus; al buscar las llaves para abrir la puerta de la casa me di cuenta de que había olvidado la bolsa con los remedios en el carro.

Cuando por la mañana subí hasta la habitación de Esther, me contó que habían detenido a tres muchachos de la escuela; uno seguía en manos de la policía y dos habían escapado. Yo estaba al tanto del incidente. Habían encontrado una billetera en la calle y no la habían devuelto. El tendero donde fueron a comprar llamó a la policía cuando los vio pagando con un billete de cien, los habían subido a una patrulla, pero al llegar a la estación dos de ellos se escaparon.

—¿Quién es uno para reprender a esos muchachos? ¿Qué se les puede decir? El que está con la policía dice llorando que no la robaron, que la encontraron en la calle. De los otros dos no se sabe nada. Eso fue ayer. Solo ahora he podido figurarme cuánto debieron de sufrir y seguirán sufriendo esos muchachos, escondidos por ahí, en cualquier parte, asustados, con hambre.

Un tono amargo vibraba en su voz. Tenía el rostro pálido, con unas bolsas oscuras debajo de los ojos.

—Los políticos roban y roban, de eso hablan a diario las noticias. Dios me perdone, pero parece que en este país hay que robar millones y ser el más corrupto para estar libre y tener el respeto o por lo menos el miedo de todos —continuó.

—Es una locura —le dije.

—¡Cuánta corrupción y cuánta impunidad! Además, cómo se van a ensañar así con un par de muchachos por unos billetes. Quisiera saber quién es el hombre que ha puesto la denuncia para ir a hablar con él…, pero sé que ya no volveré a salir de este cuarto —dijo Esther con triste resignación.

No sé qué la atormentaba más, si la desventura de aquellos muchachos o la pérdida gradual de la libertad en que la sumía su enfermedad.

—No creo que sirva de mucho… ya sabe cuánta gente de la ciudad, incluso de aquí dentro, están interesados en que cierren esta casa —le dije.

Asintió con vehemencia, como si ya hubiera pensado lo mismo.

—¿Crees que pueda llegar a tanto? —me preguntó.

—Habrá que esperar —le respondí.

En la conmoción del suceso ambas habíamos olvidado el viaje del día anterior.

—¿A ti cómo te fue? —me preguntó, como queriendo dar un respiro a la conversación.

Le conté que había olvidado los remedios en el bus, pero no le dio importancia.

—Trata de ver si puedes averiguar algo de los muchachos —me dijo con seriedad.

Salí de la casa sin estar segura de qué rumbo tomar. Por la calle pasó un vendedor de revistas. Se me ocurrió comprar algunos periódicos para ver si encontraba alguna noticia, pero no había nada.

Esther se refugiaba en la idea de padecer y en sus oraciones. Fuera de su cuarto, el desorden se imponía por todas partes, matizado por el mal aliento a falsa piedad que escapaba de las bocas devotas de las maestras. Ya antes de estar postrada en la cama había lugares de su casa donde ella no se atrevía a iluminar, porque le asustaba mirar, como cuando uno escucha el movimiento de una cucaracha con la luz a oscuras.

Con los días se formó en torno al asunto de los muchachos un escándalo injustificado, que crecía como una bola de nieve. En toda la ciudad se sabía, hablaban de pandillas, de adolescentes atracadores, de escuelas donde formaban delincuentes. Los padres de los estudiantes ricos sacaron a sus hijos de la escuela, ya se había echado mucha tierra sucia sobre ese lugar como para dejarlos en la boca del lobo.

—Sería mejor que no los encontraran, dar primero nosotros con ellos y poder ayudarlos —me dijo Esther una tarde de sábado—. Yo he hablado con el doctor B, el abogado, dice que es un asunto delicado.

A la semana siguiente los hallaron escondidos en el huerto de una casa. En el momento en que los aprehendieron, uno de ellos se defendió con un vidrio e hirió a un policía. Ese mismo día fui a la estación para saber cómo estaban. Los habían golpeado. La noticia de la captura y el incidente con el policía salió en todos los periódicos. “Cuna de hampones”, titulaba la primera plana de uno. Aquel revuelo sirvió de pretexto para justificar el cierre de la escuela; el capellán y la directora esperaban la muerte de Esther para hacerlo.

Todo se venía abajo. Esther movió las influencias que aún le quedaban para que llevaran a los tres muchachos a una correccional de curas; finalmente, los enviaron a una prisión para menores. El aumento de las perturbaciones públicas en el país de las semanas siguientes, desvió el interés de la gente. Veinte días después casi nadie se acordaba del incidente de la billetera ni de la insignificante escuela, pero sin el dinero que entraba por las matrículas de los estudiantes ricos ni las donaciones de los padres, se hacía imposible sostenerla. Esther renunció a pedir ayuda, ya nada le importaba, salvo el momento de su muerte, que veía próxima.

Al otro día, en la noche del lunes al martes, subí para verla. Todo aquel incidente afectó su ya deteriorada salud. Esa mañana había despertado más enferma. Estaba deformada, sentada en la cama, con las manos en el regazo, como si solo hubieran quedado las ruinas de una catástrofe. Parecía que algo irreparable hubiera ocurrido en ella.

—Ya no confío en nadie, solo en ti —dijo—. Parece que hasta las cocineras se permiten meter a sus amantes por la noche a la casa, que las visitan a cambio de llevarse la remesa.

Sabía por qué lo decía. Días antes me había dicho que al pasar por la noche había hallado a la cocinera completamente borracha, inconsciente, sobre el gran mesón de la cocina.

—¿Te quedarás hasta el final, hasta que me muera?

—Me quedaré hasta cuando tú quieras —le dije y le apreté la mano.

—No será mucho tiempo —me dijo con una sonrisa—. Tan pronto me entierren cerrarán esta escuela.

Lo dijo sin ningún asombro, como si se tratara de algo habitual; un hecho muy malo, pero inevitable, como su propio fin.

—La gente como tú no debería morir —le dije.

—¿Es posible que un alma ejemplar cuente para la muerte más que otra vulgar e inútil? Si no fuera por mis creencias, la muerte me dejaría perdida, pero creo que Dios me salvará, ya no me importa lo que pase con los otros, ya no me importa nada de este mundo, solo quiero irme y descansar. En la situación en que estoy ya no puedo hacer nada por nadie, solo esperar a que llegue el momento. Todo lo que tenía que hacer, lo que tenía que trabajar y servir, ya lo hice; no importa si al final parece que no ha servido para nada. Ahora quiero olvidarme del mundo y descansar, sé que Dios me dará el descanso, ya no quiero nada más. En este mundo, todo se convierte al final en polvo, en barro. Yo acepto mi fracaso, veo en él algo de mi recompensa.

—¡Recompensa! A veces no entiendo a los creyentes que escogen por sí solos la culpa y el castigo —le dije molesta.

Ella se esforzó por sonreír.

—¿Te parece tonto? —me preguntó levantando la cabeza.

—Ingenuo —le contesté impaciente.

—No hay ingenuidad en aceptar que al final no nos queda más que la certeza de nuestro fracaso. La vida me ha rebasado, ha sido más grande que mis fuerzas —me dijo—. Yo acepto mi fracaso, intento darle un sentido desde mi fe para que mi vida no sea la amarga confesión de una derrota. Sé que te estás preguntando por dentro si no lo es, y no sé bien cómo explicártelo. La fe no me libra del estar tirada a la suerte. Sufrimos el mismo desamparo.

—No es fácil aceptar que hemos vivido solo para comprender que después de tanto esfuerzo no queda nada, que la vida no nos ha llevado a ninguna parte. Yo sé que eso es así, lo comprendí hace mucho, pero no deja de invadirme esa terrible ansia de aferrarme una y otra vez a nuevos intentos, aunque sé que son inútiles.

—Hay que resistir, Antonia, sobrevivir a la derrota es el más difícil y a veces el mayor de los heroísmos.

—Este mundo es injusto con algunos —le dije mientras levantaba una almohada que había resbalado al suelo.

—No importa cómo sea el mundo y los hombres, ambos no han cambiado mucho en más de cinco mil años —me respondió.

La miré a los ojos.

—Yo solo tengo mi fe, te lo dije la otra tarde. La fe me ha hecho entender muchas cosas. No creo en Dios porque rece ante la Virgen o mis santos y lea libros devotos; creo porque no me gusta la vida ni el mundo sin Dios, escogí creer y tener fe porque así me siento mejor y soy mejor. Habrá muchos que prefieren creer en ellos mismos y otros no creer en nada, y eso no los hace ni peores ni mejores que yo, al final todo es igual; si crees o no crees, si eres feliz o te pasas las horas triste. Hasta puede que después de la muerte todo termine y no haya nada. Hace un par de días me habría escandalizado por aceptar este pensamiento, hubiera dicho que la muerte definitiva sí sería una verdadera derrota, hoy ya no me atrevo a decir nada, pero sé que mi fe valió la pena, mi corazón me lo dice —dijo y señaló con su dedo en el pecho—. Al principio era solo una inquietud, una necesidad, luego esa fe necesitó de una figura, de una revelación en

quien creer y la encontré en Cristo. Con los años fui creando su imagen, al principio lejana, porque la fe crea las imágenes que adora, en eso radica su fuerza. Ahora estoy ante las puertas de un gran momento, me siento tranquila ante ese suceso inevitable en que sabré si todo en lo que he creído no fue un invento, saber si Dios es real y no me dejará, pero si no ocurre, si todo acaba, de verdad te digo que no importa. Me siento tranquila y satisfecha. Esto que ante los ojos de todos es un fracaso no me enemista con Dios ni con la vida, al contrario, me reconcilia con ambos. Lo acepto todo, en este momento acepto todo en mi vida, estoy lista para morir, me siento tranquila.

—Sí, nada importa —le dije y me levanté de la silla.

—Si muriera en este minuto moriría satisfecha, reconciliada con la vida y con su creador, pero algo me dice que tal vez esta tranquilidad que siento ahora no dure mucho, y… debería escribir lo que te he dicho hoy para leerlo por si llego a olvidarlo. Porque puede que dentro de unas horas dude, no de Dios, sino de mí misma. Hasta san Pablo tenía miedo de sí mismo. “Aun cuando yo les dijera algo distinto de lo que les he dicho, no deberán creerme”, les decía en una carta a los Gálatas. Yo debo decirme a mí misma estas palabras, que aun cuando mañana dijera algo distinto de lo que hoy te he dicho, no debería creerme, para poder irme tranquila.

—No creo que pase eso contigo —le dije y sentí que mis manos se ponían frías.

Con su rostro pálido, su cabellera suelta y su mirada nublada y fija, Esther tenía el aspecto de una niña envejecida. No supe qué más decir; ella parecía meditar sobre lo que había dicho, decidí dejarla tranquila. Abandoné la habitación nostálgica, me entristecía perder a una amiga, ya no iba a tener con quién hablar.

Los días siguientes mis visitas fueron cortas. El médico de Esther se esforzaba obstinadamente para devolverle a esta hoja seca y sin clorofila el aspecto de una hoja todavía viva, pero ya nada parecía amortiguar el desgaste de aquella alma opresivamente tranquila. Al comienzo de su enfermedad, ella dedicaba horas enteras a evocar las múltiples impresiones de su vida; luego, el ánimo y los recuerdos se fueron debilitando; la música dejó de ser su refugio. Con el progresivo silencio del éxtasis de las notas también fue languideciendo su fe. Al final, aquella mujer que pasaba sus últimos días como un animal caído en una trampa vino a perder la paciencia. Nadie en la casa comprendía, ni siquiera toleraba, aquel desconcierto de mal humor y de rabia. Se volvió una mujer áspera e impaciente, a la que le molestaba ver que los otros estaban demasiado vivos. En cuestiones de fe, no se trataba de un simple cambio de parecer, Esther casi renegaba de sus creencias, como si aquel Dios en el que había confiado hasta ese momento se hubiera perdido en algún punto de aquel bosque de su enfermedad, que ella sobrellevaba como un trabajo forzado. Tal vez esa oscuridad que la invadió en sus últimos días era una señal, como ella misma me lo había dicho evocando crípticamente un pasaje bíblico, de que el redentor estaba cerca.

Ordenó a gritos que sacaran el piano de su habitación, luego las imágenes de los santos. Cuando su confesor, a menudo demasiado oportunista, después de haber intentado ridiculizar sus manías delante de algunas maestras, trató de reconfortarla diciéndole que rezara a una imagen de la Virgen, lo despachó con una letanía de gritos y sarcasmos hirientes. Aquel hombre, acostumbrado a su docilidad, quedó como noqueado.

—¡Ese montón de vírgenes tiesas ya no pueden hacer nada por mí! Lléveselas y réceles usted, a ver si le hacen el milagro de encontrar a otra tonta que lo mantenga. Eso será lo último que podrá sacar de esta casa.

Lo había dicho con esa mezcla de impotencia y resentimiento que a menudo vienen juntos. La siguiente en pagar los platos rotos fue la nueva directora a la que Esther echó de la casa.

Siguieron unos días cargados de intenso frenesí, como si ya nadie pudiera hacer nada por mantener la calma y el orden en la casa, solo esperar el desenlace final. Desde que amanecía hasta el anochecer, Esther se quejaba de sus dolores, ya no controlaba la cotidianidad; al dolor se sumaba esa sordera corporal, esa insensibilidad que viene con la enfermedad y que la iba convirtiendo en una ruina viva. Le aparecieron costras con sangre en los brazos y las rodillas. Aquellos tumores no pasaron por simples lesiones, pronto creció el rumor entre las maestras, por un comentario malintencionado que escucharon de la resentida exdirectora, de que Esther padecía de sida. En pocas horas la habitación se llenó de curiosos, la mayoría conocidos, que visitaban a la enferma con la intención de confirmar por sí mismos las habladurías. Algunos miraban las heridas directamente, con cierta atención extraña, otros con asco y reparo. Los días siguientes se formó afuera de la escuela una agitación y un revuelo desusado que llegaba hasta los oídos de Esther. Algunos de sus enemigos censuraban y movían, ufanos, la cabeza; otros se lamentaban e intentaban buscar una explicación, dando por cierto aquel chisme.

—Es una mujer perversa, que se tiene por santa —decían los más enconados.

—Respeto, señores —protestaban algunos partidarios de Esther—. ¡Debería darles vergüenza! Esa mujer ha hecho más que nadie en esta ciudad.

—Tal vez se contagió por accidente…

—¿Y las maestras? ¿También estarán enfermas?… ¿Y los niños?

Esther lo había oído todo, hasta las últimas palabras de esos confusos ruidos; lo demás lo había adivinado. Aquella agitación no la perturbaba.

—Tengo el vientre hinchado —me dijo cuando nos quedamos solas en la habitación.

Me acerqué hasta ella y le palpé el abdomen. Involuntariamente, hizo un gesto de rechazo, como si le molestara que tomase contacto con ella.

—¿Te duele? —le pregunté.

—El dolor es lo de menos. La verdad es que me estoy cayendo a pedazos
—dijo.

Un tono amargo vibraba en su voz. Se sentía asediada por pensamientos extraños y malignos.

—No quiero más visitas. Si vienen, no dejes entrar a nadie.

Me lo dijo con cierta exaltación, como distraída y al mismo tiempo concentrada; me limité a asentir con la cabeza. Luego, Esther se sumió en un profundo silencio durante unos veinte minutos. Afuera, un velo tupido y sombrío ya caía sobre los tejados.

—¿Qué haces todavía aquí? ¡Vete a tu casa!

Con esas palabras, me despidió bruscamente.

La mañana del martes, Esther amaneció recuperada. Parecía que su pálida naturaleza aún luchaba contra la muerte. Era un día cálido de julio. Yo le había comprado algunas flores que encontré en el camino. Tenía el aspecto de una mujer sana, ni la sombra de aquella enferma débil y desesperada de unas horas antes. Hasta se levantó por unos minutos de la cama y dio unos pasos firmes, propios de una muchacha de quince años.

—Tenemos que estar solos en el universo para poder ver a Dios y hablar con él —me dijo—. Anoche soñé que estaba sola en el mundo, en el último piso de un rascacielos; todo lo demás estaba vacío o convertido en ruinas. Allí, en el último piso, en la cima, estaba Dios. No sabes cuánta soledad y desolación se sentía.

Puse las flores en un jarrón sobre el escritorio y me acerqué a la cama.

—Creo que es una antesala de lo que vendrá —añadió.

—¿Y cómo era? —le pregunté.

—¿Quién? ¿Dios?

—Sí.

—Era un señor común y corriente, como de cincuenta años. Le pregunté que si era Dios y me respondió que sí, y después me estrechó la mano mientras sonreía. No sabes cuánta soledad y desolación se sentía —volvió a decir—. Era como si abajo no hubiera nada, como si solo estuviéramos él y yo en medio del universo.

En ese momento, entró el médico. Esther se acercó a la ventana y contempló la animada y transitada calle; luego se volteó y volvió a la cama.

—¿Has dormido bien? —le preguntó el médico.

—Como un bebé —contestó Esther.

Los tres sonreímos.

—¿Vendrás por la noche? —me preguntó Esther.

—Sí —le respondí.

—Mejor regresa mañana temprano —me dijo— y tráeme una camándula que está entre las cosas que te di el otro día. Esta es muy pequeña.

—¿Cómo es?

—Es una camándula dorada. Tiene un medallón de la Virgen pintado.

Regresé al día siguiente. Esther parecía predispuesta a desmayarse con solo levantar una mano. Cuando le entregué la camándula, se la colgó del cuello y se durmió. Despertó una hora después, más animada. Consulté el reloj: eran las nueve menos cuarto. Me acerqué a la cama y le palpé la muñeca: estaba fría, al igual que su mano, y sus pulsaciones eran lentas y uniformes. Bajé hasta la cocina por una infusión, la subí y se la di; después de beberla, me pidió que abriera las cortinas para que entrara la luz. La claridad invadió todo el recinto.

—¿Te conté el sueño que tuve esta mañana? —me preguntó.

—¿El de Dios, en el ascensor? Sí —le respondí—. Fue ayer.

Se quedó pensando un momento.

—¿Ayer? Cómo… ¿Ayer…? Ah, es que hoy ya es miércoles.

—Sí —le contesté.

—Estaba sola con Dios en una cima muy alta, y abajo no había nada. Pronto me iré.

Me di vuelta hacia la ventana y emití un sonido ronco, desesperado. Su muerte no me sorprendía, pero me dolía, me dolía más que la de mi padre, aunque sobre ello no le había dicho ni una sola palabra, porque me costaba aceptarlo. Cuando me volví, sus ojos pálidos me escrutaban con una mirada fría.

—Que yo me vaya es inevitable, no hay que entristecerse por eso. Ninguna tristeza es buena —dijo con sencillez.

Suspiré sin decir nada.

—Dime qué puedo hacer por ti en estas últimas horas que me quedan—dijo.

Yo miré alrededor sin saber qué decir, con cierto nerviosismo.

—Nada —le dije—. Ya no sé qué me puede hacer bien.

—Nunca pude comprender qué es lo que te atormenta.

—Tal vez es la insatisfacción, la infelicidad, la falta de amor, el estar sola…

Esther no se inmutó, no demostró admiración ni rechazo, se quedó observándome en silencio. Yo continué hablando, como si sintiera que tenía que decírselo todo, que ya no teníamos más tiempo.

—Mi padre decía que una mujer no es nada sin el amor. Ahora creo que él y todos los que

hablan del amor están equivocados, lo dan por hecho, cuando nunca lo han vivido. Lo que han sentido son impulsos, deseos, pasiones, pero no amor. No hemos venido al mundo a amar, sino a odiar, a extrañar, a añorar. El odio, la obsesión, el deseo, son realidades más duraderas que el amor. La gente confunde la obsesión, el afán por querer estar junto a alguien con el amor, y luego, cuando ya están juntos, comienza el estancamiento, la lucha con uno mismo para mantener viva la emoción. Es lo mismo que con la felicidad, pasamos la vida corriendo detrás de algo que creemos ha de hacernos felices, pero la felicidad forzada es como un medicamento que no funciona, y si por casualidad uno logra alcanzar eso que tanto ha anhelado, cuando lo tenemos, no sabemos definirlo, no se parece a lo que esperábamos, a lo que habíamos imaginado, no sabemos qué hacer con eso. Hubo un momento en que necesité amar, lo necesitaba para que me salvara del odio. Me decía a mí misma que si encontraba el amor, a alguien que me amara, sería mejor, una mujer mejor, no estaría vacía, no sería una zorra ni una resentida. Pero los hombres no saben amar. Y no basta con querer amar para que el amor llegue, para que el hombre indicado aparezca. A veces creo que es como la fe, no basta con querer tener fe, la tienes o jamás la tendrás. Yo quería amar, a veces creí encontrar el amor, pero…

Ahora ya no espero nada de la vida. El tiempo en que sentía que aún tenía grandes posibilidades para el porvenir pasó hace rato. Ya no aspiro a una vida distinta, no espero que aparezca el amor o que llegue la felicidad. Uno comienza a pensar de otra manera, sabe que eso no vendrá, el amor deja de ser una esperanza y una preocupación. Y, sin embargo, no me puedo acostumbrar a la vida que llevo. Hasta que llegué aquí, hace casi veinte años, aún tenía anhelos. El tiempo pasó muy rápido, el 95 me parece como si fuera ayer, pero de eso han pasado ya…

Lo mejor sería no poder sentir nada por nadie, pero no es tan sencillo, estamos obligados, casi condenados a sentir. ¿Por qué no nos basta con estar solos? ¿Puede una mujer sola ser feliz? Ese debería ser el auténtico interrogante de la vida. Por más que lo niegue, yo esperaba a alguien, buscaba a alguien para no quedarme sola, aquí, encerrada… al principio pedía mucho, un hombre que fuera guapo, viril, educado, con plata… después ya no importaba, solo quería que alguien llegara. Un nepalí que conocí en el trayecto de un viaje me dijo que no entendía ese afán de los occidentales por no estar solos, que para ellos la soledad no era un problema, pero yo no crecí en Nepal, aquí la gente que uno conoce, las personas por la calle, todos buscan compañía, la confunden con felicidad, dan por hecho que existe, y aunque no son felices, tampoco son infelices, están bien, normal… normal, sí, tú entiendes cuando alguien dice que está normal.

—¿Nunca estuviste con nadie? —preguntó Esther de improviso.

—Estuve casada cinco años.

—Cinco años ya son algo —me dijo.

—Cinco años y tuve un hijo.

—Y tu hijo ¿Dónde está?

—Murió cuando era un niño. Te lo conté cuando nos conocimos.

—Sí… es verdad.

Esther se quedó inmóvil, con la cabeza ladeada apoyada en el borde del testero, mirándome.

—Un sufrimiento verdadero vale más que una felicidad hecha de mentiras —me dijo.

—¿Vale más para quién? —le pregunté—. La pregunta fue corta y seca. Esther bajó la mirada y no dijo nada.

—Cuando lo tuve en apariencia todo, cuando me casé y me fui a vivir con mi marido, estaba con él, pero no era amor lo que sentía. Nos mudamos a un apartamento bonito, en un barrio exclusivo, con una cocina y un salón lujoso. Pero me faltaba algo. Los objetos y los muebles no

servían de mucho, ni siquiera los usábamos todos. ¿Qué me faltaba? Pensé que un hijo. La verdad es que me cansé demasiado pronto de esa comodidad, de esa rutina, de la compañía de mi esposo. Pero no era solo eso. Un día se abrió un abismo, al principio tan delgado como el filo de un cuchillo, casi imperceptible, pero yo sabía que era un abismo y que estaba ahí, en el suelo, sobre nuestros pies, yo tenía miedo de que se extendiera y me tragara y un día se extendió y me tragó. Yo vivía harta de la vida que llevaba pero no se lo dije a mi marido, le oculté que no lo amaba, me comportaba como la esposa más amorosa de todas, me resigné a vivir así, me acostumbré a esa vida y también a la que vendría más adelante, hasta que todo cambió, hasta que él se alejó para irse con otros hombres, hasta que supe que mi esposo jamás podría amarme, jamás podría entregarse a mí por entero, porque no le gustaban las mujeres, que sería de otro, pero jamás mío, entonces me interesé por él, me obsesioné con él. En ese tiempo yo habría podido dar la vida por mi marido, pero a él no le importaba. Muchas veces me he preguntado si era amor u odio lo que sentía por él, y no sé la respuesta, creo que en algún momento el amor se confunde con el odio y no hay manera de separarlos, aunque el odio es peor, porque nos arroja lejos de nosotros mismos y nos hace caer en los vicios más bajos. Cuando él me rechazó comencé a vivir de mi humillación; sin eso no tenía nada. Tal vez era eso lo que me había faltado, su humillación, su rechazo. Me imagino lo que diría una feminista si me oyera decir esto… ja, ja. Los meses siguientes me convencí no solo de que lo amaba, sino además de que él era el único hombre a quien podía amar. No hay angustia más insoportable que encontrar a quien amar y no ser correspondida. Yo lo daba todo, estaba dispuesta a dar la vida por alguien que me rechazaba.

—¿Se puede vivir de la humillación y del rechazo de alguien?

—Sí se puede, claro que se puede. Había momentos en que me aferraba a ese rechazo como si fuera lo único que tenía, porque no tenía más, lo demás no me importaba. Tal vez era egoísmo, pero lo que llamamos amor es eso, puro egoísmo. Y siempre habrá uno que quiera más que el otro. Todos los días lloraba, pero no servía de nada, no hay ningún consuelo en unas lágrimas que brotan del odio.

Me enjugué las lágrimas.

—Cuando ahora veo parejas jóvenes por la calle, me pregunto si es verdad lo que sienten o si alguno de los dos está mintiendo, si llaman amor a algo que no es, si mientras ella lo abraza a él no está pensando en otro, en el ideal del hombre que no pudo tener, porque las mujeres siempre creemos que puede llegar alguien mejor y esperamos, y al final no llega.

No sé si el amor existe. Dime, Esther, ¿existe el amor?

—No lo sé, hija.

—Entonces todo lo que he hecho es por odio —le dije como si no lo hubiera sabido desde el comienzo.

—¿Y ya no lo sabías?

—Sí —le dije—. Pero hay algo que sigue estando pendiente, una respuesta sin contestar en mi vida. Uno no se comprende a sí mismo y no sabe a quién culpar. Hace mucho que no confío en mis sentimientos. Pensar tampoco sirve de nada. Me doy respuestas y quedo tranquila, pero al otro día esas respuestas ya no me sirven y caigo otra vez en la incertidumbre. Casi toda mi vida he librado una maldita batalla por vivir sin amor y no pensar en eso. Hasta busqué refugio en la música. Al principio era una salida, pero luego… bueno, luego… por más bello que suene un piano no tiene el calor del pecho de un hombre.

Las cosas siguieron mal con mi marido. Yo odiaba todo lo que él era sin odiarlo a él. No lo

amaba, amaba mi odio por él, porque sí, se puede amar el odio cuando es lo único que nos queda. Nadie podía ayudarme, ante el odio estamos solos. Después llegó un momento en que ya no me importaba nada, un momento en el que supe que había alguien en el mundo, alguien que mientras viviera, no me dejaría estar tranquila, pero ese alguien no era mi marido ni alguno de sus amantes, sino mi hijo. Un día comprendí que el que me diera igual estar en mi casa, acostada en el sofá a oscuras, que en la calle o en una tumba, se debía a ese niño. Aquello, siendo vida, era lo que más se parecía a la muerte. Comprendí que había renunciado a vivir desde que lo tuve. Era extraño; a su lado, sentía que no era yo, que estaba siempre suplantando a otra. Yo buscaba pretextos, quizá, sin darme cuenta, para deshacerme de él… A fuerza de pensar cosas horribles, terminan por ocurrir.

Mi hijo no murió en un accidente, yo lo maté. Sería fácil decir que lo maté para vengarme de Alonso y, sin embargo, no fue así, lo maté porque no lo quería ¿Lo habría matado si Alonso no me hubiera dejado? Hace más de veinte años que sé la respuesta a esa pregunta. Cuando quedé en embarazo me sentía en peligro, como si estuviera en una habitación en llamas y alguien me impidiera salir. En el peligro no respetamos nada, y ese niño que llevaba en mi vientre me impedía escapar. ¿Me entiendes? Sí, habría sido fácil echarles la culpa a otros, decir que lo hice por vengarme de mi marido, pero aun cuando todo hubiera ido bien, aun cuando Alonso jamás se hubiera ido y nuestro matrimonio hubiera sido perfecto, habría ahogado a ese niño.

Estallé en llanto.

—Nunca había podido decírselo a nadie. ¿Me repudias? Qué más da. Ni siquiera te veo en esta claridad que es peor que estar a oscuras.

A veces llegué a desear que naciera muerto, que retrocediera en el vientre y muriera. En varias oportunidades, aquel deseo no estuvo muy lejos de realizarse. Una mujer es más cruel con quien la traiciona y revela sus secretos, con quien le muestra lo que ella misma ha intentado ocultarse siempre. Ese niño era eso, un espejo donde no quería verme. Por mucho tiempo busqué inconscientemente un pretexto para deshacerme de él: su extraña enfermedad, la infidelidad de Alonso, su desprecio. Necesitaba hacerlo, era él o yo. Decidí vivir. Hay personas que necesitamos de la desaparición de otros para vivir. Hay gente que está podrida por dentro. ¿Qué pasó después? La vida continuó. Uno termina por aceptar la vida que lleva.

Alonso tampoco hizo nada por defenderlo. ¡Esa idea que tienen los hijos de que una madre siempre tiene que protegerlos! De haber sobrevivido, ese niño se habría malogrado, siempre me hubiera culpado, me hubiera guardado rencor por no haberlo protegido, por haber dejado que yo misma le hiciera todo eso que le hice. Sí, me hubiera culpado de no haberlo defendido, pero, ¿cómo defenderlo del enemigo, cuando ese enemigo era yo misma, su madre, que no lo quería? ¡Cuánto rencor me hubiera guardado ese niño cuando se hubiera convertido en un hombre! Estuvo bien que muriera.

Las lágrimas me corrieron por las mejillas. Consulté el reloj: eran las once de la mañana. El sol colgaba sobre un cielo despejado. Había un silencio y una quietud completos. Ni un ruido, ni un soplo de viento. Me acerqué a Esther y la miré, estaba más arrugada, gris y fría. Salí de la habitación, busqué a una de las maestras y le avisé que Esther había muerto.

Me había confesado con la sinceridad de la que somos capaces quizá una vez en la vida. Pero la confesión no había tenido ningún efecto, me había confesado frente a un cadáver. Volví al cuarto de Esther, entré con la torpeza que les invade a las personas en presencia de alguien que acaba de morir o de un ataúd, de la banalidad que lo rodea todo, como si una parte de la muerte se extendiera sobre las preocupaciones y las rutinas de la vida cotidiana y las devolviera insulsas y

triviales.

—Ayúdame, amiga —dije al mirarla, sin saber por qué—. Yo sabía que los muertos nunca regresan ni tienen el poder de ayudar a nadie. El cura, que fuera su confesor, llegó de repente, junto a dos maestras. Se acercó lentamente a la cama y tocó el pulso de Esther.

—Ya descansa —dijo, mirando abiertamente a las maestras.

Me sentí de más y dejé la habitación. En la noche todo estuvo dispuesto para el velorio. Lejos de lo que podía esperarse, la escuela se llenó rápidamente de gente. En el patio estaban algunos músicos amigos de la difunta. También las asociaciones de maestros se habían congregado allí, y compartían asiento con algunos curas y vecinos. Por todos lados se oían comentarios y habladurías sobre la enfermedad de Esther y su muerte; aquellas murmuraciones caían sobre su féretro como una lluvia de moscas. Los pocos que la estimaban permanecían inmóviles en sus asientos o bajaban la cabeza, avergonzados; el que fuera su confesor pronunció un sermón en el que habló mucho del perdón y la reconciliación. A veces parecía que quería decir algo más, porque rompía de pronto con una frase, pero inmediatamente se contenía y solo movía los labios mudos sin decir nada. Al final todos se alegraron de que hubiera llegado la medianoche y pudieran volver a sus casas.

A escondidas, entré por última vez a la habitación de Esther en busca de la camándula de oro. Todo estaba frío y vacío. La camándula no estaba, no me atreví a preguntar por ella. A los pies de la cama había una carpeta, y dentro de ella unas hojas con unos versos escritos, las tomé y salí sin hacer ruido; en el cuarto comenzaba a reinar la oscuridad.

Regresé a la casa muy tarde. No pude dormir, tuve pesadillas, despierta, durante el resto de la madrugada. Ya no las recuerdo bien, pero sentía que mi corazón había andado por peligrosos suburbios. Al otro día empaqué mis cosas y me dispuse a partir. Estaba tranquila, había tomado la determinación de marcharme tan pronto como Esther dejara de respirar en este mundo. Era verdad que ella me había pedido que me quedara y evitara que cerraran la escuela, pero los muertos nunca han tenido la misma fuerza que los vivos para determinar nuestras vidas. Dejé la ciudad en la tarde. A mi edad ya sabía algo definitivo, ya había visto morir a varias personas sin dejar ningún rastro. Algunos meses más tarde me enteré por casualidad que la escuela pasó a manos de una orden de franciscanos que a los pocos días la cerró. Las cenizas de Esther yacían olvidadas en la capilla de un mausoleo que ella misma había pagado antes de su muerte.

En la estación tomé un bus que me llevó a una ciudad cercana. Allí caminé por un tiempo, a la ventura, por calles que no conocía. Pensé en viajar más lejos, tal vez a otro país. Yo me había quedado, gracias a Esther, con una pequeña fortuna que me permitía hacer planes y vivir de manera sencilla, sin preocupaciones, durante algún tiempo. Solo faltaba decidir el lugar. Tuve miedo de no saber a dónde ir; aquel miedo redujo el poco entusiasmo de la partida. Al final me decidí por un pueblo costero del sur, donde Lucía había pasado una temporada junto a su amante y que me había descrito con entusiasmo en una de sus cartas. En ella también me había hablado de Olga, una muchacha joven de la que se había hecho muy amiga y con la cual, me decía, yo me la llevaría muy bien. Al final de la carta ponía su domicilio. La idea de calor me persiguió durante todo el viaje; pensaba en ese lugar como en un sitio de paso, sabiendo que a veces, por gusto o por debilidad, esos lugares terminan por atraparnos y ya no podemos salir de ellos. Pero todo eso, de llegar a suceder, no pasaría hasta mucho más tarde. De momento, la vista de unas chozas de madera que ofrecía el paisaje a través de la ventana, o de un grupo de perros errantes que corrían por una orilla de la carretera bastaba para dejarse llevar y mantenerse con vida.

Los gritos de una mujer me despertaron; el carro aún seguía en movimiento. Había visto a la

mujer cuando subí al bus; estaba sentada en la primera banca, con un niño de brazos, junto a un hombre con el que hablaba tranquilamente. Ahora corría por el pasillo, gritando como una loca, con los botones del saco flojamente sueltos. La mujer, a la que el hombre había querido calmar con discreción, lo observaba de pie confundida y preguntaba nerviosa por un hermano, como si no lo reconociera a él ni al niño.

—Vamos para donde él, mija, siéntese que ya vamos a llegar.

—No, ¿dónde está Pedro? Llámelo.

El hombre, menguado y abatido, dijo que era su mujer y que estaba enferma de la cabeza. Los pasajeros lo contemplaban todo con brazos cruzados. Algunos reaccionaron con temor; un viejo que venía sentado detrás de ellos empezó a acosar a la mujer con preguntas, pero ella, confusa, no entendía nada. En algún momento quiso abrir la puerta y lanzarse del bus; el vehículo frenó, en el silencio sobrecogedor solo se escuchó el llanto del niño. Tal vez fue aquel llanto lo que le devolvió momentáneamente la lucidez, porque de pronto ella se quedó quieta y preguntó por el niño.

—Samuel… ¿dónde está Samuel?

—Aquí está, mija.

El hombre le acercó al niño, que no paraba de llorar. Alguien sacó de alguna parte un vaso de agua y se lo pasó; la mujer bebió unos sorbos temblando, estaba exhausta, como quien ha agotado todas sus reservas de energía, después se sentó sumisa y masculló algo sin sentido. El hombre la abrazó y la cobijó con una chaqueta; el bus volvió a arrancar, se bajaron en una estación próxima. Aquel triste espectáculo me sobrecogió, me recordó a Adrián. Que ese hombre orgulloso y triste se hubiera abandonado al azar, ahora no me parecía tan fatal, comparado con el hecho de que hubiera encontrado en el encierro un remedio para su insatisfacción. Escondió tras las paredes las ruinas de una vida acabada. Seguí pensando en él, estuve inquieta durante el resto del viaje.

La llegada ejerció un efecto tranquilizador. El pueblo, pequeño y ordenado, de viejos edificios coloniales pintados de blanco, me dio un sentimiento de seguridad; entre sus plazas y calles amplias volví a sentirme en calma, ya no debía responder por nada ante nadie y, además, era libre por algún tiempo de la necesidad; no tenía más obligación que vivir. Me había olvidado del sobresalto de la noche anterior y caminaba por una vía abarrotada de bicicletas que avanzaban más o menos en línea recta. A la vuelta de la esquina se vislumbraban las luces medio apagadas de una pensión. Caí en la cama agotada a la medianoche. Me desperté empapada de sudor, había olvidado encender el ventilador y las ventanas estaban cerradas.

Me acerqué a la ventana medio dormida, tambaleándome; la abrí y miré hacia afuera: las nubes recubrían un cielo pálido, abajo, por la calle, un desconocido, caminaba como borracho. Ya de día, salí con la idea de buscar a Olga.

Por una feliz casualidad, un empleado de la pensión la conocía y quedó de decirle que yo la estaba buscando. “Dile que soy amiga de Lucía”, le dije. Al otro día apareció con las indicaciones del bar junto a la playa donde ella trabajaba. Al principio me costó acostumbrarme a esa muchacha alegre y desparpajada que iba todas las tardes a contarme chismes que yo no quería oír. Después sus visitas se volvieron imprescindibles, me libraron de la soledad en un lugar nuevo, sin parentescos. Generalmente era ella quien iba hasta la pensión; yo procuraba no acercarme a la playa. Un día me enteré con sorpresa de que ella y Lucía habían tenido un romance, habían llegado a ese punto en que dos amigas se convierten por unos días en amantes y luego se conceden mutuamente vacaciones. No se volvieron a ver. El día de la despedida no

hubo sollozos ni tampoco insultos. Todo parecía haber ido bien. Por la noche imaginé sus cuerpos desnudos perdidos en la oscuridad, atenuados únicamente por la luz artificial de una diminuta bombilla que simulaba una llama. Lucía jamás me confesó en sus cartas que habría llegado a sentir alguna inquietud por aquella resuelta moza, casi siempre propensa a la risa, de ojos admirables. Desde la distancia, intuyo que aquel amor fácil, que no necesitaba de mucho romanticismo, de haber sido cierto, fue impulsado por la sensualidad inquieta de la más joven. Tal vez, al decirme que la buscara, Lucía estuviera pensando que me dejaba a Olga como herencia.

Una tarde, después de indagar si yo estaba sola, Olga insinuó que me buscaría un compañero. Era de las que pensaba que a fuerza de sexo podía devolver a la vida a los extraviados.

—Te voy a buscar un muchacho del campo que esté bueno y fuerte, que sea pobre, y lo traemos.

—¿Para qué?

—Tú lo mantienes y él te hace el favor. Hasta lo puedes poner después a que te limpie la casa y haga los mandados.

El ofrecimiento me hizo reír a carcajadas, pero no me negué. El martes por la tarde apareció en mi puerta con un joven robusto de unos 24 años; después de hablar un rato y lanzarme un par de miradas cómplices, Olga entendió la necesidad del momento y nos dejó solos. Un espejo grande en el centro de la sala actuaba como testigo mudo de aquella cita secreta; sentí pudor de su reflejo, me levanté del sofá y lo cubrí. El muchacho, hasta entonces desconfiado, se acercó, me pasó el brazo alrededor del cuello y me susurró unas proposiciones obscenas de una imaginación algo turbia. Aterrada, entre temblores, lo aparté, mi débil complacencia no me llevó tan lejos. Él comenzó a desabrocharse el pantalón, con una risa socarrona, seguro de que no era fácil librarse del placer cuando se lo ha sentido violentamente entre las piernas; me sentí más herida que escandalizada, di media vuelta y corrí hasta la habitación, busqué un par de billetes en la cartera y lo despedí. Cuando llegó a la puerta me pidió que lo dejara quedar hasta el día siguiente, la lancha que lo llevaba a su casa salía a las cinco de la mañana. Acepté y me marché con la excusa de ir a comprar pan, cuando regresé, una hora después, ya no lo encontré, los cajones se hallaban abiertos, la habitación revuelta. Sentí un hueco en el estómago. Metí la mano con precaución en el roto de la pared donde guardaba el dinero y comprobé con alivio que todavía estaba. El ladrón se había embolsillado unos billetes que encontró sobre la mesa y algunos colgandejos sueltos de plata. Hubiera podido llevárselo todo. Lo único de valor fue una cadena de oro que había sido de Esther y que yo había olvidado sobre la cama. Debió largarse después de haber hecho el robo. Por la noche corrí el cerrojo, me invadió un sentimiento de temor y de asco hacia aquel hombre que había llegado dispuesto a llevarse algo a cambio de hacer o no el amor. Al otro día me sentí ofuscada conmigo misma, tenía la vaga impresión de haberme traicionado.

—Estos son los riesgos a los que una se expone cuando se deja llevar por las bobadas de una muchacha —me reproché.

No le hablé a Olga de lo que había ocurrido, pero su silencio y el hecho de que no me preguntara nada pusieron una nota de duda sobre si ella no lo sabía.

Ocho días después, durante una de aquellas breves salidas que hacía al mercado, volví a ver al muchacho; estaba de pie, a la entrada de una tienda, con una cerveza en la mano y la camisa desabotonada. Llevaba la cadena de oro colgada del cuello, me quedé frente a la tienda un rato, esperando alguna explicación, pero el joven bandido hizo como si nunca me hubiera visto. Al anochecer se me ocurrió pasarme por la playa donde trabajaba Olga. Era lunes, había poca gente

a esa hora. El local estaba iluminado, pero vacío, unos gemidos escapaban detrás de una cortina, a la que me asomé sin hacer ruido. Olga estaba allí con un hombre, arrinconados contra una pared; las manos gruesas y velludas de él apretaban los pechos desnudos de la joven que subía la pierna y lo besaba. Volví a la casa; en otro tiempo me hubiera puesto triste por estar sola, ahora me sentía tranquila, el campo de las agonías de la carne ya no estaba hecho para mí. Después de haber sufrido tanto por el deseo insatisfecho, la abstinencia me parecía una de las caras de la tranquilidad que agradecía. Cuando me sentía atrapada por el deseo, me quitaba la ropa, me sentaba frente a la ventana, doblaba las rodillas como si me dispusiera a rezar y me dejaba penetrar por la oscuridad y por la brisa. Entonces nombraba a Olga en silencio, como un conjuro que repetía hasta después de la medianoche. Si alguna ganancia obtuve en todo este tiempo fue que aprendí a desear sin impaciencia, atrás habían quedado los años de pasión y desengaños.

Esteban se había convertido en algo extraño e irreal, a veces volvía bajo la forma de una de esas confusas figuras traídas del sueño que durante un instante adquieren una realidad y una consistencia casi terribles, pero que al despertar se deshacen en un cielo que les arrebata todo su poder y su fuerza. Casi siempre, después de un mal sueño, llamaba a Olga; ella me soportaba con una indulgencia paciente. Sus visitas de los fines de semana llamaron la atención de algunos vecinos.

Llevaba tres meses allí, Olga me había conseguido un pequeño piso amueblado a muy buen precio, en una casa de ladrillos, cubierta de enredaderas. Al principio todo es nuevo, ves gaviotas sobre el agua, extranjeros en las calles, las puntas de los mástiles que sobresalen de los tejados, visitas una tienda, un museo… luego todo se enfría. La temperatura sigue igual, en la habitación todo continúa estando en su sitio; en las plazas, los cafés mantienen sus escaparates abiertos, pero ya no son suficientes. No hay explicación para el tedio y el aburrimiento, no la hay, pese a todo lo que puedan decir hoy en día los psicólogos o la ciencia. Había ido a parar allí sin más obligación que la de vivir, pero no es lo mismo vivir que mantenerse con vida. Aquí también era yo. En todas partes nos hallamos ante nosotros mismos. Había ido allí para salvarme a mí misma. ¿De qué? Cuando se vive sin ningún propósito cada día que pasa es como un día que se le ha robado a la muerte. Cuando ya no me aguantaba más tiempo encerrada en la habitación salía a caminar por la calle. El único encanto de aquella pequeña ciudad provinciana era el mar, que para mí no tenía ninguna gracia. Tampoco terminaba de acostumbrarme al calor, aunque me gustaba la brisa después de las cinco de la tarde. Algunos días sentía una nostalgia exagerada por la gran ciudad donde nunca había estado, en cuyas calles bastaba con imaginarme para sentirme bien, segura de que allí empezaría otra vez a vivir; otros; me desconcertaba que quisiera marcharme y no ir a ninguna parte. El aburrimiento y la rutina bastaban para querer huir de nuevo. En algún momento habría que aceptar el estancamiento, pero aún no, todavía sentía fuerza para partir, aun cuando esa partida no fuera más que un regreso.

En la noche, la tempestad hizo temblar el suelo. Desconecté todas las corrientes eléctricas y permanecí a oscuras. Al día siguiente me levanté muy de mañana, más que de costumbre, empaqué en una mochila el dinero y las joyas que tenía, una muda de ropa, un chal, un desodorante, un cepillo y una crema de dientes, y salí. Pensé en escribirle una nota a Olga, pero no estaba segura de no volver. Aquel día fue uno de los más bellos de los últimos años, aunque no tuvo nada de extraordinario. Era una de esas mañanas frescas en que la niebla oculta un poco el sol y el horizonte se recorta en contornos definidos; dejé la ciudad y caminé a paso tranquilo a lo largo de una vía, sintiendo la libertad de la partida y dejando que lo fortuito guiara la marcha; el camino pronto se juntó con la playa a la que me acerqué sin temor y avancé en línea recta,

salpicada por la brisa que jugueteaba con mis ropas anchas. Comencé a escalar entre las dunas y como si hablara con otra persona, pensé en los últimos años. Me sorprendí de haber permanecido tanto tiempo en la escuela de música, hundida en la rutina, rodeada de mujeres que vivían entre escándalos disimulados y pequeñas intrigas. ¡Cuantos días botados en vano! ¡Cuánta gente que no valía la pena haberle dedicado mi tiempo! ¡Cuántas promesas incumplidas! ¡Cuántas acciones inconclusas!… Seguí caminando, descendí, casi corriendo, hasta el pie de una muralla, y de ahí hasta un pequeño quiosco: no había nadie, todo estaba vacío. Era cerca del mediodía, pero no pensaba en el tiempo, me daba igual si eran las doce, las cinco o las diez, si viviría diez años más o solo unas horas; sentía que disponía del tiempo a mi antojo. Me invadió una satisfacción peculiar, sí, también existía la tranquilidad y la alegría sin motivo, aquellos extraños instantes de felicidad eran ciertos.

Me fui acercando a un pequeño caserío. Tenía hambre y me detuve en la plaza para comer. El lugar estaba animado a esa hora, unos niños correteaban y alborotaban jugando a las bolas; un carnicero rosado, flácido y gordo, afilaba un cuchillo afuera del escaparate de su tienda; después volví a andar sola durante un buen rato por un camino que llevaba hasta el puerto de S. A lo lejos, del lado opuesto al mar, se divisaban unas serranías copadas con neblina; imaginar que subía por ellas me hizo caminar más lento. Comenzaba a caer la noche; me sentía cansada. En el puerto tropecé con una cuadrilla de pescadores que sacaban sus redes de la barca, uno de ellos me preguntó si quería comprar pulpo. Tras mi rechazo, continuó en lo suyo. Me detuve a mirar las embarcaciones; ninguna de gran tamaño, era un puerto pequeño y no llegaban buques cargados con contenedores, pero yo buscaba otra cosa, un barco para pasajeros. Ahora comprendía por qué había ido inconscientemente hasta allí, había escuchado que todos los jueves salía un barco para L. Era martes, pero yo podía esperar. Para entrar a L. no necesitaba ningún pasaporte, por unos minutos pensé en lo que haría en esa ciudad extranjera construida a orillas de la inmensidad; me vi deambulando por las calles, buscando una habitación o un pequeño piso, con algo de suerte podría encontrar trabajo como camarera o vendedora. Pero no eran más que elucubraciones, ya estaba muy vieja para eso, sabía que a donde iría la vida tampoco tendría salida, pero también que todo lo que seguiría en adelante provendría de aquel día.

Se encendieron las farolas. Un par de niños corrieron hasta donde yo estaba para ofrecerme unos cangrejos vivos, los traían en una canasta tejida con hojas y ramas secas. Unos ojos salientes asomaban del oscuro interior de la canasta.

—Están recién cogidos —dijo el mayor de los niños—, solo tres mil por cada uno, son dos.

Me negué moviendo la cabeza con un gesto algo tímido.

—Llévelos, hoy no hemos vendido nada —dijo el otro—. Para que se los prepare al esposo.

Uno de los animales intentaba torpemente sacar una tenaza de la cesta.

—¿Y qué van a hacer con el dinero? —les pregunté.

Se observaron con gravedad y no contestaron nada, el menor de ellos sonrío. Saqué un billete de cinco y se los entregué, al instante dejaron en el suelo la cesta y arrancaron a correr; me incliné y observé a los cangrejos con curiosidad, se movían inquietos intentando escapar, como si el combate sirviera para algo. Caminé con la cesta en la mano; al llegar a la playa desaté el nudo y los dejé escapar. No fueron hacia el mar, anduvieron de lado con menor rapidez de lo que hubiera podido esperarse. A lo lejos, los muchachos a los que se los compré veían la escena, los cangrejos iban hacia ellos, era su suerte, ya no me importaban. Paré un taxi y volví. Eran las siete y media. El jueves partía un barco para L que yo no tomaría; volver era la confesión de una derrota.

Llegué muy tarde, atravesé el pueblo, pero no vi a ningún conocido. Esa noche dormí profundamente. Al día siguiente Olga llegó muy animada, pero en pocos minutos se echó a llorar. Nunca la había visto titubear tanto. Había ido para decirme que se iba a vivir con su novio a una pequeña isla del Caribe. La partida de Olga me golpeó como una fría descarga eléctrica, no tenía a nadie más que a ella en el pueblo. Mi mente repasaba una y otra vez todos los rostros conocidos, pero regresaba siempre con las manos vacías. Me sentía sola. Durante el día todo estaba bien, pero cuando caía la noche me entraba una angustia que no guardaba relación con la partida de Olga, ni con la muerte de Esther o la de Lucía, me parecía que necesitaba ir al muelle y ver un barco o un bus para no asfixiarme, para estar segura de que aún me quedaba un lugar en el mundo más allá de este pueblo.

Cinco meses duró en total mi paso por allí. Antes de que se cumpliera un nuevo mes de renta, volví a empacar mi maleta y tomé un bus hasta una ciudad cercana. ¿A dónde ir? Otras ciudades de las que había oído hablar de modo sugerente me aburrían de antemano. Mientras pensaba, entré a un café, pedí una copa de vino y bebí a sorbos, mirando a través del marco de la ventana cómo la tenue oscuridad se iba insinuando vagamente por los techos y los corredores, y lo comprendí al instante: no tenía sentido seguir. El destino siempre sabe cómo atraernos a nuestras propias trampas: regresaría a P. A simple vista parecía una arbitrariedad incomprensible, pero no lo era. No tenía otro lugar a donde ir, el mundo ya no era tan vasto, todas las posibilidades se habían reducido a esa única. Hacía meses me rondaba la misma idea, y ahora pensaba que volver era un buen final para estos últimos 20 años. Al final uno regresa al lugar de donde sabe que ya no habrá retorno. Nadie me reconocería, la mujer de 50 años, prematuramente envejecida, parecía de 60, y de la muchacha que salió esa noche de junio, después de ver morir a su hijo, no quedaba casi nada. El bochorno había cesado con la puesta de sol. Al salir del café olvidé las gafas oscuras sobre la mesa.

Llegué a P. la madrugada del día siguiente. No me sorprendió recordar sin dificultad el orden de las calles de aquella ciudad que no había vuelto a ver en tantos años y, sin embargo, sentía como si al mismo tiempo las conociera y no las conociera, porque, aunque la mirada estaba familiarizada con el recuerdo, algo en ellas parecía gris y difuso. Por supuesto que allí seguían estando las tiendas Ava, detrás del edificio de la empresa de teléfonos, y también la estación del ferrocarril que había dejado de funcionar hacía más de medio siglo, justo en frente de la casa de la madre de Alonso, pero todos esos lugares eran como una imagen en el televisor, frente a la cual uno tiene la vaga sensación de que nunca conseguirá atravesarlos y sentirse en ellos por completo.

Caminé sin prisa, arrastrando las maletas que el cansancio había vuelto más pesadas. Busqué un hotel donde alojarme, pero todos estaban llenos, la fecha de mi llegada coincidió con la Semana Santa, que aquel año cayó a finales de marzo. Era la madrugada del jueves. Recuerdo que estuve dando vueltas por las cuadras del centro, hasta que me senté en una de las bancas de la plaza que estaba frente al edificio de gobierno. Un grupo de jóvenes reían y hablaban a lo lejos en voz alta. De pronto escuché que alguien gritaba desde una esquina; después de algunos pasos me percaté de la presencia de una mujer que llamaba a una niña flaca que arrastraba un carro de dulces y cigarrillos. Me sorprendió no haber reparado antes en ella, parecía un escuálido arbusto que el frío mantenía en pie. La mujer que la llamaba era su madre. Cuando me vio, se acercó y me dijo:

—¡Qué hace usted sola por aquí a esta hora! Es peligroso. Esa esquina se ha vuelto un atracadero.

Miré en dirección a la que ella señaló con la cabeza.

—¿No es de aquí?

—No —le respondí—. Estuve buscando un hotel, pero están todos llenos.

—Hoy no consigue, es Jueves Santo.

Me ofreció su casa y yo acepté. Subimos por la calle por la que yo había bajado diez minutos antes, y cruzamos a la derecha en dirección a uno de los barrios pobres del centro; yo me ofrecí a pagar el taxi y ella aceptó a regañadientes. Al llegar me acomodó en un cuarto estrecho, junto al suyo, probablemente el de la niña, en el que solo había un sillón roto de cuero, cubierto con cobijas pesadas y frías.

Un aire cargado y rancio llenaba el recinto. Saqué lo que tenía reservado para el hotel y se lo di, ella me devolvió el dinero con un gesto exagerado de rechazo. Permanecí tumbada en el sillón, sin poder dormir, con los ojos abiertos, hasta que amaneció. Abrí la maleta y volví a revisar la caja donde guardaba el dinero, estaba casi todo, las joyas seguían intactas. Después de un rato me vestí y me fui. La mujer no estaba, solo la niña permanecía en el lecho, sin moverse, como si durmiera.

Hacia el mediodía conseguí una habitación en una residencia para estudiantes, cerca de la universidad. La tomé por un mes. Al principio no salía de la habitación, me molestaba la convivencia forzada con extraños, hecha de cocina común, comedor común y, lo peor, baños en común. A solas, conmigo misma, el encierro era insoportable, pero la posibilidad de salir me ofuscaba casi lo mismo. Por las noches, las pisadas y las voces de la gente que volvían a sus habitaciones me espantaban el sueño. A veces sentía un poco de miedo. No podía adaptarme a ese lugar. Pronto sentí vergüenza de estar allí, en ese cuarto incómodo, impregnado siempre de olor a comida que subía de la cocina. No era la falta de lujos, sino la brutalidad, el bullicio, el desorden, la promiscuidad, la mugre, lo que me ofendía. Podría vivir en una casa en ruinas si estuviera sola, si no tuviera que estar rodeada de esa gente que se ajusta a los gustos y a la suerte de su clase. Por la tarde le reclamé a la casera que no hubiera fumigado las habitaciones, como si los zancudos fueran lo peor de esa miseria. Una semana después, por la mañana, me vestí con lentitud, empaqué mis cosas y dejé la habitación. Años atrás lo habría soportado, incluso había soportado cosas peores, pero ya no podía.

Me alojé en un hotel por unos días, hasta que conseguí un piso vacío, en un edificio, esta vez lejos del centro. Costaba diez veces más que la habitación que había dejado, pero no me ocupaba del futuro, carecía de ilusiones y de esperanzas como los muertos. El apartamento era mediano, pero parecía más grande, no solo por las paredes pintadas de blanco, sino por la disposición de los pocos objetos que había. Al entrar olía a alcanfor. Recuerdo que lo primero que vi fue un espejo roto, cubierto de polvo, apoyado sobre la pared del fondo. De la calle llegaba un sonido ondulante. En la noche todo quedó en silencio. Solo entonces me di cuenta de la tranquilidad que reinaba en el interior del edificio, en el corredor, en las escaleras, al otro lado de las puertas de los demás apartamentos, como si estuvieran vacíos, aunque todo el edificio se encontraba lleno.

A principios de mayo estaba completamente instalada. Allí, la vida fue recuperando de nuevo su ritmo. Yo vivía como si nada fuera a suceder. Las primeras semanas transcurrieron lentamente, envueltas en calma. Una tarde oí el ruido de unos tacones en el piso de abajo, me asomé cuidadosamente desde arriba: una mujer estrafalaria llegaba con una maleta, hablando casi a gritos por su teléfono. Desde que la vi y la oí, aquella mujer me despertó una aversión irracional. Resultó que vivía en el piso de abajo. Para no encontrármela prefería subir por el ascensor y cuando la sentía cerca desviaba la mirada. ¿Qué era lo que me desagradaba de ella?

No lo sabía. Si me ciño a los hechos, había algo en su físico y en la ropa que usaba que me molestaba. Tenía la frente ancha y el rostro redondo, el pelo rizado y pintado de rubio; su cuerpo era proporcionado y musculoso, medía un poco más de un metro sesenta, y siempre estaba vestida como una jovencita, a pesar de que pasaba los cuarenta años. Llevaba las uñas pintadas de dorado con escarcha, y muchas joyas falsas, sobre todo pulseras y anillos. No podía caminar sin hacer ruido con sus tacones. Algunos vecinos afirmaban que era prostituta, que a veces recibía a algunos clientes en su casa, otros decían que era solo una mujer promiscua que no les cobraba a sus visitantes, antes bien, les pagaba. Lo cierto es que esa mujer me producía aprensión y desconfianza, además de una antipatía que sabía era recíproca.

Una noche me despertó un grito; era un grito de pánico, venía del piso de abajo. Moví las manos para asegurarme de que no era un sueño. Todo estaba en silencio. Transcurrieron un par de minutos y de pronto sonó el timbre de mi puerta, llamaron dos, tres, cuatro veces; primero con cuidado, luego con impaciencia, y al no obtener respuesta, golpearon con el puño. Me paré de la cama, sobresaltada, en medio de la penumbra, y caminé sin hacer ruido hasta la puerta, intenté escuchar algo, pero no se oía nada, me acerqué más y me asomé por la mirilla: afuera estaba ella. Tenía el cutis blanco, no pálido sino blanco, como un papel. Corrí el cerrojo y abrí a medias. Ella me saludó, había ido a pedirme que sacara una cucaracha que estaba dentro de una caja en su habitación.

—Ese animal está allá adentro —dijo sin poder evitarlo.

Su voz tenía tono de disculpa, como si pidiese perdón por lo que estaba haciendo. Yo me negué. Todo aquello resultaba exagerado. Se quedó observándome en silencio y luego bajó. La vi dormir en las gradas, recostada a la reja, hasta que un hombre llegó en la mañana. A partir de entonces traté con más motivo de evitarla.

Los días siguientes llovió mucho, llovió con tanta intensidad como si un nuevo diluvio fuera a inundar la tierra. Las gotas escurrían desde el techo formando una gruesa cortina. Cuando escampaba, para distraerme, solía ir a caminar por los barrios nuevos que no conocía. Caminaba por la calle bajo el sol, sin la intención de ir a un lugar en particular o buscar a alguien. La ciudad había crecido mucho y tenía sectores que se habían ido extendiendo de forma irregular, como un ancho y deforme rombo hacia el oeste. En algunas vías, entre los altos y nuevos edificios, se respiraba un aire realmente urbano. Una tarde, de regreso, anduve por casualidad por la calle donde estaba la casa de don Rafael. Los nuevos dueños habían renovado aquella mansión en un estilo más a la moda, con ventanas de aluminio y faroles de luz blanca. Siguiendo los disparates de la época, habían abierto puertas donde antes había ventanas, algunas destinadas para uso comercial. De un carro estacionado en frente vi bajar a un hombre con unas cajas en la mano; una mujer y una niña salieron de la casa para recibirlo, seguramente su esposa y su hija, y tras ellas, un empleado que corrió a ayudar al señor, a quien reconocí, aunque no pude recordar en ese momento cómo se llamaba. Era uno de los hijos de Marie. No es casualidad que haya olvidado su nombre, puesto que ni siquiera de niña había vuelto a pensar en él, pero lo distinguí y estaba segura de que era él. Se veía joven, a pesar de que tenía las patillas grises y algo de barriga. Iba bien vestido, con el rostro afeitado, dando muestra de esa particular distinción que tiene la gente rica. Los ricos siguen pareciendo ricos, aunque ya no tengan nada. No creo que haya sido su caso: su abuelo murió sin deudas y en cambio le dejó una buena fortuna a su hija, que heredaron sus nietos. Unos minutos después, llegaron otras personas en auto a quienes los anfitriones recibieron con cordialidad. Se los notaba a todos contentos, parecía que se reunían para una fiesta o para la comida del sábado. La niña pequeña, con su vestido blanco de encaje,

escapó corriendo de la casa, y su padre, que salió tras ella, la entró cargada. Más que feliz parecía satisfecho; sin duda, puede que detrás de esa cortina de apariencias que encierra toda vida, lo fuera. Tenía una familia, una posición, pertenecía a un sitio y se sentía seguro y a gusto en él. Recordé cuando éramos niños y sonreí con amargura. Me sentí desamparada y sola. La soledad nos hace sensibles y vulnerables. Imperceptibles fisuras han separado a este par de personas que jugaron juntas en la playa a los cinco años. La vida nos arrastró mucho más lejos de lo que habría podido hacerlo cualquier violenta ola. Aquel hombre lejano ya nada tenía que ver con mi presente, era un extraño que seguramente me vería con desconfianza si me le acercara, y a pesar de todo, un tenue hilo unía a esa persona con mi pasado. Él tuvo más suerte que yo, tuvo más suerte desde pequeño. Era un tipo sin ninguna inquietud intelectual, un hombre más bien práctico, que se preocupaba por los negocios, y para quien no era ningún problema tener familia, amigos y organizar fiestas. ¿Por qué yo no fui así? ¡Maldita sea! Caminé envenenada todo el trayecto, llena de amargura, hasta llegar a casa. No, no quería una vida tan tonta, dije y me creí superior a él. La amargura va cargada de orgullo y soberbia. Después recordé nuevamente mi paseo junto a Marie y sus dos hijos. Aquel hecho, en apariencia insignificante y poco importante, era uno de los pocos recuerdos realmente felices de mi infancia, que me ayudó mucho tiempo, sin darme cuenta, a mantener la fe en la vida.

Uno pasa muchos años sintiéndose solo entre la gente que conoce, hasta que un día se encuentra verdaderamente solo, sin nadie al lado. Entonces se da cuenta de que esa soledad es un castigo. ¿Por qué? Por no haber hecho amigos, por no haber sabido rodearte de otras personas. Al principio aquella soledad y la amplitud del piso en que vivía me agradaban, me hacían sentir protegida, sobre todo los días de lluvia. Pero había momentos en que sentía que las cosas habían perdido su seguridad, y aunque todo seguía en su lugar, era como si hubiera olvidado la manera de relacionarme con ellas y con las personas. No sabía cómo continuar. Entonces volvían las horas demasiado vacías y el aburrimiento, sentía reparo de encontrarme con extraños, tenía miedo de no saber cómo actuar, o qué decir. De un tiempo para acá había pensado que lo mejor era no sentir nada por nadie, pero no es tan sencillo. Estamos obligados, casi condenados a sentir, así sea la ausencia de otros a nuestro lado. Creía que estando sola me iba a sentir libre, pero me sentía sola. La tragedia no es estar solo, sino no querer estarlo. Nadie aprende, nadie enseña a soportar la soledad. Ningún grito de ayuda puede ser más desesperado que el de una persona sola, abandonada a sí misma y a su suerte. ¿A dónde más ir? ¿A quién pedirle compañía? ¿A la mujer de abajo? A veces me escondía durante semanas, como si huyera de la gente, esperaba a que no hubiera nadie en los corredores ni pasillos para ir por la comida, vivía a toda hora con una precaución escalofriante, intentando que nadie me oyera ni notara mi presencia, y un buen día, un impulso nervioso me arrojaba a la calle, entonces me arreglaba y salía a alguna cafetería, al supermercado, a caminar por sitios concurridos. Luego, sin darme cuenta, comencé a espiar a los vecinos. A veces me daba miedo en lo que me estaba convirtiendo. Lo cierto es que tampoco había mucho que ver. La vecina de al frente era una anciana que pocas veces salía y tampoco recibía visitas. El apartamento de arriba era de una rusa que casi nunca estaba en la ciudad. Hubiera podido ir a tocar a la puerta de la anciana y hablar con ella, llevar galletas, tomar café, pero no quería, no me interesaba, de solo pensarlo me sentía más sola. En algunos momentos estaba a punto de perder el juicio. Cuando tenía miedo de volverme loca me ponía a escribir música en pentagramas que yo misma hacía, o hablaba imaginariamente con los muertos, con Esther, con mi padre; a ti, te contaba episodios de mi vida, imaginaba tu risa, tu gravedad, tus respuestas. Tras aquellas charlas solo quedaba un recuerdo oscuro y triste de mi pasado. Me

abandonaba a la soledad como un ahogado se entrega a la asfixia.

Una noche, y casi sin darme cuenta, se me ocurrió buscar la tumba de mi hijo. Ni una vez, desde el día de su muerte, había pensado en ello. ¿Por qué lo hacía? No lo sé, era como buscar la tumba de un pariente lejano del que no recordaba casi nada. Incluso, ahora que volvía a pensarlo, de tantas versiones que me había inventado sobre su muerte, a veces no estaba tan segura de si alguna era verdadera.

Busqué las direcciones de los cementerios en una guía telefónica y me informé del camino por un vendedor de dulces en la calle. Buscaba la sepultura con la esperanza de no encontrarla, solo como pretexto para ocupar el tiempo y la cabeza. Con el paso de los días comencé a sentir cierta aprensión, como si presintiera que al hallarla removería algo turbio en mi corazón. El cementerio era vasto y el terreno, desigual; caminaba por horas, generalmente en las tardes, examinando el nombre y la fecha de las lápidas; de vez en cuando me detenía en alguna inscripción particular o en una fotografía, me distraía imaginando como habría sido aquella vida cuyos rasgos particulares se desleían ahora dentro de una caja de madera. Al final de la tarde, aquellos trayectos me dejaban agotada, en ocasiones me parecían iguales a los paseos de un excursionista que se interna en el bosque para estar solo y no toparse con odiosos transeúntes. De momento, tenía una excusa para salir todas las tardes, a una hora determinada, como otros salían de su casa al trabajo o a la escuela. A veces compraba flores y las dejaba por allí, al azar, a veces también saludaba y hablaba con los gatos que vagaban por los largos corredores sin alterar el blanco silencio del cementerio, y que me recordaban a Lucía. Un día ya no quedó ninguna tumba ni lápida por examinar. Las había visto todas, pensé en comenzar de nuevo, pero estaba demasiado cansada para hacerlo y, sobre todo, me aburría de antemano. De regreso al apartamento, se me ocurrió pensar que tal vez Alonso había enterrado al niño en el cementerio del pueblo donde él había nacido, que estaba a menos de una hora de P. Al día siguiente viajé hasta allí.

Aquel lugar había crecido tanto que ya no era un pueblo, en todo caso, no me resultó difícil encontrar el cementerio, con la mala suerte de que era lunes y estaba cerrado. ¡Qué mierda! Bastante contrariada, comencé a dar vueltas por los alrededores; el cementerio era pequeño y estaba plantado de almendros. De pronto miré a alguien adentro, un anciano sordo que no me oyó bien, pero entendió el gesto que le hice con mi mano por encima de la reja. Cuando estuvo más cerca le grité el apellido de Alonso. Señalando las tumbas, me dejó pasar y me indicó un lugar a la derecha. Al acercarme me pregunté si no me estaba atormentando en vano y me detuve. Miré al cielo; hacía una tarde hermosa, el sol caía radiante sobre los árboles y las hojas; muy cerca zumbaba una abeja junto a una corona de flores dejada en un sepulcro reciente. Tenía miedo de un sentimiento desconocido y sentí que me asfixiaba, como si algo grande, igual a la cabeza de un perro, bregara a salir de mi garganta. Estuve a punto de devolverme, pero mis pies me arrastraron hasta la tumba. Desde la distancia leí su nombre, coincidía con la fecha, más abajo decía: *Allí donde está el dolor, está también lo que lo salva*. *Hölderlin*. *Para mi pequeño niño, en recuerdo de su padre.*

Extrañamente me sentí más aliviada cuando me acerqué. Era un reconfortante sentimiento de liberación estar ahí, frente a esa lápida, como el encuentro de dos desconocidos que por un instante se ven a los ojos y se sonríen. El alma volvió a llenarse de esperanza. Me estuve sin moverme, escuchando por unos segundos el ruido de una excavadora que sonó cerca. Luego miré al lado, donde estaba enterrada la madre de Alonso; me sorprendió ver que había muerto apenas tres años atrás. En su lápida decía: *Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.* Preferí la inscripción de la lápida del niño. Al momento de marcharme sentí pena de no haber llevado

algunas flores.

Aún era de día cuando salí del cementerio, era una de esas tardes de horas lentas y amarillas que preceden a los días festivos. No corría ni un soplo de viento. En el pueblo, algunas parejas jóvenes deambulaban por el parque con sus cigarrillos encendidos. Traté de no pensar más en la visita al cementerio; me sentí cansada, con ganas de dormir y emprendí el camino de regreso a la ciudad. Ya había oscurecido del todo cuando llegué al edificio en que vivía; el ascensor se demoraba, impaciente, decidí subir por las escaleras. De pronto, en el tercer piso, escuché un grito, venía del interior del apartamento de la mujer que no me gustaba, pero no era como el grito de la otra vez, este era un grito ahogado, temeroso, como un sollozo comprimido, y no parecía de un adulto sino de un niño. Ahora, al escribir esto, vuelvo a sentir esa sensación de vértigo que tuve cuando me acerqué a la puerta. Del otro lado se oía también la voz de un hombre que parecía amenazar e intimidar al niño para que no llorara, como si temiera que alguien lo oyera. El pequeño imploraba que lo soltara y lo dejara ir, pero el hombre se negaba, sus amenazas eran tan fuertes que se oían hasta el pasillo. Todo parecía estar pasando en la esquina de la puerta. De pronto sonó un golpe seco contra la pared y todo quedó en silencio. Aquel silencio me estremeció, un temblor frío me corrió por el cuerpo, tuve miedo de que se abriera la puerta y subí a toda prisa, por las escaleras, hasta mi apartamento. Pasé un rato largo espiando, a través de la mirilla de la puerta, pero no ocurrió nada. Aquella escena me dejó muy impresionada, me fui a la cama nerviosa e insatisfecha, envuelta en una sensación oscura y quebradiza. Tuve pesadillas el resto de la noche.

Al otro día, miré varias veces, desde arriba, al piso de abajo. Por la tarde traté de averiguar algo con la vieja que vivía al frente, y con quien pocas veces nos habíamos cruzado. La esperé en el pasillo hasta que llegó.

—¡Pobre niña! —exclamó cuando le conté lo sucedido—. La mujer que la tiene la maltrata y deja que los tipos que la visitan la golpeen y hagan quien sabe Dios qué cosas con ella. La otra noche se escucharon unos gritos horribles, pensamos que eran de la clínica que está detrás del edificio, pero venían de allí, era la niña que gritaba.

Sentí una conmoción jamás vivida al escuchar lo que me contaba.

—¿Y por qué nadie hace nada? —le pregunté.

—¡Quien se va a meter con esa mujer! Es el diablo mismo.

—¿Y la mamá de la niña?

—No se sabe. Algunos dicen que es huérfana, otros que es sobrina de Margot, así se llama esa perra. Es puta —dijo en tono más bajo—, recibe hombres aquí casi todas las noches. Hay uno que viene más seguido, hace como un año que la visita. Ella sacó a la niña del colegio, cuando sale a la calle dice siempre “mi hija”, pero no es hija suya. Se desquita con esa pobre muchachita por todo lo que le ha pasado a ella, no la deja ni asomarse a la puerta. Hemos querido sacarla del edificio, pero no ha habido forma, ningún vecino se atreve a firmar la petición, hacen como si no fuera con ellos, pero la del apartamento de al lado se pasó al piso once.

—No sabía que eso ocurría… No me habría pasado a vivir aquí…

—No la había vuelto a traer, hay semanas que se la lleva a otra parte. Se aprovechan de los niños porque no tienen como defenderse. ¿Usted no tiene hijos?

—No —le respondí.

—A veces es hasta mejor, con tanta cosa que pasa hoy en día. Cuando era joven conocí a una mujer que mató al hijo para vengarse del marido.

—¡Para vengarse! … ¿Cuándo fue eso? —le pregunté.

— Uh… hace ya muchos años. No se supo mucho entonces, aunque salió en las noticias. La gente decía que ella había matado al hijo porque el marido la engañaba con otros hombres.

Mi frente se humedeció de sudor, aunque más violenta fue la reacción del corazón, sentí que me saltaba hasta el cuello.

—Creo que oí algo de eso una vez —dije tratando de contener el aliento.

—Yo la conocí a ella, fuimos hasta amigas un tiempo.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunté.

—Ya no recuerdo… Sonia, me parece.

Seguramente yo estaba pálida; era la primera vez que escuchaba a alguien hablar de lo ocurrido y mencionar mi antiguo nombre, aunque era falso que ella me hubiera conocido y fuéramos amigas. Intenté prudentemente desviar la conversación hacia otros temas, pero ella continuó:

—Un día se llevó al niño y lo mató, después de eso desapareció, poco se volvió a saber de ella. Algunos dicen que la han visto, que vive en Panamá y se metió en negocios sucios. Si volviera a verla seguro no la reconocería.

—Seguramente —le dije—. ¿Y el padre del niño? —le pregunté sin pensarlo, con temblor en los labios.

—De él tampoco se volvió a saber nada, no estaba muy limpio en eso.

Los pensamientos revoloteaban en mi cabeza sin firmeza, pero ya no sentía el corazón palpitar tan violentamente como antes. De pronto sonó el ruido de unos tacones en el piso de abajo.

—¡Véala! —dijo la vieja en voz baja, tocándome con el codo—, esa es la mujer que tiene a la niña.

Disimuladamente la miré desde la reja: con su acostumbrado ruido, Margot buscó unas llaves en el bolso y abrió la puerta, tras la cual despareció tirándola de golpe.

—¡Es terrible lo que pasa! — dijo la vecina—, pero qué vamos a hacer un par de viejas como nosotras, Dios quiera y esa gente se vaya. Hay que pedirle a Dios y rogar por esa niña.

Entré a la casa tan cansada como si hubiera hecho un largo viaje. Aquella conversación y la visita al cementerio ocuparon mis pensamientos durante días. Mis preocupaciones tomaron a la semana siguiente otro cauce; ocurrió que alguien que yo conocía me reconoció de verdad. Fue una tarde, durante un paseo por el centro. Estaba sola, comprando frutas en el supermercado. De repente, al momento de pagar, la cajera me miró con una expresión de asombro; abrió la boca para decir algo, pero solo pudo articular un ahogado balbuceo que me hizo reconocerla: era Hilda. Apreté el paquete que llevaba y le entregué el dinero; ella siguió mirándome sorprendida y me cogió la mano. Cuando alguien se acercó a la caja, soltó mi mano y yo salí de la tienda sin hacer ruido. Afuera empezaba a caer la oscuridad, tuve miedo de mirar atrás y caminé de prisa, tomando otra ruta, hasta la casa.

Al día siguiente me sorprendió cuán indiferente me resultó este hecho. Si la noche antes había pensado en marcharme o en salir a la calle con gafas oscuras y un pañuelo gris en la cabeza, ahora prefería exponerme a tener que esconderme; por supuesto, no ignoraba que si Hilda me había reconocido, existía el riesgo de que otras personas también lo hicieran, pero en el fondo me alegraba de un modo extraño que alguien me hubiera reconocido, eso significaba que a pesar del anonimato de la distancia, que tan rápido desdibuja a las personas, ella no me había olvidado, por lo menos no a Sonia. Por otra parte, sabía que con ella podía contar, que ya no estaría sola.

La tarde del día siguiente pasé a buscarla al supermercado. Ella estaba inclinada sobre la caja registradora, parecía agotada. Al pagar unas mentas le entregué una nota con mi dirección, ella volvió a mirarme con asombro, pero esta vez sonrió. Al salir me invadió una súbita expectación,

como si fuera a ocurrir un hecho extraordinario. Por la noche llegó hasta mi casa; era una noche de lluvia, al entrar miró la sala de frente, aquel espacio que la luz de una lámpara cortaba, trazando una línea con la puerta de la habitación. Luego se desprendió de un paquete en el que me había acomodado algunas frutas y un queso, y me abrazó. Estaba flaca y arrugada, tenía el aspecto de una mujer anémica; por más esfuerzos que hice no pude recordar su rostro de joven, me parecía que siempre había sido así, como la veía. Nos sentamos en el comedor. Yo le pregunté cómo estaba, ella me dijo que bien. El tiempo había acentuado sobre su figura esa sombra de melancolía que tenía desde que la conocí, pero no había logrado borrar del todo ese halo de misterio que encierran algunas mujeres. En la confusión de los primeros minutos, todos esos detalles se me habían escapado. Después me dijo que su madre había muerto y que ella había acabado por someterse a los demás; no sé quiénes eran los demás, pero sabía a lo que se refería. Los gestos que hacía para comunicarse frenaban y oscurecían el ritmo de nuestra charla. Tardé en entender que había tenido una hija que también había muerto. A mí no me guardaba ningún rencor por haberla dejado. Cuando dijo esto lloró, yo ni siquiera recordaba con nitidez la última vez que nos vimos, solo me quedaban imágenes llenas de lagunas, como las de un borracho. Ella, sin embargo, lo recordaba todo e insistía en ello; yo me resistía a creer que la había sacado de la casa. Después le pregunté por su madre, ella volvió a hablarme en señas de su muerte.

Durante la visita ella fue más indulgente conmigo. No había sido necesario que en el abrazo de bienvenida yo la hubiera estrechado y rechazado a la vez, como diciéndole: “No me preguntes nada”, porque ella no había ido esperando una confesión, ni estaba interesada en saber las razones de mi desaparición o a dónde me había marchado, y no era que Hilda hiciera esfuerzos por evitar toda alusión al tiempo que no nos habíamos visto, sino que era como si ese tiempo no existiera, como si no nos hubiéramos dejado de ver, y el episodio de la separación hubiera ocurrido quince días antes. En algún momento creí que no estaba en sus cabales, pero no era así, era solo que su tiempo conmigo era otro.

—Esteban, mi hijo, murió —le dije.

Ella se llevó las manos a la boca en una expresión de asombro sincero, y luego me sujetó de la muñeca, como si un dolor profundo la atravesara. Estuvimos así un buen rato. Hilda lloraba con ese ahogo propio de los mudos. En ese dolor también había algo de indiferente, era el dolor de alguien que sabe lo vanas que resultan las lágrimas cuando se enfrentan con la realidad. Después se secó los ojos y me habló de ella; me contó que vivía con una perra y dos gatos. La perra se llamaba Nonu, la había recogido de la calle una tarde de lluvia; a los gatos los había rescatado de una casa donde los tenían enjaulados, muriendo de hambre. Les había puesto Eneas y Benetín, por la caricatura. El día en que había ido por ellos un perro pitbull la había atacado, le mordió la pierna y el brazo; en el seguro médico le recetaron acetaminofén y la despacharon diciéndole que las heridas no eran graves ni urgentes; sin embargo, estuvo a punto de perder la pierna.

—¿Puedes caminar bien?

—Está rígida. A veces me duele. No importa.

Sí, no importaba. Ella también se había acostumbrado a eso y a lo que vino más adelante. Cuando se hizo tarde, Hilda se levantó de la silla con un gesto de cansancio; tenía que volver a su casa. Dio unos pasos largos por la habitación y se asomó a la ventana; afuera, en la calle, la lluvia había cesado. Apoyada de espaldas en el quicio de la ventana me pareció más flaca y alta, mucho más alta que yo. Al llegar a la puerta lloró y me abrazó, dijo que estaba feliz de volver a verme, yo corrí hasta la habitación y busqué un par de zarcillos de oro entre las joyas de Esther;

no quería que se fuera con las manos vacías. Después la acompañé hasta la estación de buses sin hablar, y seguí con la mirada el bus en el que subió; de lejos parecía un pequeño juguete.

Al volver a la casa me sentí contrariada y contenta a la vez, hacía mucho no me embargaba ese sentimiento. Habría podido permanecer horas enteras junto a Hilda, sin reparar en el tiempo y, sin embargo, durante su visita, a medida que su presencia se había ido haciendo más cercana, más familiar, experimenté cierta resistencia, cierta sensación de encontrarme con una vieja adversaria. Apagué las luces de la sala y me asomé por la ventana. Afuera todo estaba en silencio y despejado. Al quitarme vi mi reflejo en el cristal, que la noche había convertido en espejo, permanecí inmóvil, con los ojos abiertos y los brazos caídos, mirando con cautela: en el reflejo ya no advertí a Antonia sino a Sonia. Fue como si cayera en un viejo recuerdo que el tiempo había convertido en un triste y extraño secreto. Hacía muchos años que me había habituado a la vida de Antonia, y yo sabía que podía seguir viviendo así hasta el final de mis días, aunque esa vida también fuera por momentos inauténtica y no tuviera ninguna meta. En todo caso, no dejaba de sorprenderme que en la vieja de hoy alguien hubiera podido reconocer a la muchacha que yo misma casi no recordaba, y en la cual tampoco me reconocía. Tal vez no fueran más que pretextos que me daba a mí misma, pero desde esa noche y cada vez que estaba con Hilda, volvía de nuevo a ser Sonia. Ese sentimiento me trasformó de un modo inconsciente, y no fue lo único, muchos otros recuerdos, sobre todo de mi padre, salieron a flote.

Se había vuelto típico de Hilda, cuando iba a la casa, sentarse junto a la radio; le gustaba oír noticias. Entonces no me miraba, permanecía con la cabeza ligeramente inclinada hacia la radio, escuchando de una forma peculiar, como distraída. Ese gesto me recordaba a mi padre; ella lo había heredado de él. Una tarde fui yo a visitarla; vivía en un barrio muy pobre, atravesado por un canal maloliente, en un tugurio donde alquilaban habitaciones. La suya quedaba en el segundo piso. Una estrecha escalera de madera llevaba a su puerta; aquel pequeño cuarto ordenado y aseado era como un altar en medio de la mugre; al oírnos entrar, Nonu saltó desde una silla dando brincos y ladridos, los gatos levantaron la cabeza; me dijo que no los dejaba salir por miedo a que los vecinos los envenenaran.

—La gente por aquí es mala, no le gustan los animales.

Hilda todavía conservaba unas cosas de Manuel que su madre no había vendido ni tirado, y que me dio gusto encontrar: un reloj de bolsillo, un par de lámparas de escritorio, unas acuarelas enmohecidas debajo de un marco dorado, un saco de lana, incluso unos cuadernos con notas y composiciones musicales. No creí que todavía existieran. También tenía una pequeña fotografía de Esteban en un portarretrato dorado, pegada junto a otra de una niña pálida y larga como un cirio, de aproximadamente cuatro años de edad, seguramente su hija. En el retrato, Esteban llevaba un sombrero de lana rojo, adornado con un par de cuernos cafés, parecido a los que se usan en Navidad. Tenía la mirada tierna y la boca cerrada, muy serio. Yo no recordaba ese gorro ni esa escena. El portarretrato estaba sobre una consola de nogal que también había pertenecido a mi padre. Hilda me ofreció la fotografía; acepté que me la prestara para sacarle una copia y llevarla hasta el cementerio.

Quedamos en ir a la tumba de Esteban el domingo. Aquella mañana Hilda llevaba una de sus habituales faldas oscuras y largas que le daban el aspecto falso de beata. Durante el camino me contó entre señas y sonidos que había asistido por más de un año a una iglesia evangélica, quizá para no estar tan sola; también me contó que había estado recluida en un sanatorio para enfermos mentales a donde la habían ingresado unos amigos de su madre para quitarle lo poco que había heredado. Un hermano de la iglesia, que trabajaba como voluntario en el asilo, la había ayudado

a salir. Yo llevaba la fotografía de mi hijo dentro de la cartera; era una fotografía pequeña, de diez centímetros. Al llegar a la tumba logré meterla por debajo del vidrio que protegía la loza de mármol donde estaba grabado su nombre. La fotografía quedó volteada por el reverso. Hilda encendió una veladora en el suelo y tocó varias veces el vidrio como si llamara a una puerta.

Al llegar a la ciudad nuestras mentes estaban en otros asuntos; tras un tramo, desviamos el camino, vivíamos cada una en un sitio distinto. —Debo comprar un bombillo para el baño—me dije en la mente, y de pronto sonreí. Era una sensación extraña; sí, de pronto iba al supermercado o regresaba a la casa y me sentía tranquila, de pronto la realidad era otra, de pronto me daba cuenta de que lo que antes me atormentaba o imaginaba que me podía desbaratar, hoy ya no formaba parte de mi vida. Esa noche me juré no volver jamás a ningún cementerio. Pero no solo los muertos habían perdido esa fuerza sobre el presente, también los vivos. Una tarde vi a Alonso salir de un banco; pasó por mi lado como delante de una extraña, él no era un extraño para mí, pero ni siquiera me inmuté cuando lo vi, ni un solo temblor, ni una pizca de dolor o de arrebato, ningún escalofrío o ahogo que me dejara sin respiración; no sentí curiosidad por saber a qué se dedicaba o si vivía con alguien, no me importó si estaba bien o mal, ni tampoco le deseé nada, solo lo dejé pasar. Sonreí. “Qué tonta he sido” —pensé—, ¿por eso sufrí tanto? Es como si una venda cayera de los ojos y uno viera realmente al otro, realmente, como nunca lo había podido ver antes. Entonces lo ves pequeño, como es, pero no importa nada, incluso podía enviarle unos chocolates, esta vez sin veneno, porque ya no me hacía daño; pero no, no era necesario, él ya no importaba nada.

Seguí de largo, ni por un solo momento tuve el deseo de dar media vuelta o volver sobre mis pasos para verlo de nuevo. En los más de veinticinco años que llevaba lejos de T, el recuerdo de Alonso se había tornado cada vez más borroso; en los últimos años, cuando pensaba en él, no era su imagen sino la de la oscura habitación junto al cuerpo del niño lo primero que imaginaba. Tal vez él también estaría irreconocible —había pensado—, de pronto alguna vez nos hemos topado por alguna calle sin darnos cuenta. No había cambiado mucho, solo estaba más flaco, con canas a los lados y algunas arrugas en la frente, vestido como de costumbre. Jamás hubiera podido creer lo tranquila que me sentí cuando lo vi, lo calmado que estuvo mi corazón. ¿Que había sido? El tiempo. Dirás que no es una razón suficiente, pero el tiempo lo pone todo en su sitio. Me sentí satisfecha por esa sensación de calma, satisfecha y reconciliada con mi vida y con el mundo. Tal vez Esther se refería a esto cuando hablaba de la religiosidad. Después de unos pasos intenté caminar más a prisa, como si temiera que la calma que experimentaba fuera a disiparse, pero no, no había nada que temer.

Las semanas pasaron. Los días amenazaban con lluvia, las mañanas amanecían opacas, cargadas de nubes, pero no llovía. A veces, cuando no tenía nada más en que pensar, pensaba en Lucía, pero no como si estuviera muerta, sino como si hubiera desaparecido, o se la hubiera tragado la tierra de un modo distinto a como se traga a los muertos. También pensaba en Adrián, aunque menos; en la lejanía comprendía por fin su desesperanza y su amargura, lo imaginaba siempre pálido y taciturno, atrapado entre esas montañas que lo habían vuelto más melancólico; la imagen de Esther, por el contrario, permanecía fija y duradera, algo de ella continuaba vivo en la presencia de Hilda.

Había momentos en que ya no me embargaba la impaciencia; algunos días incluso soportaba estar sola, me ocupaba de esos pequeños asuntos que componen la realidad más inmediata como ir al banco a pagar una factura o regar las matas por la noche. Me sentía tranquila. Aquello fue pasando sin que me lo propusiera. No lo había decidido. Lo que sucedió es que con el paso de las

semanas me encontré viviendo de una manera distinta a la de antes, y me gustaba estar así, aun cuando sabía que los momentos de soledad y de duda volverían, y luego otra vez la calma. Quizá fuese ese el motivo de que tolerase seguir viviendo en P. No busqué trabajo, por supuesto que llegaría el día en que el dinero se acabaría, pero no me importaba, viviría así hasta que pudiera, después…el tiempo o las circunstancias lo dirían. Tampoco pensaba en el futuro, no me extrañaba ser incapaz de imaginarme cómo sería mi vida en cinco o diez años. Me veía a mí misma, es cierto, sola en alguna habitación, pero no sentía ninguna ansiosa curiosidad por ir más allá de esa imagen, tal vez porque tenía poca confianza en el porvenir, y porque intuía que tanto ahora como en el futuro las cosas estarían como tenían que estar y no iban a ser de otra manera.

1

Pasé las dos semanas siguientes sin ver a Hilda; apenas si salía de la casa. Para distraerme me dediqué a transcribir los cuadernos de Manuel. Volví a repasar los estudios que él hizo sobre Hildelgarda von Vingen, que creí que había arrojado a la basura. Se trataba de un bosquejo de las obras musicales de la abadesa benedictina, en el que después de dar muchas vueltas sostenía que la música era el lenguaje más acertado para decir lo que por otro medio seria indecible, su encuentro con Dios, por lo que los sonidos eran más fieles a la hora de tratar de comunicar esta experiencia que las palabras. Seguramente, en su intento de comprender el verdadero sentido de la música a través de la obra de la santa, Manuel se estaba acercando, sin que él pudiera explicárselo aún, a una comprensión de lo sagrado y junto a esta, a la justa medida de lo humano. Fue entonces cuando interrumpió su interés por Hildelgarda.

También encontré algunas composiciones musicales y unas cuantas cartas, dirigidas en su mayoría a mujeres; ninguna a Hilda, ni a mi madre. Me sorprendió hallar una fotografía de esta última. Esa mujer de mirada baja, que no alcanzó a sentir el peso del tiempo sobre su cuerpo porque murió veinte años más joven de los que tengo yo ahora, seguramente habría querido evitar para su hija las traiciones del deseo y los abismos del azar que marcaron su corto paso por el mundo. No obstante, en medio del paisaje cerrado de su rostro en esta imagen, alcanza a verse la sombra de una sonrisa.

—Mira lo que trajiste al mundo —le dije y sonreí.

Cuando terminé de transcribir los cuadernos de Manuel, decidí contarle la verdad a Hilda sobre Esteban. La llamé y le pedí que pasara por la casa, con el pretexto de devolverle los cuadernos. Tan pronto entró en la sala, comencé a hablar sin ningún preámbulo; la aprensión que había sentido mientras la esperaba, se fue desvaneciendo al oír mi propia voz.

—Apenas regresé aquí, a P, comencé a tener un sueño. He seguido soñando lo mismo, como si volviera a ver el mismo capítulo de una serie, que apenas cambiaba en pequeños detalles —empecé.

Aquel sueño no existía. Hilda se sentó en el sillón junto a la ventana, agudizó el oído, como si sintiera una curiosidad intensa por oír mi relato.

—Es de noche. Vivo en este mismo apartamento, pero es en el primer piso, no hay gradas ni ascensor, solo la puerta que da a un pasillo, que lleva hacia la calle. De pronto alguien llama a la puerta. Me asomo y está oscuro, pero alcanzo a distinguir la figura de un hombre; es un muchacho alto, joven, de unos 20 o 22 años. Es delgado, de pelo rubio y liso, blanco; está bien vestido, lleva una chaqueta *beige* de dril y unos pantalones ajustados. Me dice que ha venido de muy lejos, de París, está buscando la casa donde vivió de niño junto a su madre, y me pide que le ayude a buscarla porque no conoce la ciudad. Sin vacilar, salgo del apartamento y subo a un auto que en el sueño es mío, el joven sube a mi lado y comenzamos a recorrer las calles de P; mientras el auto avanza, yo empiezo a sospechar quién es el muchacho, sé a qué ha venido, por qué me ha buscado a mí. “Yo sé cuál es la casa”, le digo y lo llevó al lugar donde viví con Esteban y Alonso. Nunca he vuelto a pasar por allí, a pesar de que recuerdo perfectamente en dónde queda. Cuando llegamos, en el sueño, el edificio está casi en ruinas y parece ocupado por inmigrantes pobres. Detengo el auto, el joven me pregunta si esa es la casa, yo bajo la mirada y le respondo que sí con la cabeza, sin atreverme a mirarlo, entonces él baja del auto, se acerca al edificio, abre la puerta y desaparece. Yo espero varios minutos a que salga; sé que son varios, aunque el tiempo en los sueños es otro, pero él no sale, me lleno de angustia e impaciencia y bajo a buscarlo, atravieso la calle, abro la puerta y entro en el edificio. Adentro está más derruido que

afuera, subo las escaleras y llamo en cada piso, siempre sale alguien y me dice que no, que no ha visto a nadie, me despachan entre gritos e insultos. Regreso al auto con la esperanza de que haya vuelto mientras yo estaba fuera, pero no, no está, vuelvo a entrar al edificio, subo corriendo las escaleras y vuelvo a llamar al piso donde vivía. Sale de nuevo un tipo gordo y mal encarado, sin camisa.

—Disculpe —le digo…

—No, aquí no ha venido nadie —y me tira la puerta.

Bajo al patio y comienzo a llamarlo.

—Esteban, Esteban… ¿dónde estás? Baja. Estoy acá, abajo… Esteban.

De pronto me doy cuenta en el sueño de que él no es un fantasma que ha vuelto para recriminarme, como al principio pensé, sino que está vivo. Me alegra saber que está vivo, que ha sobrevivido y se ha convertido en un hombre lejos de mí, me siento aliviada de saber que no lo maté. Quiero hablar con él y vuelvo a llamarlo, pero no contesta, luego despierto.

—Maté a mi hijo —le dije cuando terminé—. Esteban no murió, yo lo maté, lo ahogué porque no quería tenerlo.

Hilda no se inmutó, miró por la ventana, hacia la calle, perpleja, desorientada. Pensé que no me había escuchado, o no me había entendido.

—Esas cosas pasan —señaló, por fin, después de un largo silencio.

Experimenté una calma infinita. —Bueno, pues sí, esas cosas pasan —me dije, y como si hubiéramos estado hablando del clima o del precio de la factura del agua, le ofrecí un té que ella aceptó. Nos tomamos el té sin decir nada, sin hacer ningún gesto, tranquilas. Un instante después, Hilda miró el reloj y, como era su costumbre, dijo que ya era tarde y debía marcharse.

—Lo del sueño tampoco era cierto… es así como lo imagino… lo hice para poder contarte.

—Gracias —me dijo y me abrazó.

Ella sabe que los seres humanos están dispuestos y han sido capaces de todo, hasta de los crímenes más atroces. “Yo también he aprendido eso”, me dije mientras veía desde la ventana la figura de Hilda perderse tras una esquina. El tiempo más que la razón me ha enseñado que nada es verdaderamente insólito o inaceptable.

2

Me dolía la cabeza. No pude dormir. Un leve sobresalto me produjo escalofrío. No quería recordar la conversación que había tenido con Hilda. Al día siguiente fui hasta su casa; era domingo, me sentía intranquila, mientras caminaba no me planteaba concretamente ninguna pregunta, pero sabía que quería preguntarle algo. Al llegar le propuse que saliéramos a dar un paseo con Nonu, la perra, hasta el parque; ella aceptó a regañadientes. Tan pronto Hilda cogió el collar y la llamó con un sonido, la perra se lanzó hacia la puerta y la arañó con sus patas, tan fuerte que parecía que iba a romperla. Hilda la regañó y le pegó en el hocico.

—¡Quieres que nos echen, ¡ah!

La perra bajó las orejas y se contrajo, asustada, pero una vez en la calle se le olvidó el castigo y comenzó a tirar de la correa, corriendo y olfateando el suelo, moviendo la cabeza y la cola de un lado para otro.

Cuando regresamos, Hilda se puso a cocinar arroz. Yo me senté en el comedor y comencé a jugar con un salero plástico que estaba sobre la mesa.

—¿Sigues pensando en lo del sueño? —me preguntó.

—No —le dije—. Aunque pasé una mala noche; no pude dormir bien.

—Ahora te preparo una leche con manzana; es buena para dormir. Voy a hacer bastante para

que lleves.

—Gracias —le dije y me puse a observarla—. Por primera vez desde que había vuelto a verla sentía que ella era más fuerte que yo, incluso más fuerte que las circunstancias.

—¿Piensas que soy una mujer mala? —le pregunté de repente.

Levantó la cabeza y me miró, seguramente me notó insegura.

—¿Mala?

—Sí, mala —insistí, en tono apremiante, incapaz de decir otra cosa.

—No, ¿por qué?

—Solo pregunto.

—No, tú no eres mala —respondió ella con vehemencia.

—¿Cómo soy yo?

—¿Cómo eres?…

—Sí, necesito saber cómo soy. Quien soy…

El lunes por la mañana salí a vender un par de joyas para pagar el arriendo del piso. Mientras caminaba pensaba que tenía que hacer algo con mi vida; di vueltas por el centro de la ciudad, por las calles, inquieta. “Hay que aguantarse, hay que aguantar la vida”, me repetía las palabras que me había dicho tantas veces Manuel, con esa lucidez propia de la borrachera. Al regresar al edificio me topé con un hombre en el ascensor. Estaría cerca de los cuarenta años. Sus rasgos, muy varoniles, trasmitían fuerza y energía, pero también aspereza. Era alto, tenía el pelo y el bigote negros, los labios inflexibles y gruesos. Estaba vestido de un modo ordinario, pero me gustó, yo sonreí y de inmediato agaché la cabeza; él me observó muy serio, como si mirara un objeto cualquiera detrás de la vitrina de una tienda. Olía a humo de cigarrillo y a loción. Se bajó en el tercer piso. Al momento de salir, se me acercó imperceptiblemente y alcanzó a rozarme el brazo con sus dedos. No supe qué hacer, me sentí avergonzada y volví a bajar la cabeza; estaba tan confusa como una adolescente. Durante los siguientes días pensé mucho en él; recordaba su rostro, sus gestos en el ascensor, volví a imaginarme hablando y riendo junto a un hombre. Al principio, aquella atracción me espantaba; aún no sabía que llegaríamos, un poco por mi cuenta y otro también llevada por las circunstancias, a una intimidad de víctima y verdugo. De momento, aquel extraño despertaba mi interés y curiosidad. Dos semanas después volví a verlo, pero no fue como yo lo había imaginado. En el intervalo entre estos dos encuentros pasaron muchas cosas.

La noche siguiente, muy temprano, antes de las ocho, unos gritos sacudieron todo el edificio. Margot, la mujer del piso de abajo, gritaba y pataleaba agarrada a la reja de las escaleras.

—Eso, pégame, ¡mátame si quieres!… —gritaba la mujer—. Te voy a denunciar, yo sé que por vos está ofreciendo plata la policía, si me dejas viva, mañana voy y te denuncio… te juro que te denuncio, así que mátame —y luego chillaba por los golpes—.

Agucé el oído y me asomé asustada a la puerta; un hombre grande la arrastró hacia el interior del piso y la encerró. Los gritos y los golpes se intensificaron, parecía como si le golpearan la cabeza contra la pared. Yo escuchaba, con los ojos abiertos, pegada del suelo; sentía el peligro. El resto del edificio estaba en total silencio, como si se encontrara vacío. Se hizo una pausa, y luego otra vez los gritos, hasta que finalmente cesaron, después de llegar al límite, más allá del cual no se podían prolongar. ¿Estará muerta? Contuve el aliento y pensé: “Y si ese hombre sube…”. De pronto me vino a la cabeza la imagen del tipo del ascensor. “No, él no puede ser”, me dije. En el pasillo de abajo se oyeron pasos que luego bajaron por la escalera, me lancé a la ventana y miré a la calle, pero no pude distinguir el rostro del hombre que se alejaba lentamente.

Entonces pensé que, si fuera él, el hombre del ascensor, quien acababa de darle la paliza a esa

mujer no estaba tan mal, no era tan terrible, eso lo volvía más atractivo. Dejé de sentir miedo, ya no me temblaron las manos. Aquel pensamiento tenía algo de pervertido, pero no era la primera vez que un hombre me arrastraba, aunque fuera en mis pensamientos, al odio o a la perversión.

Por la mañana alguien llamó a mi puerta. Al abrir, era ella, Margot; llevaba un pañuelo a cuadros en la cabeza y gafas oscuras, tenía la boca rota.

—¿Tiene alguna pastilla para el dolor de cabeza?… o dos mil pesos… Me está matando el dolor de cabeza y no tengo nada en la casa. Ya llamé en los pisos de abajo, pero no abrió nadie. Ahora que salga a cobrar y me paguen se los devuelvo.

Hablaba sin saber qué hacer con las manos. Además de magullada, estaba borracha o drogada. Olía a vómito y a sangre. Sentí repugnancia, como ante una herida abierta.

—¿Quién le hizo eso? —le pregunté.

—¿Qué? —me respondió sin inmutarse.

—Eso —le dije señalando su cara.

—Nadie, no tengo nada, solo me duele la cabeza.

—Fue él, el tipo que salió anoche…

—¿De qué me está hablando? Usted no sabe nada.

Busqué un par de billetes y se los di. Ella los guardó y dio la vuelta sin decir nada.

—¿Por qué no lo deja? —le pregunté, cuando comenzaba a bajar las escaleras.

Ella se detuvo.

—Aunque hubiera matado a mis padres no lo dejaría, yo amo a ese hombre. Lo sé, no me mire así, amo a un lobo. No me importa lo que haga conmigo.

Me quedé callada, sin saber qué decir. Ella se me acercó, apretaba los billetes fuertemente con la mano, ansiosa; y cambiando de tono, con la voz entrecortada, dijo:

—Yo lo quiero así, solo lo tengo a él, no quiero estar sola, tampoco quiero estar con otro, solo con él, no me importa lo que él me haga.

Cuán vulgar y ordinaria resultaba, y al mismo tiempo cuán triste y conmovedora. Sentí desprecio por ella, pero también rabia conmigo misma. Cuando iba bajando por las escaleras, Margot volteó por última vez y me dijo:

—A todas nos gustan.

—¿Qué? —le pregunté.

—Los hombres malos —me contestó y sonrió cínicamente, como si sintiera una grosera satisfacción, y desapareció escaleras abajo, haciendo ruido con sus tacones. Una punzada amarga me atravesó el pecho. No sabía explicar muy bien mis sentimientos. Me encerré en la habitación y pensé muchas cosas, pensé que yo también sería capaz de sentir y hacer lo mismo que ella por ese hombre. Aquel pensamiento no me escandalizó, pero me rebajó. Yo también lo dejaría todo por él, dejaría que me golpeara, que golpeara a otros, que gritara, que se fuera por días. Me di cuenta de que no me importaba nada porque tampoco tenía nada que perder. Yo también eran tan baja como ella, como esa mujer ordinaria a la que repudiaba y criticaba, y en cierto punto, muchas otras mujeres también lo eran. Sentí rabia; asco y rabia, mucha rabia; una contradicción dentro de mí. Volví a pensar en ese hombre, en lo que estaría dispuesta a hacer por él. “¡Ya basta!”, me dije y me di una bofetada, pero no pude concentrarme en otra cosa. Después pensé que un hombre así jamás se fijaría en mí. Aquella idea me atormentó hasta la locura. Se me ocurrió comprar ropa nueva, arreglarme de otra manera, incluso tinturarme el pelo de rojo y volver a poner rubor en las mejillas y brillo rosa en los labios. No hice nada de eso, renuncié a aquel alocado empeño antes de empezarlo, pero me sorprendía el poder que ese extraño ejercía

sobre mí; nunca había vuelto a titubear tanto por un hombre desde que estuve con Alonso. Ahora que lo comprendía, ya no tenía calma.

Para distraerme fui en la tarde a visitar a Hilda. Resultó que no estaba en la casa. Yo no quería regresar al edificio y decidí no volver hasta la noche; para hacer tiempo, bajé a dar una vuelta por un parque abandonado, que las vacas habían convertido en pradera. Dos hombres, manchados de grasa, limpiaban el carburador de un carro varado junto a la vía. Para evitar sus miradas me adentré por un pequeño bosque, solitario a esa hora del día; a pesar de que era un espacio reducido, había rincones de humedad y de sombra en medio de una centena de árboles grandes y pequeños arbustos. Las hojas resonaban bajo mis pasos. De repente, bien visible al linde del bosque, un hombre dio un salto, subiéndose los pantalones, y se alejó por un risco; tenía la apariencia de un habitante de la calle, ataviado de un modo inusual, con un saco roto de cuero negro. En algún momento giró para ver si alguien lo seguía, ladeó la cabeza y me miró con ceño: su rostro era igual al de Manuel. Al parecer, los fantasmas también visitan el mundo de día. Tal vez no se trataba más que de un asombroso parecido. Sentí un súbito desasosiego, tuve que esforzarme para no llamarlo; con el rostro paralizado vi alejarse a ese hombre que después de pedirle mucho a la vida se conformó sin preocuparse de lo que vino después. Tan pronto pasó la conmoción, decidí esperar allí por si volvía a aparecer; quería verlo de nuevo. A medida que se acercaba la noche, el pequeño bosque comenzó a animarse, parecía mucho más grande y ancho. Estaba oscuro y el viento frío amenazaba con tormenta. Era hora de marcharse. Media hora después, en la pastelería de la esquina, donde tantas veces nos habíamos reunido con Alonso, pasé revista a los incidentes del día. Afuera comenzaron la lluvia y los truenos; a mi lado, personas despreocupadas, sentadas sobre las mesas, zumbaban como abejas en un continuo murmullo. Ya no estaba de ánimo para ir donde Hilda y volví a la casa.

En el edificio no había electricidad, la planta eléctrica tampoco funcionaba y el ascensor estaba parado; subí por las escaleras. Había llegado al tercer piso cuando, en medio de la oscuridad, una sombra al fondo de la pared del angosto corredor me hizo detener en seco. Era una niña. Al ver que me acercaba se apretó contra el muro, como si no quisiera que la mirara; estaba mojada y tiritaba, con las manos juntas, pegadas a la boca.

—No te asustes… ¿qué te pasa? —le pregunté.

No me miró, tenía la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo.

—¿Qué te pasa? —le volví a preguntar.

La niña comenzó a estremecerse entre lloros entrecortados; conteniéndose, hacía un gesto con las manos para que me fuera, como si me rogara que no hablara y la dejara sola. Me acerqué más y me agaché; ella comenzó a golpearme y luego me abrazó con desesperación.

—Ya, tranquila —le dije, y me incliné para verla. Ella me miró con sus grandes ojos grises y húmedos, sin decir nada.

Conservo un recuerdo imborrable de su cara. Estaba asustada, y no como se asustan los niños cuando alguien los castiga o los regaña: estaba asustada de otra forma, horrorizada, como si la hubieran martirizado mucho.

De pronto se oyó un grito implacable que salió del apartamento de Margot; era el grito de un hombre que llamaba a la niña. Era el hombre del ascensor; nunca había escuchado su voz, pero yo sabía que era él. Ella tembló como una hoja; se le doblaban las piernas, quiso decirme algo, pero se ahogó, parecía que se le iban a salir los ojos del susto. Tuve miedo y me aparté. Un dolor turbio me removió en el corazón, como una arteria rota. Los gritos se acercaban y subí corriendo hasta mi apartamento; al entrar, me quedé paralizada, un grito agudo y sordo llegó desde el piso

de abajo. Recordé la escena de la otra noche, junto a la puerta; no comprendía cómo me había olvidado del niño que suplicaba y lloraba, seguramente era ella. Sentí rabia, miedo y mucha impotencia, como las que había visto en sus ojos. Una música estridente comenzó a sonar; aquel tipo la había encendido seguramente para disimular los gritos. Cuando por un instante el ruido de la música se detuvo, volví a sentir una punzada amarga en el pecho; la inquietud volvió a apoderarse de mí. La música sonó de nuevo y siguió hasta la madrugada. Muchas cosas pasaron por mi cabeza esa noche, solo una supe muy bien: que nunca había sentido lo que sentí cuando dejé a esa niña sola, y eso nunca lo olvidaría.

Al otro día, cuando salí de la casa, me estremecí de miedo, me asustó el silencio. Al atravesar la calle vi a Margot acercarse, yo ni siquiera había pensado en buscarla o hablarle, y Dios sabe por qué me la encontré a esa hora. Entre otras cosas, me remordía la conciencia por no haber hecho nada la noche antes. Se me ocurrió primero saludarla con el pretexto de recordarle el dinero que me debía, pero luego cambié de parecer y sin más, la abordé:

—La niña —le dije.

—¿Qué niña? ¿De qué me habla? —me respondió con molestia.

—La que vive con usted.

—¡Qué hizo esa tonta!

—Anoche estaba sola, temblando en el pasillo, llorando.

—No crea en lágrimas de mujeres, seguro estaba jugando —refunfuñó y continuó por el andén.

—No, no estaba jugando, estaba asustada, la habían golpeado, estaba llorando.

—¡Nadie le pega a mi hija! —exclamó—. Usted inventa cosas. La gente que tiene los labios delgados y largos como usted es traicionera. Mi madre tiene la boca así.

—Yo escuché cuando ese hombre la gritó… el que vive con usted.

—No vivo con ningún hombre, tengo un amigo que me visita. Ya sé lo que usted quiere saber, tantas vueltas para preguntar eso. ¿Quiere saber si soy puta?, ¿por qué meto tipos cada noche a mi casa? Pues no, no lo soy, dicen que soy puta pero no, yo no cobro, o sí, soy puta porque me gusta. Si usted está interesada en hacerle a eso tendrá que preguntarle a otra. Además, usted ya sabe que tengo novio y ya le dije lo que pienso de él.

Aquella imprudencia bordeaba la estupidez.

—No me interesa ser puta. Le pregunté por su hija —dije secamente.

—Usted es una loca —vociferó con dureza—. Dígame qué es lo que quiere. ¿Acaso le debo algo? ¿Le debo algo? —dijo en un tono desafiante, hostil.

—Es una niña…

—Ya no es una niña, hace rato que es una mujer, sabe más cosas que usted —dijo.

—¿A qué se refiere? —le pregunté y sentí miedo de su respuesta.

Ella sonrió con maldad, con la misma grosera satisfacción de la otra vez, y siguió de largo.

—Tenga cuidado —le dije.

Ella siguió y me hizo un gesto obsceno con la mano, sin mirar atrás.

—¡Llame a la policía si quiere! —gritó desde la esquina y entró en el edificio.

Sentí rencor y asco hacia aquella mujer, ardía en una rabia tremenda. La maldije una y otra vez. ¿Cómo podía haberme comparado con ella, con esa mujer cínica y cobarde? No, nunca seríamos iguales, yo no dejaría que ese hombre le hiciera nada a una niña… ¿o sí?… ¿No había hecho yo algo peor en el pasado? Entonces se me cruzaron por la mente miles de preguntas, escaparon de pronto todos los reproches. El castigo, Lucía, nos llega siempre fuera de tiempo; el castigo y la culpa. Me sentí culpable, incluso mil veces más ruin que esa mujer, más infame que ese hombre;

no pude caminar más y regresé a la casa. ¿No había hecho yo algo peor en el pasado?, ¿no había matado a mi propio hijo?, ¿con qué moral condenaba a ese hombre por las aberraciones que, yo suponía, le hacía a la niña? Entre las paredes del apartamento volví a sentirme perdida; la incertidumbre y la duda se imponían por todas partes. Un agudo dolor me subió desde la médula hasta la cabeza; sentí las arterias tensionadas, a punto de estallar.

Por la tarde esperé a que llegara la vecina de al lado. Me sentía intranquila y tenía fiebre. Cuando la vi entrar, le conté lo que había ocurrido en la noche.

—¡Cómo se dañó este edificio! Yo no escuché nada, tomo unas pastillas para dormir que me dopan hasta el otro día. ¿Y dónde estaba la niña? ¡Pobre criatura!

—En el corredor. Luego la llamó ese hombre.

—Ese tipo es peligroso, dicen que es narcotraficante.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Quién va a saber, mija. Nunca le he escuchado el nombre y hasta mejor no saberlo, esa gente tiene un cementerio encima —dijo en voz baja, algo sobrecogida.

—¿Un cementerio? —pregunté impaciente, sin comprender.

—De la gente que ha matado —dijo, con cierta indecisión rara—. Una vez una señora llamó a la policía, los policías nunca vinieron, como siempre, pero ese tipo se buscó la manera de saber quién había sido. La señora se tuvo que ir del edificio. Es capaz de matarla.

—¿Y ella?… Margot.

—Esa mujer es mala. ¡Quién sabe cuántas cosas permitirá que ese hombre le haga a la niña en presencia suya!

Fruncí el ceño.

—¿No sé qué hacer? —balbuceé para mis adentros —. Anoche nadie salió, ni nadie dijo nada. ¿No viven hombres aquí?

—Hay un señor en el piso de arriba, pero también es mayor. Los vecinos no se meten en eso. Nadie quiere meterse en problemas. Yo estoy esperando que mi hija venga de Estados Unidos para irme con ella.

—Es lo mejor —le dije, y olvidándome de despedirme, apuré a entrar en el apartamento, sin aguardar nada.

Algo había vuelto a comenzar, lo sabía, no con el pensamiento sino con el corazón. Me sentía embargada por una terrible inquietud, por una contradicción. Aquella inquietud era como una grieta que amenazaba con convertirse en un abismo. Al otro día desperté muy temprano; encendí la radio y sintonicé una emisora de noticias, pero escuchaba distraídamente, no podía concentrarme. Antes de mediodía la impaciencia me sacó del edificio, subí a un autobús en dirección al centro de la ciudad, con la intención de comprar una maleta. Había pensado en empacar mis cosas e irme, pero estaba segura de que no lo haría. En la calle, me dejé llevar por mis pasos que avanzaban en línea recta, como un autómata. Sentía una rabia tremenda contra Margot, como si aquella mujer tuviera la culpa de todo. Entré en una tienda de artículos usados y pedí que me mostraran una maleta de piel color verde, tenía algunas costuras rotas y el cierre atascado, abrí todos los bolsillos, esculqué por todos lados, ¿Qué buscaba? Algo, cualquier cosa, una moneda, una vieja factura, una fotografía rasgada. Me sentí decepcionada de no encontrar nada. La compré de todos modos. Llegué de la tienda de un humor pésimo e inmediatamente comencé a empacar la ropa, pero de pronto me desinflé, me pesaron las manos y dejé todo sobre el suelo, me tumbé sin desvestirme en la cama, y permanecí allí hasta que oscureció, con los ojos abiertos.

Me incorporé y miré el reloj, eran las siete y media. Abrí la ventana y me alegré con el ruido de la calle, afuera se veía gente transitando, adentro del edificio no se escuchaba nada. Me sentí acalorada, recordé el dolor de cabeza y fui a la farmacia. Era un establecimiento abovedado al que me gustaba ir porque estaba amueblado con estantes y armarios antiguos. Después caminé por la calle, la noche fría ejerció un efecto tranquilizador y refrescante. Al principio, tuve la intención de ir a cine, no quería regresar a la casa; después se me ocurrió visitar a Hilda. Antes de llegar, me orienté para encontrar las ventanas de su casa y advertí que estaban apagadas. Cuando entré, ella me recibió afable, con una tranquilidad al borde de la inquietud. Estaba a oscuras, sobre la mesa, entre platos vacíos, había una vela encendida a punto de apagarse.

—Me cortaron la luz —dijo con amargura.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú ya tienes bastantes cosas en qué pensar.

—Mañana vamos y la pagamos —le dije.

Bajó la mirada y asintió con la cabeza. Siempre se ponía triste cuando tenía que pedirle algo a los demás.

—Gracias —dijo y soltó en llanto.

—¿Qué pasa, Hilda?

—Ya no quiero estar más así, ya no quiero, Sonia —dijo apretándose las sienes, y luego siguió, como si se hubiera olvidado de que yo estaba allí—. Si fuera por mí no me importaría, podría quedarme con hambre, pero mis animales… no he podido comprarles una libra de alimento, ellos no tienen la culpa, no tienen la culpa. El viernes me quedé sin trabajo, todavía no me han pagado lo que me deben y nadie quiso prestarme. Ayer salí a la calle a buscar algo, no sabía qué hacer, iba a ir a buscar en un bote de basura donde había unas sobras de comida, pero me quedé quieta, en medio de la calle; no pude, me arrimé a ese bote y no pude… Una señora me vio llorando y me dio mil pesos, con eso les compré un pan a ellos. La dueña de la casa vino a decirme que debo sacar a mis animales o que me va a echar con ellos, que la perra hace mucha bulla, que los gatos son sucios.

—Tranquila, nada de eso va a pasar. Mañana lo solucionamos todo. Te voy a dejar para lo de la luz. ¿Debes el arriendo? Mañana lo arreglamos, y vamos al supermercado, hacemos una buena remesa y compramos un bulto de alimento para los gatos y el perro.

—Apenas me paguen te los devuelvo…

—No pienses en eso. La gente es mala. No deberían meterse contigo, que eres buena —le dije —. Sentí rabia.

—Con ser bueno nada se consigue.

—Eso es cierto —le dije.

Recordé de pronto los aretes que yo le había regalado la primera noche que nos vimos, y le pregunté por ellos.

—Tengo una ahijadita a la que nunca le había podido dar nada… se los llevé —dijo atropellándose y luego, soltando las lágrimas, continuó sin poder contenerse:

—Yo me quiero ir de aquí, Sonia. No sé a dónde, pero me quiero ir, a un lugar en el que pueda estar tranquila con mis animales, donde nadie se meta conmigo; ya estoy cansada, no quiero que nadie me moleste, ni me mortifique, quisiera pasar mis últimos días tranquila.

Todos queremos eso, pensé dentro de mí, pero de inmediato recordé a Adrián. Aquellas palabras sacaban su imagen de un fondo de niebla.

—La dueña de la casa es mala —dijo después de dominarse y miró inquieta hacia la puerta—.

El viernes sacó a la calle a un viejito que vivía aquí al lado, lo sacó sin nada, no le dejo llevarse ni la ropa, se la decomisó, como ella dice, en pago de lo que le debía. La noche antes, el pobre viejito vino a pedirme dinero, estaba asustado y triste, me dijo que le diera cualquier cosa, así fuera una moneda, pero yo qué iba a darle, no tenía nada. Ese día me había quedado sin trabajo y no tenía nada. Yo le dije que fuera a la alcaldía, allí hay un programa de atención al adulto mayor, tal vez lo atiendan. ¡Qué pena me dio ese señor! Tiene por poco ochenta años. No caí en la cuenta de haberle dado un saco para que no sintiera tanto frío en la calle. Cuando lo sacaron se puso a llorar, casi le suplicaba a la dueña: "Por diosito, por la virgencita", le decía. A mí me costaba contener las lágrimas al oírlo; se ahogaba, asmático, en la impotencia y la humillación. Nonu comenzó a ladrar y tuve que regañarla para que se callara, sino seguro y también nos sacaba a nosotros. Esa mujer es mala, no le importa tirar las puertas y sacarlo a uno.

—La gente es así —dije—. Mañana voy a buscarte un lugar donde puedas estar bien.

—No te preocupes ¿De dónde te vas a montar una carga?

—Mañana le pagas a la dueña lo que le debes y buscamos otro sitio. Por el dinero no te preocupes, yo tengo el suficiente para que estemos bien las dos.

Le conté lo del dinero que me había dejado Esther, pero exageré en el monto, no sé por qué.

—Podemos vivir tranquilas el resto de la vida —le dije y tragué saliva involuntariamente. Aquello no era verdad. Hilda me miró esperanzada y sonrió. Esa mirada me fastidió.

—Si quieres, ven a vivir conmigo al edificio.

—No, te incomodaría con mis animales. Yo quisiera encontrar un lugarcito pequeño a las afueras, donde la perra y los gatos tengan más espacio, me da pena tenerlos tan encerrados.

No dije nada, aquella exigencia me fastidió. Pensé que ella no debía pedirme nada, que tenía que contentarse con lo que yo le quisiera dar. ¡Los pobres no tienen por qué exigir nada! De un momento a otro me había llenado de rabia y de impaciencia contra Hilda. Hubiera preferido no haber ido hasta su casa a presenciar toda esa miseria, ya no se respiraba allí el orden limpio y tranquilizador que buscaba mi alma. ¡Por qué me toca rodearme siempre de gente así! Había ido para distraerme y salía con la cabeza más cargada, con una obligación material de la cual me arrepentía.

—Pero bueno, donde se pueda —dijo ella con un gesto de disculpa y confusión—, ya encontraré algo.

—¿Qué? —pregunté.

La vela se apagó. Por un momento, la estancia desapareció a nuestro alrededor. La estrecha habitación era ahora ancha y honda. Nos quedamos en silencio. Comenzó a llover, el ruido de las gotas era mayor en la penumbra. Después de unos minutos seguimos hablando a oscuras.

—¿A dónde habrá ido el señor que sacaron? —le pregunté, por decir algo.

—Quién sabe —dijo ella y apartó a la perra que había puesto el hocico sobre sus piernas—. Cuando uno es viejo y pobre no le queda nada. Una noche vino por aquí a hablarme, seguro para que le diera colada; mientras se la tomaba me contó que había tenido una infancia muy tiste en el campo. Su mamá le daba muy mala vida de niño, lo levantaba a la madrugada a traer agua, le cocinaba a los cerdos y a él lo tenía con hambre hasta la tarde. Eso ya pasó —me dijo—. Cuando uno crece y se va de la casa se olvida de eso, hasta se ríe de eso. Así es toda la vida, cuántas cosas pasa uno que después olvida. Ahora ya no tendrá tiempo para olvidar… ni tiempo ni fuerzas.

Yo la escuchaba a medias, mientras pensaba en otras cosas.

—Sí, es necesario olvidar —le dije.

—Ese hombre desaparecerá pronto —dijo ella.

Afuera, en la calle, la lluvia había cesado. Me levanté de la silla y me despedí. Ella aceptó que me fuera, pero me dio una sombrilla por si volvía a llover.

Al día siguiente no fui a verla, ni le envié dinero. Un negro pesar me apretujaba el corazón, pero sentía rabia contra ella. Temía por ella, pero también por la niña. En cierto modo, ambas me despertaban sentimientos parecidos, de compasión y de rechazo. Constataba que a veces es tiránico tratar de ayudar a otros.

"¡Que espere!", me decía pensando en Hilda, y de nuevo me mortificaba imaginando que se iría a dormir con agua en el estómago. Luego pensaba en la niña. "Por todos lados pasan cosas", me dije.

Ese día recordé mucho a Adrián. Algo, en el fondo de esas últimas semanas, me traía de vuelta su imagen, que subsistía sin hacerme sufrir. Tal vez yo era la única persona en la tierra que se acordaba de él. Si viviera me gustaría visitarlo, hablar con él. A todo se acostumbra la gente —decía—, a todo, a vivir mal, al dolor, a la miseria, a la propia y a la de otros, incluso a los actos y a las situaciones más degradantes; primero lloran y se atormentan, se escandalizan o lamentan, pero luego se acostumbran. Eso es la vida. "¡Que Hilda se acostumbre a la suya!", pensé. ¿Y la niña? No pude librarme de la inquietud, estuve impaciente el resto del día. En la noche volvieron los gritos, puedo decir que los esperaba. A eso de las nueve, escuché un quejido sordo que subió del piso de abajo y luego un silencio mortal. Me puse de pie y esperé con el alma en un hilo, me sentía asustada e indefensa. No sabía qué hacer. Durante todo ese tiempo había pensado en denunciar a ese hombre con la policía, pero me llenaba de miedo, no de sus represalias, sino de mis actos. Temía no solo que al denunciarlo la policía me comenzara a hacer preguntas, indagara sobre mi pasado y me descubrieran; temía no poder callar y confesar lo que había hecho con mi hijo. Yo sabía, estaba segura de que, al momento de denunciarlo a él, confesaría mi crimen. "Pero no es lo mismo, no son casos iguales", me decía a mí misma, tratando de convencerme, "No es igual lo que yo hice, lo que pasó con Esteban, a lo que está haciendo ese hombre… ¿No? No, ¿No…? A veces creía que me iba a enloquecer, me atormentaba e irritaba con aquellas preguntas, que no eran nuevas, sino viejas, guardadas preguntas, que volvían a surgir. Había momentos en que me estremecía, tomaba la resolución de ir hasta la policía, llegaba a la puerta, o tocaba la calle y quedaba paralizada, rígida como un cadáver. ¿Valía tanto esa niña como para entregarme? ¿Para sacrificarlo todo por ella?

A veces experimentaba cierto placer con mi tormento, me enconaba contra mí misma. ¿Qué vas a sacrificar si no tienes nada, si la vida que llevas no vale nada? ¿O sí? ¿A qué le temes? ¿A estar en una cárcel? ¿Al pasado? ¿A qué vuelva con toda su fuerza a la realidad del presente? ¿A la demás gente? ¿A todo? … ¿le temes a todo?

Esa noche, los gritos y las súplicas que venían de abajo me intranquilizaron más que de costumbre. Yo quería hacer algo y no sabía qué, después de unos minutos salí al pasillo y caminé hasta las escaleras, al instante volví a oír un grito que me hizo dar un brinco. Me llené de pánico y grité desde arriba, fingiendo rabia:

—¡Callen esos malditos lloriqueos! No tengo por qué aguantarlos.

De repente todo quedó en silencio. El corazón se me iba a salir. La puerta de abajo se abrió y apareció el hombre del ascensor, yo me acerqué y lo vi desde la escalera.

—Perdone, vecina —dijo con cierta malicia y sonrió; estaba sin camisa y lleno de sudor; sujetaba un lazo en la mano. Luego entró. La puerta golpeó el marcó y se oyó girar el seguro en la cerradura.

El recinto me daba vueltas. Me acometió tal debilidad, que a duras penas pude entrar al apartamento y cerrar la puerta; estaba mareada, tenía ganas de sentarme o acostarme en un rincón. Lo único que sentía en aquel momento era que aquel hombre ponía en juego mi vida con sus actos, hacía que las cosas perdieran su seguridad, como si yo ya no perteneciera a ese lugar, como si los objetos fueran extraños y ajenos, como si el equilibrio que sostenía mi realidad y mi mundo se derrumbara. Me arrinconé contra una esquina y miré la ventana, igual a un animal que presiente el peligro y busca la salida. Pero ya no había nada que hacer. Era una sensación extraña; aquel hombre que una semana antes me atraía ahora me era repulsivo, su fuerza ya no representaba deseo sino peligro, un peligro enorme. La animadversión que al principio sentía contra Margot se volcaba ahora contra él.

Los días siguientes me olvidé por completo de Hilda. A esto ayudó una circunstancia que no había previsto. La tarde del sábado había estado pegada a la ventana, detrás de la cortina, mirando a la calle, esperando no sabía qué. Al principio se me había ocurrido salir y dar una vuelta por la parte nueva de la ciudad, pero algo atraía mi atención y no me dejaba mover de la ventana. De pronto vi salir del edificio a Margot junto a aquel hombre. Iban solos, a pie, sin la niña; al llegar a la esquina pararon un taxi y subieron. Ella tuvo que hacer un esfuerzo muy grande, las piernas se le doblaban y tenía que apoyarse en el hombro de él, parecía borracha. Me estremecí, una idea me cruzó por la cabeza. Hacía varios días quería acercarme a la niña y hablar con ella, pero Margot siempre estaba a su lado, como una sucia sombra. Bajé corriendo las escaleras hasta el tercer piso y llamé a la puerta despacito, suavemente, sin ninguna impaciencia, pero nadie contestaba.

—No tengas miedo —le susurré—. Acércate ahora que ellos no están.

Noté que alguien invisible estaba allí detrás, pegado a la puerta, escuchando.

—¿Cómo estás?… ¿cómo estás? —pregunté.

—¡Váyase! ¡Váyase! —dijo por fin una vocecita, y como si al instante se arrepintiera de haber hablado, agregó:

—No vaya a decirle a nadie que usted vino—. La voz, llena de angustia, estaba a punto de romper en llanto. Yo era presa de una emoción extraordinaria.

—No, no… ellos no van a saberlo. ¿Puedes salir? Contéstame: ¿estás encerrada?, ¿no puedes abrir la puerta?

Yo hablaba muy bajo, casi susurrando, con el pecho encogido. Ella no contestó. El silencio se prolongaba.

—No —dijo por fin, después de unos instantes eternos—. Está con llave.

—¿Cómo estás?

—Me duele una muela, está floja.

Supuse que tenía el cachete hinchado.

—¿No puedes salir?

—No —respondió llorando.

—¿Ese hombre te golpea?

—Sí. Y me hace cosas malas —dijo y sonó como si hubiera contraído dolorosamente los labios.

El corazón me dio un vuelco.

—¿y Margot?

—Ella solo mira —dijo llorando.

—¡Por Dios! —exclamé.

Aquellas palabras estaban cargadas de humillación y amargura. Esa mujer debía estar a su lado, lo presenciaba todo, y no hacía nada; al contrario, se recreaba con lo que veía. De pronto escuché su voz abajo, en la entrada; me incorporé de un salto y al dar la vuelta me encontré con aquel hombre de frente, me detuve e hice el intento de sonreír, pero de pronto me temblaron el mentón y los labios. Pasé de largo y subí a toda prisa la escalera, hasta la casa. Aquella horrible situación me agobiaba. Me sentí débil y cansada. Al día siguiente lo volví a encontrar en la calle, pero le di la espalda y me cambié de andén, para que no me viera.

Debía hacer algo. Pensar en eso no me dejaba tranquila. A veces sentía rabia contra mí misma, me fastidiaban mis escrúpulos de conciencia. ¿Por qué tenía que meterme en eso? ¿Por qué me tenía que importar lo que le pasaba a esa niña? ¿Por qué me desequilibraba tanto lo que le hacía ese hombre? Sentía que ya nada estaba en orden. No podía denunciar a ese hombre sin entregarme yo misma, lo sabía, sabía que no podía denunciarlo a él y callar lo que yo había hecho en el pasado con mi hijo. ¿Qué hacer? ¿Qué…? Pensé en asustarlo, amenazarlo para que se fuera. Yo era demasiado débil para intimidarlo; se me ocurrió contratar a alguien para que lo hiciera, luego recapacité: todo eso acarreaba líos y complicaciones, y además no conocía a nadie.

Luego sobrevinieron algunos días de aparente calma. Comenzaba diciembre, ese mes tan molesto y triste para los solitarios. Los gritos y la violencia parecieron aplacarse. Yo aguardaba con impaciencia a que algo se resolviera, a que algo cambiara; me decía a mí misma que aquello no podía durar mucho y luego estallaba en pánico. Aquellos momentos de calma eran terribles. Había horas, bajo el completo silencio, en las que, presa de un arrebato ciego, bajaba hasta la casa de Margot y pegaba el oído a la puerta; algunas veces me atrevía a ir más lejos, y llamaba en susurros a la niña, pero nadie salía ni se escuchaba nada adentro.

Por entonces se rumoraba que aquel hombre había huido, que unos narcotraficantes con quienes hacía negocios lo estaban buscando para matarlo. Lo cierto era que no había vuelto a verlos ni a él, ni a Margot, ni a la niña. Espiaba sus entradas y salidas desde mi ventana. Una noche llamó mi atención un hombre mayor que, después de cruzar la calle, atravesó el oscuro portal del edificio, subió hasta el tercer piso y llamó a la puerta. Pensé que nadie le abriría, pero la puerta se entreabrió y una voz lo invitó a pasar. Transcurrieron diez minutos, puede que más, hasta que volvió a salir, seguido por aquel otro hombre. Al verlo, se aceleraron los latidos de mi corazón.

—¿Por qué no la atiende aquí? —le preguntó al visitante.

—Debe llevarla ahora mismo a un hospital —respondió el otro.

Se apartaron unos pasos hasta la oscuridad del pasillo; una vez allí, sin verse las caras, hablaron en voz baja. Yo contuve la respiración ¿Qué pueden estar diciendo? Agucé el oído, aún me parece estar oyendo las palabras: ¡Han abusado de ella!

—Atiéndala usted —dijo aquel hombre suavemente al visitante, casi con cortesía.

—Ya le dije que la tiene que llevar a un hospital! —recalcó fuerte el más viejo.

Era evidente que el tono resuelto del visitante molestaba al otro.

—¡Váyase! No lo necesito… y camine con cuidado —le dijo.

El viejo bajó las escaleras irritado; cuando iba a mitad de camino se detuvo, miró hacia atrás intranquilo, y luego apretó el paso. Yo contemplaba la escena desde el pasillo del piso de arriba. Entonces no pude contenerme y corrí tras él, lo alcancé en la calle.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Él me miró desconfiado, como si no comprendiera.

—…a los del tercer piso —le dije.

—Una niña que necesita ir a un hospital.

—¿Está enferma?, ¿qué tiene?

—Golpes —me dijo y haciéndome a un lado, siguió de largo.

Entonces me di cuenta de que no había cambiado nada y de que cada hora, cada segundo que pasaba era una terrible amenaza. Ese hombre la había golpeado más de la cuenta y estaba dispuesto a dejarla morir allí para no llevarla a un hospital y escapar de las preguntas.

Regresé al tercer piso y llamé furiosa a la puerta, pero no bien hube llamado por segunda vez, tuve tanto miedo que, como se hubieran demorado cinco segundos más en abrir, habría salido corriendo. Unos ojos fríos y recelosos asomaron desde el fondo oscuro de la casa. Era él.

—¿Dónde está la niña? Tiene que llevarla a un hospital —dije alterada, en un tono casi teatral, que me pareció ridículo.

Él me contempló con detenimiento.

—Váyase para su casa —dijo con frialdad y empujó la puerta con un gesto brusco.

—¡No escuchó lo que dijo el médico! La tiene que llevar a un hospital —le dije casi gritando.

—¡Fuera de aquí! —refunfuñó sacudiéndome del brazo.

—¡Maldito violador de niñas! —le grité. Lancé aquellas palabras como una pedrada, sin pensarlas.

Aquel tipo volvió a observarme detenidamente, con expresión lasciva y maligna.

—¿Qué dijiste? —me preguntó amenazador.

—¡Auxilio…! —intenté gritar, pero me ahogué de los nervios.

Él me golpeó en la cara con el puño. Caí al suelo, con la nariz ensangrentada.

—Si algo le pasa a ella será tu culpa —me dijo—. Ya lo sabes.

En esa frase había algo que me amenazaba, como con un revólver.

—Usted la va a matar —le dije con determinación, levantándome del suelo.

En ese mismo instante, tras unos pasos menudos, salió Margot. Yo ni siquiera la oí al principio.

—¿Qué pasa? —le preguntó a él clavando sus ojos en mí. Yo tenía sangre por toda la cara y lágrimas en los ojos.

—La vecina que vino a pedirme un favor. Ahora más tarde subo hasta su casa y le ayudo con eso, o si no mañana, no se preocupe, duerma tranquila —dijo muy serio y cerró la puerta.

Me quedé allí parada, sin respirar, luego me sobrevino un temblor nervioso. Fui a la casa y me encerré con llave. Aquella noche empecé a hacerme una idea de quién era realmente aquel hombre, sabía que con lo que acababa de suceder había abierto la puerta de una trampa, y ya no podía sino ir hacia ella.

No esperaba que subiera ese hombre, pero lo imaginé haciendo todo tipo de cosas durante toda la noche. Me senté en el suelo, con la luz apagada, junto a la ventana, mirando a la puerta de entrada. Una sorda mezcla entre temor e impotencia me mantuvieron despierta. En verdad, nada me aterraba tanto como esa rabiosa impotencia, porque sabía que había vuelto a odiar a un hombre, lo sabía con los ojos, con la sangre, con los dientes, con las uñas. Muchas cosas salen de nosotros so pretexto del odio, yo ya conocía ese sentimiento, en mí no era algo nuevo. Pero me preguntaba ¿Por qué tenía que odiar siempre a un hombre? ¿Por qué no podía vivir tranquila? ¿Por qué parecía que las circunstancias me arrastraban a lo mismo? Atravesaba con la mirada el recinto como si tratara de encontrar una respuesta en los objetos, pero mi mirada regresaba una y otra vez con nuevas dudas: ¿No habría estado todo este tiempo buscando un pretexto para odiar a alguien? ¿Odiaría a ese hombre si no existiera esa niña? No lo sabía, pero ya no podía dejar de hacerlo.

Los días siguientes estuve como loca, encerrada, llena de miedo y de rabia; me dolía la nariz y la nuca. Últimamente vivía como aturdida, sintiendo un cansancio físico terrible; hacía varios días que no comía. Una mañana me levanté, me lavé la cara y salí a la calle. El cielo estaba pálido, unas nubes blancas corrían presurosas, habían caído unas cuantas gotas en la madrugada y las aceras resplandecían por efecto de la lluvia. Vagué entre almacenes cerrados y pordioseros, que a esa hora revolcaban los tarros de basura. Detrás de las ventanas de algunos edificios, la gente se movía de un sitio a otro, alistándose para ir al trabajo. Me pregunté si había dejado tendida la cama y recordé que no dormí en ella. Después de caminar unas cuadras, pasé por una pequeña ermita que a esa hora estaba abierta y entré. Desde que iba a escuchar a Esther tocar el piano, no había vuelto a pisar una iglesia. Tal vez haya un cura sentado en el órgano, pensé, y me agradó la idea de oír un poco de música. Adentro todo estaba desierto y en silencio, algunos cirios encendidos delante de la imagen de un santo que yo desconocía, rasgaban apenas la oscuridad. Me santigüé sin querer, casi por costumbre, y me senté en una banca. Los pesados muros destilaban humedad y frío; de pronto, detrás de un arco, salió un hombre de hábito gris, sosteniendo un libro en la mano; atravesó el altar con pasos lentos y fue a sentarse en un confesionario. Yo nunca había sido creyente, pero fui y me confesé, más por la necesidad de hablar con alguien que por un acto piadoso.

El cura me miró a través de una malla sin ningún interés, habituado tal vez a realizar su labor, como cualquier otro trabajador, a la hora establecida.

Le conté lo de la niña, lo de aquel tipo, del odio que sentía por él, le conté que no sabía si lo odiaba por lo que le hacía a la niña o por la necesidad que yo tenía de odiar a alguien. No le dije nada de Alonso ni de Esteban, no los recordé; el pasado en ese momento no existía, por lo menos no con sus nombres. Cuando terminé de hablar, el sacerdote permaneció callado un largo rato. Luego dijo:

—Trate de mantenerse tranquila, saque fuerzas, hay que rebelarse contra la angustia.

—¡Tranquila!… solo eso me pide.

—No le he dicho que no haga nada, sino que antes de hacer cualquier cosa se tranquilice.

—No sé qué hacer, estoy confundida —le dije—. No quiero ser responsable de esa niña o de lo que le pase, no quiero ser responsable de nada, ¿por qué tengo que serlo?

—El mal se nutre de nuestra cobardía —me dijo.

—Eso lo entiendo —le dije.

—No basta con entenderlo, en la vida hay que tomar decisiones, hay que actuar. Dios le ha puesto a esa niña en el camino para que usted la proteja; esa niña bien pudo ser su hija. Vaya ahora mismo a la policía, o…

Entonces lo interrumpí:

—No puedo ir a la policía… quisiera olvidarme de todo. ¿Por qué siento que no puedo dejar las cosas así? ¿Por qué no puedo hacer como si no pasara nada, como si no fuera asunto mío? Los demás lo hacen, en ese edificio vive mucha más gente y a nadie le importa. Creen que haciéndose los ciegos se pueden liberar de esa carga, que no son cómplices. ¡Yo no soy la única que vivo allí! Toda la gente tiene que escuchar los gritos.

—No debe importarte lo que hacen o no los demás, sino lo que tú hagas.

—Pero todos están implicados, todos viven allí, están presentes, oyen los gritos de esa niña y se mantienen mudos, paralizados. No quiero cargar con el peso de esto yo sola, no puedo, de verdad no puedo; le sería más fácil a cualquier otro que vive en ese edificio que a mí.

—Sabes que debes hacer algo, o si no puede suceder una cosa terrible.

—Es muy tarde para ser buena, padre —le dije y resbalaron lágrimas por mis mejillas. Las sentía frías, heladas—. Ya no me importa ser buena ni ayudar a nadie, solo quiero vivir mis últimos días sin meterme con nadie, sin que nada me perturbe ni me moleste —agregué y me levanté del confesionario, pero no me fui, me quedé quieta, de pie, como una estatua.

—Aun cuando no seas buena, sabes que ya no puedes quedarte sin hacer nada. Eso es lo que te atormenta.

—Simplemente quisiera que esto no hubiera pasado… pero pasó —le dije.

Entonces me aparté. Desde la distancia pude ver mejor al hombre con quien había estado hablando.

En la calle me arrepentí de haber entrado en esa capilla y haber hablado con el sacerdote; aquella visita me dejó más cansada. Yo estaba agotada. Dentro de mí reinaba el tormento y la ansiedad. Sentía que tenía por delante algo decisivo y me espantaba la certeza de no poder evitarlo. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a pasar? No lo sabía, aún era algo indefinido, pero solo era cosa de tiempo; ya no era posible detenerlo ni ganar una tregua. Recordaba ese presentimiento, así habían sido las últimas semanas antes de la muerte de Esteban. A veces, mientras esperaba sobre la acera el cambio de un semáforo, un estremecimiento me recorría todo el cuerpo hasta los talones, y un desordenado pensamiento invadía mi cabeza. ¿Por qué no matas a ese hombre? Aquello me sorprendía a mí misma, pero no era una locura. Para esas cosas no hay explicación.

Me sentía herida, pero no era el corazón sino el alma lo que me dolía. Fue como si de pronto sintiera que el horror salía de su escondite, rompiera la máscara de las apariencias y se mostrara por todas partes. Intenté tolerar un mareo en la cabeza y se me ocurrió ir a buscar a Hilda, pero a mitad de calle no pude más, el cuerpo se rebelaba a mi voluntad, ya no soportaba ni el cansancio, ni el hambre, ni las penas; el estómago se revolvió y una luz fría invadió mis ojos, todo lo demás quedó en tinieblas. Una joven me ayudó a levantar y me llevó hasta un restaurante cercano.

—No puede salir así a la calle —me dijo. Yo la escuché sin prestar mucha atención, tenía miedo de enfermarme y perder el control de mis actos. La muchacha dejó sobre la mesa un caldo antes de marcharse. Yo estaba incómoda más que agradecida, aun así, comí todo como una hambrienta y veinte minutos después vomité, regresé a la casa, cerré las cortinas y dormí hasta el otro día, con un sueño inestable, que no reparó mis fuerzas.

El viernes desperté sobresaltada, cubierta de un sudor frío, con las manos y los pies helados. Recordaba vagamente haber soñado con racimos de plátanos. Me puse el abrigo, guardé en el bolsillo un reloj de oro con la intención de venderlo y salí del apartamento sin hacer ruido. Era 23 de diciembre; tenía la sensación de que ese mes había pasado muy rápido. En el tercer piso, miré la puerta de Margot y eché a correr escaleras abajo; en el último peldaño me detuve súbitamente, algo pesado me oprimía el alma; al atravesar la puerta del edificio contemplé el radiante amanecer, el sol. A pesar de lo débil que estaba no me sentía cansada, caminé unas cuadras entre sombras vacilantes y luego tomé un taxi hasta un café ubicado en las afueras de P, que nunca cerraba. Mientras sorbía los restos de un jugo de naranja, se me ocurrió tontamente envenenar a ese hombre, después lo pensé detenidamente: él carecía de importancia, lo que importaba era salvar a la niña. Aquello fue como una revelación en un instante de lucidez. Sí, lo que importaba era la niña; era mejor llevármela, yo todavía tenía dinero y podía irme con ella y con Hilda a otra ciudad. No había que perder tiempo, había que hacerlo rápido. Dejé unas monedas sobre la mesa y, desesperada, fui a buscar a Hilda. En el trayecto rebosaba confianza. De pronto estaba calmada, la idea de irnos las tres me llenaba de entusiasmo, desvanecía la impaciencia que atenazaba mi corazón y me daba fuerza, era como si nada pudiera apagar esa

confianza que le daba un nuevo impulso a mi vida.

Resultó que Hilda ya no vivía allí, la dueña de la casa la había echado a la calle varios días antes, junto con sus animales. La noticia me llenó de inquietud. A tal punto me había olvidado de Hilda que no iba preparada para algo malo. Con una debilidad súbita en las piernas, tuve que sentarme en las gradas. Un desconocido que pasó a mi lado, con unas bolsas en la mano, se detuvo al verme.

—Usted es la amiga de la mudita —me dijo—. A ella se la llevaron a un hospital.

—¡A un hospital! ¿Por qué? —le pregunté.

—¡Hubiera visto cómo se puso cuando le tumbaron la puerta y le espantaron los gatos!

Al oír eso me llené de rabia y de impaciencia.

—¿Y la perra? —le pregunté.

—Al perro lo mataron de un golpe, hasta a la mudita la patearon. Ella se agarró de una mesa y tumbó los platos; uno de los hijos de la dueña la cogió del pelo y la sacó arrastrada, el perro se le fue encima a morderlo y él lo mató. Su amiga abría la boca y se sacudía en el suelo.

—¿Y nadie hizo nada?

—La mayoría se encerró en su casa, usted sabe que…

—¿Y usted que hizo? Se quedó mirando como un marica… —le grité enardecida—. La rabia se iba acumulando y espesando, la sangre me hervía como un pozo de petróleo crudo.

Entonces apareció la dueña; era la típica mujer gorda, de unos cincuenta y cinco años, vestida de negro, en chanclas. Reparé que algunos mechones de su pelo eran poco espesos, se estaba quedando en algunas partes calva. Acercándose con agresividad histérica, gritó:

—¿Y esta fulana quién es? ¿Quién le ha dado permiso de gritar en mi casa?

En otras circunstancias tal vez me hubiera conformado mirándola con una mueca de repugnancia, pero no tuve tiempo de imaginar ni de pensar nada. Embrutecida por la cólera, me fui encima de ella y le di un par de cachetadas; intenté empujarla, quería que se cayera para golpearle las piernas y que no volviera a levantarse, pero no pude, ella me apartó de un tirón. Me temblaban la quijada y las manos, no podía pronunciar palabra, pero me obstinaba en golpearla y no cedía. La vieja abrió los ojos, eran negros y me miraban con rabia.

—¡Gran puta! —gritó—. ¡Estás loca!

—¡Te voy a golpear la cabeza hasta que quedes muerta como la perra! —le grité, casi llorando.

—¡Samuel, Samuel! —gritó la vieja, mirando hacia su casa, pero nadie salía.

—Voy a buscar tu dirección y te voy a ir a cobrar con la policía todo lo que esa haragana me debe —replicó roja de la ira— y después voy con mis hijos y te acabó a golpes.

—Anda para llenarte esa barriga de tiros —le grité desencajada—. Vivo en el edificio…

El hombre que estaba al lado nos miraba alarmado.

—Ajá, allá nos vemos, ¡puta! —contestó la vieja.

—Te lo advierto, maldita —le grité—. ¡No me busques!

La otra rio a carcajadas y estalló en una retahíla de obscenidades. El que estaba al lado también rio por cobarde complacencia. Aquello me enojó más. ¿Por qué no podía ver en mis ojos la rabia que le tenía? Debió de temerme, pero no lo hizo. Salí de allí disparada al centro de la ciudad. Aquel odio me producía una extraña excitación. Pensé en comprar un hacha y regresar, pero mientras caminaba recordé que unos meses antes, en un taxi, había escuchado sin prestar mucha atención, sobre un mendigo todavía joven que intimidaba a la gente en los semáforos a cambio de monedas, y de quien se afirmaba que vendía armas. “Mírelo, es ese”,
me había dicho el taxista, señalando a un tipo andrajoso de barba roja que tenía una pañoleta

negra, debajo de una gorra, en la cabeza. “Tiene todo un negocio, se las compra a la policía”.

Aceleré el paso, descendí por las calles que llevan al mercado, buscando en las esquinas. Encontré al indigente en un semáforo antes del puente que separa el mercado del centro, lo reconocí por la barba y la gorra, era de baja estatura. Me acerqué a él sin ningún preámbulo y fui directo al grano.

—Necesito una pistola —le dije.

Me miró sin preguntar nada. Su apariencia no era del todo repulsiva. Su aliento olía a aguardiente y a tabaco; probablemente acababa de fumar.

—Ahora me queda difícil —contestó.

Yo saqué el reloj de oro y se lo mostré. Miré la hora, eran las diez y veinte.

—¿Para que la quiere?, —preguntó.

—Para asustar a una mujer que me molesta —le respondí casi sin aliento.

Aquello me parecía surreal, como un sueño que no alcanza a ser una pesadilla porque no hay monstruos, pero está próximo a convertirse en una. Yo, que trataba de evitar cualquier enfrentamiento, estaba parada en un semáforo, bajo el incesante sol, después de golpear y amenazar a una mujer, hablando con un delincuente sobre un arma, ante la mirada de la gente que pasaba en los carros. Todo había tomado un rumbo diferente, la realidad había cambiado y era otra, sentía que ya no era posible volver al pasado, a la soledad de mi cuarto, a las horas vacías de unas semanas antes; esa vida ya no existía, ese orden estaba roto, perdido para siempre.

—¡Es de oro! —dijo él, mirando el reloj que yo sujetaba en la mano y me sustrajo de mis pensamientos.

—Sí, ¿cómo lo sabe? —le pregunté.

—Ya he tenido un par de esos antes —y a continuación, con brusquedad, dijo:

—Venga a las cuatro.

—¿Qué?

—Que venga a las cuatro. Pero no venga aquí, vaya por la otra cuadra, detrás del mercado, donde están los lavaderos. A las cuatro. ¡Ahora, váyase! —dijo haciendo un gesto amenazante.

Me aparté, y mientras me alejaba volví un par de veces la cabeza, temí que viniera detrás de mí a robarme el reloj. Regresé a la casa, miré la luz del mediodía que entraba por el recuadro de la ventana y cerré las cortinas; me dejé caer sobre una silla. Tenía la garganta seca y me dolía la cabeza, encima del cuello; aún me temblaban las manos. Esos momentos de espera son lo peor que puede haber; intenté dominar la emoción, pero no pude, pasé las siguientes horas inquieta, presa de la ansiedad y de la angustia.

“Tal vez pierda la plata comprando esa arma”, pensé con los ojos cerrados, pero ya no era capaz de no ir, había renunciado a toda resistencia. Durante el largo trayecto hasta el mercado caminé en un estado de impotencia fría y sonámbula, que se fue disolviendo a medida que avanzaba por las cuadras, y comenzaba a sentir esa debilidad en las rodillas, esa excitación de quien se acerca al peligro. Volver por el arma era una huida desesperada y nerviosa.

“Ojalá no esté ese hombre, ojalá no vaya o no haya conseguido el arma. ¡Por Dios, que no esté!, que no esté…”, rogaba mientras me acercaba. Me acordé de Alonso; se me ocurrió pensar que tal vez él debió de pedir algo parecido mientras se acercaba, impulsado por una tentación pasajera, a la puerta de alguno de sus amantes. Pero esto era distinto. El peligro era la única cosa que en ese momento me daba fuerzas. Cuando vi al hombre que buscaba, esperándome en la esquina, pensé que todo estaba mal. Él lanzó una ojeada a la bulliciosa calle y me hizo señas para que lo siguiera hasta un rincón, casi en la penumbra, detrás de los lavaderos, allí guardó el reloj

de oro que le entregué y me dio la pistola cargada.

—Fíjese que estén todas las balas —me dijo con voz ronca—. Yo ni siquiera supe abrir el gatillo, vi el arma y la escondí en un bolso, la mano me temblaba visiblemente.

—Le voy a dar veinte más —añadió en voz baja.

—No —le dije.

—¿No las quiere? —preguntó mostrándome las balas—. Si vuelve después por estas, tendrá que traer otro reloj.

—Póngalas en el bolso —le dije y me marché aprisa, tambaleándome.

No regresé de inmediato a la casa, di vueltas por la calle para desviar el rumbo por si alguien me seguía. Intentaba pasar inadvertida entre la muchedumbre, caminando deprisa, sin prestar más atención que al bolso que llevaba; después deambulé con lentitud, arrastrando los pies. Estaba desconcertada, me flaqueaban las piernas, pero ya no sentía la terrible impaciencia de antes, solo quería deshacerme del arma, no quería llegar con ella a la casa, tuve la idea de arrojarla a un río, me acerqué maquinalmente a un puente y me asomé al agua, pero vi que desde abajo un muchacho me veía con atención. Me estremecí y me llené de pánico, como si hubiera acabado de matar a alguien. Aquella sensación de pánico quedó liquidada por el cansancio. Deambulé por un par de cuadras más y regresé a la casa; cerré con llave y escondí el arma. Después me desvestí, humedecí mi frente con agua fría, y luego toda la cara. Me vi frente a un espejo: había adelgazado mucho, también había rejuvenecido; pese a la expresión de agotamiento y los ojos cargados, parecía un retrato más de Sonia que de Antonia a los cuarenta y cinco años, y no era lo único que retornaba, también la mancha verde debajo de mi costado. La apariencia del reflejo no era del todo femenina, tal vez por el pelo corto o por el rostro serio, y esa figura a la que le cae la piel en algunas partes del cuerpo, bien podría ser un hombre cansado o un raro animal que ha sacrificado su inocencia.

Por la radio, una voz chillona bramaba contando los desastres que un grupo de inmigrantes hacían en un almacén de cadena. Al pasar la media noche me tranquilicé un poco. Pensé otra vez en Hilda y se me ordenaron los pensamientos: a esta hora ya no puedo hacer nada, hay que esperar hasta que amanezca para buscarla. Curiosamente, a la mañana siguiente, los eventos del día anterior no resultaban tan insoportables como había imaginado, casi había olvidado el arma. Me lancé a la calle temprano; era víspera de fin de año y la ciudad estaba caótica durante el día, atiborrada de gente. Me alegré de haber salido a salvo de la pelea con la casera y del trato con el indigente, pero de sobra comprendía que cualquier cosa, por mínima que fuera, me llevaría de nuevo a perder la calma. Caminaba sobre una cuerda floja.

¿A dónde iba? Ya lo sabía. A dónde podrían haber llevado a Hilda sino a un hospital para pobres. Pasé antes por la farmacia y compré una aspirina y un energizante que bebí; de la farmacia fui directamente al hospital. Cosa extraña, antes de entrar, hirvió en mi corazón un raro enojo por eso de que tuviera que contentar a Hilda. Imaginaba su rechazo, sus gritos y lamentos y me llené de rabia. “Hoy no estoy para aguantarme a nadie”, pensé, pero cuando la vi me estremecí; un súbito sentimiento me hirió como un rayo. Ella estaba allí, en medio de unas cortinas, sobre una camilla desvencijada, apoyada contra la pared. La encontré consumida, demacrada, con el rostro pálido y la mirada perdida, como atontada. Permaneció así, varios minutos, sin moverse ni emitir ningún sonido. De pronto, en cuanto me vio, comenzó a agitarse, como si quisiera gritar, y arrebatada de furor, se lanzó con sus puños cerrados contra mí; lloraba y me golpeaba sin fuerzas. Una enfermera la sujetó y la llevó otra vez a la cama, ella no opuso resistencia.

—Alguien tiene que hacerse cargo de ella —me dijo la enfermera, o si no la sacarán hoy mismo.

Yo me consideraba obligada a ayudarla y me comprometí a pagar lo que hacía falta. Iría una vez más a buscar una casa de empeño y vendería algunas joyas, tal vez el anillo de esmeraldas o los aretes de perlas; todavía no quería deshacerme de la más valiosa. De buena gana hubiera ido inmediatamente, pero no quería irme sin hablar con Hilda.

—¿Cómo estás? —le pregunté—. Ella no contestó.

—No te preocupes…—le dije—. Nonu se está recuperando en una clínica para animales donde la dejé. Un señor gordo, de pelo negro, que también vivía en tu casa, me la ayudó a llevar, he estado con ella todos estos días, por eso no había podido venir antes, quería traértela de sorpresa, pero todavía no se puede.

Cuando mencioné lo de la perra, Hilda me volteó a ver.

—¡Nonu! ¡Nonu! —exclamó ella con sus manos y un frío sudor corrió por mi frente.

—Recuperaremos a los gatos y nos iremos a vivir con ellos las tres, tú y yo con la niña —le dije—. Nos vamos bien lejos, a un pueblo donde nadie nos conozca. Nos cambiamos de nombre y decimos que somos hermanas y que la niña es nuestra sobrina. Podemos comprar un lotecito pequeño, a las afueras del pueblo, con una casita, con suficiente espacio para el perro y los gatos, y podríamos adoptar otros perros si tú quieres. A Alicia le encantarán, así le pondremos a la niña, Alicia, a ella le gustarán mucho, se la pasará jugando con ellos. Estoy segura de que esa mujer no la reclamará ni la buscará, y si la busca, no nos van a encontrar. En el sur la tierra no es muy cara, podemos encontrar un sitio barato y bueno para vivir.

Yo hablaba exaltada, Hilda me escuchaba sin decir nada, muda como era.

—Y un piano, podemos comprar un piano y enseñarle música a Alicia. Tú también puedes volver a tocar; yo vi uno muy bonito en el centro, marca Honda, vino tinto, pero eso en cualquier parte se consigue, y con la plata que nos sobre podemos poner una tienda y vivir de eso. Tú, que tienes más experiencia, puedes atenderla por las tardes… yo todavía tengo dinero, con lo que hay nos alcanza, solo debemos hacer las cosas rápido, no dejar pasar mucho tiempo.

Se lo decía convencida. Esas palabras eran la única realidad, la única posibilidad que tenía. Agarré la mano de Hilda y se la apreté fuerte; ella también apretó la mía, y con ese gesto supe que se había reconciliado conmigo. Hilda fruncía los labios y lloraba, y ahora era ella quien me cogía fuerte, con ambas manos.

—Gracias—le dije, temblando por el llanto—. Hasta hace un momento no sabía qué hacer con mi vida, con toda esta situación. Tenía que buscarte y decírtelo a ti, sí, tenía que hacerlo, decírtelo, para saber que era posible. Me has dado fuerzas para continuar ahora… y mañana… ¡Muchas gracias! ¡Gracias, Hilda!

Tuve que tomar una bocanada de aire, pues me asfixiaba, cual si me hubiera olvidado de respirar mientras hablaba.

—Ahora tienes que ponerte buena, tranquilizarte y cuidar la salud. Eso es lo primero: cuidar la salud. Yo también voy a cuidarme, tenemos que hacerlo por nosotras, por los animales y por la niña. No te vayas a atormentar por nada, yo voy a salir a buscar a los gatos, y después paso por la veterinaria. Piensa en cosas buenas, en nuestro futuro con la niña; olvídate de tus penas, por lo menos hasta que yo vuelva.

—Así lo haré, así lo haré, Sonia. Vete tú también tranquila que aquí te voy a estar esperando, y me voy a poner buena para cuando regreses —dijo ella, limpiándose las lágrimas con las manos. En el momento de despedirme me cogió fuerte del brazo, como si temiera que por segunda vez la

abandonara.

—Quédate tranquila que regresaré… estaremos bien, te lo prometo —le dije exaltada y ansiosa.

Ella sonrió, esforzándose por mostrarse más serena, menos triste de lo que era.

No había tenido tiempo siquiera de llegar a la calle cuando recordé que cargaba en la cartera un par de zarcillos de oro. Regresé a la habitación para entregárselos, intenté persuadirla de que los guardara, pero no quiso, los metí de nuevo en la cartera y volví a salir. Hacía un tiempo claro, frío.

Era ya un poco más de medio día. No sabía cómo iba a llevarme a la niña, cómo iba a encontrar a los gatos de Hilda, dónde vendería las joyas para el viaje, ni a dónde iríamos, solo sabía que se trataba de la última oportunidad que tenía. Eché a correr en dirección al barrio donde había vivido Hilda. A pesar de la situación, sentía que había comenzado a dejar aquellas horas terribles, que todo se podía todavía solucionar, y empecé a respirar más fácilmente. Me remordía la conciencia haberle mentido a Hilda sobre la perra, pero pensé que ya había sufrido suficiente y que estaría más tranquila si creía que había muerto cuidada en una clínica.

Estuve toda la tarde y parte de la noche tratando de encontrar a los gatos. Temí que el ruido de la pólvora los hubiera espantado. Al final no sabía lo que buscaba ni qué hacía en la calle, me sentí impotente, desconcertada, a punto de desfallecer. Me senté en una banca, habría querido no pensar en nada, eran casi las once.

A esa hora reinaba un silencio mortal, como una ciudad fantasma. El camino hasta el edificio se me hizo interminable. A medida que me acercaba me asaltó un miedo absurdo, injustificado, me llené de incertidumbre. Los planes que en la mañana se veían perfectamente realizables, ahora me parecían demasiado vagos e inciertos. Comenzaban a flaquear de nuevo mis fuerzas. Más tarde, cuando ya todo pasó, recordé muchas veces ese día, las horas junto a Hilda, los minutos antes de llegar al edificio. Desde lejos advertí que estaba acordonada la entrada del edificio, había mucha gente afuera, patrullas de policía y una ambulancia. Un frío me atravesó el cuerpo y tuve la sensación de que había ocurrido algo irreparable, algo que nunca debió ocurrir. Corrí hasta la entrada.

—Era una niña —alcancé a oír entre la agitación y me estremecí.

—¡Se suicidó! —dijo una señora.

Al oír aquello, sentí que el mundo se desplomaba, que me aplastaban el corazón.

—Se suicidó —repetía un hombre sin ningún tipo de perplejidad ni asombro—. La encontraron ahorcada.

—¡Está muerta!

—Viven en el 302…

Yo estaba tan aturdida que apenas si podía moverme. Pero ¿qué era eso?, ¿qué era estar muerta? No tenía cabeza para saberlo, solo sentía un violento deseo de no estar allí, de salir de esa situación, de volar… las voces de la gente y el ruido de las sirenas me precipitaban de nuevo a la angustiosa realidad; entonces entendía lo que era la muerte, lo que había pasado. Me quedé paralizada, sentí que todo se detenía, que la vida se detenía, que todo estaba perdido, que ya no había motivos para moverme. Intenté aferrarme a algo para no caerme, caminé hasta la pared, sin darme cuenta de lo que hacía, con un gesto maquinal, y me apoyé contra el muro, rígida como el cadáver que acababan de subir a un auto. Por instantes me dejaba llevar por la verborrea de la gente y me olvidaba de todo, prestaba atención a sus voces sin entender nada. Por último, todo quedó en silencio; los carros y la gente se fueron. Sentí un sobresalto y me moví, entré en el edificio y subí las escaleras. Adentro todo parecía vacío, como si hubiera caído una bomba. En el

tercer piso la puerta estaba abierta, cercada por un par de cintas amarillas. El fondo estaba oscuro; aquella oscuridad me produjo miedo. Finalmente, subí hasta mi casa, abrí y cerré tras de mí la puerta. Aquella noche perdí el sentido muchas veces, estuve como una loca, con fiebre y alucinaciones. Soñé que gritaba. Si alguien me hubiera preguntado si estaba triste le habría contestado que no, que estaba vacía.

La mañana fue peor, escuché el ruido de los tacones de Margot en las escaleras de abajo y lo recordé todo. En un primer instante pensé que no era verdad, que acababa de soñarlo, después me levanté y me asomé por la ventana, afuera aún estaban las vallas sobre la puerta, las farolas de la calle continuaban encendidas. Me volví y miré hacia adentro, perpleja y desorientada; la desolación y la repugnancia se apoderaron de mí. Tenía frío y me temblaban las manos, sentía que los intestinos me fallaban, di unos pasos en dirección al baño, tenía sed, quería tomar agua, pero me acometió el llanto y me dejé caer, sin fuerzas, sobre un diván.

—¿Ya lo habrán cogido? ¿Ya se lo habrá llevado la policía? —me pregunté, pensando en ese hombre, y de pronto, como si una mano me apretara el corazón, sentí que me asfixiaba y de un brinco salté del diván y me puse de pie para tomar aire. Entonces recordé lo del suicidio. El corazón me palpitaba con tal fuerza que no podía controlarlo, no era capaz de dominarme, ni siquiera podía tomar aire, y en mi cabeza golpeaba la palabra suicidio. Caí al suelo, el golpe amortiguó la desesperación, pero comencé a atormentarme de un modo insufrible. Sabía que la niña no se había suicidado, que ese hombre la había matado. Tenía que ir y denunciarlo inmediatamente. “Ahora mismo”, me dije y me levanté, corrí como estaba hasta la puerta, salí y bajé por el ascensor del edificio.

Pero ¿con qué pruebas? Yo sabía que él lo había hecho, pero no tenía cómo probarlo. “Que la policía las busque”, me dije. Les daré mi testimonio, tendrán que hacerle exámenes al cuerpo de la niña y encontrarán las huellas de abuso. Corrí hasta la estación, avancé unos pasos más y me quedé paralizada en mitad de la cuadra. Yo también soy una asesina, yo hice lo mismo, no podía denunciarlo a él y no confesar lo que yo había hecho, pensé de repente. No entendía cómo me había olvidado de mí misma y solo hasta ese momento tenía conciencia del pasado. Sentí un desconcierto horrible, aquel dilema me atormentaba feroz e impacientemente. Por instantes volvía a olvidarme de mí y solo pensaba en ese hombre, en lo que le había hecho a la niña, y tornaba a correr de nuevo, camino a la comisaría.

—¿Ya lo han detenido? —le preguntaba a la gente por la calle.

—¿A quién? —me preguntaban algunos—. Otros me miraban de un modo raro y se apartaban.

Por momentos no sabía a dónde iba, lo veía todo como a través de una neblina, las luces de los carros, los rostros de la gente; había salido descalza, estaba pálida, desorientada. Un viento sucio arrastraba la mugre y la arrinconaba por los corredores. La tensión, insoportable, me producía una sensación oscura y quebradiza en el alma. Por fin encontré la plaza donde estaba la comisaría, un mezquino grupo de casas rodeaban el alto edificio de gobierno que a esas horas estaba repleto de gente. Al atravesar la puerta vi una escalera y me detuve, si subía y entraba en esa oficina iba a denunciar a ese hombre, pero también iba a entregarme, sabía que cuando lo delatara, iba a confesar lo que yo había hecho con mi hijo.

“¿Qué sentido tiene eso?”, dijo una voz dentro de mí. ¿Qué sentido tiene ahora? ¿Tiene algo sentido?… Nada lo tiene. Intenté retroceder, pero no pude moverme, si alguno de los extraños que bajaban por la escalera se hubiera acercado y me hubiera dicho algo, habría gritado y lo habría confesado todo, no el crimen de la niña, sino el de Esteban, habría gritado que asesiné a mi hijo, como si ya no recordara el motivo inicial que me había llevado hasta allí, pero nadie se

acercó. Comencé de nuevo a temblar y me invadió una sensación extraña: la de que acababa de regresar de la playa donde Esteban murió y había olvidado traer su cuerpo sin vida. Me arremetió un terror inaguantable, y sin pensar eché escaleras arriba y abrí una puerta de par en par; un grupo de personas que estaban sentadas, esperando a que las atendieran, me miraron, un guardia que estaba junto a la puerta se aproximó.

—¿Qué necesita, señora?

El mundo me daba vueltas, sentí mareo, el piso se hundía bajo mis pies. El policía intentó llevarme hasta un asiento, pero perdí el sentido antes, creí que había gritado asesino, después supe que no había pronunciado ninguna palabra.

Cuando recobré el conocimiento, estaba acostada sobre una camilla, en un pequeño cuarto de enfermería, en el piso de abajo. Una mujer, ya mayor, tal vez la encargada, me acercaba un algodón empapado de alcohol a la nariz. El policía estaba junto a ella. Yo aparté con la mano el algodón; sentía la boca y la garganta secas, pedí agua, la mujer se apuró con un vaso.

—¿Sabe quién es? ¿Dónde está? —me preguntó.

—Sí, en la estación de policía —le contesté mientras bebía un sorbo.

—¿Cómo se llama?

—En la estación de…

—¿Cómo se llama? —repitió ella con resolución.

—Sé cómo me llamo.

—¿Cómo?

—Le dije que sé cómo me llamo. Mi nombre es Antonia.

Me levanté de la camilla y caminé hasta la puerta, pero apenas si podía tenerme en pie, las piernas se me doblaban.

—¿Está borracha? —le preguntó el policía a la mujer.

—No —respondió ella.

—¡Señora!, ¡señora! Siéntese y descanse, no puede salir así, cuando esté mejor se va —dijo él, aproximándose y tomándome por los hombros.

—Me tengo que ir ahora…

—¿Le pasó algo?

—Me tengo que ir —le repetí con aspereza.

—¿A qué vino? —me preguntó la mujer—. ¿Qué le pasó?

—Por favor, déjeme ir, no quiero estar aquí —dije llorando, sin poder contenerme, ahogando el aliento con las manos.

Se miraron con inquietud. Yo volvía a sentir la tensión y la angustia de unos minutos antes.

—No podemos retenerla —dijo él, como justificándose—. La mujer se encogió de hombros.

En la calle, busqué un rincón apartado, a orillas del río; me tiré sobre la tierra y grité, grité y lloré, y así estuve largo rato, llorando y mordiéndome los labios, hablaba, pero no me daba cuenta de lo que decía. Me pareció que un par de jóvenes se detuvieron y me miraron por unos segundos, que un perro pasó por mi lado y luego salió espantado. No sé cuánto tiempo estuve así; después me levanté y caminé unas cuantas manzanas, con una rara calma, próxima a la locura, logré orientarme y regresé a la casa. Mis manos todavía temblaban levemente; durante el camino miré al suelo para evitar la mirada de los transeúntes; me chocaba estar descalza, sabía que tenía un aspecto extraño y lamentable.

La realidad es más terrible y a la vez más sencilla de lo que uno imagina. La puerta del tercer piso estaba otra vez cerrada, sin ninguna cinta, como antes. Afuera del edificio no quedaba

ningún rastro de lo sucedido la noche anterior. Al entrar en el apartamento me sentí vacía, y en ese vacío, la muerte y la suciedad se imponían por todas partes, pero no era la primera vez que experimentaba algo así: como en un *déjà vu*, algo que había vivido hacía más de veinte años volvía a suceder ahora, en el presente. Al entrar en el baño noté que una lagartija se había secado atrapada en una cinta para moscas. Aquel animal bien habría podido valer como un presagio, pero ya nada me importaba, ningún signo, ninguna señal, nada podía sorprenderme, lo había vivido todo. No era solo la desilusión por ver lo vanos que resultan los propósitos humanos cuando se enfrentan con los hechos; era algo más, era como si mis peores miedos, las peores visiones de mis pesadillas se hubieran quedado cortas frente a la realidad, como si con el asesinato de la niña hubiera terminado de perder lo que me hacía ser lo que yo era, lo que me hacía humana, y aunque eso había empezado más de veinte años atrás, ahora era definitivo y no tenía vuelta… el vacío era definitivo.

Tomé un baño de agua fría y me acosté. Entretanto, anocheció, dormí un tiempo largo y sin sueños. Al otro día, muy temprano, alguien llamó afanosamente a la puerta; era Margot. Al abrirle hizo un gesto extraño, como si hubiera esperado encontrar a otra persona, me miró con detenimiento y al instante agachó la cabeza y comenzó a llorar, las lágrimas le corrían a raudales.

—No he tenido para ponerle una lápida a mi niña, debo hasta lo del entierro. Los del noticiero dijeron que iban a ayudarme, yo le pedí a la gente colaboración por la televisión, pero no me han dado nada…No es para mí, sino para mi niña.

Aquel ruego no procedía de un corazón sincero. Sentí asco y pena, el mismo sentimiento entre repulsión y lástima. ¿Tenía al frente a una mujer cínica o a una cobarde? Aquella mujer solo era un ser privado de coraje y de bondad, pero eso ya no importaba; como he dicho, nada podía sorprenderme. Entré al cuarto y busqué dinero, ella me siguió sin que me diera cuenta, cuando saqué las joyas del rincón donde las tenía escondidas, se sorprendió de verlas, yo me eché hacia atrás, escogí una pulsera de oro blanco y se la extendí, cuando ella fue a cogerla, sin apartar la vista de las demás, le dije:

—Dile que si no viene lo voy a ir a denunciar. Si no lo haces te denuncio a ti también y te hundo en la cárcel, así me muera, te dejo hundiendo. Dile que lo estoy esperando.

Se quedó mirándome en silencio, no tuvo el descaro de preguntarme a quién me refería, permaneció inmóvil unos segundos, como indecisa, luego tomó la pulsera y se fue. Quise decirle algo más, pero me interrumpí y dejé que se fuera, me pareció que cuando Margot llegó al umbral de la puerta estuvo a punto de devolverse.

Por la ventana sin cortina entraba la luz de la mañana y dibujaba un cuadro en el suelo, me acerqué, miré a la calle y la cerré, después me senté en la sala a esperar. Me estuve así varias horas, inmóvil, esperando a ese hombre; sabía que iría, tal vez no ese mismo día ni el siguiente, pero iría. Quería enfrentarlo, verlo a la cara, que me confesara que él había matado a la niña y que pagara por eso. No tenía miedo, me habría quedado en esa postura hasta que él viniera, si no fuera porque sabía que mi cuerpo había llegado al límite de su resistencia.

Al día siguiente me arreglé con esmero, como si fuera para una fiesta y salí. En realidad, no deseaba ir a ninguna parte, caminaba por las calles con la indiferencia de una máquina. La mañana transcurrió lentamente, fui primero a una casa de empeño, luego al restaurante de un hotel en el que desayuné exageradamente con la esperanza de que el temblor en los labios fuera un efecto del hambre, y de allí a la clínica donde estaba Hilda. Pagué la deuda del hospital y dejé un anticipo para los próximos días, pero no quise ver a la enferma. Al salir del hospital sentí una mirada escrutadora detrás de mí, cuando me volví, un hombre se escabulló con rapidez y entró en

una tienda, lo seguí por un momento con la mirada, hasta que el trajín de los transeúntes me devolvió a mi estado de indiferencia. Sospeché que había sido Alonso, después supe que fue Orlando quien me reconoció.

Algunas veces un frío mortal me recorría la espina dorsal y bajaba en forma de debilidad por mis piernas. La turbia conciencia de culpa que sentía por la muerte de la niña no me dejaba tranquila, entonces tenía que detenerme. En una de esas paradas un hombre se acercó y me preguntó si necesitaba algo, yo le respondí rápido, con apatía, que no necesitaba nada, nadie podía ayudarme, como tampoco yo había ido más allá de los terribles lugares comunes de la impotencia, la desesperación y el odio a la hora de hacer algo por alguien.

Llegué antes del mediodía al edificio. Cuando se abrió el ascensor encontré la puerta del apartamento abierta, habían desvencijado la chapa y entrado. Adentro todo estaba revuelto, pensé en las joyas y me arrastré con desidia hasta la habitación, se lo habían llevado todo, hasta el último peso. La imagen de Margot me vino a la cabeza, bajé hasta el tercer piso y llamé a la puerta, pero no había nadie. Busqué por todo el edificio; en el garaje, el encargado del aseo, un viejo enclenque y larguirucho, me dijo que Margot acababa de irse y lo había dejado regalando todo.

—¿Y él? —pregunté.

—¿Quién?

—El tipo que vive con ella…el que mató a la niña…

El viejo me miró perplejo, como si no consiguiera entender lo que le decía.

—No lo sé, iba sola.

—¿Pero lo ha visto… al hombre que vive con ella?

—No, señora…

Subí las escaleras y vi la entrada del luminoso apartamento con amargura.

Me sentí desorientada e insegura. Ya no me quedaba nada, de nuevo volvía a ser una mujer despojada de todo, menos de su odio. Allí, de pie, no comprendía por qué no me había desecho de esas joyas, arrojándolas a la calle o regalándoselas a un pordiosero el mismo día que ocurrió lo de la niña, cuando todo había terminado para mí. Ahora me atormentaba que se las hubiera llevado precisamente ella. “Bueno, pues así tenía que ser”, me dije. Ahora ya no podía hacer otra cosa sino estar allí y esperar, esperar a que ese hombre llegara, a que se produjera nuestro encuentro. Jamás había esperado así a un hombre. Sentía que lo había visto y vivido todo, que ya nada podía sorprenderme, que estaba preparada para cualquier cosa, y, sin embargo, temblaba a punto de enloquecer de solo imaginar que ese hombre no llegara, que hubiera huido solo o con Margot y no volviera a verlo; podía aceptarlo todo, aguantarlo todo, menos eso. Lo esperé. Los días se confundían con las noches, algunas veces una angustia horrible se apoderaba de mí, daba vueltas de un lado para otro con el corazón palpitante; tenía miedo, la ansiedad era lo peor. Yo conocía y temía tal disposición de mi ánimo. Si ese hombre no venía… si se fue con el dinero…. Otras veces me enfrentaba sola al asedio de los recuerdos del pasado, de Adrián, Alonso, Manuel, Esteban… Esther… Lucía.

Sí, estaba sola, todos los que contaban para mí ya no existían. Volvía a estar vacía. Solo quedaba el sonido de los aires acondicionados o de la planta de energía. No era cierto que estaba preparada para cualquier cosa, no a todo se acostumbra uno mientras vive. Tenía que encontrarme con ese hombre. ¿Para qué? ¿Qué buscaba?: ¿justicia?, ¿venganza?, ¿una vida distinta? Lo ignoraba, solo sentía un extraño deseo de que él llegara, de ver la cara de mi enemigo, de que todo por fin se resolviera.

A veces cogía el teléfono con la intención de llamar a la policía, pero no lo hacía, me quedaba con la bocina en la mano durante minutos, sentada, inmóvil, sin saber qué decir, con la cabeza embotada, imaginando lo que pasaría cuando ese hombre llegara.

—¿La he hecho esperar mucho? —me preguntaba él en las fantasías de mi mente.

—El tiempo necesario.

—¿Por qué estaba tan segura de que vendría?

—Porque desde esa noche nada importa, y ni usted ni yo podemos hacer nada por evitar lo que viene.

—¿Y qué es lo que viene?

—Esto es lo que viene.

—¿Qué?…

En el fondo, una oscura certeza me decía que aquel hombre vendría. La puerta hacia el pasillo del edificio permanecía abierta, sin chapa; adentro, solo una lámpara de escritorio proyectaba su inútil luz sobre la sala. Un par de noches antes de producirse nuestro encuentro me acordé de la pistola, la busqué con desesperación, como si fuera lo único que tenía, la encontré en el fondo de una caja, debajo de la cama, envuelta entre unas blusas viejas. No sé por qué Margot no se la llevó cuando sacó las joyas. La limpié con una de las blusas y la dejé sobre la mesa.

—Si hasta el martes no viene voy a buscarlo antes de quitarme la vida —pensé.

Esa misma noche barrí y ordené la casa, se me hacía insufrible esperar en medio de aquel abandono. Lavé los baños, limpié la estufa y acomodé los platos en la cocina, sacudí el polvo de los muebles y tendí la cama; por último, organicé los cuadernos donde había transcrito los apuntes de Manuel y la libreta de poemas de Esther y los dejé visibles, encima de un armario. Eché de menos algunas flores que me habría gustado poner en la sala, pero aquello era tan absurdo como alistar la mesa en un barco que se hunde. Por momentos me invadía una sensación de miedo y de vértigo, solo el arma me producía un mínimo de calma en la inseguridad.

Pasaron dos días más. Yo no quería pensar en nada, mi único deseo era que todo se resolviera rápido. Dormía poco, permanecía sentada al pie de la ventana, observando quién entraba y quién salía del edificio, desde que despertaba, hasta la una o dos de la mañana del día siguiente. A veces quedaba paralizada por una extraña tensión en la nuca. Mi enemigo me visitaba en sueños, con una voz que no era la suya. De pronto, una noche, lo vi atravesar la calle y entrar al edificio. Me quedé perpleja y me puse pálida. Era domingo; desde la sala oí sus pasos aproximarse por la escalera y detenerse junto a la puerta. Una sensación de frío mortal me atravesó el alma, creí que se me estallaba el corazón. ¡Dios mío! “¿A qué he hecho venir a ese hombre?” Me dije y me llené de pánico. Nunca había sentido el peligro como en ese instante, de una forma tan viva; puede que los animales sean los únicos seres capaces de percibir el peligro de esa manera. Aquella figura oscura permanecía sin moverse, proyectando una sombra muda por debajo de la puerta. Estuve a punto de gritar, como si temiera algo mucho peor que la muerte, y me habría enloquecido y dejado vencer por el terror, de no ser porque comprendí que la muerte era el límite y yo no le temía a morir; un corrientazo me bajó por la espina dorsal y me invadió una fría calma; entorné los ojos y lo miré entrar, él avanzó por el pasillo en silencio, sujetando un lazo en la mano. La poca luz que proyectaba la lámpara reducía el espacio a una intimidad de víctima y verdugo.

—Habrá otro suicidio esta noche —dijo él en voz baja, muy serio.

Me desagradó que dejara ver sus encías mientras hablaba. Intentó empujarme con un gesto brusco, pero yo ya le había disparado; cayó al suelo, como un bulto pesado, estaba herido en la

pierna derecha. La sangre brotó por encima de la tela y manchó las baldosas. De nuevo una sensación de frío mortal me cortó por la espalda.

—¡No! —exclamó él, turbándose sin transición y protegiéndose el rostro con las manos.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

Me miró atento y confuso, pero no me oyó o no me entendió.

—…usted, ¿cómo se llama? —le repetí.

Me miró con extrañeza, como si nunca hubiera esperado tal pregunta.

—Raúl —dijo.

—Yo me llamo Sonia —le dije sin dejar de apuntarle, a dos metros de distancia.

De pronto, para mi asombro, soltó una carcajada y se incorporó, sin dejar de reír.

—No juegue a eso que usted no es así —me dijo, e hizo el amague de ir hacia la puerta.

—¡No se vaya! —le grité casi enajenada—. Tan pronto él se dio vuelta le volví a disparar, esta vez la bala le atravesó la rodilla. Se tambaleó y se dejó caer, casi en el mismo sitio donde había estado antes. Me giré para verlo a los ojos, él me sostuvo la mirada; su mirada era fría, como la hoja de un cuchillo.

—Usted se llama Antonia —dijo, frunciendo morbosamente los labios, tal vez por el dolor.

—Soy Sonia —le dije.

—Eso no importa. Usted no es así y lo sabe, una mujer como usted es incapaz de matar una rata. Seguro que le dan miedo las ratas…

Yo temblaba toda, sentía que el arma me pesaba mucho, que se me iba a caer de las manos, y que un ardor en los ojos no me dejaba ver bien. Bajé por un momento el arma y me limpié el sudor del rostro con el revés de la mano.

—Deje esa pistola —dijo.

—¿Por qué sabe que no soy así?, ¿por qué dice eso?

—Lo sé, usted es una mujer buena. Llame a la policía, deje que ellos se encarguen de esto.

—Maté a mi hijo de cinco años cuando tenía 27, puedo hacer cualquier cosa —dije y volví a apuntarle con el arma.

—¿A qué hijo? Usted no tiene hijos, vive sola. Esa niña no era su hija, usted no le hizo nada, yo tampoco, ella se mató sola, usted está confundida si cree que yo le hice algo.

—Maté a mi hijo de cinco años. Nunca se lo había dicho a nadie…sí, se lo dije a alguien, pero creo que ya estaba muerta cuando se lo dije.

Su semblante, lívido por la pérdida de sangre, pareció trastornado.

—No me importa eso, no me importa lo que usted haya hecho… —dijo, fingiendo desinterés.

—Puedo hacer cualquier cosa —repetí en voz baja, moviendo la cabeza.

—Yo solo vine aquí para aclararle todo, que yo no le hice nada a la niña, para que me dejara en paz. Usted no me interesa.

Caminé unos pasos y encendí la radio; una patética canción, en una voz chillona, bramaba las penas de un soldado. Él miró indeciso la sala, el suelo donde estaba tirado, sus manos mojadas de sangre.

—No hay nada más terrible que los hechos —le dije—. Nadie, ni siquiera usted o yo, es capaz de imaginar cuántas cosas tuvieron que pasar para que estemos hoy aquí.

—Ya le dije que eso no me importa.

—Maté a mi hijo…

—Mató a su hijo, y quiere vengarse conmigo de lo que usted hizo. Por eso me ha estado persiguiendo. ¡Ni siquiera era por esa niña sino por usted! —dijo, levantando la voz.

De pronto sentí un desconcierto horrible, temí perder la conciencia, me esforcé en fijar la vista en los objetos para saber dónde estaba. Aquel hombre callaba, aunque ni por un segundo dejaba de hurgar mis movimientos con su mirada. Comencé a dar vueltas por la casa y a divagar, en algún momento me olvidé de todo, me volví de cara a la pared y cerré los ojos, me sentí en uno de esos instantes cercanos al sueño en que la mente se llena de imágenes difusas y ya no sabemos lo que pensamos.

—…las botellas —dije, sin saber lo que decía. Al oír mi propia voz di un brinco y desperté, solo habían pasado unos segundos; miré la habitación y recordé que no estaba sola, que ese hombre estaba allí. Al verlo me invadió una rabia enloquecedora, como si él tuviera la culpa de todo.

—Si usted no soporta la vida por lo que hizo deme el arma y yo le pego el tiro —me dijo. Le disparé y le rocé el hombro, volví a disparar y le di en la otra rodilla. Los disparos sonaron por todo el edificio. Después del cuarto disparo aquel hombre comprendió que no era un juego, que lo había perdido todo.

—Si habría sabido lo gran puta que eras no hubiera traído un lazo. Ahora tendrás que matarme —dijo con voz ronca.

Me miraba con rabia. Yo temblaba de la excitación. Quería que todo terminara ya, pero no podía contenerme, no podía dejar de hablar.

—Hace poco fui donde un cura, una semana antes de que usted matara a la niña. Estaba desesperada y entré en una iglesia, le conté al cura lo que usted le hacía a la niña, le hablé del odio que yo sentía por usted, le dije que no sabía si lo odiaba por lo que le hacía a la niña o por la necesidad que yo tenía de odiar a alguien. Me dijo que en la vida había que tomar decisiones, que yo sufría porque sabía que, pese a mi voluntad, tenía que hacer algo.

—No quiero oír eso, ¡dispare ya! ¡No quiero oírla…! ¡No quiero oírla!

—Aquel cura no me entendió. No creo que lo que ahora me atormenta sea que me halle de este lado, del lado de los débiles, de los impotentes, que por cobardía también se han vuelto malos por no hacer nada para impedir el mal, se han vuelto cómplices, responsables de ese mal… de la muerte de esa niña. Lo que me atormenta es que cuando me enfrento con usted no me estoy enfrentando con alguien distinto a mí, sino conmigo misma, con la mujer que mató al hijo, y ahora lucho conmigo misma, pero del otro lado, ¿entiende?, del lado de los débiles, de los indiferentes, que también son malos y están podridos por dentro, de los que solo queremos vivir tranquilos. Pero ya no es posible… ya no es posible. ¡Ya no es posible! —grité— y en este lado también pierdo, también pierdo.

—No le entiendo, no quiero oírla, máteme ya, ¡máteme ya! —gritó.

—¿Tiene miedo? Cuánta angustia hay en sus gritos. Se calla para no mostrarme su lado flaco, no le dé vergüenza, todos nos angustiamos y lloramos. Siga gritando, no se calle ni me mire así, grite, revuélquese en el suelo, grite que lo mate. ¿Ya no quiere gritar…? ¿Le da vergüenza porque soy una mujer? Cuánto ego tienen los hombres, a dos pasos de la muerte y les importan tantas tonterías. Si ya no va a gritar puedo seguir hablando, aunque sus ojos gritan. Me aparta la mirada, qué ridículo.

Quisiera que entendiera lo que acabo de decirle, pero sé que no puede entenderme. Me acabo de acordar de mi padre justo en este momento, que raro ¿será que también me estoy deshaciendo de él al matarlo a usted? Con esas cosas nunca se sabe. ¡Se me ocurren tantas cosas en este momento!, pero no importan, son puras tonterías.

Creí sentir pasos en el pasillo, agucé el oído y caminé hasta la puerta, pero todo estaba

tranquilo, no había nadie, tampoco en los pisos de arriba, ni abajo. Me sentía mareada, ebria por la excitación.

—Yo sé de qué somos capaces los seres humanos cuando sentimos que ya no nos queda nada, no sé si usted lo sepa, a usted parece importarle mucho la vida, a mí no… ya no —continué—. Los narcotraficantes, cuando se vuelven ricos y se retiran del negocio, tienen que esconderse; eso sí debe saberlo usted. Se esconden para que no los maten, se esconden durante meses, hasta por años. Toman todas las precauciones, las primeras semanas no hay problema, no salen de su escondite, se sienten seguros y a salvo, pero con los meses, una suerte de locura los hace salir a la calle, andar en sus carros y hacer fiestas. Quieren volver a la vida de antes, y entonces salen, como si se hubieran olvidado de todo, salen y se lanzan a las balas de sus enemigos…Ya no nos queda nada, eso sí lo sabe, ¿verdad? Lo siente, en este momento ya no nos queda nada —dije y levanté el arma apuntándole a la cabeza. Su enorme cuerpo parecía ingrávido.

—Por ella —le dije y disparé.

En cuestión de segundos sus rasgos personales se desdibujaron y solo quedó un cuerpo frío e inerte. Ahora comprendía lo que era la muerte, el poder de la muerte; entendía eso de que la muerte es capaz de arrebatarnos la vida, no solo los latidos del corazón o el flujo de la sangre por las venas, sino todo lo que somos, la vida que somos. No había notado eso cuando murió Esteban, tal vez porque era muy niño.

Solté el arma, me apoyé contra la pared y me dejé resbalar hasta quedar sentada en el suelo. Hacía calor y olía a sangre, pero yo estaba fría, mojada por un sudor frío que me pegaba el cabello a la frente. Vomité; vomitar me alivió. Me quedé unos minutos así, como ida, sin pensar en nada; había perdido toda facultad de discernimiento. Después me invadió una tristeza profunda, insoportable; me sentía vacía, pero tenía la convicción de que todo por fin se había resuelto definitivamente.

No sabía qué hacer ni dónde meterme para huir de la tristeza. Me levanté y caminé hasta la puerta, me asomé al pasillo, pero no había nadie.

—¡Buenas! —grité. Nadie contestó. Pedí el ascensor y subí hasta el octavo piso, salí y timbré en uno de los apartamentos. Un hombre gordo, en bata, al que nunca había visto, se asomó del otro lado de la puerta.

—¿Tiene teléfono? —le dije—. Soy su vecina.

—Sí, pero ahora estoy ocupado, no puedo ayudarla.

—Acabo de matar a alguien, llame a la policía…

1

Lo peor había pasado. Después de entregarme, no me llevaron a la cárcel, me trasladaron a una habitación en el sótano del edificio de gobierno, reservada para los detenidos, a quienes aún no se les había resuelto su situación judicial. Los muros gruesos de ladrillo destilaban una sombra húmeda, interrumpida por un angosto tragaluz que daba a uno de los patios internos. Muchos años antes, al llegar a P. con mi padre, cuando caminaba por el centro de la ciudad, había atravesado con paso lento la fachada del edificio, con la mirada clavada en los balcones. Me gustaba contemplar ese diseño cargado de orgullo que emulaba un palacio europeo. Ahora, difícilmente podía imaginar que el sótano en el que estaba formara parte del mismo edificio.

Los primeros días transcurrieron en una suerte de inconciencia. Me sentía fría, como si me hubieran vaciado por dentro. No pensaba ni quería pensar en nada; luego, al cabo de una semana, me fui poniendo tensa, impaciente, desorientada. Cuando el lunes me anunciaron la visita de un abogado, me negué a recibirlo. La misma situación se repitió dos veces más; el abogado llegaba,

me esperaba media hora, levantaba un acta, apuntaba mi nombre y se marchaba. Finalmente, accedí a recibirlo, más por quitármelo de encima que por estar interesada en mi defensa. Había pasado un mes de lo ocurrido. El abogado era un sujeto joven, bajo de estatura, con los hombros caídos, lo que le daba un aspecto infantil. Iba acompañado de un hombre viejo, alto, serio, que pasaba los setenta años. Algo en su rostro me resultaba familiar, pero no sabía de qué. Después de presentarse, el abogado me dijo que le habían asignado mi caso. Me preguntó si tenía algún problema en que el otro hombre nos acompañara.

—El doctor A. es profesor de la universidad. Está haciendo una investigación sobre derechos humanos, quiere saber si puede estar presente mientras hablamos, solo hoy, como observador.

El otro permaneció de pie, en la puerta, sin decir nada. Giré la vista para verlo; estaba con la cabeza agachada, había algo de antipático en su rostro. Consentí que nos acompañara, pero al instante un extraño sentimiento, como de amargura, me quemó en el pecho, me llené de rabia por haber aceptado, me incomodaba su presencia.

—¿Cómo se siente aquí? ¿Cómo la han tratado? ¿Se ha sentido bien? —me preguntó el más joven y se sentó maquinalmente en una pequeña banca que había junto a la mesa.

—Normal —le dije—. Bajé la cabeza y tomé aire por la boca en un suspiro.

—Usted debe saber que por ley le corresponde un abogado para su defensa, si no tiene o no puede pagar uno. Yo voy a estar a cargo de su caso, la idea es que me cuente su versión de lo que pasó. Usted disparó cinco veces contra un hombre que murió el sábado 8 de … a la madrugada…

—Domingo —le dije.

—…domingo, ah…, tenía sábado —dijo él y sacó un pañuelo de papel para limpiarse el sudor que le caía de la frente.

A primera vista pensé que era un poco insignificante y ridículo, sobre todo por la forma en que estaba vestido: traje de paño marrón oscuro, camisa de cuello alto, zapatos de charol, gafas de sol, pero no estaba tan segura que dentro de su gremio pudieran juzgarlo de la misma manera.

Traté de ser amable, pero me invadía tal desaliento que no me sentía capaz de hablar sino con frialdad y desprecio. Además, mi suerte actual me importaba muy poco, pensaba en ella con indiferencia y así se lo hice saber. Aun así, respondí a todo lo que me preguntó; por supuesto, tuve que hablar de la niña, de mi llegada al edificio, de lo que ese hombre había hecho, y mientras lo decía me entró desánimo y susto.

—¿Tiene pruebas de lo que me ha dicho? —preguntó el abogado cambiando súbitamente de tono, con cierta autoridad.

—¡Pruebas! No tengo pruebas, estoy cansada, no quiero buscar nada —dije y levanté la cabeza, pero no lo miré a él sino al otro que seguía parado en la esquina.

—Entiendo, pero las pruebas son muy importantes para su defensa… —dijo el joven con impaciencia.

—¿Puedo preguntarle algo? Solo un par de cosas. ¡Perdóneme! —interrumpió de pronto el otro, moviéndose unos cuantos pasos de su sitio.

Lo miré sin contestar.

—¿Por qué no denunció a ese hombre a la policía?

—Porque no habrían hecho nada —le dije.

—Y ahora, ¿cree que la van a condenar por lo que hizo o que saldrá libre?

—Que me van a condenar.

—¿Está segura?

—Sí, estoy segura —le dije, sin ninguna esperanza.

—Eso es todo —dijo él esbozando una sonrisa que palideció antes de que volviera a hablar. —Me ha sido usted de gran ayuda. Perdone si la he molestado.

Volvió donde estaba antes y cómo si quisiera escurrirse suavemente sin ser notado, hizo el amague de ir hacia la puerta; el otro también se levantó, guardó un lapicero que había puesto sobre la mesa y me tendió la mano.

—Volveré mañana…—dijo.

El más viejo se dio prisa en salir, pero después de haberse marchado, volvió y dijo:

—Muchas gracias, señora. Mucho gusto en conocerla —y desapareció.

Sentía un cansancio físico terrible, pero no podía dormir. Pasaba las horas entre la ansiedad y la indiferencia. Estaba ansiosa, como si esperara algo, aunque no esperaba nada, y aquello me producía una oscura aversión contra mí misma. Ahora debería estar tranquila… ¿por qué no podía?, ¿siempre iba a estar así? ¡hasta cuando! A veces no podía contenerme y me echaba a llorar, llena de rabia. No quería nada, no me importaba nada, sentía ganas de arañarme la cara. De cuando en cuando, un guardia lanzaba una mirada rápida por la pequeña ventana de la puerta.

Al día siguiente no acudió el abogado sino el viejo que lo había acompañado la tarde anterior. Lo que ese hombre buscaba, yo misma lo ignoraba. Al entrar en el cuarto de visitas, antes de acercarse, me contempló en silencio durante casi un minuto; yo lo miré confundida.

—Buenas tardes, doña Antonia. Es ese su nombre, ¿verdad? —dijo y descargó un paraguas mojado y un gabán de paño.

—Sí —le dije maquinalmente.

—¡Qué rara es la gente! Figúrese que venía para acá y me topé aquí cerca con un hombre que venía hablando solo. Bueno, mucha gente habla sola, pero generalmente en su casa, cuando nadie los ve, no en la calle. ¿Con quién hablarán? ¿Habla usted sola? Es muy raro, creo que uno no se da ni cuenta cuando habla solo, ¿no le parece? Pero cuando vi a este tipo me puse a pensar que hay mucha gente media loca y desesperada por la calle. Si uno se pone a mirar con cuidado a la gente, acaba dándole miedo… en fin, perdóneme que le hable de esto, pero es que me impresionó mucho ver a ese hombre. No sé por qué, tal vez porque venía para acá, pero bueno, no le he dicho por qué he venido yo y no Carlos, el abogado que estuvo ayer y habló con usted… Yo soy un poco hablador, aunque no lo hago con todo el mundo, no soy así con todas las personas… espero que no le moleste.

Abrió una cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Caí en la cuenta de que tenía un ligero acento extranjero, pero indescifrable. La última vez que había oído a alguien con esa entonación fue de niña, a uno de los amigos de mi padre.

—Generalmente, no dejan fumar aquí, pero a esta hora está vacío, no hay nadie. ¿Quiere uno? —me preguntó:

—No —contesté de modo inconsciente.

—Es por el frío, y… mentiras, es un vicio que tengo desde los diecinueve años y no me lo pude quitar, y digo que no pude, porque a estas alturas… pero bueno… me pierdo a veces si no me atajan. Le decía que no vino Carlos sino yo. Quién soy yo: ayer no me presenté, mi nombre es Augusto Q., soy abogado, bueno, la verdad estudié muchas cosas, leyes, filosofía, tengo un doctorado en Derecho, pero nada de eso importa, es puro formalismo. No importa aquí, entre usted y yo, en otros ámbitos importa mucho, por eso dediqué tanto tiempo a hacer eso. Pero bueno, por qué vine yo… Además, he trabajado por más de treinta años en la rama judicial, fui juez, me jubilé hace unos años, y de vez en cuando ejerzo, cuando un caso me interesa, y a mí me interesa el suyo y quiero defenderla. Por eso vine ayer con el otro muchacho, por eso estoy

aquí hoy. Vine a ofrecerle mis servicios, no soy un abogado de oficio, esto no me lo va a pagar el Estado, usted tampoco me tiene que pagar nada, ya le dije… soy pensionado, no necesito más de lo que me gano. Mi interés es otro, cuando la escuché a usted ayer contar lo que sucedió… ¡Bueno!… ese monstruo al que usted mató… aunque todos tenemos algo monstruoso por dentro —dijo bajando la voz—. No quiero que le parezca esto una especie de broma, puedo pedir que alguien de aquí le certifique que lo que le he dicho es cierto, me refiero a mis títulos y a mi experiencia, a eso…

—No es necesario —dije.

—Bueno, pues a eso he venido.

Bajé la cabeza y me cubrí el rostro con las manos.

—Tranquila, sé que no es fácil —dijo con tono neutro.

Una extraña irritación me hirvió en el pecho. Levanté de pronto la cabeza y lo miré a los ojos.

—¿Qué no es fácil? —le pregunté.

—No lo sé, este lugar, estar aquí, un calabozo no es un lugar amable. Tal vez el encierro le haya hecho pensar muchas cosas. Bueno, es lo que dicen todos, no estoy queriendo decir que usted sea igual a todos los que he tenido que defender… aunque ocurre muy a menudo que… Bueno, solo quería saber cómo se siente.

—Cansada —dije con voz débil—. Cansada —repetí ensimismada.

—¡Claro! —asintió él, luego se llevó la mano a la boca con un raro gesto.

—No quiero quitarle hoy mucho tiempo, quiero que descanse. Me he tomado el trabajo de revisar su caso. La verdad me interesa mucho, otro día le contaré por qué, no es por nada extraordinario, solo una investigación académica que estoy haciendo; bueno, eso de académico suena muy pretencioso, académico, conocimiento…, no, lo mío es algo más simple, más sencillo. Pero bueno, no quiero abrumarla con eso hoy, solo quería que nos conociéramos y decirle que creo que puedo sacarla de esto, si usted quiere. Solo tendría que decirme todo lo que sabe, el otro día ya la escuché, pero necesito que hablemos más, quiero preguntarle unas cosas, y para eso tiene que estar descansada, tranquila. Voy a dejarla un par de días hasta que se recupere un poco; no muchos, no tenemos mucho tiempo, pero necesito que esté tranquila, que haya descansado. El hombre al que usted le disparó… bueno, y mató, era un tipo peligroso, tenía antecedentes por varios delitos. Ha tenido usted suerte. Tiene que contarme todo, dónde lo conoció, qué relación tenía con él, lo de la niña, eso es muy importante. La dejaré descasar, pero vaya pensándolo, recuérdelo todo, si quiere puede escribirlo para que no omita ningún detalle. ¿Tiene en qué escribir? Pediré que le traigan algunas hojas y un lapicero. ¿Tiene alguna pregunta? ¿No? Yo sí tengo una, es muy importante saberlo, quiero que me la responda con total sinceridad, creo que se lo pregunté ayer, pero quiero volver a escucharlo: ¿cree en la justicia, en las instituciones del Estado? Mejor dicho, ¿cree que puedo sacarla de esto?

—No —le dije.

—Lo sabía —dijo y casi dio un brinco de entusiasmo—. Imagínese, ni siquiera le he preguntado si sabe de qué la acusan y yo preguntándole otra cosa. ¿Sabe de qué la acusan, verdad?

—Sí.

—Mató usted a un hombre, pero ya le dije que creo que no todo está perdido, que veo grandes posibilidades de que salga usted limpia de esto. Legítima defensa, usted solo se defendió, y además… bueno, dejaremos eso para luego. Ahora, descanse; por favor, hágalo.

Se quedó en silencio y volvió a observarme; cuando no hablaba, su semblante tomaba un cariz

fastidioso, como de una máscara.

—A veces me retraigo, perdóneme usted —dijo y se levantó de la mesa.

Yo lo había escuchado con tal indiferencia, que su ofrecimiento me pareció un asunto trivial al que no valía la pena ponerle atención.

—Gracias, pero no pierda su tiempo conmigo —le dije y corrí la silla en que estaba sentada.

De pronto sentí su mano huesuda sobre mi mano derecha; me cogió con un gesto delicado pero enérgico.

—Defiéndase —dijo en voz baja, pero con resolución.

—Defiéndase —repitió—. Si está pensando en declararse culpable, o en cualquier otra salida, espere un poco. Ahora seguramente está confundida, pero espere, piénselo un poco, usted no tiene por qué estar aquí.

No respondí ni tampoco ofrecí resistencia a su mano.

—Regresaré mañana… solo debe firmar un consentimiento aceptando que soy su abogado.

Al día siguiente caí enferma: uno cree que puede soportar trabajos y penas, pero al final el cuerpo se revela. Una pulmonía y algo de desnutrición me obligaron a guardar cama. Fui trasladada al hospital del cuartel de policía, donde me vigilaban día y noche. El médico venía todas las mañanas a ponerme una inyección, le pedí que me diera algo para dormir, él me consoló diciendo que con aquella medicina me daría sueño, pero no dormí, seguí despierta en la claridad, soportando el blanco de la pared. El abogado también me visitaba a diario, pero generalmente por la tarde, después de la hora del almuerzo. Aquella vez apareció muy temprano, pasadas las doce; entró en la sala de enfermos y pasó la vista de un lado a otro. Nos observamos en silencio, por un segundo, y luego avanzó con paso lento hasta donde yo estaba. Aparenté no haberlo visto y miré para otro lado, ofuscada porque hubiera regresado.

—¿Se sorprende de volver a verme? —dijo él, sonriendo.

—No, pero no sé a qué viene.

—A hablar con usted, efectivamente.

—¿A hablar? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Sí, quiero que hablemos.

—¿Por qué no me dice usted, sencillamente, qué es lo que quiere? —dije, después de un silencio.

—Es usted desconfiada y es comprensible, sobre todo en su caso. Me sorprende que no haya venido nadie a querer hablar con usted o a que les dé entrevistas. Seguramente piensa que soy una suerte de curioso, o que tramo algo raro, pero no, no, nada de eso, señora. La verdad, todo es muy simple, bueno, todo en la vida es muy simple si uno quiere verlo así. ¿Puedo sentarme?, he subido tres pisos, aquí no hay ascensor… gracias. ¡Y qué calor hace! Verá, estoy haciendo una investigación sobre la crisis de la justicia en este país, no sé si ya se lo mencioné, y no quiero consultar a los expertos, a los juristas ni a los constitucionalistas, sino a la gente, a los que padecen la justicia que es una injusticia —dijo exaltado, sonriendo con aire extraño—. Habrá escuchado muchas veces eso de que la justicia es solo para los de ruana, y es verdad, la justicia solo castiga a los pobres; en cambio a los poderosos, a los realmente peligrosos, no los toca, y si usted no tiene relaciones ni dinero, pues se la comen viva o la dejan morir. Yo he dedicado mi vida al Derecho, llevo más de cuarenta años en esto, y realmente creo que hay que rescatar la tradición de la legalidad en este país, hay que rescatarla de la impunidad, del clientelismo, de la corrupción, y volver a hacer del Derecho un mecanismo de transformación social para crear una cultura democrática. Veo que la abrumo con toda esta arenga, que seguramente habrá oído antes;

no es nada nuevo, por supuesto, hay libros e investigaciones por todas partes, pero a mí no deja de interesarme el asunto y creo que puedo decir más cosas de lo que otros han dicho. Ahora, con respecto a su caso, me hago muchas elucubraciones, como que si usted hubiera ido a la policía a denunciar al hombre que mató, seguramente sería usted la muerta. ¿Sabe usted cuántas mujeres que denuncian agresiones por parte de hombres resultan asesinadas en este país? La cifra es bastante alta, y lo peor es que cuando el agresor es alguien de buena posición, queda libre, se vencen los términos, no se encuentran pruebas suficientes… usted sabe. Y pasa en todos los estratos, no solo entre los pobres. Me interesa su caso por eso, no porque haya hecho justicia por su propia mano o se haya defendido, sino porque usted sabía que estaba sola, desprotegida, que ni la legalidad, ni la policía, ni ningún juez la iban a ayudar, y, sin embargo, ahora esa justicia pretende caer con todo el peso de la ley para condenarla por algo que ella misma pudo evitar y no lo hizo. Usted pierde en todos lados, perdía con ese hombre si él la hubiera matado, pierde con la justicia que no la protegió, pero que la condena por no dejase matar y que, si no tiene un buen abogado ni dinero, la harán pudrir en una cárcel sin que a nadie le importe. Así es como yo lo veo. Claro, casos como estos han pasado y seguirán pasando, los he visto cientos de veces, desde arriba, desde el tribunal, o desde la academia, cuando los discutía con mis estudiantes. Ahora… ahora quiero defenderla… eso es lo que interesa, porque, además, estoy convencido de algo.

Se detuvo un momento y buscó en sus bolsillos, sacó un cigarrillo y lo tuvo entre los dedos.

—Usted no fuma, ¿verdad? —preguntó y luego continuó, poseído de un vivaz entusiasmo.

—Estoy convencido de que quien actúa como usted lo ha hecho es inocente, me refiero a su falta de interés por defenderse, a ver en su defensa algo inútil. Usted sabe cómo funciona el asunto, sabe que todo está en su desfavor y lo acepta, no se resiste. Por eso creo que es inocente. Claro, esto no se lo puedo decir a un colega mío, ni utilizarlo como argumento en un estrado, pero creo que es así. Si usted fuera una bandida o una criminal estaría pensando en burlarse de la gente, en hacer todo tipo de tretas para salir libre, pero usted no lo hace.

—Qué le hace pensar que mi indiferencia, mi desinterés, no sea una treta. Con una mujer nunca se sabe.

Se detuvo como sorprendido. Permaneció callado. Ambos guardamos silencio; aquel silencio fue extrañamente largo, duró más de cinco minutos.

—Con las mujeres siempre se cae en una trampa, decía mi hermano mayor… sí, puede ser… es cierto —dijo moviendo afirmativamente la cabeza, con aplomo, totalmente serio.

—No soy tan ingenuo, señora, llevo muchos años en esto. Sé que no le interesa defenderse, por una razón que quizá desconozco, bueno, quizá no, que desconozco, pero le puedo decir que esa renuncia no es voluntaria como usted misma cree, es la crisis de esta sociedad, la corrupción de las mismas instituciones, no solo del Estado, la que arrincona a la gente y la hace que se condene sola.

—Yo no espero nada —le dije.

—Lo sé.

—Pero no espero nada no solo de esto, sino de la vida. Esta cárcel es lo de menos.

—Entiendo.

—¿Entiende?

—Quisiera entenderla —se rectificó.

—Aquí no puede fumar —le dije.

—Claro, aquí no, me olvidaba que es un hospital… una sala vacía, donde estamos solo usted y

yo, y el policía que está detrás de la puerta, pero no creo que a él le moleste… a usted tampoco.

Bajó la cabeza, guardó el cigarrillo en el bolsillo de la camisa, por debajo del saco, y reflexionó largamente; al fin, me miró y habló de nuevo.

—Hay una ganancia adicional para mí en su caso, aprenderé a conocer el corazón y el alma humana. Yo soy de los que todavía cree en el alma, y sé que en ella guardamos y se fraguan muchas cosas; sí, no me mire usted así, el alma, el corazón, entender eso, las pasiones humanas, eso es lo que necesita un abogado, y usted no está dispuesta a engañar a nadie, no le importa, lo dirá todo sin reparo, eso es lo que quiero. Usted no espera nada de la vida, no se va a ir con artimañas ni hipocresías… yo escucharé, aprenderé, preguntaré… y a cambio espero defenderla y sacarla de esto.

Lo miré, pero no pude mantener la vista fija en su cara.

—Si no tiene nada que perder, esto también da lo mismo, dejarse defender que condenarse. ¿No le parece?

—Tal vez sí—le dije con brusquedad y desgana.

—Pues ya está —dijo él en tono animado—, ya está.

Luego miró al suelo, pensativo, y se golpeó los labios con el pulgar derecho.

—No he traído el consentimiento que debe firmar, pero… puedo ir y traerlo… ¿Qué hora es? … tal vez todavía alcanzo, es un papel que dice que yo, Augusto Q. soy su abogado. Lo dejé hecho anoche… Muy bien… —dijo, poniéndose de pie—.

Tenemos un trato. Solo quiero que me hable, que me lo cuente todo francamente, sin ningún sesgo, yo… yo no me aterro de nada, no estoy aquí para juzgarla, no he venido a buscar ni una culpable ni una inocente, solo quiero comprender lo que ha pasado. Para mí ya nada es realmente inaudito o inaceptable.

—Eso suena alentador —le dije con un triste sarcasmo.

—¡Tranquila! —dijo él—. Dese un poco de tiempo.

—Tiempo, ¿para qué?

—¿Para qué?, no sé, para seguir viviendo.

—Tiempo… ¿para qué? —me repetí a mí misma.

Cuando estaba sola trataba de pensar lo menos posible, tenía miedo de caer en el miedo o en la desesperación. Recordé los escritos de Manuel que yo había transcrito y dejado encima de una mesa, los poemas de Esther; se me ocurrió pedir que me los llevaran y volver a pasarlos en limpio. Al caer la tarde, comencé a pensar en lo que le diría al abogado, recordé las últimas semanas; hablaba en mi cabeza, contando lo mismo, una y otra vez, de diferente manera. Ya no me preocupaba por recomponer el pasado, ni por ordenar el azar, tampoco hacía ningún esfuerzo por convencerme a mí misma de nada. Me quedé ensimismada un buen rato. La forma en que vemos el pasado nos da la medida real de lo que somos. Entró la oscuridad en la habitación; a los pocos minutos solo podían distinguirse los objetos como sombras. Me resultaba muy desagradable estar a oscuras tan temprano, y sin embargo no quería pararme de la cama e ir a encender la luz a la entrada del gran salón que hacía las veces de sala de enfermos. Habría dado cualquier cosa por estar en una calle llena de gente, de tiendas, de luces… Después consideré que no habría sabido qué hacer allí, a dónde ir… daba igual. Finalmente, un guardia entró y encendió la hilera de tubos.

No podía dormir, hacía calor, a veces un soplo de viento aplacaba el bochorno. Poco a poco la figura de Raúl, al principio gris y desdibujada, iba llenándose de realidad; también la figura de la niña, cuando la vi por primera vez, acurrucada y temblando debajo de las escaleras. Me quedé

por fin dormida al amanecer. En los sueños pasaba lo mismo: aquellos rostros se sucedían unos a otros y se movían por lugares lúgubres, en escenas fragmentadas, sin relación unas con otras.

La tarde del viernes regresó el abogado, yo lo había esperado desde el día antes con una impaciencia que se había ido acrecentando a medida que pasaban las horas. Venía escoltado por uno de los guardias.

—¿Necesita algo, doctor? —le preguntó con cierta reverencia el guardia.

—¡Nada, nada! Muchas gracias.

El otro no pudo contenerse y volvió a preguntarle si no necesitaba algo, y después de escuchar la misma respuesta se alejó. Hubo algunos minutos de silencio. Él se había sentado, con las manos sobre las rodillas y la vista fija en mí; yo quería decírselo todo, pero en los primeros momentos no sabía cómo empezar.

—Hable tranquila, ya le he dicho que conmigo puede hacerlo francamente —dijo como si adivinara la situación.

Le hablé de muchas cosas durante horas, de la niña, de Margot, de lo que ese hombre le hacía a la pequeña. Le conté con toda franqueza el odio que sentía por él, también los planes que había hecho de llevarme a la niña. Le conté lo que sucedió cuando llegué al edificio y recibí la noticia de que la niña había muerto; le dije que ese hombre me había confesado la noche que estuvo conmigo que él la había ahorcado, lo cual era una mentira, pero después de decirlo ya no estaba tan segura. Le conté que había ido al juzgado a denunciarlo y que había perdido el sentido, que me culpaba por aquella muerte. También le hablé de Hilda, le dije que no había vuelto a saber nada de ella tras dejarla abandonada en un hospital. Él me escuchó con mucha atención y asintió con la cabeza, como si ya me hubiera oído decir lo mismo muchas veces. Luego se levantó del asiento y empezó a dar vueltas por la habitación, con las manos juntas detrás de la espalda y el tronco inclinado hacia adelante. Aquel gesto aprendido lo hacía parecer más viejo.

—Hoy en la mañana estuve en clase. Estoy dando un par de cursos sobre ética para abogados en una universidad privada, de mucho renombre. Estábamos discutiendo sobre San Agustín. ¿Ha leído alguna vez a San Agustín? —me preguntó.

Permanecí unos momentos desconcertada y molesta; hacerme él esa pregunta después de todo lo que yo había dicho.

—No sé a qué viene esa pregunta, no soy una estudiante suya, ni una persona religiosa —le dije.

Él enarcó inquisitivamente las cejas.

—Bueno, San Agustín no solo es un pensador para creyentes. Es uno de los hombres más extraordinarios que ha existido.

Fijé en él la mirada con inquietud y rechazo. De pronto, caminó unos pasos y sacó un libro grueso, de tapa gris, de su bolso.

—Perdóneme, pero no estoy de ánimo para una lección de ética —exclamé, malhumorada. Dígame algo de lo que acabo de contarle.

—A eso precisamente voy.

—Pero sin necesidad de tanta cosa, sin libros, ni discursos…

—He mencionado a San Agustín porque no me gusta decir todo a mí, este es un interlocutor más inteligente que usted y yo, y puede ayudarnos mucho. O bueno, ayudarnos no, darnos más pistas para poder hablar…

Abrió el libro y dijo lenta y mesuradamente:

—*Nisis credideritis, non permenebetis*, decía Isaías: Si no creéis, no subsistiréis. San Agustín

lo tradujo de un modo distinto: Si no creéis no comprenderéis. Era un hombre obsesionado por el problema del mal… bueno, obsesionado tal vez no, pero le interesaba mucho. ¿Cómo explicar la presencia del mal entre los hombres? Ese fue el gran interrogante de su vida, eso era lo que había que comprender: ¿cómo, en algo que fue hecho por Dios, un ser perfecto y bueno, existe el mal? Lo interesante —continuó y cerró el libro, como si ya no fuera necesario leer nada, pues la lección estaba aprendida— es que nuestro buen amigo Agustín no niega el mal, sino que intenta buscar la razón de su presencia. Sí, sí, ya sé que usted cree que me estoy yendo para otros lados… pero… El sufrimiento es algo bueno. Proporcionar un sentido al sufrimiento. La ciudad de Dios bien habría podido titularse "El sentido del sufrimiento".

—No me hace falta sufrir. Soy una mujer sin creencias religiosas, eso no me salvará; de hecho, no espero ninguna salvación, ninguna salvación trascendental ni tampoco terrena. No me interesa el perdón de Dios ni de los hombres, no hay nada que perdonar.

—Ya —dijo afirmando con la cabeza—. Pero usted habría podido salvar a la niña.

—Eso es distinto, no tiene comparación —dije, poniéndome rápidamente colorada.

—¿Dónde está la diferencia? Hace unos minutos me ha dicho que intentaba salvarla.

—No he dicho salvar.

—Si, dijo salvar.

—No empleo esa palabra, no la uso nunca.

—Debí haberla grabado para que se oyera usted misma.

—Esa niña estaba comenzando a vivir, todavía podía hacerse algo por ella, no estaba podrida por dentro.

—A veces no podemos salvar a los otros del sufrimiento. Somos inocentes, incluso en nuestros actos.

—El sufrimiento… el sufrimiento… ¿por qué insiste tanto en eso? —inquirí mirándolo con rabia.

—Pero ¿no sufre usted? ¿No sufre ahora?

No quería responder a eso.

—¿Está libre de el? —insistió el viejo con exigencia.

—Sí, sufro —le dije.

—Y entonces… ¿por qué se niega a decirlo?

—Lo que quiero decir es que el sufrimiento no es un consuelo que me libre de la culpa.

—¿Siente culpa?

—Llámelo así, si lo quiere.

—¿Cómo más habría que llamarlo?

—Vacío —le dije.

—Vacío… El vacío es peor que la culpa —dijo él—. Por lo menos el culpable cree o espera que después de purgar su culpa quedará limpio de nuevo, que podrá volver al lugar de antes. Pero el vacío, cómo llenar el vacío…

—Ya le dije que no espero nada.

—¿Se siente vacía por haber matado a ese hombre?

—Me sentí vacía cuando supe que esa niña había muerto.

—¿Y antes?

—También antes.

—¿Por qué se siente vacía? ¿Se siente abandonada?

Negué con la cabeza.

—¿Ha tenido alguna vez pareja, ha estado casada… ha perdido un hijo?

Al preguntar aquello, me quedé callada.

—La primera vez que usted vio a ese hombre, cuando se lo encontró en el ascensor, a usted le gustó, la atrajo físicamente; luego, después de que usted se dio cuenta de que abusaba de la niña, bajo la complicidad de la madre… bueno, de la mujer esa, usted le tomó aversión.

—Y asco —le dije.

—Aversión y asco, sí, pero, dígame algo: si ese primer día aquel hombre le hubiera hecho caso, me refiero a que si se le hubiera insinuado y luego hubieran tenido ustedes dos una relación, ¿lo habría denunciado?

—Cómo voy a saber eso, es como jugar a qué habría pasado si las cosas hubieran sido distintas… No sé qué habría hecho porque no pasó de esa manera.

—Pero ¿usted qué cree? Uno siempre cree algo de cómo habría podido comportarse en determinada situación.

—No creo nada.

—¿No tuvo nada con él?

—No.

—¿Qué le causaba ese hombre?

—Ya le dije que asco —murmuré nerviosa, como si ocultara algo.

—¿Siempre?

De pronto me temblaron los labios y no pude disimularlo. Callé por unos segundos.

—No. No al principio… esa mujer, la que tenía a la niña, me dijo una vez que todas hacíamos lo mismo, que nos regalaríamos a un hombre, que se lo permitiríamos todo si…si nos gustaba y estaba con nosotras. Eso solo puede pensarlo una mujer sola, abandonada y sin autoestima.

—¿Se refiere a ella o a usted?

—A mí —le dije, confesándome de pronto.

—Pero usted no hizo eso, lo que la mujer decía.

Lo miré como si no lo comprendiera. El viejo se detuvo delante de mí, aguardó un instante y comenzó de nuevo.

—Un hombre abusa y maltrata a una niña de trece años en el piso de abajo de donde usted vive. Es terrible, inaceptable, sí, pero, no me diga que no ha visto cosas peores antes —dijo recalcando cada palabra y mirándome a la cara.

Hice memoria. Con toda claridad me llegó el recuerdo de una tarde en C, cuando trabajaba en la fábrica. Yo iba de regreso a la habitación donde vivía, a una cuadra de la casa me topé con un niño flaco que vendía dulces en los semáforos, casi todos los viernes me lo encontraba en la calle. Esa tarde iba arrastrando a su padre borracho, un hombre calvo y gordo que lo llenaba de malas palabras. Me detuve a ver la escena: Al llegar a una esquina, el tipo le dio un puñetazo en la frente que le hizo rechinar los dientes; el niño cayó al suelo y le estiró la mano, le ofrecía unas monedas que se perdieron en el piso, tras el segundo golpe. ¿Qué voy a comprar con eso…? Le gritó el hombre y luego comenzó a patearlo con sevicia. Lo vi todo y no me importó, seguí de largo a mi casa. Después no volví a ver más al muchacho, me pregunté si se habría ido o habría muerto, luego lo olvidé.

El viejo abogado seguía esperando una respuesta.

—Todos las hemos visto, estamos en T —le dije.

—Y por qué no intentó defender a la víctima o atacó a quien las hizo. ¿Qué hay de especial en el caso de la niña? ¿Por qué allí sí se involucró? —me preguntó él.

—¿A dónde quiere llegar?

—Solo le he hecho una pregunta.

—¿Qué quiere saber de mí?, ¿qué quiere que le diga? Hable sin hacerse el loco.

—No le comprendo.

—¡Usted me confunde! Quiere que yo diga… quiere hacerme creer que maté a ese hombre por despecho y que la niña fue solo un pretexto, y que todo eso lo hice inconscientemente, sin darme cuenta. ¿Es eso lo que quiere? ¿Para eso tuvo que sacar a San Agustín? ¡Qué tonto es usted!

—¡Por Dios! De dónde saca usted esa conjetura, no ponga por favor en mis palabras cosas que no he dicho.

—Es que usted no ha dicho nada, supone cosas y quiere que yo le afirme sus suposiciones absurdas de psicología barata. ¡A eso es a todo lo que ha venido, a jugar conmigo!

El viejo puso una cara hosca y me miró con extrañeza. Su rostro reflejaba una intensa emoción.

—No quiero que vuelva más —le dije reprimiendo el llanto de rabia.

—No se ponga así.

—¡No quiero que regrese!

—¿Está segura? —me preguntó con voz aguda.

—Totalmente —le dije.

Él bajó la cabeza y sonrió de un modo raro. Dio unos pasos.

—Me gustaría dejarle el libro, pero fue un regalo de un gran amigo. Hasta luego —dijo y tocó a la puerta para que el guardia le abriera desde afuera.

Cuando se marchó, me llené de rabia, me hervía el pecho. La cabeza comenzó a dolerme, me sentía sola. De pronto, la puerta se abrió y entró el médico. Al principio encendió la luz y se quedó mirando desde el umbral, como si buscara a alguien más que yo, luego avanzó y se detuvo enfrente de la cama.

—¿Ya le han traído la comida? Le pediré al guardia que se la traiga —dijo y dio vuelta bruscamente—. Mañana estará usted bien —añadió de espaldas, antes de salir.

Me invadía una tristeza rara, que venía de lejos. No tenía nada de singularmente doloroso o cortante; era más bien un presentimiento de años todavía más solitarios. Ya no había ninguna lucha en mi interior, había encontrado una salida. Al otro día pedí que llamaran a Augusto. Él se apareció a la mañana siguiente, a las nueve. Aquella era la hora de la visita oficial. Yo seguía acostada en la estrecha cama de hierro, cuando él entró. Me miró con paciencia, yo observé su boca y sus bigotes amarillentos de nicotina que se mezclaban con la barba canosa.

—Sé que nuestro último encuentro fue muy accidentado, tal vez me excedí en mis preguntas, así que, si fue así, le pido disculpas… le he traído a San Agustín —empezó el abogado profesor, con voz apagada, sacando el libro de su maleta de cuero.

—Gracias… yo también quería verlo y hablar con usted.

Recibí el libro y lo puse encima de las sábanas. Él permanecía de pie, junto a la cama.

—Siempre he cargado con todo yo sola, nunca me fui a desahogar con otro para ponerle mi carga. Soy una mujer sola que desprecia a la gente —le dije.

—Los solitarios generalmente desprecian a la gente.

—No sé si sea desprecio. Estos últimos meses viví tan apartada de la gente que… no era que me incomodara, sino que temía encontrarme con alguien. Al momento de salir a comprar algo para comer procuraba que nadie me viera entrar ni salir de la casa. Me veía de vez en cuando con Hilda; ella era la única persona con quien hablaba, bueno, si es que se puede hablar con un mudo… no estoy acostumbrada al trato con extraños.

—Sé que hace un gran esfuerzo para hablar conmigo, créame que lo sé —dijo él francamente, con voz tranquila, pero noté que desde que había entrado había evitado mirarme directamente a la cara como solía hacer.

—Se ha abierto una investigación por el caso de la niña, van a exhumar el cuerpo. El lunes usted tiene que declarar, yo voy a estar allí. Aun no sé la hora, espero que sea en la mañana, usted solo debe contar lo que pasó, lo que ya me ha dicho a mí, y contestar las preguntas que la fiscal le haga.

—No quisiera ir a eso… —dije de pronto con dolor.

—Debe hacerlo.

—Por qué usted no sigue viniendo solo a hablar, hasta que… hasta que den el fallo.

—Creí que ya habíamos superado este punto. ¿Por qué no quiere ir?

—Estoy cansada, usted no sabe lo que eso significa. No quiero levantarme de aquí, salir, ir a un lugar y tener que hablar de esto, que me pregunten cosas… quiero dejar todo así, como está… ese tipo ya no importa porque está muerto, tampoco la niña, no quiero ir a acusar a nadie ni a convencer a otros de nada, estoy muy cansada para eso, de solo pensar que tengo que ir a un juzgado me pesan los hombros y me flaquean las piernas.

—Solo debe ir y contar lo que pasó, nada más, yo voy a estar ahí si se siente extraña o agredida. No estará sola.

Tomó una silla, caminó unos pasos y después de arrastrarla, siguió de pie, detrás de la silla, apoyando las manos en el espaldar.

—Si usted no hubiera tenido con qué defenderse, ese hombre la habría matado. Sé que ahora le da lo mismo estar viva o muerta, ahora que ese hombre ya no está, pero antes de que él muriera, usted no habría soportado estar presa o muerta, mientras él estuviera libre. Ahora él está muerto y usted parece haber perdido el último impulso que tenía para vivir, como si esas balas hubieran rebotado en el cadáver de ese hombre y la hubieran atravesado a usted.

—Es una buena imagen —le dije.

—¡Antonia! Si cree que hizo justicia para apaciguar su conciencia por algo de lo que se siente responsable, lo entiendo; lo que no me explico es su actitud, como de alguien que ha decidido tirarse por un puente, y no se trata simplemente de que usted no crea en las leyes ni en la justicia, es como si se hubiera disparado a usted misma, a usted, valiéndose del cuerpo de otro. A usted no le interesaba matar a ese hombre sino matarse a usted, ahora lo sé, ahora comprendo su enojo… el día que usted me dijo que me fuera comprendí muchas cosas.

—¿Qué comprendió? —inquirí, estremeciéndome—. ¿A qué nueva conjetura llegó esta vez? Dígamelo, le prometo que no voy a enojarme ni a echarlo como la otra vez, solo quiero oírlo, de verdad quiero escucharlo, me interesa.

—Cómo decirle lo que usted misma sabe —balbució y titubeó por unos segundos.

—No sé —le dije tranquila.

Él sonrió y me miró. Soltó las manos de la silla, dio una vuelta por la habitación y, cambiando de tono, a uno formal y grave, dijo, como si hablara de otra cosa:

—Quiero que entienda algo: no hay dos jueces, solo uno, la justicia solo tiene un juez, deje para usted su conciencia.

No le contesté. Pasó un minuto. El silencio embarazoso lo animó a seguir hablando.

—La fiscal que lleva el caso es una mujer difícil, pero tenemos quien nos ayude. La justicia es de relaciones y yo tengo algunas, amigos que nos pueden ayudar. Además, usted no mató a un cura sino a un tipo peligroso que estaba enredado en cosas de drogas y narcotráfico. Tiene

muchas cosas a su favor. ¡Qué más quiere!

Yo lo observaba con curiosidad.

—No es mi tarea convencerla de su inocencia. Si cree que es culpable solo dígamelo y acabamos con esto —exclamó muy agitado.

—Voy a ir —le dije—. No tiene que rogarme por algo de lo que solo yo me voy a beneficiar.

—Es usted una mujer difícil.

—¡Difícil…! —sonreí.

—Sí, difícil.

Cerré los ojos sin dejar de sonreír.

—Bueno, debo marcharme —dijo él—. La vez pasada no se lo pregunté: ¿tiene amigos, algún familiar a quien quiera que le avise?

—No.

—A la mujer de la que me habló la otra vez, la esposa de su padre…

—No —le dije.

—Bueno… Tal vez quiera que le traiga un libro… alguna cosa.

Le pedí que me llevara los cuadernos que había transcrito con las composiciones de Manuel, y el cuaderno con los poemas de Esther.

—Veré qué puedo hacer. ¿Algo más?

—Me gustaría escuchar música.

—Eso es más fácil. ¿Cualquier música?

—No, quiero escuchar a Bach.

—Bach… ¿Solo Bach?

—Sí.

—Le traeré a Bach.

Él continuaba de pie, yo no le quitaba el ojo.

—Bueno, me fumo un cigarrillo afuera y me marcho —dijo.

—¡Espere! —exclamé.

—Sí…

—A qué se debió el cambio de postura, en su modo de ser —le pregunté.

El viejo frunció morbosamente el ceño.

—¿Cómo? ¿Perdone?

—Sí, me iba a decir algo y de pronto me trató como un funcionario, usted no me trata de esa manera, cambió el tono, habló de la fiscal, ya no era el mismo hombre que hábilmente deducía que al disparar a Raúl me había disparado a mí misma. Raúl era el nombre de…

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿qué me dice?

—Es una buena idea, practicar un suicidio valiéndose del cuerpo de otro —empezó con voz calmada, deteniéndose a respirar en cada frase—. Tal vez muchos asesinos hacen eso, y tras el primer crimen o el segundo se vuelven unos zombis que siguen matando porque, al estar muertos, ya todo les da igual y no les importa nada. Yo solo quiero entender qué había antes de… antes de ser un zombi.

—Nada distinto a lo humano, seguramente —le dije.

—Nada distinto, por su puesto… —vaciló el viejo—, pero lo humano, la condición humana es demasiado amplia, tiene muchos caminos que no hemos podido descifrar y que no sé si puedan ser descifrados, pero hay que hacer el intento, y más en una mujer, son naturalezas más

complejas, más llenas de cosas. Se me hace tarde —dijo, moviéndose de su sitio, pero al instante volvió a hablar, intentando no perder el hilo—.

—Pero no creo que todos sean unos zombis. Algunos solo disparan para librarse de la compañía de un asesino, porque no soportan vivir de esa manera. Entonces no se disparan a ellos mismos, le disparan a otro, no a cualquiera, sino a alguien a quien consideran dañino, malo, a alguien que les recuerda al asesino que una vez fueron; le disparan para matar en ese hombre al asesino que los acompaña, que vive con ellos, como su sombra. Parece un absurdo macabro, pero no lo es, es un acto de liberación. No saben cómo más hacerlo. Pero fallan, porque al matar al asesino quedan muertos ellos mismos, muertos en vida. Estos actos ocurren… o los hace la gente de modo inconsciente, ni ellos mismos se dan cuenta.

Sentí miedo, estaba segura de que tenía el semblante contraído, además de cierto temblor en los labios que intentaba disimular de él a toda costa.

—No me estoy refiriendo a usted en absoluto, es solo que esa figura del suicidio valiéndose del cuerpo de otro me hizo pensar, me dio de qué hablar. Me habría gustado grabar lo que dije. De pronto hay una buena teoría. En fin, gracias, eso es lo que busco en usted, que me permita estas reflexiones, que me dispare la cabeza; dispare en un modo metafórico, je, je.

Nos miramos sopesada, mutuamente. Él estaba sonriente, como si celebrara un triunfo. Me estrechó fuertemente la mano y se encaminó a la puerta.

—Descanse, lo necesitará —me dijo—. Y no olvide a san Agustín, —agregó.

—Puede llevarse su libro, no lo leeré; de verdad, gracias, pero no lo voy a leer.

—Vale —dijo acercándose de nuevo por el libro—. Yo lo tomé y se lo pasé.

—Gracias, Virginia —dijo levantando la mirada, muy serio.

—¡Antonia! —le atajé de pronto.

—¡Antonia! Claro que sí, discúlpeme. ¡Con qué seguridad lo ha dicho! ¡Antonia! Eso está muy bien —dijo sonriente.

—Todos estamos seguros de nuestro nombre.

Algo centelleó de pronto en sus ojos.

—Claro, claro que sí, quién no lo está. Discúlpeme, a veces se me enredan los nombres, no sé en qué Antonia estaré pensando en mi subconsciente, …Antonia no, en qué Virginia. Ya me embolaté, je, je. Ahora sí me tengo que ir. Hasta pronto, Antonia.

Salió, dejándome desconcertada, poseída de una turbia sospecha. Eran más de las seis; encendí las lámparas, volví a la cama y me quedé pensativa. ¿Qué tramaba ese hombre? ¿Qué sabía? ¿Qué quería? ¿Por qué me había dicho lo del suicidio? ¿Por qué me había llamado Virginia? Si era una trampa yo no tenía nada que perder, estaba dispuesta a aceptarlo todo. No iba a luchar contra él, solo me molestaba que se anduviera con tantos rodeos. Un ruido latoso, que a veces se perdía y volvía a aumentar por el pasillo, llamó mi atención. Me puse a escuchar; el guardia tenía encendido un radio afuera del salón, con una estación que me fastidiaba; era una de esas emisoras populares donde los locutores fingen voces, hacen bromas estúpidas y chanzas groseras. Nunca las había soportado; quise gritarle desde adentro para que la apagara, pero me contuve, caminé hasta el fondo del salón y me senté en un rincón, al pie de un armario. En medio de esas voces chillonas de la radio, del calor que entraba a través de las altas celosías, las paredes de la habitación parecían más estrechas. Me resistía a caer en una vaga desesperación que, si no la controlaba, me iba a hacer gritar.

Al otro día el abogado llegó con una mujer. Pensé que la había llevado para no enfrentarse a mis preguntas. La examiné desconfiada, pero no encontré nada de particular en ella. Con

seguridad pasaba los setenta años. Era alta y muy delgada, de rasgos suaves, tenía el pelo teñido de rubio, recogido en una cola. Estaba vestida con ropa fina, pero de modo sencillo, como alguien a quien poco le importa impresionar. Su apariencia no era del todo femenina, quizá por la edad. Inquieta, fijé en ella la mirada.

—Antonia, perdóneme que haya venido con mi esposa, no quiero… no queremos incomodarla a usted; es que ella tenía muchas ganas de conocerla, de saludarla —dijo él y se esforzó por sonreír, pero se puso serio al instante.

La mujer traía un abultado paquete en la mano que dejó sobre la mesa. Eran los escritos de Manuel y de Esther.

—Ella misma se ha encargado de encontrarlos y traerlos. Los tenían en la policía.

—Gracias —le dije.

—Con mucho gusto —respondió ella con seriedad. Su voz era ronca, como de fumadora.

—También le hemos traído a Bach —dijo él y sacó un pequeño aparato con audífonos.

—¿Le gusta Bach? —me preguntó ella y se sentó frente a la cama, en una butaca de cuero, de espaldas a su marido.

—Sí —le dije—. De niña solía tener un radio en el que escuchaba música clásica hasta que me daba sueño; me lo había regalado mi padre.

—Qué coincidencia, yo también llegué a tener uno en forma de radiola. Alumbraba cambiando de color mientras sonaba la música y también lo encendía por las noches. Este es un Mp3, tiene toda la música de Bach. ¡Dónde va la tecnología! Imagínese uno poder escuchar toda la creación de un compositor en una cosita tan pequeña.

—Sí, es raro —le dije.

Aquella mujer, acostumbrada a visitar de vez en cuando los muros de la prisión, donde, sin embargo, solo se entraba por privilegio, hablaba y se movía como si estuviera recibiendo una visita en el patio trasero de su casa.

—¿Se siente bien aquí? —me preguntó—. Pediré que la dejen unos días más para que no tenga que regresar tan pronto a la celda. Es muy húmeda, puede hacerle daño.

Observé que Augusto miraba para todos lados, esforzándose por seguir a su mujer en lo que decía. Por momentos, sin embargo, rompía a hablar de algo indiferente, cual si ese algo fuera un tema importantísimo.

—¿Escucharon ustedes lo de las monedas digitales? Bueno, Antonia no debió haberlo escuchado, son unas monedas que se compran por internet, más de dos mil personas han invertido en el país en esas monedas y parece que todo ha sido una estafa. Ahora no tienen a quién reclamarle.

Iba a continuar, pero a las primeras palabras se atajó. Quien hubiera mirado su cara habría deducido que estaba enojado por algo. Sobrevino un silencio; estuvimos callados más de un minuto. La señora se levantó enseguida, pero Augusto seguía plantado, delante de la cama, como si no tuviera ningún interés por marcharse tan rápido.

—¿Ha podido dormir bien? —me preguntó de pronto, en voz alta.

Yo me quejé, como una niña, del ruido del guardia con la radio.

—Estar tranquila con un ruido así es imposible —dijo la señora.

—¡Todo el día con esa emisora…! Acabo con dolor de cabeza, me hace dar hasta más calor.

—Es insufrible —dijo ella y lo miró a él con un gesto de reproche.

El viejo abogado fue, pegó el oído a la puerta y regresó diciendo que no se oía nada.

—Tranquila, que no va a escuchar más ese ruido —murmuró ella, casi en mi oído.

—Y los médicos, ¿cómo la tratan?

—Bien —dije y tragué saliva involuntariamente—. Solo hay uno, viene una vez al día.

—Es importante que se cuide, que coma bien, que duerma lo suficiente…

Cuando se fueron sentí ganas de llorar. De hecho, mientras la esposa de Augusto estuvo conmigo, había sentido que, como ella siguiera hablándome, yo acabaría por echarme a llorar. Me olvidé de ella después de esa noche. Hasta las doce, me distraje revisando los escritos de Manuel que yo había copiado. Al leerlos me parecían aún más mediocres, igual que sus composiciones. Rasgué la mayoría. Extrañamente me pareció que me había quitado algo del corazón, que no acerté a definir. Después leí los poemas de Esther; avancé por ellos de forma lenta, como por un lugar desconocido, sin fijarme en el recuerdo de la mujer que los había escrito. Había algo turbio y efímero en ellos, una mezcla entre arrebato nervioso y rito, casi religioso, en torno al amor.

I.

¿Porque me persigues? —Clamo—

Y tu presencia que no tiene voz

Es más cierta que la mía.

XIV.

Me da miedo de ti y de mí.

XVI.

Estoy cansada de andar

Entre casas pobremente construidas.

VIII.

Alzo los ojos y te digo:

¿A dónde has ido?

¡Ven y sálvame de la compasión de los otros!

…

“Estoy cansada de andar entre casas pobremente construidas”. Me gustaba mucho esa frase. Al final no supe por qué abrazaba esas hojas y las besaba, pero las apreté contra el pecho y lloré. Fueron como un obsequio, un notable y hermoso regalo. Poco después de la media noche, un rayo golpeó el techo y apagó la electricidad en todo el edificio. Aquella oscuridad, aquel silencio, lograron inquietar mis ánimos. Volví a quedarme a solas conmigo misma, hablando y discutiendo, como dos mujeres.

El lunes tuve que presentarme a declarar. Le había rogado a Augusto que la declaración fuera en la mañana; me sentía todavía como una enferma que solo era capaz de juzgar y pensar con lucidez en las horas tempranas del día. Cuando desperté, poco después de las cinco, estaba tranquila; hacía mucho tiempo que había ahuyentado de mi alma el temor a perder. Aquella ocupación excesiva de la justicia por la muerte de aquel hombre, sin embargo, me parecía ridícula. Las horas siguientes, antes de ser llevada al tribunal, intenté no pensar en nada, pero una vez allí, poco antes de pasar a la sala de audiencia, me embargó cierta excitación; estaba nerviosa, el corazón comenzó a latirme con fuerza. Cuando llegó Augusto, no me tendió la mano como era su costumbre; fui yo quien alargué la mía. Estaba fría y temblorosa, a él le pareció un síntoma de mi debilidad.

—Los días que tengo que estar en una sala me levanto con otro ánimo, soy más severo, solo soporto la presencia de mi esposa. Ya me conozco. Es mejor así en estos casos. ¿Se siente bien para declarar?

—Sí… ¿Cómo está su esposa? —Le pregunté por decir algo, pero él se hizo el desentendido.

Al entrar en la sala, involuntariamente sonreí cuando tuve que decir mi nombre. Después de veinte minutos ya no tuve miedo. Estaba como distraída y al mismo tiempo concentrada, hablaba y respondía a las preguntas de modo pausado, casi tranquilo, sin ningún tipo de exaltación. El asombro y el horror ante el crimen de la niña y de Raúl había desaparecido.

—¿Cuándo llegó a P? ¿Qué día vio a Raúl V. por primera vez? ¿Por qué no denunció sus sospechas a la policía? ¿Le dijo la niña que él abusaba de ella o usted lo supuso? ¿Alguien más del edificio lo sabía? ¿De dónde sacó el arma? ¿Por qué…? ¿Por qué…? ¿Por qué…?

El abogado, embutido en un pesado traje de paño azul, tenía un aspecto casi enfadado; habló todo el tiempo con enojo, cual si fuera el jefe de la sala y diera órdenes. Mientras la fiscal me interrogaba, la miró severamente como si fuera ella la acusada.

—Debe decirle a la fiscal con quién vivía la niña —me indicó.

—Era una mujer, se hacía llamar Margot, recibía hombres en su casa, entre ellos a Raúl; él era el que más la visitaba. Pronto me di cuenta de que aquel tipo venía por la niña y no por ella.

—¿Qué le hizo pensar eso? —me preguntó la fiscal.

—Ya le dije que una noche, un miércoles, a eso de las siete, encontré a la niña en las escaleras…

—¿Por qué no denuncio el caso a la policía?

—Intenté hacerlo, pero ese hombre amenazó con matarme…

—¿Qué pasó el sábado 7 de …, cuando usted llegó al edificio?

—Cuando llegué estuve segura de que había pasado algo terrible, pero la gente no preguntó nada, no quiso darse por enterada para no meterse en problemas.

Pensé en decir que esta era una sociedad borracha a la que solo le importa el interés privado; lo pensé, pero no lo dije.

Después de cuatro horas, en las que tuve que hablar una y otra vez de lo mismo, la declaratoria terminó. Durante ese tiempo me miré mucho las manos y las uñas de las manos. Al salir de la sala, el abogado me tomó del brazo y me llevó hasta una esquina de la sala.

—Todo ha salido muy bien, me alegró que haya estado tan centrada. Se ha abierto una investigación por el caso de la niña y he pedido que busquen a la mujer que la tenía. Van a exhumar el cuerpo y a hacer algunas pruebas. Debo advertirle que la prensa y la opinión pública han comenzado a interesarse por su caso; deberá lidiar con eso, aunque acá encerrada no se enterará de mucho, y además creo que estarán a su favor. De todos modos, no la voy a molestar con eso, solo se lo comento para que lo sepa. Tenemos muchas cosas a favor: Raúl V. estaba acusado de varios delitos y tenía una orden de captura por narcotráfico, no era un capo ni mucho menos, sino uno de los de abajo, pero esos son los más peligrosos.

Había optado por hablar en ese tono casi inaccesible que me molestaba.

—Quiero volver al lugar de antes, a la celda, ya no quiero estar más en esa sala de hospital —le dije.

—Como usted quiera.

Al día siguiente regresé al sótano del edificio de gobierno. Mientras me trasportaban en el carro miré discretamente la ciudad: a aquella hora había poca gente, el cielo estaba cubierto de nubes grises y sucias, los transeúntes andaban con prisa por temor a que se desatara la lluvia. Al atravesar el puente que conducía a la parte vieja de la ciudad, contemplé el río salpicado de lodo y, a lo lejos, las cúpulas de las torres de la catedral. Cuando entré en la celda me fijé que habían dejado sobre la mesa una canasta con frutas y un pequeño paquete; los había enviado la esposa

de Augusto. La habitación olía a humedad, pero aquel olor me agradaba. Desacostumbrada como estaba a los obsequios, miré con desidia la canasta; solo tomé el paquete por curiosidad: adentro había un espejo de mano con mango de madera. Me entró la duda de si el día de su visita yo le había pedido que me llevara uno. A la luz lánguida, de esa mañana de lluvia, que entraba por la celosía, me miré en él. Aquel rostro, bruscamente desencajado, me provocó miedo. No parecía mi rostro, estaba enflaquecido, cansado, tenía los ojos turbios, la boca vuelta hacia abajo, el pelo largo. Solo entonces fui consciente de que había bajado mucho de peso. Pensé que si alguien del pasado llegara a verme me reconocería. No me importaba. Estuve casi una hora mirándome estúpidamente en el espejo; mis ojos no dejaban de parpadear, la barbilla me temblaba. Intenté sonreír, pero lo que aparecía era una mueca agria y morbosa. Al final me harté y arrojé con furia el espejo contra el suelo, el reflejo se disgregó en pedazos. Me asomé: percibí dieciséis trozos y una silueta rota. Aquella imagen me hizo suspirar amargamente. Boté la parte de madera y escondí los restos del espejo debajo del colchón. A veces, veía el mango de madera en la basura y me sentía preocupada por algo. "¿Seré capaz?", me preguntaba a mí misma. Una excitación infinita, una ansiedad en el corazón que había empezado desde el momento en que escondí los restos del espejo, fue aumentando hasta hacerme cosquillear las manos. Para distraerme, volví a leer los apuntes de Esther; intenté imitarla y escribir algo, pero lo dejé al primer intento. Pasé el resto del día tendida en la cama, silenciosa, boca arriba, con los brazos cruzados sobre el vientre, escuchando en el pequeño aparato a Bach.

Los días siguientes no pensé más en el espejo; en cambio, la idea de exhumar el cuerpo de la niña me turbaba hasta el sueño. Además, cuando no estaba con el abogado, sospechaba de él, le tenía desconfianza. A pesar de todo seguí recibiendo sus visitas, casi a diario. Una semana antes del juicio, se presentó como era su costumbre, después del almuerzo. Cuando entró en el pequeño locutorio, alzó la vista y observó toda la sala con ojos diminutos, brillantes, como si lo cegara la luz.

—¿Lleva esperando mucho? Me entretuve afuera con el hijo de un conocido que no veía desde hace rato y está trabajando aquí, en los juzgados.

—Llegué hace cinco minutos —contesté yo en tono inconsciente.

—Perdóneme —dijo con indiferencia mientras se descargaba de la maleta y de su saco y los ponía encima de la mesa.

—¿Qué tal la ha pasado aquí?, ¿cómo ha dormido?

—No muy bien —le dije—, pero no es por el sitio.

—Sí, la veo cansada. ¿Se trasnocha mucho?, ¿qué hace por las noches?

—Pensar.

—No es bueno pensar tanto.

—Si pudiera no lo haría.

—Es cierto —observó él con expresión meditabunda y fijó por un momento, distraído, la mirada en la reja de entrada.

—Hay mucha gente que se pierde y se angustia preguntándose por qué hicieron lo que hicieron, por qué sucedieron las cosas así —continuó.

—No pienso en eso.

—Entonces, ¿en qué piensa?

—No sé… en cosas…

Se sentó frente a mí, y con voz apagada y tranquila, se soltó a hablar.

—Ya han exhumado el cuerpo de la niña. Estoy a la espera de los resultados. Si encuentran

signos de abuso físico, de abuso sexual, también habrá que hacer pruebas al cuerpo de Raúl.

Me tapé el rostro con las manos.

—Me preocupa un poco que no vayamos a tener los resultados antes del juicio —continuó él —, en todo caso ya he pedido que…

—No era necesario hacer todo eso y, si lo van a hacer, por favor no me lo diga, no quiero saberlo. No sé qué sentido tiene todo eso —le dije temiendo que se me saltaran las lágrimas.

—¿Qué sentido tiene qué? —masculló Augusto con el tono de reproche tan común en los viejos cuando están en desacuerdo con algo.

—Hacer todo eso, sacar un cadáver de la tierra, hacer pruebas…

—Es muy necesario.

—¡Para qué! Eso no va a cambiar nada.

—¿Qué le pasa? —me preguntó con expresión tranquila.

—Nada, es lo que le digo… que no sé qué sentido tenga hacer todo eso. Hoy me levanté pensando que llevamos repitiendo lo que otros han hecho desde el comienzo de la humanidad, los mismos crímenes, los mismos odios, las mismas pasiones, las mismas ansias y ambiciones. Una mujer es lo menos importante. Nada parece haber cambiado. Llegamos al mundo y nos creemos protagonistas de algo propio, gastamos esfuerzos en vano. Los mismos errores se encuentran por todas las épocas y en todas partes en formas diferentes. Eso no nos quita la responsabilidad de nuestros actos, solo que nada es tan escandaloso como parece, ni siquiera lo que ese hombre hizo con la niña o lo que yo hice con él. ¿Usted me entiende? No creo estar diciendo nada extraño. Hoy juzgan a un hombre por violar y matar a una niña, o por matar a miles de personas, pero no será el último ni el primero… en cinco, diez, cien años, volverá a pasar lo mismo. No somos tan importantes, ni tan únicos, nuestra vida no es importante.

El abogado iba a decir algo, pero lo interrumpí con un gesto.

—Nada es verdaderamente insólito o inaceptable. He aprendido a aceptarlo todo… sí, a aceptarlo siempre y cuando pase, porque todo también pasa. Uno siente miedo al darse cuenta de lo sencilla, de lo trivial que resulta la realidad… Yo solo quiero que todo esto pase, no volver a saber nada más de nada, aceptaré mis últimos años como tengan que venir, pero ya no quiero saber nada de esto.

Las lágrimas resbalaban lentas y frías por mis mejillas. Me las sequé a prisa con las manos y agaché la cabeza. Él apoyó los brazos en la mesa. Era evidente que mis palabras no le causaban la menor sorpresa.

—Todavía le quedan muchas cosas por hacer, aún puede continuar —me dijo.

—¡Por qué habla siempre de continuar! —repliqué con impaciencia—.
Tal vez no haya que continuar, ni a dónde continuar. Ya no hay tiempo para eso.

—¿Por qué no hay tiempo? Se cree usted muy vieja.

—A mi edad el presente es más corto que el pasado.

—¡Ni siquiera tiene usted cincuenta años!

—Me sentía vieja y cansada a los veinte.

Estuvo unos segundos callado, reflexionando.

—Cuando me casé con mi esposa ella tendría más o menos la edad que usted tiene ahora. Nos fuimos a vivir luego de que ella se separó de su primer marido, sus hijos ya estaban grandes y habían entrado a la universidad…

Miré hacia un extremo de la sala mientras él hablaba, para que comprendiera que no me importaba lo que decía.

—…el primer año de irnos a vivir juntos nos pasó un suceso curioso, se incendió la casa en la que vivíamos —continuó hablando despacio, con la cabeza echada hacia atrás—. Era una casa a las afueras de P, por la vía al bosque ¿conoce? En ese tiempo todo eso eran fincas y potrero, no había barrios ni centros comerciales como ahora. Una noche la casa se incendió. Yo acostumbraba a cerrar desde dentro con llave; en medio de la confusión y de las llamas, no me acordaba dónde las había dejado, pensé que íbamos a morir. Al final pudimos escapar por una ventana. Se quemó todo, todo. Ver el fuego es espantoso, es muy grande. Lo recuerdo bien. Cuando miré a Zara tenía los ojos rojos, no sé si por el llanto o por el humo. Me abrazó y me dijo: lo hemos perdido todo. Al año ya teníamos una casa mejor que esa, mucha gente nos ayudó. Nunca olvido el tamaño de las llamas ni el sonido del fuego.

Lo escuché con atención. Mientras hablaba, parecía más viejo.

—No hay nada más terrible que la realidad, y sin embargo es lo único que nos queda —dijo él al final.

—Me gusta eso que usted acaba de decir, que la realidad es lo único que nos queda —le dije.

—No podemos evadir la realidad —dijo Augusto en voz alta y clara.

—No lo hago —dije yo, tragando saliva.

—Entonces no se abandone a las circunstancias. Tiene que pensar que su realidad va más allá de la muerte de ese hombre o de la niña.

—Eso lo sé —le dije.

—¿Lo sabe? —me preguntó como si no estuviera muy convencido de lo que acababa de oír.

—Sí, lo sé —respondí.

Nos quedamos otra vez callados, inmóviles. Él había cruzado los brazos sobre el pecho. Parecía haberse olvidado de mi presencia, y de pronto, como si estuviera haciéndome una pregunta sin importancia, dijo en tono mecánico:

—Desde hace días tengo la impresión de que usted llevaba algo guardado, algo que no tiene nada que ver con esto, que quiere decírmelo, pero no se atreve. ¿Qué pasa? Si quiere decir algo no se cohíba, puede decírmelo, incluso si…

—¿Incluso si qué? —le interrumpí con brusquedad.

—Incluso si es algo que solo deba quedar entre usted y yo, como una confesión.

—No le revelaré nada porque no tengo ningún secreto —le dije poniéndome nerviosa, sin querer.

El viejo guardó silencio.

—Tal vez solo se trate de una impresión mía —dijo con mesura y sin insistir—.

Noté que los labios le temblaban y se le había formado un poco de espuma a los lados de la boca. Hizo el ademán de levantarse de su asiento, pero algo lo detuvo.

—Me había olvidado —dijo de improviso—. Mi esposa le manda a preguntar cómo le ha ido con el Mp3, ¿ha podido usarlo?

—Sí, muchas gracias.

—No tiene que agradecer, no ha sido nada.

—Siempre hay que agradecer un poco de música. Si no fuera por la música, ya me habría dado de golpes contra la pared… muchas gracias.

—Nos alegra que le haya servido —dijo con sencillez.

—La escucho casi todo el tiempo. Cuando logro concentrarme y escucharla realmente, me sirve de fuga, cada sonido adquiere un sentido propio que va más allá de uno mismo.

—Seguro es así para quienes les gusta. Yo no soy muy musical, prefiero la lectura y el silencio.

—Yo, en cambio, puedo estar sin libros, pero no sin música. Hace algunos años trabajé en un instituto de niños dando clases de piano.

—No me lo había dicho. ¿Qué tal eran los estudiantes?

—A la segunda semana ya estaban hartos de mí y yo de ellos, ya había pasado la novedad. No había nadie que valiera la pena.

—¿Fue aquí?

—No, en otra ciudad.

—Ya —dijo él y se levantó, luego tomó la maleta y el saco. Yo seguía sentada, sin moverme.

—Si le afecta lo de la niña y las pruebas, no volveré a mencionárselo, pero de seguro tendrá que oírlo en el juicio —me dijo.

—¿Habrá testigos? … en el juicio —le pregunté, un poco ingenua, con voz ronca, vacilante, y me sorprendí de que al pensar en eso sintiera escalofrío.

—seguramente los habrá —me respondió—. Pero no les temo a los testigos ni a la fiscal, le temo a usted.

—¿Qué es lo que teme? Yo también tengo la misma sensación con usted, de que quiere decirme o preguntarme algo, pero no se atreve.

—Ya se lo pregunté, le pregunté si había algo que usted quisiera decirme.

Lo miré a la cara con ojos desorbitados, él también me observó con expresión perpleja. Entonces desvié la vista y la fijé en la reja de entrada, donde se escuchaban algunos pasos.

—¿Le puedo pedir algo? —dije.

Me miró con interés.

—¿Puede buscar a Hilda, la viuda de mi padre? Después de esa noche, cuando la niña murió, me olvidé de ella. Yo estaba desorientada, solo pensaba en ese hombre, en encontrarlo, nada más me interesaba. Cuando me acordaba de ella, de Hilda, sentía rabia, me daba ira que fuera tan débil, que no se hubiera defendido, que hubiera dejado que le pegaran a la perra hasta matarla y que la golpearan a ella, me daba rabia de que fuera muda, de que ni siquiera pudiera hablar. No me importaba lo que le pasara. Después de lo de la niña, me convencí de que todos estábamos abandonados a nuestra propia suerte, que cada quien debía defenderse solo, a mí nada me importa mi suerte, tampoco quería ocuparme de los asuntos de otros. Pero últimamente, estas últimas noches, casi siempre después de las doce, comienzo a pensar en ella; pensar no, no es un pensamiento, es una imagen que me viene a la cabeza y no se me va, veo a Hilda llorando sola en la cama del hospital donde la dejé; está acurrucada en una esquina, con las rodillas dobladas, tapándose la cara con las manos, como si sintiera miedo o vergüenza. No sé si sea remordimiento, pero no puedo dejar de pensar en ella, de ver esa imagen.

Me mortifica. He creído encontrar en ello una ganancia: su imagen ha remplazado la de la niña y la de ese hombre; es más real, tal vez porque no es un fantasma, ella está viva, y los vivos tienen más fuerza que los muertos. Desde acá no puedo hacer nada, tampoco tengo plata, solo puedo pedirle a usted que la busque y si puede, que la ayude… por favor.

—¿Ve que sí había algo? —me dijo—. Tranquilícese. Trataré de buscarla. ¿Recuerda el hospital donde la dejó la última vez?

Tras apuntar en una pequeña libreta el nombre que le di, Augusto se marchó. Regresó dos días después, ya muy tarde, la noche antes del juicio. Yo lo había esperado con cierta ansiedad. Cuando entró, noté algo inusual en él: se veía desaliñado, más exaltado que de costumbre; hablaba rápido, conteniendo la respiración, como un borracho que se esfuerza por parecer sobrio o alguien que intenta dominarse.

—Perdone que venga tan tarde, hoy ha sido un día largo, estuve resolviendo varios asuntos y todavía tengo que llegar a la casa y seguir trabajando, pero no quería dejar de verla. Es importante que hablemos antes de mañana —le brillaron los ojos—. Sobre lo que me encargó, no he podido dar con el paradero de su amiga, en el hospital solo aparece una orden de salida de hace dos meses, pero nada más. He pensado poner un aviso en la prensa buscándola, usted me dirá si le parece conveniente. ¿Aún sigue pensando mucho en ella?

Negué con la cabeza.

—La verdad no sé si pueda encontrarla, la gente a veces se esconde y aunque P. es una ciudad pequeña, es difícil dar con su paradero. Lo más efectivo es poner avisos en las calles o dar parte a la policía.

Augusto hizo una pausa y comenzó a esculcarse en el saco.

—¿Me permite que fume este cigarrillo?, solo un par de aspiradas —dijo, sacando un cigarrillo del bolsillo de la camisa y poniéndoselo en la boca.

—Pero bueno, luego, si usted quiere, nos ocupamos de su amiga —comenzó a decir con el cigarrillo en la boca, sin encenderlo—. Ahora lo que importa es su situación, a eso he venido… Creo que no he traído el encendedor. Ah, ¡qué tontería!

Se sacó malhumorado el cigarrillo de la boca.

—Verá, Antonia, yo he estado recapacitando mucho desde el martes, que a usted lo que más le conviene es concentrarse solo en un hecho, en el de la niña, y olvidarse un poco de usted misma, de sus pensamientos. No se vaya a poner a hacer confesiones. No hay que poner toda la carne en el asador. ¿Me entiende?

Lo miré interrogante.

—Nunca conviene decir toda la verdad —continuó Augusto—. Eso lo sé yo que he trabajado en esto la mayor parte de mi vida. Además, la verdad, los hechos, el pasado, son solo una interpretación, el juez solo tiene eso, distintas versiones, interpretaciones de la realidad. Un juicio es un ejercicio de persuasión, pero para que funcione, usted tiene que estar convencida de lo que dice.

Yo no pude acabar de escuchar sus palabras, cuando ya le tenía una respuesta:

—No creo que sean necesarias todas esas elucubraciones sobre el suicidio con el cuerpo de otro.

Él recapacitó un instante, y sin disimular una sonrisa dijo:

—No me he hecho entender… Me hace falta un cigarrillo, qué estupidez dejar el encendedor… a lo que me refiero es a que hay que cuidarse de no hablar de más, de cosas que no tienen por qué decirse. ¿Ahora sí me entiende? Creo que ya hemos hablado de esto. Por ejemplo, lo del arma con la que usted disparó, simplemente diga que la encontró dentro de una caja en el piso donde vivía, el día que se pasó, y que no le pareció necesario entregarla ni dar aviso a la policía.

—Se la hubieran robado —dije.

—Claro —dijo él, escarbando pensativo una legaña en su ojo derecho, y luego, enfatizando sus palabras con el índice de su mano derecha, dijo:

—Es necesario cuidarse en esos detalles.

Fijé en él la mirada. Un inopinado sentimiento de rabia me invadió. Augusto pareció advertirlo.

—¿Y qué otros detalles habría? —pregunté.

—Seguramente habrá muchos, debe de pensarlos usted. No se pierda del hecho, es como un foco alrededor del cual giran muchas cosas, pero tenga presente siempre ese foco: aquel hombre abusaba y maltrataba a la niña, al principio solo eran sospechas, usted no lo denunció por

temor… la noche que él murió usted solo se defendió. No se vaya a ir para otros lados, no haga mucha alusión a su pasado.

—¿Por qué todas esas advertencias y a esta hora? —refunfuñé, sin poder contenerme—. Me quiere salvar del juez.

—Quiero salvarla de usted misma.

—No sé porque sabía que usted iba a decir eso —dije con una sonrisilla burlona.

—Me he vuelto muy predecible. Pero precisamente a eso he venido, por eso no he podido dejar de venir ahora.

—¿Salvarme de qué?

—Es difícil de decir.

—¿Por qué? ¿Por qué no lo sabe?

—Sí lo sé, sé de qué debo salvarla.

—Entonces, dígamelo.

—De su orgullo.

Yo sonreí forzada y nerviosamente.

—No seas orgulloso ante los pequeños ni ante los grandes, me decía uno de los curas, cuando yo era niño, en la escuela. Ha sido un gran consejo, me ha ahorrado muchos problemas en la vida. La gente orgullosa sufre mucho, la vida los golpea muy duro. Entre todos los males, el peor es ese: la vanidad, el orgullo.

—Le dije que me hablara sin invenciones ni fantasías.

—Y eso estoy haciendo. Estoy hablando muy claro, y le voy a hablar más claro todavía, para que me comprenda, aunque debo valerme de un ejemplo. Fue algo real, que ocurrió hace ya varios años, 23 para ser más preciso.

Hizo una pausa y tragó saliva.

—No sé si por esa época usted vivía aquí. Tal vez debió haber oído algo, aunque no se dijo mucho; en la prensa no se comentó casi nada, y en lo poco que publicaron todo quedó como meras sospechas. En ese tiempo yo era juez de instrucción, trabajaba en este mismo lugar, en el tercer piso. Y fíjese qué curioso, esto que le voy a contar pasó a los pocos días del incendio de mi casa.

Hablaba con una conmoción casi histérica, pero también con cierto placer, acentuando cada frase, tratando de disimular el temblor de su labio superior. Yo lo escuché con estupor, sin decir nada.

—Se acusó a una mujer joven de haber matado a su hijo en un arrebato de locura; de ahogarlo y luego haber ido a dejárselo a su marido. La criatura no tendría más de seis años. Hace poco pasó algo similar en una ciudad cercana: una mujer se arrojó de un puente con su hijo de diez años en brazos. No sé si se lo conté, aunque, bueno, en el caso que le estoy diciendo ella no murió, se llevó al niño a una playa y lo ahogó, luego regresó con su hijo muerto, lo dejó en su casa con el padre y después se fue. La acusación contra ella la hizo el padre y un amigo de él, dos días después del hecho.

Sus ojos echaron chispas. Yo estaba atónita, irritada, sentía que algo se me cortaba en el pecho, que mi rostro se contraía. Un temblor me subió hasta la cabeza. Comencé a respirar con dificultad. Él me veía con vivo asombro, con villana sonrisa.

—Me llegó a mí el caso. Al principio no había nada; con los días, después de hablar con el padre del niño supe algo más. Él no vivía con ella, sino con otro hombre, ella incluso había intentado matar al compañero de su exmarido con unos dulces. El móvil del crimen parecía indiscutible. Ella mató al hijo por celos, por sentirse engañada y, sin embargo, yo nunca quedé conforme con esa respuesta. Analicé el caso por mucho tiempo, hasta entender que ella mató a su hijo no para vengarse del esposo que la engañaba con otros hombres, como pensaría cualquiera, una mente ramplona, sino por vanidad, por orgullo.

Me estremecí. Sentí frío. Entonces lo miré.

—¿Por qué me dice eso? —le pregunté, pero no puede terminar, se me cortó la voz.

—¿Que por qué le hablo de esto? Para ponerle un ejemplo de los riesgos de la vanidad. Un amor propio resentido es nuestro peor enemigo —dijo—. Un amor propio resentido consigo mismo, porque la humillación no venía de afuera, del marido, o del hijo, si es que alguien puede resentirse con un niño de seis años. Ambos eran una excusa, un pretexto para sacar el odio que ella sentía contra sí misma… la humillación venía de ella misma, de su propia alma. Quien vive de esa manera es más cruel consigo mismo que cualquier verdugo sobre la tierra. De dónde le venía ese odio, no lo sé, pero es así. Esto lo he venido a entender hace muy poco, hace unas horas; lo comprendí anteayer, después de salir de aquí.

El viejo calló y bajó la cabeza, como si reflexionara.

—¿Cómo lo supo? —inquirí asustada.

—¿Saber qué? —me preguntó él en tono tranquilo.

—Quién era yo —le dije, conteniéndome a duras penas.

—Al principio lo dudé —respondió él, echándose hacia delante. Yo le lancé una mirada penetrante.

—La vi hace 23 años, en el juzgado, el día que murió su hijo. Usted fue a buscarme.

Lo dijo tranquilo, con voz suave.

—No estuve en ningún juzgado ese día, nunca lo había visto ni hablado con usted antes —repliqué con tosquedad y rabia.

—Tal vez no lo recuerda.

—No, no he olvidado nada. Me fui de esta ciudad la misma noche que pasó todo y no regresé hasta hace un año.

El viejo guardó silencio. Hubo un momento horrible, de muda pelea entre ambos.

—No fue hace 23 sino hace 25 años —dije.

—Sí, 25 —dijo él.

Nos quedamos un minuto largo en silencio, ensimismados.

—Si hubiera estado aquí esa tarde lo recordaría o me acordaría de usted… —insistí.

Él levantó la cabeza y sonrió de modo apacible.

—He guardado una foto suya todos estos años —dijo él de improviso y sacó una fotografía pequeña, en blanco y negro, de su maleta—. La tomé del expediente. Ahora se parece usted mucho a ella, a la de antes.

Alargó la mano y me pasó la fotografía; yo la tomé y la dejé con indiferencia encima de la mesa.

—Ahora entiendo, lo supo desde el principio. ¡Qué astuto es usted! —estallé de ira—. ¿Quiere

que me entregue? ¿Que diga que maté a mi hijo? No me importa, no necesitaba todo ese juego. No…

—Pero si es al contrario, he venido a pedirle que no lo haga —me dijo, pero yo no lo oía, comencé a gritar con voz convulsiva, incontrolable.

—¡Tranquilícese! ¡Tranquilícese!

Yo no me quería contener, no podía calmarme.

—¡Sonia, tranquila! —me dijo.

Escuchar ese nombre de labios de ese hombre me paralizó. En aquel momento se dejaron oír unas pisadas gruesas, tal vez del guardia, en la otra habitación. Alguien se acercó, permaneció unos segundos junto a la puerta, y después de echar un vistazo a la sala, se devolvió.

—No lo haga —me dijo el viejo en tono resuelto.

—¿Qué…?

—He venido a pedirle que no lo haga, que no diga nada —dijo mirándome con una expresión indescriptible—. Sé que lo va a confesar, sé qué mató a un hombre para poder decir quién es usted y lo que hizo con su hijo. Lo estuve pensando mucho todas estas noches; al principio me parecía ilógico, pero qué hay de lógico en los actos humanos. Usted nunca se sintió culpable de la muerte de su hijo, pero necesitaba sentirse culpable por algo para llenar ese vacío, por eso mató a ese hombre, pero el vacío no se llenó, siguió ahí, más inaguantable. Usted fracasó al matar a ese hombre, fracasó igual que cuando ahogó a su hijo, y ya no le importa nada, pero confesar lo que hizo con el niño no la va a salvar, no va a lograr llenar ese hueco que le dejó el odio que usted ha sentido contra sí misma.

Estaba fatigado, igual de excitado que yo; pensé que le iba a dar algo, un ataque.

—Perdóneme por habérselo dicho, usted me ha obligado a decírselo todo, a hacerle saber que sé quién es usted… solo se lo he dicho para tratar de contenerla.

Se detuvo y tomó aire, buscando tranquilizarse. Caminó unos pasos por la sala y volvió hasta la mesa, apoyando el cuerpo con las manos.

—No lo confiese —dijo en tono más frío, intentando mostrarse tranquilo—. ¿Cree que la van a repudiar? Claro que habrá repudio, un repudio general, pero será falso, un escándalo hipócrita, de esos que tanto le gusta a la gente y, al final, la muerte del niño a nadie le importará. Casos como esos y otros mucho peores pasan en este país todos los días, usted lo sabe, están pasando en este mismo momento y nadie dice ni hace nada, o nunca se sabrán. ¿Por qué quiere hacerlo? Usted me ha dicho que no es una mujer creyente ¿siente ahora arrepentimiento? La otra vez le pregunté si se sentía viviendo junto a un asesino y me respondió que no, entonces, si no piensa así, si no siente culpa, ni responsabilidad, ni espera redimirse de nada, por qué lo hace. No lo entiendo, no logro entenderlo. Si quisiera redimirse, pedir perdón, lo entendería, pero usted no lo hace por eso, usted no es así. O acaso me engaña.

—No intente darle razones a lo que no las tiene —le dije y me sentí terriblemente cansada.

—¿Qué ha dicho?

—Que usted ha hablado de orgullo, de vanidad, de lucha interior, de suicidio… No le busque profundidad a lo que no tiene. Yo misma me he dado todas esas respuestas y mil más en estos años. Ahora todo es más sencillo, ya no necesito decirme nada. No solo el orgullo o el odio son temibles; pensar demasiado también nos golpea peligrosamente. Yo no puedo dejar de pensar, pero ya no intento convencerme de nada.

—Y entonces, ¿qué le queda?

—¿Qué me queda? No sé, los pocos días que todavía tengo.

—¡Mire en qué dilemas me pone! —exclamó Augusto—. Yo únicamente le digo algo —expresó, tocando ligeramente la fotografía, como si no se atreviera a hacerlo conmigo—. Mientras estemos vivos, tenemos una tarea, un deber moral: reconciliarnos con la vida. Tal vez usted ya no espera nada, pero dese otra oportunidad. Yo sé que lo que le estoy diciendo ahora le suena a un discurso repetido, a un lugar común, y que usted no cree en estas palabras, de pronto porque ya ha intentado eso muchas veces y se siente cansada, pero al cabo de un tiempo las asumirá de un modo distinto. Llegará el momento en que usted volverá a amar la vida, y cuando lo sienta, cuando eso pase, así sea un instante pasajero, usted debe convencerse de que ya ha pasado el umbral y no puede retroceder.

Bajé la cabeza y me quedé pensativa, sin saber en qué pensaba.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo el viejo—. Todavía tengo mucho trabajo que hacer hoy.

Tomó la fotografía y la guardó dentro de la maleta.

—No sé por qué usted me causó tanto susto ahora… seguramente estoy pálida, todavía me tiemblan las manos, no puedo evitarlo —dije con una sensación de contrariedad—. Debería estar más tranquila si estoy dispuesta a aceptarlo todo… pero los nervios me vencen. Quisiera ser como esa pared y no sentir nada.

—Perdón —se excusó él—. Yo también estoy sudando mucho —murmuró quedo, dirigiéndose a la puerta.

—Solo una cosa más, no puedo irme de aquí sin preguntárselo —dijo de pronto, con impaciencia, y buscó mis ojos con su mirada.

—Si usted mañana lo dijera, si mis palabras no hubieran podido convencerla y usted lo confesara todo, su nombre y sus actos pasados, si eso pasara mañana, ¿me permitiría que la defendiera?, ¿que demostrara que usted es inocente de haber ahogado a un niño de 6 años…? ¿dejaría que la defendiera?

—Sí—le dije en un tono bajo, pero suficientemente audible, sin levantar la cabeza.

—Y si gano el caso, ¿saldría libre?

—Sí.

—Bien —dijo él, aumentando la voz—. Pero no vaya a pensar que estoy aceptando que vaya a confesar usted mañana; esas preguntas solo se las he hecho en el hipotético caso de que llegara a pasar algo que espero, que sé, no va a suceder. No olvide lo que hemos hablado —dijo despidiéndose, pero no se movió, se quedó de pie, como si no pudiera irse.

—Concentrémonos en su defensa, no diga nada de lo que pasó hace tantos años, ese vacío que usted siente ha sido suficiente cárcel. No es necesario volver al pasado si no es para salvarnos, confesar lo que hizo no la salvará, usted lo sabe.

—No me siento segura de nada —le dije, y sonó como si pronunciara esas palabras desde una distancia mayor a la que él y yo estábamos.

—Hay noches así, en que la gente no se siente segura de nada —dijo él—. Procure descansar.

Augusto se retiró. Yo me quedé sentada, sin ánimo de levantarme, hasta que llegó el guardia y me llevó a la celda. Me desvelé toda la noche. Hacía días me asaltaba un pensamiento que no podía ahuyentar y que nada tenía que ver con el juicio de las próximas horas. Vine a cerrar los ojos ya de día. En ese lapso de tiempo no pude evitar pensar en Adrián, en mis años de juventud; recordé a Felice, su casa y su marido, la complicada y dura vida de campo que llevaban. Pero no era un recuerdo ni un pensamiento, sino algo más vívido, era como si me hubiera sumergido en el tiempo… En la vida nada se repite. Al final me dormí.

Al otro día, después de asearme, me puse un vestido blanco; era un vestido elegante que me había traído de la casa de Esther. Me dejé suelto el cabello, que caía a la altura del hombro. Busqué los pedazos del espejo roto que había escondido y los guardé en un bolsillo, no sé para qué, pero los llevé. No tenía miedo, a pesar de que sabía que estaba a punto de suceder algo, que había llegado la hora. Nada me conmovía, menos aún mi propia miseria; sentía el corazón endurecido. Llegué a la sala, que estaba un par de pisos más arriba de la celda, con el propósito de no ceder a la angustia ni a la rabia. En el lugar cabía mucha gente, pero los asistentes no sumaban más de quince; entre ellos estaban Augusto y otro hombre sentado a un lado de la tribuna, al que había visto esporádicamente. Al verme entrar, Augusto se acercó hasta el portón y me dio la mano.

—Estese tranquila, esto pasará pronto —dijo.

Nos sentamos juntos, detrás de un escritorio, frente a la tribuna vacía.

Augusto sacó del bolsillo un encendedor y un lapicero dorados, y los depositó en el borde del escritorio. No volvió a hablarme; ordenó con gestos mecánicos algunos papeles, después permaneció sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin moverse. Tras unos minutos entró el juez y todos nos pusimos de pie. Aquel hombre grande, de facciones marcadas y canas a los lados, correctamente vestido, estaba convencido de su papel; dominaba con su presencia toda la sala, tenía un aspecto inabordable e indiscutible. Yo estaba extrañamente tranquila; aunque nunca había estado en un juicio, la escena me resultaba conocida. La fiscal leyó los cargos, su voz resonó dura en la fría sala. El juez le hizo un par de preguntas en voz alta y luego me ordenaron subir a un lado del estrado, mirando hacia la sala. Por unos segundos todo quedó en silencio, me sentí incómoda. Por fin una voz dijo desde lo alto:

—Diga su nombre completo.

En aquel instante ocurrió lo que durante años había sido solo una escena imaginada: confesé quien era yo.

—Mi nombre no es Antonia, soy Sonia O. y hace 26 años, el 14 de julio de 19__ maté a mi hijo, lo ahogué en la playa de S—. Lo dije con tono seco y cortante, subrayando cada sílaba, como lo había hecho el hombre que me habló, pero a diferencia de él, mi tono no era falso.

Quienes estaban allí, en ese momento, me escucharon atónitos. El silencio se prolongó durante un par de segundos; luego se armó un extraordinario revuelo en la sala. Algunos no daban crédito a ninguna de mis palabras. En la puerta se amontonaron curiosos; algunos entraron para saber lo que pasaba. Miré a Augusto. Una sonrisa triste contrajo su semblante; antes de levantarse, sacó un pañuelo para secarse el sudor que llenaba su frente. Yo sentía que me había quitado algo del corazón, y no era tanto un sentimiento de liberación, como una oscura satisfacción que ni yo misma entendía.

2

En cuestión de días todo cambió. Como bien lo había predicho Augusto, la ciudad y el país se escandalizaron. El mío había dejado de ser uno más de los crímenes perpetrados por una mujer alegando defensa propia, a convertirse en una oscura y sucia comparsa que envolvía violaciones a niñas y asesinatos. Las bases para la acusación se multiplicaron. Ahora no solo se me acusaba de haber matado a mi hijo, sino de haber sido cómplice y partícipe de los ultrajes y la muerte de la niña. Se presumía una censurable intimidad entre Raúl y yo, a partir de la cual explicaban su muerte como un crimen pasional desatado por los celos. La gente me acusaba de conseguir niñas y llevárselas a Raúl y otros hombres para que las violaran y luego desaparecerlas. En las calles, algunos incluso hablaban de una banda que traficaba con menores; de todas partes acudían

personas que alegaban haber sido víctimas de aquella banda.

—¡Dios mío! ¡cuántas cosas no ha de haber hecho esa mujer en todo este tiempo! —repetían espantadas las vecinas, que necesitaban de semanas enteras para volver a sentirse seguras.

Comenzaba uno de esos procesos largos, de numerosas y distintas imputaciones, que exacerbaban la curiosidad, la agitación y el enfado de mucha gente. Fui trasladada a la prisión central que estaba a las afueras de la ciudad. A la entrada de la cárcel un grupo de manifestantes exigía justicia por los niños. Los primeros días me sentí desorientada, hacía mucho frío. Yo casi no comía y había adelgazado hasta los huesos, pero a nadie dentro de la prisión parecía importarle, me trataban con severidad y silencio.

Al decirme de qué se me acusaba, Augusto se sorprendió de que nada de lo que escuchaba me ofendiera, era como si me hubiera vuelto insensible; podrían tocarme con un hierro caliente y no gritaría. Había llegado a uno de esos momentos en que el alma ya no puede defenderse.

—La voy a sacar de aquí —me dijo—. Esto no hace más que poner un reto profesional a mis años de carrera. He pedido a otros abogados, muy versados en leyes, que me ayuden. Mucha gente se ha interesado por su caso…

El día lunes, en la primera audiencia con el nuevo fiscal, negué los cargos de secuestro y asesinato de menores. Me declaré culpable de ahogar al niño y de matar a Raúl, de lo demás era inocente. Mientras el secretario llenaba las páginas con mi declaración, que no cambiaba en nada sobre los hechos de la niña y Raúl, pensaba que a aquella hora Alonso y otras personas que me conocían ya se habrían enterado de todo. Me tranquilizaba que mi padre estuviera muerto. ¿E Hilda? Hilda…

Cuando, a la siguiente mañana, apenas pasadas las ocho, entró el abogado en la sala de visitas, yo todavía dormía. Tuvo que esperarme casi una hora. Yo había despertado con un embotamiento tonto en la cabeza, como si me hubieran inyectado narcóticos, pero me sentía menos cansada. Era una mañana inusual, nublada, que amenazaba con lluvia. Las dos últimas noches había dormido bien, sin sobresaltos, y atribuía este hecho al calabozo donde estaba. Era una celda pequeñita, en la que solo cabía un catre con el colchón y una silla, que hacía las veces de mesa de noche. Sobre la silla había una lámpara de madera que tenía la caperuza forrada en tela encerada; estaba sucia y desgastada, y el bombillo alumbraba poco. Me quedaba tumbada sobre el catre, en la misma posición, escuchando a Bach, con los audífonos puestos, hasta que me dormía. Aquellas notas, impregnadas de una atmósfera vieja, me desalteraban. Había escogido un par de preludios y fugas que siempre repetía; una en especial me gustaba mucho, sobre todo el comienzo. Me obsesioné por saber el nombre que no aparecía completo en la pequeña pantalla del reproductor, más tarde lo supe: preludio y fuga en E flat menor, número ocho; otras piezas las había eliminado por alegres. Aparte de la música, mis únicas compañeras de celda eran las arañas. A veces hablaba con ellas; de niña lo hacía muy a menudo con las que andaban pegadas al vidrio de la ventana, les contaba lo que había soñado la noche antes. Las de ahora eran perezosas, dejaban entrar a los zancudos que me atormentaban en las mañanas.

Al verme aparecer tras la reja, a la entrada del locutorio, Augusto se levantó de la silla donde estaba, me miró con avidez. Como siempre, me saludó respetuosamente.

—Pensé que estaba enferma. Cuando me dijeron que todavía dormía me asusté, creí que se había desmayado.

—No hay por qué alarmarse, doctor —le dije todavía desencajada por el sueño—. Hace mucho no podía dormir tanto.

—Debí de haber venido más tarde para no despertarla —dijo con visible expresión de pena. —

¿Ya desayunó?

—No.

—Tiene que comer. ¿Se ha dado cuenta de lo flaca y pálida que está? Parece recién salida de un hospital. Si no come habrá que volver a llevarla a uno para que la alimenten, así sea por una sonda.

—No permitiría que nadie me hiciera eso —le dije bruscamente.

—¡Entonces tiene que comer! —exclamó Augusto con firmeza y bastante calma.

Él estaba parado frente a mí, a tres pasos de distancia. Se acercó, me cogió del brazo y me hizo sentar en la banca; él se sentó a mi lado y me preguntó:

—¿Cómo se ha sentido estos días, ahora que otra vez es Sonia?

—Me cuesta acostumbrarme a ese nombre —le dije.

—¡Ah! —recalcó el viejo algo desconcertado—. Y aparte del nombre, ¿ha estado mejor?

—Tranquila —le dije.

—¿Sintió que se liberó de una carga? —inquirió bajando los ojos.

Yo moví los labios y sonreí sarcásticamente. Al final le respondí que sí. Augusto reflexionó, y luego me preguntó con una desenvoltura poco típica en él:

—¿Se ha puesto a pensar en que ahora el padre del niño sabrá que usted existe? De pronto no siga viviendo en P, o no esté vivo, qué sé yo, pero…

—Aún vive acá —le respondí nerviosamente gesticulando.

—¿Cómo lo sabe? ¿Lo ha visto?

Volví hacia él la mirada sin decir nada.

—¿Qué pasa si quiere venir y hablar con usted?

—No quiero ver a nadie —le dije y me aparté de él.

—Mucha gente está interesada en hablar con usted. Una mujer joven que dirige una organización feminista quiere conocerla, es defensora de los derechos de las mujeres. También hay otra, una señora muy rica, de la capital; ha logrado conseguir mi número y me ha hecho muchas llamadas. Se ha ofrecido a pagar mis servicios y a poner todos los recursos que sean necesarios para su defensa.

—No me interesa conocer ni ver a nadie.

—Esas personas tal vez puedan ayudarla. Además, esa señora no quiere conocerla.

—Ah, … ¿no?

—No, solo quiere ayudarla y que su nombre se mantenga en el anonimato.

—¿Por qué querría hacer eso? ¿Por qué alguien querría ayudar a una mujer tan mala como yo? Algo buscará, seguramente.

—Seguramente porque creemos que usted no es mala —dijo él con voz mucho más firme.

Me froté la cara con las manos, reconcentrando las ideas.

—Ha estado usted muy sola —dijo él con delicadeza, levantándose de la banca.

—¿Es una pregunta?

—No —respondió él.

—Mucha gente está sola —le dije yo, impaciente.

—La soledad tiene sus peligros, hay que cuidarse.

Lo miré y fruncí el ceño. Afuera se escuchó un trueno que hizo estremecer el suelo de la sala.

—Va a llover —le dije.

—Sí, desde anoche está así. En la madrugada cayeron algunas gotas.

Un guardia que estaba sentado en un extremo de la sala se levantó rápidamente y corrió a cerrar

la ventana.

—¡Está haciendo frío! —dijo, y luego se lanzó a la puerta por donde salió. En el pasillo se escuchaba el rumor de varios hombres.

—En la soledad uno se observa demasiado a sí mismo y termina por no saber nada —dijo Augusto, como si de pronto hubiera vuelto sobre lo pensado antes del trueno—. La soledad nos impide conocernos, uno no ve la imagen que proyecta a los demás. Las respuestas para situaciones como la suya no están solo en usted, no dependen solamente de usted. Una persona es como los otros la ven. Por eso no sabe nada de usted misma. Desde el viernes llevo pensando, dándole vueltas a lo mismo, preguntándome por qué se entregó, y creo que es porque usted necesita de la mirada de los demás, necesita que los demás le digan algo, quién es usted, y no le importa si le dicen que es una sucia rata o una mártir, necesita oír el juicio de los demás, porque usted ya se ha hablado mucho a sí misma, ha llevado un fatigoso monólogo, ya se ha dado todas las respuestas y nada la convence, y al final ha decidido volverse sorda a sus palabras, sorda, sí, porque si no terminará loca. Creo que se lo dije la otra vez, para mí usted no es una persona mala. Convénzase de eso.

—Siempre he pensado que los demás me ven de esa manera… no sé si como alguien malo, pero sí como una persona no muy agradable, como una amenaza.

—Tal vez se ha inventado una mirada de los otros sobre usted que no existe, y que está intentando corroborar. Ahora seguramente todo el mundo piensa eso de usted, ya sabe de qué la acusan. Pero yo voy a demostrar su inocencia, se la voy a demostrar a todos, para que usted se convenza.

En sus ojos centellaba la decisión, pero noté que sus labios temblaban y estaban algo descoloridos, lo que le daba la apariencia de un enfermo.

—La frase predilecta de un abogado con su defendido es que si él no está convencido de su inocencia el abogado no tiene nada que hacer allí —continuó Augusto animado —. Eso es una tontería. En algunos casos, el deber de un buen abogado es convencer al culpable de su inocencia. ¿Para qué? para mostrarle cómo, cuando ya no espera nada y siente que lo tiene todo perdido, la vida le puede conceder lo que antes le negó: volver a nacer. No ha sido bueno que haya estado tan sola, hay que cuidarse de la soledad. Sé que a veces no es fácil dar con la gente, relacionarse con las personas que uno quiere…

—Siempre me he sentido como en un sitio nuevo, sin parentescos. No solo es que haya estado sola… desde hace años siento que ya no pertenezco a ningún lugar. Pero eso está bien.

—No. ¡Cómo va a estar eso bien!

Nos quedamos unos minutos en silencio. Él me contempló con cariño, casi compasivamente, por un momento, y después me preguntó:

—¿Por qué lo hizo?

—¿Por qué declaré mi nombre en el juicio?

—No, eso ya no tiene sentido que se lo pregunte —dijo él—. ¿Por qué mató a ese hombre?

Sonreí.

—La noche que usted me visitó, antes del juicio, al final, cuando usted ya se iba, le dije que no me sentía segura de nada. Así sigo ahora. Ya no me siento segura,
ya no sé nada. De ese hombre no sé qué decir, más allá de que le disparé. ¿Por qué? No lo sé. Tengo mil respuestas y ninguna.

—Pero no ha pensado que tal vez….

—No vaya a comenzar con sus conjeturas. Yo solo sé que ese hombre igual que la niña están

muertos. Eso es todo, lo demás no importa. Ahora último creo que no hay nada que resolver, que ya no es necesario intentar resolver nada.

—¿Por qué?

—Nuestra oportunidad para comenzar de nuevo no tiene más que un tiempo, ese tiempo para mí ya pasó.

—No se maltrate de ese modo. Sé que no debió de haber sido fácil vivir junto a una asesina todo este tiempo, pero…

—¿Vivir con una asesina? —lo interrumpí, irritada.

—¿No ha vivido usted así estos últimos 20 años, con su propia compañía?

—Solo he matado a un hombre que intentó ahorcarme hace 73 días —le dije con tono firme y resuelto.

—¿Y su hijo? —inquirió Augusto sin poderse contener.

Lo miré de soslayo, tímidamente confusa.

—Eso no me convirtió en una asesina.

—Pero usted lo ahogó. Sabe que lo ahogó, ¿verdad? Lo dijo en público hace unos días…

—Claro que lo sé, no estoy loca ni borracha. Pero ya se lo dije, eso no me convierte en una asesina, si hubiera sido así no lo habría hecho. Solo maté a un hombre, a tiros, se llamaba Raúl V.

—Ahora la juzgarán sobre todo por la muere de su hijo, la sociedad lo considera un acto abominable; lo de Raúl V. quedará en un segundo plano.

—Sé por qué me juzgan. No es lo mismo disparar contra un sádico pervertido que matar a un hijo. La gente estará esperando lágrimas y arrepentimiento que nunca verán; a pesar de todo, sigo siendo demasiado orgullosa para llorar enfrente de extraños.

—Pero olvidémonos de los otros, de la demás gente. En usted, ¿qué pasa con lo que hizo con su hijo?, ¿tampoco está segura de por qué lo hizo?, ¿tampoco es necesario resolver nada en ese caso?

—Nada es verdaderamente insólito o inaceptable —le dije—. Nada.

Él se echó un poco hacia atrás y se mostró confundido.

—Todo sigue igual que hace 40.000 años. Nada ha cambiado en el corazón de los hombres, llevamos repitiendo las mismas pasiones, los mismos dolores, las mismas intrigas humanas, con otras formas, con otra ropa, pero haciendo lo mismo. ¿Qué importancia tengo yo en todo ese vaivén humano? ¿Qué importancia tiene lo que hice? Me condenarían si escucharan lo que voy a decir, pero creo que no era para tanto. ¿Me entiende?

—Trato de entenderla.

—No era para tanto.

—¿Qué no era para tanto?

—Todo esto por la muerte de un niño. Sé que ahogué a ese niño y que está muerto. Al principio sufrí, pero con el tiempo lo olvidé. Cuando digo que lo olvidé no es que se haya borrado de mi memoria, es que ya no me importa, me es algo indiferente. No creo que la gente quiera oír eso, pero es así.

—¿Entonces por qué se entregó?

—Creí que ya había resuelto usted esa duda —dije con frialdad.

—No juegue, por favor, conmigo.

—¿Qué más podía hacer?

—¿Cómo?

—Usted me pregunta que por qué me entregué y yo le pregunto que qué más hacía.

—Hubiera podido hacer muchas cosas, no haber regresado a P, o volver a irse, incluso después de que disparó contra Raúl.

—Hice lo que pude hacer.

Bajé la cabeza y tomé aire.

—Resistí y resistí y resistí. Y luego me di cuenta de que no era para tanto… que nos hacemos cada lío con nosotros mismos. Lo peor ya ha pasado.

—¿Por qué dice eso?

—No lo sé, es así y ya.

—Que el mundo sea como es no exime a nadie de la responsabilidad de sus actos —dijo él.

—No eludo la responsabilidad por lo que hice.

—¿Se entregó para decirle a todo el mundo que usted considera que no era para tanto?

Me quedé muda, sin decir nada.

—Sé que no tengo que demostrar a nadie, más que a usted misma, su inocencia —dijo él.

—No se esfuerce tanto —le dije, sonriendo torpemente y sin mirarlo a los ojos—. No va a ser fácil, no va a ser fácil para usted, enfrentarse a la gente, intentar defenderme de los demás, cuando también tiene que luchar contra mí, enfrentarse contra su defendida y ganar primero ese juicio. Usted me dice que va demostrar mi inocencia, que se la va a demostrar a todos para que yo me convenza, pero en el fondo, usted no tiene ninguna certeza, por eso viene cada tarde, haciendo intentos de convencerse. Ambos andamos a ciegas, usted y yo, y sin embargo yo creo en usted. Si puede, sáqueme de aquí, en eso, en los hechos es en lo único que puedo creer; no me diga nada, no necesito más palabras. ¿De qué nos van a servir las respuestas que nos damos hoy dentro de tres o diez años? Solo los hechos cambian las cosas.

—Haré todo lo que pueda por sacarla de aquí, o por ayudarla… —dijo él y me miró, como si volviera de un pensamiento.

Se levantó y en silencio sacó del bolsillo de su frac una cajita de terciopelo azul y la abrió. Adentro había una cadenita de plata con un dije de delfín.

—Casi lo olvido. Mi esposa le manda esto.

—Gracias —le dije y tomé la caja.

Pasaron los días. En la prisión yo estaba como un animal al que le dan de comer a la fuerza para que siga vivo. Afuera, la opinión pública cambiaba, en los diarios me acusaban y condenaban, un grupo de mujeres me defendía, hacían protestas y exigían mi liberación. El caso llegó incluso al congreso. En los estrados, el proceso se transformaba en un juego ajeno de poder del que unos cuantos entusiastas y otros oportunistas querían sacar provecho. Yo lo veía todo con la indiferencia de quien termina una partida de cartas que sabe de antemano que va a perder.

La semana siguiente acepté ver a una mujer por consejo de Augusto. A pesar de que no me sentía segura en compañía de otras mujeres, consentí en recibir a esa señora rica, que se había obstinado sin motivo alguno en protegerme. Al principio, ella había querido mantener su nombre en secreto, después había decidido visitarme, con la condición de que solo estuviéramos ella y yo. Había precedido su visita, un par de días antes, con una nota sobria en la que expresaba su deseo de estrechar mis manos. La lluvia de la tardé retrasó por más de media hora su llegada.

Al final, apareció detrás de la puerta una señora todavía joven, vestida como la gente del pueblo. Era gorda, con una cara llena y descolorida; llevaba el pelo recogido en una moña y tenía las manos hinchadas, apretadas por los anillos de oro.

Se llamaba Judith. A pesar de su aspecto físico, aquella señora poseía algunas gracias que le eran

propias. Su respeto, que se expresaba a través de una voz por la que no asomaba la menor sombra de lástima o de conmoción que hubiese fastidiado a su interlocutor, era una de ellas. Un observador más agudo que yo hubiese dicho que su mayor cualidad era un frío y práctico sentido común.

—No estoy aquí para negar lo que hice —le dije.

—Sí —dijo ella—. Debe llevar todo esto con dignidad.

Hacía mucho nadie me había hablado así y menos en la prisión. Para mucha gente que estaba afuera, una asesina como yo no tenía derecho a tener ni exigir dignidad. Es más, mi supervivencia los ofendía o los incomodaba por lo grave de mis actos. Sentí una breve sacudida eléctrica que intenté disimular. Ella echó un vistazo a la sala. Durante esos segundos traté de imaginar algo de aquella mujer, y tuve la impresión de que se trataba de uno de esos seres que solo hemos visto una vez, y quizá sea la única, pero que sentimos cercanos, afines a nosotros. Hablamos por más de veinte minutos, directamente, sin meditar las frases, pero también sin balbuceos ni pausas.

—Estamos atadas a nuestros hijos y ellos también saben que no pueden escapar de nosotras —dijo—. Esto debió de haber sido duro para usted. No sé cómo ha sobrevivido y cómo ha tenido, además, la entereza de decir lo que ha hecho.

—Hace mucho que acepté lo que hice —dije, y me quedé callada, mirándola. Luego continué:

—Lo que creía ya terminado ha regresado de nuevo. Hubiera querido dejarlo en el pasado, pero ahora es casi imposible. Sé que serán implacables conmigo, que se enseñarán. No me importa.

—No tema, usted no está sola —dijo ella.

—Lo único que temo de la vida es que se alargue por mucho tiempo

—¿Ya no tienes esperanza? —me preguntó con aire grave.

Quise decirle que nunca la tuve, pero me quedé callada.

— Tampoco tiene que disculparse conmigo de nada —dijo ella con la misma viveza y lucidez con que había hablado hasta entonces—. No todas queremos ser madres así tengamos hijos. Por fortuna, hoy ya no está de moda tenerlos. Los hijos son una trampa donde las mujeres nos dejamos coger.

Ella se ofreció a sufragar los gastos de mi defensa, a traer algunos abogados del extranjero, incluso sugirió que podía hacer más. Tal como yo era, me negué.

Al final me dijo que había dejado un depósito con dinero a mi nombre en el banco, para que pasara mis últimos años cuando saliera de la prisión. Estuve a punto de contestarle que me era indiferente, pero era innegable que la señora me hacía un gran favor. Le di las gracias. Se despidió con las mismas palabras con que me había saludado. Por más de un mes, Judith me llamó por teléfono casi a diario. Su visita me trajo de nuevo a la memoria el recuerdo de Marie. Su imagen serena y desprendida, algunas veces grave, se imponía a mi mente, ocupando durante horas mi imaginación. Desde la distancia que imponía el tiempo, y que me hacía aventajarla ahora en edad, intentaba comprenderla como si fuera una hermana a quien yo seguía queriendo con un cariño egoísta. Del pensamiento de Marie pasé al de Esther, del de Esther al nombre de Lucía y de Lucía al recuerdo de Olga, la única de esa cadena larga y dispar que seguía con vida.

En el siguiente encuentro que tuve con Augusto le pedí que buscara a Olga; una semana después me dio su número y pude llamarla desde la cárcel. Su voz era la misma, aunque el tono dejaba entrever una grave indisposición. Al principio hizo como si no me reconociera; después habló distraída, contestando parcamente mis preguntas.

—¿Cómo estás?

—Bien.
—¿Qué hay de tu vida?
—Bien—
—¿Sigues casada?…
—Eh, casada…, sí.

Noté que estaba incómoda. Esa muchacha alegre y desparpajada me trataba como una extraña molestia. Me habría gustado no haber llamado. Ese fue mi último desengaño, aunque a esas alturas, ya no me importaba nada. Nunca más volví a saber ni a pensar en ella. Me ocupé de Lucía, a veces de Esther y de Marie. Pero tampoco valía la pena seguir tropezando con ese grupo de sombras que se volatilizaban cada mañana. Todo aquello estaba más cerca al mundo de la fantasmagoría.

Justo un mes después de que confesara mi nombre comenzó el juicio. Igual que muchas partes de mi infancia, estos últimos tiempos parecen haberse borrado de mi memoria. Muchas cosas tengo la certeza de haberlas olvidado del todo o no recordarlas bien por falta de memoria. En algunos casos, solo conservo impresiones, vagos sentimientos, desfigurados por la imagen que me hacía de mí misma. En otros, no quiero recordar. Cuando uno se acerca a la vejez o a la muerte, comprende que hay campos de la vida que deben permanecer oscuros; ya sabemos el riesgo de sacarlos afuera.

Después de mi confesión, el argumento del abogado de que yo había actuado en legítima defensa sobre la muerte de Raúl pasó a un segundo plano. Algunos de los cargos añadidos contra mí, necesitaban pruebas. La gente suponía que yo manejaba una red de prostitución infantil, y que iba de una ciudad a otra seleccionando niñas que luego entregaba a pervertidos y mafiosos. Negué esta suposición de forma categórica, así como las relaciones amorosas que me atribuían con Raúl.

El fiscal encargado de la acusación y de reunir las pruebas había hecho bien su trabajo. Consiguió dar con el paradero de la vieja casera de Hilda, a quien yo había amenazado, y quien se presentó como testigo en la sala. Revestida de una impostura extravagante y chillona, me acusó de haber intentado matarla y de golpear sin clemencia a su hijo enfermo. El motivo era simple: yo, que vivía en el norte llena de lujos, había desamparado a mi madrastra, quien sobrevivía casi en la indigencia. La buena casera, siempre compadecida de los pobres y sensible al problema que tenía Hilda para hablar, la ayudaba y cuidaba a sus animales mientras ella salía a rebuscarse lo del día. Una noche Hilda no regresó y la casera angustiada mandó a buscarla y a que me buscaran a mí para avisarme de la desaparición. Pese al miedo que le daban los perros grandes y los animales salvajes, su hijo no tuvo otra opción que forzar la puerta de la habitación para rescatarlos, la perra había salido disparada, siguiendo el rastro de su dueña, y fue atropellada por un auto. Los gatos seguramente corrieron la misma suerte. Yo había llegado al otro día a la pensión convertida en una furia, gritando y amenazando a todos, diciendo que la responsabilidad de Hilda era suya, y había prometido ir a conseguir una pistola y volver para arreglar cuentas. En eso último no contradije a la vieja, cuyas lágrimas conmovían al público. Después llamaron al viejo inquilino, quien secundó en todo el relato de la patrona. Tenía dientes grandes y amarillos y habló todo el tiempo mirando al suelo, sin advertir mi presencia. Cuando terminó su declaración, se levantó con trabajo, algo entumecido, de la silla. Yo comprendía que aquel hombre miserable y cobarde permaneciera fiel a su patrona, lo que no entendía era como un incidente cualquiera, ocurrido meses atrás, tomaba ahora un papel tan protagónico y podía perjudicarme tanto. ¿A qué horas pasó todo esto?

El fiscal había ido incluso más lejos. Una mujer flaca, de rasgos marcados y abundante cabellera, se presentó muy excitada. Era Catalina la antigua cocinera que el esposo de Felice contrató para que le ayudará a su esposa en el oficio de la casa, quien después de reconocerme por las noticias, viajó hasta P. para ponerse al servicio de las autoridades. Me culpó de brujería, hasta se incriminó ella misma diciendo que me enseñó las pócimas de cómo embrujar al niño para dañar a mi marido, igual que había dañado a Adrián A., quien terminó loco en un asilo después de que yo le diera de comer el corazón embrujado de un buey. Aquellas imágenes contaminadas por el resentimiento, salían bruscamente del olvido. Catalina no paraba de hablar y de gritar, sus acusaciones brotaban como escupitajos de su boca y causaron un gran impacto en la sala. Cuando uno de los funcionarios le indicó que ya era momento de abandonar el recinto, una convulsión la precipitó al suelo, de donde se levantó un minuto después, para volver a acusarme, entre aullidos y gritos, sin poder detenerse. Tuvieron que sacarla obligada de la sala, ante la mirada atónita de los curiosos que se apretujaban en la entrada.

—¡Esta mujer es sucia, les hace porquerías a las personas! —gritaba.

Más peligrosas fueron las denuncias de Catalina, una de las profesoras del colegio de Esther, quien declaró que yo había robado el dinero y las joyas de Esther, y sugirió que yo la había asfixiado para robarla. El fiscal pidió detalles, la maestra, a quien yo nunca había agradado, explicó que las últimas semanas en que Esther estuvo con vida, postrada en una cama, sin salir de su cuarto, yo me había aprovechado de la confianza de la enferma para mandar y tener el control de la escuela.

—Reprimió a todas las maestras y no dejó que nadie entrara al cuarto de Esther ni pudiera verla. Al principio no hubo motivos para sospechar algo concreto, creí que por el agradecimiento que le tenía, le habría parecido que cometía una falta contra su benefactora si la dejaba sola, pero luego supimos, mis demás compañeras y yo, que ella, que en ese tiempo se hacía llamar Antonia, se había apoderado de las joyas y del dinero de Esther; después echó de la casa al padre E, que era el contador, además de director espiritual de la rectora, y nos amenazó a todas con tirarnos a la calle. No sabíamos si le daba o no los medicamentos a Esther, la dejaba con llave, y una mañana, Esther amaneció muerta, después de unos días de estar recuperada. Antonia… Sonia, desapareció al otro día, llevándoselo todo, incluso los vestidos. Ese que trae hoy puesto era de Esther.

Sentí un nudo en la garganta. Los miembros del jurado escuchaban con estupor. Negué firmemente haber asfixiado a Esther, pero admití haber robado el dinero y las joyas. Se interrogó a Catalina por qué había esperado todo este tiempo para denunciarme, a lo cual respondió que se sentía abandonada en esta tarea, pues ninguna de sus compañeras quería meterse en problemas y, además, me tenía miedo. Un ataque de tos la interrumpió. Un poco trastornada, se disculpó por no haber tenido el valor de decir la verdad antes.

—Todos somos débiles —dijo—. Cada noche ruego a Dios por la desesperanza del mundo y por el perdón de cada uno de nosotros, en especial de ella, de Sonia.

Su voz se entrecortó y no pudo seguir.

—No tiene que disculparse de nada —dijo el fiscal—. Agradecemos sus oraciones.

Una voz en el fondo de la sala dijo amén.

Aunque no era más abominable que los delitos por los cuales me juzgaban, la acusación de la maestra era grave. Yo permanecía quieta, sentada en la silla, con el carácter apacible de un juguete. No valía la pena defenderse, las circunstancias me sobrepasaban. Entre el vaivén de denuncias, preguntas y repuestas, la gente me hacía dudar entre lo que era verdad y lo que era

mentira. De algo sí estaba segura, toda la impostura y el resentimiento rancio que aquellas personas pretendían hacer pasar por justicia, toda su animadversión, me la había ganado yo con mis actos, conscientes o inconscientes. ¿Habría llegado al mismo punto si hubiera actuado de otra manera? Imposible saberlo.

Hilda no fue a declarar, había terminado de desmoronarse mentalmente por la desgracia. Augusto la encontró y la llevó a una casa de reposo que pagaba Judith. También hubo actos de bondad en el juicio de los que supe después. Una carta enviada desde Estados Unidos por la anciana vecina del edificio, en la que aseguraba que yo era una persona de bien y que nunca me vio con Raúl V., aunque admitía que ella salía poco de su casa porque estaba enferma, no se tomó mucho en cuenta.

A quienes siempre dejé libres y toleré, ahora se atrevían a juzgarme. Incluso gente a la que nunca había visto me acusaba. Yo reaccionaba con frialdad, que algunos atribuían a mi crueldad. En los momentos difíciles de la vida, nos volvemos extrañamente sobrios e indiferentes. Lo importante era mantener la dignidad, todo lo demás estaba perdido. Al final del día, toda aquella jornada ya no me causaba sino una intermitente neuralgia.

En la noche, estando sola en la celda, revisé lo que había escrito. No sé si en alguna parte ya mencioné cuando comencé a escribir este relato… ya no importa. Releyendo las primeras páginas me doy cuenta de que, a medida que me acerco al presente, se percibe cierto desencanto en mi relato. La vida es una derrota, acepto esa derrota e intento llevarla con dignidad hasta el último momento. Ya no soy capaz de mirar con generosidad el pasado ni trato de remediarlo. Reconozco que he mentido: Esther no me regaló sus joyas ni su dinero, yo los robé. Tendría que corregir muchas cosas de lo que he dicho si me pusiera en esa tarea ahora, pero no tengo ánimos ni tiempo. Me voy volviendo más sincera a medida que avanzo en las páginas. En mi defensa, creo que, aunque ya no me interesa, también tengo el derecho de mentir. Toda historia es una invención, y más la de la vida propia. En mi caso, todos esos hechos escritos y ahora releídos, aparecen cortos, mutilados, la realidad ha sido mucho más basta y contradictoria de lo que he puesto en estas líneas.

Me dormí pasadas las doce. En la madrugada me desperté en plena oscuridad por efecto de unos gritos. Pese al frío que hacía estaba bañada en sudor. En uno de los calabozos, un hombre gritaba a todo pulmón. Me levanté y me senté en la cama, sin encender la lámpara, mirando con reparo hacia la reja. Se escuchó un alboroto, entre gritos y voces, y después todo volvió a quedar en silencio. Permanecí sentada y me puse a pensar de nuevo en mis notas con el fin de tranquilizarme. Justo a la media hora de haber oído los primeros gritos sonaron dos disparos; al instante se oyeron pasos en un corredor, yo me quedé desconcertada, llena de curiosidad. Un miedo nuevo, desconocido, brotó en mi interior. Por lo demás, aquella nueva agitación solo duró un momento, y al otro día no se habló de ningún hecho inusual dentro de la prisión.

Volví a quedarme dormida con las primeras luces del alba. Me dormí de un modo inusual, boca abajo, y en ese lapso tan corto, que no duró más de cuarenta minutos, tuve un sueño que al despertar les conté a las arañas del techo que seguían vivas, para no olvidarlo. Soñé que estaba en una playa, junto al mar. Era tarde, el sol comenzaba a ponerse sobre un cielo de verano. Una niña rubia, de nueve o diez años, con un vestido azul de encaje, como los vestidos de antes, llamó mi atención. La niña se distraía buscando algo en la arena, sin prestar atención al estremecimiento de las olas; de pronto se le acercó un niño, parecía uno o dos años mayor que ella, y se quedó por unos segundos parado, a su lado. El niño jugaba a ser un perro y perseguía a la niña que corría saltando los charcos, para no mojarse los zapatos. Aquella escena me evocaba

un recuerdo de la infancia, como si en un tiempo remoto yo la hubiera vivido. El niño seguía su correría y se alejaba, la niña quedaba sola, sumida en el aislamiento. Estaba triste. Yo la llamaba, pero ella no me oía. Entonces me acercaba, tenía sus manos y su vestido untados de arena. Esa niña era yo; no estoy segura de quién habrá sido el niño. De pronto ya no la veía, sino que estaba dentro de ella; miraba alrededor buscando a mi compañero y lo seguía hasta que su imagen se difuminaba por el horizonte sin senderos. Otra vez estaba fuera de ella y la contemplaba desde la distancia; trataba de acercarme, pero no podía, sentía un dolor profundo, y luego el embate de una gran ola que lo borraba todo, llenando mis ojos de arena, y me sumergía en una oscuridad en la que me perdía sin saber ya quién era ni a dónde iba.

—Este sueño es ya la muerte —pensé mientras el sueño se desvanecía, y en verdad hubiera querido morir en ese instante.

—Cuando vaya a morir quisiera recordar ese sueño —le dije a Augusto en la tarde—. Él se limitó a escuchar, con cierta emoción, lo que a sus ojos no era más que producto de la nostalgia o de la culpa. Después me persuadió para que le escribiera una carta a Judith, agradeciéndole haberse hecho cargo de Hilda, y por su gestión para que me cambiaran de celda. Le dije que hablaba con ella todos los días por teléfono, pero él insistió en la carta. Acepté de mala gana y al final no lo hice.

A las cinco recibí una llamada telefónica, era Orlando, el amigo de Alonso, al que ya no sentía nada mío. Sin saber muy bien por qué, su aparición me provocaba un malestar rodeado de pereza, como si sintiera que ese hombre me había traicionado, aunque no fuera capaz de precisar los detalles o las circunstancias. Oyéndole hablar del otro lado del auricular, escuchando su voz nerviosa, comprendí que él intentaba, sin conseguirlo, volver a parecer el amigo simpático y tranquilo de antes, pero una lejanía, una extrañeza insondable nos separaba.

—¿Has hablado con Alonso? —me preguntó.

—No.

—Nosotros tampoco hablamos mucho, de hecho, hacía como diez años que no nos veíamos.

—Ustedes eran muy amigos —le dije.

—Sí, es raro que no nos encontráramos viviendo en la misma ciudad… él es alguien a quien yo aprecio mucho, pero no sé, nos dejamos de ver y de hablar…

—Ya.

—Después de que volviste a aparecer lo busqué, yo no podía creerlo, que aparecieras de nuevo, que de verdad fueras tú. Te vi en televisión… busqué a Alonso, estuve en su casa, hablamos un par de horas. Él me dijo que no te culpa, no sabe por qué volviste a aparecer.

—No hay por qué saberlo ni comprenderlo todo.

—¿Qué me dices?

—Muchas cosas me hicieron volver aquí, a P. Resulta difícil explicarlas —dije y probé a hacer un gesto de rechazo, como si tuviera a mi interlocutor al frente, pero no acerté.

—Sí, claro…—dijo él—. Y… ¿estás bien…?

—Sí, estoy bien.

—¿Necesitas algo?

—No, no necesito nada.

—Qué le digo a Alonso si me pregunta si hablé contigo.

—Dile lo que has oído.

De pronto me temblaron los labios.

—Él quiere verte y hablar contigo. ¿Lo recibirías? —preguntó la vocecita que sonaba lejana,

pero yo ya había apartado el oído del auricular y colgué. No valía la pena ocuparse de él. Tampoco lo había recordado en todo este tiempo.

La percepción que tuve los primeros días de iniciado el juicio era que todo andaba en desorden, aunque nunca había sido distinto. Los abogados, el fiscal, el juez, los testigos, intentaban dar a aquel caos, surgido de los testimonios, de las pruebas, de mis propias declaraciones, una apariencia de orden. La segunda sesión del juicio se desarrolló el 7 de octubre de 20——. El ligero malestar que experimenté al entrar en la sala aminoró tras advertir la presencia de Augusto. Siguiendo las normas de procedimiento legal, fui llamada a interrogatorio. Yo estaba sentada en una postura rígida, con las manos cruzadas sobre el vientre; noté que algunos me observaban con prudencia, otros, entre quienes estaban un par de miembros del jurado, con la mirada desconfiada que dirigen a los culpables.

Sonó el golpe de un martillo y se abrió la sesión. Un profundo silencio rodeaba la sala, gélida por el aire acondicionado. Todos los presentes estaban en su sitio. El presidente explicó con tono solemne que se iba a tratar la causa por los asesinatos del menor Esteban A., hijo de la acusada, cometido en 19—, y de Raúl V., ocurrido la madrugada del 27 de enero del año en curso. Un hombre ya de edad, que hacía las veces de secretario, leyó el acta del proceso. Aquel relato era como un espejo que deformaba la imagen de los hechos. Tras la lectura, el presidente me preguntó si comprendía los motivos por los que se me juzgaba, respondí que sí. Inmediatamente después, el fiscal, un hombre joven, de cabello y barba oscura, que se consideraba a sí mismo un experto en administrar justicia, tomó la palabra, saludó al juez, al jurado, a los asistentes, expuso los por menores del caso, y luego se acercó a mí.

—¿Le tiene miedo a la muerte, señora Sonia? —me dijo—. Su pregunta sorprendió a todos.

—Repito: ¿le tiene usted miedo a la muerte?

Su voz sonó dura en el salón. Augusto se levantó del asiento y dijo que no venía a lugar esa pregunta, pero el fiscal insistió.

—¿le tiene miedo a la muerte?

—No…ya no —le contesté.

—¿No qué?

—Ya no le tengo miedo a la muerte.

—¿Desde cuándo no le tiene miedo?

—No lo sé, lo que quiero decir es que a veces quisiera que todo terminara, …todo esto, estoy cansada de todo, se lo he dicho a mi abogado.

—¿Siente que ya no tiene nada que perder?

—Siento que nunca tuve nada.

—¿Puede explicarse?

—No me importa la vida. Mi corazón está vacío, ya no veo ningún sentido ni ninguna meta.

—Si ya no ve ningún sentido, tampoco le importan las consecuencias de sus actos…

—No es tan simple —le dije.

—¿Cómo? No la escuché bien.

—Le he dicho que no es tan simple. Que yo sienta que ya no me importa nada no significa que quiera ir matando por ahí a otros.

—Pero yo no he hablado de matar.

—Pero me juzgan por eso. No estoy aquí por haber robado o calumniado a nadie, sino por haber asesinado.

El fiscal se alejó unos pasos y me miró de frente. Su mirada era limpia, sus ojos eran cafés y

brillaban en su rostro opacado por la barba. De pronto hizo un gesto con los labios que transformó su semblante; fue un gesto raro, indescifrable, que sacaba a la luz un rasgo físico oculto hasta entonces.

—Entonces, no le tiene miedo a la muerte —dijo.

Sonreí nerviosamente, intentando recapacitar lo que yo había dicho.

—No deseo morir, se trata de otra cosa, quisiera desaparecer —dije.

—¡Desaparecer!

—Sí, a veces solo he querido desaparecer, olvidarme de todo; que el mundo, la realidad, desaparezcan.

—¿Puede darnos algún ejemplo para ver si la entendemos?

—La noche que supe que la niña había muerto quise que todo se borrara, que no existiera…

—¿Y cuando ahogó a su hijo? Porque así fue como lo mató, ¿también sintió lo mismo?

Pensé en responder que lo ahogué para no desaparecer, pero me limité a decir que eso fue distinto.

—¿Por qué fue distinto? —preguntó el fiscal.

—No voy a hablar de eso.

—Usted admite que lo ahogó, lo confesó en esta sala el día…

—Ya le dije que no voy a hablar de eso con usted —dije con rabia.

—¿Por qué no quiere hablar? Es su deber.

—¿Por qué debo hacerlo? ¿Por qué usted es el fiscal y él es el juez? Sigo siendo una persona aun en estas circunstancias. ¿Dónde están sus límites?

Hubo un silencio en la sala.

—Los míos están en la ley, ¿y los suyos? —preguntó el fiscal bruscamente.

—Mi deber no es igual al suyo. No me interrumpa, déjeme hablar. Su deber dentro de estas paredes es aferrarse a la tradición, a la norma, aferrarse a todo lo que le da el poder para hacer preguntas y entablar acusaciones sobre actos ajenos. El mío es distinto, mi único deber es sobrevivir. Ya no soy una mujer, soy una ruina. ¿Se ha preguntado qué pasa, qué siente alguien cuando ha perdido lo que lo convierte en un ser humano, cuando ya no tiene ni quiere tener ningún sentido, cuando ya no ve ninguna meta? Le he dicho que mi corazón está vacío, ¿ha escuchado lo que le he dicho?, ¿se ha dado cuenta de la magnitud de lo que estoy diciendo? No es una excusa, me estoy confesando ante usted, y usted parece no notar, no oír lo que le digo. Hago un gran esfuerzo, a cada minuto, por no desmoronarme. Admito que he fracasado, he aprendido a vivir y a soportar ese fracaso, como soporto esa humillante compasión con que muchos me ven ahora. A usted le parece extraño que yo haya confesado que ahogué a mi hijo y ahora no quiera hablar de lo que hice, de cómo y por qué lo hice, pero es mi derecho.

A estas alturas, usted, sus preguntas, lo que diga un juez, lo que pase conmigo no me importa. ¿Se ríe de mí? Hágalo, no me ofende su risa.

—No me río, señora, —dijo el fiscal con impaciencia—. Entienda que esto no es contra usted, es contra los hechos que usted cometió.

—¿Y qué diferencia hay? —dije yo, hundida en el banquillo, retorciéndome las manos de desesperación—. El hecho es la excusa para estar contra el acusado que usted ya da por culpable.

—¿Y lo es? Si usted lo pone en esos términos, se lo pregunto: ¿es culpable por los delitos de que se la acusa y que usted ya conoce?, ¿para qué alargar innecesariamente las cosas?

—¿Qué quiere que diga?

—La verdad. Es lo que todos queremos escuchar.

—¿Cuál verdad?

—La verdad —recalcó de nuevo, implacable, el fiscal—. A lo largo de este proceso usted y su abogado han intentado convencernos de que no existe ninguna relación entre el asesinato que usted cometió con su hijo y el de Raúl V., que son dos hechos distintos y aislados, pero yo no solo creo lo contrario, sino que además estoy convencido de que se trata de los dos extremos de una cadena de homicidios, en cuyo recorrido se hallan una serie de crímenes y delitos como el de la niña.

—No, no es así —balbuceé asustada—. Tal vez existe relación entre ambos hechos, pero no como usted cree. Cada sentimiento, cada decisión, cada acto están relacionados con todo lo que hemos sido, incluso sin que podamos ser plenamente conscientes de eso.

—Le ruego que no desvíe el asunto con conjeturas que no vienen al caso.

—No estoy desviando nada. Le estoy hablando con franqueza. Si me acerqué a la niña por culpa, no lo sé; si busque hacer justicia con ella, no lo sé; solo sé que cuando le disparé a ese hombre, a Raúl, me estaba defendiendo, de lo contrario nunca habría disparado, nunca habría asesinado.

—¿Puede explicarme de qué se defendía cuando ahogó a su hijo?

—¿Con qué derecho hace esto conmigo? —exclamé de pronto con voz llorosa, sin poder controlarme.

—Le pido que me conteste claramente —dijo el fiscal.

Sentí un deseo impetuoso de huir de ahí, de estar lejos. Me sentí desamparada y sola. Me levanté del asiento para irme, pero no pude moverme; iba a decir que en ese momento también tenía ganas de desaparecer, pero me llevé las manos a la cara y bajé la cabeza. Cerré los ojos, con la esperanza infantil de que, al abrirlos, toda esa escena se borrara como si de un mal sueño se tratara. Ante mi silencio se armó un revuelo en la sala. Alguien desde la tribuna insultó al fiscal. Escuché una voz que me preguntaba si estaba bien. El fiscal se sonrojó y se mostró algo indeciso.

—Señores del jurado… —dijo, intentó decir algo más, pero la excitación de los asistentes era tal que se formó un desorden, el presidente amenazó al público con despejar la sala; al final se interrumpió la sesión por unas horas.

En la tarde fue el turno para la defensa. Los dos casos centrales por los que se me juzgaba, la muerte de mi hijo y el asesinato de Raúl, se trataron por separado. Augusto presentó el informe de los médicos que demostraba que la niña había sido objeto de abuso sexual y de maltrato por varios hombres. También indicó la fecha de mi llegada a la ciudad, once meses antes de la muerte de Raúl. Con esto pretendía demostrar que no existía ningún vínculo previo a mi llegada al edificio entre nosotros, pero el argumento era débil. Un silencio atento, hostil, llenaba la sala. Después de examinar todas las pruebas reveladas por el sumario, se pasó al alegato de la defensa.

—Yo creo que las personas son más que sus actos —comenzó Augusto dirigiéndose al juez y a los jurados. Su voz, falsamente tranquila, vibraba en una suerte de ira contenida—. Eso se lo dije a mi defendida desde el primer día que hablamos. El fiscal también lo admitió esta mañana, cuando dijo que la justicia y este tribunal no estaban contra Sonia sino contra los hechos.

Lo miré. El tono de su voz me desagradaba, incluso más que el mío, desabrido y cansado.

—La justicia no juzga ni perdona el crimen, sino que intenta perdonar al criminal, en la medida en que él como persona es más que cualquier acto que haya cometido. Pues pregunto: ¿qué sería de cada uno de nosotros si quedáramos atados a un único acto? Si partimos del hecho de que nuestras acciones son irreversibles, no habría posibilidad de continuar. Ahora, claro está, hay

quien dirá que, en este caso, no se trata de un único acto, que fueron dos homicidios, uno más terrible que el otro, porque uno se perpetró contra su propio hijo y, además, como sugiere el fiscal, que estos asesinatos constituyen el comienzo y el fin de una larga cadena de delitos. No es así, no es así. Es un error en la interpretación. Aquí no hay una cadena de crímenes, ni tampoco hay una relación directa entre lo que sucedió hace veinte años, cuando Sonia O. ahogó al niño, y los disparos que le propinó a Raúl V. —sindicado de secuestro y narcotráfico—, hace dos meses. Pero si me lo permiten, iré por partes. Hablaré primero de la muerte del niño, que ella misma confesó, y después me referiré a los hechos de la madrugada del 27 de enero.

Permítanme que comience refiriéndome a un caso que pasó aquí mismo, hace ya cinco años. Una mujer fue al supermercado con su hijo de seis años; ella estaba hablando por teléfono y dejó al niño solo; el niño se alejó unos pasos y alcanzó del estante un tarro de veneno para ratas, fue donde su madre, la jaló del vestido e intentó enseñarle el tarro, pero ella lo hizo para un lado, estaba ocupada en una conversación y revisando el precio del cereal; el niño volvió a jalarla del vestido, la madre lo regañó, el niño dio la vuelta, abrió el tarro y se tomó el veneno. Cuando ella lo vio, corrió, gritó enloquecida, pidiendo ayuda. Después de que el niño murió, todos la compadecieron, fue un terrible error, decía la gente. Después de eso ella no quedó bien, no muy bien de la cabeza. Y sí, fue un descuido, un error, un accidente. Nadie la juzga. Otra mujer ahoga a su hijo en un ataque de desequilibrio, pero allí nadie cree que fue un accidente. Yo me pregunto ¿cuál es la diferencia?

Esto último lo dijo con voz débil, entrecortada. La sala se estremeció. Yo permanecía sentada, con los ojos gachos, aguantando un peso terrible en la nuca. Augusto se esforzaba por dar un discurso convincente; él creía de buena fe que si lograba impresionar al juez y a los jurados con sus palabras podría, si no demostrar mi inocencia, por lo menos conseguir el indulto o una rebaja en la pena.

—Una hora antes de ahogarlo ella va a la comisaría, pide hablar con algún juez, pero nadie la atiende. Todavía no sabe lo que va a hacer, tiene miedo, quiere hablar con alguien, pero es hora de salida en las oficinas, y ya todo el mundo está cansado para hablar con una mujer desesperada. Además, es día de partido de fútbol. Un funcionario que la confunde con una mendiga le pasa un billete de diez y sigue de largo. Ella no recuerda esos minutos, así de enajenada estaba su cabeza, pero yo sí los recuerdo porque estuve allí, yo era uno de esos jueces de instrucción. Ella se va con el niño en brazos; al ver el billete en su mano decide tomar un bus y sube en el primero que encuentra, no sabe para dónde va, el bus se aleja, sale de la ciudad, y la lleva hasta la playa de S donde ella se baja. Si no hubiera sido por ese billete que la indiferente caridad de un desconocido puso en su mano de pronto ella no habría llegado hasta allí. Dos horas después regresa con el niño muerto, lo deja acostado en la habitación donde vivía, llama a su exmarido que la había abandonado y después de que él encuentra al niño ella se va. Pasan veintidós años y ella decide regresar. ¿A qué regresa? No lo sabemos. Ni siquiera ella lo sabe, porque no es, como supone el fiscal, que todos nuestros actos y nuestras decisiones son claras y premeditadas, transparentes como el agua que tiene servida sobre la mesa. No, muchos de nuestros actos, muchas de nuestras decisiones son inconscientes, y su materialización ni siquiera depende totalmente de nosotros, sino de los demás y de las circunstancias. Once meses después de llegar a P, Sonia O. mata a tiros a un hombre; después de disparar por última vez, va hasta el piso de uno de sus vecinos y pide que llamen a la policía. Muchos delitos esconden la búsqueda de la pena; quienes llevamos años en este oficio sabemos y hemos visto cómo muchos criminales cometen delitos buscando que los encuentren, quieren parar y no saben cómo hacerlo, entonces

comienzan a dejar pistas de sus actos, incluso cometen premeditadamente estupideces para que por fin los descubran. Es la culpa, la culpa de la que no saben librarse solos, lo que los arrastra y los atormenta. Hemos visto cientos de casos de ese tipo, y a simple vista, este podría parecer uno más: ella mata a un hombre para poder sentirse culpable y purgar la culpa que desde hace años la atormenta por haber ahogado a su hijo, y que ella misma no acepta. Pero estamos olvidando a alguien, a la niña, y la existencia de la niña lo cambia todo.

Sonia no es una criminal, ella quería redimirse no cometiendo más crímenes, sino salvando a alguien, salvando a esa niña de los abusos y de la muerte, y no matando a Raúl V., como lo haría un criminal y como aparentemente intenta mostrarlo el fiscal. Ella quería redimir por sí misma su culpa, salvando a una niña en peligro, pero las circunstancias no se lo permitieron, o acaso su cobardía o su indiferencia. En su acto desesperado por salvarse fracasó, por eso se entregó, porque fracasó en su propósito de salvar a alguien. Aquí lo importante no es la muerte de Raúl V., un hombre peligroso, buscado por las autoridades; no, aquí lo decisivo es el afán de esta mujer por salvar a la niña de ese hombre, para salvarse a sí misma de la culpa y del dolor que sentía y que hoy en día, en este momento, en esta sala, sigue sintiendo, porque no ha podido librarse de él.

Dijo todo esto en un tono de admiración, como si él mismo se sorprendiese de lo que acababa de decir.

—Este no es el único, hay muchos casos así —aseguró con la convicción de un experto—, y la justicia no puede ser ciega a esta circunstancia. ¡Que es una búsqueda loca y peligrosa de salvación! Seguramente, pero es un derecho moral que toda persona tiene y que el Estado, a pesar de ser la fuente de validez general y el encargado de dirimir los conflictos de la sociedad, no puede negar; no puede negar que alguien busque, por sus propios medios, salvarse a sí mismo y redimir sus acciones. Puedo asegurar, señor presidente, señor fiscal y señores del jurado, aun cuando hoy en día ya nadie crea en eso, porque la justicia se ha vuelto fría y no tiene en cuenta los laberintos de las pasiones humanas, puedo asegurar que algunas personas que han cometido por error algún delito, son más severas, más crueles e inflexibles consigo mismas que cualquier tribunal del Estado. Si esta mujer llegó a cometer un crimen con su hijo, ya lo pagó; y el hecho de que ella misma haya confesado su falta, porque habría podido seguir ocultándola, es porque encuentra en su confesión un descanso, comparado al tormento que ha llevado todos estos años, ella sabe que aun cuando la condenen nadie va a ser más despiadado con ella de lo que ha sido consigo misma.

Hubo un silencio en la sala. Miré indecisa alrededor buscando no sabía que.

—¿A qué vienen esos argumentos religiosos acá? —interrumpió el fiscal levantándose de la silla—. Perdón, señor juez, pero el abogado de la defensa confunde las cosas. Aquí de lo que se trata es de otra cosa, no de un asunto de expiación moral y de salvación por el sufrimiento, sino de…

—¡Argumentos religiosos! —bramó Augusto— decir que alguien sufre y se castiga a sí mismo le parece a usted un argumento…

—¡Cíñase a los hechos! ¡cíñase a los hechos!… a los hechos —gritó el fiscal.

Augusto siguió alegando.

—A usted parece que no le interesa nada más, ignora que los hechos por sí solos no dicen nada.

—¡Cíñase a los hechos! —no dejaba de bramar el otro, con una excitación malsana de provocar.

—Los hechos es que usted es un mequetrefe tonto que no entiendo cómo desempeña el oficio

que tiene.

El juez llamó al orden. La sala quedó en silencio. Un reloj sonó en alguna parte dando la hora; miré las paredes para ver el reloj y de pronto vi entrar a Alonso. Atravesó la sala y se encaminó hasta la tribuna, cabizbajo, inclinado hacia adelante. Parecía perplejo y desorientado. Augusto le pidió al juez oírlo en calidad de testigo. Sin alzar la vista, Alonso subió hasta el estrado y así se estuvo, sin moverse, como si no pudiera ni siquiera mirar al abogado a los ojos.

Me llené de ira contra Augusto. ¡Maldito! ¡Cómo ha podido traerlo! ¿Para qué?

Cuando Alonso levantó la vista pude verlo bien: tenía el rostro afeitado, lo cual lo hacía ver joven; solo sus ojos habían cambiado, estaban cansados y develaban una tristeza sobria, reprimida. Por lo demás, parecía un adolescente prematuramente envejecido, incluso su ropa era la de alguien sin complicaciones. Se me vino a la mente una escena de cuando todavía vivíamos juntos. Era mitad de semana, un miércoles; él había llegado tarde a la casa, entró cabizbajo, sin decir nada y se encerró en la habitación del niño. Yo sabía de dónde venía, atrapada en mi rabia fui tras él.

—Alonso, ¿te pasa algo? —le pregunté—. Estoy bien —contestó él, y en esa respuesta yo supe que ya no podía creer en nada de lo que decía.

En ese entonces él guardaba silencio y se rehusaba a verme; el hombre de ahora, en cambio, me miraba con curiosidad, como miope, apoyado contra el atril de la tribuna, inmóvil y serio. Pero no era curiosidad lo que había detrás de esa mirada indiscreta, sin orgullo, sino miedo. Sentí que me invadía la fiebre, confundida por mis recuerdos.

Le preguntaron su nombre y si estaba dispuesto a decir la verdad; él respondió a duras penas, después de pensarlo un buen rato. Yo podía sentir su sudor bajándole desde las mejillas hasta el cuello, reflejo de una excitación incontrolable, y me preguntaba por qué no sacaba un pañuelo o alguien se lo daba para que se secara. Augusto se le acercó y le preguntó si me conocía, pero era cómo si él no consiguiera discernir las preguntas que le hacían.

—¿Por qué te fuiste? —me preguntó, sin dejar de mirarme.

El abogado volvió a repetirle si me conocía, y Alonso volvió a preguntarme:

—¿Por qué te fuiste?

No me preguntaba por qué había ahogado al niño, sino por qué me había ido. Yo no entendía esa pregunta. Sentí ganas de llorar a escondidas.

—Necesitaba hablar contigo. A veces me confundo y creo que fui yo quien ahogó al niño y no tú, que fui yo quien dejó que se ahogara —dijo él—. Hay noches en que sueño que estoy en la playa con un tipo besándome y acariciándome, veo al niño que se hunde en el mar y se ahoga y no me importa, solo quiero que ya no esté para poder seguir besando…

Una repugnancia, un odio contra sí mismo, más que contra mí, contuvieron sus palabras. No pudo hablar más, soltó en llanto, lloraba sin lágrimas, como si se ahogara y le faltara el aire. Aquello me provocó una irremediable impresión.

Me sentía como una enferma que pierde la cordura.

Se escucharon unas voces entre el público, luego se hizo un silencio absoluto cuando Alonso volvió a hablar. Todos tenían clavada la mirada en él. Empezó diciendo algo sobre la última noche que estuvimos juntos, luego mencionó algo de la tumba del niño, parecía como si intentara confusa y torpemente defenderme de sí mismo, alegando que él tenía más responsabilidad que yo en lo ocurrido, pero no le hablaba al jurado, ni al juez, ni a los asistentes, me hablaba a mí, me preguntaba cosas, decía otras tantas, se disculpaba, como si ahora que volvía a verme, después de tantos años, se sintiera obligado a prometerme que todo se solucionaría.

Al percatarse de mi silencio, comenzó a gritar descontrolado; tuvieron que sacarlo de la sala. Sus palabras reanimaron el interés de los jurados, pero el juez ordenó suspender la sesión hasta el día siguiente.

En la noche, ya en la celda, me sentía como si aún estuviera en la sala escuchando a Alonso, o como si no hubiera estado nunca. Pensar en la escena del sueño que él describía me hizo saber que también él había tenido sus abismos. Decidí encontrarme por última vez con él.

A las diez de la mañana del día siguiente volví a declarar en el juicio, esta vez sobre el caso de Raúl V. Lo conté otra vez todo, sin caer en exageraciones ni lamentos. Hubo mucha insistencia por parte del fiscal en saber cómo conseguí el arma con la cual disparé. Respondí más de tres veces a lo mismo. Luego hablé de los días que siguieron a la muerte de la niña. Aquella descripción, ensombrecida por una triste fealdad que parecía agravar los hechos, me mostraba ante mí misma y ante los demás, en toda mi banalidad, en mi pobreza. Los miembros del tribunal y del público me escuchaban con atención, no como se escucha un relato inverosímil o fantástico, sino una historia que en su conjunto resultaba coherente, e incluso convincente, si la hubiera pronunciado otra mujer. Sin embargo, faltaba el asombro, la perplejidad y la turbia conciencia de culpabilidad que la gente esperaba. A los asistentes, acostumbrados a pensar y a juzgar entre los límites de lo bueno y lo malo, aquel relato, más que un examen frío de los hechos, les parecía una mirada amable del mal. Lo de Raúl V. era lo de menos, podían incluso entenderlo, lo que no podían era absolver ni dejar libre a una mujer que había actuado sin compasión con su hijo y carecía de remordimientos. Miré sus caras: era como si la verdad no les dijera nada. Pero la verdad, o eso que nosotros creemos que es, a veces se distingue muy poco de la mentira.

Por esos días estalló un caso muy sonado de corrupción en el país, que tocaba todas las esferas y salpicaba hasta las ramas más altas de la justicia. Todas las dependencias judiciales se suspendieron por unos días. La prensa y los noticieros, cuya presencia invasora yo había aceptado con indiferencia, se olvidaron en cuestión de horas de la mujer filicida, yo ya no era un oropel llamativo para las masas.

El martes por la tarde recibí la visita de Augusto. Yo lo esperaba sentada en una de las estrechas mesas que ocupaban la sala de visitas. El lugar estaba repleto; algunas personas aguardaban de pie, a la entrada, tras la reja, a la espera de que otros salieran para poder entrar. Un cuchicheo incesante agitaba la multitud. Al cruzar la puerta, Augusto levantó la mano y se abrió paso entre las mesas; su caminar se me hacía conocido, aunque parecía cansado. Después del juicio había quedado exhausto, pero la noticia que traía no lo dejaba descansar. Había conseguido averiguar, con ayuda de algunas influencias, el veredicto del juicio: me condenaban a 20 años de prisión por el asesinato de mi hijo. También contemplaban una rebaja de pena por confesar, y dependiendo de mi comportamiento en prisión… Recibí la noticia con el corazón apaciguado. Le pregunté al abogado cuándo leerían el fallo, pero aún no sabía la fecha. También le pregunté por Alonso, si había venido hasta la prisión.

—Si pide verme, que siga —le dije.

—Creo que ha venido varias veces, pero usted había dicho que no lo quería recibir.

—Si vuelve, que lo dejen pasar.

—Así será. ¿Me permite que fume este cigarrillo?, no he podido fumar en todo el día. Solo un par de aspiradas —dijo y se puso un cigarrillo en la boca.

Hice una pausa para reordenar mis pensamientos, él encendió el cigarrillo.

—¿Usted viene la próxima semana? —le pregunté.

—Sí —respondió sacando el humo por la boca—, aún tenemos tiempo para cambiar las cosas. Estoy trabajando en eso. Hablé con Judith, ya sabe lo que le he contado, ella también cree que podemos aprovechar este tiempo para hacer algo.

—¿Qué le ha dicho? —le pregunté.

—¿Ella?

—No, usted a ella.

—Le dije que usted no se defendió, que lo dijo todo, pero no se defendió, dejó simplemente que todo pasara delante de usted, sin actuar.

—En eso se equivoca —le dije—. No defenderse es a veces una forma de actuar.

—No lo comprendo, pero bueno… —dijo él, bajando lentamente la cabeza para mirar la mesa.

—Necesito pedirle un favor, pero no ahora, después, la otra semana —le dije con seriedad.

—¿Por qué no ahora?

—No, quiero que sea unos días antes del juicio, después de ver a Alonso. ¿Cuándo cree que se reanudará…?

—Eso no demorará mucho. Yo estoy pendiente. Cuando conozca la fecha regreso; de todos modos, si necesita algo, solo llámeme.

Asentí con la cabeza.

—Se me olvidaba, mi esposa le manda saludos —dijo—. Puso el cigarrillo en el suelo y lo pisó, después se despidió y fue en dirección a la puerta. A mitad de camino se detuvo, se tocó maquinalmente la oreja derecha y se dio vuelta.

—No lo comprendo, lo que hizo fue casi entregarse a la voluntad de otros, pero bueno…

Yo sonreí y me levanté de la mesa.

1

Pasé unos minutos sentada al borde de la cama tratando de recordar los rasgos de Alonso, pero su imagen se me aparecía difuminada y borrosa. Cierto nerviosismo presidía la espera, imaginaba por anticipado la manera en que él me recibiría. Alonso llegó puntual, a las nueve de la mañana. Había solicitado un permiso especial que logró conseguir por mediación de Augusto. Yo sabía que al pasar el vestíbulo encontraría allí a aquel hombre apostado en una impaciente espera, y cuyo único vínculo conmigo era una terrible impresión, guardada por años, que jamás se atrevió a expresar a otros por temor a turbarlos.

A unos pasos de la sala pude percibir su voz aguda, ansiosa, que preguntaba algo al carcelero; sentí las piernas y las manos rígidas. Al abrirse la puerta levanté la mirada, en cuanto lo vi desapareció la tensión. Los primeros segundos pasaron envueltos en un silencio incómodo, impuesto por la extrañeza y la desconfianza.

—Eres tú —dijo él, al fin, con voz poco segura, como si fuera una casualidad nuestro encuentro—. Observé que llevaba un traje desaliñado. Me acerqué hasta la mesa y me senté, sin que mediara entre un acto y otro ningún saludo formal ni el más leve contacto físico entre nosotros. Ahora que lo tenía de frente reconocía cada línea, cada ángulo, cada arruga, cada pequeño lunar de su cara, pero no lo reconocía a él, al hombre con el que viví y contra el cual luché por tantos años; había perdido su brillo, se había vuelto otro, alguien pequeño y fracasado. Pensé que en otro tiempo verlo así habría significado un triunfo y una satisfacción para mí, a estas alturas ya no significaba nada, pero el hecho de encontrarme con otro hombre tan distinto a primera vista del que recordaba, me incomodaba. Estuve tentada a levantarme de la mesa y salir de la sala, y lo habría hecho si él no hubiera vuelto a hablar.

—¿Cómo estás? —me preguntó. Su voz, sin embargo, era la misma, o había cambiado muy

poco.

—Me duele un poco la espalda, no dormí bien anoche —le respondí.

—Sí, eso pasa cuando uno no duerme bien…

—¿Cómo estás tú? —le pregunté.

—Yo, aquí —me dijo. Trató de sonreír, pero no pudo y desconcertado bajó la cabeza.

—Gracias por recibirme —dijo.

—Hay que intentar terminar las cosas de la forma que podamos —dije.

—¿Qué has dicho? —me atajó—. Háblame despacio, quiero entender bien lo que dices, grabarme tus palabras. No quiero olvidar ningún detalle de esta conversación.

—Dije que uno se da cuenta, con el paso de los años, de que no puede poner fin a los propios asuntos antes de tiempo, pero tampoco puede dejarlos inacabados. Esta es una forma de terminar lo que una vez empezó entre nosotros.

—Han sido muchos años, han pasado muchas cosas —dijo él con una mueca—. Has de pensar al verme que no he cambiado nada, pero he cambiado mucho.

No le contesté; permanecí en silencio con terquedad.

—¿Qué has hecho todo este tiempo? —se apresuró a preguntar él, con excitación, porque tenía como fiebre.

—Sobrevivir.

—¿Sobrevivir?

—Sí, sobrevivir, intentar mantenerme con vida más allá de la infelicidad.

—¿Y lo has logrado?

—Estoy aquí, hablando contigo —le dije—, lo he intentado todo este tiempo, hasta el último día.

Pretendí sonreír, pero no pude. Él me escuchaba y miraba impaciente a la puerta, como si temiera que alguien entrará repentinamente y nos interrumpiera, impidiendo que lo dijéramos todo.

—Yo también he intentado sobrevivir —dijo él—. Todo ha sido muy difícil.

—Tú no hiciste nada, la responsable de todo soy yo.

Él se quedó inmóvil. De pronto, los colores se le subieron a la cara.

—No digas tonterías, ni tampoco me quites la responsabilidad que tengo sobre su muerte —dijo con voz ronca.

—No, no es ninguna tontería.

—Intento entenderte, pero no puedo. Cuando yo me fui y te dejé sola…

—Lo que te estoy diciendo es que aun cuando haya matado a tu hijo, eso nada tuvo que ver contigo.

—¡Pero era mi hijo! ¿Cómo no iba a tener que ver conmigo?

Percibí un murmullo afanoso en sus labios, un llanto reprimido.

—Me refiero a la responsabilidad de su muerte. Fui yo quien lo maté, por cosas mías, tú nada tuviste que ver en eso.

—¿Qué cosas? Me quieres quitar el derecho que tengo sobre esa culpa.

—Nadie está obligado a llevar ese tipo de cargas —le dije.

Él me miró con odio. Recordé esa mirada.

—¿Por qué te entregaste? —me preguntó.

—Porque ya no esperaba nada —le dije.

—¿No sientes culpa por lo que hiciste? Porque yo me siento culpable.

—¿A qué has venido, Alonso?

—A que me respondas eso: si no sientes culpa por lo que hiciste.

Él me miraba, daba muestras de asombro.

—¡Por Dios! —dijo para él mismo y bajó la cabeza.

—No, no siento culpa.

Alonso se levantó de la mesa e intentó posar la mirada en algún punto fijo, sin saber adónde; luego volvió a sentarse, o más bien, se dejó caer sobre la silla, se cogió la cabeza con las manos y apoyó los codos sobre la mesa. Lloraba. Aquel llanto, más que ofender, me incomodaba.

—¿Por qué no te mataste tú y lo dejaste a él?

—Yo quería seguir viva.

—¿Por qué no te fuiste y lo dejaste?

—No me habría podido ir si él se quedaba.

Alonso levantó la cabeza y me miró con desconcierto.

—¿Por qué? ¿Por qué? no lo entiendo.

—No hay nada que entender.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Yo necesito entender! ¡Saber qué paso! Durante años he intentado… me he culpado…, ya sé que usted… que tú no sientes culpa… Pero yo no creo que seas una mala persona, una asesina sin alma. Tuvo que pasarte algo terrible, difícil de comprender, para que…

—No le buques profundidad a lo que no lo tiene. Lo maté, eso es todo.

—No, eso para mí no es suficiente —gimoteó sollozando—. Dime la verdad.

—Crees que maté a mi propio hijo por odio, que lo hice por celos, para vengarme de ti, pero no fue por eso. Claro que te odiaba, me dolía hasta el estómago cuando pensaba en ti. Pero un día el odio se transforma, las ofensas se resquebrajan, y comienza el olvido. Me engañé por muchos años. Cuando uno se engaña demasiado tiempo pierde la dimensión de la realidad, la verdad deja de interesarnos. Siempre es más fácil culpar a las circunstancias o a los otros por lo que hacemos, poner como excusa el pasado o nuestros orígenes. Es más fácil, pero también es más doloroso, mil veces más doloroso, porque es como avanzar por un túnel que no tiene salida. Al comienzo es reconfortante, uno siente que se libera de un terrible peso. Al final, cuando nos recuperamos del engaño solo nos queda la realidad, entonces uno acepta lo que hizo, acepta sus actos, su vida, acepta que eso fue lo que uno eligió. Al final uno aprende a verse a la cara sin mentiras…

Hice una pausa para aclarar mis ideas.

—No era de ti de quien me vengaba cuando ahogué al niño, tampoco era de mí. No hubo venganza en ese acto, sino liberación. Después lo comprendí. Maté a ese niño porque no lo quería.

Él me miró desolado. Parecía más viejo.

—No lo querías porque yo no te quería —replico él, con la voz cortada, mirándome con timidez a los ojos, tratando de leer en ellos mi pensamiento.

—Aun cuando tú hubieras sido el esposo más amoroso del mundo lo habría hecho.

Él se quedó pasmado, como si hubiera perdido el aliento.

—¿Cómo? —repuso, después de unos segundos. A mí, el corazón me daba vuelcos.

—Seguro te parece abominable lo que te estoy diciendo, pero si viniste es porque estabas dispuesto a escucharlo —le dije y por alguna razón sentí susto—. Todo el mundo le pregunta a una mujer: ¿y cuándo va a tener un hijo? No me mires de esa forma, no estoy intentando justificarme, no me importa, … solo digo que la gente piensa que una mujer no puede amar, no está completa sin un hijo, pero una mujer no solo puede amar sin un hijo, sino que, además,

puede no amar al que tiene y eso no la condena a dejar de ser mujer o un ser humano. Creo que el tribunal que me juzga estaría satisfecho si digo que maté a mi hijo por celos, por odio contra el marido infiel, si en la confesión de mi venganza salto en histeria, que es el lugar común con que se piensa a las mujeres, pero no admitirían que lo maté porque no lo quería. No amar a un hijo sigue estando en la clandestinidad, sigue siendo inconfesable, y es un delito mayor en una mujer que en un hombre. Ser mujer me ha puesto toda la vida en desventaja. Toda la gente, y ahora tú, esperan que conceda… que diga lo que quieren oír, pero yo tengo mi respuesta. Nadie pudo impedir ese acto… sé que, para la gente, la mujer más sensata es la más sumisa. Fui mucho tiempo sumisa, lo sigo siendo, soy débil, pero hay cosas en las que ya no quiero, no puedo ceder. Que haya sido infeliz gran parte de mi vida no se debe al hecho de haber matado a ese niño, ese dolor ya venía de antes. Yo reconozco que estaba confundida cuando pensé que después de matarlo iba a poder comenzar de nuevo. Me equivoqué, lo sé.

La voz me temblaba, entrecortada. Me detuve.

—¡La felicidad! —dije después de unos segundos, con rabia—. No sé por qué caigo en ese tema. No hemos venido a este mundo a ser felices. La felicidad en esta vida es irrelevante. Lo único que importa es no dejarnos vencer.

—¿Vencer? ¿De qué? ¿De quién? —me preguntó Alonso poseído de una agitación extraordinaria —. ¿Contra quién luchas? ¿Acaso hay un demonio que te haga decir todas esas cosas?

—¡Un demonio! Los demonios no existen, no los necesitamos para hacer el mal, nos basta con lo que somos.

—¿Entonces? De quién no hay que dejarse vencer.

—De nosotros mismos, de nuestras circunstancias.

Por un momento levanté la mirada y nos vimos a los ojos. Los suyos centellaban.

—¡No sé de qué hablas! —exclamó él desolado, girando la vista a su alrededor.

—Antes de conocerte me enamoré de un hombre, un tipo débil y enfermo. Yo lo amaba precisamente por eso, porque era triste, solitario… indefenso, y nadie podía ayudarlo, ni siquiera yo. Cuando te conocí, tú también parecías frágil, desubicado. No sé por qué me atraía tanto esa debilidad en los hombres, lo que sí sé, es que no podía soportarla en un niño. No me mires así, como si no comprendieras lo que te estoy diciendo. Me da rabia que me mires de esa manera, después de tantos años…, que te sigas aterrando de todo. Sé lo que la gente piensa, sé que les enternece la fragilidad, la inocencia, la dependencia de los niños. A mí no. Los hombres que tanto amé me dejaron fuera de su vida, a mí, que moría en deseos de participar de ella, pero yo no quería formar parte de la vida de ese niño… no…

—¡No sabes lo que dices, estás loca! —exclamó él con rabia y rompió a llorar—. Si no estás poseída por un maldito demonio, entonces eres una loca. O no, ya sé, todavía sigues resentida por lo que te hice hace tantos años y te estás desquitando.

Dio un golpe sobre la mesa e involuntariamente retrocedió con la silla.

—Entonces, ¿por qué lo de la niña? —continuó violentamente alterado.

—¿Qué de la niña?

—Lo de querer defenderla, por qué a ella si querías protegerla, por qué no te molestaba que fuera indefensa como acabas de decir… ¿o mentiste en el juicio?

—No lo sé.

—¿Que no sabes? —inquirió levantando la voz.

—No sé por qué me encariñé con esa niña. Tal vez pensaba en ella como mi salvación, no lo

sé, Alonso… ¡No lo sé! —grité—. No todo se puede comprender.

Él se levantó y me miró desde la distancia. Se quedó quieto, como si no supiera qué decirme.

—Es mentira todo lo que acabas de decir; nada es cierto.

Fue hasta la pared y clavó la cabeza contra el muro, como si reflexionara.

—Yo te dejé sola, te arrastré a esas circunstancias. Yo te traicioné, te dejé sola, abandonada frente a tu destino.

—Si era mi destino, ¿qué podías hacer tú?

—A veces el destino vacila —dijo él sin voltear a verme, hablando con la cara pegada a la pared.

—Sí, a veces el destino vacila y entonces nos toca decidir a nosotros —dije yo—. Porque podemos estar llenos de orgullo, de odio, de inquietud, de ansiedad, pero al momento de matar a alguien sabemos lo que hacemos, tenemos una fría claridad, somos plenamente conscientes del salto que damos. Nunca es más lúcido alguien, más consciente, que un instante antes de matar o de quitarse la vida. Lo que vamos a hacer lo terminamos haciendo así vacilemos o aplacemos el momento. No hay remedio. Eso lo sé ahora, y no me refiero solo a la muerte del niño sino también a la de ese hombre contra el que disparé. Es falso que lo conocía de antes, que le conseguía niñas, que tuve un romance con él, pero presentía lo que iba a pasar, casi lo supe después de nuestro tercer encuentro; pude haberme ido de P, huido, pero me quedé allí.

Alonso negaba con la cabeza y golpeaba la pared con las palmas de las manos. Luego se quedó quieto; noté que temblaba, como si tuviera frío.

—No creo que seas una mujer mala —dijo dando vuelta y mirándome.

—Ya has dicho eso dos veces. ¿A qué has venido? —le pregunté frunciendo el ceño—. ¿Has venido a eso? ¿A decirme que no soy una mujer mala, después de todo lo que acabas de oír? ¿Quieres que yo te diga que tú no eres un hombre malo? Ya te lo dije, no tuviste nada que ver con esto. Maté a ese niño porque no lo quería; aun cuando tú hubieras sido el esposo más amoroso, lo habría hecho.

—Eso no es cierto, no puede ser verdad. Una madre, una mujer siempre quiere a sus hijos. Además… no solo fuiste tú, ambos somos responsables de la muerte de ese niño, pero ambos somos inocentes, ambos tenemos que pagar por lo que pasó.

—Si somos inocentes, ¿por qué tenemos que pagar, por qué ser castigados?

—Porque la vida es así y hay que aceptarla de esa manera.

—Esa no es una respuesta.

La misma aversión íntima de antes volvió a apoderarse de él; intentaba decir algo, pero se ahogaba, se mordía los labios y se tapaba el rostro con las manos. Se contenía, como el suicida que se aparta del balcón de donde pretende saltar. Finalmente, no aguantó más.

—Ahora creo que yo tampoco lo quería… al niño —balbució—, que no era un cariño sincero el que le tenía. Lo comencé a querer, a extrañar después de que murió. No sentía que fuera mi responsabilidad lo que le pasara, para eso estabas tú… su madre. Yo no lo quería, pero no lo habría matado. A veces pienso mucho en él, en cómo sería ahora, en cómo lo hubiera aprendido a querer. Cuando estoy muy triste, busco a algún amigo y me voy a tomar; pero después, cuando se me pasa el efecto de la borrachera, me siento más triste. ¡No lo quería, pero habría llegado a quererlo! A amarlo, a mi muchacho… pero ninguno de los dos lo quería… no lo queríamos, pero somos inocentes… debemos pagar ambos lo que hemos hecho.

Lo vi a los ojos; los tenía rojos, encendidos por la angustia.

—¿Por qué debemos pagar si somos inocentes?

—Tú fuiste la que se entregó a la policía —dijo él—. Debes saberlo.

—Hay que terminar las cosas de la manera que podamos —le dije.

Al oír mis palabras, Alonso, que había comenzado a moverse por el salón retorciéndose las manos, se detuvo delante de mí.

—¡Y eso fue todo lo que pudiste hacer! Entregarte para morir en una cárcel.

—Es una manera de terminar las cosas.

Él no dijo nada; haciendo un esfuerzo volvió a la silla y se sentó, por poco se cae. Noté que los labios le temblaban.

—He venido a pedirte perdón —dijo, después de unos segundos, con voz más firme.

—¿Para qué perdonarnos ahora, cuando ya nada nuevo puede salir de nosotros? Ya es tarde para eso.

—¿Qué dices? —me preguntó.

—Eso, que no tiene sentido perdonarnos ahora, cuando nada nuevo puede salir de nosotros.

—Porque yo me he quedado allí, en esa muerte, en esa noche, encerrado en ese cuarto con el niño muerto sobre la cama; no he podido seguir adelante, necesito perdonarte y perdonarme para poder salir de ese cuarto —dijo y volvió a taparse el rostro con las manos—. Necesitaba venir y pedirte perdón y perdonarte, necesitaba que me perdonaras, que el niño nos perdonara —continuó llorando.

—No vale la pena —le dije sin mirarlo—. Después de un tiempo ya no es posible arreglar nada entre dos personas.

—Sé que es difícil perdonar, que no se puede remediar lo pasado, pero… —balbució apresuradamente Alonso.

—En la vida no tenemos más que un tiempo —le dije y noté que también yo estaba temblando de miedo—. Lo que tú y yo teníamos que hacer o decirnos ya está hecho, ya lo dijimos hace muchos años. Las preguntas, los reproches de ahora carecen de sentido, el tiempo los ha respondido a su manera.

—No me quieres perdonar. Al comienzo dijiste lo contrario, dijiste que había que terminar las cosas de la manera que pudiéramos, que no podíamos dejarlas inacabadas.

—Eso no contradice lo que acabo de decir.

Él sonrió con amargura y algo de impaciencia.

—¿Y entonces? —me preguntó.

—Entonces… entonces la vida sigue. Para seguir viviendo no necesitamos corregir ni remediar nada. En la vida hay cosas que no se resuelven, pero todo continúa. El tiempo pasa, uno sigue vivo. Eso es todo.

—No se puede vivir de cualquier manera —dijo él haciendo un gesto de rechazo.

—Se vive y ya. A mí solo me queda la vida —le dije—. El resto lo he perdido.

Guardamos silencio por casi un minuto.

—Al final todo pasa, no de un momento para otro, pero pasa, y uno entiende que eso que hizo ya no importa —le dije—. Se puede superar la muerte de un hijo.

—Yo no he podido superarlo —dijo él, haciendo un doloroso esfuerzo.

Sentí unas ganas terribles de apartarme de él, de salir de la habitación y no volver a verlo ni oír su voz quejosa nunca más.

—Tienes que aceptar que él murió —le dije—. A veces los muertos responden mejor que los vivos. A su modo, el también respondió al no resistirse mientras yo lo hundía debajo de las olas. ¿Qué habría hecho con una madre como yo? Otro habría gritado, pataleado; él no, se dejó

ahogar. Ve a la tumba, lo que está ahí es la respuesta a tus preguntas. No hay otra.

Me levanté y me quedé de pie.

—He ido muchas veces a su tumba… pero los muertos callan, tú estás viva, te toca hablar a ti —dijo él y también se levantó.

Transcurrió un minuto. Ambos seguíamos de pie, desconcertados.

—¿Lo llegaste a querer? Después de que murió… —me preguntó con un sollozo desgarrador.

—No… te quise a ti.

—¿Y de que vale eso? —me preguntó desesperadamente, con rabia. Estaba pálido. Yo también estaba blanca y fría, aunque las manos y la frente me sudaban.

—Si me hubieras amado seguramente no sentirías ninguna culpa —le dije poseída de una extraordinaria agitación, cercana al delirio—. Cuando uno ama a alguien, ama incluso su perversidad; si no, no es amor. Si me hubieras amado, ese niño no habría importado, nos habríamos ido los dos, lo hubiéramos dejado… ese desamor que ambos sentíamos por él tuve que cargarlo yo sola.

Él me miró con miedo, su rostro se asemejaba a una máscara blanca con una mueca deformándole la boca.

—En el fondo no estás seguro de nada —le dije—. Si lo estuvieras no te habrías atrevido a venir. Sabes que lo maté yo, pero a veces, por las noches, tienes dudas, te confundes, crees que lo planeamos los dos. No pudiste hacerlo porque no me amabas… El abogado que me defendió en el juicio me dijo que el día de la muerte de Esteban yo fui al juzgado, ya tarde, con el niño vivo. No lo recuerdo, él cree que en mi desesperación yo pedía ayuda, quería gritarles a todos que iba a matar al niño para que me lo impidieran, pero nadie me hizo caso. No lo sé, no lo recuerdo. Tal vez te llamé a ti y te dije lo que iba a hacer y no me creíste o no te importó. Ese sueño que contaste en el juicio, de pronto no sea más que un recuerdo, quizás te llamé mientras estabas con alguno de tus amantes y no te importó lo que yo le iba a hacer a ese niño, o estabas revolcándote con otro tipo y preferiste que ese niño, que te ataba a mí, desapareciera.

—No eres buena… estaba equivocado —dijo con un gesto de asco y desprecio, y se alejó caminando de espaldas, sin dejar de verme—. Eres el peor ser humano que he conocido, ya no te puedo ver como a una mujer.

—Tú tampoco eres un hombre —le dije.

—Lo sé —dijo él con frialdad, serio, sin ninguna seña de reprobación ni asombro.

Al despedirse nos miramos por última vez a la cara sin turbación, como si acabáramos de revelar un secreto que después de tantos años ya no era necesario guardar.

Después de la visita de ese hombre quedé exhausta, sentía una gran tensión en la nuca. Los días que siguieron fueron insoportables, me la pasaba de mal genio, llena de rabia por perder el tiempo, por vegetar sobre la cama. Me dormía de madrugaba y despertaba a mediodía sin ánimo de hacer nada. Me rehusé a recibir visitas, ya no quería hablar con nadie, desconfiaba de las personas y de las palabras. No echaba de menos nada ni a nadie, solo me quedaba la música, tal vez la única pasión de mi vida, pero a estas alturas ya no me costaba renunciar a ella. Más que tristeza era indiferencia lo que sentía, no desgano sino algo diferente, era como si después de muerta hubiera vuelto a la vida y no tuviera fuerzas para gritar. Por las noches, una voz no se cansaba de repetir lo mismo: es impertinente vivir en vano, sin ningún propósito. No sabía qué era peor, si seguir viviendo de esa manera o pensar en terminarlo todo con un acto. Quería que la muerte llegara sin que tuviera que hacer algo yo misma, sin el menor ruido, sin que nadie lo supiera, pero no se puede morir cómodamente.

Las arañas habían vuelto a aparecer en el techo de la celda. Aparte de ellas no había nada, no quedaba nada, sentía un enorme vacío a mi alrededor y también dentro de mí, la expansión del desierto… Permanecía perdida más que atrapada entre esas cuatro paredes.

Comencé a examinar, una a una, las posibilidades que tenía para poner fin a mi existencia. Recordé la tienda de químicos en la que trabajé de joven; un veneno sería una forma práctica de morir, sin llamar la atención. Luego pensé en una cuchilla; aunque sabía cómo hacerlo, dónde debía cortar y hasta qué profundidad, la idea de una agonía lenta me aterraba. Un cosquilleo frío recorrió mi espalda. Esta vez se trataba menos de la conciencia que del cuerpo.

Por la tarde llamé a Augusto y le pedí que fuera a la cárcel. Llegó temprano, en la última hora de visitas. Era un buen tipo. Al entrar en la sala pasé más de un minuto contemplando su cara sin que él me viera; aquel rostro como el de Alonso ya no me decía nada. A pesar del aire acondicionado había un calor denso; un aire inmóvil, pesado, lo llenaba todo. Augusto llevaba una camisa de verano, de un lino delgado, azul oscuro. El marco dorado de sus gafas brillaba sobre la frente amplia, salpicada de sudor.

—Hola, Sonia… —dijo él, mirándome con curiosidad, e intentó incorporarse con esfuerzo de la silla.

—No se levante —le dije, caminando hacia él.

Siguiendo su costumbre, no fue directamente al asunto, sino que puso tema de conversación.

—Aún sigue el paro en el sector judicial. Ya han capturado a varios fiscales y a más de cuatro jueces por corrupción. Como que hay plata del narcotráfico de por medio. Todo anda revuelto. ¿Sí se enteró de la noticia del avión que se cayó en Teherán? Murieron casi 200 personas. Parece que lo tumbaron por error los iraníes, eso dicen las noticias. Está muy complicada esa situación; los gringos no debieron meterse con esa gente, pero quién les dice algo a ellos. El mundo anda muy revuelto, la gente está muy alterada, ¿no lo cree?, ¿o qué cree usted? De pronto solo es una impresión mía, de viejo.

—¿Cuándo fue eso? Lo del avión.

—El lunes, hace tres días. Dicen que Irán está acumulando uranio para hacer armas nucleares.

—¡Uranio! —exclamé y sonreí con desinterés.

—Sí… está complicándose todo —dijo él—. Luego sacó su teléfono y encendió la pantalla, pero no vio nada y lo volvió a guardar. Era como si quisiera decirme algo, preguntarme alguna cosa, pero no se atreviera o no supiera cómo comenzar. Por fin dijo:

—He estado preocupado por usted. ¿Por qué no ha querido recibir a nadie? ¿Le ha pasado algo? ¿Se siente usted bien?

—Estoy bien, solo que no quiero ver a nadie.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó él sin poder contenerse.

—Ya no echo de menos nada ni a nadie —le dije.

—Ah… entiendo —dijo él.

—Además, ya no quiero decir nada, no quiero hablar con nadie —me sentí obligada a explicar.

—¿A qué me ha llamado? ¿Quiere saber cómo va lo del juicio?

—No, no, ¿recuerda que le dije que necesitaba pedirle un favor? —le dije fingiendo preocupación.

—¡Sí, claro! —exclamó él con interés, cambiando súbitamente de tono—. ¿Qué es?

—Necesito una cuchilla.

Al principio no entendió la respuesta.

—Una cuchilla, un bisturí de medicina —dije.

Él me miró con seriedad, sin ningún desconcierto.

—¿Y para qué la quiere? —me preguntó.

—La necesito —dije torpe y hostilmente.

—¿Para qué?

—Creo que es impertinente seguir viviendo en vano, sin ningún propósito —le dije.

Augusto guardó silencio; luego sacó del bolsillo de la camisa una cajetilla y tomó un cigarrillo con la boca. Permaneció unos segundos así, con la cabeza agachada, como si reflexionara, y movió afirmativamente la cabeza. Se quitó el cigarrillo de la boca y me miró a los ojos.

—Hoy, al despertar, me avergoncé de estar viva. Hace varios meses llevo sintiendo eso. Esa mañana, después de la muerte de la niña, al despertar, me avergoncé de seguir viviendo. Esa vergüenza sigue allí.

—¿No ha podido superarlo?, ¿lo de la niña? —me preguntó haciendo pausas en cada palabra.

—Ya lo superé —le dije e hice un gesto con los labios—. Al principio me enojé, culpé al mundo, a la sociedad, a la gente, a mí misma. Ahora ya no acuso a nadie; la realidad, todo me resulta indiferente. No espero nada de nadie ni de nada, he aceptado lo que pasó; todo lo que pasó en mi vida lo he aceptado, aunque muchas cosas me parecen absurdas. Pero ¿qué vida no se revela inútil y absurda al final? Lo demás son solo palabras y explicaciones. Después de que la niña murió, todo lo que esperaba, todo en lo que todavía creía, se quedó de repente sin sentido, perdió su rumbo. Ahora vivo así, ya no le doy más vueltas a las cosas, ya no espero respuestas, no espero nada, solo ver la vida de frente, ver la vida como es y aceptarla. No hay otra manera de soportarla. Lo he aceptado todo; esta cárcel, mi soledad, mi debilidad, no acuso a nadie, no espero nada, he aceptado lo que ha pasado.

—¿Qué significa que lo haya aceptado todo? —preguntó afinando el oído.

—Que la realidad ya no me duele… simplemente es la vida. ¿Entiende? Ahora vivo así, sin esperar nada, ni bueno ni malo.

Sentí que comenzaba a exaltarme y me dominé enseguida. Augusto encendió el cigarrillo y el cuarto se llenó de humo.

—Lo acepto todo, menos seguir viviendo —le dije—. Ya no quiero vivir más, no quiero que vuelvan a comenzar las dudas, los devaneos, que revivan los recuerdos o los fantasmas. Este es el mejor momento para irme. No quiero la vejez ni la soledad que vendrán.

—Pero y si muere, ¿qué pasará después? —me preguntó él nerviosamente. Noté que los dedos con los que sostenía el cigarrillo le temblaban.

—¿Después?

—Sí, después.

—No lo sé; si hay algo después, en este momento carece de importancia.

—Cómo puede pensar así.

—No tengo nada. No es que la muerte de esa niña me haya quitado las ganas de vivir, es que ahora, al final de mi vida, me he dado cuenta de que no existe un sentido, ni una meta, que jamás han existido, que lo único que tenemos en la vida es la realidad; los hechos, esta cárcel, esa cuchilla que le pido, el brazo y la vena que cortarán. Lo demás son solo palabras, mentiras…

Me irritaba tener que decir todo eso; no poder ahorrarme aquel discurso y forzarme a intentar convencer a ese hombre de algo que yo ya había resuelto y que solo a mí concernía. Por lo demás, todas aquellas palabras no eran nuevas; una repetición triste y dolorosa de algo que había empezado mucho tiempo atrás, pero que ahora se decía de forma simple, decantada de explicaciones y adornos innecesarios.

—Entonces he fracasado —dijo él—. No he podido salvarla.

—Al final todas las vidas son un fracaso. Usted lo sabe. El hecho de que quiera morir representa la aceptación de ese fracaso; pero también es un alivio, ya estoy cansada.

—No todo debió haber sido malo —dijo él, después de un silencio.

—No, hubo momentos extraordinarios. Hasta la muerte de esos dos niños, a pesar de todo, tuvo algo de maravilloso. Pero ahora lo único que siento es un terrible cansancio y vacío a mi alrededor, un dolor hueco y frío en el corazón. Sé que se puede vivir la vida de muchas maneras, lo sé, yo la he vivido así, no pudo ser de otra forma. Sé que he fracasado, acepto ese fracaso. Si alguien me preguntara qué me ha dado la vida, le diría que unas ganas terribles de morir. Pero ya le dije que, para mí, morir es un alivio… pero no puedo hacerlo sola, necesito un favor de alguien, el favor de un amigo, necesito una cuchilla, un… una cuchilla, con eso basta.

—¿Está segura?, ¿lo ha pensado bien? —preguntó él abatido de emoción.

—Estoy segura, estoy segura.

—¿Tuvo que ver en esto la visita de su marido?

—¡Estoy segura! ¡Por favor…! ¡Estoy segura! —exclamé en un grito contenido, ahogado, mudo— ¡Estoy segura! —las lágrimas me corrían frías por las mejillas—. Paso los días en vano, sin ningún propósito, sin esperar nada, sin ningún deseo. Ya no quiero vivir así, la falta de deseo es aún más terrible que la desesperanza. No me quiero levantar de la cama… no…, ah… le tengo miedo a lo que viene, a la soledad, a los años, a mí misma, siento un miedo terrible, terrible. Estoy sola…

—Se la traeré, se la traeré —dijo él, con una espantosa expresión de desolación—. Mañana, a esta hora, le traeré lo que me ha pedido. Pero, por favor, piénselo, aún tiene unas horas para pensarlo.

Augusto me cogió de ambas manos y me apretó fuerte.

—¡No hay nada que pensar! No se trata de pensar —exclamé irritada, ahogándome, en un súbito ataque.

—¡Se la traeré! Pero piénselo… por favor —profirió apenas él, con las fuerzas que le quedaban.

—Sí, sí, está bien, lo pensaré, pero por favor tráigala, no quiero recurrir a… no quiero que sea peor.

Nos quedamos en silencio, sentados, con sus manos sujetando con fuerza mis puños, uno frente al otro, tristes y cansados, vencidos… De pronto él se estremeció, como si una terrible imagen cruzara por su imaginación y el hilo que nos unía se rompiera. Augusto bajó la mirada y quitó las manos.

—Hasta mañana, entonces. A esta misma hora —dijo, empleando un tono falso, sosegado, y se levantó del asiento. No le dije nada, lo seguí asustada con la mirada hasta la reja; pensar que él no fuera a regresar al día siguiente me heló la sangre.

2

Ahora era ya de noche. Todo daba la impresión de estar vacío, no solo la celda, sino la prisión, la calle, la ciudad entera. El largo pasillo estaba oscuro, silencioso; ningún sonido vivía en el enorme edificio. Recordé que cuando maté a Raúl, después del último disparo, me dio sueño, mucho sueño, no tuve ningún impulso de salir ni de huir, sino ganas de tirarme en el suelo y dormir. Los primeros días que pasé en la cárcel dormí profundamente; ahora, al final, había vuelto el insomnio. Ya nada me importaba, ya no soportaba la trivialidad de las situaciones cotidianas, ya no esperaba a nadie. Me vino a la cabeza Hilda; quizás haya escapado de la casa

de reposo y deambule descalza por la calle buscando al perro y los gatos; tal vez Alonso quiera regresar para conversar de nuevo, con otras preguntas; pero nada de eso me importaba, hacía mucho que las personas y las situaciones que tenían que ver con mi vida habían perdido su sentido y su valor. Debería de estar tranquila y dormir. "Mañana, a esta hora, quizá ya no esté", pensé, pero no podía. Una rabia casi asfixiante me quemó por dentro. No estaba en paz estando a solas, esa última noche, conmigo misma. El pequeño ruido del alma se amplificaba por el insomnio hasta casi ensordecerme. Por momentos el cansancio me vencía y cerraba los ojos, pero al instante una fatiga me despertaba. Pensé en Augusto, lo esperaba con una esperanza mediocre, sabía que nada estaba hecho, bastaba con que se lo contara todo a su mujer para que no viniera. El porvenir, pese a ser tan corto, seguía siendo incierto. Lo único firme era mi decisión, pero nuestros actos no dependen por entero de nuestras decisiones. Pese a la quietud, algo en el ambiente vacilaba, fluctuaba. Estaba sola, sola y también estaba de más en el mundo.

Por la mañana apareció un guardia con la bandeja del desayuno. Era casi una indecencia alimentar un cuerpo al que le quedan pocas horas de vida, pero tuve miedo de devolver la bandeja intacta y que me sacaran de la celda, así que bebí el café y escondí los panes debajo de la almohada; después doblé la ropa, tendí la cama, dejé todo en orden. Aun tuve tiempo de organizar los cuadernos de Manuel y las hojas donde estaban los poemas de Esther, pero ya nada de eso me decía algo; mi ausencia de afecto o desafecto por ellos los hacía impenetrables, la comunidad con los objetos también estaba rota. Un sudor frío me mojaba la espalda, me sentía tan sobria como si por la noche hubiera estado borracha. Gasté el resto de la mañana en escribir una nota para Alonso. La nota era breve:

Puede que, al pasar por la misma situación, no volviera yo nunca a hacer lo que hice. Pero de los actos que cometí no me arrepiento.

Después del almuerzo me acosté boca arriba, en el suelo, para no destender la cama. En el techo seguían las arañas. Pensé en Lucía, esa amiga muerta que por unos días fue una auténtica compañera; pero no era una evocación cargada de nostalgia sino, más bien, como si los límites del tiempo se hubieran desdibujado dentro de la memoria. De pronto me sobresalté. Recordé que en unas horas me enfrentaría a algo decisivo y me espantó la espera. Cesó la aparente calma y la angustia me levantó del suelo. Me aproximé a la reja y miré al pasillo desierto. Eran las tres. Había iniciado la cuenta regresiva para que Augusto llegara, lo demás, lo tenía previsto. Respiré profundamente para no ahogarme y aplacar el corazón. Augusto llegó puntual; cuando me vio entrar se asustó, quiso hacer algo, pero no supo qué, y se quedó quieto, sentado sobre la banca, con las manos puestas encima de la mesa. Aquella actitud despertó en mí la vaga sospecha de que no había cumplido nuestro trato. Por un instante nos miramos mutuamente, como midiéndonos. Me contuve con violencia.

—El jueves de la próxima semana darán el veredicto —dijo él con voz ronca—. Me lo han dicho hoy.

Mi corazón había recobrado su equilibrio en el pecho. Bajé la cabeza y me encogí de hombros.

—¿Por qué no se espera hasta ese día? —preguntó y me contempló con atención.

—¡No! —exclamé moviendo la cabeza.

Su rostro se ensombreció. Se puso de pie, miró con precaución en torno a él y sacó del maletín un libro grueso que dejó sobre la mesa. Luego volvió a sentarse.

—Aquí está lo que me pidió —dijo—. La muerte de Virgilio… de Herman Broch. Hay dos adentro, entre las páginas—añadió, como si no se atreviera a decir el nombre.

Pasé las hojas con los dedos y me percaté de los dos pequeños sobres plateados que contenían

las cuchillas. Empecé a respirar más fácilmente. Él me miró compasivo.

—¿Sabe cómo hacerlo? —me preguntó.

—Sí… lo sé. Había pensado en un veneno —dije bajando la voz—. De joven trabajé en la tienda de químicos.

—Es un libro de Broch —dijo Augusto, esforzándose por evitar toda alusión a las cuchillas. —Me gusta mucho Broch. ¿Lo ha leído?

—No —le dije.

—Es un hombre interesante.

—Creo que ya no tendré tiempo de leerlo.

—No tiene que hacerlo… no tiene que hacer lo que… —dijo él con voz convulsiva.

—Sé lo que quiere decir. Pero no se preocupe, ya está resuelto. De nada vale prolongar inútilmente las cosas.

Noté que él garabateaba con sus dedos blancos algunos círculos sobre la mesa.

—Yo no espero nada de la vida, se lo dije ayer. El tiempo en que sentía que aún tenía grandes posibilidades para el porvenir pasó hace rato. Ya no aspiro a una vida distinta. No se sienta culpable ni responsable.

Él guardó la mano debajo de la mesa, asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa triste, desesperada.

—Ya no me soporto. Estos días me he dado cuenta de eso. Uno puede aguantar hasta el final muchas cosas, la soledad, la rabia, la impotencia, pero no soportarse a sí mismo, eso no se puede aguantar. Es lo último —le dije.

—Ha de ser lo último, sí —respondió Augusto involuntariamente.

Hubo dos minutos de silencio.

—No hay modo de fugarse de uno mismo sino muriéndose —le dije. Había pronunciado esas palabras sin pensarlo, poseída de un sombrío entusiasmo. Él frunció el ceño y bajó la cabeza. Yo sentía un dominio extraordinario de mí misma.

—Le quería preguntar algo. ¿Es verdad que fui a verlo esa tarde, con el niño?

Él levantó la cabeza y me contempló atónito, sorprendido por mi pregunta. No contestó de inmediato, se tardó un par de segundos.

—Sí, era un jueves —dijo y se quedó perplejo, como dominado por la impresión de un doloroso recuerdo—. ¿Por qué me pregunta eso ahora?

—Quiero saber qué pasó. Solo tengo mi propia versión, pero no es suficiente. Necesito oír a alguien más.

—¿Ahora quiere comprender lo que pasó?

—No, no… —le dije y negué con la cabeza, bajándola.

—Esa tarde llegó usted a mi oficina, no estaba en su juicio —comenzó él con lentitud—. Me acababan de nombrar magistrado. Cuando usted entró yo estaba de salida, iba para una fiesta con los nuevos colegas. En ese tiempo yo todavía dependía mucho de los demás y quería encajar en ese ambiente selecto y un poco artificial que todavía se conservaba de los funcionarios judiciales. Eran más de las cuatro, ya iba tarde, pero su aspecto me hizo quedar. Usted estaba fuera de sí, llevaba a su hijo todavía vivo, en brazos. Recuerdo muy bien que lo apretaba con fuerza contra usted y se mordía los labios sin poder articular palabra. No exagero si le digo que tuve miedo de que me fuera a atacar. Aparte de la excitación psíquica, se veía sumamente cansada. Usted había ido allí sin objeto, no sabía a qué. Le pregunté qué se le ofrecía, usted apretaba al niño y lloraba. Él también se aferraba a usted con los ojos cerrados, se agarraba con los puños de su blusa. Le

pasé un billete de diez y me fui; al salir le dije al guardia que la sacara de mi oficina. Estuve intranquilo, pensé toda esa noche en usted. A los pocos días me enteré del caso: una mujer de 27 años mata a su hijo ahogándolo. Busqué el expediente, había una foto suya allí… no me cansé de ver su foto, no podía quitarme su imagen de la cabeza, la vi por muchos años, la llevaba conmigo en la billetera. Cuando usted se entregó por el asesinato de aquel hombre, algo que escuché en las noticias despertó mi curiosidad y vine a verla. Al primer momento no la reconocí, tenía mis dudas, pero cuando dejé la celda tuve la certeza de que era usted. Perdóneme —dijo con pálidos labios.

—No lo recuerdo —le dije—, pero en ocasiones dependemos de los recuerdos de los otros para formar los nuestros.

—De nada vale decir: si yo hubiera…

—No se sienta mal —le dije.

—Una tarde se lo conté a un amigo, el único amigo que tuve. Me dijo que si eso iba a pasar yo no habría podido hacer nada. Sin embargo, no estoy tan convencido. Nadie puede estar seguro de sus acciones antes de que ocurran. Usted no sabía con certeza que iba a ahogar a su hijo sino hasta después de que lo hizo… si yo… perdóneme, sé que no vale la pena pensar en eso —sacó un pañuelo y se limpió la nariz y el sudor de la frente—. Esa tarde no hice nada. Deberíamos también ser responsables por los actos que no cometemos… Yo me fui y no me importó dejarla desamparada y sola. La vuelvo a encontrar después de tanto tiempo y lo único que hago es traerle unas cuchillas —se cubrió la cara con el pañuelo y comenzó a sollozar.

— No ha podido hacer nada mejor por mí que esto. Yo sé cuánto le ha costado… moralmente, tomar esta decisión, y se lo agradezco.

—No me agradezca por esto, se lo ruego, no me agradezca —me dijo fuera de sí. De pronto enderezó la cara y me miró de un modo extraño. Leí en sus ojos la angustia.

—No se atormente, no se puede ser médico de lo incurable —le dije—. Cuando tenía diecinueve años me enamoré de un hombre, era mayor que yo, me doblaba la edad. Era un tipo raro, gran parte de su vida de adulto se sintió abandonado. Yo quería ayudarlo, una mujer inexperta siempre intenta salvar a alguien, aún no sabía que no podemos ayudar a nadie, que no existe nada más difícil que eso. Él se desmoronaba y yo corría detrás de él; quería sostenerlo, levantarlo, que volviera a creer en la vida, pero no era posible. Por mucho tiempo me culpé a mí misma; otra mejor que yo, más madura, más bonita, con dinero, lo habría logrado. Ahora sé que, aunque hubiera sido la mujer más sensata, la más lista e inteligente de todas, la más amorosa, no habría podido hacer nada por él. Ahora comprendo a Adrián, lo comprendo muy bien. Yo era una mujer vanidosa y egoísta, intentaba salvarlo alejándolo de lo que para él era su remedio. Yo me creía su remedio; sí, no me mire así —sonreí con amargura y me froté los ojos con la palma de la mano—. La vanidad nos vuelve tontas. ¡Su remedio! ¡Qué locura! Nos cuesta aceptar que lo que otros necesitan es simplemente no vivir más, estar lejos de nosotros, dejarlo todo. Cada quien sabe qué es lo que le atormenta y cómo arreglarlo. Lo que no hice por él lo haré por mí.

Me callé, no iba a decir nada más, pero, de pronto, sentí el impulso de seguir hablando, como si tuviera tiempo de sobra.

—Ahora que hablo de Adrián pienso que yo también he huido; hui como él, no a un asilo sino a una prisión, hui de un mundo impermeable al dolor. Ya no vivo por algo, para mí ya no hay ningún futuro, la vida acaba aquí. No quiero seguir más. Los odios y las esperanzas se han revelado igual de vanos, lo dejo todo sin sentir que he perdido nada.

—Siento que con usted he fracasado —dijo él, visiblemente azorado.

—Al final uno se da cuenta de que no importaba nada, que solo se tenía la vida, uno acepta ese hecho y luego acepta la muerte. Morir es una manera de responder a las preguntas que nos hemos hecho, a las preguntas propias, porque uno no tiene que dar cuenta a nadie de su muerte. Hay cosas peores que la muerte y ocurren mientras estamos vivos —le dije.

—Eso es muy cierto —murmuró él en voz baja.

Nos quedamos pensativos, en silencio. Después de unos segundos, de repente, tomé el libro y me levanté.

—Gracias —le dije y sonreí con tristeza.

—¡Espere! No se vaya —exclamó Augusto con las manos puestas sobre la mesa, sin saber qué decir ni que hacer.

—No se vaya —repitió, arrastrando la voz—. Me duele aceptar que no pueda hacer nada y también… también lo que pasará luego. Me refiero a que… —suspiró y bajó la cabeza—. Soy viejo, mucho mayor que usted, también sé muchas cosas de la vida, sé que su muerte me mortificará, que me dará muy duro los primeros días, pero que luego me resignaré, me acostumbraré, y no solo a su muerte, sino a lo que vendrá después. ¿Lo sabe, verdad? No debería de aceptarlo, uno no debería poder aceptar estas cosas. Usted es más honesta que yo, usted no lo acepta.

Yo ya no lo escuchaba, sus últimas palabras pasaron delante de mí como un vago ruido.

—No se quedé ahí, de pie, muda, por favor. ¡Dígame algo! —exclamó con agitación.

—¿Qué quiere que le diga? Ya se lo he dicho todo.

—Sí, es verdad, pero me voy confundido —dijo él— y no quisiera irme así porque es posible que esta sea nuestra última conversación. Tengo una sensación rara, como si usted me hubiera dicho algo terrible… revelado algo, no sé cómo decirlo, trato de recordar qué y no sé qué es lo que me ha causado tanto impacto, ¿o es algo que he dicho yo, o que he comprendido…? No lo sé.

—No tome tan en serio lo que acabo de decirle.

Él hizo una mueca con la boca y se puso de pie. Estaba ya oscureciendo. Nos despedimos muy serios.

—Pediré una nueva cita el lunes para saber sobre el caso y si tengo noticias pasaré por la tarde para que hablemos. Ahora ya es tarde, y además es viernes, estarán cerradas todas las oficinas.

Saqué la nota que había escrito para Alonso y le pedí que se la entregara.

—Puede leerla si quiere —le dije—. No tiene importancia.

—Tampoco para mí —dijo Augusto muy serio y se acercó, me pasó la mano, distante, como cohibido, la tenía fría.

—Que descanse —me dijo.

—Gracias —le respondí.

Volví a la celda, cuando entré, el guardia que me acompañaba se introdujo bruscamente, asegurándose de un vistazo de que todo estaba en orden. Al salir cerró la puerta con fuerza; el aluminio hizo un ruido estridente al golpear contra el marco. Yo tenía agudizados los sentidos; por lo demás, estaba tan agotada que habría podido quedarme dormida. Decenas de pensamientos y de sensaciones contradictorias se sucedían unas a otras. Dentro de poco, todo acabaría. Pensé en Augusto; por una extraña razón se me ocurrió que, si le hubiera pedido que me matara a tiros, no se habría negado. Me senté en la cama y escribí una carta para Lucía que pondré sobre estas páginas. Después me tendí en la cama y esperé a que fuera de noche y todo quedara en silencio. A las siete apareció, como había previsto, otro guardia con la bandeja de la

cena, la rechacé con la excusa de haberme llenado con unas golosinas que trajo mi abogado. Él me preguntó si podía dejársela y le dije que sí. El tono desabrido de mi voz me libró de cualquier sospecha. Cuando oí sus pasos alejarse por el pasillo, me asomé por la pequeña reja; todo estaba vacío, en silencio. Me desnudé, puse el uniforme de reclusa en el suelo, delante de la puerta, y volví a tenderme sobre la cama. Estuve así, por unos segundos, con la cabeza embotada. De pronto llegó el miedo, un miedo terrible, y me sentí sola. Respiraba de una forma en la que apenas me reconocía. El miedo terminó por descomponerme el estómago y, mientras estaba allí, en el retrete, sentada, intenté tranquilizarme tratando de evocar la imagen de mi rostro, pero no pude. En la celda no había espejo. Hice un esfuerzo por verme mentalmente, pero la imagen que aparecía era casi imposible de asociar conmigo, era como si todo lo que me constituía, mi historia, mi pasado, mis pensamientos, y también las arrugas, las manchas y las bolsas impuestas por el tiempo, estuvieran borradas de ese rostro. Descargué el agua y pensé en las cuchillas, en que debía ser precisa, su filo se acabaría rápido. El corazón se me iba a estallar.

"Todo es igual, solo es la vida, solo fue la vida", me digo intentando calmarme, lo digo como si aquello resumiera mi existencia, pero el corazón no se aquieta, el poder bruto de la carne se aferra a esa vida que acabo de pronunciar. Miro las arañas que callan cómplices en el techo.

—Sí, solo era la vida. Al final lo he aceptado todo, sé que lo que hice no era para tanto, solo fue la vida… ¡Dios, dame fuerzas para terminar ya con esto!

Pero el corazón late cada vez más fuerte, sin control; las manos me tiemblan, siento angustia, me comienzo a ahogar, tengo ganas de gritar; si lo hago, todo estará perdido, para apaciguarme pienso en el sueño del mar que tuve días antes, imagino a los niños que corren por la playa, el sol de la tarde, el sonido de las olas… esa imagen me apacigua, ya no siento tanto miedo, ya estoy más tranquila, ya puedo respirar, dentro de unos minutos me cortaré las venas.

No te sorprendas, Lucía, por esta carta, ni tampoco de que sea a ti a quien se la haya escrito. A mi edad el presente es más corto que el pasado. Eso, lejos de atormentarme, me da cierta ventaja sobre los otros…

Diario de una seducida se terminó de escribir
el día 31 de enero de 2020.

APÉNDICE

A continuación, se muestran los poemas que escribió Esther y que entregó a Sonia un mes antes de su muerte. Están dedicados a O. M. con una nota.

LA ALEGRÍA OLVIDADA

1.

El acecho

I.
¿Por qué me persigues? —Clamo—
Y tu presencia que no tiene voz
Es más cierta que la mía.
II.
Tus mensajeros han vuelto esta noche junto a mi cama,
Y me han hablado de ti.
Yo no he podido soportar el silencio después de que se fueron.
III.
Yo sé que este tiempo que me das no es libertad.

Trato de olvidar que no puedo estar lejos de ti,
Para quedarme un rato más a solas conmigo.
Cuando me vaya
Te dejaré lo que no puedo quitarte:
Mi corazón.
IV.
¡Tú llenas el mundo!
Huir no puedo, más que hacia ti.
Hasta las montañas más altas he ido en mis sueños,
Desde la cima las he visto abrirse como bocas
Y cantar tu nombre.
V
De bajada, a otra como yo me he encontrado.
Hemos estado hablando un rato,
¡Detenlo! —le he dicho— por si se asoma,
Que no quiero que mi torpe huella siga.
VI.
Junto a la estación,
Al sentir tu cercanía,
Tuve miedo del peligro.
VII.
Como un león me persigues,
Quieres llevarme a volar contigo
Y mirar desde lo más alto.
Yo atravieso los túneles en mis sueños,
Mientras afuera es de noche.
Sé que al final me esperas,
Que no tengo salida,
Porque huyendo vengo de otro,
Que no ha sabido retenerme.
VIII.
Dime, ¿qué será de mí,
Después de que tú y yo nos encontremos,
Y dejando que yo te toque y te bese,
Amanezca y tú te vayas?
IX.
El peligro del roce de tu aliento
Presintió mi corazón.
X.
Era de noche cuando desperté en mi casa.
Me dejé guiar por el sonido del tambor
Mientras los demás dormían.
Llegué hasta el árbol de la esquina del parque,
Donde los niños daban vueltas, colgados de los pies.
Desde allí miré a la montaña

Y eché a volar.
XI.
Pisando vienes
La huella de mis zapatos.
Sin el poder y la fuerza para enfrentarte,
Ya solo me queda esperar,
A que, si no me alcanzas hoy,
Me alcances mañana.
XII.
Abrí los ojos.
Estaba quieta y vi mi casa desde lo alto.
Esa tarde empaqué mis cosas y me fui.
De eso hace ya seis meses, seis días,
Seis horas… seis mil segundos y años.
¡Volar para detener el tiempo!
XIII.
En un recodo del camino
Se me ha mostrado un abismo,
Di un salto y eché a volar.
XIV.
Me da miedo de ti y de mí.
XV.
La ruta que he escogido para escapar es una trampa,
Soy cautiva tuya y desertora mía.
XVI.
Estoy cansada de andar
Entre casas pobremente construidas.
XVII.
Amarte a ti más que al amor.

2
La entrega

I
Ya me has alcanzado, ya no puedo huir,
No tengo nada que temer.
¡Haz de mí lo que quieras!
II.
Con el corazón te vi
Y te pregunté:
¿Cuál es tu nombre?
Tú respondiste el mío.
III.
Ahí estabas como un fantasma,
Con esa extrañeza casi inquietante de las cosas
Que de cerca pierden su solidez y no tienen nombre.
IV.

Después de ver tu rostro,
Todos los demás se han convertido en fantasmas,
Solo tú eres real,
Por eso te amo.
V.
La sala estaba oscura.
Sobre la alfombra llena de almohadas
Te habías recostado y me sonreías.
Fui hacia tu pecho desnudo y te besé.
Todo está allí dicho, todo está cumplido,
Ya solo me queda la muerte.
VI.
¿Qué queda tras esta última felicidad?
Hace mucho que lo sabía…
Por eso me resistía.
VII.
Ahora te miro.
Cada segundo que pasa
Es lo contrario de una victoria.
Saciado y satisfecho te resistes y te alejas.
VIII.
“Yo he venido para que vivas”
Me dices y te marchas.
Y yo, que no puedo tenerte siempre conmigo,
Prefiero que mueras a que te vayas.
IX.
Estando junto a ti,
A mí sola me hallé.
X.
Muchos son los caminos que conducen hacia ti
Yo he escogido el del amor y la alegría,
Pero habría sido igual ir por el camino del odio.
XI
Dicen que no sé de ti,
Los que nadan saben
De mirar hacia lo más alto.
XII.
Tú el cielo, yo la lluvia,
Tú la rosa, yo la abeja,
Tú el bosque, yo la rama.

3
La red

I
No quiero que,
Cansada de esperarte,

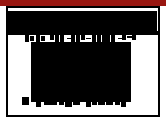
Me pase como a esos que
Esperándote,
Murieron sin saber que estabas cerca.
O como a aquellos que,
Teniéndote cerca,
Siguieron de largo,
Sin saber que eran tus pasos los que se acercaban.
II
Si de mi tú te acuerdas,
Sabrás perderte conmigo en esta noche
Que tu antorcha encendió.
III
Después de que llegaste y abriste la primera puerta,
Todas las demás se abrieron solas.
VII
Mi corazón ya no aspira sino a ti,
Pero te das vuelta, no me miras y te marchas,
Siento que mis manos y mi lengua tiemblan.
VIII
Alzo los ojos y te digo:
¿Adónde has ido?
¡Ven y sálvame de la compasión de los otros!
IX
¿Te demoras todavía más?
Ya regresa,
Que de los árboles que plantamos juntos
Se caen los frutos maduros.
X
El enamorado no vuelve
Si el amado no lo desea.

4
La cima

I
Me abstengo de invocarte,
Las palabras no cesan, sino que agrandan
La distancia que nos separa.
I
Igual que ella,
Ya no sé si es muy tarde o demasiado pronto para ser feliz.
III
—¿Quieres volver? —me preguntaste.
—Sí, te dije.
—¿Quieres volver?
—Sí, pero no sé cómo entrar en una gota.
IV

Nada tengo propio,
Como para poder conservarlo ante tu presencia.
V
La certeza de ti es lo único que me hace seguir viviendo,
En la certeza de que todo es inútil.
VI
—¿Quieres volver? —me preguntaste.
—Sí, pero regrésame como estaba,
Que si no me tomarían por una loca
Y siento pena de mi madre.
VII
Desperté y ya no temí
Por no saber lo que el miedo era.
VIII
Yo sé en dónde te encuentras,
Aunque no pueda llegar hasta allí.
Yo sé el día y la hora en que volverás,
Aunque no sé si todavía viva para recibirte.
IX
Un enorme cielo y ningún pájaro,
Un inmenso océano y ninguna barca.
Un extenso jardín y ninguna rosa.
En el centro de la ciudad,
Un joven músico.
X
Estoy en el mundo, eso es todo.
Tú has estado antes que yo,
Has estado antes que todos,
Y seguirás estando.
XI
Antes de conocer a Dios te he conocido a ti.
XII
Sobre el fondo de la noche
Una moneda de oro resplandece con tu rostro.
Al dar vuelta está el mío,
Al dar vuelta está otra vez el tuyo,
Y yo comprendo que así ha sido siempre.
XIII
Y nos fundiremos en el olvido,
Tú y yo.
Aquí terminan los poemas de Esther.

I
VIAJE AL PASADO
II

DOS EXTRAÑOS DE CAMINO HACIA LA NOCHE
III
JUEGOS DE ESPEJOS
IV
UN DESCONOCIDO LLAMA A LA PUERTA
V
EL ACECHO
VI
LOS ABISMOS DE FELICIDAD
VII
EL CORAZÓN TIEMBLA
VIII
LA DESGARRADURA
IX
LOS DÍAS INÚTILES

X
EL REGRESO
XI
LA RED
XII
LA PRISIÓN
XIII
UN PASEO POR LA PLAYA